REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

REVISTA ESPÍRITA
PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

CONTIENE

El relato de las manifestaciones materiales e inteligentes de los Espíritus, apariciones, evocaciones, etc., así como las noticias relativas al espiritismo.- La enseñanza de los Espíritus sobre las cuestiones del mundo visible y del mundo invisible; sobre las ciencias, la moral, la inmortalidad del alma, la naturaleza del hombre y su porvenir.- La historia del espiritismo en la antigüedad; sus relaciones con el magnetismo y con el sonambulismo; la explicación de las leyendas y de las creencias populares, de la mitología de todos los pueblos, etc. El resumen de los trabajos de la *Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas*, fundada el 1º de abril de 1858.

Publicada bajo la dirección de

Allan Kardec

Todo efecto tiene una causa. Todo efecto inteligente tiene una causa inteligente. El poder de la causa inteligente se corresponde con la grandeza del efecto.

Año VII - 1864

Traducción de Gustavo N. Martínez

CONFEDERACIÓN ESPIRITISTA ARGENTINA
Buenos Aires

Copyright © 2025 by
CONFEDERACIÓN ESPIRITISTA ARGENTINA (CEA)

Todos los derechos de reproducción, copia, comunicación al público y explotación económica de esta obra están reservados. Prohibida la reproducción parcial o total de la misma, a través de cualquier forma, medio o proceso electrónico, digital, fotocopia, microfilme, internet, CDROM, sin previa y expresa autorización, en los términos de la ley 11.723, que reglamenta los derechos de autor y conexos.

ISBN edición impresa: 978-987-48481-8-5

Título del original francés:
Revue Spirite - Journal d'Études Psychologiques (Allan Kardec; 1864)

Traducción del original francés: Gustavo N. Martínez

Edición de la
CONFEDERACIÓN ESPIRITISTA ARGENTINA (CEA)
Sánchez de Bustamante 463
(1173) Buenos Aires - Argentina
+ 54 11 - 4862 - 6314
www.ceanet.com.ar - ceaespiritista@gmail.com

Kardec, Allan
Revista espírita 1864 / Allan Kardec. - 1a edición especial. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Confederación Espiritista Argentina, 2025.
646 p. ; 21 x 14 cm.

Traducción de: Gustavo Norberto Martínez.
Edición para Confederación Espiritista Argentina
ISBN 978-987-48481-8-5

1. Espiritismo. I. Martínez, Gustavo Norberto, trad. II. Título.
CDD 133.9

Impreso en la Argentina

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año VII Número 1 Enero de 1864

A los abonados de la *Revista espírita*

Para muchos de nuestros lectores, cuyo número aumentó este año en una muy notable proporción, el período establecido con miras a renovar las suscripciones a la *Revista* constituye una oportunidad para que nos expresen su dedicación a la causa, así como para manifestarnos sus sentimientos hacia nosotros, lo cual nos conmueve profundamente. Las cartas que contienen esas expresiones son demasiado numerosas para que podamos responder a cada una en particular. Así pues, les dirigimos colectivamente nuestro sincero agradecimiento por las cosas obsequiosas que han tenido a bien decirnos, así como por los votos que formulan para nosotros y para el porvenir del espiritismo. Nuestra conducta pasada es para ellos la garantía de que no fracasaremos en nuestra tarea, por más pesada que sea, y de que siempre nos encontrarán en la brecha. Hasta ahora, sus plegarias han sido escuchadas, motivo por el cual los invitamos a dar gracias a los Espíritus buenos que nos asisten y nos secundan de la manera más evidente, apartando

los obstáculos que podrían presentarse en nuestro camino, así como mostrándonos cada vez con mayor claridad la meta que debemos alcanzar.

Durante mucho tiempo hemos estado prácticamente solos, pero ahora surgen nuevos luchadores en todas partes. Trabajan con el entusiasmo, la perseverancia y la abnegación que la fe les infunde, con miras a la defensa y la propagación de nuestra sagrada doctrina, sin desanimarse ante los obstáculos y sin temor a la persecución. De tal modo, la mayoría de ellos ha visto que la mala voluntad se doblegaba ante su firmeza. Reciban aquí nuestras sinceras felicitaciones en nombre de los espíritas del presente, y también del futuro, pues no cabe duda de que vivirán en su memoria. Pronto tendrán las satisfacción de ver que muchos seguirán sus pasos, porque una vez que hayan recibido el impulso, ya no se detendrán. Pronto también contarán con el apoyo de hombres prestigiosos, que abrazarán resueltamente la causa del espiritismo: causa del progreso y del bienestar material y moral de la humanidad.

Enviamos un cordial y fraternal saludo a nuestros hermanos en espiritismo, de todos los países.

Allan Kardec

Estado del espiritismo en 1863

El año que acaba de transcurrir no ha dejado de ser para el espiritismo menos fecundo que los precedentes, pero se distingue por varias particularidades. Se caracterizó más que los

otros por la virulencia de algunos ataques: señal cuyo alcance no se le escapó a nadie. Todo el mundo pensó: "Si se enfurecen contra la doctrina, es porque le tienen miedo. Si le tienen miedo, es porque contiene algo serio".

En la actualidad, es evidente que esas agresiones han hecho avanzar al espiritismo en vez de detenerlo, de modo que los ataques directos disminuirán naturalmente. Con todo, no hay que dormirse en esa calma aparente, ni suponer que los enemigos del espiritismo van a conformarse con eso. Debemos persuadirnos de que la lucha no ha terminado, sino que habrá un cambio de táctica. Por eso pedimos a los espíritas que observen atentamente y sin cesar lo que ocurre alrededor suyo, y que recuerden lo que hemos dicho en el número de diciembre último acerca del período de lucha, la guerra sorda y los conflictos[1]. Que no se sorprendan, pues, si el enemigo llega a insinuarse hasta en sus propias filas. Dios lo permite para probar la fe, el valor y la perseverancia de sus verdaderos servidores. A partir de ahora, el objetivo de los antagonistas será recurrir a todos los medios posibles para comprometer al espiritismo, con el fin de desacreditarlo; será impulsar a los grupos, con la apariencia de la dedicación y con el pretexto de que es necesario avanzar, a que se ocupen de cuestiones ajenas al objeto de la doctrina; será abordar cuestiones políticas u otras, capaces de provocar discusiones irritantes y sembrar la división, y todo para tener el pretexto de reclamar que se cierren. La moderación de los espíritas es lo que más sorprende y contraría a sus adversarios, quienes intentarán hacer cualquier cosa para que la abandonen, incluso la provocación. Pero los espíritas sabrán contrarrestar esas maniobras con su

1. Véase el artículo "El período de lucha" y los dos mensajes posteriores. (N. del T.)

prudencia, como ya lo han hecho en más de una ocasión, para no caer en las trampas que les tenderán. Además, verán que los instigadores caen en sus propias redes, pues es imposible que tarde o temprano no muestren la hilacha. Atravesarán un momento más difícil que el de la guerra abierta, en la que al enemigo se lo ve de frente. No obstante, cuanto más dura sea la prueba, más imponente será el triunfo.

Por lo demás, esa campaña produjo un inmenso resultado: demostrar la impotencia de las armas dirigidas contra el espiritismo. Los hombres más capaces del partido opuesto han entrado en la liza; desplegaron todos los recursos de la argumentación; pero el espiritismo ha resistido, de modo que se convencieron de que no es posible oponerle ninguna razón perentoria; y la prueba más grande de la penuria de buenas razones, consiste en que han empleado el infausto y abyecto recurso de la calumnia. Con todo, por más que intenten hacerle decir al espiritismo lo contrario de lo que afirma, ahí está la doctrina, escrita en términos tan claros que desafían cualquier falsa interpretación. Por eso, lo odioso de la calumnia recae sobre quienes la emplean, y los convence de su impotencia. Este es un hecho considerable en el año que finaliza, y si tan solo hubiéramos obtenido ese resultado, deberíamos darnos por satisfechos. No obstante, hay otros no menos positivos.

El año 1863 se caracterizó sobre todo por el incremento del número de sociedades o grupos que se formaron en una infinidad de localidades en las que aún no había ninguno, tanto en Francia como en el extranjero, lo cual es una señal evidente del aumento de la cantidad de adeptos y de la difusión de la doctrina. París, que se encontraba rezagada, por fin cedió al impulso general y comenzó a moverse. A diario se forman reuniones particulares con un objetivo eminentemen-

te serio y en excelentes condiciones. La Sociedad que presidimos se alegra de ver que alrededor suyo se multiplican retoños vigorosos, capaces de esparcir la buena simiente. Los grupos particulares, si están bien dirigidos, son muy útiles para la iniciación de los nuevos adeptos. La Sociedad principal, debido a la amplitud de sus relaciones, por hallarse en el centro donde todo converge desde diversas partes del mundo, no puede ni debe ocuparse más que del desarrollo de la ciencia espírita y de las cuestiones generales, que absorben todo su tiempo. De tal modo, debe abstenerse inevitablemente de todo lo que sea elemental y personal. Los grupos particulares, por lo tanto, llegan para cubrir el vacío que la Sociedad deja forzosamente en la práctica, y por tal motivo estimula con sus consejos y su apoyo moral a las personas que se dedican a esa obra de propagación. Si bien en algún momento pudimos concebir cierto temor en relación con el efecto que determinadas disidencias habrían podido causar en la manera de considerar el espiritismo, un hecho vino a disiparlo por completo: la cantidad siempre creciente de Sociedades que, en todos los países, adhieren al patrocinio de la Sociedad de París, enarbolando su bandera. Es notorio que la doctrina de *El libro de los Espíritus* constituye actualmente el punto de convergencia de la inmensa mayoría de los adeptos. La máxima *Fuera de la caridad no hay salvación* ha logrado unir a cuantos reconocen el aspecto moral del espiritismo, porque no existen dos maneras de interpretarla, y porque satisface todas las aspiraciones. Desde que el espiritismo se constituyó como cuerpo doctrinario, muchos sistemas aislados han caído, y los pocos rastros que aún quedan de ellos no ejercen la menor influencia en la opinión general. Las bases sólidas en las que se apoya triunfarán a pesar de las divisiones que sus adversarios no dejarán

de suscitar, porque estos no cuentan con los Espíritus que protegen la obra, y porque esta se vale de sus propios enemigos para asegurarse el éxito. No existen precedentes de que una doctrina haya podido establecerse sin disidencias, y si hay algo asombroso respecto del espiritismo, es el hecho de que la unidad se haya formado tan rápidamente.

Sea como fuere, el espiritismo aún no ha penetrado en todas partes, y en muchos lugares apenas se lo conoce de nombre. Los pocos adeptos que allí se encuentran atribuyen ese fenómeno a dos causas: la primera, el carácter de las poblaciones, demasiado absorbidas por los intereses materiales; la segunda, la ausencia de prédicas contrarias. Por eso desean fervientemente que haya sermones como los que se han predicado en otras partes, o alguna manifestación de flagrante hostilidad que llame la atención y despierte la curiosidad. No obstante, les pedimos que tengan paciencia, pues como el espiritismo debe llegar a todo el mundo, los Espíritus sabrán encontrar otros medios.

Con todo, el rasgo más característico del año 1863 consiste en el movimiento que se produjo en la opinión pública respecto de la doctrina espírita. Es sorprendente la facilidad con que las personas aceptan sus principios, a los que hasta hace poco habrían rechazado y puesto en ridículo. Las resistencias –nos referimos a las que no son sistemáticas e interesadas– disminuyen sensiblemente. Se cita a varios escritores de buena fe que combatieron el espiritismo a ultranza, pero que ahora, dominados por su entorno y sin confesarse vencidos, renuncian a una lucha que reconocen inútil. Ocurre que la necesidad de una transformación moral se hace sentir cada vez más. La ruina del mundo viejo es inminente, porque las ideas que este preconiza ya no alcanzan el nivel al que ha lle-

gado la humanidad inteligente. Todo parece conducir a eso, y detrás se vislumbran nuevos horizontes; se siente que hace falta algo mejor que lo que existe, y se lo busca inútilmente en el mundo actual. Hay algo que circula en el aire como una corriente eléctrica precursora, y todos se encuentran expectantes; pero todos piensan también que lo que debe retroceder no es la humanidad.

Otro hecho no menos significativo, que muchos han notado y que es la consecuencia del estado actual de las mentalidades, radica en la cantidad prodigiosa de escritos, serios o frívolos, elaborados fuera y probablemente sin conocimiento del espiritismo, en los que se abordan ideas espíritas. En especial, el principio de la pluralidad de las existencias tiende claramente a incorporarse en la opinión de las masas y en la filosofía moderna. Muchos pensadores llegan a él mediante la lógica de los hechos, y dentro de poco esa creencia se habrá popularizado. Es evidente que son los precursores de la adopción del espiritismo, cuyo camino preparan de ese modo, allanando el terreno. Esas ideas, sembradas en distintos lugares, a través de escritos que llegan a todas las manos, son aceptadas cada vez más fácilmente.

Así pues, el estado del espiritismo en 1863 puede resumirse del siguiente modo: ataques violentos; multiplicación de escritos a favor y en contra; movimiento en las ideas; extensión notable de la doctrina, pero sin señales exteriores capaces de provocar una sensación general; las raíces se extienden, echan retoños, a la espera de que el árbol despliegue sus ramas. El momento de su madurez aún no ha llegado.

Entre la cantidad de publicaciones que este último año lograron tomar parte en la lucha y contribuyeron a la defensa del espiritismo, colocamos en primera fila a *La Ruche* [*La*

Colmena] de Burdeos, y a *La Vérité* [*La Verdad*] de Lyón, cuyos redactores merecen el reconocimiento y el estímulo de los auténticos espíritas, por la perseverancia, la devoción y el desinterés que han demostrado. En el centro espírita más numeroso de Francia, y tal vez del mundo entero, *La Vérité* llegó a posicionarse como un atleta temible por sus artículos, cuya lógica tan ajustada no deja espacio alguno para la crítica. Pronto el espiritismo tendrá –conforme se nos permite esperar– un nuevo e importante órgano en Italia, que como sus mayores de Francia avanzará de común acuerdo con los grandes principios de la doctrina.

Médiums curadores

Un oficial de cazadores, espírita desde hace mucho tiempo, y uno de los numerosos ejemplos de la reforma moral que el espiritismo puede operar, nos transmite los siguientes detalles:

"Querido maestro, aquí aprovechamos las largas horas de invierno para dedicarnos con entusiasmo al desarrollo de nuestras facultades mediúmnicas. La triada del 4º cazador, siempre unida y vivaz, se inspira en sus deberes y se ejercita con nuevos intentos. Sin duda deseáis conocer el objeto de nuestros trabajos, a fin de saber si el campo que cultivamos no es estéril. Podréis juzgarlo por los siguientes detalles. Hace algunos meses, en nuestros trabajos nos propusimos como objetivo el estudio de los fluidos. Ese estudio ha desarrollado en nosotros la mediumnidad curadora, de modo que actualmente la aplicamos con éxito. Hace pocos días, una simple

emisión fluídica de cinco minutos, con mi mano, bastó para eliminar una violenta neuralgia.

"La señora P…, padecía desde hacía veintiocho años una hiperestesia aguda o sensibilidad exagerada de la piel, una enfermedad que la mantuvo postrada en la cama durante quince años. Ella vive en una pequeña ciudad vecina, y cuando escuchó hablar de nuestro grupo espírita, vino en busca de alivio. Al cabo de treinta y cinco días, volvió a su casa completamente curada. En ese tiempo, recibió emisión fluídica a diario, durante un cuarto de hora, con el concurso de nuestros guías espirituales.

"Al mismo tiempo, brindamos nuestros cuidados a un epiléptico, que padecía esa enfermedad desde hacía veintisiete años. Las crisis se repetían casi todas las noches, y cada vez la madre velaba durante largas horas junto a su cabecera. Treinta y cinco días bastaron para realizar esa cura importante. ¡Qué feliz estaba esa madre, llevándose a su hijo radicalmente curado! Los tres nos turnamos ocho horas cada uno. Para la emisión fluídica, colocamos la mano unas veces sobre la boca del estómago del enfermo, y otras sobre la base de la nuca. Cada día el enfermo podía constatar una mejoría; y nosotros mismos, después de la evocación y durante el recogimiento, sentíamos que el fluido exterior nos invadía, pasaba a través de nosotros, y se escapaba de nuestros dedos estirados y de nuestro brazo extendido hacia el cuerpo del sujeto que tratábamos.

"En este momento también tratamos a un segundo epiléptico. En esta oportunidad, la enfermedad tal vez sea más rebelde, porque es hereditaria. El padre transmitió a sus cuatro hijos el germen de dicha afección. No obstante, con la ayuda de Dios y de los Espíritus buenos, esperamos reducirla en los cuatro.

”Querido maestro, solicitamos el auxilio de vuestras plegarias y de las de nuestros hermanos de París. Ese auxilio será un estímulo para nuestros esfuerzos. Además, vuestros Espíritus buenos pueden acudir en nuestra ayuda, para que el tratamiento resulte más saludable y se abrevie su duración.

”Por nuestra parte, como bien lo suponéis, no aceptamos otra recompensa que no sea –y eso debe ser suficiente– la satisfacción de haber cumplido con nuestro deber, obedeciendo al impulso de los Espíritus buenos. El verdadero amor al prójimo lleva consigo una dicha inmaculada, y deja en nosotros algo luminoso que encanta y eleva el alma. De tal modo, procuramos, tanto como nos lo permiten nuestras imperfecciones, compenetrarnos con los deberes del verdadero espírita, los cuales no deben ser más que la aplicación de los preceptos evangélicos.

”El señor G…, de L…, debe traernos a su cuñado, al que un Espíritu malévolo subyuga desde hace dos años. Nuestro guía espiritual, Lamennais, nos ha encargado el tratamiento de esa obsesión rebelde. ¿Será que Dios también nos concederá el poder de expulsar demonios? Si así fuera, no podríamos más que humillarnos ante un favor tan inmenso, en vez de enorgullecernos. ¡Cuánto más grande aún sería para nosotros la obligación de ser mejores, para testimoniarle nuestra gratitud y no perder esos dones tan valiosos!”

Respecto de esta interesante carta, una vez leída en la Sociedad Espírita de París, en la sesión del 18 de diciembre de 1863, uno de nuestros buenos médiums obtuvo espontáneamente las dos comunicaciones que siguen:

“En todas las épocas, la voluntad que el hombre posee en distintos grados de desarrollo ha servido, ya sea para curar, ya

para aliviar. Es lamentable verse obligado a comprobar que esa voluntad también ha sido la fuente de muchos males, pero se trata de una de las consecuencias del abuso que a menudo el ser humano ha hecho de su libre albedrío. La voluntad desarrolla el fluido, ya sea animal o espiritual, porque vosotros ahora sabéis que existen varios tipos de magnetismo, entre los cuales están el magnetismo animal y el magnetismo espiritual, y que este puede, según las circunstancias, requerir el apoyo del primero. Otro tipo de magnetismo, aún más poderoso, consiste en la plegaria que un alma pura y desinteresada dirige a Dios.

"La voluntad ha sido mal comprendida con frecuencia. Por lo general, el que magnetiza solo piensa en desplegar su potencia fluídica, en derramar su propio fluido sobre el paciente que se somete a sus cuidados, sin ocuparse de saber si hay o no una Providencia interesada en el caso tanto o más que él. Al obrar *solo*, no puede obtener sino lo que su propia fuerza logra producir. En cambio, nuestros médiums curadores comienzan elevando su alma a Dios, y reconocen que a solas no pueden nada. De tal modo, realizan un acto de humildad, de abnegación. Entonces, como se confiesan demasiado débiles, Dios, en su solicitud, les envía poderosos recursos, que el primero no puede obtener, pues considera que se basta a sí mismo para la obra emprendida. Dios siempre recompensa la humildad sincera, elevándola, a la vez que rebaja el orgullo. Esos recursos que Él envía son los Espíritus buenos, que acuden a impregnar al médium con los fluidos benéficos que este transmite al enfermo. Por esa razón, también, el magnetismo empleado por los médiums curadores es tan poderoso y produce esas curaciones calificadas de milagrosas, y que se deben simplemente a la naturaleza del fluido

derramado sobre el médium. Mientras que el magnetizador ordinario suele agotarse en vano al hacer pases, el médium curador infiltra un fluido regenerador con la sola imposición de las manos, gracias al concurso de los Espíritus buenos. No obstante, ese concurso solo se concede a la fe sincera y a la pureza de intención."

Mesmer (*Médium: señor Albert.*)

"Algunas palabras acerca de los médiums curadores que acabáis de mencionar. Todos ellos cuentan con las más loables aptitudes. Tienen la fe que mueve montañas, el desinterés que purifica los actos de la vida, y la humildad que los santifica. Que perseveren en la obra benéfica que han emprendido; que recuerden bien que todo aquel que practica las sagradas leyes que el espiritismo enseña, se aproxima constantemente al Creador. Que, toda vez que empleen su facultad, la plegaria –que es la voluntad más fuerte– sea siempre su guía, su punto de apoyo. El Cristo os ha dado en toda su existencia la prueba irrecusable de la más firme voluntad, pero era la voluntad del bien y no la del orgullo. Las veces que decía: *quiero*, esa palabra estaba repleta de unción. Sus apóstoles, que lo acompañaban, sentían que sus corazones se abrían ante esa palabra sagrada. La ternura constante del Cristo, su sumisión a la voluntad de su Padre, su absoluta abnegación, son los más bellos modelos de voluntad que se puedan proponer como ejemplo."

Pablo apóstol (*Médium: señor Albert.*)

Algunas explicaciones permitirán que se comprenda fácilmente lo que ocurre en estas circunstancias. Sabemos que el

fluido magnético ordinario puede otorgar a ciertas sustancias propiedades particulares activas. En tal caso, actúa de algún modo como un agente químico, modificando el estado molecular de los cuerpos. Por consiguiente, no tiene nada de asombroso el hecho de que también pueda modificar el estado de algunos órganos. Pero también se comprende que su acción más o menos saludable debe depender de su calidad; de ahí las expresiones "fluido bueno o malo", "fluido agradable o penoso". En la acción magnética propiamente dicha, lo que se transmite es el fluido personal del magnetizador, y sabemos que ese fluido, que no es otro sino el periespíritu, siempre participa en mayor o menor medida de las cualidades materiales del cuerpo, a la vez que sufre la influencia moral del Espíritu. Por lo tanto, es imposible que el fluido propio de un encarnado sea de una pureza absoluta, y por eso su acción curativa es lenta, a veces nula, y a veces incluso perjudicial, porque puede transmitir principios mórbidos al enfermo. A partir del hecho de que un fluido sea bastante abundante y enérgico para producir efectos instantáneos de sueño, catalepsia, atracción o repulsión, no se sigue en absoluto que posea las cualidades necesarias para curar. Ese fluido es una fuerza que arrasa, pero no un bálsamo que alivia y repara. Tal es el caso de los Espíritus desencarnados de un orden inferior, cuyo fluido puede incluso ser muy dañino, hecho que los espíritas tienen oportunidad de verificar en todo momento. *Solo* en los Espíritus superiores el fluido periespiritual está despojado de todas las impurezas de la materia; se encuentra de algún modo *quintaesenciado*. Su acción, por consiguiente, debe ser más saludable y rápida. Se trata del fluido benéfico por excelencia. Dado que no podemos encontrarlo en los encarnados ni en los desencarnados vulgares, resulta necesario solicitarlo a los Espíritus elevados,

tal como buscamos en un país lejano los remedios que no se consiguen en el nuestro. El médium curador emite poco de su propio fluido; siente la corriente del fluido extraño que lo penetra y al que le sirve de *conductor*. Con ese fluido, magnetiza, y eso es lo que caracteriza al magnetismo espiritual, y lo que distingue a este del magnetismo animal: uno procede del hombre; el otro, de los Espíritus. Como vemos, en eso no hay nada de maravilloso, sino un fenómeno que resulta de una ley de la naturaleza que no se conocía.

Para curar mediante la terapéutica ordinaria, no basta con cualquier medicamento; se requiere que los medicamentos sean puros, que no se encuentren en mal estado o adulterados, y que se los haya preparado convenientemente. Por esa misma razón, para curar mediante la acción fluídica, los fluidos más depurados son los más saludables. Ya que esos fluidos benéficos son propios de los Espíritus superiores, hace falta obtener el concurso de esos Espíritus. A eso se debe que sean necesarias la plegaria y la invocación. No obstante, para orar, y sobre todo para orar con fervor, se requiere la fe. Para que la plegaria sea escuchada, debe ser hecha con *humildad*, y dictada por un sentimiento real de *benevolencia y de caridad*. Ahora bien, no hay verdadera caridad sin devoción, y no hay devoción sin desinterés. Sin esas condiciones, el magnetizador, privado de la asistencia de los Espíritus buenos, se ve reducido a sus propias fuerzas, a menudo insuficientes; mientras que, con el concurso de esos Espíritus, la potencia y la eficacia de esas fuerzas pueden ser centuplicadas. Con todo, no existe licor, por más puro que sea, que no se altere al pasar por un recipiente impuro. Lo mismo ocurre con el fluido de los Espíritus superiores al pasar por los encarnados. A eso se debe que los médiums en quienes

se revela esa valiosa facultad, y que desean verla crecer y no perderse, necesiten trabajar en su mejoramiento moral.

Así pues, entre el magnetizador y el médium curador existe esta diferencia fundamental: el primero magnetiza con su propio fluido; y el segundo, con el fluido depurado de los Espíritus. De ahí se sigue que estos últimos brindan su concurso a los que ellos quieren y cuando quieren; que pueden negárselo y, por consiguiente, quitarle la facultad al que abuse de ella o la desvíe de su objetivo humanitario y caritativo para convertirla en un negocio. Cuando Jesús dijo a sus apóstoles: *¡Id! Expulsad a los demonios, y curad a los enfermos*, agregó: *Dad de gracia lo que de gracia recibisteis*.

Los médiums curadores tienden a multiplicarse –conforme lo anunciaron los Espíritus– con miras a propagar el espiritismo mediante la impresión que este nuevo orden de fenómenos no puede dejar de producir en las masas, porque no existe nadie que no preste atención a su salud, ni siquiera los más incrédulos. Así pues, cuando todos vean que con el concurso de los Espíritus se obtiene lo que la ciencia no consigue, deberán reconocer que existe un poder fuera de nuestro mundo. La ciencia se apartará del camino exclusivamente material en el que se mantiene hasta hoy. Cuando los magnetizadores antiespiritualistas o antiespíritas entiendan que existe un magnetismo más poderoso que el de ellos, se verán forzados a remontarse a la verdadera causa.

Con todo, es importante estar prevenido contra el charlatanismo, que no dejará de hacer el intento de sacar provecho de esta nueva facultad. Para eso se dispone de un medio muy simple: tener presente que no existe el charlatanismo desinteresado, y que el desinterés absoluto, material y moral, es la mejor garantía de sinceridad. Si acaso hay una facultad otorga-

da por Dios con un objetivo sagrado, sin duda es esta, porque exige imperiosamente el concurso de los Espíritus superiores, y ese concurso no puede ser obtenido por el charlatanismo. A fin de que se sepa bien a qué atenerse respecto de la naturaleza específica de esta facultad, la hemos descrito con algún detalle. Si bien hemos comprobado su existencia a través de hechos auténticos, muchos de los cuales pudimos presenciar, diremos que todavía es una facultad rara, y que solo existe parcialmente en los médiums que la poseen, ya sea porque estos no cuentan con todas las cualidades requeridas para poseerla en toda su plenitud, o bien porque está en sus inicios. Por eso, los hechos han tenido hasta ahora poca repercusión. Sin embargo, esta facultad no tardará en desarrollarse a tal punto que habrá de llamar la atención general. En pocos años más, se revelará en algunas personas predestinadas para tal fin, y cuyo poder vencerá muchas obstinaciones. Pero estos no son los únicos hechos que el porvenir nos reserva, y mediante los cuales Dios confundirá a los orgullosos y los convencerá de su impotencia. Los médiums curadores son uno de los miles de medios providenciales para alcanzar ese objetivo y acelerar el triunfo del espiritismo. Fácilmente se comprende que esta calificación no puede aplicarse a los médiums escribientes que obtienen prescripciones médicas por parte de algunos Espíritus.

Solo hemos considerado la mediumnidad curativa desde el punto de vista fenoménico y como un medio de propagación, pero no como recurso habitual. En un próximo artículo, trataremos acerca de su posible alianza con la medicina y la magnetización ordinaria.

Un caso de posesión

La señorita Julia

(Segundo artículo. Véase el número de diciembre de 1863.)

En nuestro primer artículo, habíamos descripto la triste situación de esta joven, así como las circunstancias que demostraban el hecho de que padecía una verdadera posesión. Nos complace confirmar lo que dijimos acerca de su curación, que ahora es completa. Tras ser liberada de su Espíritu obsesor, y debido a los violentos ataques sufridos durante más de seis meses, su salud había quedado gravemente afectada. Ahora se ha recuperado por completo, pero no logró salir del estado de sonambulismo, lo cual no le impide realizar sus actividades habituales. Vamos a exponer las circunstancias de esta curación.

Varias personas habían hecho el intento de magnetizarla, pero sin demasiado éxito, salvo por una leve y pasajera mejoría en su estado patológico. En cuanto al Espíritu, este era cada vez más tenaz, y las crisis habían alcanzado un grado de violencia muy inquietante. Habría hecho falta un magnetizador que reuniera las condiciones que señalamos en el artículo precedente acerca de los médiums curadores, es decir, que impregnara a la enferma con un fluido bastante puro para *eliminar* el fluido del Espíritu malo. Si hay un tipo de mediumnidad que exige superioridad moral, no cabe duda de que es la que se emplea en los casos de obsesión, porque el médium debe tener derecho a imponer su autoridad al Espíritu. Los casos de posesión, según lo anunciado, deben multiplicarse con gran energía de ahora en más, a fin de que quede bien demostrada la impotencia de los medios empleados hasta el

presente para combatirlos. Una circunstancia incluso, de la que aún no podemos hablar, pero que guarda cierta analogía con lo que ocurrió en tiempo del Cristo, contribuirá a desarrollar esta especie de epidemia demoníaca. Por lo tanto, no hay duda de que surgirán médiums específicos, con el poder necesario para expulsar a los Espíritu malos, como el que tenían los apóstoles para expulsar a los demonios, ya sea porque Dios siempre pone el remedio junto a la enfermedad, o bien para presentarles a los incrédulos una nueva prueba de la existencia de los Espíritus.

Así pues, para la señorita Julia, como para todos los casos análogos, el magnetismo simple –por más enérgico que fuera– resultaba insuficiente. Era necesario obrar simultáneamente sobre el Espíritu obsesor, para dominarlo, y sobre la moral de la enferma, conmocionada por esos ataques. La dolencia física tan solo era la consecuencia; se trataba de un efecto, y no de la causa. Por lo tanto, había que tratar la causa antes que el efecto. Una vez destruido el mal moral, el mal físico debía desaparecer por sí solo. Con todo, para eso hay que identificarse con la causa, estudiar con el máximo cuidado y en todos sus matices el curso de las ideas, a fin de imprimirle la dirección más favorable; porque los síntomas varían según el grado de inteligencia del sujeto, el carácter del Espíritu y los motivos de la obsesión, motivos cuyo origen se remonta casi siempre a las existencias anteriores.

El fracaso del magnetismo sobre la señorita Julia llevó a que varias personas hicieran el intento. Entre ellas había un joven dotado de una potencia fluídica bastante importante, pero que lamentablemente carecía por completo de experiencia y, sobre todo, de los conocimientos necesarios para esos casos. Se atribuía un poder absoluto sobre los Espíritus infe-

riores, que –según él– no podían resistirse a su voluntad. Esa pretensión, llevada al exceso y fundada en su capacidad personal, y no en la asistencia de los Espíritus buenos, debía causarle más de una decepción. Solo eso habría bastado para que los amigos de la señorita Julia advirtieran que el joven carecía de la primera de las cualidades requeridas para que su auxilio fuera eficaz. No obstante, lo que más los hubiera esclarecido, es que el joven mantenía respecto de los Espíritus en general una opinión completamente falsa. Según él, la naturaleza fluídica de los Espíritus superiores era demasiado etérea para que pudieran venir a la Tierra, comunicarse con los hombres y asistirlos. Solo podían hacer eso los Espíritus inferiores, debido a su naturaleza más densa. El joven cometió el error de sostener esta opinión –que no es otra sino la doctrina de la comunicación exclusiva de los demonios– delante de la enferma, incluso en los momentos de crisis. Con ese punto de vista, no contaba más que consigo mismo, sin la posibilidad de invocar la única asistencia que lo habría secundado, asistencia de la que, por cierto, él suponía que podía prescindir. Para la enferma, la consecuencia más perjudicial fue desanimarla, pues le quitó la esperanza de que fuera asistida por Espíritus buenos. En el estado de debilidad en que se encontraba su cerebro, una creencia como la del joven, que solo le daba acceso al Espíritu obsesor, podía resultar fatal para su razón, e incluso matarla. Por eso, en los momentos de crisis, la señorita Julia repetía sin cesar: "Loca… loca…, me volverá loca… completamente loca… todavía no lo estoy… pero ya lo estaré". Al hablar de su magnetizador, ella describía perfectamente su manera de actuar, pues decía: "Él me da la fuerza del cuerpo, pero no me da la fuerza del espíritu". Estas palabras eran profundamente significativas, pero nadie les daba importancia.

Cuando nosotros vimos a la señorita Julia, la afección estaba en su apogeo, y la crisis de la que fuimos testigos resultó ser una de las más violentas. Ocurrió en el momento en que nos ocupábamos de levantarle la moral, en que tratábamos de inculcarle la idea de que ella *podía* dominar a ese Espíritu malo con la asistencia de los Espíritus buenos y de su ángel de la guarda, cuyo auxilio debía invocar. En ese momento –reitero–, el joven magnetizador, que se hallaba presente, sin duda gracias a una circunstancia providencial, y sin la menor provocación, afirmó y desarrolló su teoría, destruyendo por un lado lo que nosotros edificábamos por el otro. Entonces, debimos explicarle con firmeza que cometía una mala acción, y que asumía la tremenda responsabilidad de poner en peligro la razón y la vida de la desdichada joven.

Un hecho de los más singulares, que todos habían observado, pero cuyas consecuencias nadie dedujo, se producía en el momento de la magnetización. Cuando esta tenía lugar durante la lucha con el Espíritu malo, *solo* él absorbía todo el fluido, que le daba más fuerza, mientras que la enferma se mantenía debilitada y sucumbía bajo su opresión. Debemos recordar que la señorita Julia se encontraba siempre en estado de sonambulismo, razón por la cual veía lo que pasaba, y ella misma pudo explicarlo. Se consideró que ese hecho era tan solo una maldad del Espíritu, de modo que en esos momentos todos se conformaban con abstenerse de magnetizar, y permanecían como espectadores de la lucha. Con el conocimiento de la naturaleza de los fluidos, fácilmente habrían comprendido ese fenómeno. En primer lugar, es evidente que, al absorber el fluido para incrementar su fuerza en detrimento de la enferma, el Espíritu pretendía convencer al magnetizador de que su propósito era inútil. Si había maldad

de su parte, esta iba dirigida contra el magnetizador, pues se valía de la misma arma con la que este pretendía vencerlo. Podríamos decir que le quitaba el bastón de las manos. No era menos evidente que su facilidad para apropiarse del fluido del magnetizador denotaba una afinidad entre ese fluido y el suyo, toda vez que los fluidos de naturaleza contraria se habrían rechazado como el agua y el aceite. Tan solo ese hecho habría bastado para demostrar que hacía falta cumplir otros requisitos. Por lo tanto, uno de los errores más graves –e incluso podemos decir: más funestos– radica en considerar que la acción magnética es apenas una simple emisión fluídica, sin tomar en cuenta la calidad intrínseca de los fluidos. En la mayoría de los casos, el éxito se encuentra por completo en esas cualidades, del mismo modo que, en la terapéutica, depende de la calidad del medicamento. Nunca dejaremos de llamar la atención respecto de este punto fundamental, demostrado a la vez por la lógica y la experiencia.

Para combatir la influencia que la doctrina del magnetizador ya había ejercido en las ideas de la enferma, dijimos a esta:

—Pequeña, ten confianza en Dios; mira alrededor tuyo; ¿acaso no ves que hay Espíritus buenos?

—¡Es cierto! Veo Espíritus luminosos, que Fredegunda no se atreve a mirar.

—¡Muy bien! Esos Espíritus te protegen, y no permitirán que ese Espíritu malo te domine. Ruégales su asistencia; ora con fervor; ora sobre todo por Fredegunda.

—¡Oh! ¿Orar por ella? ¡Nunca podría hacerlo!

—¡Ten cuidado! Ya ves que esas palabras alejan a los Espíritus buenos. Si quieres su protección, debes merecerla con tus buenos sentimientos, esforzándote sobre todo para ser mejor

que tu enemiga. ¿Cómo pretendes que ellos te amparen, si no eres más digna que ella? Considera que en otras existencias también hiciste daño. Lo que sufres es una expiación; y si quieres ponerle fin, debes regenerarte. Para demostrar tus buenas intenciones, comienza por mostrarte buena y caritativa para con tus enemigos. La propia Fredegunda se conmoverá, y tal vez logres que el arrepentimiento llegue a su corazón. Reflexiona...

—Lo hare.

—Hazlo de inmediato, y di conmigo: "Dios mío, yo perdono a Fredegunda el mal que me ha hecho. Lo acepto como una prueba y una expiación que he merecido. Perdona mis propias faltas, como yo perdono las de ella. Y vosotros, Espíritus buenos que me acompañáis, abrid su corazón a mejores sentimientos, y dadme la fuerza que me falta". ¿Prometes orar por ella todos los días?

—Lo prometo.

—Muy bien. Por mi parte, me ocuparé de ti y de ella. ¡Ten confianza!

—¡Oh! ¡Gracias! Algo me dice que todo esto acabará pronto.

En la Sociedad de París, tras relatar estos acontecimientos, se recibieron al respecto las siguientes comunicaciones:

"Este asunto del que os ocupáis ha conmovido a los Espíritus buenos, que a su vez desean ayudar con sus consejos a esta jovencita. Ella presenta un caso de obsesión realmente muy grave. Entre los casos que habéis visto y que seguiréis viendo aún, podemos incluirlo como uno de los más importantes, serios y, sobre todo, interesantes, debido a las particularidades instructivas que ya ha presentado y que volverá a ofreceros.

”Como ya os he dicho, estos casos de obsesión se reiterarán con frecuencia, y presentarán temas cuya utilidad será doble, en primer lugar para vosotros, y luego para quienes los padezcan.

”Para vosotros, en el sentido de que, así como varios eclesiásticos han contribuido poderosamente a divulgar el espiritismo entre quienes lo desconocían por completo, de igual modo esos obsesos –cuya cantidad se volverá bastante importante para que el asunto sea considerado ya no de una manera superficial, sino amplia y profunda– abrirán suficientemente las puertas de la ciencia para que la filosofía espírita logre penetrar en ella y ocupar, entre la gente de ciencia y entre los médicos del sistema que fuere, el lugar al que tiene derecho.

”Para quienes los padezcan, en el sentido de que, en el estado de Espíritu, antes de encarnar entre vosotros, ellos aceptaron esa lucha a que los somete la posesión, con miras a su adelanto; y no os quepa duda de que esa lucha hace sufrir cruelmente a su propio Espíritu que, cuando su cuerpo de algún modo deja de ser suyo, tiene perfecta conciencia de lo que ocurre. Conforme hayan soportado esa prueba, que vosotros podéis abreviar considerablemente con vuestras plegarias, habrán progresado en mayor o menor medida. Porque debéis estar seguros de, a pesar de esa posesión, siempre momentánea, ellos conservan la suficiente conciencia de sí mismos para discernir la causa y la naturaleza de su obsesión.

”En el caso que os ocupa, un consejo es necesario. Las magnetizaciones a que la joven es sometida por parte del Espíritu encarnado que mencionasteis, son funestas en todo sentido. Ese Espíritu es sistemático. ¡Y vaya sistema! Todo aquel que no ajusta sus acciones a la inmensa gloria de Dios, y que se envanece por facultades que se le concedieron, siempre será

confundido. Los presuntuosos serán rebajados, a menudo en este mundo, e infaliblemente en el otro. Así pues, mi querido Kardec, tratad de que esas magnetizaciones cesen por completo, o de su prolongación resultarán los inconvenientes más graves, no solo para la jovencita, sino también para el imprudente que supone que tiene bajo sus órdenes a los Espíritus de las tinieblas, y que estos le obedecen como si él fuera su amo.

"Os anuncio que durante cierto tiempo veréis que se desarrollan esos casos de posesión y de obsesión, porque son útiles para el progreso de la ciencia y del espiritismo. Gracias a ellos, los médicos y los científicos finalmente abrirán los ojos y aprenderán que existen enfermedades cuyas causas no se encuentran en la materia, y que no deben ser tratadas mediante la materia. Esos casos de posesión también abrirán nuevos horizontes al magnetismo, y harán que este dé un gran paso adelante respecto del estudio, hasta ahora tan imperfecto, de los fluidos. Con el auxilio de esos nuevos conocimientos, y mediante su alianza íntima con el espiritismo, logrará cosas muy importantes. Lamentablemente, en el magnetismo, al igual que en la medicina, durante mucho tiempo habrá hombres convencidos de que ya no tienen nada más que aprender. Esas obsesiones frecuentes también tendrán un lado muy positivo, por el hecho de que, como con la plegaria y la fuerza moral se las puede vencer y adquirir el derecho de expulsar a los Espíritus malos, todos intentarán, mediante el mejoramiento de su conducta, adquirir ese derecho, que el Espíritu de Verdad, quien dirige este globo, les conferirá toda vez que lo merezcan. Tened fe y confianza en Dios, que no permite que se sufra inútilmente y sin motivo".

Hahnemann (*Médium: señor Albert.*)

"Seré breve. Resultará muy fácil curar a esa desdichada posesa, pues los medios se encuentran implícitamente contenidos en las reflexiones que Allan Kardec expuso recientemente. No solo se requiere una acción material y moral, sino también una acción puramente espiritual. Para el Espíritu encarnado que se encuentra, como Julia, en estado de posesión, hace falta un magnetizador experimentado y por completo convencido de la verdad espírita. Además, hace falta que este posea una moralidad irreprochable y sin presunción. No obstante, para obrar sobre el Espíritu obsesor, se requiere la acción no menos enérgica de un Espíritu bueno desencarnado. De tal modo, la acción es doble: acción terrestre, y acción extraterrestre; de encarnado sobre encarnado, y de desencarnado sobre desencarnado; tal es la ley. Si hasta ahora esa acción no se ha cumplido, es justamente para induciros al estudio y a la experimentación de este interesante asunto. Con ese fin, Julia no fue liberada antes: ella debía servir para vuestros estudios.

"Esto os demuestra lo que tendréis que hacer de ahora en adelante en los casos de posesión manifiesta. Es indispensable que solicitéis el auxilio de un Espíritu elevado, que goce a la vez de un poder moral y fluídico, como por ejemplo el excelente Cura de Ars; y vosotros sabéis que podéis contar con la asistencia de ese digno y santo Vianney. Además, nuestro concurso se otorga a todos los que nos piden ayuda con pureza de corazón y verdadera fe.

"En resumen: cuando magneticéis a Julia, en primer lugar se procederá a la ferviente evocación del Cura de Ars y del resto de los Espíritus buenos que se comunican habitualmente con vosotros, rogándoles que obren en contra de los Espíritus malos que persiguen a esa jovencita, y que huirán ante sus falanges luminosas. Tampoco debéis olvidar que la plegaria

colectiva es muy poderosa, toda vez que la realice conjuntamente una cantidad determinada de personas, con una fe intensa y un ardiente deseo de aliviar."

Erasto (*Médium: señor d'Ambel.*)

Varios miembros de la Sociedad, siguiendo estas instrucciones, se pusieron de acuerdo para obrar mediante la plegaria según las condiciones requeridas. Un punto esencial consistía en inducir al Espíritu obsesor a que se enmendara, lo cual necesariamente habría de facilitar la curación. Eso fue lo que se hizo al evocarlo y darle consejos. Por su parte, el Espíritu prometió que dejaría de atormentar a la señorita Julia, y mantuvo su palabra. Uno de nuestros colegas recibió de su guía espiritual el encargo especial de educarlo moralmente, y fue complacido. Ese Espíritu, en la actualidad, trabaja seriamente en su mejoramiento, y solicita una nueva encarnación para expiar y reparar sus faltas.

A nadie se le escapará la importancia de la enseñanza que resulta de este hecho y de las observaciones a las que dio lugar, y todos podrán extraer de ellas valiosas instrucciones según el caso. Una observación esencial que este hecho ha permitido constatar, y que se comprenderá sin dificultad, es la influencia del medio. Resulta evidente que, si el entorno acompaña mediante una comunión de miras, de intención y de acción, la enferma se encuentra en una especie de atmósfera homogénea de fluidos benéficos, lo cual necesariamente facilita y apresura el éxito del tratamiento. En cambio, si hay desacuerdo, oposición; si cada uno pretende obrar a su manera, de ahí resultan tensiones, corrientes contrarias, que paralizan necesariamente, y a veces anulan, los esfuerzos realizados para la curación. Los

efluvios fluídicos, que constituyen la atmósfera moral, en caso de que sean perjudiciales, resultan tan funestos para algunos individuos como las exhalaciones de las regiones pantanosas.

CONVERSACIONES DE ULTRATUMBA

Fredegunda

Transcribimos a continuación las dos evocaciones del Espíritu de Fredegunda, realizadas en la Sociedad de París con un mes de intervalo, y que son el complemento de los artículos precedentes acerca de la posesión de la señorita Julia. Si bien ese Espíritu no se manifestó con signos de violencia, escribía con gran dificultad, fatigando en extremo al médium, que incluso llegó a indisponerse, y cuyas facultades se veían de algún modo paralizadas. Ante la previsión de ese resultado, nos habíamos ocupado de no confiar dicha evocación a un médium demasiado delicado.

En otra circunstancia, un Espíritu, interrogado acerca del Espíritu de Fredegunda, había dicho que hacía mucho tiempo que intentaba reencarnarse, pero que eso no se le había permitido porque su objetivo todavía no era mejorar, sino, por el contrario, disponer de una mayor facilidad para hacer daño con la ayuda de un cuerpo material. Tales disposiciones debían tornar muy difícil su conversión, pero esta no lo fue tanto como se suponía, sin duda gracias al bondadoso concurso de todas las personas que intervinieron para que así fuera, y también, tal vez, porque había llegado el momento de que el Espíritu siguiera el camino del arrepentimiento.

(16 de octubre de 1863. Médium: señor Leymarie.)

1. *Evocación*.

Respuesta. Yo no soy Fredegunda. ¿Qué queréis?

2. ¿Quién sois entonces?

R. Un Espíritu que sufre.

3. Dado que sufrís, seguramente deseáis no sufrir más. Nosotros os asistiremos, porque nos conmueven los que sufren, tanto en este mundo como en el otro. Pero es necesario que cooperéis con nosotros, y para eso hace falta que oréis.

R. Os lo agradezco, pero no puedo orar.

4. Nosotros lo haremos, y eso os ayudará. Tened confianza en la bondad de Dios, que perdona siempre al que se arrepiente.

R. Os creo. Orad, orad. Tal vez podría convertirme.

5. Pero no basta con que nosotros oremos, pues es necesario que vos también lo hagáis.

R. He querido orar, pero no pude. Ahora lo intentaré con vuestra ayuda.

6. Decid con nosotros: "¡Oh! Dios mío, perdonadme, porque he pecado. Me arrepiento del mal que he hecho".

R. Lo diré después.

7. Eso no alcanza. Debéis escribirlo.

R. ¡Oh! … (Aquí el Espíritu no pudo escribir la palabra *Dios*; y solo después de un gran esfuerzo logró terminar la frase, de una manera entrecortada y poco legible.)

8. No hay que decirlo apenas con palabras; es necesario pensarlo y tomar la decisión de no hacer más daño. Entonces veréis que muy pronto sentiréis alivio.

R. Voy a orar.

9. Si orasteis sinceramente, ¿no os sentís mejor?

R. ¡Oh! ¡Sí!

10. Ahora, ¿podéis darnos algunos detalles acerca de vuestra vida, así como de las causas de vuestro ensañamiento contra Julia?

R. Más tarde… lo diré… pero ahora no puedo.

11. Prometednos que dejaréis a Julia tranquila. El mal que le hacéis recae sobre vos y aumenta vuestros padecimientos.

R. Sí, pero me impulsan otros Espíritus peores que yo.

12. Esta es una mala excusa que usáis para disculparos. De todos modos, debéis de tener una voluntad, y con voluntad siempre es posible resistir las malas sugerencias.

R. Si hubiera tenido voluntad, no sufriría. Solo soy castigada porque no supe resistir.

13. Sin embargo, mostráis bastante voluntad para atormentar a Julia. Con todo, acabáis de tomar buenas resoluciones, de modo que os invitamos a persistir en ellas, y rogaremos a los Espíritus buenos que os apoyen.

Observación. Durante esta evocación, otro médium obtenía de su guía espiritual una comunicación que, entre otras cosas, contenía lo siguiente: "No os preocupéis por las resistencias que notáis en las respuestas de ese Espíritu: su idea fija de reencarnarse lo induce a rechazar todo tipo de solidad para con su pasado, a pesar de que casi no soporte sus efectos. Ella es la que ha sido evocada, pero no quiere reconocerse a sí misma".

(13 de noviembre de 1863.)

14. *Evocación*.

R. Estoy dispuesta a responder.

15. ¿Habéis persistido en la buena resolución que adoptasteis la última vez?

R. Sí.

16. ¿Cómo os habéis sentido?

R. Muy bien, porque oré y estoy más tranquila, más feliz.

17. Sabemos, en efecto, que Julia ha dejado de ser atormentada. Ahora que podéis comunicaros con mayor facilidad, ¿queréis decirnos por qué os ensañasteis con ella?

R. Yo había sido olvidada durante siglos, y deseaba que la maldición que arrojaron sobre mi nombre cesara un poco, para que al menos una plegaria, una sola, viniera a consolarme. Oro; creo en Dios. Ahora puedo pronunciar su nombre, y no hay duda de que eso es más de lo que hubiera esperado a partir del bien que me habéis hecho.

Observación. En el intervalo de la primera a la segunda evocación, el Espíritu fue llamado a diario por el colega encargado de instruirlo. Es positivo el hecho de que, a partir de ese momento, la señorita Julia dejó de ser atormentada.

18. Resulta dudoso que el solo deseo de obtener una plegaria haya sido el móvil que os condujo a atormentar a esa jovencita. No cabe duda de que todavía buscáis justificar vuestros errores. En todo caso, se trató de un recurso equivocado para que obtuvierais la compasión de los hombres.

R. Pero si yo no hubiera atormentado fuertemente a Julia, no habríais pensado en mí, y yo no habría salido del miserable

estado en el que languidecía. De eso resultó una enseñanza para vosotros y un inmenso bien para mí, porque me abristeis los ojos.

19. (*Al guía del médium.*) ¿Es en verdad Fredegunda quien brindó esta respuesta?

R. Sí, es ella, aunque con un poco de ayuda, porque se sintió humillada. Pero ese Espíritu es mucho más adelantado en inteligencia de lo que suponéis. Le falta el progreso moral cuyo primer paso le ayudasteis a dar. Ella no os dice que Julia obtendrá un gran provecho de lo ocurrido, para su adelanto personal.

20. (*A Fredegunda.*) La señorita Julia, ¿vivió en vuestra época? ¿Podríais decirnos quién era ella?

R. Sí; era una de mis damas de compañía, de nombre Hildegarda; un alma sufrida y resignada, que hacía mi voluntad. Ella pagó caro el precio de sus servicios demasiado bajos y complacientes para conmigo.

21. ¿Deseáis una nueva encarnación?

R. Sí, la deseo. ¡Oh! ¡Dios mío! He sufrido mil torturas, y si bien merecí una pena muy justa, ¡ya es hora de que, con la ayuda de vuestras plegarias, pueda recomenzar una existencia mejor, para lavar mis antiguas manchas! Dios es justo; orad por mí. Hasta ahora, yo no había comprendido la amplitud de mi pena; la veía velada y como en un vértigo. Pero ahora veo, entiendo, deseo el perdón del Señor junto con el de mis víctimas. ¡Dios mío, cuán apacible es el perdón!

22. Decidnos algo respecto de Brunegilda.

R. ¡Brunegilda…! ¡Su nombre me produce vértigo…! ¡Ella fue el gran error de mi vida, y siento que al mencionarla se despierta mi viejo odio…! Pero Dios me perdonará, y

a partir de ahora podré escribir ese nombre sin estremecerme. Más dichosa que yo, está reencarnada por segunda vez, y desempeña una tarea que yo deseo: la de una hermana de caridad.

23. Nos complace vuestro cambio. Os alentaremos y sostendremos con nuestras plegarias.

R. ¡Gracias! ¡Gracias! Espíritus buenos, Dios os lo pagará.

Observación. Un hecho característico de los Espíritus malos consiste en que a menudo les resulta imposible pronunciar o escribir el nombre de Dios. Eso denota sin duda una naturaleza perjudicial, pero al mismo tiempo un trasfondo de temor y de respeto que no tienen los Espíritus hipócritas, menos malos en apariencia. Estos últimos, lejos de retroceder ante el nombre de Dios, se valen de él descaradamente para ganarse la confianza. Son muchísimo más perversos y peligrosos que los Espíritus sinceramente malvados. En esa categoría se encuentra la mayoría de los Espíritus fascinadores, de los que resulta mucho más difícil deshacerse que de los otros, porque se apoderan del propio Espíritu de sus víctimas con la ayuda de una falsa apariencia de saber, de virtud o de religión, mientras que los otros solo se apoderan del cuerpo. Un Espíritu que, como el de Fredegunda, retrocede ante el nombre de Dios, está mucho más cerca de su conversión que los que se cubren con la máscara del bien. Lo mismo ocurre con los hombres, entre los cuales podéis encontrar esas dos categorías de Espíritus encarnados.

Inauguración de varios grupos y sociedades espíritas

Las reuniones espíritas que se están formando son tan numerosas que nos resultaría imposible citar la totalidad de las cosas buenas que se han dicho al respecto, y que dan testimonio de los sentimientos que la doctrina despierta. El nuevo grupo que acaba de crearse en la Isla de Oléron es aún más digno de simpatía por el hecho de que el espiritismo en esa región ha sido objeto de una muy intensa oposición. Transcribimos uno de los discursos que se pronunciaron en esa circunstancia, para demostrar de qué modo los espíritas responden a sus adversarios.

DISCURSO DEL PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD ESPÍRITA DE MARENNES

"Señores y queridos hermanos espíritas de Oléron:

"La expansión que el espiritismo protagoniza a diario en nuestra región constituye la prueba más evidente de la impotencia de los ataques de que es objeto. Así lo dice el señor Allan Kardec: 'Hay dos posibilidades: el espiritismo es un error o es una verdad. Si es un error, caerá por sí solo, como todas las utopías que apenas han tenido una existencia efímera, y que murieron por carecer de la única base sólida que puede dar la vida. Si es una de esas grandes verdades que, por voluntad de Dios, deben ocupar un lugar en la historia del mundo, y señalar una era de progreso para la humanidad, nada podrá detener su marcha'.

"La experiencia está ahí para señalar en cuál de las dos categorías se lo debe ubicar. La facilidad con la que es aceptado por las masas, y digamos más: la dicha, el consuelo, el

valor ante la adversidad, que se adquieren con esta creencia, así como la rapidez inaudita con que se propaga, no son la expresión de una idea sin valor. El sistema más excéntrico puede convertirse en una secta y agrupar alrededor suyo algunos seguidores; no obstante, como un árbol sin raíces, se deshoja rápidamente y muere sin generar retoños. ¿Acaso ocurre esto con el espiritismo? No, y vosotros lo sabéis tan bien como yo. Desde que apareció, no ha dejado de crecer, a pesar de los ataques de que ha sido objeto, y actualmente ha plantado su bandera en todos los puntos del globo; sus adeptos se cuentan por millones; y si consideramos el camino que ha recorrido desde hace seis años, a través de los innumerables obstáculos que se le han interpuesto, podemos evaluar lo que será de aquí a diez años, más aún por el hecho de que esos obstáculos disminuyen a medida que avanza y que la cantidad de sus partidarios aumenta. Así pues, podemos decir, con el señor Allan Kardec, que actualmente el espiritismo es un hecho consumado. El árbol echó raíces; solo le falta desarrollarse, y todo confluye en su beneficio, porque a pesar de algunas borrascas, el viento sopla a favor del espiritismo. Habría que estar ciego para no reconocerlo.

"Una circunstancia ha contribuido poderosamente a su expansión: no es exclusivo de ninguna religión. Su divisa: *Fuera de la caridad no hay salvación*, les pertenece a todos. Es la bandera de la tolerancia, a la vez que de la unión y la fraternidad, en torno a la cual todo el mundo puede congregarse sin renunciar a su creencia particular. Se comienza a comprender que es una garantía de seguridad para la sociedad. En lo que a mí respecta, queridos hermanos, voy más allá, y pienso que vosotros coincidís conmigo en esto: cuando todos los pueblos hayan inscripto en su bandera *Fuera de la caridad*

no hay salvación, la paz del mundo estará asegurada, y entonces vivirán como hermanos. ¿Será tal vez un hermoso sueño? No, señores, pues es la promesa del Cristo, y han llegado los tiempos de su cumplimiento.

"¿Qué somos nosotros en el gran movimiento que se opera? Somos modestos obreros que aportan su piedra al edificio, pero cuando millones de obreros hayan aportado millones de piedras, el edificio estará finalizado. Trabajemos, pues, con fervor y perseverancia, sin desanimarnos ante la pequeñez del surco que cavamos, porque muchos surcos se cavan a nuestro lado. Permitidme una comparación material, pero que responde a esta idea. Cuando construyeron las vías del ferrocarril, cada pequeña localidad quiso contar con su tramo; cada uno de esos tramos era poca cosa en sí mismo, pero cuando todos se conectaron, formaron esa inmensa red que actualmente cubre el mundo y vence las barreras que separan a los pueblos. El ferrocarril venció las barreras materiales; pero la consigna *Fuera de la caridad no hay salvación* vencerá las barreras morales. En todas partes pondrá fin a los antagonismos religiosos, causa de tantos rencores y de conflictos sanguinarios; porque entonces, judíos, católicos, protestantes, musulmanes, se estrecharán la mano para adorar, cada uno a su manera, al Dios único de misericordia y de paz, que es el mismo para todos.

"El objetivo es inmenso, como veis, señores y queridos hermanos. Nos faltará examinar la organización de nuestro pequeño ámbito, a fin de que resulte un engranaje útil en el conjunto. Para eso, nuestra tarea se ve facilitada por las instrucciones que encontramos en las obras de nuestro venerado jefe, respecto de las cuales podemos decir que se han convertido en obras clásicas de la doctrina. Al seguirlas puntualmente,

estaremos seguros de no extraviarnos en un camino equivocado, porque esas instrucciones son el fruto de la experiencia. Que cada uno de nosotros medite cuidadosamente en torno a esas obras, pues en ellas encontraremos todo lo que necesitamos. Además, estoy seguro de que el apoyo y los consejos del maestro nunca nos faltarán. Ninguno de nosotros debe olvidar que, si la esperanza y la fe se han anidado en la mayoría de nuestros corazones, y si muchos de nosotros hemos sido liberados del materialismo y la incredulidad, se lo debemos a su valor perseverante, a su fervor, que ni las calumnias ni las diatribas ni los ataques de todo tipo han logrado apagar. Fue el primero en comprender el alcance inmenso del espiritismo, y se ha sacrificado para esparcir sus beneficios entre sus hermanos de la Tierra. Digámoslo: es evidente que ha sido elegido para ese gran apostolado, porque es imposible desconocer que cumple una misión moralizadora entre nosotros. Os propongo, señores, que le expresemos la gratitud que los verdaderos y sinceros espíritas le deben. Roguemos a Dios, a la vez, para que continúe sosteniéndolo en una empresa que solo él puede hacer fructificar por completo.

"Agregaré algunas palabras, señores, sobre el carácter de esta reunión. La máxima que nos sirve de guía es capaz de tranquilizar a aquellos a quienes la palabra espiritismo podría amedrentar. ¡Qué pueden temer, en efecto, las personas que hacen del principio de la caridad para con todos, amigos y enemigos, su regla de conducta! Ese principio es para nosotros tan serio, que lo hemos convertido en la condición expresa de nuestra salvación. ¿Acaso no es esa la mejor garantía que podemos ofrecer respecto de nuestras intenciones pacíficas? ¿Quién podría ver con malos ojos –incluso entre quienes no comparten nuestras ideas– a personas que solo pregonan la

tolerancia, la unión y la concordia, y cuya única meta es conducir hacia Dios a los que se alejaron de él, así como combatir el materialismo y la incredulidad que invaden la sociedad y amenazan sus fundamentos?

"Dirijámonos, pues, a los que no creen, pues el campo a cosechar es suficientemente basto, conforme lo ha referido el señor Allan Kardec. En virtud del propio principio de caridad que nos sirve de guía, evitemos perturbar las conciencias; acojamos como hermanos a quienes se acercan a nosotros, y no pretendamos contrariar la fe religiosa de nadie. No hemos venido a enfrentar un altar contra otro, sino a levantar uno donde no había ninguno. Quienes piensen que nuestros principios son buenos, los adoptarán. Quienes piensen que son malos, los harán a un lado, pero no por eso dejaremos de considerarlos nuestros hermanos. Si nos arrojan piedras, rogaremos a Dios que perdone su falta de caridad, y que les recuerde el Evangelio y el ejemplo de Jesucristo nuestro Señor, que oraba por sus verdugos.

"Oremos también, queridos hermanos, a fin de que Dios se digne extender sobre nosotros su misericordia, y perdone nuestras faltas así como nosotros perdonamos a quienes nos desean el mal. Digamos desde el fondo del corazón:

"Señor, Dios Todopoderoso, que leéis en el fondo de las almas y veis la pureza de nuestras intenciones, dignaos sostenernos en nuestra obra, y proteged a nuestro jefe. Dadnos la fuerza necesaria para soportar con valor y resignación, y como pruebas para nuestra fe y nuestra perseverancia, las miserias que la malevolencia podría causarnos. Haced que, conforme al ejemplo de los primeros mártires cristianos, estemos dispuestos a todos los sacrificios para demostraros nuestra sumisión a vuestra sagrada voluntad. Por otra parte, ¡qué sig-

nifica el sacrificio de los bienes de este mundo, toda vez que tenemos, como deben tenerlo todos los espíritas sinceros, la certeza de los bienes imperecederos de la vida futura! Haced, Señor, que las preocupaciones de la vida terrestre no nos alejen del sagrado camino por el que nos conducís, y dignaos enviarnos Espíritus buenos para que nos mantengan en la senda del bien. Que la caridad, que es vuestra ley y nuestra ley, nos torne indulgentes para con las faltas de nuestros hermanos; que sofoque en nosotros cualquier sentimiento de orgullo, odio, envidia y celos, y nos torne buenos y benevolentes para con todo el mundo, a fin de que prediquemos con el ejemplo tanto como con las palabras."

Los delegados de diversos grupos, procedentes de las localidades vecinas, se habían reunido en esa ocasión con sus nuevos hermanos en creencia. Además de este, se pronunciaron otros discursos, en los que se puso de manifiesto una absoluta comprensión del verdadero carácter del espiritismo. Lamentamos que la falta de espacio nos impida transcribirlos, al igual que una notable comunicación obtenida en esa sesión, firmada por *François-Nicolas Madelaine*, que describe en términos simples y conmovedores los deberes del verdadero espírita.

En Lyón, un nuevo grupo acaba de formarse en condiciones especiales, que merecen señalarse a modo de estímulo y buen ejemplo. Este grupo tiene un doble objetivo: la instrucción y la beneficencia. Respecto de la instrucción, se propone reducir el tiempo que por lo general se dedica a las comunicaciones mediúmnicas, y ampliar el destinado a las instrucciones orales, con miras a desarrollar y explicar los principios del espiritismo. En cuanto a la beneficencia, la nueva sociedad se propone acudir en ayuda de personas necesitadas, mediante

donaciones en especie, tales como ropa de cama, prendas de vestir, etc. Además de lo que se puede reunir, las damas que integran la sociedad aportan su trabajo personal a través de la confección de ropa, y con visitas a los pobres que están enfermos. Uno de los miembros de esa sociedad nos escribe al respecto: "Gracias al fervor de la señora G…, Lyón pronto contará con un grupo espírita más. ¿Alcanzará dicho grupo el objetivo que se propone? El futuro lo dirá. Si bien aún es poco numeroso, contiene elementos dedicados, llenos de fe y de caridad. Nuestro emprendimiento podría fracasar, pero las intenciones son buenas. Nos bastará con que la Sociedad de París, bajo cuya égida nos colocamos, nos respalde y nos asista con sus consejos, para que perseveremos con el auxilio de su apoyo moral".

Ese apoyo nunca le faltará a toda obra fundada sobre el auténtico carácter del espiritismo, y cuyo objetivo sea la realización del bien. La Sociedad de París siempre se complace en ver que la doctrina da buenos frutos. Solamente declinaría su solidaridad para con los grupos o las sociedades que, ignorando el principio de caridad y de fraternidad sin el cual no existen los verdaderos espíritas, vieran con malos ojos a los otros grupos, les arrojaran piedras o intentaran denigrarlos con cualquier pretexto. La caridad y la fraternidad se reconocen por sus obras y no por las palabras. Esta es una medida de apreciación que solo puede engañar a los que se enceguecen respecto de su propio mérito, pero no a terceros desinteresados. Es la piedra de toque con la cual se reconoce la sinceridad de los sentimientos. Y cuando se habla de caridad en el espiritismo, sabemos que no se trata tan solo de la caridad que da, sino también y especialmente de la que olvida y perdona, de la que es benévola e indulgente, y que repudia cualquier sen-

timiento de envidia y de rencor. Todo grupo espírita que no estuviera fundado en los principios de la verdadera caridad, sería más perjudicial que útil para la causa, porque tendería a dividir en vez de aunar. Además, llevaría consigo el elemento de su propia destrucción. Así pues, nuestro afecto personal siempre será para los grupos que demuestren, mediante sus actos, el espíritu de bondad que los anima, porque los Espíritus buenos solo pueden inspirar el bien.

En el próximo número, nos referiremos a las nuevas sociedades espíritas de Bruselas, de Turín y de Esmirna, que también se complacen en adherir al patrocinio de la Sociedad de París.

PREGUNTAS Y PROBLEMAS

Progreso en las primeras encarnaciones

Pregunta. Dos almas, creadas simples e ignorantes, no conocen el bien ni el mal al venir a la Tierra. En esa primera existencia, una sigue el camino del bien y la otra el del mal. Como, por decirlo de algún modo, ha sido el azar el que las condujo, no merecen castigo ni recompensa. Es probable que ese primer viaje terrestre solamente les haya servido para que tuvieran conciencia de su existencia, conciencia que antes no tenían. Para ser lógicos, habría que admitir que los castigos no son infligidos y que las recompensas no son otorgadas sino a partir de la segunda encarnación, cuando los Espíritus saben distinguir el bien del mal, experiencia de la que carecían al momento de ser creados, pero que adquirieron por medio de su primera encarnación. ¿Tiene fundamento esta opinión?

Respuesta. Si bien la doctrina espírita ya resolvió esta cuestión, vamos a responder la pregunta para que todos se instruyan.

Ignoramos absolutamente en qué condiciones ocurren las primeras encarnaciones del alma. Se trata de uno de esos principios de las cosas que forman parte de los secretos de Dios. Apenas sabemos que las almas son creadas simples e ignorantes, y que todas tienen el mismo punto de partida, lo cual es conforme a la justicia. Lo que también sabemos, es que el libre albedrío solo se desarrolla poco a poco y después de numerosas evoluciones en la vida corporal. Por lo tanto, no es después de la primera ni de la segunda encarnación que el alma adquiere una conciencia bastante clara de sí misma para que sea responsable de sus actos. Tal vez eso ocurra después de la centésima o de la milésima encarnación. Lo mismo ocurre en el niño, que no goza de la plenitud de sus facultades ni uno ni dos años después de su nacimiento, sino después de varios años. Además, cuando el alma goza de su libre albedrío, la responsabilidad aumenta en razón del desarrollo de su inteligencia. Así, por ejemplo, un salvaje que come a sus semejantes es menos castigado que el hombre civilizado que comete una simple injusticia. No cabe duda de que nuestros salvajes se encuentran muy atrasados respecto de nosotros, pero ya están bastante lejos de su punto de partida. Durante largos períodos, el alma encarnada es sometida a la influencia exclusiva de los instintos de conservación. Poco a poco, esos instintos se transforman en instintos inteligentes, o, mejor dicho, se equilibran con la inteligencia. Más tarde, *y siempre gradualmente*, la inteligencia domina los instintos. Solo entonces comienza la responsabilidad seria.

El autor de la pregunta comete además dos errores graves. El primero consiste en afirmar que el azar decide el camino, bueno o malo, que el Espíritu recorre en sus comienzos. Si hubiera azar o fatalidad, cualquier responsabilidad sería injusta. Como hemos dicho, el Espíritu se encuentra durante numerosas encarnaciones en un estado inconsciente; la luz de la inteligencia se enciende poco a poco, y la auténtica responsabilidad solo comienza cuando el Espíritu obra libremente y con conocimiento de causa.

El segundo error consiste en afirmar que las primeras encarnaciones humanas tienen lugar en la Tierra. La Tierra ha sido un mundo primitivo, pero ya no lo es. Los seres humanos más atrasados que encontramos en su superficie ya se han despojado de las primeras envolturas de la encarnación, y nuestros salvajes están avanzados en comparación con lo que eran antes de que sus Espíritus encarnaran en este globo. Considérese ahora la cantidad de existencias que esos salvajes necesitan para trasponer los grados que los separan de la civilización más avanzada. Esos grados intermedios se encuentran en la Tierra *sin solución de continuidad*, y podemos seguirlos al observar los matices que distinguen a los diversos pueblos. Tan solo no se encuentran aquí el comienzo y el fin. El comienzo se pierde para nosotros en las profundidades del pasado, que no nos es dado penetrar. Por otra parte, eso nos importa poco, pues tal conocimiento no nos serviría de nada. Lo único positivo es que no somos perfectos. Sabemos que nuestras imperfecciones son el único obstáculo para nuestra felicidad futura. Estudiémonos, pues, a fin de perfeccionarnos. En el punto en que nos encontramos, la inteligencia está bastante desarrollada para que el hombre pueda evaluar sanamente el bien y el mal, y también en ese punto su responsabilidad es la más seriamente

comprometida, porque ya no se puede decir de él lo que decía Jesús: "Perdónalos, Señor, porque no saben lo que hacen".

VARIEDADES

Fontenelle y los Espíritus golpeadores

Debemos a la amabilidad del señor Flammarion la noticia de una carta dirigida a él y que contine el siguiente relato:

"Es probable que os consideréis, estimado señor, el primer astrónomo en ocuparse del espiritismo. Desengañaos, porque hace un siglo y medio Fontenelle practicaba la tiptología con la señorita Letard, médium. Esta mañana, mientras me entretenía hojeando un viejo manual epistolar publicado por Philipon de la Madeleine hace cincuenta años, encontré una carta de la señorita de Launay, quien más tarde fuera madame de Staal, dirigida de parte de la duquesa de Maine al secretario de la Academia de Ciencias, con motivo de una aventura que procedo a resumir:

" 'En 1713, una jovencita llamada Letard sostenía que se comunicaba con los Espíritus de igual modo que Sócrates lo hacía con su demonio. El señor de Fontenelle fue a verla y, como en sus palabras dejó entrever algunas dudas acerca de que esa comunicación era un tipo de charlatanismo, la señora de Maine (que no dudaba) encargó a la señorita de Launay que le escribiera al respecto'.

Philipon de la Madeleine

”En relación con este hecho, se encuentra la siguiente nota en una edición de las obras selectas de Fontenelle, publicadas en Londres, en 1761:

” ‘Una jovencita, llamada señorita Letard, despertó a comienzos de este siglo la curiosidad del público hacia un supuesto prodigio. Todo el mundo quería verlo, de modo que el duque de Orleans encomendó al señor de Fontenelle que presenciara la maravilla. Ese fue el motivo por el que la señorita de Launay le había escrito. Esta es la carta:

” ’La aventura de la señorita Letard hace menos ruido, señor, que vuestro testimonio al respecto. Nos asombramos, y tal vez con alguna razón, de que el destructor de los oráculos, ese que derribó el trípode de las sibilas, se haya puesto de rodillas ante la señorita Letard. ¡Cómo es posible –dicen los críticos– que este hombre, que ha desenmascarado las supercherías cometidas a mil leguas de distancia, y más de dos mil años antes de él, no haya podido descubrir un ardid tramado ante sus propios ojos! Los refinados afirman que, como buen pirroniano que sois, dado que todo es incierto, todo os resulta posible. Por otro lado, los devotos parecen saber a qué atenerse respecto de los homenajes que habéis rendido al diablo, y esperan que eso vaya más lejos. Por mi parte, señor, suspenderé el juicio hasta que me considere mejor informada’.

”Respuesta del señor de Fontenelle:

” ‘Señorita, tendré el honor de responderos lo mismo que respondí a uno de mis amigos que me escribió desde Marly el día siguiente al que estuve en casa del *Espíritu*. Le dije que escuché ruidos cuya mecánica no identifiqué; pero que, para decidir, hacía falta un examen más preciso que el realizado por mí, y repetirlo. No modifiqué mi discurso, pero como no decidí definitivamente que se trataba de un artificio, se me

acusó de creer en la intervención de un duende; y como el público no se detiene ante un camino tan bello, aseguraron que yo había afirmado tal cosa. No veo un gran mal en eso. Si bien me dañaron al atribuirme algo que nunca dije, me hicieron el honor de ocuparse de mí, y una mano lava la otra. Nunca pensé que el hecho de haber desprestigiado a las viejas profetizas de Delfos sirviera de estímulo para destruir a una jovencita viva, de la que solo se había hablado bien. No obstante, si consideran que he faltado a mi deber, la próxima vez adoptaré un tono más despiadado y filosófico. Hace mucho tiempo que me reprochan mi falta de severidad. Es necesario que yo sea incorregible, pues la edad, la experiencia y las injusticias del mundo no hacen nada al respecto. Esto es, señorita, todo lo que puedo deciros acerca del *Espíritu* que motivó hacia mí una carta que supongo dictada de buen grado, pues a fin de cuentas no estoy lejos de creerlo. De tal modo, cuando me visite un demonio familiar, os lo diré con más gracia y un tono más ingenioso, aunque no menos sincero, etcétera'."

Observación. Como vemos, Fontenelle no se pronuncia a favor ni en contra, y se limita a observar el hecho. Eso era lo que dictaba la prudencia, de la que carece la mayoría de los negadores de nuestra época, quienes resuelven acerca de lo que ni siquiera se ocuparon de observar, expuestos a recibir más tarde el desmentido de la experiencia. No obstante, es evidente que Fontenelle se inclina por la afirmativa, algo notable para un hombre de su posición y en el siglo del escepticismo por excelencia. Lejos de acusar de charlatanismo a la señorita Letard, reconoce que de ella solo se hablaba bien. Tal vez incluso estaba más convencido de lo que aparentaba, y se contenía por miedo al ridículo, tan poderoso en esa épo-

ca. Con todo, hacía falta que estuviera muy impresionado para no decir tajantemente que se trataba de una superchería. Ahora bien, su opinión al respecto es importante. Al descartar la posibilidad del charlatanismo, resulta evidente que la señorita Letard era una médium espontánea del tipo de las señoritas Fox.

* * *

San Anastasio, espírita sin saberlo

El siguiente pasaje, extraído de san Anastasio, patriarca de Alejandría y uno de los Padres de la Iglesia Griega, parece haber sido escrito bajo la inspiración de las ideas espíritas de la actualidad.

"El alma no muere, sino que muere el cuerpo, cuando el alma lo abandona. El alma es de por sí su propio motor; el movimiento del alma es su vida. Incluso cuando se encuentra prisionera, como atada al cuerpo, el alma no se reduce a sus estrechas proporciones, de modo no queda contenida en él. Por el contrario, cuando el cuerpo yace inmóvil, como inanimado, a menudo el alma se mantiene despierta por su propia virtud. *Entonces, al salir de la materia, si bien se mantiene ligada a esta,* el alma concibe, contempla existencias más allá del globo terrestre; ve los santos desprendidos de la envoltura de los cuerpos, ve los ángeles y se eleva hacia ellos en la libertad de su pura inocencia.

"Separada por completo del cuerpo, y cuando a Dios le plazca romper las cadenas que le impuso, ¿acaso no tendrá el alma –os pregunto– una visión más clara de su naturaleza inmortal? Si hoy mismo, y a pesar de los obstáculos de la carne,

el alma vive ya *una vida por completo exterior*, vivirá más aún después de la muerte del cuerpo, gracias a Dios, que por su Verbo la hizo así. El alma comprende, abarca en sí las ideas de eternidad, las ideas de infinito, porque es inmortal. Así como el cuerpo, que es mortal, solo percibe lo material y perecedero, de igual modo el alma, que ve y medita las cosas inmortales, es necesariamente inmortal de por sí, y vivirá siempre. Porque las ideas y las imágenes de inmortalidad nunca la abandonan y están en ella como un foco vivo que nutre y asegura su inmortalidad". (*Sanct. Athan. Oper.*, t. I, p. 32.- Villemain, *Tableau de l'éloquence chrétienne au quatrième siècle*.)

¿Acaso no es esta una descripción precisa de la irradiación exterior del alma durante la vida corporal, así como de su emancipación en el sueño, el éxtasis, el sonambulismo y la catalepsia? El espiritismo afirma exactamente lo mismo, y lo demuestra con la experiencia.

Con las ideas dispersas contenidas en la Biblia, en los Evangelios, en los Apóstoles y en los Padres de la Iglesia, sin mencionar a los escritores profanos, podemos constituir toda la doctrina espírita moderna. Los comentarios respecto de esos escritos, por lo general se hicieron desde un punto de vista exclusivo y con ideas preconcebidas, y muchas personas solo vieron en ellos lo que quisieron ver, o bien les faltó la clave necesaria para ver otra cosa. En cambio, en la actualidad, el espiritismo es la clave que brinda el auténtico sentido de los pasajes que se comprendieron mal. Hasta ahora, esos fragmentos son recopilados parcialmente, pero llegará el día en que hombres pacientes y sabios, cuya autoridad no podrá ser ignorada, convertirán ese estudio en el objeto de un trabajo específico y completo que echará luz sobre todas esas cues-

tiones, de modo que será necesario rendirse ante la evidencia claramente demostrada. En nuestra opinión, es posible afirmar que ese trabajo considerable será obra de miembros eminentes de la Iglesia, quienes recibirán esa misión, porque comprenderán que la religión debe ser progresiva como la humanidad, so pena de que sea superada, pues en la religión, como en la política, también hay ideas retrógradas. En tal caso, no avanzar implica retroceder. Los incrédulos surgen precisamente porque la religión se ubica fuera del movimiento científico y progresivo. Es más, la religión declara que ese movimiento es obra del demonio, y siempre lo ha combatido. De ahí resultó que la ciencia, al ser rechazada por la religión, a su vez la rechazó. A esto se debe ese antagonismo, que solo cesará cuando la religión comprenda que no solamente debe marchar con el progreso, sino que también debe ser un elemento de progreso. Todo el mundo creerá en Dios cuando la religión no lo presente en contradicción con las leyes de la naturaleza, que son obra de Él.

* * *

Párrafo de *L'Opinion nationale*

En un artículo político muy serio acerca de Polonia, firmado por Bonneau y publicado en *L'Opinion Nationale* del 10 de noviembre de 1863, leemos el siguiente párrafo:

"Que Francisco José evoque la sombra de su abuelo; que le pida consejo a María Teresa: alma sufridora, perseguida por el remordimiento de la Polonia desmembrada, y de repente se le abrirán los ojos".

Estas palabras no necesitan comentario alguno. Teníamos razón cuando dijimos más arriba que la idea espírita se abre camino en todas partes. Atraviesa a todos, mal que les pese, y pronto rebasará cualquier límite.

* * *

Un Espíritu golpeador en el siglo XVI

Leemos en la *Historia de san Marcial*, apóstol de las Galias y especialmente de Aquitania y de Limosín, escrita por el reverendo padre Bonaventure de Saint-Amable, religioso carmelita descalzo, 3ª parte, pág. 752:

"En diciembre del año 1518, en la casa de Pierre Juge, comerciante de Limoges, un Espíritu generó durante quince días un gran bullicio: golpeaba las puertas, el piso y los techos, y cambiaba de lugar los utensilios. Varios religiosos se dirigieron al lugar para decir misa y pasar la noche en vela con cirios encendidos y agua bendita, pero no lograron que el Espíritu quisiera hablar. Un joven de dieciséis años, oriundo de Ussel y empleado del comerciante, confesó que dicho Espíritu a menudo lo había molestado en su casa y en varios otros lugares, y agregó que un pariente suyo, que lo había nombrado heredero, había muerto en la guerra y muchas veces se había aparecido a varios de sus familiares, y había golpeado a la hermana, que murió tres días después. Cuando el susodicho comerciante Juge despidió al joven, todo aquel barullo cesó".

Resulta evidente que ese joven era un médium inconsciente, de efectos físicos, como siempre los hubo. El conocimiento de las leyes que rigen las relaciones entre el mundo

visible y el mundo invisible hace que todos esos hechos, supuestamente maravillosos, ingresen en el dominio de las leyes naturales.

* * *

Allan Kardec



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año VII Número 2 Febrero de 1864

El señor Home en Roma

Varios periódicos reprodujeron el siguiente artículo:

"El incidente de la semana –escriben desde Roma en el *Times*– ha sido la orden impartida al señor Home, el célebre médium, de abandonar la ciudad pontificia en tres días.

"Invitado a presentarse ante la policía romana, el señor Home fue sometido a un interrogatorio en toda forma. Se le preguntó cuánto tiempo planeaba quedarse en Roma; si se había dedicado a las prácticas del espiritismo después de su conversión al catolicismo, etc., etc. Veamos algunas palabras intercambiadas en esa circunstancia, y que el propio señor Home ha consignado en sus notas particulares, que al parecer comparte muy fácilmente:

"—Después de vuestra conversión al catolicismo, ¿habéis ejercido vuestro poder de médium?

”—Ni antes ni después he ejercido tal poder; porque, como no depende de mi voluntad, no puedo decir que lo ejerzo.

”—¿Consideráis que ese poder es un don de la naturaleza?

”—Lo considero un don de Dios.

”—¿Qué religión enseñan los Espíritus?

”—Eso depende.

”—¿Qué hacéis vos para que ellos vengan?

”—Ya respondí que no hago nada (En ese mismo instante, se escucharon golpes reiterados y claros en la mesa donde mi interrogador escribía).

”—¿Pero vos también hacéis que las mesas se muevan? (En ese mismo instante, la mesa se puso en movimiento.)

”Poco impresionado con esos prodigios, el jefe de policía invitó al mago a que abandone Roma en tres días. El señor Home, amparado en la protección de las leyes internacionales, conforme era su derecho, recurrió al Cónsul de Inglaterra, quien obtuvo del señor Matteucci la garantía de que el demasiado célebre médium no sería molestado y que podría continuar su estadía en Roma, toda vez que durante ese lapso se abstuviera de cualquier comunicación con el mundo espiritual. ¡Qué asombroso! El señor Home aceptó las condiciones, y firmó el compromiso requerido. ¿Cómo pudo comprometerse a no emplear un poder cuyo ejercicio es independiente de su voluntad? Esto es lo que no intentaremos comprender”.

Ignoramos hasta qué punto esta crónica es exacta en todos sus detalles, pero una carta, que el señor Home escribió recientemente a una señora que nosotros conocemos, parece confirmar el hecho principal. En cuanto a los golpes escucha-

dos en la oportunidad, nos parece que se los puede ubicar sin temor entre las falsedades a las que nos han acostumbrado los periódicos poco interesados en profundizar las cuestiones del otro mundo.

En efecto, el señor Home se encuentra en Roma en estos momentos, y el motivo es muy honorable para él como para que nosotros no lo digamos, dado que los periódicos consideraron que debían aprovechar esta oportunidad para ridiculizarlo.

El señor Home no es rico, y no teme decir que debe recurrir a su trabajo para cubrir sus gastos. De tal modo, había pensado en su talento natural para la escultura, y viajó a Roma con miras a perfeccionarse en ese arte. Con la notable facultad mediúmnica que posee, podría ser rico, muy rico incluso, si se hubiera propuesto explotarla. Su posición económica poco relevante es la mejor respuesta al epíteto de hábil charlatán que le echaron en cara. Pero él sabe que ha recibido esa facultad con un objetivo providencial, para los intereses de una causa sagrada, y considera que cometería un sacrilegio si la transformara en una profesión. El sentido del deber que esa facultad le impone es suficiente para hacerle comprender que los Espíritus se manifiestan por voluntad de Dios, para que los hombres recuperen la fe en la vida futura, y no para exhibirla en un espectáculo de curiosidades, compitiendo con los escamoteadores, como tampoco para servir a la codicia de los que pretenden explotarla. Además, sabe también que los Espíritus no se someten a las órdenes ni a los caprichos de nadie, y mucho menos de los que pretenden *exhibir* sus manifestaciones a tanto por sesión. No hay un solo médium en el mundo que pueda garantizar la producción de un fenómeno espírita en un momento determinado. De ahí debemos

concluir que la pretensión contraria es la prueba de una ignorancia absoluta respecto de los principios más elementales de la ciencia espírita, en cuyo caso cualquier suposición está permitida, porque, si los Espíritus no responden el llamado, o si no hacen *cosas bastante asombrosas* para satisfacer a los curiosos y sostener la reputación del médium, hará falta encontrar la manera de brindarlas a los espectadores a cambio de su dinero, en caso de que no se pretenda devolverlo.

Nunca será demasiado insistir en el hecho de que la mejor garantía de sinceridad es el desinterés absoluto. Un médium siempre será fuerte cuando, a los que sospechen de su buena fe, pueda responderles: "¿Cuánto habéis pagado para venir aquí?".

Reitero, que la mediumnidad seria no puede ser ni será nunca una profesión; no solo porque sería desacreditada moralmente, sino porque se trata de una facultad esencialmente inestable, huidiza y variable, respecto de la cual ninguno de los que hoy la poseen puede asegurar que la poseerá mañana. Tan solo los charlatanes siempre están seguros de sí mismos. Otra cosa es un talento adquirido a través del estudio y del trabajo, y que, por eso mismo, constituye una propiedad de la cual naturalmente se permite a quien la posea extraer un beneficio. La mediumnidad no forma parte de eso. Explotarla implica disponer de algo de lo que en realidad no se es dueño; implica desviarla de su objetivo providencial. Más aún: el médium no dispone de *sí mismo*, sino de los Espíritus, de las almas de los muertos, a cuyo concurso se le pone precio. Esta idea repugna instintivamente. Por esa razón, en todos los centros serios, en los que se ocupan del espiritismo santamente, religiosamente, como en Lyón, en Burdeos y en tantos otros, los médiums explotadores serían desautorizados por completo.

Así pues, quien no tenga de qué vivir, busque recursos en otra parte y, si es necesario, que no le consagre a la mediumnidad más tiempo del que pueda disponer materialmente. Los Espíritus tendrán en cuenta su devoción y sus sacrificios, mientras que tarde o temprano, a los que pretenden convertirlos en un escalón para elevarse, los castigan ya sea con la suspensión de facultad, el alejamiento de los Espíritus buenos, las mistificaciones comprometedoras, o bien por medios más desagradables aún, conforme lo demuestra la experiencia.[2]

El señor Home sabe muy bien que perdería la asistencia de sus Espíritus protectores en caso de que abusara de su facultad. Su primer castigo sería perder la estima y la consideración de las familias honorables que lo reciben como amigo, y que solo lo invitarían como se hace con las personas que ofrecen representaciones a domicilio. Desde su primera estadía en París, sabemos que en algunos círculos le han hecho ofertas muy ventajosas para que realizara sesiones, pero que siempre las rechazó. Cuantos lo conocen y comprenden los verdaderos intereses del espiritismo aplaudirán la decisión que él toma actualmente. Por nuestra parte, le agradecemos el buen ejemplo que brinda.

Si hemos insistido en la cuestión del desinterés de los médiums, lo hicimos porque tenemos razones para creer que la mediumnidad *ficticia y abusiva* es uno de los medios con que cuentan los enemigos del espiritismo para hacer el intento de desacreditarlo y presentarlo como obra del charlatanismo. Por lo tanto, es necesario que todos los que abrazan la causa de la doctrina estén advertidos, para desenmascarar las maniobras

2. Compárese con el texto "Mediumnidad gratuita", en *El Evangelio según el espiritismo*, Cap. XXVI, §§ 7 a 10. (N. del T.)

fraudulentas toda vez que ocurran, y mostrar que el verdadero espiritismo no tiene nada en común con las parodias que se podrían hacer de él, a la vez que repudia todo lo que se aparte del principio moralizador que constituye su esencia.

El artículo referido más arriba presenta además otros temas de observación. El autor considera que puede calificar al señor Home de mago. En eso no hay más que inocencia; pero más adelante dice: "el *demasiado* célebre médium…". Esta es una expresión empleada para con los individuos que han adquirido una celebridad lamentable. ¿Dónde están, pues, las fechorías y los crímenes del señor Home? Se trata de una injuria gratuita, no solo para él, sino también para todas las personas respetables y de alto rango que lo reciben y que de ese modo parecen apadrinar a un hombre de mala fama.

La última frase del artículo es más curiosa, porque contiene una de esas contradicciones flagrantes con las que, por otra parte, nuestros adversarios se inquietan muy poco. El autor se asombra de que el señor Home haya aceptado el compromiso que le impusieron, y se pregunta cómo pudo prometer que no usaría un poder que es independiente de su voluntad. Si quisiera saberlo, lo remitiríamos al estudio de los fenómenos espíritas, de sus causas y su modo de producción, y entonces sabría por qué el señor Home asumió un compromiso que, por otra parte, no puede concernir a las manifestaciones que él obtiene en la intimidad, incluso si lo hiciera en las celdas de la Inquisición. No obstante, parece que el autor no pretende tanto, pues agrega: "Esto es lo que no intentaremos comprender". Con estas palabras, sugiere insidiosamente que esos fenómenos no son más que superchería.

No obstante, la medida tomada por el gobierno pontificio demuestra que este tiene miedo de las manifestaciones ostensibles. Ahora bien, a un malabarismo no se le teme. ¿Acaso ese mismo gobierno prohibiría a los supuestos "físicos" que se dedican a imitar tales manifestaciones? Por cierto que no, pues en Roma se permiten otras cosas menos evangélicas. ¿Por qué, entonces, se prohíben las del señor Home? ¿Por qué pretenden expulsarlo del país, si no es más que un prestidigitador? Podrán decir que lo hacen en interés de la religión. De acuerdo, pero ¿es tan frágil esa religión, para que se la ponga en riesgo con tanta facilidad? En Roma, como en otros lugares, los ilusionistas ejecutan con mayor o menor habilidad el truco de la botella encantada, mediante el cual transforman el agua en vinos de todo tipo, así como el del sombrero mágico, en el que se multiplican panes y otros objetos. Sin embargo, nadie tiene miedo de que eso desprestigie los milagros de Jesucristo, pues saben que solo se trata de imitaciones. Por lo tanto, si le temen al señor Home, es porque de su parte hay algo serio, y no trucos de magia.

Tal es la consecuencia que extraerá de aquí cualquier hombre que reflexione un poco. A ninguna persona sensata se le ocurrirá que a un gobierno, a una corte soberana, compuesta por hombres que con toda razón no pasan por tontos, les asuste un mito. Por cierto, no seremos los únicos que harán esta reflexión, y los periódicos que se apresuran a divulgar este incidente, con miras a ridiculizarlo, la provocarán naturalmente. De tal modo, el resultado será, como el de todo lo que ya se ha hecho para eliminar el espiritismo, popularizar esta idea. Un hecho, insignificante en apariencia, habrá de generar consecuencias más graves de lo que se había pensado. No nos cabe duda de que se produjo para apresurar la eclosión del

espiritismo en Italia, donde ya cuenta con numerosos representantes, incluso entre el clero. Tampoco dudamos de que la curia romana tarde o temprano se convertirá, sin proponérselo, en uno de los principales instrumentos de propagación del espiritismo en ese país, porque esta doctrina se encuentra destinada a que sus propios adversario sirvan para difundirla mediante todo lo que hagan para destruirla. Son ciegos, pues, los que no ven en esto el dedo de la Providencia. No cabe duda de que ese será uno de los hechos más sobresalientes de la historia del espiritismo: uno de los que mejor demuestran su poder y su origen.

Primeras lecciones de moral a la niñez

Entre todas las plagas morales de la sociedad, el egoísmo parece la más difícil de erradicar, y más aún debido a que, en efecto, es sustentada por los propios hábitos de la educación. Existe la impresión de que se hacen esfuerzos para excitar en los niños, ya desde la cuna, determinadas pasiones que más tarde se convierten en una segunda naturaleza. Así pues, no hay motivo para asombrarse de los vicios de la sociedad, toda vez que los niños los absorben con la leche. Veamos un ejemplo que, como se podrá apreciar, constituye la regla más que una excepción.

Conocemos una familia de la que forma parte una niña de cuatro a cinco años, de rara inteligencia, pero con los pequeños defectos de los niños mimados: es un poco caprichosa, llorona, terca, y no siempre da las gracias cuando se le entrega algo. Sus padres han hecho grandes esfuerzos para corregirla,

pues más allá de esos defectos tiene –según ellos– un *corazón de oro*, conforme reza la expresión consagrada. Veamos de qué modo proceden para remover esas pequeñas manchas y conservar del oro su pureza.

Cierto día, dieron un pastel a la niña y, como de costumbre, le dijeron: "Podrás comerlo si te portas bien". Vemos aquí una primera lección de glotonería. ¡Cuántas veces ocurre que a un niño sentado a la mesa se le dice que no comerá determinada golosina si sigue llorando! "Haz esto, haz aquello –le dicen– y tendrás tu dulce", o cualquier otra cosa que él desee. Y el niño se contiene, no con razones, sino para satisfacer un deseo sensual que le han estimulado. Peor aún es cuando le dicen –cosa que no es menos frecuente– que darán su porción a otro. En este caso, además de la glotonería, se pone en juego la envidia. El niño hará lo que le ordenan, no solo para obtener su porción, sino para que el otro no la reciba. ¿Pretenden impartirle una lección de generosidad? Entonces, le dirán: "Entrégale esa fruta o ese juguete a fulanito". Si el niño se niega, y para alentar en él un buen sentimiento, no dejarán de responderle: "Yo te daré otro". De tal modo, el niño solo decidirá ser generoso toda vez que esté seguro de no perder nada.

Por nuestra parte, en cierta oportunidad fuimos testigos de un hecho muy característico de esta clase. Se trataba de un niño de unos dos años y medio, al que lo amenazaron diciendo: "Entonces, le daremos el dulce a tu hermanito, y tú no tendrás nada". Además, para que la lección fuera más efectiva, colocaron el dulce en el plato del otro niño, que se tomó la cosa en serio y se lo comió. El perjudicado se puso violeta, y no hizo falta ser la madre ni el padre para ver el ataque de furia y odio reflejado en sus ojos. La semilla había sido arrojada; ¿podría dar buen fruto?

Volvamos a la niña en cuestión. Dado que la pequeña pasó por alto la amenaza, pues sabía por experiencia que sus padres casi nunca la cumplían, estos se pusieron más firmes, entendiendo que hacía falta dominar ese pequeño carácter y no esperar a que los años le imprimieran un mal hábito. Dijeron que a los niños había que formarlos desde temprano, sobre todo si eran muy inteligentes, de modo que esto es lo que hicieron: "Te prometo –le dijo la madre– que, si no obedeces, mañana temprano le entregaré tu pastel al primer niño pobre que vea en la calle". Dicho y hecho. Esta vez quisieron mantenerse firmes y darle a la niña una *buena* lección. A la mañana siguiente, hicieron que una pequeña mendiga entrara en la casa, y obligaron a la niña a que le diera el pastel con sus propias manos. Al verla, hubo elogios para su docilidad. Como moraleja, la niña dijo: "Si hubiera sabido esto, me habría dado prisa en comer mi pastel ayer". Todos aplaudieron la ingeniosa respuesta. En efecto, la niña recibió una dura lección, pero una lección del más puro egoísmo, lección que ella no dejará de aprovechar en otra oportunidad, porque ahora sabe lo que cuesta la generosidad forzada. Resta saber qué tipo de frutos dará más tarde esa semilla, cuando, con más edad, la niña aplique esa moral a cosas más serias que un pastel. ¿Quién sabe cuántos pensamientos germinaron en esa cabecita a partir de ese solo hecho? Después de esto, ¿cómo se pretende que un niño no sea egoísta, toda vez que, en vez de despertar en él el placer de dar, así como de mostrarle la dicha del que recibe, se le impone un sacrificio como castigo? ¿Acaso no significa inspirar una aversión al acto de dar, y hacia los que tienen necesidad? Otra costumbre frecuente es la de castigar al niño enviándolo a la cocina para que coma con los criados. El castigo no radica tanto en ser excluido de la mesa

familiar, como en la humillación de tener que compartir la del servicio doméstico. De tal modo, ya desde la más tierna infancia se encuentra inoculado el virus de la sensualidad, del egoísmo, del orgullo, del desprecio a los inferiores; en una palabra, de las pasiones que con toda razón se consideran plagas de la humanidad. Hay que estar dotado de una naturaleza excepcionalmente buena para resistirse a esas influencias durante la edad más impresionable, ya que no encuentran un contrapeso en la voluntad ni en la experiencia. Así pues, por más débil que sea el germen de las malas pasiones a esa edad –lo cual es el caso más común–, en vista de la naturaleza de la mayoría de los Espíritus que encarnan en la Tierra, ese germen no puede más que desarrollarse sujeto a dichas influencias, mientras que sería necesario detectar sus mínimos rastros, a fin de sofocarlo.

El error es sin duda de los padres, pero debemos decir que estos suelen pecar más por ignorancia que por mala voluntad. Es incuestionable que en muchos de ellos hay una culpable despreocupación. No obstante, en otros la intención es buena, aunque se trata del remedio que no hace efecto o que está mal administrado. Dado que son los primeros médicos del alma de sus hijos, los padres deberían ser instruidos, no solo respecto de sus deberes, sino también de los medios para cumplirlos. No basta con que el médico sepa que debe curar, pues también debe saber cómo hacerlo. Ahora bien, ¿dónde encuentran los padres los medios necesarios para instruirse acerca de esa parte tan importante de su tarea? En la actualidad, las mujeres reciben mucha instrucción, y se las somete a exámenes rigurosos; pero ¿alguna vez se le ha exigido a una madre que sepa cómo debe formar la moral de su hijo? Se le enseñan las tareas del hogar, pero ¿se la ha iniciado en los mil

secretos para orientar a los jóvenes corazones? Así pues, los padres son abandonados a su propia iniciativa, sin ninguna guía, y por eso se equivocan tan a menudo. También cosechan, en los defectos de sus hijos ya adultos, el fruto amargo de su inexperiencia o de una ternura mal entendida, y la sociedad en su conjunto paga las consecuencias.

Es bien sabido que el egoísmo y el orgullo constituyen la fuente de la mayoría de las miserias humanas, y que mientras ellos reinen en la Tierra no se podrá esperar que haya paz, ni caridad ni fraternidad. Por lo tanto, resulta necesario atacarlos en estado embrionario, sin aguardar a que sean vigorosos.

¿Puede el espiritismo remediar ese mal? No cabe la menor duda, y podemos asegurar que solo él tiene suficiente poder para vencerlo: pues logra que la misión y la responsabilidad de los padres se consideren desde un nuevo punto de vista; permite que se conozca la fuente de las cualidades innatas, buenas o malas; muestra la acción que se puede ejercer sobre los Espíritus encarnados y desencarnados; brinda la fe inquebrantable que sanciona los deberes; por último, moraliza a los propios padres. Ya demuestra su eficacia a través del modo más racional con que los niños son educados en las familias verdaderamente espíritas. Los nuevos horizontes que abre el espiritismo permiten que las cosas se consideren de una manera muy distinta. Dado que su objetivo es el progreso moral de la humanidad, deberá inevitablemente esclarecer respecto del grave problema de la educación moral, fuente principal de la moralización de las masas. Algún día se comprenderá que esa rama de la educación tiene sus principios, sus reglas, al igual que la educación intelectual; en una palabra, que se trata de una auténtica ciencia. Tal vez algún día, también, a todas las madres de familia se les impondrá la obligación de

poseer conocimientos, como se le impone al abogado la de conocer el derecho.

Un drama íntimo

Apreciación moral

Le Monde Illustré, del 7 de febrero de 1863, publica el siguiente drama familiar, que con toda razón ha conmovido a la sociedad de Florencia. El autor comienza su relato de este modo:

"He aquí la historia. *Él* era un anciano de setenta y dos años; *ella*, una joven de veinte. Se habían casado tres años antes… ¡No os rebeléis! El viejo Conde, oriundo de Viterbo, no tenía familia en absoluto, ¡lo que resulta extraño para un millonario! Amalia tenía familia, pero sin millones. Para compensar las cosas, y como casi la había visto nacer, sabiendo que tenía un buen corazón y un espíritu encantador, el Conde dijo a la madre de la joven: 'Déjadme desposar paternalmente a Amalia; durante algunos años, ella cuidará de mí, y después…'.

"Se casan. Amalia asume sus deberes; brinda al anciano los más asiduos cuidados, sacrificando los placeres propios de su edad. El Conde, que había quedado ciego y casi paralítico, pasaba casi todo el día en compañía de la esposa, que le leía y le contaba todo cuanto pudiera distraerlo y animarlo. '—¡Qué buena eres, niña querida!' –exclamaba él con frecuencia, tomándola de las manos y aproximándola para besarle tiernamente la frente en señal de ternura y gratitud.

”Cierto día, con todo, el Conde percibió que Amalia se mostraba distante de su persona, porque, a pesar de su asidua solicitud, parecía temerosa de sentarse junto a él. Una sospecha atravesaba su alma. Una tarde, mientras ella le lee, él la toma del brazo, la atrae y se prende a su cintura. ¡Entonces, dando un grito terrible, cae a los pies de la joven, desvanecido por la emoción y la cólera! Amalia pierde la cabeza, corre por las escaleras y llega hasta el piso más elevado de la casa, se arroja por una ventana y se estrella contra el suelo. Luego de la catástrofe, el anciano sobrevivió apenas seis horas”.

¿Qué relación –nos preguntarán– puede haber entre esta historia y el espiritismo? ¿Será que intervinieron Espíritus malignos? Esas relaciones forman parte de las deducciones que el espiritismo enseña a extraer a partir de las cosas aparentemente más vulgares de la vida. Mientras el escéptico o el indiferente solo ven en determinado hecho un motivo para ejercer su jocosa ironía, o lo pasan por alto sin notarlo, el espírita lo observa y extrae de él una instrucción, pues se remonta a las causas providenciales y sondea sus consecuencias en la vida futura, conforme a los ejemplos que las relaciones de ultratumba le ofrecen respecto de la justicia de Dios. En el hecho referido más arriba, en vez de una simple anécdota divertida entre un anciano *él* y una joven *ella*, el espírita ve dos víctimas. Ahora bien, como su interés por esos desdichados no se detiene en la vida presente, sino que se expande hacia la vida futura, en la que tiene fe, el espírita se pregunta si no existe un doble castigo debido a una doble falta, y si ambos protagonistas no fueron castigados por donde pecaron. Ve un suicidio y, como sabe que ese crimen siempre es castigado, se pregunta cuál es el grado de responsabilidad que corresponde a quien lo ha cometido.

Vosotros, los que consideráis que el espiritismo se ocupa tan solo de duendes, de apariciones fantásticas, de mesas giratorias y de Espíritus golpeadores, si os tomarais el trabajo de estudiarlo, sabríais que trata acerca de todas las cuestiones morales. Esos Espíritus, que os parecen tan ridículos, pero que sin embargo no son sino las almas de los hombres, ofrecen, a quien observa sus manifestaciones, la prueba de que él mismo es un Espíritu, momentáneamente vinculado a un cuerpo. Entonces, ya no ve en la muerte el fin de la vida, sino la puerta de la celda que se abre ante el prisionero para dejarlo en libertad. Aprende que las vicisitudes de la vida corporal son la consecuencia de sus propias imperfecciones, es decir, expiaciones del pasado y del presente, así como pruebas para el porvenir. A partir de ahí, es naturalmente conducido a descartar de los acontecimientos el ciego acaso, para ver en ellos la mano de la Providencia. Para él, la imparcial sentencia: "A cada uno según sus obras", no solo se aplica más allá de la muerte, sino también en la propia Tierra. Por eso, todo lo que ocurre alrededor suyo tiene su valor, su razón de ser. Lo estudia para aprovecharlo y regir su conducta con miras al porvenir, que para él es una realidad demostrada. Al remontarse a las causas de las desgracias que lo afligen, aprende a no acusar más a la suerte o a la fatalidad, sino a sí mismo.

Puesto que el único objetivo de esta digresión ha sido mostrar que el espiritismo se ocupa de otra cosa aparte de los Espíritus golpeadores, volvamos a nuestro tema. El hecho ha tomado estado público, de modo que podemos apreciarlo, y más aún debido a que no nos referimos a nadie por su nombre.

Si la cuestión se analiza desde el punto de vista puramente mundano, la mayoría no verá otra cosa más que la consecuencia por completo natural de una unión desproporciona-

da, y la única oración fúnebre que recibirá el anciano será la piedra del ridículo. Otros acusarán de ingratitud a la joven que traicionó la confianza del hombre generoso que se había propuesto enriquecerla. En cambio, para el espírita hay un lado más serio, porque en lo ocurrido busca una enseñanza. Así pues, nos preguntaremos si en la acción del anciano no había más egoísmo que generosidad, por haber encadenado a esa joven, casi una niña, a su decrepitud, y con lazos indisolubles que podían inducirla al retiro a una edad en la que más bien se debe soñar con disfrutar del mundo. También nos preguntaremos si, al imponerle ese duro sacrificio, no hacía que ella pagara muy caro la fortuna que le prometió. No existe verdadera generosidad sin desinterés. En cuanto a la joven, ella solo podía aceptar ese vínculo con la perspectiva de que se deshiciera pronto, dado que no se encontraba unida al anciano por ningún tipo de afecto. Por consiguiente, había un cálculo de ambas partes, y ese cálculo se frustró. Dios impidió que tanto él como ella se beneficiaran. Al anciano le infligió la desilusión; y a la joven, la vergüenza. Eso mató a los dos.

Resta apreciar la responsabilidad del suicidio, que nunca queda impune, pero que a menudo presenta circunstancias atenuantes. La madre de la joven, para convencerla de que aceptara, le había dicho: "Con esa inmensa fortuna podrás hacer feliz al hombre pobre que amarás. A partir de ahora, debes honrar y respetar a ese anciano de gran corazón, que decidió convertirte en su heredera, por el tiempo que le *quede* de vida". Había que tocar su lado sensible. Con todo, para disfrutar de los beneficios de ese gran corazón –que habría sido mucho más grande si hubiera procedido sin interés–, hacía falta especular acerca de cuánto viviría. La joven se equivocó al aceptar, pero la madre cometió el gran error de incitarla,

y no cabe duda de que ella cargará con la mayor parte de la responsabilidad del suicidio de su hija. De tal modo, la persona que se mata para huir de la desdicha, es culpable debido a su falta de valor y de resignación, pero más culpable aún es la que se convierte en la causa principal de ese acto de desesperación. Esto es lo que el espiritismo enseña mediante los ejemplos que pone ante los ojos de quienes estudian el mundo invisible. En cuanto a la madre, su castigo comienza en esta vida; en primer lugar, por la espantosa muerte de su hija, cuya imagen probablemente la persiga y la colme de remordimientos, y luego porque el sacrificio que impuso a la joven resultó inútil para ella, ya que la fortuna del anciano, muerto seis horas después de la esposa, pasará a manos de parientes colaterales lejanos, y ella no recibirá nada.

Los periódicos están repletos de hechos de todo tipo, loables o censurables, que –como el que acabamos de referir– pueden ser objeto de estudios morales serios. Para los espíritas, constituyen una mina inagotable de observaciones y enseñanzas. El espiritismo les ofrece los medios para descubrir en esos hechos lo que pasa desapercibido a los indiferentes, y más aún al escéptico que por lo general solo considera los aspectos más o menos picantes, sin investigar las causas ni las consecuencias. Para los grupos, son un elemento fecundo de trabajo, en el que los Espíritus protectores no dejarán de ayudarlos con su apreciación.

El espiritismo en las cárceles

En la *Revista* de noviembre de 1863, página 350, publicamos la carta de un condenado, detenido en un centro penal, como prueba de la influencia moralizadora del espiritismo. La carta que sigue, de un condenado en otra cárcel, es un ejemplo más de esa poderosa influencia. Fechada el 27 de diciembre de 1863, la transcribimos textualmente en cuanto al estilo, pues hemos corregido las faltas de ortografía.

"Señor:

"Hace pocos días, cuando me hablaron por primera vez de espiritismo y de revelación de ultratumba, me reí, y dije que eso no era posible. Hablé como el ignorante que soy. Algunos días después, tuvieron la amabilidad de confiarme, en la horrible posición en que me encuentro actualmente, vuestro buen y excelente *Libro de los Espíritus*. Al principio, leí algunas páginas con incredulidad, sin querer, o más bien sin creer en esta ciencia. Poco a poco y sin darme cuenta, le tomé el gusto. Luego me tomé la cosa en serio. Leí por segunda vez vuestro libro, pero con otra actitud, es decir, con calma y con la poca inteligencia que Dios me ha dado. Entonces sentí que se despertaba esa vieja fe que mi madre me había puesto en el corazón, y que dormía desde hacía mucho tiempo. Sentí el deseo de instruirme en el espiritismo. A partir de ese momento, tuve una idea bien firme, la de comprender, aprender, ver, y luego juzgar. Me puse manos a la obra con toda la creencia que se puede tener y que hay que tener en Dios y en su poder. Yo deseaba ver la verdad. Rogué con fervor, y comencé las experiencias. Las primeras fueron nulas, sin ningún resultado.

”No me decepcioné, perseveré en mis experiencias y en mi fe, redoblé mis plegarias, que tal vez no eran bastante fervorosas, y me aboqué al trabajo con toda la convicción de un alma creyente y que confía. Al cabo de algunas noches, porque solo puedo hacer mis experiencias de noche, sentí, alrededor de diez minutos, estremecimientos en la punta de los dedos, y una leve sensación en el brazo, como si sintiera correr un pequeño chorro de agua tibia que se detenía en el puño. En ese momento estaba concentrado, muy atento y lleno de fe. Mi lápiz trazó algunas líneas perfectamente legibles, pero no bastante correctas para no creer que me encontraba bajo el peso de una alucinación. Por lo tanto, aguardé con paciencia a la noche siguiente para retomar mis experiencias, y esta vez le agradecí a Dios de todo corazón, porque obtuve más de lo que me atrevía a esperar.

”Desde entonces, cada dos noches, converso con los Espíritus que son bastante buenos para responder cuando los llamo, y en menos de diez minutos me responden siempre con caridad. Escribo la mitad de una página, páginas enteras que mi inteligencia no puede hacer por sí sola, porque a menudo son tratados filosófico-religiosos, que yo nunca imaginé y mucho menos puse en práctica. Porque yo me preguntaba, con los primeros resultados: ‘¿No serás juguete de una alucinación o de tu voluntad?’. Pero la reflexión y el análisis me demostraban que yo estaba lejos de esa inteligencia que había trazado esas líneas. Bajaba la cabeza, creía, y no podía ir contra la evidencia, a menos de estar completamente loco.

”Envié dos o tres conversaciones a la persona que había tenido la caridad de confiarme vuestro libro, para que ella determinara si estoy en lo cierto. Acudo a rogaros, señor, a vos que sois el alma del espiritismo, que tengáis a bien permitirme enviaros lo que obtenga de serio en mis conversaciones de ul-

tratumba, toda vez que os parezca bien. Si eso os agrada, os enviaré las conversaciones con Verger, el asesino del arzobispo de París[3]. Para asegurarme de que era él quien se manifestaba, evoqué a san Luis, que me respondió afirmativamente, así como otro Espíritu en el que tengo mucha confianza, etc. (…)"

Las consecuencias morales de este hecho se deducen por sí solas. He aquí un hombre que había abjurado de toda creencia y que, alcanzado por la ley, se ve mezclado con la escoria de la sociedad. Dicho hombre, en ese fango moral, recuperó la fe. Ve el abismo en que cayó, se arrepiente y ora. ¡Digámoslo: ora con más fervor que muchas personas que exhiben devoción! Para eso le bastó con la lectura de un libro en el que encontró elementos de fe que su razón pudo admitir, que reanimó sus esperanzas, que le permitieron comprender el porvenir. Además, vale señalar que al principio lo leyó con desconfianza, y que su incredulidad solo fue vencida por el ascendiente de la lógica. Si tales resultados son el producto de una simple lectura que tuvo lugar, por decirlo de algún modo, a escondidas, ¡cómo sería si se pudiera sumar a ella la influencia de las exhortaciones verbales! Es cierto que, con la disposición emocional que experimentan actualmente esos dos hombres (véase el hecho referido en el número de noviembre último), ellos no solo no darán motivo alguno de quejas durante su reclusión, sino que se reinsertarán en la sociedad con la decisión de vivir honestamente.

Dado que gracias a su fe en el espiritismo esos dos culpables pudieron retomar el camino del bien, es evidente que, si hubieran tenido esa fe previamente, no habrían hecho el mal. Así pues, la sociedad está interesada en la propagación de una

3. Véase, de Allan Kardec, *El Cielo y el Infierno o la Justicia divina según el espiritismo*, Segunda parte, Cap. VI. (N. del T.)

doctrina cuyo poder moralizador es tan importante. Esto es lo que se empieza a comprender.

Otra consecuencia que se extrae del hecho que acabamos de referir consiste en que los Espíritus no se detienen ante los cerrojos, y acuden hasta lo profundo de las mazmorras para llevar su consuelo. Nadie puede impedir que se manifiesten de un modo u otro: si no lo hacen mediante la escritura, será por la audición. Vencen cualquier defensa, se ríen de las prohibiciones, atraviesan los cordones sanitarios. Por lo tanto, ¿qué clase de barreras podrán oponerles los enemigos del espiritismo?

VARIEDADES

Cura de una obsesión

El señor Dombre, presidente de la Sociedad espírita de Marmande, nos remite lo que sigue:

"Con la ayuda de los Espíritus buenos, en cinco días hemos librado de una obsesión muy violenta y peligrosa a una jovencita de trece años que se hallaba completamente dominada por un Espíritu malo desde el último 8 de mayo. Día tras día, sin falta, a las cinco de la tarde, sufría unas crisis terribles, dignas de compasión. Esta niña vive en un barrio alejado. Los padres creían que la dolencia era una epilepsia, y ya no hablaban del tema. Sin embargo, enterado uno de los nuestros, que es vecino de la familia, tras una observación más atenta de los hechos, pudo reconocer fácilmente la verdadera causa. A partir del consejo de nuestros guías espirituales, de inmediato pusimos manos a la obra. El 11 de este mes, a las

ocho de la noche, comenzamos las reuniones para evocar al Espíritu y moralizarlo, para orar por el obsesor y su víctima, así como para ejercer sobre esta una magnetización mental. Las reuniones tuvieron lugar cada noche, y el viernes 15 la niña sufrió la última crisis. Solo le queda la debilidad de la convalecencia, resultado de las tan prolongadas y violentas convulsiones, y que se pone de manifiesto con tristeza, malestar y lágrimas, conforme nos lo habían anunciado. Cada día, a través de las comunicaciones de los Espíritus buenos, nos informábamos acerca de las distintas fases de la enfermedad.

"Esta cura, que en otras épocas algunos hubieran considerado un milagro, y otros un hecho de brujería, debido a la cual habríamos sido, respectivamente, santificados o quemados, causó cierto impacto en el pueblo".

Felicitamos a nuestros hermanos de Marmande por el resultado que obtuvieron en esta circunstancia, y nos alegra ver que han aprovechado los consejos contenidos en la *Revista Espírita* con motivo de casos análogos publicados últimamente. De tal modo, pudieron convencerse del poder de la acción colectiva, toda vez que esta es dirigida por una fe sincera y una ferviente caridad.

* * *

Manifestaciones de Poitiers

El *Journal de la Vienne*, del 21 de enero, refiere el siguiente hecho, que otros periódicos reprodujeron:

"Desde hace cinco o seis días, en la ciudad de Poitiers, ocurre un hecho tan extraordinario que se ha convertido en

tema de las conversaciones y los comentarios más extraños. Todas las tardes, a partir de las seis, se escuchan ruidos singulares en una casa de la calle Neuve-Saint-Paul, en la que habita la señorita d'O…, hermana del señor conde d'O… Esos ruidos, según lo que se nos ha informado, producen el efecto de las detonaciones de artillería. Golpes violentos parecen darse en las puertas y en las ventanas. Al principio, se consideró que su causa podía atribuirse a las travesuras de unos jovenzuelos o a vecinos malintencionados. Se organizó una vigilancia de las más activas. Ante las quejas de la señorita d'O…, la policía tomó medidas minuciosas: apostó agentes en el interior y en el exterior de la casa. Con todo, las explosiones continuaron, y sabemos de buena fuente que el sargento M…, en el transcurso de la penúltima noche, fue sorprendido por un estruendo tan grande que hasta el día de hoy no logra explicárselo.

"La ciudad entera está preocupada por el inexplicable misterio. Hasta ahora, las investigaciones de la policía no han dado el menor resultado. Todos buscan la solución del enigma. Algunas personas, iniciadas en el estudio del espiritismo, afirman que los autores de las manifestaciones son los Espíritus golpeadores, a los cuales estaría vinculado un conocido médium, si bien este ya no habita en el barrio. Otros recuerdan que antiguamente existió un cementerio en la calle Neuve-Saint-Paul, y no tenemos necesidad de mencionar sus conjeturas al respecto. En este momento, mientras escribimos, la policía y la gendarmería ocupan la casa".

El relato de estos hechos nos fue transmitido por varios corresponsales particulares. Si bien no resultan más extraños que las manifestaciones comprobadas que ocurrieron en diversas épocas, y se hallan dentro de los límites de lo posible,

es conveniente postergar su evaluación hasta que se realice un examen más amplio, no de los efectos, sino de las causas; porque es necesario ser cauto a la hora de atribuir a los Espíritus todas las cosas que no se comprenden. También hay que desconfiar de las maniobras de los enemigos del espiritismo, así como de las trampas que puedan tender con la intención de ridiculizarlo mediante la desmesurada credulidad de sus adeptos. Nos complace ver que los espíritas de Poitiers, al seguir en este punto los consejos contenidos en *El libro de los médiums*, así como las advertencias que hicimos en la *Revista*, mantienen una prudente reserva hasta nueva orden. Si se trata de una manifestación, quedará probada por la ausencia de toda causa material. Si es una artimaña, los autores habrán contribuido, sin proponérselo, como lo han hecho tantas veces, a llamar la atención de los indiferentes, así como a promover el estudio del espiritismo. Cuando hechos análogos a este se multipliquen en varias partes, conforme ha sido anunciado, y su causa se busque inútilmente en este mundo, será necesario convenir en que esa causa se encuentra en el otro. En cualquier circunstancia, los espíritas demuestran su cordura y su moderación, pues esa es la mejor respuesta que pueden dar a sus adversarios.

DISERTACIONES ESPÍRITAS

Necesidad de la encarnación

(Sociedad espírita de Sens. Médium: Sr. Percheron.)

Dios ha querido que el Espíritu del hombre se vinculara a la materia para sufrir las vicisitudes del cuerpo, con el cual

se identifica a tal punto que se engaña y lo confunde consigo mismo, mientras que solo es su prisión pasajera. Ocurre como si un prisionero creyera que él y los muros de su calabozo son lo mismo. Los materialistas están demasiado ciegos para darse cuenta de su error; porque si quisieran reflexionar un poco seriamente, verían que no pueden afirmarse mediante la materia de sus cuerpos; verían que la materia del cuerpo se renueva continuamente, como el agua de un río, de modo que solo con el Espíritu pueden saber que siempre son ellos mismos. Supongamos que el cuerpo de un hombre que pesa sesenta kilogramos asimile, para reponer sus fuerzas, un kilogramo de nueva sustancia por día, a fin de reemplazar la misma cantidad de antiguas moléculas que desechó y que cumplieron su función en la composición de sus órganos. Así, al cabo de sesenta días, la materia de ese cuerpo se habrá renovado. En esta suposición, cuyas cifras se pueden discutir, pero que es verdadera en principio, la materia del cuerpo se renovó seis veces al año. El cuerpo de un hombre de veinte años ya se ha renovado ciento veinte veces; a los cuarenta años, doscientas cuarenta veces; a los ochenta, cuatrocientas ochenta veces. Pero vuestro Espíritu, ¿se renovó? No, porque tenéis conciencia de que siempre fuisteis los mismos. Es vuestro Espíritu, pues, el que constituye vuestro *yo*, y mediante el cual os afirmáis, y no vuestro cuerpo, que solo constituye una materia efímera y cambiante.

Los materialistas y los panteístas sostienen que, puesto que las moléculas desagregadas tras la muerte del cuerpo vuelven a la masa común de sus elementos primitivos, lo mismo ocurre con el alma, es decir, con el ser que piensa en vosotros. Pero ¿qué saben ellos al respecto? ¿Acaso existe una masa común de sustancia que piensa? Ellos nunca han demostrado tal cosa, y

eso es lo que deberían hacer antes de afirmarlo. Por lo tanto, solo se trata de una hipótesis. Ahora bien, dado que durante la vida del cuerpo las moléculas se desagregan varios cientos de veces, en tanto que el Espíritu es siempre el mismo y conserva la conciencia de su individualidad, ¿no es más lógico admitir que la naturaleza del Espíritu no puede desagregarse? ¿Por qué, pues, se disolvería después de la muerte del cuerpo, si no lo hace antes?

Después de esta digresión, dedicada a los materialistas, vuelvo al tema. Si Dios quiso que sus criaturas espirituales estuvieran momentáneamente unidas a la materia, ha sido –lo reitero– para hacerles sentir y, por decirlo de algún modo, sufrir las necesidades que la materia de sus cuerpos exige para su conservación y su sustento. De esas necesidades nacen las vicisitudes que os hacen sentir el sufrimiento, y comprender la conmiseración que debéis tener para con vuestros hermanos que se encuentran en la misma situación. Ese estado transitorio es necesario para la progresión de vuestro Espíritu, que de otro modo permanecería estancado. Las necesidades que vuestro cuerpo os hace experimentar estimulan vuestro Espíritu y lo fuerzan a buscar los medios de satisfacerlas. De ese trabajo forzado nace el desarrollo del pensamiento. El Espíritu, obligado a presidir los movimientos del cuerpo para dirigirlos con miras a su conservación, es conducido al trabajo material, y de ahí al trabajo intelectual, que se necesitan el uno al otro y son el uno para el otro, porque la realización de las concepciones del Espíritu exige el trabajo del cuerpo, y porque eso no puede hacerse más que bajo la dirección y el impulso del Espíritu. Como de ese modo el Espíritu adquiere la costumbre de trabajar y es obligado a ello por las necesidades del cuerpo, el trabajo, a su vez, se convierte en una necesidad para él; y cuando,

desprendido de sus lazos, ya no tiene que pensar en la materia, piensa en trabajar en sí mismo para su adelanto.

Ahora comprendéis por qué vuestro Espíritu necesita estar vinculado a la materia durante una parte de su existencia, para no mantenerse estacionario.

Tu padre,
Percheron, *asistido por el Espíritu de* pascal.

Observación. A estas consideraciones, absolutamente correctas, agregaremos que, al trabajar para sí mismo, el Espíritu encarnado trabaja para el mejoramiento del mundo en el que habita. De ese modo, contribuye a la transformación y al progreso material de ese mundo, lo cual forma parte de los designios de Dios, pues es su instrumento inteligente. En su previsora sabiduría, la Providencia ha querido que todo se encadene en la naturaleza; que todos, hombres y cosas, sean solidarios. Después, cuando el Espíritu ha cumplido su tarea y se encuentra suficientemente avanzado, goza del fruto de sus obras.

* * *

Estudios sobre la reencarnación

(Sociedad espírita de París. Médium: señorita A. C.)

I

Límites de la reencarnación

La reencarnación es necesaria mientras la materia domina al Espíritu; pero desde el momento en que el Espíritu en-

carnado llega a dominar la materia y anula los efectos de su reacción sobre lo moral, la reencarnación ya no tiene ninguna utilidad y pierde su razón de ser. En efecto, el Espíritu necesita del cuerpo para el trabajo progresivo, y cuando llega a manejar dicho instrumento con comodidad, imprimiéndole su voluntad, el trabajo está cumplido. Entonces, le hace falta otro campo para su camino, para su adelanto hacia lo infinito; le hace falta otro círculo de estudios en el que la materia densa de las esferas inferiores sea desconocida. Dado que en la Tierra o en globos análogos se depuró y experimentó sus sensaciones, se halla maduro para la vida espiritual y sus estudios. Dado que se elevó más allá de todas las sensaciones corporales, ya no tiene ninguno de esos deseos o necesidades inherentes a la corporalidad. Es Espíritu y vive con las sensaciones espirituales, que son infinitamente más deliciosas que las más agradables sensaciones corporales.

II

La reencarnación y las aspiraciones del hombre

Las aspiraciones del alma conducen a su realización, y esa realización se cumple en la reencarnación mientras el Espíritu se encuentra en la etapa de trabajo material. Paso a explicarme. Consideremos al Espíritu durante sus inicios en la carrera humana: estúpido y bruto, siente no obstante la chispa divina en él, porque adora a un Dios al que materializa según su materialidad. En ese ser, vecino aún del animal, hay una aspiración instintiva, casi inconsciente, hacia un estado menos inferior. Comienza con el deseo de satisfacer sus apetitos materiales, y envidia los que ve en un estado mejor que el suyo. Así, en una encarnación posterior, él mismo elige o, mejor dicho, es

conducido a un cuerpo más perfeccionado. Y siempre, en cada una de sus existencias, desea una mejora material. Dado que nunca se siente dichoso, siempre quiere elevarse, porque la aspiración a la felicidad es la gran palanca del progreso.

A medida que sus sensaciones corporales aumentan y se refinan, sus sensaciones espirituales se despiertan y crecen también. Entonces, el trabajo moral comienza, y la purificación del alma se une a la aspiración del cuerpo para llegar al estado superior.

Ese estado de igualdad de las aspiraciones materiales y espirituales no dura demasiado. El Espíritu se eleva pronto más allá de la materia, de modo que esta ya no puede satisfacer sus sensaciones. Le hace falta algo más y mejor. Pero dado que ahí el cuerpo fue conducido a su perfección sensitiva, no puede seguir al Espíritu, que entonces lo domina y se desprende de él cada vez más, como de un instrumento inútil. Orienta todos sus deseos, todas sus aspiraciones, hacia un estado superior. Siente que las necesidades corporales, cuya satisfacción era un motivo de dicha, no son más que una molestia, un rebajamiento, una triste necesidad de la que aspira a liberarse para gozar, sin impedimentos, de las dichas espirituales que presiente.

III

Acción de los fluidos en la reencarnación

Dado que los fluidos son los agentes que ponen en movimiento nuestro aparato corporal, también son los elementos de nuestras aspiraciones, porque hay fluidos corporales y fluidos espirituales, todos los cuales tienden a elevarse y unirse a fluidos de la misma naturaleza. Esos fluidos componen

el cuerpo espiritual del Espíritu, que en el estado encarnado obra a través de ellos sobre la máquina humana, de cuyo perfeccionamiento se encarga, porque todo es trabajo en la creación, todo contribuye al adelanto general.

El Espíritu tiene libre albedrío, y siempre busca lo que le resulta agradable y lo satisface. Si es un Espíritu inferior y material, busca sus satisfacciones en la materialidad, y entonces dará un impulso a sus fluidos corporales, que dominarán, pero que siempre tenderán a crecer y a elevarse materialmente. En tal caso, las aspiraciones de ese encarnado serán materiales y, de retorno al estado de Espíritu, buscará una nueva encarnación en la que pueda satisfacer sus necesidades y deseos materiales. Porque, notad bien que la aspiración corporal solo puede demandar, para su realización, una nueva corporeidad, mientras que la aspiración espiritual solo requiere las sensaciones del Espíritu. Este será inducido a reencarnar por sus fluidos, a los que ha dejado materializarse; y como en el acto de la reencarnación los fluidos actúan para atraer al Espíritu hacia el cuerpo que se ha formado, con la consecuente atracción y unión de los fluidos, la reencarnación se opera en condiciones que brindan satisfacción a las aspiraciones de su existencia precedente.

Hay fluidos espirituales tanto como fluidos materiales, si son ambos los que dominan. Pero entonces, cuando lo espiritual ha prevalecido sobre lo material, el Espíritu, que juzga de otro modo, elige o es conducido por simpatías diferentes. Como necesita purificarse, y solo puede lograrlo mediante el trabajo, las encarnaciones elegidas resultan más penosas para él, porque después de haberle concedido la supremacía a la materia y sus fluidos, tiene que forzarla, luchar contra ella y dominarla. De ahí resultan esas existencias tan dolorosas y que

a menudo parecen injustamente infligidas a Espíritus buenos e inteligentes. Estos llevan a cabo su última etapa corporal e ingresan, al salir de ese mundo, en las esferas superiores donde sus aspiraciones *superiores* encontrarán su realización.

IV

Las afecciones terrestres y la reencarnación

El dogma de la reencarnación *indefinida* encuentra rechazo en el corazón del encarnado que ama, porque en presencia de esa infinidad de existencias, en cada una de las cuales se producen nuevos vínculos, se pregunta horrorizado en qué se convierten las afecciones particulares, y si estas no se funden en un solo amor general, con lo cual se destruiría la persistencia de la afección individual. Se pregunta si esa afección individual no será tan solo un medio de adelanto, y entonces el desánimo se insinúa en su alma, porque la verdadera afección experimenta la necesidad de un amor eterno, al sentir que nunca dejará de amar. La idea de esas miles de afecciones idénticas le resulta imposible, incluso si se admiten facultades más importantes para el amor.

El encarnado que estudia seriamente el espiritismo, sin prejuicios ni favoritismo por un sistema u otro, se siente atraído hacia la reencarnación debido a la justicia que resulta del progreso y del adelanto del Espíritu en cada nueva existencia. No obstante, cuando lo estudia desde el punto de vista de las afecciones del corazón, duda y se atemoriza a pesar suyo. No logra que esos dos sentimientos se pongan de acuerdo, de modo que considera que en ese punto todavía resta levantar un velo, y su pensamiento en acción atrae las luces de los Espíritus para conciliar su corazón y su razón.

Lo he dicho anteriormente: la encarnación se detiene donde la materialidad queda anulada. Señalé de qué modo el progreso material primero había refinado las sensaciones corporales del Espíritu encarnado; de qué modo el progreso espiritual, que vino después, había contrabalanceado la influencia de la materia, para luego subordinarla a su voluntad y, llegado a ese grado de dominación espiritual, la corporeidad ya no tenía razón de ser, pues el trabajo se había cumplido.

Examinemos ahora la cuestión de la afección con sus dos aspectos: material y espiritual.

En primer lugar, ¿qué es la afección, el amor? Es la atracción fluídica que une a dos seres en un mismo sentimiento. Esta atracción puede ser de dos naturalezas diferentes, dado que los fluidos son de dos naturalezas. No obstante, para que la afección persista eternamente, es necesario que sea espiritual y desinteresada. Hace falta abnegación, devoción, y que ningún sentimiento personal sea el móvil de ese impulso simpático. Mientras en ese sentimiento haya *personalidad*, habrá *materialidad*. Ahora bien, ninguna afección material persiste en los dominios del Espíritu. Por lo tanto, toda afección que solo sea el resultado del instinto animal o del egoísmo, se destruirá con la muerte terrestre. ¡Cuántos seres, que se consideraban amados, cayeron en el olvido poco tiempo después de la separación! Los amasteis por vosotros, y no por ellos, que ya no existen porque los habéis olvidado y reemplazado. Buscasteis el consuelo en el olvido; os son indiferentes, porque ya no tenéis amor.

¡Contemplad a la humanidad, y ved cuán pocas son las afecciones verdaderas en la Tierra! Por eso, no hay que asombrarse tanto de la multiplicidad de las afecciones contraídas en ese globo. Son una minoría relativa, pero existen, y las que

son reales persisten y se perpetúan bajo otras formas, al principio en la Tierra, y luego continúan en el estado de Espíritu como una amistad o un amor inalterable, que no hace más que crecer y elevarse cada vez más.

Vamos a estudiar esta verdadera afección: la *afección espiritual*.

La afección espiritual se basa en la afinidad fluídica espiritual que, al obrar *sola*, determina la simpatía. En tal caso, es el alma la que ama al alma, y esa afección se fortalece tan solo mediante la manifestación de los sentimientos del alma. Dos Espíritus unidos espiritualmente se buscan y siempre tienden a acercarse; sus fluidos son atractivos. Quienes se encuentren en el mismo globo, serán impulsados el uno hacia el otro. En caso de que estén separados por la muerte terrestre, sus pensamientos se unirán en el recuerdo, y la reunión ocurrirá durante la libertad del que duerme. Y cuando a alguno de ellos le llegue la hora de una nueva encarnación, buscará aproximarse a su amigo integrando su parentesco material, y lo hará con tanta mayor facilidad cuanto que sus fluidos *perispirituales materiales* encuentren afinidades en la materia corporal de los encarnados que darán a luz al nuevo ser. De ahí resulta una nueva argumentación de la afección, una nueva manifestación del amor. Un determinado Espíritu amigo os ha amado como padre, y os amará como hijo, como hermano o como amigo, y cada uno de esos vínculos se incrementará de encarnación en encarnación, y se perpetuará de una manera inalterable cuando, una vez realizado vuestro trabajo, viváis la vida del Espíritu.

Pero esa verdadera afección no es común en la Tierra, y la materia retarda, anula sus efectos, según el dominio que ejerza sobre el Espíritu. Dado que la verdadera amistad, el

verdadero amor es espiritual, todo lo que se refiera a la materia no pertenece a su naturaleza, y no contribuye en nada a la identificación espiritual. La afinidad persiste, pero queda en estado latente hasta que, con el triunfo del fluido espiritual, el progreso simpático se lleva a cabo de nuevo.

Para resumir, la afección espiritual es la única que resiste en el dominio del Espíritu. En la Tierra y en las esferas del trabajo corporal, esa afección contribuye al adelanto moral del Espíritu encarnado que, bajo la influencia simpática, realiza milagros de abnegación y devoción para con los seres amados. Aquí, en las moradas celestiales, constituye la satisfacción completa de todas las aspiraciones, así como la felicidad más grande que el Espíritu pueda disfrutar.

V

El progreso obstaculizado por la reencarnación indefinida

Hasta aquí, la reencarnación fue admitida de una manera demasiado prolongada. No se pensó en que esa prolongación de la corporalidad, si bien cada vez menos material, acarrea necesidades que obstaculizan el auge del Espíritu. En efecto, al admitir la persistencia de la generación en los mundos superiores, se atribuyen al Espíritu encarnado necesidades corporales, se le otorgan deberes y ocupaciones que siguen siendo materiales, que lo condicionan y detienen su impulso hacia los estudios espirituales. ¿Cuál es la necesidad de esos obstáculos? ¿Acaso el Espíritu no puede gozar de las alegrías del amor sin sufrir las enfermedades corporales? Incluso en la Tierra, ese sentimiento existe de por sí, independiente de la parte material de nuestro ser. Por raros que sean, hay ejem-

plos suficientes para demostrar que debe ser experimentado de modo más general por seres más espiritualizados.

La reencarnación implica la unión de los cuerpos; el *amor puro*, solamente la unión de las almas. Los Espíritus se unen conforme a sus afecciones, que tuvieron origen en los mundos inferiores, y trabajan juntos para su adelanto espiritual. Poseen una organización fluídica completamente diferente de la que era consecuencia de su aparato corporal, y sus trabajos se ejercen sobre los fluidos y no sobre los objetos materiales. Se dirigen hacia esferas que –también ellas– han cumplido su período material, hacia esferas que alcanzaron la desmaterialización mediante el trabajo humano, y que, una vez en el apogeo de su perfeccionamiento, también pasaron a una transformación superior que las torna adecuadas para experimentar otras modificaciones, pero en un sentido por completo fluídico.

A partir de ahora, comprendéis la inmensa fuerza del fluido, fuerza que solo podéis constatar, pero que no veis ni palpáis. En un estado menos pesado que aquel en que os encontráis, tendréis otros modos de ver, de tocar, de trabajar ese fluido que es el gran agente de la vida universal. Así pues, ¿por qué el Espíritu habría de continuar con la necesidad de un cuerpo para un trabajo que es ajeno a las apreciaciones corporales? Me diréis que ese cuerpo será apto para los nuevos trabajos que el Espíritu deberá realizar. No obstante, dado que en las esferas superiores esos trabajos serán por completo fluídicos y espirituales, ¿por qué habría que obstaculizarlos con las necesidades corporales, toda vez que la reencarnación siempre implica –como he dicho– *generación* y *alimentación*, es decir, satisfacer las necesidades de la materia, lo cual es una dificultad para el Espíritu? Comprended que el Espíritu debe ser libre en su vuelo hacia lo infinito; comprended que, al

igual que el niño, tras dejar los pañales de la materia, aspira a caminar y correr sin que lo retengan los brazos maternales, y que esas *primeras* necesidades de la *primera* educación del niño son superfluas para él cuando ha crecido, e insoportables para el adolescente. Así pues, no pretendáis manteneros en la infancia; observad de qué modo los alumnos cursan sus últimos estudios escolares y se disponen a hacer su ingreso en el mundo, a ocupar su lugar en él para comenzar trabajos de otro tipo, que los estudios preliminares habrán facilitado.

El espiritismo es la palanca que elevará rápidamente hacia el estado espiritual a todo encarnado que, con el deseo de comprender y poner en práctica esa doctrina, se empeñe en dominar la materia, someterla, aniquilarla. Todo Espíritu de buena voluntad puede ponerse en condiciones de pasar, cuando deje la Tierra, al estado espiritual, sin retornar a ella. Solo requiere la fe o la *voluntad activa*. El espiritismo la brinda a *todos* los que desean comprenderlo en su sentido moralizador.

Un Espíritu protector de la médium

Observación. Esta comunicación no lleva otra firma más que la señalada, lo cual demuestra que para dictar cosas buenas no hay necesidad de haber tenido un nombre célebre en la Tierra.

Se habrá notado la semejanza que existe entre la comunicación de Sens –transcripta más arriba– y la primera parte de esta última, que sin duda está más desarrollada. No obstante, la idea fundamental acerca de la reencarnación es la misma en ambas. Las hemos publicado juntas para mostrar que los grandes principios de la doctrina espírita se enseñan en diversas partes, y que de ese modo se constituirá y se consolidará

la unidad en el espiritismo. Esa concordancia es el mejor criterio de la verdad. Ahora bien, vale señalar que las teorías excéntricas y sistemáticas, dictadas por Espíritus pseudosabios, siempre se hallan reducidas a un límite estrecho e individual, razón por la cual ninguna ha prevalecido. También por esa razón, no hay que temerles, pues solo pueden tener una existencia efímera, que se desvanece como una pálida luz ante la claridad del día.

En cuanto a esta última comunicación, sería superfluo destacar su gran alcance, tanto en el contenido como en la forma. Puede resumirse así:

La vida del Espíritu, considerada desde el punto de vista de su progreso, presenta tres períodos principales, a saber:

1.º *El período material*, en el que la influencia de la materia domina la del Espíritu. Es el estado de los hombres que se entregan a las pasiones brutales y carnales, a la sensualidad, y sus aspiraciones son exclusivamente terrenales. Se apegan a los bienes temporales, o bien son refractarios a las ideas espirituales.

2.º *El período de equilibrio*, en el que la materia y el Espíritu se influyen recíprocamente. El hombre, aunque sujeto a las necesidades materiales, presiente y comprende el estado espiritual, de modo que trabaja para salir del estado corporal.

3.º *El período espiritual*, en el que el Espíritu, puesto que domina completamente la materia, ya no tiene necesidad de la encarnación ni del trabajo material; su trabajo es del todo espiritual. Es el estado de los Espíritus en los mundos superiores.

La facilidad con la cual algunas personas aceptan las ideas espíritas, cuya intuición parecen tener, indica que pertenecen al segundo período. No obstante, entre este y los otros existe una multitud de grados, que el Espíritu atraviesa tanto más

rápidamente cuanto más se aproxima al período espiritual. De tal modo, de un mundo material como la Tierra, puede pasar a habitar en un mundo superior –como Júpiter, por ejemplo– en caso de que su adelanto moral y espiritual sea suficiente para dispensarlo de transitar por los grados intermedios. Por consiguiente, del hombre depende dejar la Tierra para siempre, como mundo de expiación y de prueba para él, o de volver a ella solo para cumplir una misión.

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

Revista Espírita de Amberes

Con este título, un nuevo órgano del espiritismo acaba de aparecer en Amberes, a partir del 1.º de enero de 1864. Sabemos que la doctrina espírita ha progresado rápidamente en esa ciudad, donde se formaron numerosos grupos compuestos por hombres eminentes, tanto por su saber como por su posición social. En Bruselas, refractaria durante más tiempo, la idea nueva también gana terreno, al igual que en otras ciudades de Bélgica. Una sociedad espírita, que se ha formado allí recientemente, nos ha solicitado que aceptemos la presidencia de honor, lo cual revela en qué sentido se propone avanzar.

El primer número de la nueva *Revista* contiene: un llamado a los espíritas de Amberes; dos artículos de fondo: uno sobre *los adversarios del espiritismo*, y otro sobre *el espiritismo y la locura*, más una cantidad de comunicaciones mediúmnicas, algunas de ellas en lengua flamenca; todo lo cual mantiene una absoluta conformidad de miras y principios con la Sociedad de París. Esta publicación no podrá dejar de ser favora-

blemente acogida en un país donde las ideas nuevas tienden a propagarse de forma manifiesta, toda vez que, como esperamos, se mantenga a la altura de la ciencia, condición esencial para el éxito.

El espiritismo crece, y a diario observa que se abren nuevos horizontes ante él. Profundiza las cuestiones que apenas habían aflorado en sus comienzos. Dado que los Espíritus se abocan al desarrollo de las ideas, sus instrucciones han seguido en todas partes ese movimiento ascendente. En comparación con las producciones mediúmnicas de la actualidad, las de antaño resultan pálidas y casi pueriles, pese a que entonces se las consideraba magníficas. Entre ambas existe la misma diferencia que entre las enseñanzas impartidas a los escolares y a los adultos. Ocurre que, a medida que el hombre crece, su inteligencia necesita, tanto como su cuerpo, un alimento más sustancial. Las publicaciones espíritas, periódicas o de otro tipo, que se atrasaran respecto del movimiento, necesariamente despertarían poca simpatía, y sería un error pensar que a los lectores de este momento se los podría interesar con cuestiones elementales o mediocres. Por más buena que sea la intención, cualquier recomendación sería impotente para darles vida, toda vez que no la tengan de por sí.

Para que triunfe, esta clase de publicaciones requiere otra condición aún más importante: avanzar con la opinión de la mayoría. Al comienzo de las manifestaciones espíritas, las ideas aún no se habían fijado mediante la experiencia, de modo que dieron lugar a una infinidad de opiniones divergentes, que cayeron ante observaciones más completas o que apenas cuentan con escasos representantes. Sabemos cuáles son la bandera y los principios que en la actualidad enarbola la inmensa mayoría de los espíritas del mundo entero. Hacer-

se eco de algunas opiniones retrógradas, o seguir un camino transversal, equivale a condenarse al aislamiento y al abandono. Quienes hacen esto de buena fe, son dignos de lástima. Los que obran con la intención premeditada de poner palos en la rueda y sembrar la división, no cosecharán otra cosa más que vergüenza. Ni unos ni otros pueden ser alentados por los que se comprometen con los verdaderos intereses del espiritismo.

En lo que respecta a mi persona y a la Sociedad de París, nuestra simpatía y nuestro apoyo moral –como se sabe– se dirigen por anticipado a la totalidad de las publicaciones y de los grupos que sirven a la causa que defendemos.

* * *

En el Cielo nos reconocemos

por el Rvdo. P. Blot, de la Compañía de Jesús[4]

Uno de nuestros corresponsales, el señor doctor C…, nos menciona este pequeño libro, y nos escribe al respecto:

"Desde hace algún tiempo, hombres que recibieron la misión de hablar de caridad y misericordia a los pueblos, a menudo pronuncian palabras que, como cristiano y espírita, me abstengo de calificar. Permitidme, en cambio, para aliviaros de las penosas impresiones que tales palabras sin duda os han causado, al igual que a todo hombre verdaderamente cristiano, que os hable acerca de un pequeño volumen del Rvdo. P. Blot. No creo que él sea espírita, pero en su obra he

4. París, 1863. 1 volumen pequeño in-8.- Precio: 1 franco. En Poussielguc-Rusand, rue Cassette, n.º 27. (N. de Allan Kardec.)

descubierto lo que, en el espiritismo, hace que se ame a Dios y se confíe en su misericordia, así como varios pasajes que se asemejan a lo que nos enseñan los Espíritus".

Por nuestra parte, hemos remarcado los siguientes pasajes, que confirman la opinión de nuestro corresponsal:

"En el siglo VII, el papa san Gregorio el Grande, tras referirse a que un religioso, en el momento de la muerte, había visto que los profetas se presentaban ante él, agregó: 'Este ejemplo nos permite comprender claramente cuán grande será el conocimiento que tendremos unos respecto de otros en la vida incorruptible del Cielo, dado que ese religioso, incluso en una carne corruptible, reconoció a los santos profetas que nunca había visto'.

"Los santos se ven recíprocamente conforme lo exigen la unidad del reino y la unidad de la ciudad donde viven en compañía del mismo Dios. Se revelan espontáneamente unos a otros sus pensamientos y sus afecciones, como las personas de la misma casa que están unidas por un sincero amor. Entre sus conciudadanos del Cielo, conocen incluso a los que no conocieron en la Tierra, y el conocimiento de las bellas acciones los lleva a un conocimiento más completo de aquellos que las realizaron. (Berti, *De theologicis disciplinis*.)

"¿Habéis perdido un hijo o una hija? Recibid el consuelo que un patriarca de Constantinopla brindaba a un padre desolado. Ese patriarca ya no puede más que contarse entre los grandes santos: es Focio, el autor del cisma cruel que separó las iglesias de Oriente y Occidente; pero sus palabras solo demuestran que al respecto los griegos piensan como los latinos: 'Si vuestra hija se os apareciera, y si su mano tocara vuestra mano, y su frente gozosa se apoyara sobre vuestra frente, y ella os hablara, ¿acaso no estaría describiéndoos el Cielo? Luego,

añadiría: '¿Por qué afligiros, ¡oh! padre mío? Estoy en el Paraíso, donde la felicidad no tiene límites. Algún día vendréis con mi amada madre, y entonces descubriréis que no os he dicho nada exagerado acerca de este lugar de delicias, pues la realidad prevalecerá sobre mis palabras'."

Por consiguiente, los Espíritus buenos pueden manifestarse, hacerse ver, tocar a los vivos, hablarles, describir su propia situación, venir para consolar y fortalecer a los que han amado. Si ellos pueden hablar y tomar de la mano, ¿por qué no podrían hacer que esa mano escriba? "Los griegos –dice el padre Blot– piensan al respecto como los latinos." En tal caso, ¿por qué actualmente los latinos afirman que ese poder solo es dado a los demonios para engañar a los hombres? El siguiente pasaje es aún más explícito:

"San Juan Crisóstomo, en una de sus homilías sobre san Mateo, decía a cada uno de sus oyentes: '¡Deseáis ver a aquel a quien la muerte os arrebató! Llevad la misma vida que él en el camino de la virtud, y pronto os regocijaréis con esa sagrada visión. Pero ¿queréis verlo aquí mismo? ¡Ah! ¿Quién os lo impide? Os está permitido y es fácil verlo, si sois sabios. Porque la esperanza de los bienes venideros es más clara que la propia vista".

El hombre carnal no puede ver lo que es puramente espiritual. De tal modo, si puede ver a los Espíritus, es porque ellos tienen una parte material accesible a sus sentidos. Se trata de la envoltura fluídica, que el espiritismo designa con el nombre de periespíritu.

Tras una cita del Dante acerca del estado de los bienaventurados, el padre Blot agrega:

"Este es, pues, el principio de solución para las objeciones: en el Cielo, *que es un estado más que un lugar*, todo es luz y amor".

Así, el Cielo no es un lugar circunscripto, sino el estado de las almas dichosas. Dondequiera que sean dichosas, estarán en el Cielo, es decir que para ellas todo será luz, amor e inteligencia. Esto es lo que enseñan los Espíritus.

Fénelon, con motivo de la muerte de su amigo el duque de Beauvilliers, escribía a la duquesa: "No, solo los sentidos y la imaginación perdieron su propósito. Aquel a quien ya no podemos ver está más que nunca con nosotros. Lo encontramos sin cesar en nuestro centro común. Ahí nos ve y nos brinda auténtico auxilio. Conoce mejor que nosotros nuestras enfermedades –él, que ya no padece las suyas–, y solicita los remedios necesarios para nuestra sanación. En cuanto a mí, que me hallaba privado de verlo desde hacía tantos años, ahora le hablo y le abro mi corazón".

Fénelon escribía también a la viuda del duque de Chevreuse: "Unámonos de corazón con aquel por quien lloramos. No se alejó de nosotros al tornarse invisible; nos ve, nos ama, y lo conmueven nuestras necesidades. Arribado felizmente a puerto, ruega por nosotros, que seguimos expuestos al naufragio. Nos dice con una voz secreta: 'Se aproxima nuestro reencuentro'. Los Espíritus puros ven, oyen, aman siempre a sus verdaderos amigos en su centro común. Su amistad es inmortal como su fuente. Los incrédulos solo se aman a sí mismos; deberían desesperarse ante el hecho de perder para siempre a sus amigos. Pero la amistad divina transforma la sociedad visible en una sociedad de fe pura. Ella llora, pero al hacerlo se consuela con la esperanza de reencontrarse con sus amigos en el país de la verdad y en el seno del propio amor".

Para justificar el título de su libro: *En el Cielo nos reconocemos*, el padre Blot cita numerosos pasajes de escritores sagrados, acerca de apariciones y de manifestaciones diversas que demuestran la reunión, después de la muerte, de los que se han amado, así como las relaciones que existen entre los muertos y los vivos, y el auxilio que se brindan *mutuamente* a través de la plegaria y la inspiración. En ninguna parte se refiere a la separación eterna, consecuencia de la condena eterna, como tampoco a los diablos o al Infierno. Por el contrario, muestra las almas más sufridoras liberadas por la virtud del arrepentimiento, la plegaria y la misericordia de Dios. Si el padre Blot impusiera el anatema contra el espiritismo, lo haría contra su propio libro y contra todos los santos cuyo testimonio invoca. Sean cuales fueren sus opiniones acerca de este tema, diremos que, si siempre se lo hubiera predicado en ese sentido, habría menos incrédulos.

* * *

La leyenda del hombre eterno

por el señor Armand Durantin[5]

El espiritismo ha conquistado un lugar entre las creencias. Si bien todavía es objeto de escarnio por parte de algunos escritores, vale señalar que, entre los mismos que antaño lo denostaban, el escarnio ha bajado el tono ante el ascendiente de la opinión de las masas, y se limitan a describir los hechos sin comentarios, o con restricciones más comedidas. Otros, si

5. Un volumen in-12. Precio: 3 francos. En Dentu y en la Librería Central, boulevard des Italiens, n.º 24. (N. del Allan Kardec.)

bien no creen positivamente en la idea espírita, e incluso no la conocen a fondo, la consideran bastante importante para aprovecharla como tema para sus obras de imaginación o fantasía. Tal es, según nos parece, el caso de la obra referida aquí. Se trata de una simple novela, que se basa en la creencia espírita presentada desde un punto de vista serio, aunque podemos reprocharle algunos errores que sin duda provienen de un estudio incompleto de la cuestión. El autor que pretenda tejer una acción fantasiosa en torno a un hecho histórico debe, ante todo, ahondar adecuadamente en la verdad del asunto, a fin de no quedarse al margen de la historia. Así deberían proceder los escritores que desearan aprovechar la idea espírita, ya sea para que no se los acuse de ignorar aquello de lo que tratan, como también para ganarse la simpatía de los adeptos, que en la actualidad son bastante numerosos para inclinar la balanza de la opinión pública y contribuir al éxito de toda obra que aluda directa o indirectamente a sus creencias.

Hecha esta reserva desde el punto de vista de la más pura ortodoxia, la obra en cuestión no por eso dejará de ser leída con mucho interés tanto por los partidarios del espiritismo como por sus adversarios, y agradecemos al autor el generoso homenaje que ha tenido a bien hacernos en su libro, llamado a popularizar la idea nueva. Citaremos a continuación los párrafos que tratan más especialmente acerca de la doctrina:

"En la época en que el señor de Boursonne (uno de los personajes principales de la novela) había perdido a su mujer, una doctrina mística se expandía sorda y lentamente, propagándose en las sombras. Todavía contaba con pocos divulgadores, pero aspiraba nada menos que a sustituir los diversos

cultos cristianos. Lo único que le falta ahora, para convertirse en una religión poderosa, es la persecución.

"Esta religión es la del espiritismo, tan elocuentemente expuesta por el señor Allan Kardec en su notable obra *El libro de los Espíritus*. Uno de sus más convencidos adeptos era el conde de Boursonne.

"Apenas agregaré algunas palabras sobre esta doctrina, para que los incrédulos comprendan que el poder misterioso del Conde era totalmente natural.

"Los espíritas reconocen a Dios y a la inmortalidad del alma. Creen que la Tierra es para ellos un lugar de transición y de pruebas. Al principio, Dios ubica el alma en un planeta de orden inferior, y allí permanece, encerrada en un cuerpo más o menos denso, hasta el día en que se encuentra bastante purificada para emigrar a un mundo superior. Así, después de prolongadas migraciones y numerosas pruebas, las almas llegan finalmente a la perfección, y entonces son admitidas en el seno de Dios. Por lo tanto, del hombre depende abreviar sus peregrinaciones y llegar más rápidamente junto al Señor, a través de un rápido adelanto.

"Una creencia del espiritismo –creencia conmovedora– consiste en que las almas más perfectas pueden conectarse con los Espíritus. De tal modo, según los espíritas, podemos conversar con los seres amados que hemos perdido, en caso de que nuestra alma se encuentre bastante perfeccionada para escucharlos y para saber hacerse escuchar por ellos.

"Por consiguiente, las almas mejoradas, los hombres más perfectos entre nosotros, pueden servir de intermediarios entre el vulgo y los Espíritus. Esos agentes, tan escarnecidos por

el escepticismo, a la vez que tan admirados y envidiados por los creyentes, se denominan *médiums* en el lenguaje espírita.

"Dicho esto de una vez, señalemos al pasar que la doctrina espírita cuenta en este momento con miles de adeptos, sobre todo en las grandes ciudades, y que el conde de Boursonne era uno de los médiums más poderosos".

Aquí observamos un primer error grave: si hiciera falta ser perfecto para comunicarse con los Espíritus, muy pocos gozarían de ese privilegio. Los Espíritus se manifiestan incluso ante quienes dejan mucho que desear, precisamente para inducirlos con sus consejos a que se perfeccionen, conforme a estas palabras del Cristo: "Los sanos no tienen necesidad de médico". La mediumnidad es una facultad que depende del organismo, y que se encuentra más o menos desarrollada según los individuos, pero se le puede conceder al más indigno tanto como al más digno, salvo que el primero será castigado si no la aprovecha o se abusa de ella. La superioridad moral del médium le asegura la simpatía de los Espíritus buenos, y lo torna apto para recibir instrucciones de un orden más elevado. No obstante, la facilidad para comunicarse con los seres del mundo invisible, ya sea directamente o con intermediarios, se otorga a cada cual con miras a su adelanto. Esto es lo que el autor habría sabido si hubiera realizado un estudio más profundo de la ciencia espírita.

"La ciencia moderna ha demostrado que todo se encadena. De tal modo, en el orden material, entre el infusorio, que es el último de los animales, y el hombre, que es la expresión más elevada de estos, existe una cadena de criaturas sucesivamente mejoradas, según lo demuestran sobradamente

los descubrimientos geológicos. Ahora bien, los espíritas se han preguntado por qué no existiría esa misma armonía en el mundo espiritual; se han preguntado por qué existe una laguna entre el hombre y Dios, así como el señor Le Verrier se ha preguntado cómo era posible que un planeta pudiera faltar en un punto determinado del cielo, en virtud de las leyes armoniosas que rigen nuestro mundo incomprensible y aún desconocido.

"Guiados por ese mismo razonamiento –que condujo al eminente director del Observatorio de París a su maravillosa deducción–, los espíritas han llegado a reconocer seres inmateriales entre el hombre y Dios, antes de contar al respecto con la prueba palpable que obtuvieron más tarde".

Aquí también se observa otro error capital. El espiritismo accedió a sus teorías a través de la observación de los hechos, y no mediante un sistema preconcebido. El razonamiento presentado por el autor es correcto, sin duda, pero las cosas no ocurrieron de ese modo. Los espíritas llegaron a reconocer la existencia de los Espíritus porque los propios Espíritus se manifestaron *espontáneamente*; expusieron la ley que rige las relaciones entre el mundo visible y el mundo invisible porque observaron esas relaciones; admitieron la jerarquía progresiva de los Espíritus porque los Espíritus se presentaron ante ellos en todos los grados de adelanto; adoptaron el principio de la pluralidad de las existencia no solo porque los Espíritus lo enseñaron, sino porque ese principio resulta, como ley de la naturaleza, de la observación de los hechos que ocurren ante nosotros. En resumen, el espiritismo no admitió nada a título de hipótesis previa; todo en su doctrina es el resultado de la

experiencia. Esto es lo que hemos afirmado reiteradamente en nuestras obras.

Nos parece útil poner el siguiente aviso en conocimiento de las personas a las que pueda interesarles.

Toda vez que recibimos una carta, lo primero que se hace es ver el nombre del remitente. En caso de que este no figure o los datos sean insuficientes, la carta no se abre y se arroja de inmediato al papelero, incluso si contiene referencias tales como: *Uno de vuestros abonados*, *Un espírita*, etc. Dado que estos últimos tienen menos motivos que el resto para guardar el incógnito ante nosotros, tornan sospechoso el origen de sus cartas, razón por la cual tampoco las leemos, más aún porque la correspondencia auténtica es bastante copiosa para captar nuestra atención. La persona encargada de esa tarea recibió la instrucción formal de desechar, sin abrirlas, todas las cartas del tipo al que nos referimos.

Allan Kardec

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año VII Número 3 Marzo de 1864

Acerca de la perfección de los seres creados

Cabe preguntarse si Dios no habría podido hacer que los Espíritus fueran perfectos al momento de crearlos, a fin de ahorrarles el mal y todas sus consecuencias.

No cabe duda de que Dios habría podido hacerlo, dado que es todopoderoso, pero si no lo ha hecho es porque en su soberana sabiduría consideró más útil que fuera de otro modo. Al hombre no le compete escrutar los designios de Dios, y mucho menos juzgar y condenar sus obras. Dado que no podemos admitir a Dios sin la infinitud de sus perfecciones, ni sin la soberana bondad y la soberana justicia, y que incesantemente tenemos ante los ojos miles de pruebas de su solicitud para con las criaturas, debemos pensar que no pudo carecer de esa solicitud al momento de crear los Espíritus. El hombre en la Tierra es como el niño, cuya vista limitada no supera el estrecho círculo del presente, y que no puede juzgar la utilidad de ciertas cosas. Por lo tanto, debe inclinarse ante lo que todavía

se encuentra más allá de su alcance. No obstante, como Dios le ha dado la inteligencia para que se guíe, no le ha prohibido que trate de comprender, toda vez que se detenga humildemente ante el límite que no puede franquear. Respecto de las cosas que se mantienen como un secreto de Dios, el hombre solo puede establecer sistemas más o menos probables; y para determinar cuál es el sistema que más se acerca a la verdad, hay un criterio seguro: los atributos esenciales de la Divinidad. Toda teoría, toda doctrina filosófica o religiosa que tendiera a destruir la más mínima parte de uno solo de esos atributos, fallaría en la base, y por eso mismo incurriría en errores. De ahí se sigue que el sistema que más se aproxime a la verdad será el que se corresponda mejor con esos atributos.

Puesto que Dios es todo sabiduría y bondad, no es posible que haya creado el mal para contrarrestar el bien. Si hubiera hecho del mal una ley necesaria, habría debilitado voluntariamente el poder del bien, porque lo que es malo no puede más que alterar y disminuir la fuerza de lo que es bueno. Dios estableció leyes que son justas y buenas en su totalidad. Si el hombre las observara escrupulosamente, sería dichoso por completo. No obstante, la menor infracción a esas leyes causa una perturbación cuyas consecuencias él mismo experimenta, y a lo cual se deben todas sus vicisitudes. Por consiguiente, el propio hombre es la causa del mal, por su desobediencia a las leyes de Dios. Dios lo ha creado libre de elegir su camino. Quien haya tomado el camino del mal, lo ha hecho por su propia voluntad, y solo puede acusarse a sí mismo por las consecuencias que de ello resultan para él. Debido al destino de la Tierra, solo vemos Espíritus de esa categoría, lo cual llevó a creer en la necesidad del mal. Si pudiéramos abarcar el conjunto de los mundos, veríamos que los Espíritus que se mantuvieron en el camino del

bien recorren las diferentes etapas de su existencia en condiciones completamente distintas y que, como el mal no es general, no podría ser indispensable. Pero todavía resta saber por qué Dios no ha creado perfectos a los Espíritus. Esta pregunta es análoga a esta otra: ¿por qué el niño no nace completamente desarrollado, con la totalidad de las aptitudes, de la experiencia y de los conocimientos propios de la madurez?

Hay una ley general que rige todos los seres de la creación, animados e inanimados: la ley del progreso. Los Espíritus se encuentran sometidos a esa ley inevitablemente. De otro modo, una excepción habría perturbado la armonía general, y Dios ha querido darnos un ejemplo abreviado de ello en la progresión de la infancia. Pero dado que el mal no existe como una necesidad en el orden de las cosas, y que apenas lo practican los Espíritus que transgreden la voluntad de Dios, la ley del progreso no obliga en absoluto a que la totalidad de los Espíritus pase por esa etapa para llegar al bien. Esa ley solo los obliga a pasar por el estado de inferioridad intelectual; dicho de otro modo, por la infancia espiritual. Creados simples e ignorantes, y por eso mismo imperfectos o, mejor dicho, *incompletos*, los Espíritus deben adquirir por sí mismos y mediante su propia actividad la ciencia y la experiencia que no poseen al principio. Si Dios los hubiera creado perfectos, habría tenido que dotarlos de la universalidad de los conocimientos en el momento de crearlos. En tal caso, los habría exceptuado de todo trabajo intelectual, pero a la vez los habría privado de la actividad que deben desplegar –y mediante la cual cooperan, como encarnados y desencarnados– para lograr el perfeccionamiento material de los mundos, trabajo que ya no incumbe a los Espíritus superiores, que solamente están encargados de dirigir el perfeccionamiento moral. Mediante su propia infe-

rioridad, se convierten en un engranaje esencial para la obra general de la creación. Por otra parte, si los hubiera creado infalibles, es decir, exentos de la posibilidad de hacer el mal, habrían sido impulsados fatalmente al bien, como mecánicos bien preparados que realizan maquinalmente tareas de precisión, en cuyo caso no tendrían libre albedrío y, por consiguiente, tampoco independencia. Se habrían parecido a esos hombres que nacen ricos y se consideran dispensados de trabajar. Al someterlos a la ley del progreso facultativo, Dios ha querido que obtuvieran el mérito de sus obras, con derecho a la recompensa y a la satisfacción de haber conquistado por sí mismos su posición.

Sin la ley universal del progreso aplicada a todos los seres, el orden de cosas establecido habría sido completamente distinto. No cabe duda de que Dios contaba con esa posibilidad. ¿Por qué no lo hizo? ¿Habría sido mejor que obrara de otro modo? En esta hipótesis, ¡Dios se habría equivocado! Ahora bien, si Dios pudo equivocarse, no es perfecto; y si no es perfecto, no es Dios. Toda vez que no podemos concebirlo sin la perfección infinita, debemos concluir que lo que ha hecho es lo mejor. Si todavía no somos aptos para comprender sus motivos, sin duda lo seremos más adelante, en un estado más avanzado. Mientras tanto, si no podemos sondear las causas, podemos observar los efectos, y reconocer que todo en el universo está regido por leyes armoniosas cuya sabiduría y admirable previsión confunden nuestro entendimiento. Así pues, sería muy presuntuoso quien pretendiera que Dios debió regular el mundo de otro modo, porque eso significaría que, puesto en su lugar, habría obrado mejor que Él. Tales son los Espíritus cuyo orgullo e ingratitud Dios castiga al confinarlos en mundos inferiores, de los que solo podrán salir cuando

agachen la cerviz ante la mano que los somete, reconociendo su poder. Dios no les impone ese reconocimiento; quiere que este sea voluntario y fruto de sus observaciones, por eso los deja libres y aguarda hasta que, vencidos por el mal que ellos mismos atraen, retornen a Él.

Ante esto, se nos pregunta: "Comprendemos que Dios no haya creado perfectos a los Espíritus. No obstante, si bien consideró oportuno someterlos a la ley del progreso, ¿al menos no habría podido crearlos dichosos, sin sujetarlos a las miserias de la vida? En rigor, el sufrimiento se comprende en el caso del hombre, porque este pudo merecerlo debido a sus faltas, pero los animales también sufren; se devoran entre ellos; los grandes devoran a los más pequeños. Hay animales cuya vida no es más que un largo martirio. ¿Acaso poseen libre albedrío y se equivocan como nosotros?"

Tal es la objeción que a veces se plantea, y ante la cual los argumentos expuestos pueden servir de respuesta. Con todo, agregaremos algunas consideraciones.

Respecto del primer punto, diremos que la dicha completa es el resultado de la perfección. Dado que las vicisitudes son el producto de la imperfección, crear Espíritus perfectamente dichosos habría implicado crearlos perfectos.

La cuestión de los animales requiere algunos desarrollos. Es indudable que los animales poseen un principio inteligente. ¿De qué naturaleza es ese principio? ¿De qué modo se relaciona con el de los hombres? ¿Se mantiene estacionario en cada especie, o es progresivo y pasa de una especie a otra? ¿Cuál es el límite de su progreso? ¿Avanza paralelamente al del hombre, o bien es este mismo principio, que se elabora y se ejercita para la vida en las especies inferiores, para recibir más tarde nuevas facultades y experimentar la transformación humana? Estas

son otras tantas cuestiones que no tienen solución hasta ahora, y si los Espíritus aún no han descorrido el velo que cubre ese misterio, es porque sería prematuro hacerlo: el hombre todavía no se halla maduro para recibir toda la luz. Es cierto que varios Espíritus han presentado teorías al respecto, pero ninguna de ellas posee un carácter bastante auténtico para que se la acepte como verdad definitiva. Así pues, y hasta nuevo aviso, solo podemos considerarlas como sistemas individuales. Tan solo la concordancia puede consagrarlas, porque en ella radica el único y verdadero control de la enseñanza de los Espíritus. Por eso estamos lejos de aceptar como verdades irrecusables todo lo que ellos enseñan individualmente. Un principio, sea cual fuere, para nosotros solo adquiere autenticidad a través de la universalidad de la enseñanza, es decir, mediante instrucciones idénticas, impartidas en todas partes a través de médiums que no se conozcan unos a otros, y que no experimenten las mismas influencias, notoriamente libres de obsesiones, y asistidos por Espíritus buenos y esclarecidos. Por Espíritus esclarecidos debemos entender: los que demuestran su superioridad a través de la elevación de sus pensamientos, el amplio alcance de sus enseñanzas, sin que nunca se contradigan ni expresen nada que la lógica más rigurosa no pueda admitir. Así es como se controlaron las distintas partes de la doctrina formulada en *El libro de los Espíritus* y en *El libro de los médiums*. Aún no es este el caso de la cuestión de los animales, razón por la cual no la hemos resuelto. Mientras no se obtenga una constatación más seria, solo habrá que aceptar a beneficio de inventario aquellas teorías que puedan surgir al respecto, en espera de su confirmación o su negación.

En general, nunca sería excesiva la prudencia para con teorías nuevas acerca de las cuales podríamos ilusionarnos.

¡Cuántas hemos visto, desde el origen del espiritismo, que fueron divulgadas prematuramente y que solo tuvieron una existencia efímera! Lo mismo ocurrirá con todas las que no posean más que un carácter individual y no sean sometidas al control de la concordancia. En nuestra posición, dado que recibimos las comunicaciones de casi mil centros espíritas serios, diseminados en los más diversos puntos del globo, nos hallamos en condiciones de observar los principios en que se establece dicha concordancia. Esa observación nos ha guiado hasta el día de hoy, y también nos guiará en los nuevos campos que el espiritismo está llamado a explorar. De tal modo, desde hace algún tiempo, en las comunicaciones que llegan procedentes de diversos lugares, tanto de Francia como del extranjero, notamos una tendencia a recorrer un camino nuevo, mediante revelaciones cuya naturaleza es muy específica. Esas revelaciones, que suelen presentarse de manera encubierta, pasaron desapercibidas para muchos de los que las obtuvieron. Muchos otros pensaron que solo ellos las habían recibido. Consideradas por separado, para nosotros no tendrían valor, pero su coincidencia les otorga una gran importancia, que podrá evaluarse más adelante, cuando llegue el momento de divulgarlas.

Sin esa concordancia, ¿quién podría estar seguro de que posee la verdad? La razón, la lógica, el juicio, sin duda son los primeros medios de control de los que es necesario valerse, y en muchos casos basta con eso. No obstante, cuando se trata de un principio importante, de la difusión de una idea nueva, existiría la presunción de considerarse infalible en la apreciación de las cosas. Por otra parte, uno de los caracteres distintivos de la nueva revelación consiste en que surge en todas partes a la vez, conforme ocurrió con las distintas partes

de la doctrina. La experiencia demuestra que todas las teorías aventuradas por Espíritus sistemáticos y pseudosabios siempre han sido aisladas y localizadas; ninguna se tornó general ni pudo soportar el control de la concordancia; muchas de ellas, incluso, cayeron en ridículo: prueba evidente de que no eran verdaderas. Ese control universal es una garantía para la unidad futura de la doctrina.

Esta digresión nos alejó un poco de nuestro tema, pero era útil para dar a conocer de qué manera procedemos respecto de las teorías nuevas que conciernen al espiritismo, el cual está lejos de haber dicho la última palabra sobre todas las cosas. Nunca difundimos nada que no haya recibido la sanción que acabamos de referir, razón por la cual algunas personas, un tanto impacientes, se asombran de nuestro silencio en ciertos casos. Como sabemos que cada cosa debe llegar en el momento oportuno, no cedemos ante ninguna presión, sea cual fuere su procedencia, y conocemos la suerte de los que pretenden avanzar demasiado rápido y confían demasiado en sí mismos y en sus propias luces. Nunca cosechamos un fruto antes de que madure, mas podéis estar seguros de que cuando esté maduro no dejaremos que caiga.

Dicho esto, nos queda poco para decir respecto de la objeción planteada, dado que el punto capital aún no puede ser resulto.

Es evidente que los animales sufren. No obstante, ¿es racional imputar esos padecimientos a la imprevisión del Creador o a una falta de bondad de su parte, tan solo porque la causa se escapa a nuestra inteligencia, del mismo modo que la utilidad de los deberes y de la disciplina se escapa al escolar? Junto a ese mal aparente, ¿no vemos brillar su solicitud para con la más ínfima de sus criaturas? ¿Acaso los animales

no están provistos de los medios de conservación adecuados al medio en el que deben vivir? ¿No vemos que su pelaje se desarrolla en mayor o menor medida según el clima? ¿No vemos sus herramientas de nutrición, sus armas ofensivas y defensivas ajustadas a los obstáculos que habrán de vencer y a los enemigos que deberán combatir? En presencia de esos hechos tan diversos, y cuyas consecuencias se escapan tan solo a la mirada materialista, ¿se puede decir con fundamento que para los animales no hay Providencia? Por cierto que no. Ocurre que nuestra vista se halla demasiado limitada para comprender la ley del conjunto. Nuestro punto de vista, contenido en el estrecho círculo que nos rodea, solo nos permite ver irregularidades aparentes; pero cuando nos elevamos con el pensamiento más allá del horizonte terrestre, esas irregularidades desaparecen ante la armonía general.

Lo que más perturba en esta observación localizada es el hecho de que los seres se destruyan unos a otros. Puesto que Dios expone su sabiduría y su bondad en todo lo que nosotros logramos comprender, es necesario admitir que esa misma sabiduría preside lo que no comprendemos. Por otra parte, la importancia de esa destrucción solo se exagera debido a la importancia que se atribuye a la materia, siempre como consecuencia del estrecho punto de vista en que el hombre se encuentra. En definitiva, lo único que se destruye es la envoltura, porque el principio inteligente no puede ser aniquilado. Al Espíritu le resulta tan indiferente la pérdida de su cuerpo, como al hombre la de su ropa. Esta destrucción de las envolturas temporarias es necesaria para la formación y el mantenimiento de nuevas envolturas, que se constituyen con los mismos elementos; pero el principio inteligente no se ve afectado en absoluto, tanto en los animales como en el hombre.

Resta considerar el sufrimiento que a veces acompaña la destrucción de esa envoltura. El espiritismo nos enseña y nos demuestra que el sufrimiento, en el hombre, es útil para su adelanto moral. ¿Quién puede decirnos que el de los animales no tiene también su utilidad, y que no constituye –en su ámbito y según un determinado orden de cosas– una causa de progreso? Si bien es cierto que esta es apenas una hipótesis, al menos se basa en los atributos de Dios: la justicia y la bondad. Las otras hipótesis, por su parte, constituyen la negación de esos atributos.

Tras debatir en una sesión de la Sociedad espírita de París la cuestión de la creación de los seres perfectos, el Espíritu de Erasto dictó al respecto la siguiente comunicación.

Acerca de la no-perfección de los seres creados

(Sociedad espírita de París, 5 de febrero de 1864.
Médium: señor d'Ambel.)

¿Por qué Dios no creó perfectos a los seres? No lo hizo en virtud de la ley del progreso. Es fácil comprender la economía de esta ley. El que avanza se encuentra en movimiento, es decir, en la ley de la actividad humana. El que no progresa, el que por esencia se mantiene estacionario, indudablemente no pertenece a la gradación o jerarquía de la humanidad. Me explicaré, y comprenderéis fácilmente mi razonamiento. El hombre, que nace en una posición más o menos elevada, encuentra en su situación nativa un estado de ser determinado. Pues bien, es cierto que, si su vida entera transcurriera en esa condición de ser, sin que él mismo u otros le aportaran modificaciones, declararía que su existencia es monótona, fastidiosa, agotadora; en una palabra: insoportable. Yo agrego que

tendría toda la razón, dado que el bien solo es bien respecto de lo que le es inferior. Esto es tan cierto que, si colocarais al hombre en un paraíso terrenal, en un paraíso donde no se progresara más, en algún tiempo su existencia le parecería insostenible; y esa morada, un infierno despiadado. De ahí resulta, de manera absoluta, que la ley inmutable de los mundos es el progreso o el movimiento hacia adelante. Es decir que cualquier Espíritu creado se halla sometido inevitablemente a esa grandiosa y sublime ley de vida. Por consiguiente, esa es la propia ley humana.

Solo existe un ser perfecto, y no puede existir más que uno solo: ¡Dios! Ahora bien, pedirle al Ser supremo que cree perfectos a los Espíritus implicaría pedirle que cree algo semejante e igual a Él. Formular una proposición como esa, ¿no sería condenarla de antemano? ¡Oh! ¡Hombres! ¿Por qué siempre pedís la razón de ser de ciertas cuestiones insolubles o que se encuentran más allá del entendimiento humano? Recordad siempre que solo Dios puede mantenerse y vivir en su gigantesca inmovilidad. Él es el summum y el máximum de todas las cosas, el alfa y omega de toda vida. ¡Ah! Creedme, hijos míos, nunca pretendáis descorrer el velo que oculta ese grandioso misterio, que los más grandes Espíritus de la creación no abordan sin estremecerse. En cuanto a mí, humilde pionero de la iniciación, todo lo que os puedo afirmar es que la inmovilidad constituye uno de los atributos de Dios, el Creador, y que el hombre y todo lo creado tienen, como atributo, la movilidad. Comprended, si podéis hacerlo, o bien esperad a que llegue la hora de una explicación más inteligible, es decir, más al alcance de vuestro entendimiento.

Apenas trato acerca de esta parte de la cuestión, pues solo pretendo demostraros que no me mantuve al margen de

vuestra discusión. En cuanto a lo demás, me remito a lo que habéis dicho, pues considero que todos comparten la misma opinión. En breve os hablaré acerca de otros hechos que se han mencionado (las manifestaciones de Poitiers).

Erasto

Una médium pintora ciega

Uno de nuestros corresponsales de Maine-et-Loire, el señor doctor C…, nos comunica el siguiente hecho:

"Se trata de un curioso ejemplo de la facultad mediúmnica aplicada al dibujo, y que se ha manifestado varios años antes de que se conociera el espiritismo, e incluso antes de las mesas giratorias. Hace tres semanas, en Bressuire, me encontraba explicándole el espiritismo y las relaciones de los hombres con el mundo invisible a un amigo abogado, que no conocía nada al respecto. Entonces, él me contó el siguiente hecho, pues consideró que se hallaba muy relacionado con lo que yo le decía. En 1849 –me dijo– visité con un amigo el pueblo de Saint-Laurent-sur-Sèvres y sus dos conventos, uno de hombres y el otro de mujeres. Fuimos recibidos de la manera más cordial por el padre Dallain, superior del primero, y que además tenía autoridad sobre el segundo. Luego de dar un paseo por los dos conventos, nos dijo: 'Ahora, señores, os mostraré una de las cosas más curiosas del convento de las damas'. Pidió que le trajeran un álbum en el que, en efecto, pudimos admirar unas acuarelas de gran perfección. Eran flores, paisajes y marinas. 'Estos dibujos, tan bien logrados –nos dijo–, fueron hechos

por una de nuestras jóvenes religiosas, que es ciega'. Entonces, señaló la pintura de un encantador ramo de rosas, uno de cuyos botones era azul, y nos dijo: 'Hace algún tiempo, en presencia del marqués de La Rochejaquelein y de otros visitantes, llamé a la religiosa ciega y le pedí que tomara asiento ante una mesa, para que dibujara algo. Se dispusieron los colores, le entregaron papel, lápices, pinceles, y ella pintó de inmediato el ramo que veis. Mientras trabajaba, varias veces interpusimos entre sus ojos y el papel algún cuerpo opaco, un cartón, una tablilla, pero el pincel nunca dejó de moverse con la misma calma y regularidad. Ante la observación de que el ramo había quedado un tanto deslucido, ella dijo: *De acuerdo, voy a retocar uno de los botones de este ramo*. Mientras la joven trabajaba en esa mejora, reemplazamos el carmín por el azul, sin que ella se diera cuenta del cambio, razón por la cual veis pintado un botón azul'.

"El abad Dallain –agrega el narrador– era notable tanto por su saber e inteligencia como por su gran piedad. Nunca conocí una persona que me inspirara tanta simpatía y veneración como él".

Por nuestra parte, consideramos que este hecho no demuestra de manera evidente una acción mediúmnica. A juzgar por el lenguaje de la joven ciega, es cierto que ella veía, pues de lo contrario no habría dicho: "Voy a retocar uno de los botones de este ramo". Pero también es cierto que no veía con los ojos, pues continuaba su trabajo a pesar de los obstáculos. Obraba con conocimiento de causa, y no maquinalmente como un médium. Así pues, parece evidente que la joven se valía de su *doble vista*. Veía con la vista del alma, independientemente de la vista del cuerpo. Incluso es probable

que se mantuviera, de manera permanente, en un estado de sonambulismo despierto.

Muchas veces se observaron fenómenos análogos, pero bastó con considerarlos sorprendentes. No era posible descubrir su causa debido a que, como se hallan vinculados esencialmente al alma, primero era necesario admitir la existencia de esta. No obstante, reconocer ese punto tampoco era suficiente, pues faltaba el conocimiento de las propiedades del alma y el de las leyes que rigen sus relaciones con la materia. El espiritismo, al revelarnos la existencia del periespíritu, nos permitió conocer –para denominarlo de algún modo– la fisiología de los Espíritus. De tal modo, nos proporcionó la clave de una infinidad de fenómenos que no se comprendían, y que, a falta de mejores razones, algunos calificaban de *sobrenaturales*, y otros de *rarezas de la naturaleza*. ¿Acaso la naturaleza puede contener rarezas? No, porque las rarezas son caprichos. Ahora bien, dado que la naturaleza es obra de Dios, este no puede ser caprichoso, pues de lo contrario en el universo no habría nada estable. Si hay una regla que no tiene excepciones, sin duda es la que rige las obras del Creador. Las excepciones implicarían la destrucción de la armonía universal. Todos los fenómenos se hallan vinculados a una ley general, de modo que alguna cosa nos parece rara tan solo porque observamos uno de sus aspectos, mientras que, si se considerara el conjunto, reconoceríamos que la irregularidad de ese aspecto no es más que aparente y que depende de nuestro punto de vista limitado.

Dicho esto, el fenómeno en cuestión no es ni maravilloso ni excepcional, de modo que intentaremos explicarlo.

En el estado actual de nuestros conocimientos, no podemos concebir el alma sin su envoltura fluídica, periespiritual.

El principio inteligente se escapa por completo a nuestro análisis: solo lo conocemos a través de sus manifestaciones, que se producen con la ayuda del periespíritu. Mediante el periespíritu el alma actúa, percibe y transmite. Desprendida de la envoltura corporal, el alma o Espíritu continúa siendo un ser complejo. La teoría, de acuerdo con la experiencia, nos enseña que la vista del alma, al igual que el resto de las percepciones, es un atributo de todo el ser. En el cuerpo, la vista se halla circunscripta al órgano correspondiente; requiere de la luz, de modo que intercepta todo lo que se encuentre en la trayectoria del rayo luminoso. Esto no ocurre en el caso del Espíritu, para el cual no existen la oscuridad ni los cuerpos opacos. La comparación siguiente permitirá que se comprenda esta diferencia. El hombre, a cielo abierto, recibe la luz procedente de todas partes; como se halla sumergido en el fluido luminoso, el horizonte visual se extiende por completo alrededor suyo. En cambio, si se encuentra encerrado en una caja, a la que se le practicó un pequeño orificio, alrededor suyo habrá oscuridad, excepto en el punto alcanzado por el rayo luminoso. Tal es el caso de la vista del Espíritu encarnado, mientras que el primero es el de la vista del Espíritu desencarnado. Esta comparación es correcta en cuanto al efecto, pero no en cuanto a la causa, porque la fuente de la luz no es la misma para el hombre que para el Espíritu; o mejor dicho, la luz que les otorga la facultad de ver no es la misma.

Así pues, la joven ciega en cuestión veía con el alma y no con los ojos. Por eso, el cartón suspendido ante su dibujo no le molestaba en absoluto, como tampoco le habría molestado un cristal transparente a un sujeto con la capacidad de ver. También por eso, ella podía dibujar de noche tanto como de día. Dado que el fluido periespiritual irradiaba alrededor suyo

y penetraba todo, no conducía la imagen a su retina, sino a su alma. En ese estado, ¿la vista lo abarca todo? No; puede ser general o específica, según la voluntad del Espíritu; puede quedar limitada al punto en el que concentra su atención.

Pero entonces –se nos preguntará–, ¿por qué la joven no se dio cuenta de la sustitución del color? En primer lugar, es posible que la atención puesta en el área donde quería retocar la flor la haya distraído del color. Además, hay que considerar que la vista del alma no se opera con el mismo mecanismo que el de la vista corporal, de modo que hay efectos que no podríamos comprender. Luego, notemos que *nuestros* colores se producen debido a la refracción de *nuestra* luz. Ahora bien, dado que las propiedades del periespíritu son diferentes de las de los fluidos ambientes, es probable que la refracción no produzca en él los mismos efectos, y que los colores no tengan para el Espíritu la misma causa que para el encarnado. Así pues, la joven podía, con el pensamiento, ver de color rosado lo que para nosotros es azul. Sabemos que el fenómeno de la sustitución de los colores es bastante frecuente en la vista ordinaria. El hecho principal radica en la constatación de la vista sin el concurso de los órganos de la visión. Este hecho, como vemos, no implica la acción mediúmnica, pero tampoco excluye en ciertos casos la asistencia de un Espíritu ajeno. Por lo tanto, esa joven podía ser médium o no, lo cual se habría podido revelar mediante un estudio más atento.

Una persona ciega con esa facultad constituía un valioso sujeto de observación. No obstante, para eso habría sido necesario conocer a fondo la teoría del alma, la del periespíritu y, por consiguiente, el sonambulismo y el espiritismo. En esa época no se conocían tales cosas. En la actualidad, incluso, no sería posible entregarse a esos estudios en los medios donde se

las considera diabólicas, como tampoco en aquellos donde se niega la existencia del alma. No cabe duda de que algún día se reconocerá que existe una *física espiritual*, del mismo modo que se comienza a reconocer la existencia de una *medicina espiritual*.

VARIEDADES

Una tentación

Conocemos personalmente a una señora médium dotada de una notable facultad tiptológica. Obtiene con facilidad y –lo que es muy raro– casi constantemente datos precisos, tales como nombres de lugares y de personas en diversas lenguas, fechas y hechos particulares, ante los cuales la incredulidad se ha desconcertado más de una vez. Esta señora, dedicada por completo a la causa del espiritismo, consagra todo el tiempo de que dispone al ejercicio de su facultad con un fin divulgativo, y con un desinterés aún más loable por el hecho de que su situación económica es bastante precaria. Como para ella el espiritismo es algo serio, siempre procede con una plegaria, formulada con gran recogimiento, y en la que solicita el concurso de los Espíritus buenos, rogando a Dios que aleje a los Espíritus malos. La plegaria finaliza así: "Si me viera tentada de abusar, del modo que fuere, de esta facultad que Dios ha tenido a bien concederme, le ruego que me la *retire*, antes de permitir que sea desviada de su objetivo providencial".

Cierto día, un rico extranjero –de quien obtuvimos este relato– fue a ver a dicha señora para pedirle que le transmi-

tiera una comunicación. Él no tenía la menor noción del espiritismo, y mucho menos la creencia. Colocó su billetera sobre la mesa y le dijo: "Señora, aquí hay diez mil francos. Os daré esa suma si me decís el nombre de la persona en la que estoy pensando". Estas palabras bastan para mostrar hasta dónde llegaba su conocimiento de la doctrina. En tal sentido, la señora le hizo las observaciones que todo verdadero espírita haría en un caso semejante. De todos modos, trató de captar el nombre, pero no obtuvo absolutamente nada. Ahora bien, inmediatamente después de que este señor se retirara, ella recibió, para otras personas, comunicaciones mucho más difíciles y complicadas que la solicitada por él.

Para este señor, lo ocurrido debía ser –conforme se lo explicamos– una prueba de la sinceridad y de la buena fe de la médium, dado que los charlatanes siempre disponen de recursos cuando se trata de ganar dinero. Pero también deja varias enseñanzas más serias aún. Los Espíritus quisieron demostrarle que el dinero no sirve para lograr que ellos hablen cuando no lo desean. Además, demostraron que, si no respondieron su consulta, no fue porque se hallaban imposibilitados de hacerlo, toda vez que luego dijeron cosas más difíciles a personas que no ofrecieron nada a cambio. La lección era aún más importante para la médium, pues consistió en mostrarle que, sin el concurso de los Espíritus, ella no tenía poder en absoluto. Se le enseñó la humildad, porque si los Espíritus hubieran estado a sus órdenes, y si hubiera bastado con su voluntad para que hablen, esa habría sido la mejor oportunidad para que ella ejerciera su poder.

Lo ocurrido es una prueba manifiesta que viene en apoyo de lo que dijimos –en la *Revista* de febrero último– respecto del señor Home, en el sentido de que los médiums se ha-

llan imposibilitados de contar con una facultad que podría faltarles en el momento en que más la necesitaran. La persona que posee un talento y lo explota, siempre está segura de que dispone de él, porque es inherente a su persona. La mediumnidad, en cambio, no es un talento; solo existe gracias al concurso de terceros. Si esos terceros se niegan, ya no hay mediumnidad. La aptitud puede subsistir, pero el ejercicio queda anulado. Un médium sin la asistencia de los Espíritus es como un violinista sin violín.

El señor en cuestión se extrañó de que los Espíritus no se prestaran a convencerlo, dado que había acudido para eso. Por nuestra parte, le explicamos que, en caso de que llegue a convencerse, eso ocurrirá por otros medios, que no le costarán nada. Los Espíritus no quisieron que él dijera que pagó para convencerse, porque si el dinero fuera necesario para lograrlo, ¿de qué modo lo harían los que no pueden pagar? La mediumnidad no constituye un privilegio, precisamente para que la creencia pueda llegar hasta las viviendas más humildes. Se encuentra en todas partes, a fin de que todos, pobres o ricos, reciban el consuelo de comunicarse con sus familiares y amigos de ultratumba. Los Espíritus no quisieron que se convenciera de ese modo porque el impacto que eso hubiera generado habría falseado su propia opinión y la de sus amigos respecto del carácter esencialmente moral y religioso del espiritismo. De tal modo, también quisieron beneficiar a la médium y a los médiums en general, pues una respuesta correcta habría sobreexcitado su codicia, y también los habría llevado a pensar que lo lograrían en otras circunstancias. No es la primera vez que se hacen ofertas como esa, que se ofrecen recompensas, pero siempre sin éxito, debido a que los Espíritus no se someten ni se venden al mejor postor.

Si esa médium hubiera obtenido la respuesta correcta, ¿habría aceptado la oferta? Lo ignoramos, porque diez mil francos son muy seductores, sobre todo en determinadas situaciones. En cualquier caso, la tentación habría sido grande; y ¿quién sabe si al rechazo no lo hubiera seguido un arrepentimiento que atenuara el mérito? Notemos que, durante su plegaria, la médium ruega a Dios que le retire la facultad antes de permitir que ella se vea tentada a desviarla de su objetivo providencial. Pues bien, el ruego fue escuchado, porque la mediumnidad se le retiró en ese caso específico, a fin de alejarla del peligro de la tentación, así como de sus consecuencias negativas, que en primer lugar habrían recaído sobre ella misma, y también por el efecto perjudicial que todo eso habría causado.

Pero los médiums no solo deben resguardarse de la codicia. Como los hay en todos los niveles de la sociedad, la mayoría se mantiene lejos de esa tentación. No obstante, existe otro peligro aún más grande, porque todos los médiums están expuestos a él. Se trata del orgullo, que ha perdido a muchos de ellos. Contra ese escollo, las más bellas facultades se arruinan muy a menudo. El desinterés material no resulta beneficioso si no lo acompaña el más absoluto desinterés moral. Humildad, devoción, desinterés y abnegación, tales son las cualidades del médium amado por los Espíritus buenos.

* * *

Manifestaciones de Poitiers

Los hechos que hemos relatado en el último número de la *Revista*, y respecto de los cuales habíamos suspendido el juicio,

parecen encontrarse definitivamente incluidos en el ámbito de los fenómenos espíritas. Un examen atento de los pormenores impide que esos hechos se confundan con actos de malicia o con travesuras. Nos parece difícil que personas malintencionadas puedan escaparse de la vigilancia ejercida por la autoridad, y mucho menos obrar en el momento preciso en que son observadas, a la vista de quienes los buscan, los cuales sin duda no carecen de buena voluntad para descubrirlos.

Se realizaron exorcismos, pero algunos días después de que los ruidos cesaran, recomenzaron con otro carácter. Esto dice al respecto el *Journal de la Vienne*, en los números del 17 y el 18 de febrero:

"Como se recordará, en el mes de enero los Espíritus golpeadores realizaron su solemne aparición en Poitiers, para instalarse en la calle Saint-Paul, en la casa situada cerca de la antigua iglesia que lleva ese mismo nombre. Pero su estadía entre nosotros duró poco, y se supuso que todo había concluido, hasta que, antes de ayer, los ruidos que tanto habían inquietado a la población retornaron con una nueva intensidad.

"Así pues, los diablos negros volvieron a la casa de la señorita d'O…; salvo que ya no son Espíritus golpeadores, sino Espíritus tiradores, que intervienen produciendo detonaciones formidables. Celebraremos su fiesta el día de santa Bárbara, patrona de los artilleros. Siempre hay quienes se entretienen con estas cosas; vuelven las procesiones de los curiosos, y la policía interroga a todos los ecos para orientarse en medio de las tinieblas del otro mundo.

"No obstante, esperamos que esta vez se descubra a los autores de esas mistificaciones de mal gusto, y que la justicia sepa demostrar a los explotadores de la credulidad humana

que los mejores Espíritus no son los que hacen más ruido, sino los que saben callarse o decir tan solo lo necesario".

A. Piogeard

"Siempre volvemos a la calle Saint-Paul, aunque sin develar el *misterio infernal*.

"Cada vez que interrogamos a alguna persona que se pasea con aires de preocupación ante la casa de la señorita d'O…, invariablemente nos responde: 'Por mi parte, no escuché nada, pero alguien me dijo que las detonaciones eran muy fuertes'. Esto no deja de ser muy embarazoso para la solución del problema.

"Sin embargo, es cierto que los Espíritus poseen algunas piezas de artillería, de gran calibre incluso, porque los ruidos son bastante violentos, y dicen que se asemejan a los provocados por pequeñas bombas.

"Pero ¿de dónde vienen? Hasta ahora es imposible determinar su origen. No proceden del sótano, ya que un disparo de pistola no se escucharía en el primer piso.

"Así pues, habrá que esforzarse por identificarlos en las regiones superiores, a pesar del fracaso de todos los procedimientos recomendados por la ciencia o la experiencia para alcanzar ese resultado.

"¿Acaso deberíamos concluir que los Espíritus pueden desperdiciar impunemente su pólvora y alterar el descanso de los ciudadanos sin que se los atrape? Esta solución sería demasiado rigurosa. En efecto, a través de algunos procedimientos, o en virtud de determinados accidentes del terreno, es posible generar efectos que sorprenden a primera vista, pero que más

tarde llaman la atención porque no se comprende su mecanismo elemental. Las cosas más simples son siempre las que se escapan a la apreciación del hombre.

"Por consiguiente, hay fuertes razones para creer que, si en este momento esos tiradores del otro mundo tienen de su lado a los burlones, están lejos de ser inalcanzables. Los embaucadores pueden estar seguros de eso, pues ya llegará el turno de los embaucados".

A. Piogeard

El señor Piogeard parece debatirse especialmente en contra de la evidencia. Se diría que a pesar suyo una duda aflora en su mente, y que teme una solución contraria a sus ideas. En una palabra, nos da la impresión de que se trata de una de esas personas que, al recibir una mala noticia, exclaman: "¡No, no es posible! ¡No puede ser! ¡No lo creo!"; y cierran los ojos para no ver, a fin de que luego puedan afirmar que no vieron nada. En uno de los párrafos, parece que pone en duda incluso la existencia de los ruidos, porque, según él, todas las personas a las que interroga le dicen que no escucharon nada. Si nadie escuchó nada, no entendemos a qué se deben tantos rumores, pues en tal caso no habría Espíritus, como tampoco personas malintencionadas.

En un tercer artículo, sin firma, y que según el periódico debe ser el último, el autor por fin presenta la solución del problema. Si a los interesados no les parece concluyente, será culpa de ellos y no de él:

"Desde hace algún tiempo, con cada correo recibimos cartas, tanto de nuestros abonados como de personas ajenas a

esta jurisdicción, en las que nos solicitan informaciones más circunstanciadas acerca de las escenas cuyo teatro es la casa de la señorita d'O… Hemos dicho todo lo que sabemos. Repetimos en nuestro periódico todo lo que en Poitiers se cuenta al respecto. Dado que al parecer nuestras explicaciones no han sido completas, presentamos aquí, por última vez, nuestra respuesta a las preguntas que se nos han formulado:

"Es completamente cierto que cada tarde, desde las seis y hasta la medianoche, en la calle Saint-Paul, en la casa de la señorita d'O…, se escuchan ruidos *singulares*. Esos ruidos se asemejan a los producidos por las descargas sucesivas de una escopeta de dos cañones, y estremecen las puertas, las ventanas y los tabiques. No se perciben fogonazos ni humo, como tampoco se siente ningún olor. Los hechos han sido constatados por las personas más dignas de fe de nuestra ciudad, y registrados en actas de la policía y de la gendarmería, por requerimiento de la familia del señor conde d'O…

"En Poitiers existe una asociación de espiritistas. No obstante, a pesar de la opinión del señor D…, que nos escribe desde Marsella, a ninguno de nuestros conciudadanos, muy ingeniosos para eso, se le ocurrió que los espiritistas tuvieran algo que ver con la *aparición de los fenómenos*. El señor H…, de Orange, los atribuye a causas físicas, a gases que se desprenden de un antiguo cementerio sobre el cual se habría construido la casa de la familia d'O… Pero esa casa está construida sobre la roca, y no existe ningún subterráneo que conduzca a ella.

"Por nuestra parte, pensamos que los hechos extraños y aún inexplicables, que desde hace más de un mes perturban el descanso de una familia honorable, no quedarán para siempre en estado de misterio. Creemos que se trata de una superche-

ría muy hábil, y esperamos que muy pronto los espectros de la calle Saint-Paul acaben en la policía correccional".

* * *

La joven obsesa de Marmande

(Continuación.)

En el número anterior de la *Revista* (página 46), habíamos referido la notable curación –que los espíritas de Marmande obtuvieron mediante la plegaria– de una jovencita obsesa de esa ciudad. Una carta posterior confirmó el resultado de dicha curación, que actualmente es completa. El rostro de la niña, desfigurado por ocho meses de suplicio, ha recuperado su lozanía, grosor y serenidad.

Sea cual fuere su opinión, así como la idea que se forme acerca del espiritismo, toda persona animada de un sincero amor al prójimo no ha podido dejar de alegrarse al ver que esa familia recuperó la tranquilidad, y que el júbilo reemplazó a la aflicción. Es lamentable que el señor cura de la parroquia no haya considerado que debía asociarse a ese sentimiento, y que esa circunstancia le inspirara el texto poco evangélico de uno de sus sermones. Por el lugar donde las dijo, sus palabras son de público conocimiento. Si se hubiera limitado a realizar una crítica leal de la doctrina espírita desde su punto de vista, no lo habríamos mencionado, pero es nuestra obligación refutar los ataques que ha dirigido contra las personas más respetables, al tratarlas de saltimbanquis con motivo de dicha curación.

"De tal modo –dijo–, el primer *limpiabotas* que aparezca ¿podrá, si es médium, evocar a algún miembro de una familia honorable, toda vez que nadie en esa familia pueda hacerlo? No creáis en esas tonterías, hermanos míos. Son artimañas, estupideces. De hecho, ¿a quiénes veis en esas reuniones? Hay carpinteros, artesanos, carreteros, y qué sé yo cuántos más… Algunas personas me preguntaron si yo había intervenido en la curación de la niña. 'No –les respondí–; no tuve nada que ver con eso; no soy médico'."

Dijo a los padres de la niña: "En eso no veo más que una afección orgánica, competencia de la medicina". Y agregó que, si hubiera considerado que las plegarias podían operar algún alivio, las habría formulado desde el primer momento.

Si el señor cura no cree en la eficacia de las plegarias en estos casos, hizo bien en no formularlas. De ahí se sigue que, si los padres de la niña le hubieran solicitado que dijera misas para curarla, como hombre concienzudo que es, habría rechazado el pago, porque en caso de aceptar habría cobrado por algo que consideraba inútil. Los espíritas creen en la eficacia de las plegarias para curar las enfermedades y las obsesiones. Ellos oraron, curaron, y no pidieron nada a cambio. Más aún, si los padres hubieran pasado necesidad, los habrían ayudado. El señor cura dice que son "charlatanes y embusteros". Ahora bien, ¿cuándo se ha visto que un charlatán ejerza su oficio gratis? ¿Pidieron a la enferma que lleve amuletos? ¿Ejecutaron signos cabalísticos? ¿Pronunciaron palabras sacramentales a las que atribuyeron una virtud eficaz? No, porque el espiritismo condena las prácticas supersticiosas. Ellos oraron con fervor, en comunión de pensamientos. ¿Acaso esas plegarias constituían artimañas? Aparentemente no; pues si tuvieron éxito, es porque fueron escuchadas.

El señor cura está en su derecho de considerar que el espiritismo y las evocaciones son tonterías y estupideces, si esa es su opinión, y nadie puede decirle nada. Pero cuando, para denigrar las reuniones espíritas, afirma que en ellas solo ve carpinteros, artesanos, carreteros, etc., ¿no está presentando esos oficios como degradantes; y a las personas que los ejercen, como envilecidas? ¿Acaso os olvidasteis, señor cura, de que Jesús era carpintero, y de que sus apóstoles eran pobres artesanos o pescadores? ¿Es evangélico despreciar desde lo alto del púlpito a la clase de los trabajadores a quienes Jesús quiso honrar naciendo entre ellos? ¿Habéis comprendido el alcance de vuestras palabras cuando dijisteis: "El primer limpiabotas que aparezca podrá evocar a algún miembro de una familia honorable"? ¿Despreciáis, entonces, a ese pobre limpiabotas que lustra vuestros zapatos? ¡Cómo! ¿Acaso porque su posición es humilde, no lo consideráis digno de evocar el alma de un noble? ¿Tenéis miedo de que esa alma se ensucie cuando, rogando por ella, se eleven hacia el cielo unas manos ennegrecidas por el trabajo? ¿Suponéis que Dios hace distinción entre el alma del rico y la del pobre? ¿No fue Jesús quien dijo: "Amad a vuestro prójimo como a vosotros mismos"? Ahora bien, amar al prójimo como a uno mismo implica no hacer ninguna distinción entre uno mismo y el prójimo. Se trata de la consagración del principio según el cual todos los hombres son hermanos, porque son hijos de Dios. ¿Será que Dios recibe con mayor distinción al alma del grande que a la del pequeño, al alma del hombre a quien brindáis vuestro pomposo servicio, pagado con creces, que a la del desdichado a quien tan solo dedicáis la más ínfima de las plegarias? Habláis desde el punto de vista exclusivamente mundano, y os olvidáis de que Jesús dijo: "Mi reino no es de este mundo. En ese reino,

las distinciones de la Tierra no existen. En ese reino, los últimos serán los primeros, y los primeros serán los últimos". Cuando Jesús dijo: "Hay muchas moradas en la casa de mi Padre", ¿significaban esas palabras que hay una morada para el rico, y otra para el proletario? ¿Una para el señor, y otra para el servidor? No, sino que hay una para el humilde, y otra para el orgulloso; porque dijo: "El que quiera ser el primero en el Cielo, sea el servidor de sus hermanos en la Tierra". Entonces, ¿serán aquellos, a los que os agrada llamar profanos, los que deban recordaros el Evangelio?

Señor cura, sean cuales fueren las circunstancias, vuestras palabras serían poco caritativas, y sobre todo en el templo del Señor, donde solo deberían predicarse palabras de paz y de unión entre todos los miembros de la gran familia. En el estado actual de la sociedad, esas palabras son una torpeza, porque siembran el fermento del antagonismo. Podría comprenderse que hubierais empleado semejante lenguaje en una época en la que los siervos, acostumbrados a sufrir bajo el yugo, se consideraban a sí mismos una raza inferior, porque eso se les había inculcado; pero constituye un anacronismo en la Francia de hoy, en la que todo hombre honesto tiene derecho a levantar la cabeza, sea plebeyo o patricio.

Es probable que en vuestro auditorio hubiera carpinteros, artesanos, carreteros y limpiabotas, de modo que ese discurso seguramente les afectó. En cuanto a los espíritas, sabemos que ellos rogaron a Dios que perdone al orador sus imprudentes palabras, como ellos mismos han perdonado al que les dijo: *¡Racca!* Tal es el consejo que damos a todos nuestros hermanos.

* * *

Extracto de la pastoral del obispo de Estrasburgo

Citaremos pura y exclusivamente los párrafos de esa pastoral que aluden al espiritismo, sin agregar comentarios ni reflexiones. Dado que Monseñor emite su opinión desde el punto de vista teológico, tiene derecho a hacerlo; y puesto que solo aborda el asunto sin referirse a personas, nadie puede decirle nada. Restaría discutir su teoría, pero como eso se ha hecho tantas veces, sería superfluo reiterarlo, más aún porque no encontramos en ella ningún argumento nuevo. La sometemos al análisis de nuestros lectores, para que todos puedan conocerla y sacarle provecho como mejor les parezca.

"El demonio se esconde detrás de todas las formas posibles, a fin de eternizar su conspiración contra Dios y los hombres, y continuar su obra de seducción. En el Paraíso, se disfrazó de serpiente; y si es necesario, o si eso puede contribuir a la realización de sus proyectos, se transforma en ángel de luz, conforme lo demuestran mil ejemplos consignados en la historia.

"En una época más reciente, el demonio incluso retiró del arsenal del Infierno armas gastadas y cubiertas de herrumbre, de las que se había valido en los tiempos más remotos, pero especialmente en los siglos II y III, para combatir al cristianismo. Las mesas giratorias, los Espíritus golpeadores, las evocaciones, etc., son otros tantos artificios, y Dios los permite para castigar a los hombres impíos, curiosos y frívolos. Si los genios malos, conforme lo aseguran las sagradas Escrituras, llenan el aire, y si se unen a los hombres en sus cuerpos y en sus almas (véase el libro de Job y tantos otros pasajes de la Escritura); si pueden hacer que hable un palo, una piedra, una serpiente, cabras, una burra;

si, junto al lago de Genesaret, pidieron y recibieron permiso para entrar en animales inmundos, entonces también pueden hablar a través de las mesas, escribir con las patas de una mesa o de una silla, adoptar el lenguaje y emitir la voz de los muertos o de los ausentes, contar cosas que ignoramos o que nos parecen imposibles, pero que en su calidad de Espíritus pueden ver y oír. Sin embargo, ¡desdichados los hombres insensatos, ociosos, imprudentes y criminales indiscretos, que busquen un pasatiempo en artimañas diabólicas, que no teman recurrir a medios supersticiosos y prohibidos para lograr el conocimiento del porvenir y de otros misterios que el demonio ignora o apenas conoce imperfectamente! Quien ame el peligro, perecerá en el peligro; quien juegue con las serpientes venenosas, no escapará de su résped mortífera; quien se precipite en las llamas, será reducido a cenizas; quien busque la compañía de mentirosos y bribones, se convertirá necesariamente en su víctima. Se trata de un comercio con los ángeles malos, al cual los profetas del Antiguo Testamento dan un nombre que no se lleva de buen grado a un púlpito cristiano. Cuando esas evocaciones tienen lugar, el Espíritu maligno podrá decir al principio alguna que otra verdad, y hablar conforme a los deseos de los curiosos, para ganarse su confianza. Pero las personas impacientes por penetrarse de misterios son seducidas, deslumbradas, y entonces se aproxima a sus labios la copa envenenada. Son saciadas con toda clase de mentiras e impiedades; se las despoja de los principios cristianos y de los sentimientos piadosos. ¡Bienaventurado el que descubre a tiempo que ha caído en manos diabólicas y que puede, con el auxilio de Dios, repeler los lazos con que iba a ser arrastrado…!"

Mientras nuestros antagonistas permanecen en el terreno de la discusión teológica, invitamos, a nuestros hermanos que

tengan a bien escuchar nuestra advertencia, a que se abstengan de recriminarlos, porque la libertad de opinión debe ser para ellos tanto como para nosotros. El espiritismo no se impone; se acepta. Presenta sus razones, y no le parece mal que algunos las combatan, siempre que lo hagan con armas leales, a la vez que se remite al pronunciamiento del buen sentido público. Si se apoya en la verdad, triunfará a pesar de todo. Si sus argumentos son falsos, la violencia no los tornará mejores. El espiritismo no pretende que se le crea bajo su palabra, sino mediante el libre examen. Su propaganda se realiza diciendo: "Ved el pro y el contra; considerad lo que mejor satisfaga a vuestro juicio, lo que responda mejor a vuestras expectativas y aspiraciones, lo que más llegue a vuestro corazón; y decidid con conocimiento de causa".

Al momento de censurar en nuestros adversarios la inconveniencia de sus palabras y de sus alusiones personales, los espíritas no deben incurrir en lo mismo que reprueban. Su fuerza radica en la moderación, de modo que los exhortamos a no apartarse de ella. En nombre de los principios del espiritismo, y en interés de la causa, rechazamos toda solidaridad para con cualquier polémica agresiva e inadecuada, sea cual fuere su procedencia.

Aparte de algunas acciones lamentables, como las del señor cura de Marmande, podríamos citar una buena cantidad cuyo carácter es completamente distinto, si no fuera porque tememos disgustar a sus autores, razón por la cual lo haremos con la mayor reserva.

Una señora a la que conocimos personalmente, buena médium, espírita ferviente, al igual que su marido, seis meses atrás se hallaba próxima a la muerte. Extraía de su creencia y su fe en el porvenir una consoladora resignación ante ese momento

supremo, al que veía aproximarse sin temerle. A pedido suyo, el cura de la parroquia, un respetable anciano, acudió a suministrarle la extremaunción. Ella le dijo: "Vos sabéis que somos espíritas. No obstante, ¿me daríais ese sacramento de la Iglesia?". El buen cura le respondió: "¿Por qué no? Si esa creencia os consuela y hace que ambos sean piadosos y caritativos, no veo nada malo en ella. Conozco *El libro de los Espíritus*. No os diré que me convenció en la totalidad de sus puntos, pero contiene la moral que todo cristiano debe seguir, y no os censuro por leerlo. Apenas os advierto que, si bien existen los Espíritus buenos, también los hay malos. Debéis protegeros de estos, razón por la cual es necesario que os ocupéis de distinguirlos. Por otra parte, hija mía, notad que la verdadera religión consiste en la plegaria del corazón y en la práctica de las buenas obras. Tenéis fe en Dios, oráis con fervor, asistís a vuestro prójimo tanto como podéis, de modo que puedo daros la absolución".

* * *

Una reina médium

No habríamos tomado la iniciativa de publicar la siguiente noticia, aunque tampoco vemos motivo alguno para no hacerlo, dado que fue reproducida en varios periódicos, como *L'Opinion nationale* y *Le Siècle* del 22 de febrero de 1864, según el *Bulletin diplomatique*.

"Una carta remitida por una persona bien informada revela que, recientemente, en un consejo privado en el que se discutía acerca de la cuestión danesa, la Reina (Victoria) declaró

que no tomaría ninguna decisión sin antes consultar al *príncipe Alberto*. En efecto, se retiró a su gabinete durante algún tiempo, y a su regreso dijo que el Príncipe se pronunciaba en contra de la guerra. Este hecho y *otros semejantes* han trascendido y dieron lugar a la idea de que sería oportuno establecer una regencia."

Teníamos razón cuando escribimos que el espiritismo tiene adeptos hasta en las gradas de los tronos. Habríamos podido decir: hasta en los tronos. Pero se ve que los propios soberanos no se escapan a la calificación aplicada a los que creen en las comunicaciones de ultratumba. Los espíritas, a los que se trata de locos, deben hallar consuelo en tan buena compañía. ¡Así pues, el contagio debe de estar muy extendido, puesto que ha llegado tan alto! Conocemos un buen número de príncipes extranjeros que sufren esa supuesta debilidad, dado que forman parte de la Sociedad espírita de París. ¿Cómo se pretende que la idea no penetre en la sociedad entera, si parte de todos los grados de la escala?

De acuerdo con esto, el señor cura de Marmande puede ver que no solo existen médiums entre los limpiabotas.

El *Journal de Poitiers*, que refiere el mismo hecho, lo acompaña con esta reflexión:

"Caer de semejante modo en el dominio de los Espíritus, ¿no implica abandonar el de las realidades, que son las únicas con derecho a conducir el mundo?"

Por nuestra parte, coincidimos hasta cierto punto con este periódico, aunque desde otro punto de vista. En él se sostiene que los Espíritus no son realidades, pues algunas personas consideran que las únicas realidades son las que se ven y se tocan. Ahora bien, en tal caso, Dios no sería una realidad.

No obstante, ¿quién se atrevería a decir que Él no conduce el mundo, y que no existen acontecimientos providenciales para lograr un resultado determinado? Pues bien, los Espíritus son los instrumentos de la voluntad de Dios. Ellos inspiran a los hombres, los incitan –sin que estos lo sepan– a hacer determinadas cosas, a obrar en un sentido más que en otro, tanto en las grandes resoluciones como en las circunstancias de la vida privada. Así pues, en este punto, no compartimos la opinión del periódico.

Si los Espíritus inspiran al hombre de una manera oculta, lo hacen para que este conserve el libre albedrío y la responsabilidad de sus actos. Si un hombre recibe la inspiración de un Espíritu malo, puede estar *seguro* de que al mismo tiempo recibe la de un Espíritu bueno, porque Dios nunca deja al hombre sin defensas contra las sugerencias perjudiciales; al hombre le compete deliberar y decidir según su conciencia.

En las comunicaciones ostensibles por vía mediúmnica, el hombre tampoco debe sacrificar su libre albedrío. Sería un error que adaptara ciegamente y sin previo análisis todos sus pasos y enfoques al criterio de los Espíritus, porque algunos todavía conservan las ideas y los prejuicios de la vida. Solo los Espíritus muy superiores se hallan libres de esa influencia. Los Espíritus brindan su criterio, su opinión; y en caso de duda, se puede discutir con ellos como se lo haría si estuvieran vivos. Entonces, se pesa la fuerza de sus argumentos. Los Espíritus realmente buenos nunca se oponen a eso. Los que rechazan cualquier tipo de análisis, a la vez que prescriben una sumisión absoluta, demuestran que confían poco en la eficacia de sus razones para convencer, de modo que se los debe considerar sospechosos.

En principio, los Espíritus no acuden para llevarnos de la mano; el objetivo de sus instrucciones radica en que seamos mejores, en brindarles la fe a quienes no la tienen, y *no en ahorrarnos el esfuerzo de pensar por nuestros propios medios*.

Esto es lo que no saben las personas que critican las relaciones de ultratumba. Las consideran absurdas, a partir de la idea que se forman de ellas, y no de la realidad, que no conocen. Tampoco hay que juzgar las manifestaciones por el abuso o las falsas aplicaciones que algunas personas puedan hacer de ellas, como tampoco sería racional juzgar la religión por los malos sacerdotes. Ahora bien, para saber si la aplicación de una cosa es buena o mala, hay que conocerla, no superficialmente sino a fondo. Si se pretende ir a un concierto para saber si la música es buena y si los músicos la ejecutan bien, primero hay que saber música.

Estas consideraciones pueden servir de base para apreciar el hecho en cuestión. ¿Acaso habrían censurado a la Reina si ella hubiera dicho: "Señores, el asunto es grave; permitid que me recoja un momento para rogar a Dios que me inspire la decisión que habré de tomar"? El Príncipe no es Dios, por cierto; pero como la Reina es piadosa, es probable que haya rogado a Dios que inspirara la respuesta del Príncipe, lo que es lo mismo. Ella lo hace intervenir como intermediario, en razón del afecto que le profesa.

Las cosas también habrían podido ocurrir de otro modo. Si en vida del Príncipe, la Reina tenía la costumbre de no tomar ninguna decisión sin consultarlo, entonces, con el Príncipe muerto, ella le pide opinión como si estuviera vivo, y no *porque es un Espíritu*, dado que para ella no está muerto. Él está siempre a su lado, es su guía, su consejero oficial. Entre ambos apenas hay un cuerpo menos. Si el Príncipe viviera,

ella habría hecho lo mismo. Por lo tanto, no hay cambio alguno en su manera de actuar.

Ahora bien, la política del Príncipe-Espíritu, ¿es buena o mala? No nos compete juzgarla. Lo que debemos refutar es la opinión de aquellos a quienes les resulta extraño, pueril, e incluso estúpido, el hecho de que una persona sensata crea en la realidad de alguien que ya no tiene cuerpo, tan solo porque les complace pensar que ellos mismos dejarán de existir cuando estén muertos. Según ellos, la Reina no actuó con más sensatez que si hubiera dicho: "Señores, voy a consultar las cartas, o a un astrólogo".

Si bien este hecho no arroja mayores consecuencias para la política, no ocurre lo mismo desde el punto de vista espírita, debido a la repercusión que generó. No cabe duda de que la Reina habría podido omitir que el motivo de su ausencia era consultar al Príncipe. Decirlo en una circunstancia tan solemne, significaba de algún modo hacer pública su creencia en los Espíritus y en sus manifestaciones, a la vez que reconocerse médium. Ahora bien, cuando un ejemplo como ese proviene de una cabeza coronada, bien puede alentar a que den su opinión los que se encuentran en posiciones menos elevadas.

No podemos más que admirar la fecundidad de los medios empleados por los Espíritus para obligar a los incrédulos a que hablen de espiritismo y hagan que la idea penetre en todos los niveles de la sociedad. En esta circunstancia, se han visto obligados a criticar con cuidado.

* * *

Esquela espírita

Hemos recibido de El Havre una esquela mortuoria con esta oración:

"Rogamos a Dios omnipotente y misericordioso, así como a los *Espíritus buenos*, que tengan a bien acogerlo favorablemente".

La carta contenía esta advertencia: "Con los sacramentos de la Iglesia".

Es la primera vez –al menos hasta donde sabemos– que una profesión de fe de esta clase se realiza en tales circunstancias. Debemos agradecer a la familia por el buen ejemplo que acaba de brindar. En general, pocas personas, excepto los familiares más allegados, toman en cuenta estas invitaciones a orar por el difunto. Estamos persuadidos de que todos los espíritas, incluso ajenos a la familia, que recibieron esta esquela, se han visto en la obligación de cumplir con la voluntad expresada en ella. La plegaria no es para los espíritas una fórmula banal, pues conocen la influencia que, en el momento de la muerte, ejerce sobre el desprendimiento del alma.

* * *

El señor Home en Roma

(conclusión)

La orden que las autoridades pontificias impartieron al señor Home, para que abandonara Roma en tres días, en principio había sido revocada, conforme lo señalamos en el último número de la *Revista*. Con todo, el miedo no se puede contro-

lar, de modo que cambiaron de idea y el permiso de estadía se canceló definitivamente, por lo que el señor Home debió partir de inmediato bajo la acusación de hechicería. Vale señalar que el fenómeno de los golpes y de la mesa giratoria ocurrido durante el interrogatorio, y que nosotros referimos de manera dubitativa porque no teníamos la certeza de su autenticidad, ocurrió realmente. Ese debió de ser un motivo más para pensar que el señor Home llevaba consigo al diablo, que al parecer nunca había entrado en Roma. De tal modo, el gobierno romano quedó debidamente convencido de que trataba con un hechicero; pero no con uno de esos hechiceros de broma, sino con un auténtico hechicero, pues de lo contrario no se lo habrían tomado tan en serio. Por nuestra parte, leímos el extenso interrogatorio, y el tipo de preguntas al que el señor Home fue sometido nos retrotrajo involuntariamente a los tiempos de Juana de Arco. Solo faltó la conclusión propia de aquella época para esta clase de acusaciones. Los periódicos satíricos se asombran de que en pleno siglo XIX se continúe creyendo en los hechiceros. Ocurre que algunas personas duermen el sueño de Epiménides desde hace cuatro siglos. El pueblo, además, ¿cómo no habría de creer en ellos, toda vez que su existencia es confirmada por la autoridad que mejor los conoce y que ha mandado quemar a tantos? Hace falta ser escéptico como un periodista para no rendirse ante una prueba tan evidente. Lo que más sorprende es que se pretenda revivir a los hechiceros en los espíritas, que son quienes han venido a demostrar, con las pruebas en la mano, que no existen los hechiceros ni nada maravilloso, sino tan solo leyes naturales.

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

Jacquard y Vaucanson

Nota. Nuestro colega, el señor Leymarie, uno de estos días fue llevado por una fuerza involuntaria a levantarse más temprano que de costumbre, sintió el impulso de escribir, y obtuvo la siguiente disertación espontánea:

Una generación de obreros maldijo mi nombre. ¿Tenían razón o estaban equivocados? ¡Ah! El futuro habría de responder.

Yo tenía una idea fija: perfeccionar, pero sobre todo economizar, suprimiendo algunas manos. Quería simplificar el telar de Vaucanson, que tomaba al niño desde pequeño para convertirlo en ese paria singular, pálido, enfermizo, extrañado y con lenguaje burlesco, que formaba una población aparte de mi ciudad natal.

Mi espíritu vivía en una tensión constante. Me dormía para encontrar, al despertarme, un nuevo plan. En vez de imágenes y sentimientos, mi mente era un engranaje, un cilindro, resortes, poleas, palancas. En mis sueños veía aparecerse a mi ángel de la guarda, que ponía en movimiento mis inspiraciones, las obras de las manos del hombre. Con razón se dijo: "Los mecánicos son los poetas de la materia". Las máquinas más bellas salieron terminadas del cerebro de un obrero. Las nociones de mecánica que no posee, las crea de nuevo; la paciencia y la imaginación son sus únicos recursos. Se trata, en verdad, de una inspiración de los Espíritus buenos, despreciada por las academias o científicos de profesión. Pero no es menos cierto que, si bien Arquímedes y Vaucanson son los genios de la mecánica –los Virgilios, si preferís–, no son sino

esa paciencia, junto con una viva imaginación, las que crearon todos los descubrimientos que honran a la humanidad. ¿Y eso a través de quiénes? De monjes, alfareros, cardadores, pastores, marineros, un obrero de la seda, un herrero ignorante.

Humilde obrero, yo no era un genio. Sin embargo, como tantos otros, era un predestinado que había sido llamado a simplificar un telar que dislocaba los miembros y abreviaba la vida de miles de niños. Suprimí un suplicio físico. Al servir a la industria, serví al género humano.

Debemos admirar a la Providencia, que se vale de un pobre Jacquard para transformar un telar que alimenta a miles, ¡qué digo!, a millones de hombres en la Tierra. Y es un insecto, cuya tumba asalaria, transforma y alimenta las dos quintas partes del globo. ¿No es Dios un mecánico maravilloso? Ha creado el gusano de seda, ese ingenioso artista en el que se debe encontrar el más vasto problema de la economía política. ¡Qué enseñanza para los orgullosos y los indiferentes!

¡La cuestión de las máquinas! ¡Terrible cuestión! Cada invento les quita la herramienta y el pan a poblaciones enteras. El inventor es un enemigo cercano y un benefactor distante. Decuplica el poder del arte y de la industria; multiplica el trabajo en el futuro; es bueno para la humanidad; pero ¿acaso no es también la causa de un mal presente? El primer inventor de la máquina de hilar destruyó los recursos de muchas personas. ¿Quién hilaba la materia prima, sino la madre de familia, la pastora, las ancianas? Por mínimo que fuera su salario, al menos las vestía, les permitía vivir mal que bien.

Semejantes a los inventores de verdades religiosas, políticas o morales, los inventores de máquinas revolucionan la materia. Precursores del porvenir, se abren camino violentamente en medio de los intereses, pisoteando el pasado. Así,

mientras aguardan su recompensa lejana, son maldecidos por sus conciudadanos.

¡Pobre humanidad! Eres estúpida si te detienes, cruel si avanzas. No debes, conforme a Dios, mantenerte estacionaria, si no quieres perpetuar el mal; sin embargo, para realizar el bien, eres revolucionaria a pesar de todo.

Por eso, en esta época de transición, Dios os dice: "Sed espíritas, es decir, profundamente imbuidos de la iniciativa moral y desinteresada; es decir, dispuestos a todos los sacrificios, a fin de que vuestra existencia se realice".

Como el gusano de seda, me arrastré penosamente, sostenido por los Espíritus buenos. Como él, hilé mi prisión, y di todo lo que tenía. Como a él, mis contemporáneos me despreciaron. Pero también como él, el Espíritu renace de sus cenizas para vivir realmente y admirar a ese mecánico de los mundos, a ese Dios de luz y de bondad que ha querido enseñar a mi ciudad natal ese Espíritu de verdad que la vivifica y la consuela.

Jacquard

Luego de leer esta comunicación en la Sociedad de París, en la sesión del 12 de febrero de 1864, se evocó al Espíritu de Jacquard, a quien se le formularon las siguientes preguntas.

(Sociedad Espírita de París, 12 de febrero de 1864.
Médium: señor Leymarie.)

Pregunta. No cabe duda de que ya deberíais haberos comunicado en Lyón, y sin embargo no recuerdo haber visto comunicaciones vuestras. ¿Cómo se explica que hayáis venido

a París para brindarnos a través del señor Leymarie la disertación que acabamos de leer, en vez de hacerlo en alguno de los centros espíritas de Lyón? ¿A qué se debe que el señor Leymarie haya sido forzado, de algún modo, a levantarse de madrugada para escribir esa comunicación? Por último, ¿qué pensáis acerca del espiritismo en Lyón?

Respuesta. Es lógico que me comunicara en París tanto como en mi ciudad natal, porque los familiares del médium son lioneses, y yo conocí personalmente a su abuelo, quien me brindó un servicio importante en una circunstancia particular. Además, este médium me fue señalado por el Espíritu de su abuelo, quien en el mundo de los Espíritus lleva a cabo una misión idéntica a la mía. Y como esa misión me deja un poco de tiempo libre, consideré que podía acortar el sueño del médium que, como la de tantos otros, se entrega a la causa que sirve.

También deseaba que mis compatriotas recibieran noticias mías a través de la *Revista Espírita*. Dado que siempre estoy junto a ellos, compartiendo sus alegrías y sus penas, no dejo de decirles: "Amaos y estimaos". Yo quisiera, uniendo mi voz a otras voces más influyentes que la mía, comprometerlos, en esta época de desempleo y de penas, a que se preparen ante las eventualidades, contra el enemigo.

A través de Lyón, podéis comprender lo que puede el espiritismo interpretado con buen sentido. ¿En qué se convirtieron las violencias del pasado, esas recriminaciones injustas, esos levantamientos que ensangrentaron la colmena lionesa? Y esos cabarés, otrora testigos de escenas licenciosas, ¿por qué hoy se vacían? Ocurre que la familia ha retomado sus derechos en todas partes donde penetró el espiritismo, en todas partes donde su influencia benéfica se hizo sentir, y en todas partes donde los obreros espíritas recuperaron la esperanza, el

orden, el trabajo inteligente, el deseo de hacer las cosas bien, la voluntad de progresar.

En mi época, fue mi invento el que, al hacer que el tejedor dejara de ser esclavo de la máquina, pudo regenerar el mundo de los trabajadores. Y el espiritismo, por su parte, es el que transforma el espíritu de esta población, al brindarle la verdadera iniciación a la vida. Se trata de una legión de Espíritus buenos que acuden a abrir los ojos a la inteligencia, al amor, de corazones hasta entonces pervertidos.

En la actualidad, el espiritismo ingresa en una nueva etapa, porque es la época de las aspiraciones generosas. La burguesía, sumisa aún al alto clero, se mantiene como espectadora del combate pacífico que la idea nueva libra contra el *non possumus* del pasado; y todos aguardan a que termine la batalla, para colocarse del lado de los vencedores.

Así, queridos compatriotas, escuchad y seguid los consejos de Allan Kardec, pues son los de vuestros Espíritus protectores. A través de ellos, alejaréis el peligro de las colisiones e incluso de las coaliciones. Cuanto más humildes y serios seáis, más fuertes seréis. Los arrogantes rendirán su bandera ante la verdad que los cegará; y entonces tendrá lugar la transformación espiritual de esa gran ciudad que todos amamos y que es amada particularmente por la Sociedad espírita de París, por su fe en el porvenir y las buenas esperanzas que ha sabido realizar.

Jacquard

En esa misma sesión, y mientras Jacquard escribía la comunicación que se acaba de leer, otro médium, el señor d'Ambel, obtenía una sobre el mismo tema, firmada por el Espíritu de Vaucanson:

Objetivo final del hombre en la Tierra

Antaño los hombres eran uncidos al yugo; eran sacrificados a trabajos descomunales, y la construcción de las murallas de Babilonia –en la que muchos carros avanzaban juntos–, la edificación de las Pirámides y la instalación de las Esfinges, costaron más que diez sangrientas batallas. Más tarde, los animales fueron esclavizados junto con los hombres, y en la joven Lutecia se vieron bueyes tirando del carro en el que descansaban cómodamente los reyes holgazanes de la segunda raza.

Este preámbulo tiene por objeto mostrar a los que nos escuchan, que todas las preguntas formuladas en este centro, con el que los Espíritus simpatizan, tienen una respuesta por parte de alguno de nosotros. El querido Jacquard, esa gloria del telar, ese artesano ingenioso que cayó como un valiente soldado en el campo del honor del trabajo, ha tratado un aspecto de las cuestiones económicas que se vinculan con la labor humanitaria. Me cuestionó un poco; al referirse a las modificaciones que yo mismo introduje en el arte del tejedor, me convocó, por decirlo de algún modo, a formar parte de este concierto espiritual. Por eso, al descubrir entre vosotros un médium nacido, como yo, en la vieja ciudad de los alóbroges, esa reina del Grésivaudan, me apodero de él con el permiso de sus guías habituales, y acudo a completar por una parte la exposición que mi ilustre amigo de Lyón os ha brindado a través de otro médium.

En su disertación, muy notable por cierto, también expresa algunas quejas que permiten descubrir, debajo del inventor, al obrero celoso de su medio de subsistencia y temeroso del desempleo homicida. Se percibe que el padre de familia se horroriza ante la suspensión del trabajo del que depende la vida de los suyos. Se adivina al ciudadano que se estremece

ante el desastre que puede afectar a la mayoría de sus compatriotas. No cabe duda de que ese sentimiento es de los más honorables, pero denota un punto de vista un tanto estrecho. Por mi parte, acudo a tratar el mismo asunto que Jacquard, si bien no tan extensamente como él, al menos desde un punto de vista más general. Con todo, debo reconocer, para rendirle un merecido homenaje, que la generosa conclusión de la comunicación de mi amigo rescata ampliamente el aspecto defectuoso que yo señalo.

El hombre no ha sido hecho para convertirse en un obtuso instrumento de producción: por sus aptitudes y su lugar en la Creación, por su destino, ha sido llamado a cumplir una función diferente a la de las máquinas, un rol distinto al del caballo de carrusel. Dentro de los límites establecidos por su estado de adelanto, debe llegar a producir intelectualmente cada vez más, hasta emanciparse de ese estado de servilismo y de engranaje obtuso al que durante tantas generaciones fue sometido. El obrero ha sido llamado a convertirse en ingeniero, y a ver que sus brazos laboriosos son reemplazados por máquinas más activas, más incansables y precisas que él. El artesano debe convertirse en artista, y conducir el trabajo mecánico con el esfuerzo de su pensamiento, y ya no de sus brazos. Ahí radica la prueba irrefutable de esa ley tan amplia del progreso que rige todas las humanidades.

Ahora que se os permite vislumbrar, con la mirada puesta en la vida futura, la verdad de los destinos humanos; ahora que estáis persuadidos de que esta existencia no es más que uno de los eslabones de vuestra vida inmortal, yo puedo exclamar: ¡Qué importa que cien mil individuos sucumban cuando una máquina sea descubierta para hacer el trabajo de esos cien mil individuos! Para el filósofo, que se eleva más allá de los

prejuicios y de los intereses terrenales, ese hecho demuestra sin rodeos que el hombre ya no estaba en su camino cuando se consagraba a ese trabajo condenado por la Providencia. En efecto, a partir de ahora, el hombre debe hacer que el rastrillo y el arado fecundantes pasen por el campo de su inteligencia, pues solo a través de esta podrá y deberá llegar a ser mejor.

Os ruego que no atribuyáis a mis palabras un sentido demasiado revolucionario. ¡No! Dadles el sentido amplio y superior que implica una enseñanza espírita dirigida a inteligencias ya adelantadas y dispuestas a comprender el alcance de nuestras instrucciones. Es obvio que si de un día para el otro el artesano abandonara el oficio que le permite vivir, con el pretexto de que en un momento determinado será reemplazado por un mecanismo o cualquier otro invento, es obvio que seguiría un camino fatal y contrario a las lecciones que el espiritismo ha impartido.

Pero nuestras reflexiones no tienen más que un objetivo: demostrar que nadie debe levantar la voz en contra de un progreso que sustituye brazos humanos por los resortes y los engranajes de una máquina. Además, vale agregar que la humanidad ha pagado un alto precio por la miseria, y que, como la instrucción penetra cada vez más en todas las clases sociales, cada individuo se torna cada vez más apto para las funciones tan inteligentemente denominadas liberales.

Es difícil para un Espíritu que se comunica por primera vez a través de un médium expresar claramente su pensamiento. Así pues, disculparéis mi deshilvanada comunicación, cuya conclusión os presento en dos palabras: el hombre es un agente espiritual que debe llegar en un periodo no lejano a doblegar, a su servicio y para todas las operaciones materiales,

la propia materia, aplicando como único motor la inteligencia que se expande en los cerebros humanos.

Vaucanson

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

Annali dello Spiritismo in Italia

(*Anales del espiritismo en Italia*)

Con este título, la Sociedad espírita de Turín ha comenzado una publicación mensual, de la que hemos recibido los dos primeros números. El objetivo eminentemente serio que esta Sociedad se propone, así como el talento y las luces de los miembros que la integran, nos permiten augurar la buena dirección que se le imprimirá a este nuevo órgano de la doctrina. Gracias a él, y en razón de lo que se ha escrito en la lengua nacional, el espiritismo se abrirá camino en Italia, donde ya encuentra numerosos simpatizantes. La Sociedad y su periódico han enarbolado abiertamente la bandera de la Sociedad de París. Los siguientes pasajes, traducidos del primer número, constituyen una especie de profesión de fe, que refleja adecuadamente el espíritu que impera en la redacción.

"(…) Por lo tanto, quien desee dedicarse al estudio del espiritismo, deberá comenzar, antes de intentar las experiencias, por leer las obras que tratan acerca de esa materia, y estudiarlas atentamente, para no hacer como el viajero que, al atravesar una región desconocida sin guía ni consejos, corre el riesgo de perderse a cada paso. Además, dado que otros ya han allanado el camino, la razón requiere esclarecerse mediante

esos estudios, a fin de que se aprenda a distinguir entre los Espíritus buenos y los malos, se sepa de qué modo proceder para librarse de estos últimos, y no ser víctima de sus engaños ni de los males que podrían resultar de ello.

"A tal efecto, se recomiendan como de máxima utilidad las obras escritas en francés por el infatigable y sabio espírita, señor Allan Kardec, de las cuales no sabemos qué alabar más: la rectitud de sus intenciones, el nivel de la filosofía o la claridad de la dicción. Entre esas obras, las principales y que se deben leer primero son *El libro de los Espíritus* y *El libro de los médiums*. En el primero, se encuentra la teoría filosófica revelada –conforme lo afirma el autor– por Espíritus superiores; y en el segundo, un tratado completo de la práctica del espiritismo y de la manera de adquirir la facultad mediúmnica, en caso de que sea posible.

"Con todo, dichas obras aún no han sido traducidas al italiano, y aunque lo estuvieran y todo el mundo pudiera acceder a esos textos, su extensión sería un obstáculo para muchos. El propio autor percibió esa dificultad, razón por la cual ha resumido la parte más esencial de *El libro de los Espíritus* en un opúsculo titulado: *El espiritismo en su más simple expresión*, que fue traducido a nuestra lengua y publicado en Turín. Podemos afirmar que esa traducción ha recorrido la península entera, y se ha vendido una gran cantidad de ejemplares en todas las ciudades de Italia.

"No obstante, como el autor no elaboró un epítome de *El libro de los médiums*, y en espera de que el libro completo sea traducido al italiano, tuvimos la idea de publicar un resumen que, si bien no podría compararse con el de Allan Kardec, contiene al menos las principales advertencias, que son de primera necesidad para los que tengan la intención

de aplicarse al estudio del espiritismo práctico. Confiamos en que será suficiente para señalar el camino a seguir con miras a relacionarse con los Espíritus buenos, y alejar a los Espíritus inferiores y perversos.

"El espiritismo, estudiado con pureza de sentimientos, puede convertirse en la fuente de los más gratos consuelos para todos los hombres de bien y deseosos del progreso."

Un nuevo periódico acaba de aparecer en Burdeos, con el título: *Le Sauveur des Peuples, journal du Spiritisme, propagateur de l'unité fraternelle* [*El Salvador de los Pueblos, periódico del Espiritismo, propagador de la unidad fraternal*]. Director-gerente: A. Lefraise. Aparece todas las semanas. - Este título promete mucho e impone grandes obligaciones, porque actualmente ya no basta con la etiqueta, de modo que volveremos a considerarlo cuando hayamos podido apreciar de qué modo se justifica. Si llegó con el fin de aportar una piedra útil para el edificio, si lo hace –como dice– para unir en vez de separar, si la verdadera caridad en las palabras y en las acciones constituye su guía para con sus hermanos en creencia, si su polémica con los adversarios de nuestra doctrina no supera los límites de la moderación y de una discusión leal, será bienvenido, y a nosotros nos complacerá alentarlo y brindarle apoyo.

Una nueva obra del señor Allan Kardec, con una extensión aproximada a la de *El libro de los Espíritus*, se encuentra en prensa desde fines de diciembre. Tenía que aparecer en febrero, pero no fue posible debido a las demoras involuntarias en la impresión, así como a los cuidados que eso requiere. Todo indica que en el próximo número podremos anunciar su lanzamiento. Su objetivo es reemplazar la obra anunciada con el título: *Las voces del mundo invisible* [*Les voix du monde invisible*], cuyo plan inicial fue radicalmente modificado.

NECROLOGÍA

Señor P. F. Matthieu

Ex farmacéutico en jefe del Ejército,
miembro de varias sociedades científicas.

El señor Mathieu, fallecido el 12 de febrero de 1864, era muy conocido en el ambiente espírita parisiense, donde frecuentaba diversas reuniones en las que participaba activamente. Se había ocupado de los fenómenos espíritas desde el comienzo, y nosotros lo conocimos en la época en que iniciábamos nuestros trabajos preliminares. Por la naturaleza de su espíritu, era propenso a la duda y, durante mucho tiempo después de experimentar por sí mismo con la ayuda de una tablilla, se negó a reconocer la acción de los Espíritus. Más tarde, cambió de idea, e incluso en los últimos tiempos ya no se mostraba tan radicalmente contrario a la reencarnación. El señor Matthieu no aceptaba sino difícilmente y a la larga todo lo que no formara parte de sus propias ideas. Sin embargo, no era un adversario sistemático, y si bien no compartía

totalmente las doctrinas de *El libro de los Espíritus*, debemos reconocer que, en su polémica, nunca traspasó los límites del más absoluto convencionalismo. Con su ternura y la honorabilidad de su carácter, supo ganarse la estima y el pesar de cuantos lo conocieron. Falleció en el momento en que concluía una importante obra acerca de los convulsionarios, que los señores Didier y Cia. acaban de editar.

* * *

Allan Kardec



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año VII Número 4 Abril de 1864

BIBLIOGRAFÍA

En venta:

IMITACIÓN DEL EVANGELIO
según el espiritismo[6]

Contiene: la explicación de las máximas morales del Cristo, su concordancia con el espiritismo, y su aplicación a las diversas situaciones de la vida.

por ALLAN KARDEC

Con este epígrafe: "Solo es inquebrantable la fe que puede mirar a la razón cara a cara, en todas las épocas de la humanidad".

6. Un volumen grande, in-12. En: Sres. Didier y Cia. 35, quai des Grands-Augustins; en Ledoyen, Palais Royal, y en la oficina de la *Revista Espírita*. Precio: 3 francos y 50 centavos. (N. de Allan Kardec.)

No haremos ningún tipo de reflexión acerca de esta obra, para limitarnos a extraer de la introducción la parte que señala su objetivo.[7]

"Las materias que los Evangelios contienen pueden dividirse en cuatro partes: *los hechos comunes de la vida de Cristo, los milagros, las predicciones,* y *la enseñanza moral.* Si bien las tres primeras partes han sido objeto de controversias, la última ha permanecido inatacable. Ante ese código divino, hasta la incredulidad se inclina. Es el terreno donde pueden reunirse todos los cultos, el estandarte bajo el cual todos pueden resguardarse, sean cuales fueren sus creencias, puesto que jamás ha sido objeto de las disputas religiosas que, en todos los casos y en todas partes, fueron suscitadas por las cuestiones relativas al dogma. Además, si la hubieran discutido, las sectas habrían encontrado en esa enseñanza su propia condenación, pues en su mayoría se aferran preferentemente a la parte mística antes que a la moral, que exige a cada uno su propia reforma. Para los hombres ese código es, en especial, una regla de conducta que abarca todas las circunstancias de la vida privada y pública; es el principio de todas las relaciones sociales basadas en la más rigurosa justicia. Constituye, en último término y por encima de todo, el camino infalible de la felicidad venidera, y levanta un extremo del velo que nos ocultaba la vida futura. Esta parte será el objeto exclusivo de la presente obra.

"El mundo todo admira la moral evangélica; todos proclaman su excelencia y su carácter de indispensable, pero muchos lo hacen porque confían en lo que han escuchado al respecto, o porque tienen fe en algunas de sus máximas,

7. Véase la versión definitiva en *El Evangelio según el espiritismo*; Buenos Aires: CEA, 2022. (N. del T.)

que se han vuelto proverbiales. Con todo, pocos la conocen a fondo, y más escasos aún son los que la comprenden y saben deducir sus consecuencias. La razón de esto reside, en buena medida, en la dificultad que presenta la lectura del Evangelio, que resulta ininteligible para la mayor parte de las personas. La forma alegórica y el misticismo intencional del lenguaje contribuyen a que la mayoría lo lea para descargar la conciencia y como si se tratara de un deber, del mismo modo que leen las plegarias: sin comprenderlas, es decir, sin que les aporte beneficio alguno. Los preceptos morales, diseminados aquí y allá, intercalados en el conjunto de las narraciones, pasan desapercibidos. Por consiguiente, es imposible comprenderlos cabalmente y adoptarlos como objeto de lecturas y meditaciones especiales.

"Por cierto, se han escrito tratados de moral evangélica, pero su presentación en estilo literario moderno les ha quitado la sencillez primitiva que constituye, al mismo tiempo, su encanto y su autenticidad. Algo similar sucede con las máximas sacadas de contexto, reducidas a su más simple expresión proverbial: no son más que aforismos despojados de una parte de su valor e interés, pues les faltan los complementos y las circunstancias en que fueron enunciados.

"Para evitar esos inconvenientes hemos reunido en esta obra los textos que se hallan en condiciones de constituir, hablando con propiedad, un código de moral universal, sin distinción de cultos. En las citas hemos conservado lo que era útil para el desarrollo de la idea, y suprimimos únicamente lo que resultaba ajeno al tema. Por otra parte, hemos respetado escrupulosamente la traducción original de Sacy, al igual que la división en versículos. No obstante, en lugar de atenernos a un orden cronológico, lo que habría sido imposible y ade-

más no ofrecería ninguna ventaja efectiva para este asunto, hemos agrupado y clasificado metódicamente las máximas según su naturaleza, de modo que pudieran deducirse unas de otras tanto como fuera posible. La inclusión de los números de orden de los capítulos y de los versículos permite recurrir a la clasificación tradicional, en caso de que se lo considere necesario.

"Con todo, ese trabajo material de por sí habría tenido solamente una utilidad secundaria. Lo esencial era poner el Evangelio al alcance de todos, mediante la explicación de los pasajes oscuros y el desarrollo de todas las consecuencias, con el fin de aplicarlas a las diversas situaciones de la vida. Eso hemos intentado hacer, con la ayuda de los Espíritus buenos que nos asisten.

"Muchos pasajes del Evangelio, de la Biblia y de los autores sagrados en general, son incomprensibles, e incluso algunos parecen irracionales, solamente porque falta la clave que permita comprender su verdadero sentido. Esa clave se encuentra por completo en el espiritismo. De eso han podido convencerse los que lo estudiaron con seriedad, y todos habrán de reconocerlo, mejor aún, más adelante. El espiritismo se encuentra por doquier, tanto en la Antigüedad como en las diferentes épocas de la humanidad. Por todas partes encontramos vestigios de él: en los escritos, en las creencias y en los monumentos. Por eso, así como abre nuevos horizontes para el porvenir, también arroja una luz no menos intensa sobre los misterios del pasado.

"Como complemento de cada precepto hemos añadido algunas instrucciones escogidas entre las que dictaron los Espíritus en diversos países, a través de diferentes médiums. Si esas instrucciones hubiesen emanado de una sola fuente

podrían haber sufrido una influencia personal o del medio, mientras que la diversidad de orígenes es una demostración de que los Espíritus imparten sus enseñanzas en todas partes, y que al respecto nadie goza de privilegios.

"Esta obra es para uso de todos. Cada uno puede extraer de ella los medios para adecuar su conducta a la moral de Cristo. Además, los espíritas encontrarán aquí las aplicaciones que les conciernen de modo especial. Gracias a las comunicaciones establecidas a partir de ahora y en forma permanente entre los hombres y el mundo invisible, la ley evangélica que los propios Espíritus enseñan a todas las naciones ya no será letra muerta, porque todos la comprenderán y porque los consejos de sus guías espirituales los inducirán incesantemente a ponerla en práctica. Las instrucciones de los Espíritus son en verdad *las voces del Cielo* que vienen a instruir a los hombres y a invitarlos *a la práctica del Evangelio*."

Autoridad de la doctrina espírita

Control universal de la enseñanza de los Espíritus

Ya hemos abordado superficialmente esta cuestión en el número anterior, con motivo de un artículo específico ("Acerca de la perfección de los seres creados"); pero resulta de tal magnitud, y sus consecuencias son tan importantes para el porvenir del espiritismo, que consideramos necesario tratarla de una manera completa.[8]

8. Véase la versión definitiva en la Introducción de *El Evangelio según el espiritismo*; Buenos Aires: CEA, 2022. (N. del T.)

Si la doctrina espírita fuera una concepción meramente humana, no tendría otra garantía que las luces de quien la hubiera concebido. Ahora bien, nadie en este mundo podría abrigar la pretensión fundada de poseer sólo para sí la verdad absoluta. Si los Espíritus que la han revelado se hubieran manifestado a un hombre solamente, nada garantizaría su origen, pues sería preciso creer en la palabra del que dijera haber recibido de ellos su enseñanza. En caso de que se admitiera una absoluta sinceridad de su parte, a lo sumo podría convencer a las personas con quienes estuviera relacionado; conseguiría adeptos, pero nunca llegaría a congregar a todo el mundo.

Dios ha querido que la nueva revelación llegase a los hombres por un camino más rápido y de mayor autenticidad. Por eso encargó a los Espíritus que la transportaran desde uno a otro polo, y que se manifestaran en todas partes, sin conceder a nadie el privilegio exclusivo de oír su palabra. Es posible engañar a un hombre, incluso este puede engañarse a sí mismo, pero no hay lugar a dudas cuando millones de personas ven y oyen lo mismo: eso es una garantía para cada uno y para todos. Por otra parte, es posible hacer que un hombre desaparezca, pero no se puede hacer que desaparezcan las masas; es posible quemar los libros, pero no se puede quemar a los Espíritus. Ahora bien, aunque se quemaran todos los libros, no por ello la fuente de la doctrina dejaría de ser inagotable, puesto que no se encuentra en la Tierra, sino que brota en todas partes y todos pueden apagar su sed en ella. A falta de hombres para difundirla, siempre habrá Espíritus, que llegan a todos sin que nadie pueda llegar hasta ellos.

En realidad son los propios Espíritus quienes hacen la propaganda, con la ayuda de innumerables médiums a los que ellos estimulan en todas partes. Si sólo hubiera habido

un único intérprete, por más favorecido que estuviese, el espiritismo apenas se conocería. Incluso, ese intérprete, sea cual fuere la clase a la que perteneciera, habría sido objeto de prevenciones por parte de muchas personas, y no todas las naciones lo habrían aceptado. En cambio, como los Espíritus se comunican en todas partes, en todos los pueblos, así como en la totalidad de las sectas y de los partidos, todo el mundo los acepta. El espiritismo no tiene nacionalidad, no forma parte de ningún culto en particular, ni es impuesto por ninguna clase social, porque cualquier persona se halla en condiciones de recibir instrucciones de sus parientes y de sus amigos de ultratumba. Era preciso que así fuera, para que pudiese convocar a todos los hombres a la fraternidad. Si el espiritismo no hubiera permanecido en un terreno neutral, habría alimentado las disensiones, en vez de apaciguarlas.

La universalidad de la enseñanza de los Espíritus constituye el poder del espiritismo. Ahí reside también la causa de su rápida propagación. Mientras que la palabra de un solo hombre, aunque este contara con el concurso de la prensa, tardaría siglos para llegar a los oídos de todos, ocurre que millares de voces se hacen oír simultáneamente en todos los lugares de la Tierra, para proclamar los mismos principios y trasmitirlos tanto a los más ignorantes como a los más sabios, a fin de que nadie sea desheredado. Se trata de una ventaja de la que no ha gozado ninguna de las doctrinas que aparecieron hasta ahora. Por consiguiente, dado que el espiritismo es una verdad, no le teme al desprecio de los hombres, ni a las revoluciones morales, ni a los cataclismos físicos del globo, porque nada de eso puede afectar a los Espíritus.

Sin embargo, esa no es la única ventaja que deriva de su excepcional posición. El espiritismo encuentra en ella una

garantía todopoderosa contra los cismas que podrían suscitarse, tanto por la ambición de algunos hombres como por las contradicciones de determinados Espíritus. Sin duda, esas contradicciones constituyen un escollo, pero un escollo que lleva consigo el remedio para su propio mal.

Sabemos que los Espíritus, a causa de la diferencia que existe entre sus capacidades, lejos están en lo individual de poseer la verdad absoluta; que no a todos les está dado penetrar ciertos misterios; que el saber de cada uno es proporcional a su purificación; que los Espíritus vulgares no saben más que los hombres, e incluso saben menos que ciertos hombres; que entre ellos, tanto como entre los hombres, los hay presuntuosos y pseudocientíficos que pretenden saber lo que ignoran; sistemáticos que adoptan sus propias ideas como verdades; por último, que sólo los Espíritus de la categoría más elevada, los que ya están absolutamente desmaterializados, son los que se han despojado de las ideas y de los prejuicios terrenales. No obstante, también sabemos que los Espíritus engañadores no tienen reparo en adoptar nombres que no les pertenecen, a fin de que se acepten sus utopías. De ahí resulta que, en lo atinente a todo lo que esté fuera del ámbito de la enseñanza exclusivamente moral, las revelaciones que cada uno pueda recibir tendrán un carácter individual, sin la certeza acerca de su autenticidad; y deben ser consideradas como opiniones personales de tal o cual Espíritu, de modo que sería imprudente admitirlas y propagarlas a la ligera como verdades absolutas.

El primero de los controles es, con toda seguridad, el de la razón, a la que es necesario someter sin excepciones todo lo que proviene de los Espíritus. Una teoría en evidente contradicción con el buen sentido, con una lógica rigurosa y con los datos positivos que se poseen, debe ser rechazada, por

más respetable que sea el nombre con que esté firmada. Sin embargo, en muchos casos ese control resultará incompleto debido a los deficientes conocimientos de algunas personas, como también a la tendencia de muchos a considerar su propia opinión como juez exclusivo de la verdad. En semejante caso, ¿qué hacen los hombres que no depositan una confianza absoluta en sí mismos? Buscan el veredicto de la mayoría y adoptan como guía la opinión de esta. Así se debe proceder respecto a la enseñanza de los Espíritus, pues ellos mismos nos proporcionan los medios para hacerlo.

La concordancia en la enseñanza de los Espíritus es, pues, el mejor control. Con todo, es necesario realizarlo conforme a determinadas condiciones. La menos segura de todas es que el propio médium interrogue a Espíritus diferentes acerca de un punto dudoso. Evidentemente, si él estuviera bajo el dominio de una obsesión o tratara con un Espíritu engañador, ese Espíritu podría manifestarle la misma cosa con nombres diferentes. Tampoco hay una garantía suficiente en la conformidad que haya en lo que se puede obtener a través de varios médiums en un mismo centro, porque es posible que todos estén bajo la misma influencia. *La única garantía seria está en la concordancia que debe existir entre las revelaciones hechas espontáneamente, a través de un número importante de médiums de lugares diferentes, que no se conozcan entre sí*. Se entiende que no se trata aquí de comunicaciones relativas a intereses secundarios, sino de las referidas precisamente a los principios de la doctrina. La experiencia demuestra que cuando se debe revelar un principio nuevo, este es enseñado *espontáneamente* en diferentes puntos, al mismo tiempo y de una manera idéntica, si no en cuanto a la forma, al menos en lo relativo al fondo. Por consiguiente, si a un Espíritu le satisface for-

mular un sistema excéntrico, basado exclusivamente en sus ideas y ajeno a la verdad, téngase por seguro que ese sistema quedará *circunscrito* y caerá ante la unanimidad de las instrucciones que se proporcionen en todas partes, como ha quedado demostrado en abundantes ejemplos. Precisamente, a la unanimidad se debió el fracaso de los sistemas parciales que surgieron en los orígenes del espiritismo, cuando cada cual explicaba los fenómenos a su modo, antes de que se conocieran las leyes que rigen las relaciones entre el mundo visible y el mundo invisible.

Esa es la base en que nos apoyamos cuando enunciamos un principio de la doctrina. No se debe a que por estar conforme con nuestras ideas lo tomamos por verdadero. No nos colocamos, en absoluto, como juez supremo de la verdad, ni tampoco decimos a nadie: "Creed en tal cosa porque nosotros lo decimos". Desde nuestro punto de vista, nuestra opinión sólo es una opinión personal, que puede ser verdadera o falsa, puesto que no nos consideramos más infalibles que otros. Tampoco consideramos que un principio sea verdadero por el hecho de que nos lo hayan enseñado, sino porque ha recibido la sanción de la concordancia.

Ese control universal constituye una garantía para la unidad futura del espiritismo, y anulará todas las teorías contradictorias. De ese modo se buscará en el porvenir el criterio de la verdad. Lo que determinó el éxito de la doctrina formulada en *El libro de los Espíritus* y en *El libro de los médiums*, fue que en todas partes todos pudieron recibir, directamente de los Espíritus, la confirmación acerca del contenido de esos libros. Si de todas partes los Espíritus hubieran venido a contradecirlo, haría mucho tiempo que esos libros habrían sufrido la suerte de las concepciones fantasiosas. Ni con el apoyo de la

prensa se hubieran salvado del naufragio, mientras que, privados incluso de ese apoyo, no han dejado de abrirse camino y de avanzar rápidamente. Esto se debe a que han recibido el apoyo de los Espíritus, cuya buena voluntad no sólo compensó sino superó la mala disposición de los hombres. Del mismo modo sucederá con todas las ideas que, emanadas de los Espíritus o de los hombres, no puedan superar la prueba de dicho control, cuyo poder nadie puede discutir.

Supongamos, por lo tanto, que algunos Espíritus quieran dictar, bajo cualquier denominación, un libro en sentido contrario; supongamos además que, con una intención hostil y con el propósito de desacreditar la doctrina, la malevolencia suscitara comunicaciones apócrifas; ¿cuál sería la influencia que podrían ejercer esos escritos, si en todas partes fueran desmentidos por los Espíritus? Necesitaríamos como garantía la adhesión de estos últimos, antes de lanzar algún sistema en su nombre. Del sistema de uno solo, al sistema de todos, existe la misma distancia que va desde la unidad al infinito. ¿Qué podrán conseguir los argumentos de los detractores, por encima de la opinión de las masas, cuando millones de voces amigas provenientes del espacio llegan de todas partes del globo, para combatir tenazmente tales argumentos en el seno de cada familia? Al respecto, ¿la teoría no ha sido confirmada ya por la experiencia? ¿Qué ha sido de todas esas publicaciones que, según decían, pretendían aniquilar al espiritismo? ¿Cuál es la que siquiera ha frenado su marcha? Hasta el presente no se había enfocado esta cuestión desde ese punto de vista: uno de los más importantes, sin duda. Cada uno contó consigo mismo, pero no contó con los Espíritus.

De todo esto se desprende una verdad fundamental: cualquiera que intentara oponer trabas al curso de las ideas, ya

establecido y sancionado, podría por cierto provocar una pequeña perturbación local y momentánea, pero nunca dominaría al conjunto, ni siquiera en el presente, pero menos todavía en el futuro.

También se desprende de esto que las instrucciones que han suministrado los Espíritus, acerca de los puntos de la doctrina que aún no se han dilucidado, no se convertirán en ley mientras esas instrucciones permanezcan aisladas, de modo que no deben ser aceptadas sino con todas las reservas y exclusivamente a título informativo.

De ahí la necesidad de tener la mayor prudencia al darlas a publicidad; y en caso de que se considerase conveniente publicarlas, sólo deben ser presentadas como opiniones individuales más o menos probables, pero que en todos los casos necesitan ser confirmadas. Esa confirmación es la que debemos aguardar antes de presentar algún principio como verdad absoluta, a menos que nos expongamos a recibir la acusación de liviandad o de credulidad irreflexiva.

Los Espíritus superiores proceden en sus comunicaciones con suma sabiduría. Sólo abordan las cuestiones principales de la doctrina en forma gradual, a medida que la inteligencia es apta para comprender verdades de un orden más elevado, y cuando las circunstancias son propicias para la emisión de una idea nueva. A eso se debe que no hayan dicho todo desde el comienzo, ni que lo hayan hecho hasta el día de hoy, pues jamás ceden a la impaciencia de las personas demasiado apresuradas que pretenden cosechar los frutos antes de que hayan madurado. Sería, pues, superfluo querer precipitar el tiempo que la Providencia asignó a cada cosa, porque entonces los Espíritus realmente serios negarían decididamente su colaboración, pero los Espíritus frívolos, a quienes poco les

preocupa la verdad, responderían a todo. Esa es la razón por la que las preguntas prematuras siempre reciben respuestas contradictorias.

Los principios precedentes no son el resultado de una teoría personal, sino la consecuencia forzosa de las condiciones en que se manifiestan los Espíritus. Es evidente que si un Espíritu dice una cosa en un lugar, mientras millones de Espíritus dicen lo contrario en otros, la presunción de verdad no puede hallarse de parte de aquel que es el único, o poco menos que el único, que sostiene esa opinión. Ahora bien, que alguien pretendiera tener razón contra todos sería tan ilógico de parte de un Espíritu como de parte de los hombres. Los Espíritus que en verdad son sabios, si no se consideran debidamente ilustrados sobre una cuestión, *jamás* la resuelven en forma terminante; declaran que sólo la tratan desde su punto de vista, y aconsejan que se aguarde la confirmación.

Por grande, bella y justa que sea una idea, resulta imposible que desde un principio congregue a la totalidad de las opiniones. Los conflictos que de ella derivan son la consecuencia inevitable de la conmoción que se produce; son necesarios incluso para hacer que la verdad resalte mejor, y es conveniente que tengan lugar al comienzo, a fin de que las ideas falsas sean pronto dejadas de lado. Los espíritas que alimentan algún temor al respecto deben, pues, permanecer absolutamente tranquilos. Las pretensiones aisladas fracasarán, por la fuerza de las circunstancias, ante el importante y poderoso criterio del control universal. No será a la opinión de un hombre que se aliarán los demás, sino a la voz unánime de los Espíritus. No será un hombre, *ni nosotros ni cualquier otro*, quien implantará la ortodoxia espírita. Tampoco será un Espíritu quien venga a imponerse a quienquiera que sea: será la universalidad de

los Espíritus que se comunican en toda la Tierra por orden de Dios. Ese es el carácter esencial de la doctrina espírita; esa es su fuerza, su autoridad. Dios ha querido que su ley se apoyara en una base inconmovible, por eso no le dio como fundamento la frágil cabeza de uno solo.

Ante tan poderoso areópago, que no conoce bandos ni rivalidades celosas, ni sectas, ni naciones, caerán todas las oposiciones, todas las ambiciones, todas las pretensiones de supremacía individual, pues nos destruiríamos a nosotros mismos si quisiéramos sustituir sus decretos soberanos por nuestras propias ideas. Sólo él resolverá los litigios, acallará las disidencias y dará la razón a quien le corresponda. Ante ese imponente acuerdo de todas *las voces del Cielo*, ¿cuánto puede la opinión de un hombre o de un Espíritu? Menos que una gota de agua que se pierde en el océano, menos que la voz de un niño sofocada por la tempestad.

La opinión universal: ese es el juez supremo, que se pronuncia en última instancia. Esa opinión está constituida por las opiniones individuales. Si alguna de ellas es verdadera, sólo tiene en la balanza un peso relativo. Si es falsa, no puede prevalecer sobre las demás. En ese inmenso conjunto las individualidades se extinguen, lo que representa un nuevo fracaso para el orgullo humano.

Ese conjunto armonioso ya se esboza. No pasará este siglo sin que brille en todo su esplendor, a fin de disipar las incertidumbres; porque desde ahora hasta entonces, voces poderosas habrán recibido la misión de hacerse oír, de modo de reunir a los hombres bajo el mismo estandarte, tan pronto como el campo esté suficientemente labrado. Mientras tanto, aquel que fluctúe entre dos sistemas opuestos podrá observar en qué sentido se ordena la opinión general: ese será el indicio cierto

del sentido en que se pronuncia la mayoría de los Espíritus en los diferentes sitios en que se comunican, y una señal no menos segura de cuál de los dos sistemas prevalecerá.

Resumen de la ley de los fenómenos espíritas

Esta instrucción ha sido escrita especialmente para las personas que no poseen ninguna noción del espiritismo, acerca del cual pretendemos brindarles una idea sucinta en pocas palabras. En los grupos o reuniones espíritas frecuentados por principiantes, puede ser útil como preámbulo de las sesiones, conforme a las necesidades.

*

Dado que las personas ajenas al espiritismo no comprenden su objetivo ni sus procedimientos, casi siempre se forman al respecto una idea completamente falsa. Les falta especialmente el conocimiento del principio, la clave fundamental de los fenómenos. A falta de eso, lo que ven y escuchan no les aprovecha, e incluso no les interesa. La experiencia demuestra que el solo hecho de presenciar o describir los fenómenos no basta para convencerlas. Hasta los que son testigos de hechos que cautivan su atención, quedan más atónitos que convencidos; cuanto más extraordinario les parece el efecto, más sospechan de él. Un estudio previo, realizado con seriedad, es la única manera de generar convicción, y a menudo es suficiente para modificar por completo el curso de las ideas. En

cualquier caso, ese estudio es indispensable para la comprensión de los fenómenos, incluso de los más simples. A falta de una instrucción completa, que no puede impartirse en pocas palabras, un resumen sucinto de la ley que rige las manifestaciones bastará para que las personas que todavía no se han iniciado consideren la cuestión en su verdadero aspecto. En tal sentido, damos un primer paso con la breve instrucción que sigue. No obstante, antes se requiere una observación.

Por lo general, los incrédulos tienden a sospechar de la buena fe de los médiums, así como a suponer el empleo de medios fraudulentos. Aparte de que esa suposición resulta injuriosa para con algunas personas, ante todo es necesario preguntarse qué interés podría llevarlas a engañar y a representar o hacer representar una comedia. La mejor garantía de sinceridad se encuentra en el desinterés absoluto, pues donde no hay nada que ganar, el charlatanismo no tiene razón de ser.

En cuanto a la realidad de los fenómenos, cualquier persona puede constatarla, toda vez que reúna las condiciones favorables y se valga, para observar los hechos, de la paciencia, la perseverancia y la imparcialidad necesarias.

1. El espiritismo es al mismo tiempo una ciencia de observación y una doctrina filosófica. Como ciencia práctica, consiste en las relaciones que se pueden establecer con los Espíritus; como filosofía, comprende todas las consecuencias morales que se desprenden de esas relaciones.

2. Los Espíritus no son, como muchas veces se imagina, seres aparte en la Creación. Son las almas de los que han vivido en la Tierra o en otros mundos. Así pues, las almas o Espíritus son lo mismo. De ahí se sigue que, todo el que crea en la existencia del alma, cree por eso mismo en la de los Espíritus.

3. En general, se tiene una idea muy errónea del estado de los Espíritus. Ellos no son, como algunos suponen, seres imprecisos e indefinidos, ni llamas semejantes a los fuegos fatuos, ni fantasmas como los que se presentan en los cuentos de aparecidos. Son seres semejantes a nosotros, que tienen un cuerpo como el nuestro, pero fluídico e invisible en el estado normal.

4. Mientras el alma está unida al cuerpo durante la vida, tiene una doble envoltura: una pesada, densa y destructible, que es el cuerpo; la otra fluídica, ligera e indestructible, denominada *periespíritu*. El periespíritu es el lazo que une el alma al cuerpo; por su intermedio, el alma hace que el cuerpo actúe, a la vez que percibe las sensaciones que el cuerpo experimenta.

5. La muerte es apenas la destrucción de la envoltura densa; el alma abandona esa envoltura del mismo modo que se deja una ropa gastada, o como lo hace la mariposa con la crisálida; aunque conserva su cuerpo fluídico o periespíritu.

La unión del alma, del periespíritu y del cuerpo material constituye al *hombre*; el alma y el periespíritu, separados del cuerpo, constituyen el ser denominado *Espíritu.*

6. La muerte del cuerpo libera al Espíritu de la envoltura que lo ligaba a la Tierra y lo hacía sufrir; una vez que se ha liberado de ese fardo, sólo le queda su cuerpo etéreo, que le permite recorrer el espacio y trasponer las distancias con la rapidez del pensamiento.

7. El fluido que compone el periespíritu penetra todos los cuerpos y los atraviesa como la luz atraviesa los cuerpos transparentes; ninguna materia le resulta un obstáculo. Por eso, los Espíritus penetran en todas partes, hasta en los lugares más herméticamente cerrados. Es una idea ridícula creer que

se introducen por una pequeña abertura, como el agujero de una cerradura o el conducto de la chimenea.

8. Los Espíritus pueblan el espacio; constituyen el mundo invisible que nos rodea, en medio del cual vivimos, y con el cual estamos en contacto permanente.

9. Los Espíritus poseen todas las percepciones que tenían en la Tierra, aunque en un grado más alto, porque sus facultades no están aminoradas por la materia; tienen sensaciones que nos son desconocidas; ven y oyen cosas que nuestros limitados sentidos no nos permiten ver ni oír. Para ellos no existe la oscuridad, con excepción de aquellos cuyo castigo consiste en hallarse transitoriamente en las tinieblas. Todos nuestros pensamientos repercuten en ellos, y los leen como en un libro abierto; de modo tal que lo que podemos esconder a alguien mientras vive en la Tierra, ya no se lo podremos ocultar cuando sea Espíritu.

10. Los Espíritus conservan los afectos sinceros que tenían en la Tierra; se complacen en acercarse a aquellos a los que han amado, sobre todo cuando estos los atraen con el pensamiento y los sentimientos afectuosos que les dedican, mientras que se muestran indiferentes en relación con aquellos que solo tienen indiferencia para con ellos.

11. Los Espíritus pueden manifestarse de muchas maneras diferentes: por la vista, la audición, el tacto, produciendo ruidos y movimientos de cuerpos, por la escritura, el dibujo, la música, etc. Se manifiestan por intermedio de personas dotadas de una aptitud especial para cada género de manifestación, y que se distinguen con el nombre de médiums. Así, se distingue a los médiums videntes, parlantes, auditivos, sensitivos, de efectos físicos, dibujantes, tiptólogos, escribientes, etc. Entre los médiums escribientes hay numerosas varieda-

des, según la naturaleza de las comunicaciones que están en condiciones de recibir.

12. El periespíritu, aunque sea invisible para nosotros en el estado normal, no deja de ser una materia etérea. En ciertos casos, el Espíritu puede hacerle experimentar una especie de modificación molecular, que lo torna visible e incluso tangible; así se producen las apariciones. Ese fenómeno no es más extraordinario que el del vapor, que es invisible cuando está muy enrarecido, y se vuelve visible al condensarse.

Los Espíritus que se hacen visibles se presentan casi siempre con la apariencia que tenían en vida, y que les permite ser reconocidos.

13. Durante la vida, el Espíritu obraba sobre su cuerpo con la ayuda del periespíritu; y también con ese mismo fluido se manifiesta al actuar sobre la materia inerte, produciendo ruidos, movimientos de mesas y de otros objetos a los cuales levanta, derriba o transporta. Ese fenómeno no tendría nada de sorprendente si consideráramos que entre nosotros los más poderosos motores se alimentan de los fluidos más rarificados e incluso imponderables, como el aire, el vapor y la electricidad.

Asimismo, con la ayuda de su periespíritu, el Espíritu hace que los médiums escriban, hablen o dibujen. Dado que no posee un cuerpo tangible para actuar ostensiblemente, el Espíritu que quiere manifestarse se sirve del cuerpo del médium, cuyos órganos toma prestados, y lo hace actuar como si fuera su propio cuerpo, mediante el efluvio fluídico que vierte sobre él.

14. Por el mismo medio, el Espíritu actúa sobre la mesa, ya sea para hacer que se mueva sin una significación determinada, o bien para que dé golpes inteligentes señalando las letras del alfabeto con las que forma palabras y frases, fenómeno

designado con el nombre de *tiptología*. En este caso, la mesa no es más que un instrumento del cual se sirve el Espíritu, como lo hace con el lápiz para escribir; le confiere una vitalidad momentánea a través del fluido con que la impregna, pero no se identifica con ella. Por consiguiente, las personas que, presas de la emoción, abrazan a la mesa cuando ven la manifestación de un ser querido, practican un acto ridículo, porque es exactamente como si abrazaran el bastón del que se sirve un amigo para dar golpes. Lo mismo podemos decir en relación con aquellas que dirigen la palabra a la mesa, como si el Espíritu estuviera encerrado en la madera, o como si la madera se hubiese convertido en Espíritu.

Cuando se producen comunicaciones por ese medio, es preciso saber que el Espíritu no se encuentra en la mesa, sino junto a ella, como lo haría si estuviese vivo, y tal como lo veríamos si en ese momento pudiera hacerse visible. Lo mismo sucede con las comunicaciones por escrito: veríamos al Espíritu al lado del médium, dirigiendo su mano o transmitiéndole su pensamiento a través de una corriente fluídica.

Cuando la mesa se aparta del suelo y flota en el espacio sin un punto de apoyo, el Espíritu no la eleva con la fuerza del brazo, sino que la envuelve y la penetra con una especie de atmósfera fluídica que neutraliza el efecto de la gravedad, como lo hace el aire con los globos y las cometas. Al penetrar la mesa, ese fluido le confiere momentáneamente una mayor levedad específica. Cuando la mesa se halla adherida al suelo, se produce un caso análogo al de la campana neumática bajo la cual se hizo el vacío. Estas son apenas comparaciones para mostrar la analogía de los efectos y no la semejanza absoluta de las causas.

Según esto, se comprenderá que no es más difícil para el Espíritu levantar una persona que levantar una mesa, transportar un objeto de un lugar a otro o lanzarlo hacia alguna parte. Esos fenómenos se producen de acuerdo con la misma ley.

Cuando la mesa persigue a alguien, no es el Espíritu el que corre –dado que puede permanecer tranquilamente en su lugar–, sino que impulsa a la mesa por medio de una corriente fluídica, con cuya ayuda hace que esta se mueva conforme a su voluntad.

Cuando los golpes se escuchan en la mesa o en alguna otra parte, el Espíritu no golpea con la mano o con algún objeto, sino que dirige hacia el punto de donde parte el ruido un chorro de fluido que produce el efecto de un choque eléctrico. Así también modifica el ruido, como se pueden modificar los sonidos producidos por el aire.

15. Por lo poco que hemos dicho, puede verse que las manifestaciones espíritas, cualquiera sea su índole, no tienen nada de sobrenatural o maravilloso. Son fenómenos que se producen en virtud de la ley que rige las relaciones del mundo visible con el mundo invisible, una ley tan natural como la de la electricidad, de la gravedad, etc. El espiritismo es la ciencia que nos da a conocer esa ley, como la mecánica nos enseña las leyes del movimiento, la óptica las de la luz, etc. Dado que pertenecen a la naturaleza, las manifestaciones espíritas se han producido en todos los tiempos. Una vez conocida, la ley que las rige nos explica una gran cantidad de problemas considerados insolubles; esta es la clave de una multitud de fenómenos que la superstición ha explotado y amplificado.

16. Apartado por completo lo maravilloso, estos fenómenos ya no contienen nada que repugne a la razón, porque vienen a ocupar su lugar junto a los otros fenómenos natura-

les. En las épocas de ignorancia, todos los efectos cuya causa no se conocía eran considerados sobrenaturales; no obstante, los descubrimientos de la ciencia fueron reduciendo gradualmente el círculo de lo maravilloso, al que el conocimiento de la nueva ley ha venido a aniquilar. Entonces, aquellos que acusan al espiritismo de resucitar lo maravilloso demuestran, por eso mismo, que hablan de lo que no conocen.

17. Una idea bastante generalizada entre las personas que no conocen el espiritismo es la de creer que los Espíritus, por el solo hecho de que se han desprendido de la materia, deben saberlo todo y poseer la suprema sabiduría. Este es un grave error. Al abandonar su envoltura corporal, no se despojan de inmediato de sus imperfecciones; y solo paulatinamente se purifican y mejoran.

Dado que los Espíritus no son más que las almas de los hombres, así como existen hombres de todos los grados de saber y de ignorancia, de bondad y de maldad, lo mismo ocurre entre los Espíritus. Algunos de ellos son apenas frívolos y traviesos; otros son mentirosos, traicioneros, hipócritas, malos y vengativos; otros, por el contrario, poseen las virtudes más sublimes y un grado de saber desconocido en la Tierra. Esa diversidad en las cualidades de los Espíritus constituye uno de los puntos más importantes a considerar, porque explica la naturaleza buena o mala de las comunicaciones que se reciben. Debemos dedicarnos, sobre todo, a distinguir unas de otras.

De ahí resulta que no basta con que nos dirijamos a un Espíritu cualquiera para que obtengamos una respuesta legítima a todas las cuestiones; porque el Espíritu responderá según lo que sepa, y a menudo nos dará tan solo su opinión personal, que puede ser exacta o equivocada. Si es prudente, confesará su ignorancia sobre lo que no conoce; si es frívolo o

mentiroso, responderá sobre cualquier cosa sin que le importe la verdad; si es orgulloso, presentará sus ideas como verdades absolutas. Por eso san Juan, el evangelista, dice: *No creáis a todos los Espíritus, sino observad si los Espíritus son de Dios*. La experiencia demuestra la sabiduría de ese consejo. Así pues, sería imprudente e irreflexivo aquel que aceptara sin comprobación todo lo que proviene de los Espíritus.

Los Espíritus solamente pueden contestar sobre aquello que saben y, además, sobre lo que se les permite decir, pues hay cosas que no deben revelar, porque todavía no les ha sido dado a las personas conocer todo.

18. Se reconoce el carácter de los Espíritus por su lenguaje. El lenguaje de los Espíritus verdaderamente buenos y superiores es siempre digno, noble, lógico, y se halla exento de cualquier trivialidad, puerilidad o contradicción; en él se refleja la sabiduría, la benevolencia y la modestia; es conciso y carece de palabras inútiles. El lenguaje de los Espíritus inferiores, ignorantes u orgullosos, carece de esas cualidades; la vaciedad de las ideas está casi siempre compensada por la abundancia de palabras.

19. Otro punto igualmente esencial que es preciso tomar en cuenta es que los Espíritus son libres; se comunican cuando quieren, con quien les conviene e incluso cuando pueden, pues tienen sus ocupaciones. No están sujetos a las órdenes ni al capricho de ninguna persona, y nadie puede obligarlos a que se manifiesten contra su voluntad, ni a que digan lo que desean callar. Por esa razón, no se puede garantizar que un Espíritu responderá al llamado de alguien en un determinado momento, o que será obligado a responder a tal o cual pregunta. Decir lo contrario es mostrar absoluta ignorancia de

los principios más elementales del espiritismo. Sólo el charlatanismo tiene fuentes infalibles.

20. Los Espíritus son atraídos por la simpatía, la semejanza de gustos y de caracteres, así como por la intención de aquellos que desean su presencia. Los Espíritus superiores no van a las reuniones fútiles, del mismo modo que un sabio de la Tierra no concurriría a una reunión de jóvenes imprudentes. El simple buen sentido nos dice que eso no puede ser de otro modo. Y si acuden a esas reuniones en ciertas ocasiones, lo hacen para dar un consejo saludable, para combatir los vicios, para tratar de reconducir hacia el camino del bien a los que se hallan presentes. Con todo, si no son escuchados, se retiran. Se formaría una idea completamente falsa aquel que creyera que los Espíritus serios se complacen en responder a futilidades, a preguntas inútiles, que no dan muestras ni de simpatía ni de respeto hacia ellos, como tampoco de un auténtico deseo de instruirse, y menos aún que esos Espíritus colaboren en un espectáculo para divertir a los curiosos. Si cuando estaban vivos no lo hubieran hecho, tampoco lo harían después de su muerte.

21. De lo que precede resulta que toda reunión espírita, para ser provechosa debe, como primera condición, ser seria y realizarse con recogimiento. Todo en ella habrá de hacerse con respeto, religiosamente y con dignidad, en caso de que se quiera obtener el concurso habitual de los Espíritus buenos. Es necesario no olvidar que si esos mismos Espíritus hubiesen asistido cuando estaban encarnados, habrían recibido de nuestra parte todas las consideraciones a las que tienen aún más derecho después de su muerte.

En vano se alega la utilidad de ciertas experiencias curiosas, frívolas y divertidas para convencer a los incrédulos, pues de ese modo se llega a un resultado absolutamente contrario.

El incrédulo, de por sí propenso a burlarse de las creencias más sagradas, no puede ver algo serio en aquello que es hecho a modo de broma; no es posible pedirle que respete lo que no se le presenta de un modo respetable. Por eso se retira siempre con una mala impresión de las reuniones fútiles y ligeras, donde no encuentra orden, gravedad ni recogimiento. Lo que sobre todo puede convencer al incrédulo es la prueba de la presencia de seres cuya memoria le es apreciada. Ante las palabras graves y solemnes, ante las revelaciones íntimas de esos seres, lo vemos conmoverse y palidecer. Pero así como siente respeto, veneración y afecto hacia la persona cuya alma se presenta ante él, así también lo choca y lo escandaliza verla en una asamblea irrespetuosa, en medio de mesas que danzan y de las bromas de los Espíritus frívolos. Por muy incrédulo que sea, su conciencia rechaza esa alianza de lo serio con lo frívolo, de lo religioso con lo profano. Por eso califica a esos fenómenos de charlatanismo, y a menudo sale de las reuniones menos convencido que al entrar.

Las reuniones de esa naturaleza siempre hacen más mal que bien, porque alejan de la doctrina espírita a un mayor número de personas que las que atraen hacia ella, sin contar que se prestan a la crítica de los detractores, quienes encuentran en esas reuniones fundados motivos de burla.

22. No hay razón para que se juegue con las manifestaciones físicas; si bien no tienen la importancia de la enseñanza filosófica, son útiles desde el punto de vista de los fenómenos, pues son el alfabeto de la ciencia, de la cual han dado la clave. Aunque menos necesarias hoy en día, todavía ayudan a la convicción de ciertas personas. Pero no excluyen, en absoluto, el orden y la buena conducta en las reuniones en las cuales se hacen experimentos con ellas; si fueran siempre practicadas

de una manera digna, convencerían más fácilmente y producirían, bajo todos los aspectos, resultados mucho mejores.

23. No cabe duda de que estas explicaciones resultan muy incompletas y pueden necesariamente dar lugar a numerosas preguntas, pero no hay que perder de vista que este no es un curso de espiritismo. Conforme las presentamos, son suficientes para mostrar la base en la que se funda el espiritismo, el carácter de las manifestaciones y el grado de confianza que pueden inspirar según las circunstancias.

En cuanto a la utilidad de las manifestaciones, es inmensa por sus consecuencias. No obstante, aunque sólo tuvieran como resultado dar a conocer una nueva ley de la naturaleza, y demostrar materialmente la existencia del alma y su inmortalidad, ya sería mucho, porque eso constituiría un nuevo y amplio camino abierto a la filosofía.

CORRESPONDENCIA

Sociedades de Amberes y de Marsella

Amberes, 27 de febrero de 1864.

Querido maestro:

Tenemos el honor de informaros que acabamos de constituir en Amberes una nueva sociedad, denominada: *Círculo espírita "Amor y Caridad"*.

Como veréis en el artículo 2.º del reglamento, invocamos el patrocinio de la Sociedad central de París, así como del vuestro. Por consiguiente, declaramos nuestra adhesión a la

doctrina contenida en *El libro de los Espíritus* y en *El libro de los médiums*.

Tenemos la firme voluntad de mantenernos en el camino de los verdaderos espíritas, de modo que la caridad es el objetivo principal de nuestras reuniones. A fin de que no os quepan dudas respecto de la sinceridad de nuestros sentimientos, tened a bien consultar al presidente espiritual de vuestra Sociedad. Por más débiles que hayan sido nuestros esfuerzos hasta ahora, han sido sinceros, y en tal sentido tenemos la convicción de que para ese Espíritu ya no somos extraños.

Aprovechamos a remitiros una de las comunicaciones, obtenidas en nuestro círculo a través de un médium parlante, con miras a que podáis evaluar nuestras tendencias, etc.…

Observación. Con esta carta, en efecto, venía una comunicación muy extensa que expresa la buena fe de esta Sociedad. En el mismo sentido, recibimos una de la Sociedad espírita de Bruselas.

Marsella, 21 de marzo de 1864.

Señor Presidente:

Tenemos la dicha de anunciaros la formación de nuestra nueva Sociedad, que se denomina: *Sociedad marsellesa de estudios espíritas*, cuya autorización acaba de ser otorgada por el señor Senador encargado de la administración del departamento de Bouches-du-Rhône.

Con la ayuda de vuestros buenos consejos, querido maestro, haremos el máximo esfuerzo para seguir el camino de nuestros hermanos de París, cuyo reglamento para el orden de nuestras sesiones hemos adoptado. Al invocar el patrocinio

de la honorable Sociedad de París, inscribiremos como ella en nuestra bandera: *Fuera de la caridad no hay salvación*.

El doctor C…, nuestro Presidente, también tendrá el honor de escribiros luego de nuestra inauguración.

Os rogamos, Señor, en interés de la causa, que tengáis a bien publicitar nuestra Sociedad, en la medida de lo que os parezca conveniente, a fin de que gane adeptos sinceros.

Recibid, etc.

Ya hemos dicho que entre las sociedades espíritas que se forman tanto en Francia como en el extranjero, la mayoría declara invocar el patrocinio de la Sociedad de París. Todas las cartas que nos remiten en tal sentido han sido concebidas con el mismo espíritu que las publicadas aquí arriba. Esas adhesiones espontáneas dan fe de los principios que imperan entre los espíritas, y la Sociedad de París no puede menos que ser muy sensible a esas muestras de simpatía, que prueban la seria intención de avanzar con el mismo estandarte. Esto no quiere decir que las sociedades que no han hecho una declaración oficial al respecto sigan otro camino; lejos de eso. La correspondencia que mantienen con nosotros es una garantía suficiente de sus sentimientos y de la dirección correcta de sus estudios. Por otra parte, un número muy considerable de reuniones no tienen el carácter de sociedades propiamente dichas, y la mayoría no son más que simples grupos. Además de las sociedades y de los grupos regulares, las reuniones familiares, en las que solo se reciben conocimientos íntimos, son incontables y se multiplican a diario, sobre todo en las clases altas.

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

Progresión del globo terrestre

Dictado espontáneo que forma parte de una serie de instrucciones acerca de la teoría de los fluidos.

(París, 11 de noviembre de 1863.
Médium: señorita A. C.)

La progresión de todas las cosas conduce necesariamente a la *transustanciación*, y la mediumnidad espiritual es una de las fuerzas de la naturaleza que hará que nuestro planeta llegue más rápido a ella, porque este debe, como todos los mundos, someterse a la ley del adelanto y de la transformación. No solo su *personal humano*, sino todas sus producciones minerales, vegetales y animales, sus gases y sus fluidos imponderables, deben también perfeccionarse y transformarse en sustancias más purificadas. La ciencia, que ya ha trabajado esa cuestión tan interesante de la formación de este mundo, reconoció que no fue creado con una palabra, como dice el *Génesis* en una sublime alegoría, sino que durante una larga sucesión de siglos ha sufrido transformaciones que produjeron capas minerales de variada naturaleza. Al seguir la gradación de esas capas, se ve que aparecen sucesivamente y se multiplican las producciones vegetales; se encuentra más tarde el rastro de los animales, lo cual indica que solamente en esa época los cuerpos organizados habían encontrado la posibilidad de vivir.

Al estudiar la progresión de los seres animados, tal como se lo ha hecho con la de los minerales y los vegetales, se reconoce que esos seres, crustáceos al principio, se elevaron gradualmente en la escala animal, y que su progresión acompañó a la de las producciones y la depuración del suelo. Se nota a la

vez la desaparición de algunas especies, toda vez que las condiciones físicas necesarias para su vida dejaron de existir. De tal modo, por ejemplo, los grandes saurios, monstruos anfibios, y los mamíferos gigantes, de los cuales solo se conservan sus fósiles, han desaparecido totalmente de la Tierra con las condiciones de existencia que las inundaciones habían creado para ellos. Los diluvios, por tratarse de uno de los medios de transformación de la Tierra, fueron casi generales; es decir que, durante un período determinado, convulsionaron el globo y generaron producciones vegetales y fluidos atmosféricos diversos. El hombre, al igual que todos los seres orgánicos, apareció en la Tierra cuando pudo encontrar en ella las condiciones necesarias para su existencia.

Ahí se detiene la *creación material*, solo debido a las fuerzas de la naturaleza; ahí comienza el rol del Espíritu, encarnado en el hombre para el trabajo, porque debe contribuir a la obra común; al trabajar para sí mismo, debe trabajar para el mejoramiento general. Así, desde las primeras razas, lo vemos cultivar la tierra, hacerla producir para sus necesidades corporales, y de ese modo generar transformaciones en el suelo, en sus productos, en sus gases y en sus fluidos. Cuánto más se puebla la Tierra, más la trabajan los hombres, la cultivan y la sanean, y sus productos son más abundantes y variados. La purificación de sus fluidos genera poco a poco la desaparición de las especies vegetales y animales venenosas y perjudiciales para el hombre, especies que ya no pueden existir en un aire demasiado puro y sutil para su organización, y que ya no les aporta los elementos necesarios para su manutención. El estado sanitario del globo ha mejorado sensiblemente desde su origen; pero como todavía deja mucho que desear, esto es el indicio de que seguirá mejorando con el trabajo y la industria

del hombre. No deja de tener un propósito el hecho de que el hombre sea impulsado a establecerse en las tierras más ingratas e insalubres. Ya tornó habitables regiones infestadas por los animales inmundos y los miasmas deletéreos. Poco a poco las transformaciones que introdujo en el suelo generaron una depuración completa.

Mediante el trabajo, el hombre aprende a conocer y a dirigir las fuerzas de la naturaleza. En la historia se puede seguir el hilo de los descubrimientos y las conquistas del espíritu humano, y el modo como las aplicó con miras a sus necesidades y satisfacciones. No obstante, al seguir esa línea, debemos notar que el hombre se ha refinado, se ha desmaterializado. Y si nos proponemos trazar un paralelo entre el hombre de la actualidad y los primeros habitantes del globo, se podrá evaluar el progreso cumplido; se verá que cuanto más progresa el hombre, más se lo induce a seguir progresando, y que la progresión se corresponde con el progreso cumplido. En la actualidad, el progreso avanza a gran velocidad y arrastra forzosamente a los retardatarios.

Acabamos de hablar del progreso *físico*, *material*, *inteligente*; pero consideremos el progreso moral y la influencia que este debe ejercer en el primero.

El progreso moral se despertó al mismo tiempo que el desarrollo material, pero fue más lento, porque como el hombre se encontraba en medio de una creación completamente material, tenía necesidades y aspiraciones en consonancia con su entorno. Al avanzar, sintió que *lo espiritual* se desarrollaba y crecía en él, y con la ayuda de las influencias celestiales comenzó a comprender la necesidad de una dirección inteligente de la materia por parte del Espíritu. El progreso moral continuó su desarrollo, y, a diferencia de otras épocas, Espíritus adelan-

tados acudieron para guiar a la humanidad e imprimirle un mayor impulso a su camino ascendente: tales son Moisés, los Profetas, Confucio, los Sabios de la Antigüedad y el Cristo, el más grande de todos, aunque el más humilde de la Tierra. El Cristo brindó al hombre una idea más importante acerca de su propio valor, de su independencia y su personalidad espiritual. Pero como sus sucesores fueron muy inferiores respecto de él, no comprendieron la grandiosa idea que brilla en todas sus enseñanzas, materializaron lo que era espiritual; de ahí esa especie de *statu quo moral* en el que se ha detenido la humanidad. El progreso científico e inteligente continúa su marcha, pero el progreso moral se arrastra lentamente. ¿Acaso no es cierto que, si después de Cristo todos los que profesaron su doctrina la hubieran practicado, los hombres se habrían ahorrado muchos males, y en la actualidad se encontrarían más adelantados moralmente?

El espiritismo viene a acelerar ese progreso, revelándole a la humanidad terrestre sus destinos, y ya reconocemos su fuerza por la cantidad de adeptos con que cuenta y por la facilidad con la cual se lo comprende. Habrá de generar una *transformación moral activa*, y a través de la multiplicidad de las comunicaciones mediúmnicas, el corazón y el espíritu de los encarnados serán preparados por los Espíritus amigos e instructores. De dicha instrucción surgirá un nuevo impulso científico, porque se abrirán nuevos caminos para la ciencia, que dirigirá sus investigaciones hacia las nuevas fuerzas de la naturaleza, que se ponen en evidencia. Las facultades humanas que ya se desarrollan, lo harán más aún mediante el trabajo mediúmnico.

El espiritismo, acogido en primer lugar por las almas tiernas e inconsolables ante la pérdida de sus familiares y amigos,

luego fue aceptado por los desdichados de este mundo, cuyo número es grande, y que han sido alentados y socorridos en sus pruebas por su doctrina tan afable y fortificante a la vez. De tal modo, se ha propagado rápidamente, y muchos incrédulos *sorprendidos*, que al principio lo estudiaron con curiosidad, se *convencieron* cuando en él hallaron esperanzas y consuelos.

En la actualidad, los científicos comienzan a inquietarse, y algunos de ellos lo estudian seriamente y lo admiten como una *fuerza natural* desconocida hasta el presente. Al aplicar en él su inteligencia y sus conocimientos ya adquiridos, lograrán que la humanidad dé un paso científico inmenso.

Pero los Espíritus no se limitan a la instrucción científica; su obligación es doble, pues sobre todo deben cultivar vuestra moral. Además de los estudios de la ciencia, ellos harán –y lo hacen desde ahora– que trabajéis vuestro propio *yo*. Los encarnados inteligentes y deseosos de avanzar, comprenderán que su desmaterialización es la mejor condición para el estudio progresivo, y que su dicha presente y futura depende de eso.

Observación. De este modo, después de que haya alcanzado cierto grado de elevación en cuanto al progreso intelectual, el mundo entrará en el periodo del progreso moral, cuya puerta el espiritismo le abre. Este progreso habrá de realizarse y conducirá naturalmente hacia la transformación de la humanidad, mediante la ampliación del ámbito de las ideas en el sentido espiritual, con la práctica inteligente y racional de las leyes morales que el Cristo enseñó. La rapidez con la cual las ideas espíritas se propagan, incluso en medio del materialismo que domina nuestra época, es el indicio cierto de un cambio inminente en el orden de las cosas. Para eso basta con

la extinción de una generación, pues la que está surgiendo ya se anuncia con nuevos auspicios.

* * *

La imprenta

(Comunicación espontanea.
Sociedad espírita de París, 19 de febrero de 1864.
Médium: señor Leymarie.)

La imprenta fue inventada en el siglo XV. Al igual que con tantos otros inventos, conocidos o desconocidos, con este hubo que tomar la copa y beber la hiel. Espíritas, no he venido a vosotros para relataros mis disgustos o mis padecimientos, porque en esos tiempos de ignorancia y de tristeza, en los que vuestros padres tenían en el pecho esa pesadilla llamada feudalismo y una teocracia ciega y celosa de su poder, *todo hombre de progreso tenía demasiada cabeza*. Solo quiero deciros algunas palabras acerca de mi invento, de sus resultados y de su afinidad espiritual con vosotros, con los elementos que constituyen vuestra fuerza expansiva.

La revolución madre, la que llevaba en sus flancos el modo de expresión de la humanidad, el pensamiento humano despojándose del pasado, de su piel simbólica, es la invención de la imprenta. Con esta forma, el pensamiento se mezcla en el aire, se espiritualiza, será indestructible. Dueña de los siglos venideros, levanta su vuelo inteligente para conectar todos los puntos del espacio, y desde ese día domina la vieja manera de hablar. A los pueblos primitivos les hacía falta monumentos que representaran un pueblo, montañas de piedra diciendo a

los que saben ver: "Esta es mi religión, mi ley, mis esperanzas, mi poesía".

En efecto, la imprenta reemplaza al jeroglífico; su lenguaje es accesible para todos, su industria es sencilla; porque un libro no requiere más que un poco de papel y de tinta, algunas manos, en tanto que una catedral exige muchas vidas de un pueblo, y toneladas de oro.

Ahora permitidme una digresión. El alfabeto de los primeros pueblos estaba compuesto de pedazos de roca, a los que el hierro no había tocado. Las piedras alzadas de los celtas también se encuentran en Siberia tanto como en América. Eran los recuerdos humanos devenidos confusos, escritos en monumentos duraderos. El Guilgal hebreo, los crómlech, los dólmenes, los túmulos, más tarde expresaron palabras.

Después vinieron la tradición y el símbolo. Dado que esos primeros monumentos ya no bastaban, se creó el edificio, y la arquitectura se tornó monstruosa; se planta como un gigante, para repetir a las generaciones nuevas los símbolos del pasado. Tales fueron las pagodas, las pirámides, el templo de Salomón.

Es el edificio que contenía el Verbo, esa idea madre de las naciones. Su forma y su emplazamiento representaban una idea, y por eso todos los símbolos tienen sus grandes y magníficas páginas de piedra.

La masonería es la idea escrita, inteligente, que pertenece a esos hombres que resultaron unidos por un símbolo, que adoptaron a Hiram como patrón y compusieron esa francmasonería tan vilipendiada que ha llevado consigo el germen de toda libertad. Supo sembrar en todo el mundo sus monumentos y los símbolos del pasado, reemplazando la teocracia

de las primeras civilizaciones por la democracia, esa ley de la libertad.

Después de los monumentos teocráticos de la India y de Egipto, llegan sus hermanas: las arquitecturas griega y romana, y luego el estilo románico tan sombrío, representando lo absoluto, la unidad, el sacerdote. Las cruzadas nos traen la ojiva, y el señor quiere compartir, a la espera del pueblo que sabrá ocupar su lugar. El feudalismo ve nacer la comuna, y el rostro de Europa cambia, porque la ojiva destrona al románico. El masón se convierte en artista y poetiza la materia; se da el privilegio de la libertad en la arquitectura, porque entonces el pensamiento solo tenía ese modo de expresión. ¡Cuántas sediciones escritas también en la fachada de nuestros monumentos! Por eso los poetas, los pensadores, los desheredados, todo lo que era inteligente, cubrió Europa de catedrales.

Ya veis que, hasta el pobre Gutenberg, la arquitectura es la escritura universal. Por su parte, la imprenta derroca al gótico. La teocracia es el horror del progreso, la conservación momificada de los tipos primitivos. La ojiva es la transición de la noche al crepúsculo, en el que todos pueden leer la piedra fácil de comprender. Pero la imprenta es el día pleno que derroca al manuscrito, reclamando el lugar más amplio que a partir de entonces nadie podrá restringir.

Como el sol, la imprenta fecundará el mundo con sus rayos benéficos; la arquitectura ya no representará a la sociedad; será clásica y renacentista. Y ese mundo de artistas, divorciados del pasado, hace brecha en las teogonías humanas para seguir el camino trazado por Dios; deja los simples artesanos de los monumentos del renacimiento para convertirse en estatuario, pintor, músico. La fuerza de armonía se consume en libros, y ya en el siglo XVI es tan robusta, tan fuerte esta

imprenta de Nuremberg, que constituye el advenimiento de un siglo literario. Es a la vez Lutero, Jean Goujon, Rousseau, Voltaire. Libra en la vieja Europa ese combate lento pero seguro que sabe reconstruir después de haber destruido.

Y ahora que el pensamiento se ha emancipado, ¿cuál es el poder que podría escribir el libro arquitectural de nuestra época? Todos los millardos de nuestro planeta no alcanzarían para eso, y nadie podrá rescatar lo que está en el pasado y le pertenece exclusivamente.

Sin desdeñar el gran libro de la arquitectura que es el pasado y su enseñanza, agradezcamos a Dios que sabe, en las épocas adecuadas, poner en nuestro poder un arma tan fuerte que se convierte en el pan del Espíritu, la emancipación del cuerpo, el libre albedrío del hombre, la idea común a todos, la ciencia, un abecé que fecunda la Tierra para que seamos mejores. No obstante, si bien la imprenta os ha emancipado, la electricidad os hará verdaderamente libres, pues destronará la prensa de Gutenberg para poner en vuestras manos un poder mucho más temible, y eso será pronto.

La ciencia espírita, esa salvaguarda de la humanidad, os ayudará a comprender el nuevo poder del que os hablo. Gutenberg, a quien Dios otorgó una misión providencial, sin duda formará parte de la segunda, es decir, de la que os guiará en el estudio de los fluidos.

Pronto estaréis listos, queridos amigos. Pero también, ya no se trata tan solo de ser espíritas fervientes, pues es necesario estudiar, a fin de que todo lo que se os ha enseñado sobre la electricidad y los fluidos en general sea para vosotros una gramática sabida de memoria. Nada es ajeno para la ciencia de los Espíritus; cuanto más se consolide vuestro bagaje intelectual, menos os sorprenderán los nuevos descubrimientos.

Como debéis ser los iniciadores de nuevas formas de pensamiento, debéis ser fuertes y estar seguros de vuestras facultades espirituales.

Así pues, yo tenía razón al hablaros de mi misión, hermana de la vuestra. Vosotros sois los elegidos entre los hombres. Los Espíritus buenos os entregan un libro que da la vuelta al mundo, y sin la imprenta no seríais nada. Gracias a vosotros, la obsesión que oculta la verdad a los hombres desaparecerá. Pero, os lo repito, preparaos y estudiad para que no seáis indignos del nuevo beneficio, y para que sepáis con más inteligencia que otros a difundirlo y lograr que se lo acepte.

Gutenberg

Observación. La imprenta, debido a la divulgación de las ideas que ha tornado imperecederas y que difunde por todo el mundo, generó una revolución intelectual que nadie puede ignorar. Por ese resultado, que había sido entrevisto en sus comienzos, algunos la calificaron de invención diabólica, lo cual es otro punto en común que tiene con el espiritismo, y acerca del cual Gutenberg omitió referirse. En verdad, parecería que –conforme a la opinión de algunas personas– el diablo tiene el monopolio de las grandes ideas, pues se le atribuyen todas las que tienden a lograr que la humanidad avance. Sabemos que el propio Jesús fue acusado de obrar a instancias del demonio, que en verdad debe sentirse orgulloso de las cosas buenas y bellas que le quitan a Dios para atribuírselas a él. ¿Acaso no fue él quien inspiró a Galileo y dio lugar a todos los descubrimientos científicos que hicieron progresar a la humanidad? De tal modo, sería preciso que fuera muy modesto para no considerarse el amo del universo.

Pero lo que resulta extraño es su torpeza, pues no existe un solo progreso de la ciencia cuyo efecto no haya sido la ruina de su propio imperio. Este es un punto en el que no han pensado suficientemente.

Si ese medio de propagación por completo material ha sido tan poderoso, ¡cuánto más lo será la enseñanza de los Espíritus, que se comunican en todas partes, llegando a lugares donde el acceso a los libros está prohibido, y que se hacen escuchar incluso por aquellos que no lo desean! ¿Qué clase de poder humano podría resistirse a una fuerza semejante?

Esta notable disertación generó en el seno de la Sociedad de París las siguientes reflexiones por parte de otro Espíritu.

Acerca de la arquitectura y la imprenta

a propósito de la comunicación de Gutenberg

(Sociedad espírita de París. Médium: señor A. Didier.)

El Espíritu de Gutenberg ha definido muy poéticamente los efectos positivos y tan universalmente progresivos de la imprenta y del porvenir de la electricidad. Con todo, en mi calidad de antiguo cantero de castillos, de matacanes, de terraplenes y de catedrales, me permito exponer algunas teorías acerca del carácter y el objetivo de la arquitectura de la Edad Media.

Todo el mundo sabe, e ilustres profesores arqueólogos lo enseñan en la actualidad, que la religión y la fe ingenuas han levantado con el genio del hombre esos espléndidos monumentos góticos que se extienden por la superficie de Europa. Y aquí más que nunca la idea expresada por el Espíritu de Gutenberg está repleta de elevación.

Sin embargo, consideramos necesario emitir nuestra propia opinión, si bien no es contraria a la de él.

La idea, esa luz del alma, chispa real que comunica la voluntad y el movimiento al organismo humano, se manifiesta de diferentes maneras, ya sea a través del arte, la filosofía, etc. La arquitectura, ese arte elevado que tal vez expresa de la mejor manera la naturaleza y el genio de un pueblo, fue consagrada, en las naciones impresionables y creyentes, al culto de Dios y a las ceremonias religiosas. La Edad Media, fuerte del feudalismo y su creencia, tuvo la gloria de fundar dos artes esencialmente diferentes en sus objetivos y su consagración, pero que expresan perfectamente el estado de su civilización: el castillo fuerte, habitado por el señor o el rey; la abadía, el monasterio y la Iglesia. En una palabra, el arte arquitectónico militar y el arte arquitectónico religioso. Los romanos, esencialmente administradores, guerreros, civilizadores, colonizadores universales, forzados por la extensión de sus conquistas, nunca tuvieron un arte arquitectónico inspirado en su fe religiosa. Tan solo la avidez, el deseo de lucro y de poder ejecutivo, los llevaron a construir esos formidables apilamientos de piedra, símbolo de su audacia y su capacidad intelectual. La poesía del Norte, contemplativa y brumosa, unida a la suntuosidad del arte oriental, creó el género gótico, al principio austero, y poco a poco florido. En efecto, vemos en la arquitectura la realización de las tendencias religiosas y del despotismo feudal.

Esas ruinas famosas de muchas revoluciones humanas, más que por el tiempo, todavía se imponen por su aspecto grandioso y formidable. Parece que el siglo que las vio levantarse era duro, sombrío e inexorable como ellas. Pero de ahí no debemos concluir que el descubrimiento de la imprenta, a

fuerza de expandir el pensamiento, haya simplificado el arte de la arquitectura.

No; el arte, que es una parte de la idea, siempre será una manifestación, ya sea religiosa, política, militar, democrática o principesca. El arte tiene su rol, y la imprenta el suyo. Sin ser exclusivamente especialista, no hay que confundir el objetivo de cada cosa. Tan solo hay que decir que no se deben mezclar las diferentes facultades y las diferentes manifestaciones de la idea humana.

Robert de Luzarches

* * *

El espiritismo y la francmasonería

(Sociedad espírita de París, 25 de febrero de 1864.)

Nota. En esta sesión se agradeció al Espíritu de Gutenberg, con la solicitud de que tuviera a bien participar de nuestras conversaciones en caso de que lo considerara oportuno.

En la misma sesión, la presencia de varios dignatarios extranjeros de la Orden masónica motivó la siguiente pregunta:

¿Qué contribución puede encontrar el espiritismo en la francmasonería?

Varias disertaciones se obtuvieron al respecto.

I

Señor Presidente: os agradezco vuestra amable invitación. Es la primera vez que una de mis comunicaciones es leída

en la Sociedad espírita de París, y confío en que no será la última.

Tal vez hayáis encontrado, en mis reflexiones un tanto extensas acerca de la imprenta, alguna idea que no aprobáis por completo. No obstante, si reflexionáis sobre la dificultad que experimentamos al relacionarnos con los médiums y emplear sus facultades, tendréis a bien pasar por alto algunas expresiones o giros del lenguaje que no siempre podemos dominar. Más adelante, la electricidad hará su revolución mediúmnica, y como todo cambiará en la manera de reproducir el pensamiento del Espíritu, ya no encontraréis esas lagunas que a veces son lamentables, sobre todo cuando las comunicaciones se leen ante extraños.

Hablasteis de la francmasonería, y tenéis razón al esperar que en ella se encuentren buenos elementos. ¿Qué se pide a los masones iniciados? Que crean en la inmortalidad del alma y en el divino Arquitecto, que sean bondadosos, dedicados, sociables, dignos y humildes. Allí se practica la igualdad en su más amplia escala, de modo que en esas sociedades hay una afinidad con el espiritismo tan evidente que hiere los ojos.

La cuestión del espiritismo fue incluida en el orden del día de varias logias, y este fue el resultado: se leyeron voluminosos informes muy confusos al respecto, pero no lo estudiaron a fondo. Por eso, como en muchas otras partes, se discutió acerca de algo que no se conocía, y lo evaluaron a partir de rumores, más que de la realidad. No obstante, muchos masones son espíritas, y trabajan intensamente para propagar esta creencia. Todos escuchan, y si la costumbre dice "no", la razón dice "sí".

Esperad, pues; porque el tiempo es un reclutador sin igual. Con él se modifican las impresiones, y necesariamente, en el vasto campo de los estudios abiertos en las logias, el estudio

espírita entrará como complemento; porque eso ya está en el aire. Se rieron, criticaron; pero ya no se ríen: meditan.

Entonces, tendréis un semillero espírita en esas sociedades esencialmente liberales, a través de las cuales entraréis de lleno en ese segundo período que debe preparar los caminos prometidos. Los hombres inteligentes de la masonería os bendecirán a su vez, porque la moral de los espíritas dará un contenido a esa secta tan comprometida, tan temida, pero que ha hecho más bien de lo que se supone.

Todo conlleva un parto trabajoso, una afinidad misteriosa; y si bien eso existe respecto de lo que perturba las clases sociales, no es menos cierto para lo que conduce al adelanto moral de los pueblos.

Gutenberg (*Médium*: señor Leymarie.)

II

Mi querido hermano en doctrina (el Espíritu se dirige a uno de los francmasones espíritas presentes en la sesión): acudo dichoso a responder el benévolo llamado que haces a los Espíritus que han amado y fundado las instituciones francmasónicas. Para cimentar esa asociación generosa, dos veces he vertido mi sangre; dos veces las plazas públicas de esta ciudad fueron teñidas con la sangre del pobre Jacques Molé. Queridos hermanos, ¿hará falta una tercera vez? Afirmaré con regocijo: ¡No! Se os ha dicho: "¡Cuanta más sangre, más despotismo, más verdugos!" Una sociedad de hermanos, de amigos, de hombres llenos de buena voluntad que solo desean una cosa: ¡conocer la verdad para hacer el bien! Aún no me había comunicado en esta asamblea. Mientras vosotros habla-

bais de ciencia espírita, de filosofía espírita, yo cedía mi lugar a los Espíritus que son más aptos para daros consejos acerca de esos diversos puntos, y escuchaba pacientemente, sabiendo que mi turno llegaría. Hay tiempo para todo, así como hay un momento para todos. De tal modo, creo que ha llegado la hora y que el momento es oportuno. Por consiguiente, vengo a deciros cuál es mi opinión acerca del espiritismo y la francmasonería.

Las instituciones masónicas han sido para la sociedad un camino que conduce a la felicidad. En una época en la que cualquier idea liberal era considerada un crimen, los hombres necesitaban una fuerza que, a pesar de su sometimiento a las leyes, no dejara de hallarse emancipada: emancipada a través de sus creencias, sus instituciones y la unidad de su enseñanza. En esa época, la religión todavía era, no una madre consoladora, sino un poder despótico que con la voz de sus ministros ordenaba, hería, lograba que todo se sometiera a su voluntad. Era un instrumento de terror para todo el que pretendiera, como librepensador, actuar y brindar a los hombres sufridores un poco de valor; y en la desdicha, algún consuelo moral. Unidos por el corazón, por la fortuna y la caridad, nuestros templos fueron los únicos altares en los que no se había desconocido al verdadero Dios, donde el hombre aún podía llamarse hombre, donde el niño podía confiar en que más tarde encontraría un protector; y el abandonado, amigos.

Varios siglos han pasado, y todos colocaron algunas flores más en la corona masónica. Fueron mártires, hombres letrados, legisladores, que contribuyeron a su gloria convirtiéndose en sus defensores y conservadores. En el siglo XIX, el espiritismo llega, con su antorcha luminosa, para tender la mano a los comendadores, a los rosacruces, y decirles de viva

voz: "¡Adelante, hermanos míos, soy realmente la voz que se hace escuchar en el Oriente, y a la que el Occidente responde, diciendo: *Gloria, honor, victoria, para los hijos de los hombres*!" Algunos días más, y el espiritismo habrá traspuesto el muro que separa la mayor parte del recinto del templo de los secretos. Ese día, la sociedad verá que en su seno florece la más bella flor espírita, que al dejar caer sus pétalos dará una semilla regeneradora de auténtica libertad. El espiritismo ha hecho adelantos, pero el día que dé la mano a la francmasonería, todas las dificultades serán vencidas, todo obstáculo será superado, la verdad saldrá a la luz, y el más grande progreso moral se habrá cumplido; habrá traspuesto los primeros grados del trono en el que pronto reinará.

Para vosotros, un saludo fraternal y amistad.

Jacques de Molé
(*Médium*: señorita Béguet.)

III

Para mí ha sido una inmensa satisfacción tomar parte en las discusiones de este centro tan profundamente espiritualista, y lo hice ante la invitación de Gutenberg, del mismo modo que hace unos días lo hice invitado por Jacquard.

La mayor parte de la disertación del gran tipógrafo trató la cuestión desde el punto de vista del oficio, y solo vio principalmente en esa bella invención el lado práctico, material, utilitario. Ampliemos el debate, y consideremos la cuestión en otro nivel.

Sería un error suponer que la imprenta vino para sustituir a la arquitectura, porque esta permanecerá para continuar su

rol historiográfico a través de monumentos característicos, acuñados por el espíritu de cada siglo, de cada generación, de cada revolución humanitaria. No; afirmamos que la imprenta no vino para demoler, sino para completar, con su obra específica, grande y emancipadora. Llegó en el momento oportuno, como todos los descubrimientos que aparecen providencialmente en la Tierra. Contemporáneo del monje que inventó la pólvora, y que de ese modo transformó completamente el viejo arte de las batallas, Gutenberg aportó una nueva herramienta para la expansión de las ideas. No lo olvidemos: la imprenta no podía tener su legítima razón de ser sino mediante la emancipación de las masas y el desarrollo intelectual de los individuos. Sin esa necesidad satisfecha, sin ese alimento, ese maná espiritual para distribuir, la imprenta se habría debatido durante mucho tiempo en el vacío, y solo habría sido considerada el sueño de un loco o una utopía sin sentido. ¿Acaso no fueron tratados de ese modo los primeros inventores, o mejor dicho, los que por primera vez descubrieron y comprobaron las propiedades del vapor? Haced que Gutenberg nazca en las islas Andamán, y la imprenta fracasará fatalmente.

Así pues, se trata de la idea: en ella radica la herramienta primordial que es necesario considerar. Sin la idea, sin el trabajo fecundo de los pensadores, de los filósofos, de los ideólogos, e incluso de los monjes soñadores de la Edad Media, la imprenta habría permanecido como letra muerta. De tal modo, Gutenberg puede encender más de una vela en honor a los dialécticos de la escuela que hicieron germinar la idea y pulieron las inteligencias. La idea febril, que adopta una forma plástica en el cerebro humano, es y será siempre el gran motor de los descubrimientos y de las invenciones. Crear una nueva necesidad en medio de las sociedades modernas es abrir

un nuevo camino para la idea perpetuamente innovadora; es impulsar al hombre inteligente hacia la búsqueda de lo que satisfará esa nueva necesidad de la humanidad. Por eso, en todas partes donde la idea impere soberana, dondequiera que se la acoja con respeto y que los pensadores reciban honores, podemos estar seguros de progresar hacia Dios.

La francmasonería, contra la cual se ha gritado tanto, contra la cual la Iglesia romana no ha dejado de imponer anatemas, a pesar de lo cual ha sobrevivido, la francmasonería abrió las puertas de sus templos de par en par al culto emancipador de la idea. En su seno, todas las cuestiones más graves fueron tratadas, y antes de que el espiritismo surgiera, los venerables y los grandes maestres sabían y profesaban que el alma es inmortal, y que los mundos visibles e invisibles se comunican entre sí. Allí, en esos santuarios donde los profanos no eran admitidos, los Swedenborg, los Pasqualis, los Saint-Martin, obtuvieron resultados fulminantes. Allí, la gran *Sofía*, la etérea inspiradora, enseñó a esos primogénitos de la humanidad los dogmas emancipadores de los que 1789 extrajo sus principios fecundos y generosos. Allí, mucho antes de vuestros médiums contemporáneos, los precursores de vuestra mediumnidad, grandes desconocidos, habían evocado y hecho aparecer a los sabios de la Antigüedad y de los primeros siglos de esta era. Allí… Pero me detengo; el marco restringido de vuestras sesiones, el tiempo que transcurre, no me permiten extenderme cuanto quisiera respecto de este interesante tema. Lo retomaremos más tarde. Solo diré que el espiritismo encontrará en el seno de las logias masónicas una falange numerosa y compacta de creyentes, pero no de creyentes efímeros, sino serios, resolutos e inquebrantables en su fe.

El espiritismo realiza todas las aspiraciones generosas y caritativas de la francmasonería; sanciona las creencias que esta profesa, pues brinda pruebas irrefutables de la inmortalidad del alma; conduce a la humanidad hacia el objetivo que aquella se propone: la unión, la paz y la fraternidad universal, a través de la fe en Dios y en el porvenir. ¿Acaso los espíritas sinceros de todas las naciones, de todos los cultos y de todas las clases no se consideran hermanos? ¿No existe entre ellos una auténtica francmasonería, con la diferencia de que, en vez de ser secreta, se practica a plena luz del día? Hombres esclarecidos como los que ella posee, cuyas luces se hallan por encima de los prejuicios de camarillas y de castas, no pueden ver con indiferencia el movimiento que esa nueva doctrina, esencialmente emancipadora, produce en el mundo. Rechazar un elemento tan poderoso de progreso moral sería abjurar de sus principios y ponerse al nivel de los hombres retrógrados. No, estoy seguro de que no se dejarán confundir, pues veo que bajo nuestra influencia se ocuparán de esta grave cuestión.

El espiritismo es una corriente de ideas irresistible, que debe conquistar el mundo entero; tan solo es una cuestión de tiempo. Ahora bien, considerar que la institución masónica consentirá en aniquilarse y en desempeñar un rol negativo ante el movimiento que impulsa a la humanidad hacia adelante; considerar, sobre todo, que pondrá el apagador sobre la vela, como si le tuviera miedo a la luz, sería desconocer su carácter.

Se comprende que solo me refiero a la alta francmasonería, y no a esas logias creadas para la ilusión, donde se reúnen para comer y beber, o para reírse de las perplejidades que inocentes experiencias causan en los neófitos, más que para discutir las cuestiones de moral y de filosofía. A fin de que la francmasonería pueda continuar su vasta misión sin obstácu-

los, sería necesario que hubiera de distancia en distancia, de radio en radio, de meridiano en meridiano, templos fuera del templo, lugares profanos fuera de los lugares sagrados, falsos tabernáculos fuera del arca. En esos centros, los adeptos del espiritismo han intentado inútilmente hacerse escuchar.

En resumen, la francmasonería enseñó el dogma precursor del vuestro, y profesó en secreto lo que vosotros proclamáis en voz alta. He dicho que retomaré esta cuestión, toda vez que los grandes Espíritus que presiden vuestros trabajos me lo permitan. Entretanto, os aseguro que la doctrina espírita puede unirse perfectamente a las grandes logias de Oriente. En este momento, ¡gloria al gran Arquitecto!

Un ex francmasón
Vaucanson (*Médium*: señor d'Ambel.)

* * *

A los obreros

(Sociedad espírita de París, 17 de enero de 1864.
Médium: señora Costel.)

Vengo a vosotros, amigos míos, a vosotros que sois los experimentados proletarios del sufrimiento. Vengo a saludaros, valientes y dignos obreros, en nombre de la caridad y del amor. Vosotros sois los bienamados de Jesús, de quien he sido amigo. Reposad en la creencia espírita, como yo lo hice en el seno del enviado divino. Obreros, vosotros sois los elegidos en el camino doloroso de la prueba, donde avanzáis con los pies sangrantes y el corazón desconsolado. Hermanos, ¡tened esperanza!

Toda pena lleva consigo su salario; toda jornada laboriosa tiene su noche de descanso. Creed en el porvenir, que será vuestra recompensa, y no busquéis el olvido, que es impío. El olvido, amigos míos, es la embriaguez egoísta o brutal; es el hambre para vuestros hijos y las lágrimas para vuestras esposas. El olvido es una cobardía. ¿Qué pensaríais de un obrero que, con el pretexto de un leve cansancio, abandonara el taller e interrumpiera cobardemente la jornada comenzada? Amigos míos, la vida es la jornada de la eternidad; cumplid valerosamente su labor; no soñéis con un descanso imposible; no adelantéis la hora del reloj de los tiempos. Todo llega en el momento oportuno: la recompensa por el valor, así como la bendición al corazón conmovido que confía en la justicia eterna.

Sed espíritas: os tornaréis fuertes y pacientes, porque aprenderéis que las pruebas son una garantía segura de progreso, y porque esas pruebas os abrirán las puertas de las moradas dichosas en las que bendeciréis los sufrimientos que os habrán permitido el acceso.

Para todos vosotros, obreros y amigos, mis bendiciones. Asisto a vuestra asamblea porque sois los bienamados de aquel que fue…

Juan el Evangelista

Allan Kardec

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año VII Número 5 Mayo de 1864

Teoría de la presciencia[9]

¿Cómo es posible el conocimiento del futuro? Es lógico que se prevean los acontecimientos que habrán de ser consecuencia del estado presente, pero no los que no tienen con éste relación alguna, y menos aún los que se atribuyen al acaso. Se suele decir que las cosas futuras no existen, que todavía se encuentran en la nada. ¿Cómo, entonces, es posible saber que sucederán? Con todo, son muy numerosos los casos de predicciones que se cumplen, lo que nos lleva a la conclusión de que ahí se da un fenómeno para cuya explicación falta la clave, visto que no hay efecto sin causa. Esa causa es la que intentaremos descubrir, y el espiritismo, que es de por sí la clave de tantos misterios, nos la proveerá, mostrándonos también que el hecho de las predicciones no es incompatible con las leyes naturales.

9. Véase el capítulo XVI de *La génesis, los milagros y las predicciones según el espiritismo*; Buenos Aires: CEA, 2022. (N. del T.)

Tomemos, a modo de comparación, un ejemplo de las cosas usuales, que nos ayudará a hacer que se comprenda el principio que nos proponemos dilucidar.

Supongamos que un hombre ubicado en lo alto de una montaña contempla la vasta extensión de una llanura. En esa situación, la distancia de una legua le resultará poca cosa, y fácilmente podrá abarcar, con una sola mirada, todos los accidentes del terreno, desde el comienzo hasta el final del camino. Por su parte, un viajero que recorra ese camino por primera vez sabrá que si avanza llegará a destino, lo que constituye una simple previsión de la consecuencia que habrá de tener su marcha; pero los accidentes del terreno, las subidas y las bajadas, los ríos que deberá cruzar, los bosques que atravesará, los precipicios en que podría caer, los ladrones que lo acechan para robarle, las casas hospitalarias donde podrá descansar, todo eso es independiente de su persona, y constituye para él lo desconocido, el futuro, porque su vista no va más allá de la pequeña zona que lo rodea. En cuanto a la duración, la mide por el tiempo que emplea en recorrer el camino. Si se suprimieran los puntos de referencia, la duración desaparecería. En cambio, para el hombre que está en la cima de la montaña y que sigue al viajero con la mirada, todo aquello es el presente. Supongamos que ese hombre vaya al encuentro del viajero y le diga: "En determinado momento encontrarás tal cosa, serás atacado, pero recibirás auxilio". Estará prediciendo el futuro; para el viajero es el futuro; para el hombre de la montaña ese futuro es el presente.

Ahora, si saliéramos del ámbito de las cosas puramente materiales, y nos introdujéramos con el pensamiento en el dominio de la vida espiritual, veríamos que ese fenómeno se produce en mayor escala. Los Espíritus desmaterializados son como el hombre de la montaña: el espacio y la duración no

existen para ellos. Pero la extensión y la penetración de su vista son proporcionales a la pureza y a la elevación que han alcanzado en la jerarquía espiritual. Ellos son, en relación con los Espíritus inferiores, como hombres provistos de un poderoso telescopio, al lado de otros que apenas disponen de los ojos. En los Espíritus inferiores la visión está circunscripta, no sólo porque ellos difícilmente pueden alejarse del mundo en el que están cautivos, sino también porque la densidad de sus periespíritus actúa como un velo en relación con las cosas distantes, del mismo modo que la niebla las oculta para los ojos del cuerpo.

Por lo tanto, se comprende que, de conformidad con el grado de perfección, un Espíritu pueda abarcar un período de algunos años, de algunos siglos e incluso de muchos miles de años, porque, ¿qué es un siglo en relación con lo infinito? Los acontecimientos no se desarrollan en sucesión delante de él, como las irregularidades del camino delante del viajero, sino que ve simultáneamente el comienzo y el fin del período. Todos los acontecimientos que en ese período constituyen el porvenir para el hombre de la Tierra, son el presente para él, de modo que podría venir a decirnos con certeza: "determinada cosa ocurrirá en tal momento", porque él ve esa cosa como el hombre de la montaña ve lo que le espera al viajero en el transcurso de su viaje. Si no lo hace, se debe a que el conocimiento del futuro podría resultar perjudicial para el hombre; obstaculizaría su libre albedrío; lo paralizaría en el trabajo que le corresponde cumplir a favor de su progreso. El bien y el mal que lo aguardan, al mantenerse como una incógnita, constituyen una prueba para él.

Si esa facultad, aunque restringida, puede incluirse entre los atributos de la criatura humana, ¿qué grado de poder no

habrá de alcanzar en el Creador, que abarca el infinito? Para Dios, el tiempo no existe: el comienzo y el fin de los mundos constituyen el presente. Dentro de ese inmenso panorama, ¿qué representa la duración de la vida de un hombre, de una generación, de un pueblo?

No obstante, como el hombre debe cooperar al progreso general, y ciertos acontecimientos tienen que ser el resultado de su colaboración, es conveniente que en ciertos casos presienta esos acontecimientos, a fin de que haga sus planes y esté listo para actuar cuando llegue el momento propicio. Por eso Dios permite, en ocasiones, que se levante una punta del velo; pero siempre con un fin útil, y nunca para satisfacer una curiosidad vana. Esa misión no puede ser confiada a todos los Espíritus, pues los hay que no conocen el futuro mejor que los hombres, sino a Espíritus suficientemente adelantados para cumplirla. Ahora bien, es oportuno observar que las revelaciones de ese orden siempre se hacen espontáneamente, y nunca, o al menos muy raramente, en respuesta a una pregunta directa.

Esa misión puede también ser confiada a determinados hombres, de la siguiente manera:

Aquel a quien se le ha confiado el encargo de revelar algo oculto puede recibir, sin proponérselo, la inspiración de los Espíritus que saben de qué se trata, y entonces lo transmite automáticamente, sin comprender lo que hace. Se sabe además que, tanto durante el sueño como en el estado de vigilia, en los éxtasis de la doble vista, el alma se desprende y adquiere en un grado más o menos elevado las facultades del Espíritu libre. Si se trata de un Espíritu adelantado y, sobre todo, si ha recibido como los profetas una misión especial en ese sentido, gozará, en los momentos de emancipación del alma, de la facultad de abarcar por sí mismo un período más o menos

extenso, y verá, como presentes, los acontecimientos de ese período. Puede entonces revelarlos en ese mismo instante, o conservar el recuerdo de ellos al despertar. Si esos acontecimientos deben permanecer en secreto, él los olvidará o sólo conservará una vaga intuición de lo que se le ha revelado, suficiente para guiarlo instintivamente. Por eso en ciertas ocasiones esa facultad se desarrolla providencialmente, ante la inminencia de algún peligro, durante las grandes catástrofes, en las revoluciones; y por eso la mayoría de las sectas perseguidas ha tenido numerosos *videntes*. Incluso a eso se debe que los grandes capitanes avancen resueltamente contra el enemigo, convencidos de la victoria; que hombres de genio, como Cristóbal Colón por ejemplo, se dirijan hacia una meta prediciendo, por así decirlo, el momento en que habrán de alcanzarla. Sucede que ellos han visto el objetivo, que no era desconocido para sus Espíritus.

Todos los fenómenos cuya causa se ignoraba fueron considerados maravillosos; una vez conocida la ley según la cual se cumplen, pasan a formar parte del orden de las cosas naturales. El don de la predicción no tiene nada que sea más sobrenatural que una infinidad de fenómenos. Se basa en las propiedades del alma y en la ley que rige las relaciones del mundo visible con el mundo invisible, a las que el espiritismo ha venido a dar a conocer. ¿Pero cómo admitir la existencia de un mundo invisible si no se admite la existencia del alma, o la individualidad de esta después de la muerte? El incrédulo que niega la presciencia es consecuente consigo mismo; falta saber si lo es con la ley natural.

Es probable que esta teoría de la presciencia no resuelva de un modo absoluto todos los casos de previsión del porvenir que se puedan presentar, pero no es posible dejar de reconocer

que establece el principio fundamental. Si no puede explicarlo todo, eso se debe a que el hombre tiene dificultad para colocarse en ese punto de vista extraterrenal. A causa de su propia inferioridad, su pensamiento, incesantemente atraído hacia el sendero de la vida material, es casi siempre impotente para separarse del suelo. Al respecto, ciertos hombres son como los pájaros jóvenes, cuyas alas demasiado débiles no les permiten elevarse en el aire, o como aquellos cuya vista es demasiado corta para ver a lo lejos, o bien, y por último, como los que carecen de un sentido para ciertas percepciones. Sin embargo, con algún esfuerzo y el hábito de la reflexión, lo lograrán, y los espíritas con más facilidad que otros, porque pueden identificarse mejor que otros con la vida espiritual, que comprenden.

Para la comprensión de las cosas espirituales, es decir, para que nos hagamos de ellas una idea tan clara como la que nos formamos de un paisaje que tenemos delante de los ojos, nos falta en realidad un sentido, exactamente como al ciego de nacimiento le falta el sentido necesario que le permita comprender los efectos de la luz, de los colores y de la visión a distancia. A eso se debe que solamente lleguemos a conseguirlo por un esfuerzo de la imaginación, y con ayuda de comparaciones con cosas que nos sean familiares. Las cosas materiales, sin embargo, no nos pueden dar de las cosas espirituales más que ideas muy imperfectas, razón por la cual no se debería tomar al pie de la letra esas comparaciones, y creer, por ejemplo, en el caso de que se trata, que la amplitud de las facultades perceptivas de los Espíritus depende de la altura efectiva en que se encuentran, y que necesiten estar sobre una montaña o encima de las nubes para abarcar el tiempo y el espacio. Esa facultad es inherente al estado de espiritualización o, si se prefiere, de desmaterialización del Espíritu. Esto significa que

la espiritualización produce un efecto que se puede comparar, aunque muy imperfectamente, con el de la visión de conjunto que tiene el hombre en lo alto de la montaña. Esta comparación tendía simplemente a mostrar que acontecimientos que para algunos todavía pertenecen al futuro, para otros están en el presente y, por lo tanto, se pueden predecir, lo que no implica que el efecto se produzca de la misma manera.

Por consiguiente, para gozar de esa percepción, el Espíritu no precisa transportarse a un punto cualquiera del espacio. Aquel que se encuentra en la Tierra, a nuestro lado, puede poseerla en toda su plenitud, tanto como si se hallase a mil leguas de distancia, mientras que nosotros no vemos nada más allá de nuestro horizonte visual. Como la visión de los Espíritus no se produce del mismo modo ni con los mismos elementos que la del hombre, el horizonte visual de aquellos es muy distinto. Ahora bien, precisamente ese es el sentido que nos falta para que podamos concebirlo. El Espíritu, comparado con el encarnado, es como el vidente comparado con el ciego.

Además, debemos considerar que esa percepción no se limita a la extensión, sino que abarca la penetración de todas las cosas. Es, reiteramos, una facultad inherente y proporcional al estado de desmaterialización. La encarnación la *amortigua*, sin que llegue a anularla por completo, porque el alma no queda encerrada en el cuerpo como en una caja. El encarnado la posee, en razón del adelanto del Espíritu, aunque siempre en un grado menor que cuando se halla completamente desprendido; eso es lo que confiere a ciertos hombres un poder de penetración que a otros les falta totalmente; una mayor agudeza de la visión moral; una comprensión más fácil de las cosas extramateriales. El Espíritu encarnado no solamente percibe, sino que también conserva el recuerdo de lo que ha

visto en el estado de Espíritu libre, y ese recuerdo es como un cuadro que se refleja en su pensamiento. Durante la encarnación el Espíritu ve, aunque vagamente, como a través de un velo; en el estado de libertad, ve y comprende claramente. El principio de la visión no es exterior a él, sino que está en él; por eso no tiene necesidad de nuestra luz exterior. Por efecto del desarrollo moral, el círculo de las ideas y las concepciones se amplía; por efecto de la desmaterialización gradual del periespíritu, éste se purifica de los elementos densos que alteraban la delicadeza de las percepciones. De ese modo, resulta fácil entender que la ampliación de todas las facultades resulta del progreso del Espíritu.

El grado de extensión de las facultades del Espíritu es el que, durante la encarnación, determina su mayor o menor aptitud para comprender las cosas espirituales. No obstante, esa aptitud no es la consecuencia necesaria del desarrollo intelectual; no la confiere la ciencia vulgar; y por eso se ve a hombres de una gran inteligencia y de un gran saber tan ciegos para las cosas espirituales como otros lo son para las cosas materiales; son refractarios a ellas porque no las comprenden, lo que significa que *todavía* no han progresado en ese sentido, mientras que otros, de instrucción e inteligencia comunes, las captan con la mayor facilidad, lo que prueba que ya tenían de tales cosas una intuición previa.

La facultad de cambiar el punto de vista, para ver desde uno más elevado, no solo ofrece la solución del problema de la presciencia; es además la clave de la verdadera fe, de la fe sólida, y también el más poderoso elemento de fuerza y de resignación, porque, dado que la vida terrestre aparece desde lo alto como un punto en la inmensidad, se comprende el escaso valor de las cosas que, vistas desde abajo, parecen tan

importantes. Los incidentes, las miserias, las vanidades de la vida, disminuyen a medida que se despliega el inmenso y espléndido horizonte del porvenir. El que ve de esa manera las cosas de este mundo se encuentra poco o nada afectado por las vicisitudes, y por eso mismo es tan feliz como sea posible en la Tierra. Así pues, es necesario compadecerse de los que concentran sus pensamientos en la estrecha esfera terrestre, porque experimentan con toda su fuerza el impacto de las tribulaciones que, como otros tantos aguijones, los atormentan sin cesar.

En cuanto al porvenir del espiritismo, como se sabe, los Espíritus son unánimes en afirmar que su triunfo está próximo, a pesar de los obstáculos que se le oponen. Esta previsión les resulta fácil, en principio, porque la propagación de la doctrina es obra personal de ellos; y porque saben, por lo tanto, lo que deben hacer. En segundo lugar, les basta con abarcar un período de corta duración para ver en él los poderosos auxiliares que Dios promueve, y que no tardarán en manifestarse. Aunque no sean Espíritus desencarnados, transpórtense los espíritas apenas treinta años hacia delante, al seno de la generación que surge, y consideren desde ahí lo que sucede en la actualidad; sigan los pasos del espiritismo, y verán consumirse en vanos esfuerzos a quienes se consideran destinados a derribarlo. Verán cómo estos desaparecen poco a poco de la escena, mientras el árbol crece y extiende sus raíces cada día un poco más.

Completaremos este estudio con el de las relaciones que existen entre la presciencia y la fatalidad. Entretanto, remitimos a lo que se ha dicho acerca de este último punto en *El libro de los Espíritus*, § 851 y siguientes.

Vida de Jesús

por el señor Renan

Esta obra es demasiado conocida en la actualidad para que haga falta analizarla. Nos limitaremos, pues, a examinar el punto de vista del autor, así como a deducir algunas de sus consecuencias.

La conmovedora dedicatoria al alma de su hermana, que el señor Renan coloca en el encabezamiento del libro, aunque sea muy breve nos parece una pieza fundamental, pues constituye toda una profesión de fe. La transcribimos completa porque nos permitirá realizar algunas consideraciones importantes y de interés general.

AL ALMA PURA DE MI HERMANA HENRIETTE
Muerta en Biblos, el 24 de septiembre de 1861.

"¿Recuerdas, desde el seno de Dios donde reposas, aquellas largas jornadas de Ghazir, cuando a solas contigo yo escribía estas páginas, inspiradas en los lugares que juntos habíamos visitado? Silenciosa, a mi lado, releías cada hoja y la volvías a copiar una vez escrita, mientras el mar y las aldeas, los barrancos y las montañas, se extendían a nuestros pies. Cuando la luz abrumadora dejaba paso al innumerable ejército de estrellas, tus preguntas agudas y delicadas, tus discretas dudas, me devolvían al sublime objeto de nuestros comunes pensamientos. Un día me dijiste que amarías este libro, en primer lugar, porque lo había escrito junto a ti, y también porque te agradaba. Aunque a veces temías que sufriera los estrechos juicios del hombre frívolo, siempre estuviste persuadida de que las almas verdaderamente religiosas terminarían por acogerlo. En

medio de estas dulces meditaciones, la muerte nos golpeó a los dos con su ala; el sueño de la fiebre nos llegó a la misma hora; ¡solo yo habría de despertar…! Ahora duermes en la tierra de Adonis, junto a la santa Biblos y las aguas sagradas donde las mujeres de los misterios antiguos venían a derramar sus lágrimas. Revélame, ¡oh ángel bueno!, a mí, a quien amas, estas verdades que dominan la muerte, impiden temerle y casi hacen que se la ame."

Salvo que se suponga que el señor Renan haya interpretado un papel indigno, es imposible que tales palabras procedan de la pluma de un hombre que cree en la nada. Es cierto que algunos escritores, de talento flexible, juegan con las ideas y las creencias más contradictorias, a tal punto que engañan respecto de sus propios sentimientos. Ocurre que, al igual que un actor, poseen el arte de la imitación. Para ellos, una idea no requiere ser un artículo de fe; apenas se trata de un tema en el que trabajan, por poco que se preste a la imaginación, y que adaptan de un modo u otro conforme a las necesidades de la circunstancia. Pero hay asuntos que hasta el incrédulo más empedernido no podría tocar sin sentirse sacrílego; tal es la dedicatoria del señor Renan. En un caso semejante, el hombre de buen corazón se abstiene en vez de hablar en contra de su convicción. Estos no son temas que se elijan para causar sensación.

Al considerar las formas de esa dedicatoria como la expresión concienzuda del pensamiento del autor, en ella encontramos más que una vaga idea espiritualista. En efecto, no se trata de un alma perdida en las profundidades del espacio, absorta en una eterna y beatífica contemplación, o inmersa en dolores interminables. Tampoco es el alma del panteísta, aniquilada en el océano de la inteligencia universal. Es la des-

cripción del alma individual, que conserva el recuerdo de sus afectos y de sus ocupaciones terrestres, y que retorna a los lugares en los que vivió junto a sus seres queridos. El señor Renan no le hablaría de ese modo a un mito, a un ser abismado en la nada. Para él, el alma de su hermana está a su lado; ella lo ve y lo inspira; se interesa por sus trabajos. Entre ambos se produce un intercambio de ideas, una comunicación espiritual. Sin darse cuenta, como tantos otros, lleva a cabo una verdadera evocación. ¿Qué le falta a esa creencia para que sea completamente espírita? La comunicación material. ¿Por qué, entonces, el señor Renan la rechaza para ubicarla entre las creencias supersticiosas? Porque no admite lo sobrenatural ni lo maravilloso. No obstante, si conociera el estado real del alma después de la muerte, así como las propiedades de su envoltura periespiritual, comprendería que el fenómeno de las manifestaciones espíritas no se aparta de las leyes naturales, y que para eso no hace falta recurrir a lo maravilloso; comprendería que, como ese fenómeno se produjo en todos los tiempos y en todos los pueblos, ha sido la fuente de una multitud de hechos que algunos calificaron erróneamente de sobrenaturales, en tanto que otros los atribuyeron a la imaginación; comprendería que ninguna persona puede impedir esas manifestaciones, y que en determinados casos es imposible provocarlos. ¿Qué hace, pues, el espiritismo, sino revelarnos una nueva ley de la naturaleza? Hace, respecto de cierto orden de fenómenos, lo que por otros ha hecho el descubrimiento de las leyes de la electricidad, de la gravitación, de la afinidad molecular, etc. ¿Será que la ciencia pretende haber dicho la última palabra respecto de la naturaleza? Habrá algo más sorprendente y maravilloso, en apariencia, que mantener correspondencia en poco minutos con una persona que se en-

cuentra a quinientas leguas? Antes de que se conociera la ley de la electricidad, un hecho semejante habría parecido magia, hechicería, algo diabólico o milagroso. No cabe duda de que un científico al que se lo hubieran descripto lo habría rechazado, sin que le faltaran excelentes razones para demostrar que era materialmente imposible. Imposible, desde luego, según las leyes conocidas en esa época, pero muy posible de acuerdo con una ley desconocida. Entonces, ¿por qué habría mayores probabilidades de comunicarse inmediatamente con un ser vivo cuyo cuerpo se encuentra a quinientas leguas, que con el alma de ese mismo ser que está junto a nosotros? Dirán que es así porque ya no tiene cuerpo. Pero ¿quién dijo que no tiene uno? El espiritismo afirma precisamente lo contrario, al demostrar que, si bien su alma ya no cuenta con una envoltura material, compacta, ponderable, tiene una envoltura fluídica, imponderable, pero que no deja de ser una especie de materia; que esa envoltura, invisible en su estado normal, en determinadas circunstancias y mediante una especie de modificación molecular, puede tornarse visible, como el vapor durante la condensación. Como vemos, no se trata de otra cosa más que de un fenómeno muy natural, cuya clave el espiritismo presenta mediante la ley que rige las relaciones del mundo visible con el mundo invisible.

El señor Renan, persuadido de que el alma de su hermana, o su Espíritu –lo que viene a ser lo mismo–, estaba junto a él, de que lo veía y lo escuchaba, debía creer que esa alma era algo. Si alguien le hubiera dicho: "Esa alma, cuya presencia vuestro pensamiento adivina, no es un ser vago e indefinido; es un ser limitado y circunscripto por un cuerpo fluídico, invisible como la mayoría de los fluidos. La muerte solo fue para ella la destrucción de su envoltura corporal, pero ha

conservado su envoltura etérea indestructible. De tal modo, vuestra hermana está junto a vos, tal como era en vida, pero sin el cuerpo que dejó en la tierra, como la mariposa deja su crisálida. Al morir, ella no ha hecho más que despojarse de la vestimenta grosera, que ya no le servía y la retenía en la superficie del suelo, pero ha conservado una vestimenta ligera que le permite transportarse a donde quiera, atravesar el espacio con la rapidez del rayo. En lo moral, es la misma persona, con los mismos pensamientos y las mismas afecciones, con la misma inteligencia, pero con percepciones nuevas, más amplias y sutiles, pues sus facultades ya no se encuentran oprimidas por la materia pesada y compacta a través de la cual debían transmitirse". Decid si esa descripción tiene algo de irracional. El espiritismo, al demostrar que esa descripción es real, ¿acaso resulta tan ridículo como algunos pretenden? En definitiva, ¿qué hace el espiritismo? Demuestra de una manera patente la existencia del alma. Al probar que se trata de un ser definido, otorga un objetivo real a nuestros recuerdos y afectos. Si la idea del señor Renan no era más que un sueño, una ficción poética, el espiritismo convierte esa ficción en una realidad.

La filosofía siempre se ha dedicado a la investigación del alma, de su naturaleza y sus facultades, su origen y su destino. Innumerables teorías se elaboraron al respecto, pero la cuestión se mantuvo indecisa. ¿Por qué? Al parecer, porque ninguna encontró el nudo del problema, ni lo resolvió de manera bastante satisfactoria para convencer a todo el mundo. El espiritismo, por su parte, presenta su propia teoría. Se apoya en la psicología experimental; estudia el alma, no solamente durante la vida, sino después de la muerte; la observa en el estado de aislamiento; la ve obrar en libertad. La filosofía ordinaria solo la considera en su unión con el cuerpo, some-

tida a los obstáculos de la materia, razón por la cual confunde demasiado a menudo la causa con el efecto, y se esfuerza en demostrar la existencia y los atributos del alma mediante fórmulas abstractas, ininteligibles para las masas. El espiritismo, en cambio, brinda acerca del alma pruebas patentes: logra que, por decirlo de algún modo, sea palpable y visible. Además, se expresa en términos claros y al alcance de todos. ¿Acaso la simplicidad de su lenguaje podría quitarle el carácter filosófico, conforme pretenden algunos científicos?

Con todo, para muchas personas la filosofía espírita comete un grave error, y ese error se encuentra en una sola palabra. La palabra *alma*, incluso para los incrédulos, lleva consigo algo respetable y que se impone. La palabra *Espíritu*, en cambio, despierta en ellos las ideas fantásticas de las leyendas, los cuentos de hadas, los fuegos fatuos, los hombres lobo, etc. Admiten de buen grado que se pueda creer en el alma, aunque ellos no crean, pero no comprender que mediante el buen sentido se pueda creer en los Espíritus. De ahí resulta una prevención que los induce a considerar esta ciencia como pueril e indigna de su atención. La juzgan por el rótulo, de modo que la consideran inseparable de la magia y la hechicería. Si el espiritismo se hubiera abstenido de pronunciar la palabra *Espíritu*, y si en todas las circunstancias la hubiera sustituido por la palabra *alma*, les habría causado una impresión completamente diferente. En rigor, esos profundos filósofos, esos librepensadores, admitirán que el *alma* de un ser querido escucha nuestros lamentos y acude a inspirarnos, pero no aceptarán que lo mismo ocurre con el *Espíritu* de ese ser. El señor Renan pudo colocar en el encabezamiento de su dedicatoria: *Al alma pura de mi hermana Henriette*; pero no habría puesto: *Al Espíritu puro*.

¿Por qué, entonces, el espiritismo se vale de la palabra *Espíritu*? ¿Acaso es un error? No, al contrario. En primer lugar, esa palabra es utilizada desde las primeras manifestaciones, mucho antes de que se creara la filosofía espírita. Como se trataba de deducir las consecuencias morales de esas manifestaciones, resultaba útil conservar una denominación ya en uso, para mostrar la conexión entre esas dos partes de la ciencia. Además, era evidente que la prevención respecto de tal palabra, circunscripta a una categoría específica de personas, debía desaparecer con el tiempo. El inconveniente solo podía ser momentáneo.

En segundo lugar, si bien la palabra *Espíritu* era repulsiva para algunos individuos, resultaba un atractivo para las masas, y debía contribuir más que la otra con miras a popularizar la doctrina. Por lo tanto, había que preferir a la mayoría.

Un tercer motivo es más serio que los otros dos. Las palabras *alma* y *Espíritu*, aunque sean sinónimos y se los emplee de manera indistinta, no expresan exactamente la misma idea. El *alma* es, estrictamente hablando, el principio inteligente, principio inaprensible e indefinido como el pensamiento. En el estado de nuestros conocimientos, no podemos concebirlo aislado de la materia de una manera absoluta. El periespíritu, pese a que está formado de materia sutil, hace de él un ser limitado, definido, y circunscribe su individualidad espiritual; a partir de lo cual podemos formular esta proposición: *La unión del alma, el periespíritu y el cuerpo material, constituye al* HOMBRE; *el alma y el periespíritu separados del cuerpo constituyen el ser denominado* ESPÍRITU. En las manifestaciones, pues, el alma no se presenta sola; siempre está revestida con su envoltura fluídica; esa envoltura es el intermediario necesario con cuya ayuda el alma actúa sobre la materia compacta. En las apariciones no se ve el alma, sino el periespíritu; de igual

modo que cuando vemos un hombre, se ve su cuerpo, pero no el pensamiento, la fuerza, el principio que lo lleva a actuar.

En resumen, el *alma* es el ser simple, primitivo; el *Espíritu* es el ser doble; el *hombre* es el ser triple. Si al hombre le agregamos su vestimenta, tendremos un ser cuádruple. En la circunstancia que nos ocupa, la palabra *Espíritu* es la que mejor se corresponde con la cosa expresada. A través del pensamiento, nos representamos un Espíritu, pero no un alma.

El señor Renan, convencido de que el alma de su hermana lo veía y lo escuchaba, no podía suponer que ella estuviera sola en el espacio. Una simple reflexión debía indicarle que lo mismo ocurre con todas las almas que dejan la Tierra. Las almas o Espíritus, esparcidos de tal modo en la inmensidad, constituyen el mundo invisible que nos rodea y en medio del cual vivimos. De tal modo, ese mundo no está compuesto por seres fantásticos, gnomos, duendes, demonios con cuernos y pezuñas, sino por los mismos seres que han formado la humanidad terrestre. ¿Qué hay en eso de absurdo? Así, dado que el mundo visible y el mundo invisible se mantienen en contacto perpetuo, de ahí resulta una reacción incesante de uno sobre otro, con una infinidad de fenómenos que pasan a formar parte de los hechos naturales. El espiritismo moderno no descubrió ni inventó esos fenómenos, sino que los estudió y los observó mejor; buscó las leyes que los rigen, y de tal modo los excluyó del orden de los hechos maravillosos.

Los hechos que se vinculan con el mundo invisible y sus relaciones con el mundo visible, observados en mayor o menor medida en todas las época, forman parte de la historia de casi todos los pueblos, y sobre todo de la historia religiosa. Por eso se alude a ellos en tantos pasajes de los escritores sagrados y profanos. Debido a que no se conocía esa relación, muchos

de esos pasajes se mantuvieron ininteligibles y han sido tan diversa y falsamente interpretados.

Por esa misma razón, el señor Renan se equivocó tan sorprendentemente acerca de la naturaleza de los hechos referidos en el Evangelio, así como sobre el sentido de las palabras del Cristo, su rol y su verdadero carácter, conforme lo demostraremos en un próximo artículo. Estas reflexiones, a las que nos condujo su preámbulo, eran necesarias para evaluar las consecuencias que él extrajo desde su punto de vista.

Sociedad espírita de París

Discurso de apertura del séptimo año social,
el 1.° de abril de 1864.

Señores y estimados colegas:

La Sociedad comienza su séptimo año, y ese lapso no resulta insignificante cuando se trata de una ciencia nueva. Un hecho cuyo alcance no es menor, consiste en que ha seguido de manera ininterrumpida un camino ascendente. Sin embargo, vosotros sabéis, señores, que su progreso se ha realizado en el sentido moral más que en el material. No solo no le abrió sus puertas al primero que lo solicitara, como tampoco invitó a formar parte de ella a cualquiera, sino que prefirió circunscribirse antes que crecer indefinidamente.

El número de miembros activos es, en efecto, una cuestión secundaria para cualquier sociedad que, como esta, no se proponga acumular dinero. Como *no busca suscriptores*, no le interesa la cantidad. Así lo requiere la propia naturaleza de

sus trabajos, exclusivamente científicos, para los cuales hacen falta calma y recogimiento, y no el ajetreo de la multitud.

Así pues, la señal de prosperidad de esta Sociedad no se encuentra en la cantidad de personas que la integran, como tampoco de los fondos que posee, sino por completo en la progresión de sus estudios, en la consideración que se ha ganado, en el ascendiente moral que ejerce fuera de ella, y por último en la cantidad de adeptos que adhieren a los principios que profesa, aunque no la integren. En tal sentido, señores, sabéis que el resultado superó todas las previsiones; y vale destacar el hecho de que no solo ejerce ese ascendiente en Francia, sino también en el extranjero, porque para los verdaderos espíritas todos los hombres son hermanos, sea cual fuere la nación a la que pertenezcan. Tenéis la prueba material de eso en la cantidad de sociedades y de grupos que, en diversos países, adhieren a su patrocinio y solicitan sus consejos. Además de notorio, es característico el hecho de que esa convergencia en torno a la Sociedad se produzca espontáneamente, pues no es menos notorio que ella no la provoca ni la reclama. Entonces, ¿abrazan voluntariamente la bandera que enarbola? ¿A qué se debe eso? Las causas son múltiples, y no deja de ser útil examinarlas, pues forman parte de la historia del espiritismo.

Una de las causas radica naturalmente en el hecho de que, además de ser la primera regularmente constituida, la Sociedad de París también es la primera que amplió el círculo de sus estudios y abarcó todas las partes de la ciencia espírita. Cuando el espiritismo apenas salía del período de la curiosidad y de las mesas giratorias, la Sociedad ingresó resueltamente en el período filosófico, que ella inauguró, por decirlo de algún modo. También por eso, antes que nada llamó la atención de las personas serias.

Pero esto no habría servido de nada si se hubiera mantenido alejada de los principios enseñados por la generalidad de los Espíritus. Si tan solo hubiera profesado ideas propias, nunca las habría infundido en la inmensa mayoría de los adeptos de todos los países. La Sociedad representa los principios formulados en *El libro de los Espíritus*. Dado que esos principios se enseñan en todas partes, se produce una convergencia natural hacia el centro del que partieron, mientras que los que se instalaron fuera de ese centro permanecen aislados, porque no hallaron eco entre los Espíritus.

Aquí repetiré algo que ya he dicho en otra oportunidad, porque nunca será demasiado: la fuerza del espiritismo no radica en la opinión de un hombre ni de un Espíritu, sino en la universalidad de la enseñanza impartida por estos últimos. El *control universal*, como el *sufragio universal*, resolverá en el futuro todas las cuestiones litigiosas; fundará la unidad de la doctrina mucho mejor que un concilio de hombres. No os quepa duda, señores, de que ese principio se abrirá paso, como este otro: *Fuera de la caridad no hay salvación*, porque se basa en la más rigurosa lógica y en la renuncia de la personalidad. Solo podrá contrariar a los adversarios del espiritismo, así como a los que solo tienen fe en sus luces personales.

La Sociedad de París conquistó la categoría que ocupa porque nunca se apartó en nada de ese camino trazado por la sana razón. Confían en ella porque saben que no avanza ligeramente, que no impone sus propias ideas, y que, debido a su posición, puede constatar mejor que nadie el sentido en que se pronuncia lo que con toda justicia podemos denominar: *el sufragio universal de los Espíritus*. Si se apartara de la mayoría, dejaría forzosamente de ser el punto de encuentro. El espiritismo no caería, *porque su punto de apoyo está en todas partes*; pero

sí caería la Sociedad, porque el suyo dejaría de estar *en todas partes*. El espiritismo, en efecto, debido a su naturaleza completamente excepcional, no se apoya *en una sociedad* más que en un individuo. La Sociedad de París nunca dijo: *Fuera de mí no hay espiritismo*. Así pues, si la Sociedad llegara a desaparecer, el espiritismo no dejaría de seguir su curso, porque sus raíces se encuentran en la multitud innumerable de los intérpretes de los Espíritus en el mundo entero, y no en una reunión cualquiera cuya existencia es siempre eventual.

El reconocimiento de que la Sociedad es objeto demuestra que se la estima y se la considera, y esto es por cierto lo que más la complace. Si bien la causa principal de ese reconocimiento radica en la naturaleza de sus trabajos, es justo agregar que también se debe a la buena opinión que de sus sesiones se llevan los numerosos extranjeros que la visitan. El orden, la disciplina, la gravedad, los sentimientos de fraternidad que han visto reinar en esas sesiones, los convencieron, mejor que las palabras, acerca de su carácter eminentemente serio.

Esta es, señores, la posición que como fundador de la Sociedad me propuse consolidar; esta es también la razón por la cual nunca he cedido a ninguna incitación tendiente a desviarla del camino de la prudencia. He permitido que los impacientes de buena o de mala fe dijeran e hicieran, y vosotros sabéis cómo terminaron, mientras que la Sociedad sigue de pie.

La misión de la Sociedad de París no consiste en hacer adeptos para ella misma, razón por la cual nunca convoca al público. El objetivo de sus trabajos, como lo indica su título, radica en el progreso de la ciencia espírita. Para lograrlo, no solo aprovecha sus propias observaciones, sino también las que se realizan en otros lugares. Reúne los documentos que recibe de todas partes; los estudia, los analiza y los compara,

con miras a deducir de ellos los principios, así como a extraer las instrucciones que divulga, pero sin jamás hacerlo a la ligera. De tal modo, sus trabajos benefician a todos; y si poseen alguna autoridad, es porque todos saben que fueron realizados concienzudamente, sin ninguna prevención sistemática contra las personas o las cosas.

Así pues, para alcanzar dicho objetivo, se comprende que una cantidad de miembros más o menos considerable sea indiferente. El resultado se alcanzaría con una docena de personas, de igual modo o mejor aún que con varios cientos. Como no la mueve ningún interés material, esa es la razón por la cual la Sociedad no busca la cantidad; como su objetivo es serio, no hace nada con miras a la curiosidad; por último, como los elementos de la ciencia espírita no le enseñarían nada nuevo, no pierde el tiempo en repetir lo que ya sabe. Su rol, según hemos dicho, consiste en trabajar para el progreso de esa ciencia mediante el estudio. No acuden a ella los que nada saben, para convencerse, sino los adeptos ya iniciados, para obtener nuevas instrucciones; tal es su verdadero carácter. Lo que la Sociedad necesita, lo que le resulta indispensable, son relaciones amplias que le permitan acceder al movimiento general desde un punto de vista elevado, para evaluar el conjunto, ajustarse a él y darlo a conocer. Ahora bien, la Sociedad posee dichas relaciones, que la buscan por iniciativa propia y aumentan a diario, conforme os consta al ver la correspondencia.

La cantidad de grupos que se forman con su auspicio y solicitan su patrocinio por los motivos expuestos anteriormente, constituye el hecho más característico del año social que acaba de finalizar. Este hecho no solo es muy honroso para la Sociedad, pues su importancia es fundamental toda vez que refleja

a la vez la expansión de la doctrina y el sentido hacia el que tiende a establecerse la unidad.

Las personas que nos conocen saben cuál es la naturaleza de las relaciones que la Sociedad de París mantiene con el resto de las sociedades, pero es esencial que lo sepan todos, para evitar los malentendidos a que podrían dar lugar los argumentos de la malicia. De tal modo, no es en vano repetir que los espíritas no forman entre ellos una congregación ni una asociación; que entre las diversas sociedades no existe una solidaridad material, como tampoco una afiliación oculta u ostensible; que no obedecen a ninguna consigna secreta; que las personas que forman parte de esas sociedades siempre son libres de retirarse en caso de que eso les convenga; que si no abren sus puertas al público, no es porque en ellas ocurra algo misterioso o a escondidas, sino porque no quieren ser perturbadas por los curiosos y los inoportunos. Lejos de actuar en las sombras, siempre están dispuestas a someterse a las investigaciones de la autoridad legal y a las prescripciones que se les impongan. La Sociedad de París apenas ejerce sobre las otras la autoridad moral que debe a su posición y a sus estudios, y que tienen a bien otorgarle. Brinda los consejos que le solicitan por su experiencia, pero no se impone a ninguna. La única consigna que ofrece como señal de reconocimiento entre los verdaderos espíritas es esta: *Caridad para todos, incluso para nuestros enemigos*. Por consiguiente, declinaría toda clase de solidaridad moral respecto de las que se apartaran de ese principio, de aquellas cuyo móvil fuera el interés material, y que en vez de mantener la unión y la buena armonía tendieran a sembrar la división entre los adeptos, porque de tal modo se colocarían fuera de la doctrina.

La Sociedad de París no puede asumir la responsabilidad de los abusos que por ignorancia u otras causas se cometen en nombre del espiritismo, ni pretende en modo alguno cubrir con su manto a quienes los cometen; no puede ni debe asumir la defensa de estos ante la autoridad, en caso de persecución, porque eso significaría aprobar lo que la doctrina repudia. Cuando la crítica apunte a esos abusos, nosotros no habremos de refutarla, sino que apenas le responderemos: "Si os ocuparais de estudiar el espiritismo, sabríais lo que es, y no lo acusaríais de cometer lo mismo que condena". Por lo tanto, los espíritas sinceros deben evitar con cuidado todo aquello que pueda dar lugar a una crítica fundada, y lo lograrán en caso de que se ajusten a los preceptos de la doctrina. No solo por el hecho de que una reunión se denomine grupo, círculo o sociedad espírita, habrá de contar necesariamente con nuestra simpatía; la etiqueta nunca fue una garantía absoluta de la calidad de la mercadería. En cambio, según esta máxima: "El árbol se reconoce por su fruto", la valoramos en razón de los sentimientos que la animan, del móvil que la dirige, y la juzgamos por sus obras. La Sociedad de París se complace toda vez que en la lista de sus adherentes puede inscribir las reuniones que ofrecen las garantías deseables de orden, buen comportamiento, sinceridad, dedicación y abnegación personal, y presentarlas como modelo a sus hermanos en creencia.

Por consiguiente, la posición de la Sociedad de París es exclusivamente moral, y nunca ambicionó otra. Entre nuestros antagonistas, los que afirman que todos los espíritas son tributarios de la Sociedad; que esta se enriquece a expensas de ellos, quitándoles dinero para su provecho; y que calculan sus supuestas ganancias a partir de la cantidad de adeptos, demuestran, ya sea una insigne mala fe, o bien la más absoluta

ignorancia respecto de lo que hablan. No cabe duda de que la Sociedad tiene a favor su conciencia, pero además, para confundir a la impostura, cuenta con sus archivos, que siempre darán fe de la verdad, tanto en el presente como en el porvenir.

Sin proponérselo e inevitablemente, la Sociedad se ha convertido en un centro hacia el que convergen las enseñanzas de todo tipo concernientes al espiritismo. En tal sentido, se encuentra en una posición que podemos considerar excepcional, debido a los elementos que posee para sentar su opinión. Por lo tanto, conoce mejor que nadie el estado real de los progresos de la doctrina en cada región, así como evalúa las causas locales que pueden favorecer o retrasar su desarrollo. Esa estadística no dejará de ser uno de los elementos más valiosos de la historia del espiritismo, a la vez que permite estudiar las maniobras de sus adversarios y medir el alcance de los golpes que le propinan para derribarla. Esta observación bastaría para prever el resultado definitivo e inevitable de la lucha, así como se evalúa el desenlace de una batalla observando el movimiento de ambos ejércitos.

En este sentido, podemos decir con absoluta certeza que nos encontramos en primera fila para observar, no solo la táctica de los hombres, sino también la de los Espíritus. En efecto, de parte de estos vemos una unidad de miras y un plan sabia y providencialmente combinado, ante el cual deben estrellarse por fuerza todos los empeños humanos, porque los Espíritus pueden alcanzar a los hombres, mientras que escapan de estos últimos. Como se ve, la partida es desigual.

La historia del espiritismo moderno será algo verdaderamente curioso, porque consistirá en la de la lucha del mundo visible y el mundo invisible. Los hombres de la Antigüedad habrían dicho: *La guerra de los hombres contra los dioses*. También

será la lucha de los hechos, pero sobre todo y forzosamente la de los hombres que hayan desempeñado en ella un papel activo, en ambos sentidos: como verdaderos sostenes o como adversarios de la causa. Es necesario que las generaciones futuras sepan a quiénes deberán un justo tributo de reconocimiento; es necesario que consagren la memoria de los verdaderos pioneros de la obra regeneradora, y que no haya glorias usurpadas.

Lo que infundirá a esa historia un carácter particular será que, en vez de escribirse después de años o siglos sobre la fe de la tradición y de la leyenda, se habrá hecho a medida que transcurren los acontecimientos, y sobre las piezas auténticas que nosotros poseemos en el archivo más vasto y completo que haya en el mundo, con una correspondencia incesante llegada de todos los países en los que se implanta la doctrina.

No cabe duda de que el espiritismo, de por sí, no puede ser alcanzado por los argumentos falaces de sus adversarios, con cuyo auxilio estos procuran distorsionarlo. No obstante, esas mentiras podrían generar una falsa idea acerca de sus orígenes y de sus medios de acción, desnaturalizando los actos y el carácter de los hombres que hayan cooperado para él, en caso de que no se presente una contraparte oficial. Esos archivos serán para el porvenir la luz que disipará todas las dudas, una mina que los comentadores del futuro podrán explotar con seguridad. Ya veis, señores, cuán importante es ese trabajo, en provecho de la verdad histórica. Nuestra Sociedad está interesada en ello debido al lugar que ocupa en el movimiento.

Hay un proverbio que dice: "Nobleza obliga". La posición de la Sociedad también le impone a esta obligaciones para que conserve su crédito y su ascendiente moral. La primera consiste en no apartarse, en cuanto a la teoría, de la línea que ha seguido hasta ahora, puesto que cosecha sus frutos. La se-

gunda radica en el buen ejemplo que debe dar, justificando en la práctica la bondad de la doctrina que profesa. Sabemos que ese ejemplo, al demostrar la influencia moralizadora del espiritismo, constituye un poderoso elemento de propaganda, a la vez que el mejor recurso para cerrarle la boca a los detractores. Un incrédulo, que solo conocía la filosofía de la doctrina, decía que *con esos principios un espírita debía necesariamente ser un hombre honrado*. Esta frase es profundamente verdadera; no obstante, para que sea completa, habría que agregarle que un verdadero espírita debe necesariamente ser bueno y compasivo para con sus semejantes, es decir, practicar la caridad evangélica en su más amplia acepción.

Todos debemos rogar a Dios que nos conceda esa gracia, al hacernos dóciles a los consejos de los Espíritus buenos que nos asisten. Roguemos también a estos, para que continúen protegiéndonos durante el año que acaba de abrirse, y para que nos infundan la fuerza necesaria para que seamos dignos de ellos. Este es el medio más seguro para justificar y conservar la posición que la Sociedad de París ha conquistado.

A. K.

La escuela espírita americana

Algunas personas preguntan por qué la doctrina espírita no es la misma en el viejo y en el nuevo continente, y en qué consiste la diferencia. Haremos el intento de explicarlo.

Las manifestaciones, como se sabe, han ocurrido en todos los tiempos, tanto en Europa como en América, pero en la ac-

tualidad, debido a que se las comprende, surge el recuerdo de una infinidad de hechos que habían pasado desapercibidos, muchos de los cuales se hallan consignados en escritos auténticos. Pero esos hechos eran aislados. En los últimos tiempos, se han producido en Estados Unidos en una escala suficientemente vasta para llamar la atención general de ambos lados del Atlántico. La extrema libertad que existe en ese país ha favorecido la eclosión de las ideas nuevas, y por eso los Espíritus lo eligieron como primer teatro de sus enseñanzas.

Ahora bien, muchas veces ocurre que una idea surge en un país, pero se desarrolla en otro, según lo que se observa en las ciencias y en la industria. El genio americano ha dado pruebas de eso, y no tiene nada que envidiarle a Europa. No obstante, si bien aquel sobresale en todo lo que respecta al comercio y a las artes mecánicas, a Europa no se le puede negar lo concerniente a las ciencias morales y filosóficas. Debido a esa diferencia en el carácter normal de los pueblos, el espiritismo experimental disponía de terreno en América, mientras que la parte teórica y filosófica encontraba en Europa elementos más propicios para su desarrollo. De tal modo, esa parte se originó aquí, y en pocos años conquistó el primer lugar. Los hechos comenzaron por despertar la curiosidad; sin embargo, una vez constatados y con la curiosidad satisfecha, pronto las experiencias materiales que no daban resultados positivos generaron cansancio. Pero eso dejó de ocurrir desde que, a partir de esos mismos hechos, se desarrollaron las consecuencias morales para el porvenir de la humanidad. En ese momento, el espiritismo ocupó un lugar entre las ciencias filosóficas, y avanzó a pasos gigantescos a pesar de los obstáculos que se le opusieron, dado que satisfacía las aspiraciones de las masas, pues muy pronto se comprendió que

venía a llenar un vacío inmenso en las creencias y a resolver lo que hasta ese momento parecía insoluble.

Así pues, América ha sido la cuna del espiritismo, pero en Europa este creció y se graduó. ¿Acaso América tiene motivos para estar celosa? No, porque en otros puntos le lleva ventaja. ¿No fue en Europa donde se originaron las máquinas de vapor, y no fue en América donde lograron condiciones prácticas? A cada uno su rol, conforme a sus aptitudes, y a cada pueblo lo suyo, según su genio particular.

Lo que distingue principalmente a la escuela espírita denominada americana, respecto de la escuela europea, es que en la primera predomina la parte fenoménica, de la cual se ocupa más especialmente, mientras que en la segunda predomina la parte filosófica. La filosofía espírita de Europa se difundió rápidamente, porque desde el principio ofreció un conjunto completo, mostró el objetivo y amplió el horizonte de las ideas; no cabe duda de que es la que actualmente prevalece en el mundo entero. Hasta ahora, Estados Unidos se apartó poco de sus ideas primitivas; pero ¿significa eso que por sus propios medios habría quedado atrasado respecto del movimiento general? Responder afirmativamente sería menoscabar la inteligencia de ese pueblo. Los Espíritus, por otra parte, están allá para que avance por la senda común, brindándole las enseñanzas que imparten en todas partes, y poco a poco vencerán las resistencias que podrían surgir del amor propio nacional. Si los americanos rechazaran la teoría europea por el hecho de que viene de Europa, la aceptarán cuando surja en medio de ellos mismos con la voz de los Espíritus; cederán ante ese ascendiente, que no es el de la opinión de algunos hombres, sino el del control universal de la enseñanza de los Espíritus: ese poderoso criterio, conforme lo hemos demos-

trado en nuestro artículo acerca de la *autoridad de la doctrina espírita*[10]. No es más que una cuestión de tiempo, sobre todo cuando los personalismos hayan desaparecido.

Entre los principios de la doctrina, el que más oposición encontró en América –y por América debemos entender exclusivamente Estados Unidos– ha sido el de la reencarnación.[11] Incluso podemos decir que se trata de la única divergencia fundamental, pues las demás apuntan más a la forma que al fondo, y eso se debe a que los Espíritus no han enseñado dicho principio. Vamos a explicar los motivos. Los Espíritus proceden en todas partes con sabiduría y prudencia; para que se los acepte, evitan enfrentar demasiado bruscamente las ideas preconcebidas. No le dirían a un musulmán, de buenas a primeras, que Mahoma es un impostor. En Estados Unidos, el dogma de la reencarnación habría chocado con los prejuicios de color, tan profundamente arraigados en ese país. Lo esencial era lograr que se aceptara el principio fundamental de la comunicación entre el mundo visible y el mundo invisible; los pormenores habrían de llegar en su momento. Ahora bien, no cabe duda de que ese obstáculo acabará por desaparecer, y de que uno de los resultados de la guerra actual será el debilitamiento gradual de los prejuicios que constituyen una anomalía en una nación tan liberal.

Si bien la idea de la reencarnación todavía no es aceptada de una manera general en Estados Unidos, lo es individualmente por parte de algunas personas, si no como principio absoluto, al menos con ciertas restricciones, lo cual ya es algo. En cuanto a los Espíritus, dado que sin duda consideran que el momento resulta propicio, comienzan a enseñar esa idea

10. Véase el número de abril. (N. del T.)
11. Recuérdese el artículo "La reencarnación en América", *Revista Espírita*, febrero de 1862. (N. del T.)

con reserva en algunos lugares, y abiertamente en otros. Una vez planteada, la cuestión se abrirá paso. Por otra parte, contamos con comunicaciones obtenidas hace ya mucho tiempo en ese país, en las que la pluralidad de las existencias, si bien no se expone formalmente, es la consecuencia forzosa de los principios emitidos; en estos se nota que la idea germina. Por consiguiente, no cabe duda de que en un tiempo determinado lo que en la actualidad todavía se denomina escuela americana, se fundirá en la gran unidad que se establece en todas partes.

Como prueba de lo expuesto, citaremos el siguiente artículo, publicado en el periódico *Unión*, de *San Francisco*, precedido de un fragmento de la carta con la que nos lo enviaron.

"Señor Allan Kardec:

"Si bien no tengo el honor de conoceros, como médium me tomo la libertad de remitiros la noticia adjunta, que esos señores del periódico resumieron un poco. Sin embargo, tal como está, parece que muchas personas desean saber más al respecto. De tal modo, vuestros libros se divulgan, y nuestros libreros tendrán a bien hacer nuevos pedidos…

"Recibid, etc."

Pauline Boulay

Noticia sobre el espiritismo

"Basta con que expresemos en voz alta ideas que no todos comprenden, para que nos traten de exaltados, extravagantes, locos. No es necesario ser un erudito para escribir lo que el corazón y el alma nos dictan.

"Un escéptico le decía a una médium: '¿Cómo es posible que vos, que sois inteligente, podáis creer en los Espíritus

invisibles y en la pluralidad de las existencias?' A lo que esta respondió: 'Tal vez creo porque soy inteligente; lo que siento me inspira más confianza que lo que veo, toda vez que lo que vemos nos engaña a veces, pero lo que sentimos no nos engaña jamás. Sois libre de no creer. Los que creen en la pluralidad de las existencias no son malos, y son más desinteresados que los que no creen. Los incrédulos los tratan de locos, pero eso no prueba que digan la verdad, sino al contrario. Dudar del poder de Dios es ofenderlo; negar lo que existe más allá de lo que podemos tocar es un ultraje dirigido al Creador.

" 'Cuando nos ocurre algo extraordinario, tenemos la costumbre de atribuirlo al acaso. Yo me pregunto, ¿qué es el acaso? A lo que la voz de la verdad responde: *La nada*. Ahora bien, dado que la nada no puede hacer nada, lo que existe procede de una fuente productiva: sería muy justo pensar que lo que ocurre independientemente de nuestra voluntad es obra de la Providencia, dirigida por el Señor de nuestros destinos.

" 'Escépticos: no importa lo que podáis decir o hacer, pues nunca destruiréis esta doctrina, que siempre ha existido. La ignorancia de las almas primitivas no les permite comprender toda su amplitud, de modo que imaginan que después de esta vida todo se acaba. ¡Error! Nosotros, los médiums, más o menos adelantados, lograremos convenceros.

" 'El espiritismo no es tan solo un consuelo, pues también desarrolla la inteligencia, destruye cualquier pensamiento de egoísmo, de orgullo y de avaricia; nos pone en comunicación con nuestros seres queridos, y prepara el progreso: progreso inmenso que destruirá poco a poco todos los abusos, las revoluciones y las guerras.

" 'El alma necesita reencarnar para perfeccionarse; en una sola vida material no puede aprender todo lo que debe saber

para comprender la obra del Todopoderoso. El cuerpo es apenas una envoltura pasajera a la que Dios envía un alma para que se perfeccione y sufra las pruebas necesarias para su adelanto y el cumplimiento de la gran obra del Creador, al que todos fuimos llamados a servir cuando hayamos cumplido nuestras pruebas y adquirido todas las perfecciones. Todas nuestras celebridades contemporáneas son almas que han progresado mediante la renovación de las encarnaciones; muchas de ellas son médiums escribientes, genios que en cada nueva existencia aportan los progresos de la ciencia y de las artes.

" 'La lista de los hombres de genio aumenta cada año: son guías que Dios coloca entre nosotros para esclarecernos, para instruirnos; en una palabra, para enseñarnos lo que ignoramos y que es absolutamente necesario que sepamos. Nos muestran la llaga social, intentan destruir los prejuicios, ponen ante nuestros propios ojos todo el mal que el egoísmo y la ignorancia producen. Esos genios se hallan animados por Espíritus superiores; han hecho por el progreso y la civilización mucho más que todos vuestros disparos y vuestros cañones, y hacen que se derramen más lágrimas de gratitud y ternura que todas vuestras gestas armadas.

" 'Hombres inteligentes, reflexionad seriamente acerca del espiritismo, pues en él hallareis grandes enseñanzas. En esa ley divina no hay charlatanismo: todo en ella es atractivo, grandioso, sublime; solo ella nos conduce hacia la perfección y la verdadera dicha moral.

" 'El libro escrito por los médiums, bajo el dictado de los Espíritus superiores y errantes, es un libro de alta filosofía y de una instrucción tan profunda como etérea. Trata acerca de todo. Es cierto que no todas las personas están preparadas

aún para esta creencia, y para comprenderla es necesario que el alma ya se haya reencarnado varias veces.

" 'Cuando todos comprendan el espiritismo, nuestros grandes poetas serán más valorados y se los leerá con más atención y respeto. Nuestros escritores serán comprendidos por todos los pueblos; se los admirará sin envidia, porque se conocerán la causa y los efectos.

" 'El estudio de la ciencia es la más noble de las ocupaciones; el espiritismo es su divinidad. Con él nos asociamos al genio y, como ha dicho uno de nuestros científicos: después del hombre de genio viene el que sabe comprenderlo.

" 'La instrucción hace con el Espíritu lo que un hábil joyero hace con el metal: lo pule, le da el brillo que encanta y seduce, realzando su valor.

" 'El alma no tiene forma propiamente dicha; es una especie de luz cuya intensidad varía según el grado de perfección que haya alcanzado. Cuanto más progresa el alma, más luminoso es su color.

" 'Cuando vosotros seáis médiums, podréis conversar con los Espíritus como nosotros lo hacemos; ellos os dirán que son más dichosos que nosotros; nos ven, nos escuchan, asisten a nuestras reuniones, conversan con nuestra alma mientras dormimos, se trasladan y llegan adonde sea que Dios los envíe'."

Pauline Boulay

Nota. El principio de la reencarnación también se encuentra en un manuscrito que nos remitieron desde Montreal (Canadá), al que nos referiremos próximamente.

Cursos públicos de espiritismo en Lyón y en Burdeos

Estos cursos no son, como podría suponerse, una demostración aprobatoria de la doctrina espírita, sino, por el contrario, una nueva forma de ataque, con un título atractivo y de algún modo engañoso, pues la persona que, confiada en la propaganda, acudiera pensando en recibir lecciones de espiritismo, saldría muy decepcionada. Los sermones están lejos de haber tenido el resultado que se esperaba de ellos, no solo porque se dirigen tan solo a los fieles, sino también porque requieren una forma demasiado solemne, exclusivamente religiosa; mientras que la tribuna docente permite actitudes más libres y familiares: el orador eclesiástico prescinde de su condición de sacerdote y se convierte en profesor. ¿Tendrá éxito este recurso? El futuro nos lo enseñará.

El señor abad Barricand, profesor en la Facultad de Teología de Lyón, ha dado inicio en el Petit-Collége a una serie de lecciones públicas sobre –o mejor dicho, en contra de– el magnetismo y el espiritismo. El periódico *La Vérité* [*La Verdad*], en su número del 10 de abril de 1864, presenta el análisis de una sesión dedicada al espiritismo, y señala varias afirmaciones del orador; promete a sus lectores que los mantendrá informados, a la vez que se encarga de refutarlo, cosa que sin duda cumplirá a la perfección, a juzgar por su comienzo. La conveniencia y la moderación que ha demostrado hasta ahora en esa polémica, son para nosotros la garantía de que no las abandonará en esta circunstancia, inclusive en caso de que su contradictor se aparte de ellas.

Mientras el señor abad Barricand se mantenga en el terreno de la discusión de los principios de la doctrina espírita,

estará en su derecho de cuestionarlos. Por nuestra parte, no debemos lamentarnos de que no comparta nuestra opinión, como tampoco de que lo diga e intente demostrar que tiene razón. Preferiríamos que en general el clero fuera tan partidario del libre examen como nosotros mismos lo somos. Lo que sí está fuera del derecho de discusión son los ataques personales, y sobre todo los personalismos maliciosos, que ocurren cuando un adversario, por necesidades de su causa, tergiversa los hechos y los principios que desea combatir, así como las palabras y los actos de quienes los defienden. Los recursos de esa clase son siempre una demostración de debilidad y de la poca confianza en los argumentos propios. En tales casos, es fundamental exponer esos desvíos respecto de la verdad, siempre dentro de los límites de la conveniencia y la urbanidad.

La Vérité resume del siguiente modo una parte de la argumentación del señor abad Barricand:

"En cuanto a los espíritas, que son mucho más numerosos, también soy capaz de demostraros que actualmente se bajan del pretensioso pedestal en el que los entronizó el señor A. Kardec en 1862. En efecto, en 1861, el señor Kardec realizaba un viaje por toda Francia, viaje que se complacía en publicar. ¡Oh! en ese momento, señores, todo iba bien. Los adeptos de esa escuela llegaban a ser treinta mil en Lyón, y dos o tres mil en Burdeos, etc., etc. ¡Parecía que el espiritismo había invadido toda Europa! Ahora bien, ¿qué ocurrió en 1863? ¡El señor A. Kardec ya no viajó…, ya no hubo informes ampulosos! Es probable que haya constatado una buena cantidad de deserciones, y que para no desanimar a los espíritas que aún quedaban, por una situación poco favorable para él, consideró que era prudente y correcto abstenerse. Perdón, señores, me equivoco, pues el señor A. Kardec dedica algunas páginas de su *Revista*

Espírita (enero de 1864) a presentarnos algunas informaciones generales sobre la campaña de 1863. ¡Pero aquí ya no hay cifras ambiciosas! ¡Las evita, y con razón…! El señor Kardec se contenta con anunciarnos que el espiritismo se mantiene floreciente, más floreciente que nunca. Como prueba a su favor, cita la creación de dos nuevos órganos de la escuela: *La Ruche* [*La Colmena*] de Burdeos, y *La Vérité* [*La Verdad*] de Lyón. *La Vérité*, sobre todo, que según él *llegó a posicionarse como un atleta temible por sus artículos, cuya lógica tan ajustada no deja espacio alguno para la crítica*. Espero, señores, demostraros el viernes que *La Vérité* no es tan terrible como dicen.

"Es fácil para el señor Allan Kardec hacer esta afirmación: *El espiritismo está más fuerte que nunca*, ¡y citar como prueba principal la creación de *La Ruche* y de *La Vérité*! Señores, ¡todo es una comedia…! Esos dos periódicos pueden existir sin que necesariamente se esté obligado a concluir que el espiritismo ha dado un paso adelante… Si me refutarais con el hecho de que esos periódicos tienen gastos y que para cubrirlos hacen falta abonados o imponerse sacrificios demasiado abrumadores, os respondería: ¡Comedia…! Según dicen, la caja del señor A. Kardec está bien provista; ¿acaso no es justo y racional que él acuda en auxilio de sus discípulos?"

El redactor de *La Vérité*, señor Edoux, acompaña esta cita con la siguiente nota: "A la salida del curso, conversamos un momento con el señor abad Barricand, quien por otra parte nos recibió de una manera muy cortés. Nuestro propósito era obsequiarle una colección de *La Vérité*, a fin de facilitarle los medios de que hablara del periódico a sus anchas".

Veremos si el señor Barricand tiene más éxito que sus colegas, y si llega a encontrar lo que tantos otros han buscado inútilmente: argumentos abrumadores en contra del espiritismo.

Con todo, ¿para qué tanto esfuerzo, si el espiritismo se está muriendo? Dado que el señor Barricand considera que así es, dejémosle esa dulce creencia, porque no es más que eso. No tenemos interés alguno en disuadirlo. Solo diremos que, si no tiene motivos de convicción más serios que los que hace valer, sus razones no son demasiado concluyentes, y si todos sus argumentos en contra del espiritismo tienen la misma fuerza, podemos dormir tranquilos.

Puede resultar asombroso que un hombre serio extraiga consecuencias tan aventuradas del hecho de que no hayamos realizado ningún viaje el año pasado, y que se inmiscuya en nuestros actos privados suponiendo los motivos que debíamos tener para viajar o no. A partir de una suposición, extrae una consecuencia absoluta, lo cual no se corresponde con una lógica rigurosa, porque si las premisas no son verdaderas, la conclusión tampoco lo será. Diréis que esto no es una respuesta. Pero ocurre que no tenemos la menor intención de satisfacer la curiosidad de nadie. El espiritismo es una cuestión humanitaria; su porvenir está en las manos de Dios, y no depende de los enfoques de un hombre. Lamentamos que el señor abad Barricand lo considere desde un punto de vista tan estrecho.

En cuanto a saber si nuestra caja está bien o mal provista, pensamos que contar lo que hay en el bolsillo de alguien que no autorizó a que se lo revise, podría considerarse una indiscreción; incluirlo en el texto de una enseñanza pública, constituye una violación de la vida privada; *suponer* el empleo que una persona ha podido hacer de algo que se *supone* que posee, puede, conforme a las circunstancia, rozarse con la calumnia.

Parece que el sistema del señor Barricand consiste en proceder mediante supuestos e insinuaciones, pero con un sistema como ese puede exponerse a recibir desmentidos. Ahora

bien, nosotros hemos desmentido formalmente todas las alegaciones, supuestos y deducciones referidos más arriba. Discutid cuanto queráis los principios del espiritismo, pero lo que nosotros hacemos o dejamos de hacer, lo que tenemos o no, es ajeno a la cuestión. Un curso no es una diatriba; es una exposición seria, completa y concienzuda del tema acerca del cual se trata. Si resulta contradictorio, la lealtad requiere que se expongan los argumento a favor y en contra, a fin de que el público juzgue su valor recíproco. A las pruebas deben oponerse pruebas más preponderantes. Hacer el intento de desacreditar a las personas implica dar una pobre idea de la fuerza de los argumentos propios. Así es como nosotros comprendemos un curso, sobre todo si lo imparte un profesor de Teología que debe ante todo buscar la verdad.

Burdeos también cuenta con su propio curso público de espiritismo, es decir, en contra del espiritismo, dictado por el reverendo padre Delaporte, profesor en la Facultad de Teología de esa ciudad. *La Ruche* lo anuncia en estos términos:

"El miércoles último, 13 del corriente, hemos asistido al curso público de dogma, en el cual el reverendo padre Delaporte trata esta cuestión: *Acerca de la hipótesis de una nueva religión revelada por los Espíritus, o el espiritismo*. Dado que el sabio profesor no concluyó aún, seguiremos con atención sus lecciones y las referiremos con esa imparcialidad y esa moderación de las que un espírita nunca debe apartarse".

El *Sauveur des peuples*, en sus números del 17 y el 24 de abril, refiere las dos primeras lecciones y elabora una crítica seria y exhaustiva, que no puede dejar de causarle alguna incomodidad al orador. De tal modo, dos profesores de Teología, con un incuestionable talento, en los dos principales centros del espiritismo en Francia, emprenden en contra de

este una guerra nueva, y en ambos puntos se enfrentan con campeones que tienen con qué responderles. Ocurre que actualmente se encuentra lo que hace algunos años era más raro: hombres que lo estudiaron seriamente y que no temen luchar por él. ¿Qué resultará de ahí? En primer lugar, inevitablemente, un examen más profundo de la cuestión por parte de todo el mundo; los que no leyeron querrán leer; los que no vieron querrán ver. Un segundo resultado consistirá en hacer que lo tomen en serio aquellos que todavía solo ven en él una mistificación, toda vez que sabios teólogos lo consideran digno de convertirlo en tema de una discusión pública seria. Un tercer resultado, por último, será acallar el miedo al ridículo que todavía retiene a muchas personas. Cuando algo es discutido públicamente por hombres valiosos, a favor y en contra, el resto ya no teme hablar de eso.

De la cátedra religiosa, la discusión pasará rápida y seriamente a la cátedra científica y filosófica. Esa discusión, por parte de la élite de los hombres inteligentes, hará que se agoten los argumentos contradictores, que no podrán resistirse a la evidencia de los hechos.

No cabe duda de que la idea espírita se encuentra muy difundida, aunque podemos decir que todavía se mantiene en el estado de opinión individual. Lo que ocurre actualmente tiende a darle un lugar en la opinión general, y en poco tiempo le asignará un rango oficial entre las creencias aceptadas.

Nos complace aprovechar la oportunidad que se nos ofrece para transmitir nuestras felicitaciones y nuestro estímulo a todos los que, enfrentando cualquier temor, adhieren resueltamente a la causa del espiritismo. Nos alegra ver que la cantidad de estos se incrementa a diario. Que perseveren, y pronto verán que los apoyos se multiplican alrededor suyo; pero que

también estén persuadidos de que la lucha no ha terminado, y de que la guerra a cielo abierto no es la que más deben temer, porque el enemigo más peligroso es el que se mueve en las sombras y se oculta a menudo tras una máscara falsa. Les diremos, pues: desconfiad de las apariencias; no juzguéis a los hombres por sus palabras, sino por sus actos. En especial, cuidaos de las trampas.

VARIEDADES

Manifestaciones de Poitiers

Los ruidos que conmocionaron a la ciudad de Poitiers cesaron por completo, conforme nos lo habían comunicado, pero parecería que los Espíritus bulliciosos trasladaron el teatro de sus hazañas a los alrededores. Esto se lee al respecto en el *Pays*:

"Los Espíritus golpeadores de Poitiers comienzan a expandirse y pueblan las campiñas circundantes. Desde la Ville-au-Moine, el 24 de febrero, escriben en el *Courrier de la Vienne* (no confundir con el *Journal de la Vienne*, especial para la casa d'O):

" 'Señor Redactor:

" 'Desde hace algunos días nuestra región está preocupada por la presencia, en el Bois-de-Dœuil, de Espíritus golpeadores que siembran el terror en nuestras aldeas. La casa del señor Perroche es el punto de encuentro: todas las noches, entre las once y la medianoche, el Espíritu se manifiesta con nueve, once o trece golpes de a dos y de a uno, y repite el barullo a las seis de la mañana.

" 'Notad, señor, que esos golpes se hacen escuchar en la cabecera de una cama en la que duerme una mujer, casi muerta de terror, que afirma recibir las comunicaciones de un tío de su marido, fallecido en nuestro pueblo hace un mes. Como esto es difícil de creer, varios de mis amigos y yo nos propusimos saber la verdad, de modo que nos reunimos para pasar la noche en el Bois-de-Dœuil, donde fuimos testigos de los hechos que se nos habían señalado; nosotros mismos vimos cómo se agitaba en su totalidad la cuna de un niño que no parecía estar en contacto con nada.

" 'Al principio lo tomamos en broma, pero cuando vimos que todas nuestras precauciones para descubrir una estratagema no daban resultado, nos retiramos con más estupor que ganas de reírnos.

" 'Si los ruidos continúan, la casa del señor Perroche no será suficientemente grande para recibir a los curiosos, porque desde Marsais, Priaire, Migré, Dœuil, e incluso desde Villeneuve-la-Comtesse, acuden en grupos de varios individuos para pasar la noche en el lugar y hacer el intento de descubrir las profundidades de ese misterio.

" 'Recibid, etc.' "

Por nuestra parte, haremos tan solo una breve reflexión respecto de estos acontecimientos. El *Journal de la Vienne*, al relatarlos, había anunciado en varias oportunidades que andaban tras las huellas del o de los bromistas que causaban esas perturbaciones, y que no tardarían en atraparlos. Si no lo han hecho, no se puede acusar a la autoridad de negligencia. ¿Cómo es posible que, en una casa ocupada de arriba abajo por sus agentes, aquellos bromistas pudieran dar continuidad a sus trucos sin que los atraparan? Debemos convenir en que fueron muy audaces y hábiles a la vez, pues consiguieron escaparse de una

brigada sin ser vistos. Además, esa banda de traviesos tenía que ser muy numerosa, pues realizaban los mismos trucos en diferentes ciudades y con años de intervalo, sin que nunca los atraparan. Porque los casos de la calle de los Grès y de la calle de los Nogales, en París, así como el de las Grandes-Ventes, cerca de Dieppe, y tantos otros, tampoco se resolvieron. ¿Cómo es posible que la policía, que cuenta con tantos recursos y atrapa a los más hábiles y astutos malhechores, no pueda dar cuenta de algunos revoltosos? ¿Acaso esto no da qué pensar?

Por otra parte, tales hechos no son nuevos, conforme se puede observar en el siguiente relato.

El Tasso y su Espíritu duende

Nos escriben desde San Petersburgo:

"Venerable maestro, habiendo leído en el primer número de la *Revista espírita* de 1864 el caso de un Espíritu golpeador del siglo dieciséis, recordé otro. Tal vez lo consideréis digno de ocupar un pequeño lugar en vuestro periódico. Lo extraje de una noticia acerca de la vida y el carácter del Tasso, escrita por el señor Suard, secretario permanente de la clase de lengua y literatura francesa, e incluida en la traducción de la *Jerusalén liberada*, publicada en 1803.

"Después de haber dicho que los sentimientos religiosos del Tasso, exaltados a causa de su disposición melancólica y de las desgracias que resultaron de ahí, lo llevaron a persuadirse seriamente de que era objeto de las persecuciones de un Espíritu duende, que desordenaba toda su casa, le robaba su dinero, y hacía desaparecer de su mesa y ante sus propios ojos todo lo que le servían, el señor Suard agrega, con su historiador: 'Así es como el propio Tasso da cuenta de esa persecución:

" 'El hermano R… (le manda decir a uno de sus amigos) me trajo dos cartas vuestras, pero una de ellas desapareció después de que yo la leyera, y creo que se la ha llevado el Espíritu duende, más aún por el hecho de que en ella os referíais a él. Se trata de uno de esos prodigios que a menudo he presenciado en el hospital, lo cual impide dudar de que sean obra de algún mago, y tengo muchas otras pruebas al respecto. Hoy mismo, se llevó un pan que estaba delante de mí, y el otro día un plato de frutas'.

"A continuación, se lamenta de que le roben libros y papeles, y agrega: 'Los que desaparecieron mientras yo no estaba aquí, pudieron haber sido tomados por hombres que, según creo, tienen las llaves de mis baúles, de modo que ya no tengo nada que pueda defenderme de los ataques de mis enemigos o del diablo, salvo mi voluntad, que nunca consentirá aprender nada de él o de sus secuaces, ni contraer familiaridad alguna con él o con sus magos'.

"En otra carta, dice: 'Todo va de mal en peor; ese diablo que nunca me dejaba, tanto si yo dormía o paseaba, al ver que no podía obtener de mí el consentimiento que deseaba, optó por robarme abiertamente mi dinero'.

"Otras veces –prosigue el autor de la noticia–, creyó ver que se le aparecía la Virgen María, y el abad Serassi cuenta que durante una enfermedad que el Tasso sufrió en la prisión, se encomendó con tanto fervor a la santa Virgen, que esta se le apareció y lo curó. El Tasso consagró ese milagro en un soneto.

"Con el tiempo, el Espíritu duende se convirtió en un demonio más tratable, con quien el Tasso afirmaba conversar familiarmente, y que le enseñó cosas maravillosas. No obstante, poco satisfecho con ese extraño vínculo, el Tasso atribuyó su

origen a la imprudencia que cometió en su juventud al componer un diálogo en el que se imaginaba conversando con un Espíritu; 'cosa que nunca pretendí hacer seriamente –agrega él– por más que me hubiera resultado posible'.

"El señor Suard concluye su relato diciendo: 'No podemos evitar una triste reflexión al pensar que a los treinta años, después de haber escrito una obra inmortal, el desdichado fue elegido para ofrecer el más deplorable ejemplo de la debilidad del espíritu'.

"Pero vos, señor, gracias a la luz del espiritismo, tendréis una opinión por completo diferente, y estoy seguro de que en esos hechos veréis un eslabón más de la cadena de los fenómenos espíritas que conecta los tiempos antiguos con la época actual".

No cabe duda de que los hechos que ocurren en la actualidad, perfectamente verificados y explicados, demuestran que el Tasso podía hallarse sujeto al dominio de una de esas obsesiones que presenciamos a diario, y que no tienen nada de sobrenatural. Si él hubiera conocido la verdadera causa de esa obsesión, conforme ocurre ahora, no se habría impresionado tanto. Pero en esa época, la idea del diablo, de los hechiceros y los magos, era muy poderosa, y en vez de combatirla se la alimentaba, de modo que podía repercutir de una manera nefasta en los cerebros débiles. Por consiguiente, es más que probable que el Tasso no estuviera loco, como tampoco lo están los obsesos de nuestros días, quienes requieren cuidados morales y no medicamentos.

* * *

Instrucciones de Ciro a sus hijos en el momento de su muerte

(Extraído de la *Ciropedia* de Jenofonte, libro VIII, capítulo VII.)

"Os conjuro, pues, hijos míos, en nombre de los dioses de nuestra patria, a que os respetéis unos a otros, en caso de que conservéis algún deseo de complacerme. Porque no me imagino que veáis como cierto que ya no seré nada cuando haya dejado de vivir. Hasta ahora, mi alma ha permanecido oculta a vuestros ojos; no obstante, por sus operaciones reconoceréis que existe.

"¿No habéis notado incluso, con qué terrores las almas inocentes agitan a los homicidas que las hicieron morir, y qué venganzas toman de esos impíos? ¿Acaso pensáis que el culto que se rinde a los muertos se habría mantenido constantemente si se hubiera creído que sus almas carecían de todo poder? Por mi parte, hijos míos, nunca he logrado persuadirme de que el alma, que vive mientras está en un cuerpo mortal, se extingue cuando sale de él; porque noto que es ella la que vivifica esos cuerpos destructibles mientras habita en ellos. Tampoco nunca he logrado persuadirme de que el alma pierde su facultad de razonar en el momento en que se separa de un cuerpo incapaz de razonamiento; es natural creer que el alma, entonces más pura y desprendida de la materia, goza plenamente de su inteligencia. Cuando un hombre muere, se ve que las diversas partes que lo componían se unen a los elementos a los que pertenecen: solo el alma escapa a las miradas, sea durante su estadía en el cuerpo, sea cuando lo abandona.

"Sabéis que durante el sueño, imagen de la muerte, el alma se acerca más a la Divinidad, y en ese estado suele prever el futuro, sin duda porque entonces se halla completamente libre.

”Ahora bien, si las cosas son como lo pienso, y el alma sobrevive al cuerpo que abandona, haced por respeto a la mía lo que os recomiendo. Si me equivoco, si el alma se queda con el cuerpo y muere con él, al menos temed a los dioses, que nunca mueren, que lo ven todo, que todo lo pueden, que mantienen en el universo ese orden inmutable, inalterable, invariable, cuya magnificencia y majestad están más allá de la expresión.

”Que ese temor os preserve de cualquier acción, de cualquier pensamiento que hiera la piedad o la justicia… Pero siento que mi alma me abandona; lo siento por los síntomas que generalmente anuncian nuestra disolución”.

Observación. Un espírita tendría muy poco que agregar a estas notables palabras, dignas de un filósofo cristiano, y en las que se encuentran admirablemente descriptos los atributos específicos del cuerpo y del alma: el cuerpo material, destructible, cuyos elementos se dispersan para unirse a los elementos similares, y que durante la vida solo obra por impulso del principio inteligente; luego, el alma, que sobrevive al cuerpo, conserva su individualidad y goza de las mayores percepciones cuando se halla desprendida de la materia; la libertad del alma durante el sueño; por último, la acción del alma de los muertos sobre los vivos.

Además, se puede notar una distinción entre los dioses y la Divinidad propiamente dicha. Los dioses no eran sino los Espíritus en diferentes grados de elevación, encargados de presidir, cada uno en su especialidad, todas las cosas de este mundo, tanto en el orden moral como en el orden material. Los dioses de la patria eran los Espíritus protectores de la patria, como los dioses lares eran los protectores de la familia. Los dioses, o Espíritus superiores, solo se comunicaban con

los hombres por intermedio de Espíritus subalternos, llamados *demonios*. El vulgo no iba más allá; pero los filósofos y los iniciados reconocían un Ser supremo, creador y ordenador de todas las cosas.

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

La guerra al diablo y al infierno*, la torpeza del diablo, el diablo convertido* [*La guerre au diable et a l'enfer, la maladresse du diable, le diable converti*], por Jean de la Veuze. Opúsculo in-18; precio: 1 franco. - Burdeos: en Ferrel, librero. - París: en Didier y Cia, 35 quai des Augustins; Ledoyen, Palais-Royal.

El autor, que parte de considerar al espiritismo como una concepción del diablo con el fin de atraer hacia él la mayor cantidad de almas, lo esboza rápidamente desde las primeras manifestaciones en América hasta la actualidad, y muestra que el diablo se equivoca en sus cálculos, dado que salva a las almas que estaban perdidas, y torpemente deja escapar a las que ya eran suyas. Al ver eso, él mismo se convierte, junto con una parte de sus acólitos. Se trata de una crítica espirituosa y alegre del rol que se hace jugar al diablo en los últimos tiempos, pero en la que pensamientos serios, profundos y de absoluta justicia, se reflejan a través de un tono jocoso.

No nos cabe duda de que este pequeño libro será leído con placer por muchas personas.

* * *

CARTAS A LOS IGNORANTES, *filosofía del buen sentido* [*Lettres aux ignorants, philosophie du bon sens*]; por V. Tournier. Opúsculo in-18; precio: 1 franco. En Dentu, Palais-Royal.

El autor, espírita ferviente y esclarecido, reprodujo en verso los principios fundamentales de la doctrina espírita según *El libro de los Espíritus*. Lo felicitamos sinceramente por la intención que precedió a su trabajo. Sea cual fuere el modo con que se presente la doctrina, siempre es un indicio de la divulgación de la idea, así como de la cantidad de semillas esparcidas que fructifican más o menos según la forma con que se las revista. Lo esencial es que el contenido sea correcto, y este es el caso.

Allan Kardec

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año VII Número 6 Junio de 1864

Vida de Jesús

por el señor Renan

(Segundo artículo. - Véase el número de mayo de 1864.)

Este es uno de esos libros que solo pueden ser refutados por completo mediante otro libro. Habría que discutirlo artículo por artículo: tarea que no emprenderemos, debido a que abarca cuestiones que no son de nuestra competencia, y de las que muchos otros se encargarán. Nos limitaremos al examen de las consecuencias que el autor extrajo desde su punto de vista.

Como en todas las obras históricas, en esta hay dos partes muy distintas: la relación de los hechos, y la apreciación de esos hechos. La primera es una cuestión de erudición y de buena fe; la segunda depende por completo de la opinión personal. Dos hombres pueden coincidir en una, pero diferir enteramente respecto de la otra.

Es natural que la parte religiosa haya sido atacada, porque se trata de una cuestión de creencia, pero la parte histórica tampoco parece ser invulnerable, a juzgar por las críticas de

los teólogos que refutan no solo su apreciación sino la exactitud de algunos hechos. Dejaremos a los que son más competentes que nosotros el cuidado de decidir esta última cuestión. No obstante, sin constituirnos en jueces del debate, reconocemos que algunas críticas se hallan evidentemente fundadas, pero que sobre varios puntos importantes de la historia, las observaciones del señor Renan son absolutamente justas. Entre las numerosas refutaciones que se le han hecho a su libro, nos parece necesario señalar la del padre *Gratry* como una de las más lógicas e imparciales; sobre todo destaca con mucha claridad las contradicciones que se encuentran a cada paso[12].

Con todo, admitamos que el señor Renan no se haya apartado en nada de la verdad histórica: eso no implica la exactitud de su apreciación, dado que él ha hecho ese trabajo en vista de una opinión y con ideas preconcebidas. Estudió los hechos para buscar en ellos la prueba de esa opinión, y no para formarse una. Naturalmente, solo ha visto lo que le pareció conforme a su manera de ver, mientras que no vio lo que era contrario a eso. Su opinión es su medida; por otra parte, lo dice en ese pasaje de su introducción, página 5: "Me sentiría satisfecho si, después de haber escrito la vida de Jesús, me fuera dado *contar como yo la entiendo* la historia de los apóstoles, el estado de la conciencia cristiana durante las semanas que siguieron a la muerte de Jesús, la formación del *ciclo legendario* de la resurrección, los primeros actos de la Iglesia en Jerusalén, la vida de san Pablo, etc." Puede haber varias maneras de apreciar un hecho, pero el propio hecho es independiente de la opinión. Así pues, la historia de los apóstoles que el señor Renan se propone escribir es una historia *a su manera*, como

12. Opúsculo in-18.- Precio: 1 franco. En Plon, 8 rue Garanciére. (N. de Allan Kardec.)

ha escrito *a su manera* la historia de la vida de Jesús. ¿Reúne él las condiciones de imparcialidad requeridas para que su opinión tenga valor? Nos permitirá ponerlo en duda.

Persuadido de que estaba en lo cierto, pudo obrar, y creemos que lo ha hecho de buena fe, y que los errores materiales que se le reprochan no son el resultado de un deseo premeditado de alterar la verdad, sino de una falsa apreciación de los hechos. Se encuentra en la misma situación de un hombre concienzudo, partidario exclusivo de las ideas del Antiguo Régimen, que escribiera una historia de la Revolución Francesa. Su relato podrá ser escrupulosamente exacto, pero el juicio que emita sobre los hombres y las cosas será el reflejo de sus propias ideas; reprobará lo que otros aprueben. En vano habrá recorrido los lugares donde ocurrieron los acontecimientos, porque esos lugares le confirmarán los hechos, pero no harán que los considere de otra manera. Tal ha sido el caso del señor Renan, mientras recorría la Judea con el Evangelio en la mano; encontró allí las huellas del Cristo, de donde concluyó que el Cristo existió, pero no vio al Cristo de una manera distinta a como lo veía anteriormente. Allí donde solo vio los pasos de un hombre, un apóstol de la fe ortodoxa habría percibido las marcas de la Divinidad.

Su apreciación tiene origen en el punto de vista donde se ha colocado. Se defiende del ateísmo y del materialismo, porque no cree que la materia piense, y porque admite un principio inteligente, universal, repartido en cada individuo en dosis más o menos fuertes. ¿En qué se convierte ese principio inteligente tras la muerte de cada individuo? A juzgar por la dedicatoria del señor Renan al alma de su hermana, dicho principio conserva su individualidad y sus afecciones, de modo que existe un mundo invisible, inteligente y amoroso. Ahora

bien, ese mundo, dado que es inteligente, no puede mantenerse inactivo; tiene que desempeñar algún rol en el universo. ¡Pues bien! Todo el libro es la negación de ese mundo invisible, de cualquier inteligencia activa fuera del mundo visible; por consiguiente, de todo fenómeno que resulte de la acción de inteligencias ocultas, de toda relación entre los muertos y los vivos. De ahí se debe concluir que su conmovedora dedicatoria es obra de la imaginación, estimulada por el sincero pesar que él siente a raíz de la pérdida de su hermana, y que expresa su deseo más que su creencia. Porque si hubiera creído seriamente en la existencia individual del alma de su hermana, en la persistencia de su afecto hacia él, en su solicitud, en su inspiración, esa creencia le habría dado ideas más auténticas respecto del sentido de la mayoría de las palabras del Cristo.

El Cristo, en efecto, al preocuparse por el porvenir del alma, alude incesantemente a la vida futura, al mundo invisible, y nos lo presenta, por consiguiente, como mucho más envidiable que el mundo material, y como destinado a ser el objeto de todas las aspiraciones del hombre. Para alguien que no ve nada más allá de la humanidad tangible, estas palabras: "Mi reino no es de este mundo. Hay muchas moradas en la casa de mi Padre. No busquéis los tesoros de la Tierra, sino los del Cielo. Bienaventurados los afligidos, porque serán consolados"; y tantas otras, solo deben tener un sentido quimérico. Así las considera el señor Renan: "La parte de verdad –dice él–, contenida en el pensamiento de Jesús, lo había conducido a la *quimera* que lo oscurecía. Con todo, no despreciemos esa quimera, que ha sido la cáscara grosera del bulbo sagrado del que vivimos. Ese *fantástico reino de los Cielos*, esa búsqueda sin fin de una ciudad de Dios, que siempre preocupó al cristianismo en su larga carrera, ha sido el principio del gran instinto

del porvenir que animó a todos los reformadores, discípulos obstinados del Apocalipsis, desde Joaquín de Fiore hasta el sectario protestante de nuestros días". (Cap. XVIII, pág. 285, 1ª edición.)[13]

La obra del Cristo era por completo espiritual. Ahora bien, dado que el señor Renan no cree en la espiritualización del ser, ni en el mundo espiritual, debía naturalmente tomar distancia de sus palabras y juzgarlo desde el punto de vista exclusivamente material. Un materialista o un panteísta que juzga una obra espiritual es como un sordo que toca una pieza musical. El señor Renan, al juzgar al Cristo desde el punto de vista que en se colocó, tuvo que engañarse respecto de sus intenciones y su carácter. La prueba más evidente de esto radica en ese extraño pasaje de su libro: "*Jesús no es un espiritualista, porque para él todo conduce a una realización palpable; no tiene la menor noción de un alma separada del cuerpo*. No obstante, es un idealista completo, dado que para él la materia es tan solo el signo de la idea; y lo real, la expresión viva de lo que no aparece". (Cap. VII, pág. 128.)

¿Acaso puede concebirse al Cristo, el fundador de la doctrina espiritualista por excelencia, sin que crea en la individualidad del alma –de la que no tiene la menor noción– y por consiguiente en la vida futura? Si no es espiritualista, entonces es materialista, de modo que el señor Renan es más espiritualista que él. Aquellas palabras no se discuten; bastan para indicar el alcance del libro, porque demuestran que el autor leyó los Evangelios, ya sea con mucha ligereza, o bien con una actitud tan precavida que solo vio lo que es evidente para todo

13. Todas nuestras citas han sido tomadas de la primera edición. (N. de Allan Kardec.)

el mundo. Podemos admitir su buena fe, pero no la precisión de su mirada.

Todas sus apreciaciones resultan de la idea de que el Cristo apenas tomaba en cuenta las cosas terrestres. Según él, se trataba de un hombre esencialmente bueno, desinteresado respecto de los bienes de este mundo, de costumbres muy afables, con una instrucción limitada al estudio de los textos sagrados, una inteligencia natural superior, a quien las disputas religiosas de los judíos le atribuyeron la idea de fundar una doctrina. En esto, lo favorecieron las circunstancias, que supo aprovechar con habilidad. Sin una idea preconcebida ni un plan concreto, al ver que no tendría éxito entre los ricos, buscó su punto de apoyo en los proletarios, naturalmente animados contra los ricos; al adularlos, se convertiría en su amigo. Si dice que el reino de los Cielos es para los niños, lo hace para adular a las madres, a las que accede por su lado débil, para que sean sus partidarias. De ese modo, la religión naciente fue, en muchos aspectos, un movimiento de mujeres y niños. En una palabra, todo en él era cálculo y estrategia, y con la ayuda del amor a lo maravilloso, triunfó. Por otra parte, no fue muy austero, pues amó mucho a Magdalena, por la cual fue muy amado. Varias mujeres ricas lo proveían de lo necesario. Él y sus apóstoles eran vividores que no despreciaban los banquetes. Mirad lo que dice aquí:

"Tres o cuatro galileas abnegadas acompañaban siempre al *joven maestro*, y se disputaban el placer de escucharlo y cuidar de él. Ellas le aportaban a la nueva secta el componente del entusiasmo y de lo maravilloso, cuya importancia ya se valoraba. Una de ellas, María de Magdala, que tornó tan célebre en el mundo el nombre de su pobre aldea, parece haber sido una persona muy exaltada. Según el lenguaje de la época, ha-

bía sido poseída por siete demonios, es decir, que había estado afectada por enfermedades nerviosas y en apariencia inexplicables. Jesús, *con su belleza* pura y dulce, calmó esa organización perturbada. La Magdalena le fue fiel hasta el Gólgota, y dos días después de su muerte desempeñó un papel de primera categoría; porque ella fue el órgano principal mediante el cual se estableció la fe en la resurrección, conforme veremos más adelante. Juana, la mujer de Cusa, que era uno de los intendentes de Antipas; Susana, y otras que permanecieron anónimas, lo seguían todo el tiempo y lo servían. Algunas de ellas eran ricas, y *con sus fortunas ponían al joven profeta en condiciones de vivir* sin recurrir al oficio que había ejercido hasta entonces". (Cap. IX, pág. 151.)

"Jesús comprendió muy pronto que el mundo oficial de su tiempo no se prestaría en absoluto a su reino. Tomó la decisión con extrema osadía. Al dejar ahí todo ese mundo de corazón seco y estrechos prejuicios, se volcó hacia los simples. El reino de Dios ha sido hecho para los niños y para los que se parecen a ellos; para los desheredados de este mundo, víctimas de la arrogancia social que rechaza al hombre bueno, pero humilde… Así pues, el *ebionismo* puro, es decir, que solamente los pobres (*ebionim*) serán salvados, y que el reino de los pobres habrá de llegar, fue la doctrina de Jesús." (Cap. XI, pág. 178.)

"Solo apreciaba los estados del alma en proporción al amor que hubiera en ellos. Las mujeres con el corazón lleno de lágrimas y dispuestas por sus faltas a los sentimientos de humildad, se hallaban más cerca de su reino que las naturalezas mediocres, que con frecuencia tienen poco mérito en no haberse equivocado. Por otro lado, se comprende que esas almas tiernas, al encontrar en su conversión a la secta un medio fácil de rehabilitación, se apegaran a él con pasión.

”Lejos de disponerse a acallar las murmuraciones que causaba su desdén para con las susceptibilidades sociales de su tiempo, parecía complacerse en excitarlas. Nunca se había confesado tan abiertamente ese desprecio hacia el mundo, que es la condición de las grandes cosas y de la gran originalidad. Solo perdonaba a un rico cuando este, con motivo de algún prejuicio, era mal visto por la sociedad. Prefería abiertamente a las personas de vida equivocada y de poca consideración, antes que a los notables ortodoxos. A estos les decía: ‘Los publicanos y las *cortesanas* os precederán en el reino de Dios. Juan ha venido; los publicanos y las *cortesanas* creyeron en él, y a pesar de eso vosotros no os habéis convertido’. Se comprende que el reproche de no haber seguido el buen ejemplo que les daban las *mujeres de vida alegre* debía de ser indignante para personas que hacían profesión de rectitud y de moral rígida.

”Carecía de toda afectación exterior, y no hacía alardes de austeridad. No huía de la alegría, y concurría de buen grado a las fiestas de casamiento. *Uno de sus milagros ocurrió para amenizar una boda de pueblo*. En Oriente, las bodas tienen lugar al atardecer. Cada invitado lleva una lámpara; las luces que van y vienen producen un efecto muy agradable. Jesús adoraba ese ambiente alegre y animado, y de ahí tomaba sus parábolas.” (Cap. XI, p. 187.)

“Los fariseos y los doctores se escandalizaban: ‘¡Mirad –exclamaban– con qué gentes come!’ Jesús disponía entonces de agudas respuestas, que exasperaban a los hipócritas: ‘Los sanos no tienen necesidad de médico’.” (Cap. XI, pág. 185.)

El señor Renan tiene el cuidado de señalar, con notas al pie, los pasajes del Evangelio a los que hace alusión, para mostrar que se apoya en el texto. No es la exactitud de las citas lo que se le impugna, sino la interpretación que hace de ellas.

Así, la profunda máxima de este último párrafo es transformada en una simple réplica espirituosa. Todo se materializa en el pensamiento del señor Renan; en las parábolas de Jesús no ve nada más allá de lo terrenal, porque él mismo no ve nada más allá de la vida material.

Después de realizar una descripción idílica de la Galilea, de su clima delicioso y su fertilidad lujuriante, del carácter ameno y hospitalario de sus habitantes, a los que convierte en verdaderos pastores de Arcadia, encuentra en ella la disposición de ánimo que habría de ser la fuente del cristianismo.

"Esa vida contenta y fácilmente satisfecha no conducía al denso materialismo de nuestros campesinos, a la gruesa alegría de una normanda corpulenta, al pesado gozo de los flamencos. Se espiritualizaba en sueños etéreos, en una especie de misticismo poético que mezclaba el Cielo con la Tierra… La alegría formará parte del reino de Dios. ¿Acaso no es la hija de los humildes de corazón, de los hombres de buena voluntad?"

"Toda la historia del cristianismo naciente se convirtió en una especie de deliciosa pastoral. Un Mesías en los banquetes de bodas, la cortesana y el buen Zaqueo invitados a sus festines, los fundadores del reino de los Cielos, como un cortejo de paraninfos: a eso se atrevió la Galilea, y eso es lo que ella logró que se aceptara." (Cap. IV, pág. 67.)

"Un sentimiento de admirable profundidad dominaba en todo esto a Jesús, así como al grupo de *alegres niños* que lo acompañaban, e hizo de él para la eternidad el verdadero creador de la paz del alma, el gran consolador de la vida." (Cap. X, pág. 176.)

"*Utopías de vida bienaventurada fundadas en la fraternidad de los hombres* y el culto puro del Dios verdadero preocupaban

a las almas elevadas y producían en todas partes ensayos osados, sinceros, pero de poco futuro." (Cap. X, pág. 172.)

"En Oriente, la casa en la que ingresa un extranjero se convierte de inmediato en un lugar público. Toda la aldea se reúne en ella; los niños la invaden; los criados los apartan, pero ellos vuelven siempre. Jesús no podía soportar que maltrataran a esos oyentes ingenuos; les pedía que se acercaran a él y los abrazaba. Las madres, animadas por esa acogida, le llevaban a sus bebés para que los tocara… Las mujeres y los niños lo adoraban…

"*De tal modo, en muchos aspectos la religión naciente fue un movimiento de mujeres y niños*. Estos últimos formaban alrededor suyo una especie de joven guardia para la inauguración de su *inocente realeza*, y lo aclamaban con pequeñas ovaciones que mucho lo complacían. Lo llamaban *hijo de David*, y le gritaban *¡Hosanna!* portando palmas alrededor suyo. Jesús, como Savonarola, tal vez se valía de ellos como instrumentos en piadosas misiones; *era fácil ver a esos jóvenes apóstoles, que no lo comprometían, avanzar hacia él y concederle títulos que él mismo no se atrevía a tomar."* (Cap. XI, pág. 190.)

De tal modo, Jesús es presentado como un vulgar ambicioso, con pasiones mezquinas, que actúa a escondidas y no tiene el valor de confesarlo. A falta de una realeza efectiva, se contenta con la más inocente y menos peligrosa que le conceden los niños. El pasaje siguiente lo convierte en un egoísta:

"Pero de todo eso no resulta ni una Iglesia establecida en Jerusalén, ni un grupo de discípulos hierosolimitanos. El *encantador doctor*, que perdonaba a todos, *toda vez que lo amaran*, no podía encontrar siempre mucho eco en ese santuario de vanas disputas y de sacrificios anticuados."

"Su familia no parece haberlo amado, y en ciertos momentos se advierte su dureza para con ella. Jesús, como todos los hombres exclusivamente preocupados con una idea, llegaba a no tomar demasiado en cuenta los lazos de sangre… Pronto, en su audaz rebelión contra la naturaleza, habría de llegar aún más lejos, y lo veremos pisoteando todo lo que es del hombre, la sangre, el amor, la patria, *para guardar en el alma y en el corazón tan solo la idea que se presentaba ante él* como la forma absoluta del bien y de lo verdadero." (Cap. III, págs. 42 y 43.)

Esto es lo que el señor Renan titula: *Orígenes del cristianismo*. ¿Quién habría pensado alguna vez que una banda de alegres vividores, un grupo de mujeres, de cortesanas y de niños, dirigidos por un idealista que no tenía la menor noción del alma, pudieran, con la ayuda de una utopía, de la quimera de un reino celestial, cambiar la faz del mundo religioso, social y político? En otro artículo examinaremos de qué modo considera los milagros y la naturaleza de la persona del Cristo.

Relato completo de la cura de la joven obsesa de Marmande

(Véanse los números de febrero y marzo de 1864.)

El señor Dombre, de Marmande, nos ha transmitido el informe circunstanciado de esta curación, que ya hemos referido a nuestros lectores. Los detalles que contiene son de máximo interés desde el doble punto de vista de los hechos y de la instrucción. Como se verá, constituye a la vez un

curso de enseñanza teórico y práctico, una guía para los casos análogos, y una fuente fecunda de observaciones para el estudio del mundo invisible en general, en sus relaciones con el mundo visible.

"He sido advertido –dice el señor Dombre en su informe– por uno de los miembros de nuestra sociedad espírita, acerca de las crisis violentas que cada tarde sufría, regularmente y durante ocho meses, una tal Teresa B… Por mi parte, el 11 de enero pasado, me dirigí, en compañía del señor L…, médium, a una casa cercana a la de la enferma, para investigar y ser testigos de la crisis que, como todos los días, debía ocurrir a las cinco de la tarde. Encontramos en esa casa a la joven y a su madre, que conversaban con los vecinos. La primera media hora pasó deprisa. De repente, vimos que la joven se levantó de su asiento, abrió la puerta, cruzó la calle y entró en su casa seguida de su madre, que la llevó a la cama y la recostó con la ropa puesta. Comenzaron las convulsiones; su cuerpo se retorcía; la cabeza llegaba a tocarle los talones; su pecho se hinchaba; en una palabra, era desagradable verla. El médium y yo, de regreso en la casa vecina, preguntamos al Espíritu de Louis David, guía espiritual del médium, si se trataba de una obsesión o de un caso patológico. El Espíritu respondió:

" '¡Pobre niña! En efecto, se encuentra bajo una fatal influencia, y muy peligrosa. Acudid en su ayuda. Obstinado y perverso, ese Espíritu resistirá mucho tiempo. Evitad, tanto como podáis, que sea tratada con medicamentos que dañarían su organismo. La causa es por completo moral. Haced el intento de evocar a ese Espíritu; moralizadlo con cuidado: nosotros os secundaremos. *Que todas las almas sinceras que cono-*

céis se reúnan para orar y combatir la muy perniciosa influencia de ese Espíritu perverso. ¡Pobrecita víctima de los celos!'

Louis David

"*Pregunta*. ¿Con qué nombre llamaremos a ese Espíritu?

"*Respuesta*. 'Julio'.

"Lo evoqué de inmediato. El Espíritu se presentó de una manera violenta, insultándonos. Rasgó el papel y se negó a responder algunas interpelaciones. Mientras dialogábamos con ese Espíritu, el señor B…, médico, que había presenciado la crisis, vino a vernos y nos dijo con cierto asombro: '¡Qué extraño! La niña de repente dejó de retorcerse; ahora está inmóvil, tendida en su cama'. Le dije: 'Eso no me extraña, porque el Espíritu obsesor ahora está con nosotros'. Solicité al señor B… que regresara con la enferma, y nosotros continuamos interpelando al Espíritu, que en un momento dado no respondió más. El guía del médium nos informó que se había ido para continuar su tarea; nos recomendó que dejáramos de evocarlo durante las crisis, para bien de la niña, porque al volver a ella más furioso la torturaba con mayor intensidad. En ese momento, el médico llegó y nos dijo que la crisis había vuelto más fuerte que nunca. Le pedí que leyera la advertencia que acabábamos de recibir, y nos quedamos impresionados ante esas coincidencias, que no dejaban lugar a dudas respecto de la causa de la enfermedad.

"A partir de esa noche, y por recomendación de los Espíritus buenos que nos asisten en nuestros trabajos espíritas, nos reunimos todas las noches hasta la curación completa.

”Ese mismo día, 11 de enero, recibimos la siguiente comunicación, del Espíritu protector de nuestro grupo:

” ‘Guardiana vigilante de la infancia desdichada, acudo a sumarme a vuestros trabajos, uniendo mis esfuerzos a los vuestros para liberar a esta jovencita del cruel asedio de un Espíritu malo. El remedio está en vuestras manos; velad, evocad y orad sin cansaros, hasta la curación completa’.

Pequeña Cárita

”Este Espíritu, que adopta el nombre de *Pequeña Cárita*, es el de una jovencita a la que yo conocí, fallecida en la flor de la edad, y que desde su más tierna infancia había dado muestras del carácter más angelical y de una singular bondad.

”Con la evocación de este Espíritu obsesor, solo ganamos los insultos más groseros y obscenos, que de nada sirve referir; nuestras exhortaciones y nuestras plegarias le resbalaban y no causaron efecto alguno.

” ‘Amigos, no os desaniméis; él se considera fuerte porque os ve disgustados debido a su lenguaje grosero. Absteneos de hablarle de moral por el momento. Conversad con él familiarmente y con un tono amistoso. Así os ganaréis su confianza, y más adelante podréis volver a hablarle en serio. Amigos, perseverancia’.

Vuestros Guías

”De conformidad con esta recomendación, nos tornamos frívolos durante nuestras interpelaciones, a las que el Espíritu respondía en el mismo tono.

”Al día siguiente, 12 de enero, la crisis fue tan extensa y violenta como la de los días precedentes: duró alrededor de una hora y media. La niña se erguía en su cama, y rechazaba con fuerza al Espíritu, diciéndole. ‘¡Vete! ¡Vete!’ El cuarto de la enferma estaba repleto de gente. Algunos de nosotros permanecimos junto a ella para observar atentamente las etapas de la crisis.

”En la reunión de esa noche, recibimos la siguiente comunicación:

” ‘Amigos míos, os recomiendo que estudiéis, como lo habéis hecho, paso a paso, esta obsesión que es un hecho nuevo para vosotros. Vuestras observaciones os servirán mucho, porque casos semejantes podrán multiplicarse, y habréis de intervenir en ellos.

” ’Considero que a esta obsesión, al comienzo totalmente física, le sucederá alguna obsesión moral, pero sin peligro. Pronto veréis momentos de alegría en medio de las torturas que ejerce ese Espíritu malo. Reconoced en eso la presencia de la mano de los Espíritus buenos. Si bien las torturas duran aún, notaréis, después de la crisis, la paralización completa del cuerpo y, después de esa paralización, una alegría serena y un éxtasis que aliviarán el dolor de la obsesión.

” ’Observad bien; otros síntomas se manifestarán, y descubriréis en ellos nuevos temas de estudio.

” ’El Señor ha dicho a sus ángeles: Llevad mi palabra a los hijos de los hombres. Hemos tocado la tierra con la vara, y la

tierra engendra prodigios. Inclinaos, hijos: la omnipotencia del Eterno se manifiesta ante vosotros.

" 'Amigos, orad y vigilad. Estamos junto a vosotros y junto al lecho de los sufrimientos para enjugar las lágrimas'.

Pequeña Cárita

"Evocado, el Espíritu de Julio resultó menos intratable que en la víspera. En verdad, habíamos respondido a sus chistes con otros chistes, lo cual le agradaba. Antes de que se fuera, le hicimos prometer que sería menos cruel para con su víctima. Dijo: 'Trataré de moderarme'. Y como de nuestra parte le prometimos que haríamos plegarias para él, nos respondió: 'Acepto, aunque no conozco el valor de esa mercancía'.

"(Al Espíritu.) Dado que no conocéis la plegaria, ¿os agradaría conocerla, y escribir una que os voy a dictar?

"*Respuesta*. De acuerdo.

"El Espíritu escribió al dictado la siguiente plegaria: '¡Oh, Dios mío! Prometo abrir mi alma al arrepentimiento. Haz que penetre en mi corazón un rayo de amor hacia mis hermanos, pues es lo único que podrá purificarme; y como garantía de ese deseo, hago aquí la promesa de…' (el final de la frase decía: *cesar mi obsesión*; pero el Espíritu no quiso escribir esas tres palabras). Entonces agregó: '¡Alto! Queréis comprometerme sin aviso. ¡Cuidado! No me gustan las trampas. Vais demasiado rápido'. Y cuando quisimos saber el origen de sus celos y de la venganza que ejercía, replicó: 'No me habléis nunca de la niña; solo haréis que me aleje de vosotros'.

"La crisis del 13 duró apenas media hora, y a la lucha con el Espíritu le siguieron sonrisas de felicidad, éxtasis y lágrimas

de alegría. La niña, con los ojos muy abiertos y las manos unidas, se erguía en la cama y miraba al cielo, presentando una escena encantadora. Las predicciones de Pequeña Cárita se habían realizado por completo.

"En la evocación que tuvo lugar más tarde, al igual que los días precedentes, el Espíritu de Julio se mostró más afable, más sumiso, y volvió a prometer que moderaría sus ataques a la niña, cuya historia nunca quiso contarnos. Incluso prometió orar.

"El guía del médium nos dijo: 'No confiéis demasiado en sus palabras: pueden ser sinceras, pero también podría engañaros para librarse de vosotros. Manteneos en guardia. Considerad sus promesas, y si más tarde tenéis algo que reprocharle, hacedlo con dulzura, para que note vuestros buenos sentimientos hacia él'.

Louis David

"El 14, la crisis fue tan breve como la de la víspera, y aún menos intensa. También le siguieron el éxtasis y las manifestaciones de alegría. Las lágrimas que recorrían las mejillas de la niña causaron en los asistentes una emoción que no pudieron ocultar.

"Reunidos a las ocho de la noche, como de costumbre, recibimos al comienzo la siguiente comunicación:

" 'Como habéis notado, una sensible mejoría se produjo hoy en la niña. Debemos deciros que nuestra presencia influye mucho en el Espíritu; le hemos recordado su promesa de ayer. La jovencita adquirió nuevos conocimientos durante el éxtasis, y ha intentado repeler los ataques de su obsesor. En la

evocación de Julio, no andéis con rodeos; evitad los detalles que agotan a unos y otros; sed francos y benevolentes para con él; así lo conquistaréis mucho antes. Ha dado un gran paso hacia su adelanto, cosa que pudimos notar durante esta última crisis'.

Pequeña Cárita

"*Evocación de Julio*.

"*Respuesta*. Aquí estoy, señores.

"*Pregunta*. ¿Cómo os encontráis hoy?

"*R*. Bien dispuesto.

"*P*. Sin duda sentisteis el efecto de nuestras plegarias.

"*R*. No mucho.

"*P*. Perdonad a vuestra víctima, y experimentaréis una satisfacción que no conocíais. Es lo que nosotros sentimos al perdonar las injurias.

"*R*. En mi caso es todo lo contrario. Me satisfacía la venganza de una injuria. A eso le llamo pagar las deudas.

"*P*. Pero el sentimiento de odio que guardáis en el alma es un sentimiento penoso que está lejos de brindaros tranquilidad.

"*R*. Si os dijera que se trata de un apego, ¿me creeríais?

"*P*. Os creemos. Con todo, dadnos el gusto de explicarnos de qué modo conciliáis ese apego con la venganza que ejercéis. ¿Qué relación mantuvo con vos el Espíritu de esa niña en otra existencia, y qué os hizo para merecer este rigor?

"*R*. Es inútil que me lo preguntéis. Ya os he dicho que no me habléis de esa niña.

"*P.* ¡De acuerdo! No volveremos a hacerlo. Pero debemos felicitaros por el cambio que se ha operado en vos. Eso nos alegra mucho.

"*R.* He progresado en vuestra escuela… ¿Qué van a decir los otros…? Me van a silbar y a gritarme: '¡Ah! ¡Te volviste un eremita!'

"*P.* ¿Qué os importan sus burlas, si tenéis el elogio de los Espíritus buenos.

"*R.* Es cierto.

"*P.* ¡Así es! Para demostrar a los Espíritus malos, vuestros antiguos compañeros, que rompisteis por completo con ellos, deberíais perdonar totalmente, a partir de hoy mismo; mostraros generoso y bueno, dejando de manera absoluta a la jovencita de la que nos ocupamos.

"*R.* Estimado señor, es imposible; *eso no puede ocurrir tan pronto. Dejadme deshacerme poco a poco de lo que es una necesidad para mí*. ¿Sabéis a qué os arriesgaríais si yo cesara súbitamente? A que volviera de repente. Sin embargo, quiero prometeros una cosa: cuidar a la niña y torturarla mañana un poco menos que hoy. Pero con una condición: que no me traigan aquí a la fuerza. Acudiré a vuestro llamado libremente; y si falto a mi palabra, aceptaré perder ese favor. Debo deciros que ese cambio en mí se debe a esa figura radiante que está aquí, junto a vosotros, y que veo también junto a la cama de la jovencita, todos los días, en el momento de la lucha. Es imposible no conmoverse. De lo contrario, vosotros y vuestros santos tendríais dificultades durante algunos días. (El Espíritu se refería a Pequeña Cárita.)

"*P.* Es bella, ¿verdad?

"*R.* Bella, muy bella, ¡oh, sí!

"*P*. Pero ella no está sola junto a vos durante las luchas.

"*R*. ¡Oh, no! Están los otros, los antiguos *del cuerpo*, los amigos. Esos nunca sonríen; pero ahora me burlo de ellos.

"*Observación*. El interrogador se refería sin duda a otros Espíritus buenos, pero Julio alude a los Espíritus malos, sus compañeros.

"*P*. ¡Vamos! Antes de que nos dejéis, os prometemos decir una plegaria por vos esta noche.

"*R*. Os pido diez, y *dichas de corazón*, y estaréis contentos por mí mañana.

"*P*. ¡De acuerdo! Que sean diez. Y como os halláis tan bien dispuesto, ¿os agradaría escribir de corazón una plegaria de tres palabras, que os dictaré?

"*R*. Con mucho gusto.

"El Espíritu escribió: '¡Oh, Dios mío! Dadme fuerzas para perdonar'.

"El 15 de enero, la crisis ocurrió como siempre, a las cinco de la tarde, pero solo duró un cuarto de hora. La lucha fue débil, seguida de éxtasis, sonrisas y lágrimas que reflejaban la alegría y la felicidad.

"Durante la reunión de la noche, Pequeña Cárita nos brindó la siguiente comunicación:

" 'Queridos protegidos, conforme os lo habíamos anunciado, el fenómeno espírita que presenciáis se modifica, se mejora cada día, y deja de ser grave. Os doy un primer consejo: que esto sea para vosotros un objeto de estudio, desde el punto de vista de las torturas físicas, y de estudios morales. No deis señales ante el mundo; no digáis palabras inútiles. ¡Qué os importa lo que se diga! Dejad la discusión a los ocio-

sos. Que el fin práctico, es decir, la liberación de esta jovencita y el mejoramiento del Espíritu que la obsesiona, sea el motivo de vuestras conversaciones íntimas y serias; no habléis de curación en voz alta; pedídsela a Dios en el recogimiento de la plegaria.

" 'Esta obsesión –me alegra decíroslo– llega a su fin. El Espíritu de Julio ha mejorado sensiblemente. También he obrado con toda mi fuerza sobre el Espíritu de la niña, para que estas dos naturalezas tan opuestas fuesen más compatibles entre ellas. La combinación de los fluidos ya no causará un peligro real para su organismo. La conmoción que ese joven cuerpo experimentaba ante el contacto fluídico, desaparece sensiblemente. Vuestro trabajo no ha terminado; la plegaria de *todos* siempre debe preceder y suceder a la evocación'.

Pequeña Cárita

"Luego de la evocación de Julio, y de la plegaria en la que se lo calificaba de Espíritu malo, él dijo:

" '¡Aquí estoy! Pido en nombre de la justicia que se modifiquen algunas palabras en vuestra plegaria. He reformado mis actos, reformad la calificación que me aplicasteis'.

"*P*. Tenéis razón; no volveremos a hacerlo. ¿Vinisteis hoy sin ser obligado?

"*R*. Sí, vine libremente. Cumplí mi promesa.

"*P*. Ahora que estáis tranquilo y con buenos sentimientos, ¿convenís en confiarnos los motivos de vuestro rigor para con esa niña?

"*R*. Por favor, dejad el pasado. Cuando el mal ha sido cauterizado, ¿para qué revolver en la herida? ¡Ah! Siento que

el hombre debe ser mejor. Me horroriza mi pasado, y veo el futuro con esperanza. Cuando una boca de ángel os dice: la venganza es una tortura para el que la ejerce; el amor es la dicha para el que lo prodiga; entonces ese fermento que amarga y marchita al corazón se desvanece: es necesario amar.

"¿Os sorprenden mis palabras? No son mías; me las han enseñado, y tengo el gusto de repetirlas ante vosotros. ¡Ah! ¡Cuán dichosos seríais si percibieras a ese ángel tan solo un minuto, radiante como un sol, bueno, suave como un rocío refrescante que cae en finas gotas sobre una planta quemada por los fuegos del día! Como veis, no me cuesta hablar: bebo en la fuente.

"Una rápida mirada sobre mi vida vagabunda:

"Nacido en el seno de la miseria ligada al vicio, desde temprano saboreé los amores groseros de la vida. Sorbí con la leche el brebaje envenenado que me ofrecían las pasiones. Vagaba sin fe, sin ley, sin honor. Cuando hay que vivir al acaso, todo es bueno. La gallina del campesino, al igual que el cordero del señor castellano, nos servían de alimento. El merodeo era mi ocupación, cuando el azar sin duda, porque no creo que la Providencia vele sobre tales canallas, me tomó y me equipó. Orgulloso del traje raído que reemplazaba mis harapos, y alabarda en mano, me uní a una banda de… de malos compañeros, que vivían a expensas de un señor miedoso que, a su vez, explotaba a los campesinos. Pero ¡qué nos importaba, a nosotros, la fuente de la que brotaban las monedas y las provisiones que caían en nuestras manos! No entraré en el detalle de mis acciones personales: son malas, horribles e indignas de ser contadas. ¿Aceptaríais que, educado en semejante escuela, se podría llegar a ser un hombre de bien?

"Esa banda, separada por la muerte, se reconstituyó en el mundo de los Espíritus. Lejos de evitar las ocasiones de hacer el mal, las buscamos. En mis paseos errantes, encontré una presa. Conocéis el resto.

"Orad también por esa banda, señores, por favor. A menudo os asombráis de que en una región haya más malhechores que en otras; es muy simple. *No quieren separarse, de modo que se abaten sobre una comarca como una nube de langostas*: para los lobos, los bosques; para las palomas, los palomares.

"Viví esa existencia terrestre en la época de Luis XIII. Mi última existencia transcurrió en el Imperio. Fui guerrillero; el trabuco y el sombrero cónico encintado me gustaban mucho. Amaba el peligro, el robo y las acciones arriesgadas. Triste gusto –diréis vosotros–, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Estaba acostumbrado a vivir entre bandidos. Os debe sorprender este cambio súbito: es obra de un ángel.

"No os prometo nada para mañana. Me juzgaréis por mis actos. Una plegaria, por favor. Yo también haré una:

"Pequeño ángel, abre tus alas; levanta el vuelo hacia el trono del Señor. Pon a sus pies mi arrepentimiento y suplícale mi perdón."

Julio

"*P.* Dado que andáis por tan buen camino, rogad a Dios por la pobre niña…

"*R.* No puedo…; sería un escarnio o una crueldad que el verdugo abrazara a su víctima.

”El día siguiente, 16 de enero, la niña no tuvo ninguna crisis, sino apenas un malestar estomacal. Para nosotros, la liberación era un hecho.

”En la noche, a las ocho, el Espíritu de Julio respondió a nuestro llamado y nos dio la siguiente comunicación:

” ‘Amigos míos, permitidme llamaros así. Yo, el Espíritu obsesor, el Espíritu malo, astuto y perverso; yo, que hace tan pocos días me estancaba en el mal y me regodeaba en él, voy con la ayuda del ángel a predicar la moral. Yo mismo me sorprendo de este cambio, y me pregunto si realmente soy yo el que habla.

” ’Yo creía que los sentimientos se habían extinguido en mi alma; una fibra vibraba aún; el ángel la adivinó y la ha tocado; comienzo a ver y a sentir. El mal me causa espanto. Eché una mirada a mi pasado, y solo vi crímenes. Una voz suave me dijo: *Espera; contempla la alegría y la dicha de los Espíritus buenos; purifícate; perdona en vez de vengarte; ama en vez de odiar. Yo también te amaré, si tú quieres amar, si te tornas mejor*. Me sentí enternecido. Ahora comprendo la felicidad que experimentarán los hombres cuando sepan practicar la caridad.

” ’Jovencita (se dirige a su víctima, presente en el lugar), tú, a quien elegí para que seas mi presa, como el buitre a la mansa paloma, ora por mí, y que el nombre del réprobo se borre de tu memoria. He recibido el bautismo del amor de manos del ángel del Señor, y ahora visto la túnica de la inocencia. Pobre niña, deseo que tus plegarias, dirigidas al Señor para mí, me liberen pronto del remordimiento que me seguirá como una expiación justamente merecida.

” ’Amigos míos, continuad también vuestras plegarias a favor de mis miserables compañeros, que me persiguen con

sus celos malvados, porque yo los rehúyo. Ayer mismo, me preguntaba qué dirían ellos de mí; hoy yo les digo: He vencido; mi pasado fue perdonado, porque he sabido arrepentirme. Haced como yo, librad la batalla contra el mal que os retiene cautivos en ese lugar de tormentos y desesperación. Salid de ahí vencedores. Si bien mi mano criminal, al igual que la vuestra, se manchó con sangre, ahora os llevará el agua sagrada de la plegaria que lava los estigmas del réprobo. ¡Dios mío, perdón!

" 'Gracias, amigos míos, por el bien que me habéis hecho. Os ruego que me permitáis seguir junto a vosotros, a partir de hoy, para asistir a vuestras reuniones. Necesito beber en la fuente de los buenos consejos, para cumplir una nueva existencia que solicitaré a Dios cuando haya sufrido la expiación del pasado infame que mi conciencia me reprocha'.

Julio

"El 17 de enero, conforme a la promesa de Julio, la jovencita no experimentó ningún malestar, ni siquiera estomacal. Pequeña Cárita nos anunció que sufriría una nueva prueba moral, ya fuera a las cinco de la tarde, por algunos días, o bien durante el sueño; una prueba que no le resultaría penosa, y cuyos únicos síntomas serían sonrisas y tiernas lágrimas, cosa que de hecho ocurrió, durante dos días. Los días siguientes no hubo la más mínima señal de crisis. Por nuestra parte, no dejamos de observar a la niña y orar.

"El 18 de febrero, Pequeña Caridad nos dictó la siguiente instrucción:

" 'Buenos amigos míos, alejad cualquier temor. La obsesión ha concluido, y de buen modo. Un orden de cosas extrañas para vosotros, pero que pronto os parecieron muy naturales, será tal vez la consecuencia de esta obsesión, pero no la obra de Julio. Algunas explicaciones son necesarias aquí como enseñanza.

" 'La obsesión o la subyugación del ser material se presenta ante vosotros, ahora que conocéis la doctrina espírita, no como un fenómeno sobrenatural, sino simplemente con un carácter diferente al de las enfermedades orgánicas.

" 'El Espíritu que subyuga, penetra el periespíritu del ser sobre el que pretende obrar. El periespíritu del obseso recibe como una envoltura el cuerpo fluídico del Espíritu extraño, y de ese modo es alcanzado en todo su ser. El cuerpo material siente la opresión ejercida sobre él de una manera indirecta.

" 'Pareció asombroso que el alma pudiera obrar físicamente sobre la materia animada; aquella es, no obstante, la autora de todos esos hechos. Sus atributos son la inteligencia y la voluntad; con la voluntad dirige, y el periespíritu, de naturaleza semimaterial, es el instrumento del que se vale.

" 'El mal físico es aparente, pero la combinación fluídica que vuestros sentidos no pueden captar, guarda una cantidad infinita de misterios que se revelarán con el progreso de la doctrina espírita considerada desde el punto de vista científico.

" 'Cuando el Espíritu abandona a su víctima, la voluntad de aquel deja de obrar sobre el cuerpo de esta, pero la impresión que el periespíritu recibió a través del fluido extraño con que se lo cargó, no se borra por completo, y durante algún tiempo continúa influyendo en el organismo. En el caso de vuestra joven enferma: tristeza, lágrimas, malestares,

insomnio, vagas perturbaciones, son los efectos que podrán producirse después de la liberación, pero tranquilizaos, tanto vosotros como la niña y su familia, porque esas consecuencias no serán peligrosas para ella.

" 'El deber me llama de una manera especial para que lleve a buen término el trabajo que he comenzado con vosotros. Ahora es necesario obrar sobre el propio Espíritu de la niña, mediante una amena y saludable influencia moralizadora.

" 'En cuanto a vosotros, amigos míos, continuad orando y observando atentamente todos esos fenómenos; estudiad sin cesar; el campo está abierto y es vasto. Haced que estas cosas se conozcan y se comprendan, y las ideas espíritas se deslizarán poco a poco en el espíritu de vuestros hermanos a quienes el surgimiento de la doctrina encontró incrédulos o indiferentes'."

Pequeña Cárita

Observación. Debemos un justo tributo de elogio a nuestros hermanos de Marmande, por el tacto, la prudencia y la esclarecida dedicación de que han dado muestras en esta circunstancia. A través de ese notorio suceso, Dios ha recompensado su fe, su perseverancia y su desinterés moral, porque no han buscado en modo alguno satisfacer su amor propio. Es probable que no habría ocurrido lo mismo si el orgullo hubiera opacado su buen proceder. *Dios le retira sus dones a quien no los utiliza con humildad*. Bajo el dominio del orgullo, las más eminentes facultades mediúmnicas se pervierten, se alteran y se extinguen, porque los Espíritus buenos retiran su concurso. Las decepciones, los disgustos, las desgracias efectivas, ya desde esta vida, suelen ser la consecuencia del desvío de la

facultad respecto de su objetivo providencial. En tal sentido, podríamos citar más de un triste ejemplo entre los médiums que despertaban las más bellas expectativas.

En tal sentido, nunca estará de más compenetrarse de las instrucciones contenidas en la *Imitación del Evangelio*, §§ 285, 326 y siguientes, 333, 392 y siguientes[14].

Recomendamos a todos los buenos espíritas que oren por Julio, el Espíritu obsesor, para fortalecerlo en sus buenas resoluciones y lograr que comprenda cuánto se gana haciendo el bien.

ALGUNAS REFUTACIONES

Conspiraciones contra la fe

La Historia registrará la singular lógica de los contradictores del espiritismo, respecto de los cuales presentamos algunos ejemplos:

Nos remiten desde el departamento de la Haute-Marne una pastoral de monseñor el obispo de Langres, de la que extraemos el siguiente pasaje:

"(…) Y esta es la fe que los hombres que se dicen amigos de la humanidad, de la libertad y del progreso –pero que en realidad la sociedad debe incluir entre sus más peligrosos enemigos–, se esfuerzan, por todos los medios posibles, de arrancar del corazón de las poblaciones cristianas. Porque,

14. Véanse, en *El Evangelio según el espiritismo*, el Cap. XXVI y el Cap. XXVIII, §§ 8 a 10 y 81. (N. del T.)

hay que decirlo, mis muy queridos hermanos, y es nuestro deber advertiros, quienes estamos encargados de velar por el cuidado de vuestras almas, para que nuestras advertencias os tornen prudentes y precavidos: tal vez nunca se haya visto una conspiración más odiosa, vasta, peligrosa y hábil, es decir, más satánicamente organizada contra la fe católica, que la que existe actualmente. Conspiración de las sociedades secretas, que trabajan en las sombras para aniquilar, si pudieran, al catolicismo; conspiración del protestantismo, que mediante una propaganda activa intenta insinuarse en todas partes; conspiración de los filósofos racionalistas y anticristianos, que rechazan sin razón y contra toda razón lo sobrenatural y la religión revelada, y que se esfuerzan por hacer que prevalezca en el mundo letrado su falsa y funesta doctrina; conspiración de las sociedades espíritas, que mediante la superstición práctica de la evocación de los Espíritus se entregan e inducen a los otros a entregarse a la pérfida maldad del espíritu de la mentira y el error; conspiración de una literatura impía o corruptora; conspiración de los malos periódicos y de los malos libros, que se propagan de una manera aterradora a la sombra de una tolerancia o de una libertad que presume de ser un progreso del siglo, una conquista de lo que se denomina el espíritu moderno, pero que no deja de ser un estímulo para el genio del mal, un justo motivo de dolor para una nación católica, una trampa y un peligro muy evidente para todos esos fieles, sea cual fuere la clase a la que pertenezcan, que no están bastante instruidos respecto de la religión, y su número es grande, lamentablemente; conspiración, por último, de ese materialismo práctico que solo ve, busca y persigue lo que interesa al cuerpo y al bienestar físico; que no se ocupa del alma y de su destino, como si no lo tuviera, y cuyo ejemplo

pernicioso seduce y arrastra fácilmente a las masas. Estos son, en principio, mis muy queridos hermanos, los peligros que la fe corre en la actualidad…, etc.".

Estamos completamente de acuerdo con Monseñor en lo que atañe a las funestas consecuencias del materialismo; pero resulta asombroso ver que confunde en la misma reprobación al materialismo –que lo niega todo: el alma, el porvenir, Dios, la Providencia– con el espiritismo, que viene a combatirlo y vencerlo con las pruebas materiales que ofrece acerca de la existencia del alma, precisamente con el auxilio de esas mismas evocaciones supuestamente supersticiosas. ¿Será porque el espiritismo tiene éxito ahí donde la Iglesia es impotente? Monseñor compartiría la opinión de ese eclesiástico que exclamaba desde el púlpito: "¡Me agrada más saber que estáis fuera de la Iglesia, antes que veros entrar a ella mediante el espiritismo!". Y esta otra, que decía: "Prefiero a un ateo, que no cree en nada, antes que a un espírita, que cree en Dios y en el alma". Se trata de una opinión, como cualquier otra, y sobre gustos no se discute. Sea cual fuere la de Monseñor en este punto, nos encantaría que tuviera a bien resolver estas dos cuestiones: ¿Cómo es posible que la Iglesia, con el auxilio de los poderosos medios de enseñanza que posee para que la luz de la verdad brille ante todos, no haya podido detener al materialismo, mientras que el espiritismo, nacido ayer, convierte a diario a los incrédulos obstinados? El medio por el cual se alcanza un objetivo, ¿es peor que aquel con cuya ayuda no se lo alcanza?

Monseñor despliega un lujo de conspiraciones que se levantan amenazadoras contra la religión. Sin duda no ha reflexionado acerca de que, con ese panorama poco tranquilizador para los fieles, apunta precisamente en contra de su

objetivo, y puede llegar a provocar, incluso en estos últimos, desafortunadas reflexiones. Al escucharlo, los conspiradores pronto serían la mayoría.

Ahora bien, ¿qué ocurriría en un Estado si toda la nación conspirara? Si la religión se siente atacada por tan numerosas cohortes, eso no habla a favor de las simpatías que reúne. Afirmar que la fe ortodoxa es amenazada, implica reconocer la debilidad de sus argumentos. Si se funda en la verdad absoluta, no puede temerle a ningún argumento contrario. En tal caso, dar la señal de alarma es una torpeza.

* * *

Una instrucción de catecismo

En un catecismo de perseverancia de la diócesis de Langres, con motivo de la pastoral citada aquí arriba, se dictó una instrucción sobre el espiritismo, en la que se lo presentó como tema de estudio para los alumnos.

Esta es la narración textual de uno de ellos:

"El espiritismo es obra del diablo, quien lo ha inventado. Dedicarse a eso es ponerse en relación directa con el demonio. ¡Superstición diabólica! *A menudo Dios ha permitido esas cosas para reanimar la fe de los fieles*. El demonio hace lo bueno, hace lo santo; él cita palabras de la Escritura sagrada".

Esta manera de reanimar la fe nos parece bastante mal elegida.

"Tertuliano, que vivió en el siglo II, nos refiere que se hacía hablar a las cabras, a las mesas; es la esencia de la idolatría. Esas operaciones satánicas eran raras en algunos países cristianos, pero en la actualidad son muy comunes. Ese poder del demonio se muestra en todo su esplendor con la aparición del protestantismo."

Hay niños que están muy convencidos del gran poder del demonio. ¿Acaso no sería de temer que eso los llevara a dudar un poco del poder de Dios, toda vez que muy a menudo vemos que el primero supera al segundo?

"El espiritismo nació en América, en el seno de una familia protestante de apellido Fox. Al principio, el demonio se apareció mediante golpes que los despertaban sobresaltados. Luego, impacientados por los golpes, buscaron qué podía ser. La hija del señor Fox se puso a decir un día: golpea aquí, golpea allá, y él golpeaba donde ella quería."

¡Siempre la excitación contra los protestantes! Aquí vemos niños instruidos por la religión en el odio hacia una parte de sus conciudadanos, ¡y a menudo en contra de miembros de su propia familia! Afortunadamente, el espíritu de tolerancia que reina en nuestra época le hace contrapeso, pues de lo contrario veríamos que se renuevan las escenas sangrientas de los siglos pasados.

"Esta herejía pronto se volvió común; ya cuenta con quinientos mil sectarios. Los Espíritus invisibles se dedicaban a hacer todo tipo de cosas. Bastaba con que un individuo lo solicitara, para que mesas cargadas con varios cientos de libros se movieran; se aparecían manos sin cuerpo. Eso es lo que pasaba en América, y eso llegó a Francia a través de España.

Al principio, el Espíritu fue obligado por Dios y los ángeles a decir que era el diablo, para que no hiciera caer en sus trampas a las personas honestas."

Por nuestra parte, consideramos estar bastante al corriente de la marcha del espiritismo, y nunca escuchamos decir que llegó a Francia a través de España. ¿Habrá que rectificar la historia del espiritismo en ese punto?

Ya vemos, confesado por los mismos adversarios del espiritismo, con cuánta rapidez ganaba terreno la idea nueva; una idea que, recién surgida, conquista quinientos mil partidarios, no carece de valor y muestra el camino que seguirá más adelante. Así, diez años después, uno de esos adversarios eleva la cifra a veinte millones en Francia solamente, y predice que dentro de poco la herejía habrá conquistado los otros veinte millones (véase la *Revista espírita* de junio de 1863). Pero entonces, si todo el mundo es herético, ¿qué le quedará a la ortodoxia? ¿No habría que aplicar en este caso la máxima según la cual, cuando todo el mundo se equivoca, todo el mundo tiene razón? ¿Qué habría respondido el instructor, si un niño terrible de su joven auditorio le hubiera formulado esta pregunta?: "¿Cómo es posible que, tras la primera predicación de san Pedro, solo se convirtieron tres mil judíos, mientras que el espiritismo, que es obra de Satán, produjo de inmediato quinientos mil adeptos? ¿Será que Satán es más poderoso que Dios?" Tal vez le habría respondido: "Eso se debe a que estos últimos eran protestantes".

"Satán dice que él es un Espíritu bueno, pero es un mentiroso. Un día quisieron hacer que una mesa hablara, pero ella no quiso responder; eso fue porque se lo impidió la presencia de unos eclesiásticos. Al final, dos golpes advirtieron que el

Espíritu estaba ahí. Le preguntaron: "—Jesucristo, ¿es el hijo de Dios? —No. —¿Reconoces la santa Eucaristía? —Sí. —La muerte de Jesucristo, ¿aumentó tus sufrimiento? —Sí".

Así pues, hay eclesiásticos que asisten a esas reuniones diabólicas. El niño terrible habría podido preguntar por qué, cuando ellos están presentes, no logran que el diablo se retire.

"Esto es lo que decía el señor Allan Kardec: 'Veamos una escena diabólica. La astucia de los Espíritus mistificadores supera todo lo que podamos imaginarnos: había dos Espíritus, uno hacía el bien y otro el mal; al cabo de algunos meses uno de ellos dijo: —Me aburro de repetiros palabras melosas que no siento. —Entonces, ¿eres el Espíritu del mal? —Sí. —¿No sufres hablándonos de Dios, de la santa Virgen y de los santos? —Sí. —¿Quieres el bien o el mal? —El mal. —¿No eres tú el Espíritu que hablaba hace un momento? —No. —¿Dónde te encuentras? —En el Infierno. —¿Sufres? —Sí. ¿Siempre? —Sí. —¿Te entregas a Jesucristo? —No, a Lucifer. —¿Él es eterno? —No. —¿Te gusta lo que tengo en la mano? (eran unas medallas de la santa Virgen). —No; pensé que os había inspirado confianza; el Infierno me reclama, ¡adiós!' "

No cabe duda de que este relato es muy dramático, pero sería muy hábil el que demostrara que tenemos algo que ver en todo eso. Es lamentable notar a qué clase de ardides se ven obligados a recurrir para infundir la fe. Se olvidan de que esos niños llegarán a ser adultos y reflexionarán. La fe que se apoya en tales pruebas tiene razones para temer a las conspiraciones.

"Acabamos de ver al Espíritu del mal forzado a reconocer que era tal. Esta es otra frase que el lápiz de un médium escribió: 'Si quieres entregarte a mí, en alma, espíritu y cuerpo, cumpliré

tus deseos. Si quieres estar conmigo, escribe tu nombre debajo del mío'; luego firmó: '*Giefle* o Satán'. El médium temblaba, no escribía; tenía razón. *Todas* esas sesiones terminan con estas palabras: '*¿Quieres comprometerte?*'. El demonio pretende que se firme un pacto con él. '—Entrégame tu alma' –le dijo un día a alguien–. '—¿Quién eres?' –le preguntaron–. '—Soy el demonio'. '—¿Qué quieres?'. '—Poseerte. El Purgatorio no existe; los criminales, los malvados, todos ellos van al Cielo'."

¿Qué dirán esos niños cuando sean testigos de algunas evocaciones y, en vez de un pacto infernal, escuchen a los Espíritu diciendo: "Amad a Dios sobre todas las cosas, y a vuestro prójimo como a vosotros mismos. Practicad la caridad que el Cristo enseñó. Sed buenos para con todo el mundo, incluidos vuestros enemigos. Orad a Dios, y seguid sus mandamientos, para que seáis dichosos en este mundo y en el otro"?

"Todos esos prodigios, todas esas cosas extraordinarias, proceden de los Espíritus de las tinieblas. El señor Home, un ferviente espírita, nos dice que a veces el suelo tiembla bajo sus pies; las habitaciones se estremecen, vibran. Una mano invisible os toca las rodillas, la espalda. Una mesa da un salto: se le pregunta: '—¿Eres tú?'. '—Sí.' '—Demuéstralo'. ¡Y la mesa se levanta dos veces!"

Una vez más, todo eso es muy dramático; pero no hay duda de que, entre los jóvenes alumnos, más de uno deseó ver esos fenómenos, y no dejará de hacerlo tan pronto tenga oportunidad. Entonces, habrá jovencitas impresionables, con una organización delicada, quienes ante la menor comezón creerán sentir la mano del diablo y se sentirán mal.

"Estas cosas son ridículas; la santa Iglesia, madre de todos nosotros, nos hace ver que todo eso no es más que un engaño."

Si todo eso es ridículo y engañoso, entonces ¿por qué hay que darle tanta importancia? ¿Por qué asustar a los niños con imágenes que no son reales en absoluto? Si hay algún engaño, ¿no estará en esas mismas imágenes?

"Por ejemplo, en la evocación de los muertos, no debemos creer que sean nuestros familiares quienes nos hablan, pues es Satán el que nos habla y se hace pasar por un muerto. Es cierto que nosotros nos podemos comunicar mediante la comunión de los santos. En la vida de los santos tenemos ejemplos de apariciones de muertos, pero se trata de un milagro de la sabiduría divina, y esos milagros son raros. Esto se nos ha dicho: 'Los demonios a veces se hacen pasar por muertos, y también se hacen pasar por santos'.

A veces no significa siempre, de modo que puede ocurrir que el Espíritu que se comunica no sea un demonio.

"Ellos pueden hacer muchas otras cosas. Cierto día, un Espíritu condujo la mano de un médium que no sabía dibujar, y reprodujo las imágenes de Jesucristo y de la Virgen santa. Uno de nuestros mejores artistas consideró que esas imágenes eran dignas de ser expuestas."

Al escuchar esto, algún alumno habría podido pensar: "¡Tal vez un Espíritu pueda conducir mi mano para hacer mis deberes y ganar un premio! ¡Hagamos el intento!"

"Saúl consultó a la pitonisa de Endor, y Dios permitió que Samuel se le apareciera para decirle: '¿Por qué perturbas mi descanso? Mañana estarás conmigo en la tumba'. Nuestros

Saules de salón deberían pensar en esta historia. San Felipe de Neri nos dice: 'Si la santa Virgen se os aparece, o incluso nuestro Señor Jesucristo, *escupidle en el rostro*, porque no será más que un engaño del demonio para que os equivoquéis'.

¿Qué significa, entonces, la aparición de Nuestra Señora de La Salette a esos dos pobres niños? Según esa instrucción del catecismo, ellos habrían tenido que escupirle en el rostro.

"Nuestro santo padre, el papa Pio IX, prohibió expresamente entregarse a tales cosas. Monseñor el obispo de Langres y muchos otros también hicieron lo mismo. La vida corre peligro: dos ancianos se suicidaron porque los Espíritus les habían dicho que después de la muerte gozarían de la dicha infinita. Peligro para la razón: varios médiums se han vuelto locos, y en una casa de alienados se cuentan más de cuarenta individuos a los que el espiritismo enloqueció."

Todavía no conocemos la bula papal que prohíbe expresamente ocuparse de estas cosas. Si existe, monseñor de Langres y los otros no habrían dejado de mencionarla. La historia de los dos ancianos a los que se aludió es inexacta. Quedó demostrado, en documentos oficiales, particularmente en cartas escritas por ellos antes de morir, que se suicidaron porque perdieron dinero y temieron caer en la miseria (véase la *Revista espírita* de abril de 1863). La historia de los cuarenta individuos encerrados en una casa de alienados tampoco es cierta. Sería muy incómodo tener que justificarla con los nombres de esos supuestos locos, que según un periódico eran cuatro; según otro, cuarenta; y para un tercero, cuatrocientos; en tanto que un quinto decía que estaban trabajando en la ampliación del hospicio. Un instructor de catecismo debería extraer sus informaciones históricas de otro lugar que no sean los bulos

de los periódicos. Los niños a los que se enseñan seriamente tales cosas las aceptan confiados; pero cuanto más grande es la confianza, más fuerte es la reacción en el sentido inverso, cuando más tarde llegan a saber la verdad. Decimos esto en general, y no solamente para el espiritismo.

Si bien nos ocupamos de analizar el trabajo de un niño, se entiende que no hemos refutado la opinión de un niño, sino la que su narración resume. Si las personas examinaran con cuidado todas las instrucciones de esta naturaleza, no se asombrarían tanto al ver los frutos que más tarde recogen de ellas. Para instruir a la niñez hace falta un gran tacto y mucha experiencia, porque nadie se imagina el alcance que puede tener una sola palabra imprudente que, al igual que la semilla de una hierba dañina, germina en esas jóvenes imaginaciones como en tierra virgen.

Parece que los adversarios del espiritismo consideran que esta idea no se encuentre bastante divulgada; se diría que, a pesar suyo, se ven impulsados a ingeniárselas para encontrar los medios de divulgarla más aún. Después de los sermones, cuyo resultado es conocido, no podían encontrar un medio más eficaz que convertir al espiritismo en objeto de las instrucciones y los deberes del catecismo. Dado que los sermones actúan sobre la generación que se va, esas instrucciones predisponen a la generación que llega. Por lo tanto, estaríamos equivocados si no las agradeciéramos.

* * *

El Espíritu golpeador de la hermana María

El siguiente relato se encuentra en una carta cuyo original tenemos en la mano, y que transcribimos textualmente:

"En Viviers, el 10 de abril de 1741.

"Nadie en el mundo, querido de Noailles, puede mejor que yo instruiros acerca de lo que ocurrió en la celda de la joven hermana María, y si bien lo que dijisteis al respecto nos puso en ridículo en nuestra ciudad, compartiré los hechos con vos. La fuerza de la verdad siempre prevalecerá en mí sobre el temor de pasar por un visionario y un hombre demasiado crédulo.

"Esta es, pues, una breve relación de lo que he visto y escuchado durante las cuatro noches que pasé en ese lugar, junto con más de cuarenta personas dignas de fe. Solo os referiré los hechos más notables.

"El 23 de marzo, día de la Anunciación, me enteré de que hacía tres días que todas las noches se escuchaban fuertes ruidos en el cuarto de la hermana María; que las dos hermanas de Saint-Dominique que viven con ella se habían asustado tanto que llamaron al señor Chambon, cura de Saint-Laurent, quien se presentó en ese cuarto a la una de la madrugada y escuchó que los cuadros golpeaban contra la pared, y vio que un acetre con agua bendita, de loza, se movía ruidosamente, y que una silla de madera ubicada en medio de la celda se volcó en seis oportunidades. Os confieso, señor, que ante ese relato yo no dejaba de burlarme. Las devotas al por mayor y al por menor quedaron sujetas a mi crítica, y entonces resolví pasar la noche siguiente en casa de la hermana María, persuadido de que en mi presencia todo quedaría en silencio, o de que yo descubriría la impostura. En efecto, ese mismo día, a las

nueve de la noche, me dirigí a la casa. Yo cuestionaba mucho a esas hermanas, sobre todo a la hermana María, que me pareció conocedora de la causa de todos esos ruidos, pero que no quería compartírmela. Entonces, hice una búsqueda muy exhaustiva en ese cuarto; revisé abajo y arriba de la cama. Las paredes, los cuadros, todo fue examinado con mucho cuidado, y como no descubrí nada que pudiera ser la causa de esos ruidos, hice que todos salieran del cuarto, con la orden de que no entrara nadie más que yo. Me acomodé junto al fuego en la habitación contigua; dejé entreabierta la puerta de la celda, y en el umbral coloqué una vela, de modo tal que pudiera ver, desde mi lugar, a un paso de la cama de la hermana María, la silla que había colocado allí y casi todo el cuarto. A las diez, los señores d'Entrevaux y Archambaud vinieron a mi encuentro, y junto con ellos, dos artesanos de nuestra ciudad.

"Alrededor de las once y media, escuché que se movía la silla. Acudí de inmediato, y vi que se había volcado, de modo que volví a ponerla en su lugar, pero ubiqué otra silla mucho más alejada de la cama de la enferma, pues no quería perderla de vista. Los señores d'Entrevaux y Archambaud tomaron la misma precaución, y un momento después vimos que la silla se volcaba otra vez, y que el acetre ubicado en la cama de la hermana María, pero a una altura que le impedía alcanzarlo, resonó varias veces, y un cuadro dio tres golpes contra la pared. De inmediato me dirigí a ver a la enferma; la encontré extremadamente agobiada, y a partir de ese agobio cayó en un desvanecimiento que le hizo perder el conocimiento y el empleo de todos sus sentidos, salvo el oído. Yo mismo fui su médico; por medio del agua de lavanda, volvió en sí en poco tiempo. Cada cuarto de hora escuchábamos los mismos ruidos, y como siempre encontrábamos los cuadros en el mis-

mo estado, ordené a ese ruidoso, quienquiera que fuera, que diera tres golpes en la pared con el cuadro y lo dejara torcido. Fui obedecido de inmediato. Un momento después, le ordené que volviera el cuadro a su posición anterior, y recibí una segunda prueba de su sumisión a mis órdenes.

"Como me di cuenta de que en ese cuarto solo hacían ruido la silla, dos cuadros y el acetre, retiré esos muebles, pero entonces los ruidos se trasladaron a unas estampas, cuyo movimiento escuchamos varias veces, y a un crucifijo que colgaba de un clavo en la pared. No escuchamos ni vimos nada particular esa noche; todo se mantuvo calmo y tranquilo hasta las cinco de la mañana. No guardamos el secreto de lo que vimos y escuchamos, y os dejo pensar si yo no fui engañado en lo que vi. Invité a los más incrédulos a que participaran; fuimos al lugar tres noches seguidas, y eso es lo que me pareció más sorprendente. Solo os referiré algunos hechos, pues sería demasiado extenso entrar en detalles. Debe bastar con que os diga aquí que los señores Digoine, Bonfils, d'Entrevaux, Chambon, Faure, Allier, Aoust, Grange, Bouron, Bonnier, Fontenès, Robert y muchos otros fueron testigos.

"Dado que en la ciudad se corría el rumor de que la hermana María podía ser la actriz de esta comedia, abandoné la buena opinión que tenía de ella. Quise tornarla sospechosa de engaño, y a pesar de que está paralítica, según el testimonio de nuestro médico y de todos los que la conocen, quienes nos aseguran que desde hace más de tres años solo puede mover la cabeza, yo supuse que ella podía obrar, y ante esa suposición, señor, procedí de esta manera:

"Me hice presente durante tres días consecutivos, a las nueve de la noche, en la casa de la hermana. La puse al tanto de las medidas que había tomado para no ser engañado, en

presencia de cinco o seis de los señores que ya he nombrado. Hice que la envolvieran con las sábanas, de modo que quedó en su cama como un bebé de un mes en su cuna. Además, tomé dos papillotes y los puse en forma de cruz sobre su pecho, de modo tal que no pudiera hacer ningún movimiento sin que esa cruz se desarmara.

"Ese mismo día, ella le había revelado el misterio al señor Chambon, que la dirige en ausencia del señor Obispo, así como al señor David, el director de nuestro seminario. El primero le pidió y le permitió que me enseñara la causa de esos ruidos. Entonces participé de su confidencia y me explicó que se trataba de un alma sufridora cuyo nombre me dijo, y que venía con el permiso de Dios para que se la aliviara en sus penas. De tal modo, informado y precavido contra el fraude, no dejé a nadie en su cuarto. Esa noche éramos ocho, decididos a no creer en nada. Alrededor de las once, los cuadros y el acetre se hicieron escuchar. Entonces, el señor Digoine y yo nos ubicamos en la puerta con una lámpara en la mano; es necesario observar que esa celda es pequeña, pues desde el centro yo podía alcanzar las cuatro paredes sin otros movimientos más que estirar los brazos. Apenas volvimos a nuestro lugar, el cuadro golpeó contra la pared; de inmediato fuimos a ver y encontramos el cuadro inmóvil y a la enferma en la misma posición. Volvimos a nuestro lugar y el cuadro golpeó por segunda vez, por lo que acudimos enseguida y vimos que el cuadro giraba en el aire y alrededor de la cama. Lo coloqué en la ventana; un momento después ese cuadro dio tres golpes en presencia de todos esos señores. Como yo quería convencerme cada vez más de la verdad del hecho que me había contado la hermana María, le ordené a ese Espíritu sufridor que tomara el crucifijo colgado en la pared y lo colocara sobre el pecho de la enfer-

ma; obedeció en el momento; todos los señores que estaban conmigo fueron testigos. Le ordené que devolviera el crucifijo a su lugar y que moviera con fuerza el acetre; obedeció igualmente, y como entonces yo me había ocupado de colocar el acetre a la vista de todos, escuchamos el ruido y vimos el movimiento. Todas esas señales no eran capaces de convencerme, de modo que exigí nuevas pruebas. Coloqué una mesa al pie de la cama de la enferma, y le dije a ese Espíritu sufridor que le ofrecíamos de buen grado nuestros votos y nuestras plegarias, pero como el sacrificio de la misa era lo más seguro para el alivio de sus penas, yo le ordenaba que diera sobre la mesa tantos golpes como misas quisiera que se dijeran por él. Golpeó al instante y contamos treinta y tres golpes. Entonces acordamos entre nosotros para realizarlas cuanto antes, y mientras nos ocupábamos de eso, los cuadros, el acetre y el crucifijo golpearon juntos y con mayor fuerza que nunca.

"Eran las dos de la madrugada y fui a despertar al señor Chambon, que entonces fue testigo de todo cuanto le habíamos contado, pues en su presencia hicimos que el Espíritu sufridor repitiera los treinta y tres golpes. El señor Chambon le ordenó que tomara el crucifijo y lo apoyara en una silla determinada; de inmediato escuchamos un golpe que procedía de esa silla; fuimos a ver y encontramos el crucifijo debajo de la cama y a un paso de esa silla. Pedí al canónigo señor Digoine, al señor Chambon y al señor Robert que se quedaran ocultos en la celda para examinar cada uno a su vez si veían algo; escucharon dos voces distintas en la cama de la enferma; distinguieron perfectamente la voz de la enferma, que hacía muchas preguntas; en cuanto a la otra, no pudieron comprender las respuestas, pues se expresaba en un tono muy bajo y

rápido. Estos señores me informaron lo ocurrido y yo fui a ver a la hermana María, quien me confesó el hecho.

"Propuse a esos señores decir un *De profundis* para el alivio de las penas de esa alma sufridora, y al concluir dicha plegaria la silla se volcó, los cuadros golpearon y el acetre resonó. Le dije a ese Espíritu que íbamos a decir cinco *Pater* y cinco *Ave* en honor a las cinco llagas de Nuestro Señor, y que yo le ordenaba, como prueba de que esas plegarias le agradaban, que volcara por segunda vez la silla, pero con más fuerza que la anterior. Tan pronto como nos pusimos de rodillas, la silla, ubicada a dos pasos delante de nosotros, se volcó hacia adelante, se levantó y volvió a volcarse hacia atrás.

"Al ver la docilidad de ese Espíritu y su prontitud en obedecer, consideré que podía intentarlo todo. Coloqué sobre la cama de la hermana cuarenta monedas de plata y le ordené que las contara; de inmediato escuchamos que caían de a una en un vaso de vidrio que yo había dejado en un costado. Tomé las monedas y las puse sobre la mesa; le ordené que hiciera lo mismo y me obedeció en el momento. Puse un escudo de seis francos y le ordené que me señalara con ese escudo la cantidad de misas que necesitaba; con el escudo golpeó treinta y tres veces contra la pared. Hice entrar en el cuarto a los señores Digoine, Bonfils y d'Entrevaux; retiramos el cortinado de la cama, pusimos la lámpara sobre la cama, y yo le ordené a ese Espíritu que diera golpes y nos señalara la cantidad de misas. Los cuatro vimos a la hermana María siempre en el mismo estado, sin moverse y con los dos papillotes en forma de cruz tal como yo los había dejado, y contamos treinta y tres golpes dados contra la pared. Vale notar que en el cuarto ubicado al otro lado de esa pared no hay una sola alma que viva en él.

Nos habíamos ocupado de apartar todo lo que hubiera podido generar en nosotros la más mínima sospecha.

"Por último, señor, intenté otro camino; escribí en un papel estas palabras: 'Te ordeno, alma sufridora, que nos digas quién eres, tanto para nuestro consuelo como para la preservación de nuestra fe. Escribe, pues, tu nombre en este papel, o al menos haz en él alguna marca, a fin de que conozcamos la necesidad que tienes de nuestras plegarias'. Coloqué este escrito debajo de la cama de la enferma, junto con un tintero y una pluma; un instante después escuché que resonaba el acetre; acudimos hacia el ruido y encontramos el papel y el crucifijo encima de él. Le ordené que pusiera el crucifijo en su lugar y que marcara el papel. Entonces dijimos las letanías de la Virgen, y al finalizar nuestra plegaría encontramos el crucifijo en su lugar y al dorso del papel dos cruces hechas con la pluma. El señor Chambon, que estaba muy cerca de la cama, escuchó el sonido de la pluma sobre el papel. Podría contaros muchos otros hechos igualmente sorprendentes, pero ese detalle me llevaría demasiado lejos.

"Sin duda me preguntaréis, estimado señor, qué pienso acerca de esta aventura. Os diré mi profesión de fe. En primer lugar, establezco que el ruido que he visto y escuchado fue producido por una causa. Esos cuadros, esa silla, ese acetre, etc., son seres inanimados que no pueden moverse por sí mismos. ¿Cuál es, pues, la causa que les ha dado el movimiento? Tiene que ser necesariamente natural o sobrenatural; si es natural, no puede ser más que la hermana María, pues no había nadie más que ella en el cuarto. No podemos afirmar que ese ruido haya sido producto de resortes; examinamos todo con la mayor atención; hasta desarmamos los cuadros, y si un

simple cabello hubiera dado cuenta del acetre o de la silla, lo habríamos notado.

"Ahora bien, yo digo que la hermana María no es la causa. Ella no quiso, y digo más, no pudo engañarnos. No quiso hacerlo porque, ¿sería posible que una joven que está en olor de santidad, una joven cuya vida es un milagro continuo, pues está comprobado que desde hace tres años no ha comido ni bebido, y que de su cuerpo no ha salido otra cosa más que una cantidad de plegarias; una joven que sufre desde hace seis años todo lo que se pueda sufrir, y siempre con una paciencia admirable; una joven que solo abre la boca para orar, y que en todo lo que dice deja traslucir la más profunda humildad; es posible, digo, que haya querido engañarnos, e imponerse de tal modo a todo el público, a su obispo, a su confesor y a la cantidad de sacerdotes que la han interrogado al respecto? En todo lo que ella ha dicho encontramos una coherencia maravillosa, nunca la menor contradicción: carácter único de la verdad, pues la mentira no podría sostenerse. No creo que los mártires hayan sufrido más de lo que sufre esta joven santa; hay épocas del año en las que todo su cuerpo es una sola llaga; se ha visto salir sangre y pus de sus orejas, y muy a menudo le quitan largos gusanos que salen de sus narinas. Ella sufre y ruega continuamente a Dios que la haga sufrir. Algo maravilloso es que todos los años, en la quincena de Pascua, sufre un vómito de sangre; luego de ese vómito, su garganta se destapa; entonces recibe el santo viático, y un instante después se vuelve a cerrar totalmente, cosa que le ocurrió el último miércoles.

"En segundo lugar, digo que ella no ha podido engañarnos; no está en condiciones de moverse; está paralítica, como ya he dicho, y una señorita de nuestra ciudad quedó plenamente convencida de eso cuando le hundió una gruesa aguja

en la pierna. Por otra parte, veis las precauciones que hemos tomado; cosimos su ropa de cama a sus sábanas, y era vigilada con frecuencia. Por lo tanto, no ha sido ella. Entonces, me preguntaréis: ¿qué es? La consecuencia es fácil de extraer a partir de todo lo que he tenido el honor de deciros en este relato".

Firmado: † el abad de Saint-Ponc,
canónigo presentador.

Observación. Existe una evidente analogía entre estos hechos y los del Espíritu golpeador de Bergzabern y de Dibbelsdorf, referidos en la *Revista espírita* de mayo, junio, julio y agosto de 1858, salvo porque en este caso el Espíritu no tenía nada de malévolo. La comprobación viene de un hombre de cuyo carácter no se puede sospechar, y que no observó a la ligera. Si, como afirman algunas personas, *solo* el diablo se manifiesta, ¿por qué se presentaría junto a una joven en olor de santidad? Ahora bien, vale señalar que ella no se encontraba atemorizada ni atormentada; sabía –y las experiencias lo comprobaron– que se trataba de un alma sufridora. Entonces, si no era el diablo, ¿pueden comunicarse otros Espíritus?

Dos circunstancias tienen aquí una analogía particular con lo que vemos actualmente. La primera es la idea de que la persona en torno a la cual se producen los fenómenos comete fraude, a pesar de las imposibilidades materiales que existen a veces. En la situación física y moral de esta jovencita, no se entiende cómo es posible que la sospecha de una puesta en escena haya invadido el espíritu de los otros religiosos.

El segundo hecho es más importante. Si bien algunos de los fenómenos ocurrieron a la vista de las personas presentes, la mayoría se produjo cuando estas se encontraban en la pieza

de al lado, o bien de espaldas, y en ausencia de luz directa, tal como se los observa una y otra vez en la actualidad. ¿A qué se debe esto? Es lo que todavía no está suficientemente explicado. Dado que esos fenómenos tienen una causa material, y no *sobrenatural*, es posible que, conforme ocurre con ciertas operaciones químicas, la luz difusa sea más favorable a la acción de los fluidos de que se vale el Espíritu. La física espiritual aún está en pañales.

VARIEDADES

El *Index* de la corte de Roma

La fecha del 1.º de mayo de 1864 quedará en los anales del espiritismo, al igual que la del 9 de octubre de 1862[15]. Recordará la decisión de la santa congregación del *Index* respecto de nuestras obras sobre el espiritismo. Si hay algo que sorprendió a los espíritas, es que esa decisión no se haya tomado antes. Por otra parte, todos opinan lo mismo en cuanto a los efectos beneficiosos que habrá de producir, y que ya son confirmados por las informaciones que recibimos de todas partes. Ante esa novedad, la mayoría de los libreros se apresuraron a promocionar más aún nuestras obras. Otros, más timoratos, al suponer que se había prohibido su venta, las retiraron de los estantes, pero no por eso dejaron de venderlas solapadamente. Se los tranquilizó haciéndoles observar que la ley orgánica señala que: "Ninguna bula, breve, decreto, mandato, provisión, firma que sirva de provisión, ni ninguna otra expedición de la

15. El auto de fe de Barcelona ocurrió el 9 de octubre de 1861. (N. del T.)

curia romana, *incluso si concierne solo a particulares*, podrá ser recibida, publicada, impresa ni *ejecutada* sin la autorización del gobierno".

En cuanto a nosotros, esta medida, que forma parte de las que esperábamos, constituye un indicio que aprovecharemos y que nos servirá de guía para nuestros trabajos ulteriores.

* * *

Persecuciones militares

El espiritismo cuenta con numerosos representantes en el ejército, entre los oficiales de todos los rangos, quienes han comprobado su benéfica influencia sobre ellos mismos y sobre sus inferiores. En algunos regimientos, no obstante, entre los jefes superiores, si bien no hay negadores, se encuentran adversarios declarados que prohíben formalmente a sus subordinados ocuparse de él. Conocemos a un oficial que fue retirado del cuadro de los candidatos a la Legión de Honor, y a otros que fueron arrestados, a causa del espiritismo. Nosotros les hemos aconsejado que se sometieran sin murmurar a la disciplina jerárquica, y que aguardaran pacientemente un tiempo mejor, que no puede tardar, pues llegará en fuerza de la opinión general. Incluso los hemos comprometido a que se abstengan, si fuera necesario, de cualquier manifestación espírita exterior, porque ninguna coacción se puede ejercer sobre su creencia íntima, ni se les pueden quitar los consuelos y los estímulos que encuentran en ella. Esas leves persecuciones constituyen pruebas para su fe, y sirven al espiritismo en vez de perjudicarlo. Esos militares deben considerarse dichosos de sufrir un poco por una causa que aprecian. ¿Acaso no

están orgullosos de dejar un miembro en el campo de batalla a favor de la patria terrestre? Entonces, ¿qué importan algunos problemas y disgustos soportados a favor de la patria eterna y de la causa de la humanidad?

* * *

Un acto de justicia

El domingo 3 de abril de 1864 ha sido un día de fiesta para la comuna de Cempuis, cerca de Grandvilliers (Oise). Varios miles de personas se reunieron allí para realizar una conmovedora ceremonia, que dejará un recuerdo imborrable en el corazón de todos los presentes. Nuestro colega, el señor Prévost, miembro de la Sociedad espírita de París, fundador de la residencia de ancianos de Cempuis y de las sociedades de socorro mutuo de los alrededores, ha sido su modesto héroe. Un inmenso cortejo, precedido por la orquesta de Grandvillers, lo condujo al ayuntamiento, donde recibió de manos de la autoridad departamental la medallaa de honor que mereció por su noble dedicación a la causa de la humanidad sufridora. En el discurso pronunciado en la ocasión por parte del delegado de la prefectura, destacamos los siguientes párrafos:

"Si bien en esta revisión sumaria, señores, concedo a cada uno el mérito que le cabe en la consagración de esta gran jornada, permitid que me regocije con vosotros al ejecutar un deber que aprecio mucho en todo sentido.

"Así pues, con una indescriptible alegría y un legítimo orgullo, todos verán en el noble pecho del señor Prévost este símbolo honorífico, que el Emperador ha dispuesto que le en-

treguemos en su nombre, sin duda en espera de que la estrella de honor brille en él con su más intenso fulgor.

"Antes de finalizar esta bella ceremonia, en la que con todo derecho los jóvenes impacientes desean participar con su alegre animación, hagamos llegar nuestro júbilo y nuestra gratitud a su augusto autor, el Emperador, así como a su fiel intérprete, el señor prefecto de l'Oise".

La Sociedad espírita de París también se enorgullece por los honores rendidos a uno de sus miembro altamente reconocidos. (Para los detalles acerca de la residencia de ancianos de Cempuis, véase la *Revista espírita* de octubre de 1863, pág. 303.)

Allan Kardec

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año VII Número 7 Julio de 1864

Reclamación del señor abad Barricand

El número de la *Revista* del mes de junio se hallaba compuesto y en parte impreso cuando recibimos la siguiente carta del señor abad Barricand, razón por la cual solicitamos que se le responda lo siguiente:

"Señor:

"El señor Allan Kardec me ha solicitado que acuse recibo de la carta que le habéis remitido, y que os diga que no era necesario vuestro requerimiento para que la publique en la *Revista espírita*. Dado que el número de la *Revista* del 1.º de junio se hallaba en prensa al momento de recibir vuestra carta, esta solo podrá ser publicada en el número siguiente.

"Recibid, etc."

"Lyón, 19 de mayo de 1864.

"Señor:

"Acabo de leer, en el número de la *Revista espírita* del mes de mayo de 1864, un artículo en el que mi curso es tergiversado y desfigurado a tal punto que me veo en la necesidad de darle una respuesta, para borrar la impresión desfavorable que ese artículo habrá causado en vuestros lectores, respecto de mi persona y mi enseñanza.

"Ese artículo se titula: *Cursos públicos de espiritismo en Lyón*. Nunca se ha visto esta designación en ninguno de mis programas, y si alguien asistió a mis cursos con la creencia de que tomaría lecciones de espiritismo, no ha sido –como vos lo insinuáis– porque fue seducido por un título *atractivo y de algún modo engañoso*, sino únicamente porque no se tomó el trabajo de leer lo que dicen nuestros afiches.

"Informáis a vuestros lectores que el periódico La Vérité [*La Verdad*] *señala varias* de nuestras *afirmaciones*, y que además *se encarga de refutarnos*, *cosa que sin duda* –agregáis– *cumplirá a la perfección, a juzgar por su comienzo*. Pero no dais a conocer esas afirmaciones. Es cierto que nuestro contradictor afirma que *no es necesario haber cursado Teología para tomar una pluma*, y que no temerá perseguirnos *sin más armas que las de la razón y de la fe en Dios que el espiritismo brinda*…; que la *tesis paradojal que sostenemos no se discute*…; que no nos haríamos *de rogar para acompañar al espiritismo al cementerio, pero que no había prisa para tocar a muerto*…; que por su propia cuenta está en condiciones *de amamantar, por sí mismo y sin demasiado esfuerzo, a esa criaturita que se llama* La Verdad…; *que la sangre del porvenir corre más caliente que nunca por las venas del espírita, y que tiene la confianza íntima de que un día seremos la voz cantante del más magnífico* Te Deum.

"El señor Allan Kardec sin duda es dueño de suponer que esas afirmaciones señalan las nuestras, así como de prometer a sus lectores que, a juzgar por su comienzo, el director de *La Vérité* cumplirá de maravillas la tarea que se ha impuesto en el sentido de refutarnos; pero a nosotros nos cuesta creer que fuera de la escuela espírita se comparta esa opinión, e incluso llegaríamos a sospechar que, si al señor director de la *Revista Espírita* le hubiera complacido presentar a sus abonados el artículo en el que nuestro antagonista nos combate, varios de ellos habrían dudado en considerarlo un comienzo que promete una refutación maravillosa de nuestras lecciones contra el espiritismo.

"Tal vez podríais preguntarnos: '¿Acaso el resumen que *La Vérité* presenta de una parte de vuestra argumentación no está hecho con fidelidad?' No, señor, ese resumen no es más que una burlesca parodia. Todo en él está falsificado: nuestro lenguaje, nuestras ideas y nuestro razonamiento. Esas expresiones arrogantes: *Soy capaz de demostraros…*; *pretensioso pedestal…*; *informes ampulosos…*; *cifras ambiciosas…*; *¡es todo comedia…!*; *la caja del señor A. Kardec está bien provista; ¿acaso no es justo que él acuda en auxilio de sus discípulos…?*, etc., nunca formaron parte de nuestras lecciones, y el señor director de *La Vérité* se habría ahorrado el trabajo de atribuírnoslas si hubiera comprendido o querido comprender el verdadero estado de la cuestión que tratábamos ante él.

"¿De qué se trataba, en efecto? De hacer conocer a nuestro auditorio cuál era, a fines de 1862 y a fines de 1863, la situación del espiritismo en Lyón. Ahora bien, para basarnos tan solo en los datos que ningún espírita puede negar, en vez de hablar de vuestros viajes y de calcular lo que podría contener vuestra caja, nos limitamos a contrastar vuestro opúsculo titulado: *Viaje espírita en 1862*, con *vuestro artículo* de la Revista

Espírita (enero de 1864) en el cual informáis a los abonados la situación del espiritismo en 1863. A partir de la diferencia tan evidente de tono y de lenguaje que se nota en esos dos documentos, consideramos que debíamos concluir, no que el espiritismo esté muerto o agonizando, como nos hace decir *La Vérité*, sino que sufre, al menos en Lyón, un tiempo de pausa, si acaso ya no entró en un período de decadencia. En apoyo de esta conclusión, recordamos las confesiones del director de *La Vérité*; porque, mientras que el señor Allan Kardec afirma que en 1862 se podían contar, sin exageración, entre veinticinco mil y treinta mil espíritas lioneses, el señor Edoux no tiene dificultad en reconocer que actualmente esa cantidad no supera los diez mil. Ahora bien, ¿cuál otro nombre, que no sea el de decadencia, se puede dar a una disminución tan sensible?

"Nos parece que nada era más fácil que captar el verdadero sentido de una argumentación tan simple, y hacer al respecto un análisis exacto; pero el señor director de *La Vérité*, en vez de limitarse a reproducir fielmente nuestra exposición, pensó que sería más picante ofrecer a sus lectores la bonita muestra de nuestro curso que ha incluido en su periódico.

"Por lo tanto, ese informe, que en cada línea trasluce la falta de lógica y de sinceridad, y que vos considerasteis el fundamento de esas insinuaciones malévolas que tienden a presentarnos ante vuestros lectores como un hombre *que se inmiscuye en vuestros actos privados*; que *de una simple suposición extrae una consecuencia absoluta*, y que *calcula lo que hay en el fondo de vuestra caja para convertirlo en el texto de una enseñanza pública*. Tales acusaciones, lanzadas al azar y sin la menor prueba, caen de por sí: según las palabras de un antiguo autor, basta con divulgarlas para que se las refute: *Vestra exposuisse refellisse est*.

"Al concluir vuestro artículo, considerasteis que debíais enseñarnos cómo hay que dictar un curso de teología. Por nuestra parte, no pretendemos daros una clase; pero al menos permitidme este consejo caritativo, si queréis evitar los desmentidos: no aceptéis de ahora en más, salvo con cierta desconfianza, los informes de vuestros corresponsales; porque, para tomar prestado el lenguaje de nuestro querido La Fontaine: *Nada es más peligroso que un amigo ignorante; es preferible un enemigo sabio*.

"Os ruego, y si es necesario os requiero, que incluyáis en su totalidad esta respuesta en vuestro próximo número.

"Tened a bien aceptar el testimonio de mis sentimientos distinguidos."

A. Barricand
Decano de la Facultad de Teología

Las palabras que motivan el reclamo del señor abad Barricand son estas: "Es fácil para el señor Allan Kardec hacer esta afirmación: *El espiritismo está más fuerte que nunca*, ¡y citar como prueba principal la creación de *La Ruche* y de *La Vérité*! Señores, ¡todo es una comedia…! Esos dos periódicos pueden existir sin que necesariamente se esté obligado a concluir que el espiritismo ha dado un paso adelante… Si me refutarais con el hecho de que esos periódicos tienen gastos y que para cubrirlos hacen falta abonados o imponerse sacrificios demasiado abrumadores, os respondería: ¡Comedia…! Según dicen, la caja del señor A. Kardec está bien provista; ¿acaso no es justo y racional que él acuda en auxilio de sus discípulos?"

Estas palabras han sido extraídas textualmente del periódico *La Vérité* del 10 de abril de 1864. Por nuestra parte, no

hemos hecho más que agregarles las reflexiones muy naturales que ellas mismas nos sugirieron, al afirmar que no le reconocemos a nadie el derecho de contar lo que hay en nuestro bolsillo, así como de prejuzgar el empleo que hacemos de algo que se supone que poseemos, y menos aún de incluirlo en el texto de una enseñanza pública (véase la *Revista* del mes de mayo, página 154).

Sin detenernos a investigar si el señor Barricand pronunció las palabras por las que contesta, o su equivalente, nos sorprende que no haya presentado de inmediato la rectificación en el periódico del que nosotros no hicimos más que transcribirlas. Ese periódico es del 10 de abril; aparece en Lyón todas las semanas y se le remite un ejemplar. Ahora bien, su carta es del 19 de mayo, y en ese intervalo aparecieron cinco números. Una de dos: esas palabras son ciertas o bien son falsas. Si son falsas, fueron inventadas por el Redactor, quien en el artículo declara que asistió a una clase del Profesor. En tal caso, ¿cómo se explica que en ese mismo artículo proteste contra el argumento de que nosotros lo subvencionamos, y diga que no necesita la ayuda de nadie y que puede seguir solo? Se habría engañado extrañamente. ¿Cómo se explica que, en presencia de esa doble afirmación, el señor Barricand haya dejado pasar más de un mes sin protestar? Su silencio, toda vez que no podía ignorar esas palabras, tuvo que ser considerado por nosotros como un asentimiento, pues es muy evidente que, si hubieran sido rectificadas en *La Vérité*, nosotros no las habríamos reproducido.

El señor abad Barricand retoma en su carta la tesis que sostuvo acerca de la pretendida decadencia del espiritismo, aunque limitando el alcance de sus expresiones. Dado que esa idea lo tranquiliza, se la concedemos de buen grado, pues

no tenemos ningún interés en disuadirlo. Que extraiga, pues, a partir de la ausencia de cálculos precisos sobre la cantidad de espíritas, todas las deducciones que quiera, pues eso no impedirá que las cosas sigan su curso. Nos importa poco que nuestros adversarios crean o no en los progresos del espiritismo; por el contrario, cuanto menos crean, menos se ocuparán de él, y más tranquilos nos dejarán; incluso nos haremos los muertos de buena gana, si eso los complace. A ellos les correspondería no despertarnos. Con todo, mientras vociferen, fulminen, anatematicen, se valgan de violencias y persecuciones, no lograrán que nadie crea que estamos bien muertos.

Hasta ahora, el clero había supuesto que una manera de atemorizar, en relación con el espiritismo, y hacer que se lo rechazara, consistía en exagerar la cantidad de sus adeptos. ¿En cuántos sermones, pastorales y publicaciones de todo tipo, esos adeptos no fueron presentados como invasores de la sociedad, y cuyo incremento ponía a la Iglesia en peligro? Nosotros hemos afirmado el progreso de las ideas espíritas que, mejor que cualquier otro, estamos en condiciones de constatar; pero nunca caímos en cálculos hiperbólicos; nunca dijimos, como cierto predicador, que tan solo en Burdeos nuestros libros se habían vendido en poco tiempo por más de ciento setenta mil francos. No fuimos nosotros los que dijimos que en Francia había veinte millones de espíritas; ni tampoco, como en una reciente obra, que hay seiscientos millones en todo el mundo, lo que equivaldría a más de la mitad de la población total del globo. El resultado de esos cálculos ha sido muy distinto del que se esperaba. Ahora bien, si quisiéramos proceder por inducción, sospecharíamos que el señor abad Barricand pretende seguir una táctica contraria, atenuando los progresos del espiritismo en vez de exagerarlos.

Sea como fuere, la estadística exacta de los espíritas es algo imposible, debido a la cantidad inmensa de personas que simpatizan con la idea y que no tienen motivo alguno para ponerse en evidencia, dado que los espíritas no están alistados como en una cofradía. Sería un gran error tomar como base la cantidad de grupos oficialmente conocidos, debido a que en ellos se encuentra la milésima parte de los adeptos. Conocemos ciudades en las que no existe ninguna sociedad regular, y en las que hay más espíritas que en otras donde se cuentan varias. Además, hemos dicho que las sociedades no son en absoluto una condición necesaria para la existencia del espiritismo; algunas se forman hoy y desaparecen mañana, sin que la marcha del espiritismo se vea afectada en nada. *El espiritismo es una cuestión de fe y de creencia, y no de asociación*.

Toda persona que comparta nuestras convicciones acerca de la existencia y la manifestación de los Espíritus, así como de las consecuencias morales que resultan de esa manifestación, es espírita de hecho, sin que tenga necesidad de inscribirse en un registro o matrícula, o recibir un diploma. Una simple conversación basta para descubrir a los que simpatizan con la idea o la rechazan, y de ese modo evaluar si esta gana o pierde terreno.

El cálculo aproximado de la cantidad de adeptos se funda en las relaciones íntimas, porque no existe ninguna base en la cual se pueda establecer una cifra rigurosa, cifra que por otra parte varía incesantemente. Una carta, por ejemplo, nos revelará la existencia de una familia espírita, y a menudo de varias familias, que no conocíamos en absoluto. Si el señor Barricand leyera nuestra correspondencia, tal vez cambiaría de opinión, pero eso no nos preocupa.

El grado de oposición a una idea siempre es proporcional a su importancia. Si el espiritismo fuera una utopía, nadie se ocuparía de él, como ocurre con tantas otras teorías. El encarnizamiento de la lucha es un indicio cierto de que se lo toma en serio. Con todo, si bien hay lucha entre el espiritismo y el clero, la historia dirá quiénes fueron los agresores. Los ataques y las calumnias de que es objeto lo han forzado a repeler las armas que le arrojan, y a mostrar el lado vulnerable de sus adversarios. ¿Acaso quienes lo hostigan pudieron detener su marcha? Es evidente que no. Si lo hubieran dejado tranquilo, el nombre del clero ni siquiera se habría pronunciado, y tal vez este habría ganado. Al atacar al espiritismo en nombre de los dogmas de la Iglesia, aquel lo forzó a discutir el valor de las objeciones, y por eso mismo a ingresar en un terreno que no tenía la intención de abordar. La misión del espiritismo radica en combatir la incredulidad con la evidencia de los hechos; en conducir hacia Dios a aquellos que lo desconocen; en demostrar la existencia del porvenir a los que creen en la nada. ¿Por qué, entonces, la Iglesia impone el anatema a aquellos a quienes el espiritismo les brinda esa fe, y lo hace aún más que cuando no creían en nada? Al rechazar a los que creen en Dios y en el alma a través del espiritismo, la Iglesia los obliga a buscar un refugio fuera de ella. ¿Quién, sino el clero, ha sido el primero en proclamar que el espiritismo era una nueva religión con su culto y sus sacerdotes? ¿En qué parte se han visto, hasta el presente, el culto y los sacerdotes del espiritismo? Si algún día se convierte en una religión, habrá sido a causa del clero.

La religión y el progreso

Por lo general se piensa que la Iglesia reconoce actualmente que el fuego del Infierno es un fuego moral y no un fuego material. Tal es al menos la opinión de la mayoría de los teólogos y de muchos eminentes eclesiásticos. Sin embargo, solo se trata de una opinión individual, y no de una creencia adoptada por la ortodoxia, pues de lo contrario se la profesaría universalmente. Esto se puede verificar en el siguiente cuadro, que un predicador trazó acerca del Infierno, durante la cuaresma de 1864, en Montreuil-sur-Mer:

"¡El fuego del Infierno es millones de veces más intenso que el de la Tierra, y si acaso uno de los cuerpos que arden en él sin consumirse fuese arrojado a nuestro planeta, lo apestaría de un extremo al otro!

"¡El Infierno es una extensa y sombría caverna, erizada de agudos clavos, de láminas de espadas aceradas, de láminas de navajas afiladísimas, sobre las cuales son arrojadas las almas de los condenados!"

Sería innecesario refutar esta descripción, aunque podríamos preguntarle al orador de dónde extrajo un conocimiento tan preciso acerca del lugar que describe. No lo extrajo, por cierto, del Evangelio, donde no se alude a clavos, espadas y navajas. Para saber que esas láminas están afiladísimas, se requiere haberlas visto y sentido. ¿Será que, como un nuevo Eneas o un nuevo Orfeo, él mismo habría descendido a esa sombría caverna, que además se parece mucho al Tártaro de los paganos? Por otra parte, habría tenido que explicar qué tipo de acción pueden ejercer los clavos y las navajas sobre las almas, así como la necesidad de que esas láminas estuvieran bien afiladas y templadas. Dado que conoce tan bien los de-

talles interiores de ese lugar, también habría tenido que decir dónde se encuentra ubicado. No es en el centro de la Tierra, pues supone lo que ocurriría en caso de que uno de los cuerpos que contiene fuera arrojado sobre nuestro planeta. ¿Está, pues, en el espacio? Pero la astronomía lo penetró con su mirada mucho antes, sin descubrir nada de eso. Es cierto que no lo miró con los ojos de la fe.

De todos modos, ese cuadro ¿fue diseñado para atraer a los incrédulos? Es más que dudoso, pues resulta más adecuado para disminuir la cantidad de creyentes.

Como contrapartida, citaremos el siguiente fragmento de una carta escrita en *Riom*, y publicada en el periódico *La Vérité* [*La Verdad*], en el número del 20 de marzo de 1864:

"Ayer, para mi gran sorpresa y satisfacción, escuché con mis propios oídos esta tranquilizadora confesión surgida de la boca de un elocuente predicador, en presencia de un numeroso auditorio asombrado: *Ya no hay Infierno… el Infierno no existe más… ha sido reemplazado por un admirable sustituto: ¡el fuego de la caridad, el fuego del amor que rescata nuestras faltas!*

"¿Acaso nuestra divina doctrina (el espiritismo) no se encuentra por completo en estas breves palabras?"

Es inútil decir cuál de los dos predicadores contó con más simpatizantes en el auditorio. Con todo, el segundo incluso habría podido ser acusado de herejía por parte del primero. Antaño habría expiado infaliblemente en una hoguera o en una prisión la audacia de haber proclamado que Dios no manda quemar a sus criaturas.

Estas dos citas nos sugieren las siguientes reflexiones:

Si aquel cree en la materialidad de las penas, mientras que este no cree en eso, de ahí resulta necesariamente que uno de ellos está equivocado y que el otro tiene razón.

Este punto es más importante de lo que parece a primera vista, porque abre el camino a las interpretaciones en el seno de una religión fundada en la unidad absoluta de la creencia, y que por regla general rechaza la interpretación.

Es cierto que hasta el día de hoy la materialidad de las penas ha formado parte de las creencias dogmáticas de la Iglesia. ¿Por qué, entonces, no todos los teólogos la aceptan? Como ni unos ni otros han verificado la cuestión por sí mismos, ¿a qué se debe que algunos vean en esa materialidad apenas una representación, mientras que otros la consideran real, si no es porque en aquellos la *razón* prevalece sobre la fe ciega? Ahora bien, la razón es el libre examen.

De este modo, la razón y el libre examen penetran en la Iglesia por la fuerza de la opinión. Podríamos decir, sin metáforas, por la puerta del Infierno. Es la mano puesta en el santuario invariable de los dogmas, no por parte de los laicos, sino del propio clero.

No supongamos que esta cuestión sea de poca importancia, pues lleva consigo el germen de una revolución religiosa y de un inmenso cisma, tan radical como el protestantismo, porque no solo amenaza al catolicismo, sino también al protestantismo, a la Iglesia griega y a todas las sectas cristianas. En efecto, entre la materialidad de las penas y las penas puramente morales, existe la inmensa distancia que va desde el sentido propio hasta el sentido figurado, desde la alegoría hasta la realidad. Si se admite que las llamas del Infierno son una alegoría, resulta evidente que las palabras de Jesús: "Id al fuego eterno", tienen un sentido alegórico; y de ahí la con-

secuencia de que lo mismo debe ocurrir con muchas otras palabras suyas.

No obstante, la consecuencia más grave es esta: desde el momento en que se admite la interpretación en un punto, no hay motivos para rechazarla en otros. Así pues, como hemos dicho, se trata de una puerta abierta a la libre discusión, un golpe mortal asestado al principio absoluto de la fe ciega. La creencia en la materialidad de las penas se vincula íntimamente con otros artículos de fe que son su corolario. Una vez transformada esta creencia, las otras se transformarán inevitablemente y de manera gradual.

Al respecto, ya contamos con una aplicación. Hasta hace pocos años, el dogma *Fuera de la Iglesia no hay salvación* conservaba toda su fuerza. El bautismo era una condición tan imperiosa, que bastaba con que el hijo de un hereje lo recibiera clandestinamente y contra la voluntad de sus padres, para que obtuviera la salvación, pues todo el que no fuera rigurosamente ortodoxo quedaba irremisiblemente condenado. Sin embargo, la razón humana se sublevó ante la idea de que miles de almas fueran condenadas a torturas eternas sin que hubiera dependido de ellas obtener el esclarecimiento de la verdadera fe, al igual que ante la idea de que una infinidad de niños murieran antes de tener conciencia de sus actos, y fueran condenados debido a que la negligencia o la fe religiosa de sus padres los habían privado del bautismo. Por esta razón, la Iglesia se apartó de su absolutismo en ese punto. Ahora sostiene –o al menos así lo hacen la mayoría de los teólogos– que esos niños no son responsables de las faltas de sus padres; que la responsabilidad solo comienza a partir del momento en que se rechaza la posibilidad de ser esclarecido, de modo que esos niños no resultan condenados por no haber recibido

el bautismo, y que lo mismo vale para los salvajes y los idólatras de todas las sectas. Algunos van más lejos: reconocen que, mediante la práctica de las virtudes cristianas, es decir, de *la humildad y la caridad*, se puede obtener la salvación en todas las religiones, porque eso depende de la voluntad de vivir cristianamente, tanto por parte de un hindú, de un judío, de un musulmán, de un protestante, como de un católico; y que toda persona que vive de ese modo está en la Iglesia por el espíritu, aunque no lo esté por la forma. ¿Acaso no se trata del principio: *Fuera de la Iglesia no hay salvación*, ampliado y transformado en este otro: *Fuera de la caridad no hay salvación*? Esto es precisamente lo que el espiritismo enseña, y sin embargo por eso lo declaran obra del demonio. ¿Por qué razón esta máximas sería el aliento del demonio en la boca de los espíritas, y no en la de los ministros de la iglesia? Si la ortodoxia de la fe resulta amenazada, no es por culpa del espiritismo, sino de la propia Iglesia, que sufre sin darse cuenta la presión de la opinión general, y porque algunos de sus miembros ven las cosas desde un punto más elevado, en el que la fuerza de la lógica prevalece ante la fe ciega.

No cabe duda de que parecería temerario decir que la Iglesia avanza al encuentro del espiritismo. Sin embargo, es una verdad que se reconocerá más adelante. Incluso combatiéndolo, no deja de asimilar poco a poco sus principios, y sin sospecharlo.

Esta nueva manera de considerar el tema de la salvación es muy grave. Colocar al espíritu por delante de la forma constituye un principio eminentemente revolucionario en el ámbito de la ortodoxia. Al reconocer la posibilidad de la salvación fuera de la Iglesia, la eficacia del bautismo es relativa y no absoluta: se torna un símbolo. Dado que el niño que no

ha sido bautizado no lleva consigo la pena de la negligencia o de la mala voluntad de sus padres, ¿qué ocurre con la pena que sufre todo el género humano debido a la falta del primer hombre? ¿En qué se convierte el pecado original, tal como lo entiende la Iglesia?

Los efectos más importantes suelen tener las más pequeñas causas. El derecho de interpretación y de libre examen, una vez admitido en esta cuestión de la materialidad de las penas futuras, pueril en apariencia, resulta ser un primer paso cuyas consecuencias son incalculables, pues constituye una brecha abierta en la inmutabilidad dogmática, y una piedra que se suelta arrastra a otras. Debemos convenir en que la posición de la Iglesia es embarazosa, pero solo tiene dos opciones: mantenerse estacionaria a toda costa, o avanzar. Pero en tal caso no puede escapar a este dilema: si se inmoviliza de manera absoluta en los errores del pasado, será infaliblemente desbordada –como ya lo está– por la ola de las ideas nuevas, para luego quedar aislada y, por último, desmembrada, como lo estaría en la actualidad si hubiera insistido en expulsar de su seno a los que creen en el movimiento de la Tierra o en los períodos geológicos de la Creación. Si avanza por el camino de la interpretación de los dogmas, entonces se transforma, y avanza por el solo hecho de renunciar a la materialidad de las penas y a la necesidad absoluta del bautismo.

Por otra parte, el peligro de una transformación es formulado de manera clara y enérgica en el siguiente pasaje de un pequeño opúsculo publicado por el reverendo padre *Marin de Boylesve*, de la Compañía de Jesús, con el título: *El milagro y el diablo* [*Le miracle et le diable*], en respuesta a la *Revista de los dos mundos* [*Revue des deux mondes*]:

"Entre otras, se trata de una cuestión que, para la religión cristiana, es de vida o muerte: la cuestión de los milagros. La del diablo no lo es menos: si quitáis al diablo, el cristianismo desaparece. Si el diablo es tan solo un mito, la caída de Adán y el pecado original ingresan en el terreno de las fábulas. Por consiguiente, la redención, el bautismo, la Iglesia, el cristianismo, en una palabra, ya no tienen razón de ser. Por eso la ciencia no deja de esforzarse para eliminar los milagros y suprimir al diablo".

De este modo, si la ciencia descubre una ley de la naturaleza que incluye como parte de los hechos naturales un fenómeno considerado milagroso; si demuestra la anterioridad de la raza humana y la multiplicidad de sus orígenes, todo el edificio se derrumba. Una religión es muy frágil si un descubrimiento científico le resulta una cuestión de vida o muerte. Se trata de una confesión torpe. Por nuestra parte, estamos lejos de compartir los temores del padre Boylesve respecto del cristianismo, pues afirmamos que el cristianismo, tal como salió de la boca de Jesús, pero solamente tal como salió de su boca, resulta invulnerable, porque es la ley de Dios.

La conclusión del autor es esta: "Ninguna concesión, so pena de muerte". Se olvida de examinar si hay más chances de vivir en la inmovilidad. Nuestra opinión es que hay menos, y que es mejor vivir transformado antes que dejar de vivir.

En ambos casos, una escisión es inevitable, e incluso podemos decir que ya existe. La unidad doctrinal se ha roto, pues no hay un acuerdo absoluto en la enseñanza. Algunos aprueban lo que otros rechazan. Algunos absuelven a la vez que otros condenan. De tal modo, vemos que los fieles prefieren a aquellos cuyas ideas les resultan más convenientes. Con los pastores divididos, el rebaño también se divide. La distancia

entre esta divergencia y una separación no es grande. Un paso más, y los que vayan delante serán acusados de herejes por los que queden atrás. Ahora bien, eso es un cisma establecido, y ahí radica el peligro de la inmovilidad.

La religión, o mejor dicho, todas las religiones sufren contra su voluntad la influencia del movimiento progresivo de las ideas. Una necesidad fatal las obliga a mantenerse al nivel del movimiento ascendente, so pena de quedar sumergidas. De ese modo, todas se han visto forzadas de vez en cuando a hacer concesiones a la ciencia y a relajar el sentido literal de algunas creencias ante la evidencia de los hechos. La religión que repudiara los descubrimientos de la ciencia y sus consecuencias, desde el punto de vista religioso, tarde o temprano perdería su autoridad y su credibilidad, a la vez que aumentaría la cantidad de incrédulos. Si una religión puede verse comprometida por la ciencia, la culpa no es de la ciencia, sino de esa religión, por hallarse fundada en dogmas absolutos y contrarios a las leyes de la naturaleza, que son leyes divinas. Repudiar la ciencia equivale, pues, a repudiar las leyes de la naturaleza y, por eso mismo, a renegar de la obra de Dios. Hacer esto en nombre de la religión sería poner a Dios en contra de sí mismo, y hacer que diga: "Establecí leyes para regir el mundo, pero no creáis en ellas".

En ninguna época el hombre ha sido capaz de conocer la totalidad de las leyes de la naturaleza. El descubrimiento sucesivo de esas leyes constituye el progreso. De ahí, para la religiones, la necesidad de poner sus creencias y sus dogmas en armonía con el progreso, so pena de recibir el desmentido de los hechos que la ciencia constata. Solo bajo esa condición una religión es invulnerable. En nuestra opinión, la religión debería hacer más que dejarse arrastrar por el progreso, yendo

detrás de él a la fuerza, pues debería convertirse en su centinela avanzado, toda vez que honrar a Dios implica proclamar la grandeza y la sabiduría de sus leyes.

La contradicción que existe entre algunas creencias religiosas y las leyes naturales es la causa de la mayoría de los incrédulos, cuya cantidad se incrementa a medida que el conocimiento de esas leyes se populariza. Si el acuerdo entre la ciencia y la religión fuera imposible, no habría religión posible. Nosotros proclamamos bien alto la posibilidad y la necesidad de ese acuerdo, porque consideramos que la ciencia y la religión son hermanas para la mayor gloria de Dios, y que deben complementarse en vez de desmentirse una a otra. Se tenderán las manos cuando la ciencia no vea en la religión nada que sea incompatible con los hechos demostrados, y cuando la religión ya no le tema a la demostración de los hechos. El espiritismo, mediante la revelación de las leyes que rigen las relaciones entre el mundo visible y el mundo invisible, será el puente que les permitirá mirarse cara a cara, una sin reírse, y la otra sin temblar. Gracias a ese acuerdo entre la fe y la razón, el espiritismo logra a diario que tantos incrédulos vuelvan a Dios.

El espiritismo en Constantinopla

Con este título, el periódico de Constantinopla publicó en el mes de marzo último tres artículos muy extensos acerca de –o mejor dicho, en contra de– el magnetismo y el espiritismo, que en esa capital cuentan con numerosos y fervientes adeptos. Como ocurre con todas las críticas en general, en vano hemos buscado en esos artículos algún argumento serio,

mientras que sí vimos la prueba evidente de que el autor se refiere a algo que no conoce o que solo conoce muy superficialmente. Juzga al espiritismo por las apariencias, de oídas, a partir de la lectura de algunos fragmentos incompletos, del relato de algunos hechos excéntricos que el propio espiritismo repudia, y eso le parece suficiente para emitir un dictamen. Como vemos, se trata de una nueva muestra de la lógica de nuestros antagonistas. Lo que sí parece haber leído mejor es al señor de Mirville, la magia del señor Dupotet y la vida del señor Home; pero acerca de la ciencia espírita propiamente dicha, no registra un estudio ni observaciones serias.

Estamos lejos de pretender que toda persona que estudie el espiritismo deba aprobarlo necesariamente; no obstante, si obra de buena fe, incluso en su condena no se apartará de la verdad; no nos hará decir lo contrario de lo que afirmamos, lo cual ocurrirá inevitablemente si no conoce todo lo que hemos escrito. Solo reconoceríamos como crítica seria la que, fuera de las generalidades, opusiera argumentos perentorios a nuestros argumentos, y demostrara sin réplica posible que los hechos en los que nos basamos son falsos, inventados y radicalmente imposibles. Esto es lo que nadie ha hecho todavía, ni el redactor del periódico de Constantinopla ni ningún otro. El espiritismo ha sido atacado de todas las maneras posibles, con las armas que consideraron las más mortíferas, sin ahorrarse nada para aniquilarlo, ni siquiera la calumnia. Hasta el más ínfimo escritor se ha vanagloriado de haberle dado el golpe de gracia en algún opúsculo o folletín. Entre sus adversarios, encontró hombres de auténtico valor, que debieron hurgar a fondo en el arsenal de las objeciones, con un ardor tanto más intenso cuanto mayor era su interés en sofocarlo. No obstante, a pesar de todo lo que han hecho, el espiritismo no solo sigue en pie,

sino que se expande cada vez más; se implanta en todas partes, y la cantidad de sus adherentes crece sin cesar. ¿Qué debemos concluir de este hecho notorio? Que no han podido oponerle nada serio y concluyente. ¿Acaso nuestro contradictor de Constantinopla tendrá más éxito? Lo dudamos mucho, salvo que disponga de mejores argumentos para hacer valer. Sus artículos, lejos de perjudicar al movimiento espírita en Oriente, no pueden más que favorecerlo, como lo han hecho todos los de ese género, porque siempre giran en torno a lo mismo. Por eso, no tenemos nada de qué preocuparnos, y nos limitaremos a citar algunos fragmentos que resumen la opinión del autor.

No existe una sola objeción formulada contra el espiritismo que no encuentre su refutación en nuestras obras. Si tuviéramos que examinar todos los absurdos emitidos al respecto, no evitaríamos ser reiterativos, lo cual es inútil, porque en definitiva esas críticas no tienen un fondo serio, de modo que resultan más beneficiosas que perjudiciales.

"Junto a practicantes habilidosos, como el mago Dupotet o el médium Home, se encuentran los operadores de otro tipo, entre los cuales figura en primer lugar el señor Allan Kardec. Este puede ser presentado como el modelo sobre el cual se calca todo un cuadro de espíritas cuya buena fe no podría cuestionarse.

"Los espíritas de Constantinopla pertenecen, como ya hemos dicho, a esa escuela literaria y artística, que milita principalmente con sus escritos, entre los cuales la *Revista Espírita* del señor Allan Kardec es la muestra más perfecta. Los adeptos de esa categoría son los que han fundado la doctrina. La teoría de los Espíritus ya no tiene secretos para ellos, razón por la cual a menudo no les interesa recurrir a los procedimientos mate-

riales empleados por los médiums ordinarios. Tienen manifestaciones directas. Su procedimiento, tan simple como ellos mismos, consiste en tomar, como lo haría cualquier profano, un lápiz común con ayuda del cual se ponen en relación inmediata con los Espíritus, para escribir bajo su dictado. Entre otras ventajas, este método les permite dejar de lado cualquier modestia y brindar a sus propias obras los elogios más exagerados, ocultos detrás del nombre de esos supuestos autores.

"Antes de creer en la exactitud del médium escribiente *mecánico*, nos encantaría ver que a través de un idiota se puede escribir alguna bella página, como las que dictan los Espíritus que intervienen por vía mediúmnica. El médium *intuitivo* es más aceptable; pero nos parece muy difícil que la experiencia enseñe a distinguir entre el pensamiento del Espíritu y el del médium. Además, el papel desempeñado por este último se puede explicar fácilmente. En la mayoría de los casos, es sincero, y a él, antes que a los operadores del orden de los señores Home y Dupotet, se aplicaría con exactitud el juicio emitido por el señor conde de Gasparin. En cuanto a la opinión del señor de Mirville, aquí no hay espacio para discutirla, pues está perfectamente demostrado que ningún médium, al menos en Constantinopla, es hechicero.

"Si tuviéramos que defender a los espíritas contra acusaciones tan odiosas como las que rechazamos aquí, nos bastaría, para demostrar su completa *inocencia*, con citar algunas de las enseñanzas que brindan los Espíritus:

" 'Los diferentes planetas que circulan en el espacio están poblados como nuestra Tierra. Las *observaciones astronómicas* llevan a pensar que los medios a los que van sus respectivos habitantes son bastante diferentes para que necesiten organizaciones corporales diferentes; pero el *periespíritu* se acomoda

a la variedad de los tipos y le permite, al Espíritu que él recubre, encarnarse en la superficie de planetas diferentes.

" 'El estado moral, intelectual y físico de esos mundos forma una serie progresiva en la cual nuestra Tierra no ocupa ni la primera ni la última categoría; no obstante, esta es uno de los globos más materiales y atrasados. En algunos mundos el mal moral es desconocido; las artes y las ciencias alcanzaron un grado de perfección que nosotros no podemos comprender; la organización física no está sujeta a los sufrimientos ni a las enfermedades; los *hombres* viven en paz, sin dañarse, libres de pesares y preocupaciones'.

" 'Con mis nuevos instrumentos, esta noche veré hombres en la luna…' –dice en alguna parte el rey Alfonso–. Más dichosos que él, los espíritas los han visto, pero no es cierto que envidien la suerte de los lunáticos; consideramos que nada podría impedirles disfrutar a sus anchas ya en este mundo.

"Por todo lo dicho, vemos a qué se reduce lo maravilloso y lo sobrenatural del espiritismo. Para aniquilarlos, basta con examinar los hechos que hemos citado, sin prejuicios antes de encontrar en ellos las más reprensibles prácticas de hechicería, o la acción de un fluido cuya existencia es negada por los científicos. Para quien desee tomarse el trabajo de asistir a sus sesiones, sin condenarse a tomar los hechos que producen por lo que ellos dicen que son, los señores Home y Dupotet, al igual que todos los operadores del mismo tipo, serán evidentemente mistificadores interesados. Sus operaciones son comparables, como mucho, en lo que concierne a la habilidad, con las del señor Bosco, pero este es más sincero, por lo que no se puede llevar más lejos la comparación entre ellos.

"Muy diferentes respecto de los magos a que nos hemos referido, los médiums de la categoría del señor Allan Kardec,

categoría a la que por lo general pertenecen los espíritas de Constantinopla, más bien son los engañados. Todos sus esfuerzos tienden a tornar cada vez más completa la mistificación que ejercen sobre sí mismos. A pesar de la mejor buena voluntad, es verdaderamente imposible tomar en serio ninguna de sus prácticas. No obstante, vale lamentarse de que personas honestas pasen la mejor parte de su tiempo en compenetrarse de errores que para ellos se transforman en la realidad. Por más inofensivos que esos errores parezcan en el fondo, no es menos cierto que no pueden generar más que funestos resultados, pues ocupan el lugar de la verdad. En tal sentido, son condenables."

Los espíritas de Constantinopla se encargaron de responder por sí mismos a través de dos artículos que el periódico publicó en sus números del 21 y el 22 de marzo último. Uno pertenece a un médium que explica de qué modo la facultad se desarrolló en él y venció su incredulidad. El otro, que reproducimos a continuación, es en nombre de todos:

"Señor Redactor:

"Vuestro periódico acaba de publicar tres extensos artículos titulados: *El espiritismo en Constantinopla*, como consecuencia de los cuales os solicitamos que tengáis a bien disponer de un espacio para las siguientes líneas:

El verdadero espiritismo en Constantinopla

"La doctrina que se basa en la creencia en un Dios infinitamente justo y bueno: el amor infinito; que señala como objetivo, para los Espíritus creados por ese mismo Dios, el

camino hacia la perfección cada vez más completa; y como castigo, en el estado de Espíritu, la perfecta percepción de ese objetivo con el pesar que implica mantenerse alejado de él, a la vez que la necesidad de volver a empezar ese camino ascensional mediante nuevas encarnaciones… La doctrina que enseña la moral más pura: la misma que el Cristo expuso tan bien con estas sencillas palabras: *Amaos los unos a los otros*… Una doctrina de amor como esa –digámoslo bien alto– puede perfectamente prescindir de las manifestaciones que el autor de los artículos *El espiritismo en Constantinopla*, después de haber prometido que las explicaría, fuera del espiritismo, se limita a calificarlas de mistificaciones.

"Pero respecto de esas manifestaciones, tan completamente demostradas en la actualidad, y cuya prueba se encuentra en casi todas las páginas de la historia de la humanidad, Dios las permite continuamente a fin de brindar a todos la prueba de la solidaridad que existe entre los Espíritus encarnados y no encarnados; y lo hace a fin de que unos y otros se ayuden mutuamente, y que el ser espiritual, llamado a la vida eterna, pueda alcanzar más fácilmente y sobre todo con mayor seguridad el objetivo providencial asignado a la Creación.

"Si los hechos de los que resultan estas teorías, que son la base de la doctrina espírita, pueden ser entendidos *por algunas personas* como mistificaciones, al menos estas deberían exponer sus razones y, mejor aún, presentar otras *teorías más racionales* y sobre todo más verdaderas.

"Ahora, aunque llaméis a la verdad *hechicería*, *magia*, *prestidigitación* y otros epítetos aún más ridículos, no impediréis que *esta verdad* se propague y expanda sus rayos benéficos sobre todo el género humano.

”Por eso el espiritismo se difunde tan rápidamente sobre toda la superficie de la Tierra; y a pesar de las críticas de la clase de los referidos artículos, eso no impedirá que sus adeptos se cuenten por millones.”

Los espíritas de Constantinopla

Dirigimos a los hermanos espíritas de Constantinopla, tanto en nuestro nombre como en el de los miembros de la Sociedad de París, las sinceras felicitaciones que merece su respuesta a la vez digna y moderada. La siguiente carta, que nos ha escrito el señor Repos, abogado, presidente de la Sociedad espírita de Constantinopla, expresa muy bien su devoción a la causa de la doctrina, por lo que consideramos una obligación y un sincero placer publicarla, a fin de que los espíritas de todos los países sepan que en la capital de Oriente tienen hermanos con cuya fraternidad pueden contar. Al hablar de Oriente, no debemos olvidar a los hermanos de Esmirna, pues ellos también merecen toda nuestra simpatía.

“Constantinopla, 15 de junio de 1864.

”Querido maestro y muy honorable hermano en el espiritismo:

”He recibido en tiempo vuestra afectuosa carta del 8 de abril último, que me agradó muchísimo, al igual que a nuestros hermanos espíritas, a quienes no he dejado de comunicársela en una sesión.

”Los espíritas de Constantinopla se suman a mí para transmitiros nuestros sentimientos fraternales hacia vos y hacia todos los espíritas que forman parte de la sociedad de París. Os agradecemos el valor que nos transmitís para ayudarnos a

combatir por nuestra gran causa, y no os quepa duda de que no fracasaremos en la tarea que hemos emprendido, y de que nuestros esfuerzos tenderán a la propagación de la verdad, del amor y del bien, así como a la emancipación intelectual de los otros hombres, nuestros hermanos en Dios, aunque debamos sostener las luchas más encarnizadas contra nuestros enemigos. Si bien existen hombres bastante serviles y cobardes para atreverse a combatir la verdad, también los hay bastante independientes y valerosos para defenderla, en obediencia a los sentimientos de justicia y de amor fraternal que convierten al ser humano en un auténtico hijo de Dios.

"Con vivo interés he leído los interesantes detalles contenidos en vuestra carta, en relación con los progresos del espiritismo en Francia y en todas partes. Esperamos que en el futuro la idea crezca cada vez más, y lo deseamos fervientemente para nuestros hermanos terrestres de todos los países y de todas las religiones.

"El manantial potente de la revelación brota en todas partes: es ciego el que no lo ve, imprudente el que lo niega, insensato el que lo combate tratando de devolverlo a su fuente. ¿Acaso su agua pura y límpida no surge al pie del trono eterno para derramarse como suave y fecundo rocío sobre la Tierra a la que debe regenerar? ¡Ninguna fuerza humana podrá comprimirlo…! En efecto, ¿no vemos que, cuando surge un manantial en alguna parte, si alguien hace el esfuerzo de comprimirlo, de inmediato vemos miles de fuentes que surgen en todas direcciones y en todos los niveles de la escala social? La voluntad divina es tan omnipotente que en un momento dado ningún obstáculo puede oponérsele, so pena de que sea derribado por el carro luminoso de la justicia y la verdad.

"Querido maestro, tengo que cumplir el muy agradable deber de felicitaros, tanto en mi nombre como en el de nuestros hermanos espíritas de Oriente, por el hecho de que vuestras obras espíritas hayan sufrido la condena de la santísima Inquisición del pensamiento: me refiero a la condena del *Index*. Regocijaos, pues, con todos nuestros hermanos, porque vuestras obras levantaron grandes cóleras que no han logrado dañaros, sino ponerse en ridículo y mostrar la hilacha cada vez más. Ese juicio ya ha sido declarado nulo y sin efecto por parte de la opinión pública de todos los países.

"Seguramente habéis recibido los periódicos de Constantinopla que os envié, en los cuales se encuentra la mayor parte de los artículos publicados en contra del espiritismo y de los espíritas. ¿Habéis leído nuestras dos breves respuestas? ¿Qué os han parecido? Aquí produjeron un buen efecto, y ahora se habla del espiritismo más que nunca. Aguardamos impacientemente lo que vos nos indiquéis para ayudarnos a combatir la perfidia y la mentira, que son el único recurso de los enemigos de nuestra bella doctrina.

"Aquí comenzó la persecución sorda que habéis anunciado. Uno de nuestros hermanos perdió el empleo debido a su condición de espírita; otros son atacados, amenazados en sus intereses familiares más queridos, o en sus medios de existencia, por parte de las maniobras tenebrosas de los eternos enemigos de la luz, quienes se atreven a decir que el espiritismo es obra del ¡ángel de las tinieblas! Si creen que van a sofocarlo de ese modo, se equivocan. La persecución, lejos de detener cualquier idea procedente de lo Alto, hace que crezca; apresura su eclosión y su madurez, porque es el abono que la fecunda, a la vez que demuestra la ausencia de medios inteligentes para

combatirla. ¿Acaso la idea cristiana se ahogó con la sangre de los mártires?

"Adiós, querido maestro. Creed en mi sincera dedicación a vos y a nuestros hermanos espíritas de París, a quienes os ruego que presentéis mis saludos."

B. Repos hijo, abogado.

Extraído del
JORNAL DO COMMERCIO **de Río de Janeiro**

del 23 de septiembre de 1863.

Crónica de París

A propósito de los espectros en los teatros, el corresponsal concluye del siguiente modo, después de haber hecho su reseña:

"De tal modo, el próximo invierno, todos podrán regalar a sus amigos el espectáculo, que se ha vuelto popular, de algunos fantasmas y otras curiosidades sobrenaturales. En la sobremesa, apagarán las bujías y verán aparecer, envueltos en sus sudarios, los espectros modernos que reemplazarán así las coplas que antaño cantaban nuestros abuelos. En los bailes, en vez de refrescos, desfilarán fantasmas. ¡Qué encantadora diversión! De solo pensarlo, se sienten escalofríos".

El autor se refiere al espiritismo:

"Puesto que nos referimos a cosas sobrenaturales, no pasaremos por alto *El libro de los Espíritus*. ¡Qué título atractivo! ¡Cuántos misterios esconde! Y si nos remitimos al punto de

partida, ¡cuánto camino han recorrido esas ideas en tan pocos años! Al principio, esos fenómenos, que aún no tenían explicación, consistían en una simple mesa puesta en movimiento con la imposición de las manos. En la actualidad, las mesas ya no se contentan con girar, saltar, levantarse apoyadas en una sola pata y dar mil cabriolas, pues van más lejos: ¡hablan! Cuando digo que hablan, me refiero a que tienen un alfabeto propio, e incluso varios. Basta con hacerles una pregunta, para que la respuesta llegue de inmediato a través de una seguidilla de golpecitos, dados con la pata o a través de un lápiz que, sostenido con la mano, se pone a trazar en un papel signos, palabras, frases enteras dictadas por una voluntad extraña y desconocida. La mano se convierte entonces en un simple instrumento, un portalápiz, y el alma de la persona se mantiene completamente ajena a todo lo que ocurre.

"El espiritismo, tal es el nombre de la ciencia de esos fenómenos, en pocos años ha hecho grandes progresos en los hechos, en la práctica. Pero creo que, en la teoría, no ha recorrido el mismo camino, sino que se mantiene estacionario, y diré el porqué. Es indudable, a menos que las personas que se ocupan de esta materia tengan interés en engañarse y engañarnos, es indudable que los hechos existen. No solo se revelan a través de las mesas, pues se presentan ante nosotros todos los días y a cualquier hora. Despiertan la admiración de todos, pero nadie va más allá. Dos personas conciben la misma idea o pronuncian simultáneamente la misma palabra; alguien a quien no vemos con frecuencia y en quien acabamos de pensar, nos visita inesperadamente; llaman a la puerta y, aunque nadie nos haya dicho su nombre, sabemos quién es; recibimos una carta con dinero en un momento de necesidad. Estos y tantos otros casos, tan frecuentes, numerosos y cono-

cidos por todo el mundo, ¿pueden atribuirse al azar? No, no puede ser el azar en ningún caso. ¿Por qué no podría ser una comunicación fluídica imperceptible para nuestra organización material, un sexto sentido, en fin, una naturaleza más elevada? Nadie sabe dónde reside el alma; no es visible, ni ponderable, ni tangible, y sin embargo afirmamos su existencia, plenamente convencidos de que así es. ¿Cuál es la naturaleza del agente eléctrico? ¿Qué es el imán…? Sin embargo, los efectos de la electricidad y del magnetismo nos resultan patentes de continuo. Estoy convencido de que lo mismo ocurrirá un día con el espiritismo, o sea cual fuere el nombre que la ciencia tenga a bien asignarle en última instancia.

"Desde hace algún tiempo he visto numerosos hechos de catalepsia, de magnetismo, de espiritismo, y no puedo conservar la menor duda al respecto. Con todo, lo que me parece más difícil, es poder explicarlos y atribuirlos a tal o cual causa. Por lo tanto, es necesario proceder con prudencia y reservar la opinión, absteniéndose de caer en los extremos: negar todos los hechos o someterlos en su totalidad a una teoría prematura.

"La existencia de los fenómenos es incuestionable; la teoría aún está por descubrirse: tal es actualmente el estado de la cuestión. No se puede negar que hay algo singular y digno de ser examinado en esta idea que agitó al mundo entero y que reaparece con más intensidad que nunca, en esta idea que tiene sus órganos periódicos, sus anales de observación, que ha emocionado a las almas en Austria, en Italia, en América, que hace surgir reuniones en Francia, un país donde es raro que se formen, y en el que el gobierno difícilmente las tolera.

"Esta invasión general, además de producir una viva impresión, tiene muchísima importancia. Por lo tanto, sin precipitación ni ideas preconcebidas, hay que verificar de buena fe

esos fenómenos, hasta que se logre explicarlos, lo cual ocurrirá un día, en caso de que Dios quiera revelarnos la naturaleza de ese agente misterioso".

Como vemos, el autor no es muy entendido, pero al menos no juzga lo que no conoce. Acepta la existencia de los hechos y su causa primera, pero ignora su modo de producción. Desconoce los progresos de la parte teórica de la ciencia espírita, y brinda al respecto un sabio consejo: no elaborar teorías aventuradas, como las que se elaboraron al principio, cuando surgieron los fenómenos, en las que cada uno se apresuraba a explicarlos a su manera. De tal modo, la mayoría de esos sistemas prematuros cayeron ante las experiencias ulteriores que los contradijeron. En la actualidad, se posee al respecto una teoría racional, en la que *ninguno de sus puntos fue admitido a título de hipótesis*; todo se dedujo de la experiencia y de la observación atenta de los hechos. Podemos decir que en ese sentido el espiritismo fue estudiado a la manera de las ciencias exactas.

Esta ciencia, que nació ayer, dista mucho de haberlo dicho todo, y todavía nos queda mucho que aprender. Sin embargo, ha dicho bastante para que se sienten sus bases fundamentales y se sepa que esos fenómenos no se apartan del orden de los hechos naturales. Se los calificó de sobrenaturales y maravillosos porque no se conocía la ley que los rige, tal como ocurrió con la mayoría de los fenómenos de la naturaleza. El espiritismo, al dar a conocer esa ley, reduce el círculo de lo maravilloso en vez de ampliarlo. Decimos más: le asesta el golpe de gracia. Los que afirman lo contrario, demuestran que no lo han estudiado.

Nos complace verificar que la idea espírita hace notables progresos en Río de Janeiro, donde cuenta con numerosos representantes fervientes y dedicados. El opúsculo *El espiritismo*

en su más simple expresión, publicado en lengua portuguesa, contribuyó mucho a divulgar allí los auténticos principios de la doctrina.

Extraído del PROGRÈS COLONIAL
periódico de la Isla Mauricio
del 28 de marzo de 1864.

Al Señor Redactor de *El Progreso Colonial*.

Señor:

Conocedor de vuestro liberalismo y también de que os habéis ocupado del espiritismo, os ruego que tengáis a bien publicar en vuestro próximo número la carta que os envío, dirigida al señor abad de Régnon, con el permiso de que le agreguéis las reflexiones que os parezcan convenientes en interés de la verdad.

Cuento con vuestra imparcialidad, de modo que me atrevo a creer que abriréis las columnas de vuestro periódico a todas las reclamaciones del género de la que tengo el honor de enviaros.

Vuestro muy humilde servidor.

C.

Al señor abad de Régnon.

Port-Louis, 26 de marzo de 1864.

Señor Abad:

En vuestra conferencia del último jueves (24 de marzo), habéis atacado al espiritismo, y me gustaría creer que lo hi-

cisteis de buena fe, a pesar de que los argumentos de que os servisteis en su contra tal vez no hayan sido del todo exactos.

Nosotros, los espíritas convencidos, lamentamos que hayáis ido a buscarlos fuera del conocimiento positivo de esta ciencia. Si la hubieras estudiado un poco, sabríais que rechazamos, al igual que vos, todas las comunicaciones procedentes de los Espíritus groseros o tramposos, a los que con una mínima experiencia se puede reconocer fácilmente, y que solo reparamos en las que se presentan de manera clara, racional, y según las leyes de Dios, que –vos lo sabéis tanto como nosotros– en todas las épocas ha permitido las manifestaciones espíritas; las sagradas Escrituras están ahí para dar fe de lo que digo.

Por otra parte, vos no negáis la existencia de los Espíritus, sino al contrario. Pero solamente admitís la existencia de los malos, y esa es la diferencia que hay entre nosotros.

Por nuestra parte, estamos seguros de que los hay buenos, y de que sus consejos, cuando se los pone en práctica –y todo verdadero espírita nunca deja de hacerlo–, acercan almas a Dios y hacen prosélitos para la religión, y mucho más de lo que suponéis. No obstante, para comprender y practicar esta ciencia, así como cualquier otra, en primer lugar hace falta instruirse acerca de ella y conocerla a fondo.

Os recomiendo pues, señor Abad, ante todo para vuestro interés y luego para el de los que tienen la dicha de escucharos, que leáis una de las principales obras que aparecieron al respecto: *El libro de los Espíritus*, dictado por ellos al señor Allan Kardec, presidente de la Sociedad espírita de París, integrada por personas serias y en su mayoría muy instruidas.

En esa obra, veréis por qué solo los ignorantes se dejan engañar con nombres falsos y palabras mentirosas, y que *¡por*

los frutos es fácil reconocer el árbol! Además, ¿acaso debo recordaros la Primera epístola de san Juan, Capítulo IV, versículos 1, 2 y 3, acerca de la manera de probar a los Espíritus?

Así es, convengo en que el espiritismo es una ciencia que, tal como ocurre con las mejores cosas de este mundo, a veces puede causar grandes males, cuando la ejercen quienes no la han estudiado y la practican al acaso. Entonces, vos, un hombre sabio, ¿la juzgaréis sin conocerla?

Y nuestra bella religión cristiana, en nombre de la cual una gran cantidad de insensatos, de ignorantes, e incluso de canallas, han cometido tantos crímenes y vertido tanta sangre, ¿tendrá que ser juzgada por las acciones locas y criminales de esos desgraciados?

No, señor Abad, no es justo ni racional abrir un juicio temerario sobre cosas acerca de las cuales no se tiene certeza. Dejad la superficie y profundizad mediante el estudio; entonces podréis abordarlas con conocimiento de causa, y nosotros os escucharemos con respeto, porque sin lugar a duda estaréis en lo cierto, y dejaremos de reírnos comentando por lo bajo: "Habla de lo que ignora".

Un Espírita

Si bien el espiritismo tiene detractores, también cuenta con defensores en todas partes, incluso en los países más distantes. El autor de esta carta ha publicado, en el folletín de ese mismo periódico, una novela muy interesante basada en el espiritismo, la cual ha contribuido poderosamente a divulgar esas ideas en el país. La reseñaremos más adelante.

Extraído de la REVISTA ESPÍRITA de AMBERES **sobre la cruzada contra el espiritismo**

(número de junio de 1863.)

"Decididamente el espiritismo es una cosa horrible. Nunca una ciencia, ni una doctrina herética, ni siquiera el propio ateísmo, han levantado en su contra una revuelta tan fuerte en el seno de la Iglesia, como lo ha hecho el espiritismo. Todos los recursos imaginables, legales o ilegales, se han puesto en juego, al comienzo para sofocarlo, y luego, cuando quedó demostrado que ese homicidio era imposible, para desvirtuarlo y presentarlo con el negro aspecto de los pecados. ¡Pobre espiritismo! Solo pedía un lugarcito al sol para que el mundo disfrutara gratuitamente de sus beneficios. Apenas le pedía a esas personas que, en su calidad de discípulos del Cristo, del Hombre-amor, se supone que llevan la palabra caridad inscripta con letras brillantes en su sobrepelliz, apenas les pedía la oportunidad de orientar hacia el camino del bien a esas miles de ovejas que ellos habían sido incapaces de cuidar; apenas les pedía la oportunidad de secundarlos en su obra de devoción, para sanar con una esperanza fundada los pobres corazones corroídos por la gangrena de la duda. ¡Pero ante esa demanda tan desinteresada, tan pura de intención, solo se le respondió con un decreto de proscripción! En verdad se ven cosas extrañas en este mundo: los mensajeros oficiales de la caridad condenan a más de nueve décimos de los hombres porque escapan a su influencia, ¡y condenan más profundamente aún a los que se proponen salvar a esos desdichados!

"No cabe duda, pues, de que el espiritismo es algo muy culpable, puesto que se lo combate tanto, y resulta muy sorprendente que una doctrina tan perversa haya avanzado tanto

en un lapso tan corto; pero más sorprendente aún es que ese abominable espiritismo se encuentre tan sólidamente fundado y sea tan lógico, a tal punto que todos los argumentos que se le oponen, lejos de voltearlo y reducirlo a la nada, lejos incluso de socavarlo, contribuyen por el contrario, con su inanidad y su manifiesta impotencia, a su solidificación y su propagación. En efecto, gracias a los obstáculos que le opusieron, el espiritismo debe en gran medida la rapidez de su expansión, y sin duda las prédicas desenfrenadas de algunos de nuestros adversarios contribuyeron mucho a generalizarlo. Así ocurre en todos los órdenes: la verdad no tiene nada que temer de sus detractores, y ellos mismos contribuyen involuntariamente para que triunfe. El espiritismo es un inmenso foco de calor y de luz, y quien sopla sobre ese brasero, además de quemarse un poco infaliblemente, no obtienen otro resultado salvo encenderlo más aún.

"Las pastorales y las conferencias parecen insuficientes para destruir al espiritismo (y estamos lejos de negar esa insuficiencia evidente), de modo que la Congregación romana acaba de incluir en el *Index* todos los libros del señor Allan Kardec, libros que contienen la enseñanza universal de los Espíritus, y a los que todos los espíritas adherimos. Permítasenos hacer al respecto estas dos reflexiones: los libros espíritas en cuestión contienen, en toda su pureza y con los desarrollos que el estado actual del espíritu humano exige, las enseñanzas y los preceptos de Jesús, en quien los Espíritus reconocen a un Mesías. Así pues, condenar esos libros, ¿no implica condenar las palabras del Cristo? E incluir esos libros en el *Index*, ¿no implica de algún modo incluir también los Evangelios, que están de acuerdo con nosotros? Nos parece que sí, ¡pero es cierto que nosotros no somos *infalibles* como vosotros! Segun-

da reflexión: esta medida que han tomado ahora, ¿no es un poco tardía? ¿Por qué esperaron tanto tiempo? Aparte de que es bastante inexplicable (a menos que se crea que el espiritismo os parece tan verdadero y que vosotros estáis tan persuadidos de su triunfo, que dudasteis tanto tiempo en atacarlo abiertamente y de frente, y que solamente un poderoso interés personal –porque no os difamaremos diciendo que sois ultraignorantes– os indujo a hacerlo); aparte de que esa medida es bastante inexplicable –decimos–, también es muy torpe. En efecto, *El libro de los Espíritus*, *El libro de los médiums* y *La imitación del Evangelio según el espiritismo*, se hallan actualmente en poder de miles de personas, y dudamos mucho de que la condena de la Congregación de Roma logre que ahora se considere malo y abyecto lo que ya se juzgó grande y noble.

"Sea como fuere, los libros espíritas fueron incluidos en el *Index*. ¡Tanto mejor, porque muchas de las personas que aún no los han leído, los devorarán! ¡Tanto mejor, porque de cada diez personas que los hayan leído, al menos siete se convencerán y quedarán muy conmovidas y deseosas de estudiar los fenómenos espíritas. ¡Tanto mejor, porque hasta nuestros propios adversarios, al ver que sus esfuerzos no producen sino resultados diametralmente contrarios a los que esperaban, se unirán a nosotros, en caso de que posean la sinceridad, el desinterés y las luces que su ministerio conlleva! Por otra parte, así lo quiere la ley de Dios: nada en el mundo puede mantenerse eternamente estacionario, sino que todo progresa, y la idea religiosa debe seguir el progreso general en caso de que no quiera desaparecer.

"Así pues, que nuestros adversarios continúen su cruzada. Ya pusieron en juego pastorales, sermones, cursos públicos, influencias ocultas y a menudo victoriosas en apariencia, a

causa del estado dependiente de aquellos sobre los cuales esas influencias pesan tiránicamente. Hicieron uso del auto de fe para quemar públicamente nuestros libros en Barcelona; pero como apenas pudieron quemar algunos ejemplares, que fueron reemplazados en una cantidad asombrosa, finalmente los incluyeron en el *Index*. ¡Ah! Dado que la Inquisición no se tolera más, aunque siga existiendo con otra forma y con la ayuda de las influencias ocultas a que nos hemos referido, no les queda más que la excomunión masiva de los espíritas, es decir, de una notable fracción de hombres y, en particular, de una muy notable fracción de cristianos (solo nos referimos a los espíritas declarados, porque la cantidad de los que son espíritas sin saberlo es incalculable)."

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

El castigo mediante la luz[16]

Nota. En una de las sesiones de la Sociedad espírita de París, en la que se había discutido el asunto de la turbación que por lo general sigue a la muerte, un Espíritu se manifestó de manera espontánea por medio de la señora Costel y dio la comunicación que aquí transcribimos, aunque no fue firmada:

"¿Qué es lo que entendéis por turbación? ¿Para qué esas palabras sin sentido? Vosotros sois soñadores y utopistas. Ignoráis por completo el asunto del cual os ocupáis. No, señores, la turbación no existe, a no ser en vuestros cerebros. ¡Yo

16. Véase *El Cielo y el Infierno o la justicia divina según el espiritismo*; Segunda parte, Cap. VII. Buenos Aires: CEA, 2020. (N. del T.)

estoy absolutamente muerto, tan muerto como sea posible, y me veo claramente a mí mismo, veo alrededor mío, por todas partes…! ¡La vida es una lúgubre comedia! ¡Son insensatos aquellos que se retiran del escenario antes de que caiga el telón…! La muerte es un terror, un castigo, un deseo, según la debilidad o la fortaleza de los que la temen, la afrontan o la imploran. ¡Para todos, es una amarga irrisión…! La luz me ofusca, y penetra como una flecha aguda en la sutileza de mi ser… Me han castigado con las tinieblas de la cárcel, y han supuesto que me castigaban además con las tinieblas de la tumba, o con aquellas que las supersticiones católicas imaginan. ¡Pues bien! Sois vosotros, señores, los que padecéis la oscuridad, mientras que yo, un degradado social, me encuentro en un nivel superior al vuestro… ¡Quiero ser lo que soy…! Fuerte por el pensamiento, desdeño los consejos que zumban en mis oídos… Veo claro… ¡Un crimen! ¡No es más que una palabra! El crimen existe en todas partes. Cuando lo cometen las masas es motivo de glorificación; pero si se lo practica en forma individual es una vergüenza. ¡Qué absurdo!

”No pretendo que me lamenten… No os pido cosa alguna… Me basto a mí mismo, y habré de luchar contra esa luz detestable.”

Aquel que ayer era un hombre

Esta comunicación fue analizada en la reunión siguiente, y se reconoció en el cinismo del lenguaje una importante enseñanza, así como se dedujo de la situación de ese desdichado una nueva fase del castigo reservado a los culpables. En efecto, mientras que algunos están sumidos en las tinieblas o en un absoluto aislamiento, otros padecen durante largos años las

angustias que acompañan el momento de la muerte, o suponen que aún son de este mundo. En cambio, la luz brilla para este Espíritu, que goza en pleno de sus facultades. Sabe perfectamente que está muerto, y no se queja en absoluto. Por el contrario, rechaza todo tipo de asistencia e incluso manifiesta su desprecio tanto a las leyes divinas como a las humanas. ¿Significa esto que habrá de eludir el castigo? De ningún modo, pues la justicia de Dios se cumple de todos modos, y lo que es motivo de alegría para algunos, constituye un tormento para otros. Así, la luz es para este Espíritu un suplicio que lo enerva, y él lo confiesa a pesar de su orgullo, cuando dice: "Me basto a mí mismo, y habré de luchar contra esa luz detestable", y también en esta otra frase: "La luz me ofusca, y penetra como una flecha aguda en la sutileza de mi ser". Estas palabras: *sutileza de mi ser*, son características. El Espíritu reconoce con ellas que su cuerpo es fluídico y que lo penetra una luz de la cual no puede escapar, una luz que lo traspasa como si fuera una flecha aguda.

Invitados a que emitieran su opinión al respecto, nuestros guías espirituales dictaron las tres comunicaciones siguientes, que son dignas de la mayor atención.

(Médium: señor A. Didier.)

Hay pruebas sin expiación, de igual modo que hay expiaciones sin prueba. Desde el punto de vista de las existencias, en la erraticidad los Espíritus pueden ser considerados inactivos y a la expectativa. No obstante, aun así pueden expiar, siempre que su orgullo y su marcada obstinación en el error no los retenga en el camino de su ascensión progresiva. Habéis tenido al respecto un ejemplo terrible en la última comunicación

relativa al criminal que lucha contra la justicia divina que llega a él después de la de los hombres. En ese caso, la expiación o, mejor dicho, el sufrimiento fatal que los oprime, en vez de serles provechoso e inculcarles la profunda significación de sus aflicciones, exacerba su rebeldía y da origen a las quejas que las Escrituras, con su poético lenguaje, denominan *rechinar de dientes*. Imagen por excelencia, se trata de la señal del sufridor abatido, pero falto de sumisión, perdido a causa de su propio dolor, pero cuya rebeldía es aún de tal intensidad que se resiste a aceptar la verdad del castigo y de la recompensa.

Los grandes errores casi siempre continúan en el mundo de los Espíritus, como así también las grandes conciencias criminales. Insistir en esa actitud, a pesar de todo, y desafiar a lo Infinito, puede compararse a la ceguera de ese hombre que contempla las estrellas y las confunde con arabescos en un techo, tal como lo creían los galos en los tiempos de Alejandro.

¡El infinito moral existe! ¡Miserable y minúsculo es aquel que, con el pretexto de proseguir las luchas y las fanfarronadas abyectas de la Tierra, no ve en el otro mundo más allá de lo que veía en este! ¡A él pertenecen la ceguera, el desprecio a los demás, el egoísta y mezquino sentimiento de la personalidad, y la obstrucción del progreso! ¡Oh, hombres! Es muy cierto que existe una concordancia secreta entre la inmortalidad de un nombre puro que quedó en la Tierra, y la inmortalidad que en efecto conservan los Espíritus a través de sus pruebas sucesivas.

Lamennais

Observación. Para comprender el sentido de esta frase: "Hay pruebas sin expiación, y expiaciones sin prueba", es preciso entender por *expiación* el sufrimiento que purifica y lava

las manchas del pasado. Después de la expiación, el Espíritu se rehabilita. La idea de Lamennais es esta: conforme las vicisitudes de la vida sean o no acompañadas del arrepentimiento de las faltas que las han ocasionado, del deseo de tornarlas provechosas para su propio mejoramiento, habrá o no expiación, es decir, rehabilitación. De tal modo, los más grandes sufrimientos pueden no ser provechosos para aquel que los padece, en caso de que no le sirvan para ser mejor, no lo eleven más allá de la materia, no vea en ellos la mano de Dios; en una palabra, si esos sufrimientos no le hacen dar un paso adelante, porque tendrá que volver a empezar en condiciones aún más penosas. Desde ese punto de vista, lo mismo ocurre con las penas que se sufren después de la muerte: el Espíritu obstinado las padece sin que lo alcance el arrepentimiento; por eso puede prolongarlas indefinidamente por su propia voluntad; es castigado, pero no repara.

(Médium: señor d'Ambel.)

Precipitar a un hombre en las tinieblas o en ondas de luz, ¿no produce el mismo resultado? Tanto en un caso como en el otro, ese hombre no ve nada de lo que lo rodea, e incluso habrá de habituarse con mayor facilidad a la sombra que a la monótona claridad eléctrica, en la cual probablemente esté inmerso. Así pues, el Espíritu que se ha comunicado en la última sesión expresa perfectamente la verdad de su situación cuando dice: "¡Oh! Sabré liberarme de esa luz detestable". En efecto, esa luz es tanto más terrible, tanto más horrorosa, cuanto que lo traspasa por completo y devela sus más íntimos pensamientos. Este es uno de los aspectos más difíciles de su castigo espiritual. El Espíritu se encuentra, por así decirlo, encerrado dentro de la casa de cristal que solicitaba Sócrates;

y de ahí deriva otra enseñanza, pues lo que hubiera constituido alegría y consuelo para el sabio, se transforma en castigo infamante e ininterrumpido para el perverso, para el criminal, para el parricida, amedrentado ante su propia personalidad.

Hijos míos, ¿comprendéis el sufrimiento y el terror que debe experimentar aquel que durante una siniestra existencia se complacía en calcular, en maquinar los más hediondos delitos en lo profundo de su ser, donde se refugiaba como una bestia en su guarida, mientras que hoy, expulsado de ese cubil íntimo, no puede eludir la mirada y la investigación de sus contemporáneos? ¡Luego de que le fue arrancada su máscara de impasibilidad, todos sus pensamientos se reflejan sucesivamente en su rostro!

¡En efecto, de aquí en adelante no habrá reposo ni asilo de ninguna clase para ese terrible criminal! Cada pensamiento malo –y sólo Dios sabe si su alma lo expresa– lo delata por fuera y por dentro, como impulsado por un choque eléctrico irresistible. Procura ocultarse de la multitud, pero la luz detestable lo deja expuesto continuamente. Quiere huir, desesperado, y retrocede en una carrera desenfrenada a través de los espacios inconmensurables; ¡y por todas partes la luz, las miradas escrutadoras! Y vuelve a correr en busca de la oscuridad, de la noche, ¡pero ni la oscuridad ni la noche existen para él! Pide ayuda a la muerte, pero la muerte no es más que una palabra carente de significado. ¡Y el desventurado huye siempre! Va camino a la locura espiritual. ¡Castigo tremendo, dolor horrible en el que se debate para desembarazarse de sí mismo! Porque esa es la ley suprema más allá de la Tierra: el culpable busca por sí mismo el más inexorable de los castigos.

¿Cuánto tiempo durará ese estado? Hasta el momento en que su voluntad, por fin vencida, se doblegue forzada por el

remordimiento, y su frente altiva se humille ante sus víctimas apaciguadas y ante los Espíritus de justicia. Observad, entonces, la lógica profunda de las leyes inmutables. De ese modo el Espíritu cumplirá lo que había escrito en aquella altiva comunicación, tan clara, tan lúcida y tan lamentablemente egoísta, comunicación que él os dio el viernes último, redactada mediante un acto de su propia voluntad.

El Espíritu protector del médium

(Médium: señor Costel.)

La justicia humana no repara en la individualidad de los seres que castiga. Mide el crimen por el crimen en sí, de modo que hiere indiscriminadamente a los infractores, y la misma pena alcanza al culpable sin que se haga distinción de sexos y sea cual fuere su educación. La justicia divina, en cambio, procede de otro modo: sus castigos son proporcionales al grado de adelanto de los seres a los cuales se les aplican. La igualdad de los crímenes no implica la igualdad entre los individuos. Dos hombres culpables del mismo delito pueden hallarse separados por la distancia de las pruebas, que sumergen a uno en la opacidad intelectual de los primeros círculos iniciales, mientras que el otro dispone, por haber superado esos círculos, de la lucidez que exime al Espíritu de la turbación. En este caso, el castigo no radica en las tinieblas, sino en la agudeza de la luz espiritual, que traspasa la inteligencia terrestre y le hace sentir los padecimientos como si fueran una llaga viva.

Los seres desencarnados que persisten en la representación material de sus crímenes, sufren el choque de la electricidad física: padecen a través de los sentidos. Pero aquellos cuyo espíritu está más desmaterializado sufren un dolor muy supe-

rior, que con su raudal de angustias aniquila el recuerdo de los hechos y sólo permite que se conozcan sus causas.

Así pues, el hombre puede, a pesar de la criminalidad de sus acciones, poseer un adelanto interior, y mientras las pasiones lo impulsan a obrar como un irracional, sus facultades aguzadas lo elevan por encima de la densa atmósfera de las capas inferiores. La falta de mesura y el desequilibrio entre el progreso moral y el intelectual producen esas anomalías, muy frecuentes en las épocas de materialismo y transición.

Por consiguiente, la luz que tortura al Espíritu culpable es precisamente el rayo espiritual que inunda de claridad los recónditos ámbitos de su orgullo, descubriendo la vacuidad de su ser fragmentario. Ahí aparecen los primeros síntomas, las primeras angustias de la agonía espiritual, que presagian la separación o la disolución de los elementos intelectuales y materiales que componen la primitiva dualidad humana, llamados a desaparecer en la grandiosa unidad del ser completo.

Jean Reynaud

Observación. Estas tres comunicaciones, obtenidas de manera simultánea, se complementan recíprocamente. Presentan el castigo desde un nuevo aspecto, eminentemente filosófico, un poco más racional que el de las llamas del Infierno, con sus cavernas repletas de láminas de navajas (véase, en este número, el artículo: *La religión y el progreso*). Es probable que los Espíritus, dispuestos a tratar el asunto mediante un ejemplo, hayan provocado con ese objetivo la comunicación espontánea del Espíritu culpable.

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

La educación materna

Consejos para las madres de familia[17]

Este opúsculo es producto de instrucciones mediúmnicas que forman un conjunto completo, dictados a la señora Collignon, de Burdeos, por el Espíritu que firma *Étienne*, y al que la médium no conoce. Esas instrucciones, publicadas por primera vez como artículos sueltos en el periódico *Le Sauveur* [*El Salvador*], fueron reunidas en un folleto.

Nos complace aprobar sin reservas este trabajo, tan recomendable por la forma como por el fondo: estilo simple, claro, conciso, sin énfasis ni palabras carentes de sentido, ideas profundas, una lógica irreprochable; es el lenguaje propio de un Espíritu elevado, y no ese estilo verboso de los Espíritus que creen compensar el vacío de ideas con la abundancia de palabras. No nos preocupa dedicarle estos elogios, porque sabemos que la señora Collignon no los recibirá para ella, y que su amor propio no se verá sobrexcitado en absoluto, del mismo modo que no se ofendería ante la crítica más severa.

En este escrito, la educación es tratada desde su verdadero punto de vista, en relación con el desarrollo físico, moral e intelectual del niño, considerado desde la cuna hasta su establecimiento en el mundo. Las madres espíritas, mejor que las otras, apreciarán la sabiduría de los consejos que contiene,

17. Opúsculo in-8º; precio: 50 centavos; por correo: 60 centavos. París: Ledoyen, Palais-Royal, galerie d'Orléans, n.º 31.- Burdeos: Ferret, librero; 15, Fossés-de-l'Intendance, y en la oficina del periódico *Le Sauveur*, 57, cours d'Aquitaine. (N. de Allan Kardec.)

razón por la cual les recomendamos esta obra como digna de la mayor atención.

El opúsculo se completa con un breve poema titulado: *El cuerpo y el espíritu*, también mediúmnico, y que más de un autor renombrado podría firmar sin temor. Comienza así:

Morfeo, en el sueño, mis sentidos había apagado;
mi Espíritu, de su pesado equipo liberado,
quiso emanciparse y en el espacio vagar,
abandonando su cuerpo como un soldado su lugar.
Semejante al prisionero que tras las rejas gime,
quiso elevarse en los aires, por fin libre.
¿Acaso era un recuerdo, un capricho, un misterio,
el que llevaba a mi Espíritu a abandonar su encierro?
No sabría decirlo, pero él mismo al regresar,
mi pregunta respondió no sin ambigüedad.
Rápido entendí de sus ambages la causa,
y mucho me enfadé, pues no me gusta la astucia.
—¿Espíritu caprichoso, me diréis al menos
lo que habéis visto en ese viaje a los cielos?
—Para complacerte, debo decirte algo;
de lo contrario, carcelero, con tu humor lóbrego,
dirías al prisionero un discurso brutal,
y este pobre cautivo se sentiría muy mal…
Te diré… —¡Aguarda! ¿Es una historia pues
la que me vas a contar? —¡Oh! Sí, créeme;
te diré que antaño, en el mundo de los Espíritus
dejé parientes y buen número de amigos:
quería volver a verlos, porque en la Tierra el exilio
¡no está hecho, créeme, para diversión e idilio!
Aprovechando el sueño que al lecho te adhería,

allí te dejé, cuerpo, y *todo Espíritu*, enseguida
traspuse los niveles que separan los mundos,
un largo trayecto en muy pocos segundos.
Debía apresurarme, pues el menor retraso
podría comprometerte. ¡Ah! Si por acaso
en ese viaje lejano me llegase a demorar
sábelo bien, era cosa cierta que, al regresar,
en vez de un cuerpo, habría encontrado un cadáver,
y semejante remordimiento quise evitarme.
Sabía que al retrasarme un crimen cometería,
pero solo Dios nuestra unión íntima quebraría.
—Gracias por el recuerdo, querido Espíritu dispuesto,
no es menos cierto que yo habría muerto
si ante la menor demora… ¡Ah! Mi palabra de cuerpo
honesto te doy:
¡siento que mi cabello se erizó!

El espiritismo en su más simple expresión

por ALLAN KARDEC

Edición en lengua rusa

Impreso en Leipzig: *Baer et Hermann*.- París: Ledoyen, Palais-Royal; Didier y Cia., 35, quai des Augustins; y en la oficina de la *Revista Espírita*.- Precio: 20 centavos; por correo: 25 centavos.

AVISO.- El señor doctor Chavaux, presidente de la *Sociedad de estudios espíritas de Marsella*, nos solicita que anunciemos que dicha Sociedad tiene su sede en la rue du Petit-Saint-Jean, n.º 24, primer piso.

Allan Kardec



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año VII Número 8 Agosto de 1864

Nuevos detalles sobre los posesos de Morzine

En la *Revista espírita* de los meses de diciembre de 1862, enero, febrero y marzo de 1863, presentamos un informe circunstanciado y una apreciación de la epidemia demoníaca de Morzine (Alta Saboya), a la vez que demostramos la insuficiencia de los medios empleados para combatirla. Si bien la dolencia nunca cesó por completo, sufrió una especie de inactividad durante algún tiempo. Varios periódicos, como también nuestra correspondencia particular, señalan que el flagelo resurgió con una nueva intensidad. *Le Magnétiseur* [*El magnetizador*], periódico de magnetismo animal publicado en Ginebra por el señor Lafontaine, en su número del 15 de mayo de 1864, presenta este detallado informe:

"La epidemia demoníaca que reina desde 1857 en la aldea de Morzine y sus alrededores, en medio de las montañas de la Alta Saboya, no ha dejado de hacer estragos. El gobierno francés, desde que Saboya le pertenece, está conmovido por el

caso. Ha enviado al lugar hombres especializados, inteligentes y capaces, inspectores de manicomios, etc., para estudiar la naturaleza y observar el desarrollo de esta enfermedad. Han tomado algunas medidas, intentaron el traslado de esas jóvenes enfermas a Chambéry, Annecy, Eviran, Thonon, etc.; pero los resultados de esos intentos no fueron satisfactorios. A pesar de los tratamientos médicos que se consideraron adecuados, las curas fueron poco numerosas; y cuando las desdichadas jóvenes retornaron a su aldea, recayeron en el mismo estado de padecimiento. Después de afectar, al principio, a los niños y a las jovencitas, esta epidemia se propagó hacia las madres de familia y las ancianas. Pocos hombres sufrieron su influencia, si bien a uno de ellos le costó la vida: el desdichado se había introducido en un espacio estrecho, entre la estufa y la pared, del que aseguraba no poder salir; permaneció ahí durante un mes, sin aceptar ningún alimento, hasta que murió de agotamiento e inanición, víctima de su imaginación afectada.

"Los enviados del gobierno francés elaboraron informes, en uno de los cuales el señor Constant, entre otros, declaró que las pocas curas realizadas entre esa población se debían al magnetismo aplicado por mí, en Ginebra, sobre las jovencitas y las mujeres que me trajeron en 1858 y 1859.

"Nuestros lectores saben que ese flagelo, atribuido por los ingenuos campesinos de Morzine y –lo que resulta más desafortunado– por sus conductores espirituales, *al poder del demonio*, se manifiesta –en aquellos a los que él posee, mediante convulsiones violentas acompañadas de gritos, malestar estomacal y movimientos de la más asombrosa gimnástica, sin mencionar los juramentos y otros procedimientos escandalosos, de los que los enfermos se sienten culpables– cuando se los obliga a entrar en una iglesia.

"Nosotros logramos curar a varios de esos enfermos, que no sufrieron más ataques mientras vivieron lejos de las influencias desagradables del contagio y de los espíritus afectados de su aldea. Pero en Morzine el horrible mal no ha dejado de hacer estragos entre su desdichada población, y la cantidad de víctimas va en aumento. En vano han prodigado plegarias y exorcismos, en vano trasladaron enfermos a los hospitales de varias ciudades distantes, pues el flagelo, que en general afecta a las jovencitas cuya imaginación es más viva, se encarniza contra su presa, y las únicas curas comprobadas son las que nosotros operamos y cuyo relato hicimos en nuestro periódico.

"Por último, ya sin otros medios, intentaron causar un gran impacto. Monseñor Maguin, obispo de Annecy, anunció recientemente que visitaría Morzine, tanto para confirmar a los habitantes que aún no habían recibido ese sacramento, como para enseñar los medios de vencer la terrible enfermedad. La buena gente de la aldea esperaba maravillas de esa visita, que tuvo lugar el sábado 30 de abril y el domingo 1.º de mayo, y estas son las circunstancias que la caracterizaron:

"El sábado, hacia las cuatro, el Prelado llegó a la aldea. Iba a caballo, en compañía de una gran cantidad de eclesiásticos. Habían tratado de reunir a los enfermos en la iglesia, y algunos de ellos fueron a la fuerza. 'Desde que el Obispo puso un pie en las tierras de Morzine –dice un testigo ocular–, las posesas, al sentir que él se aproximaba, sufrieron las más violentas convulsiones; en particular, las que estaban encerradas en la iglesia daban gritos y aullidos que no tenían nada de humano. Todas las jovencitas, que en distintas épocas habían sufrido la enfermedad, volvieron a enfermarse, y hubo varias que, tras permanecer sanas durante cinco años, cayeron presa del más aterrador paroxismo de esas horribles crisis'. El propio

Obispo empalideció al oír los aullidos con que era recibido, a pesar de lo cual avanzó hacia la iglesia, en medio de las vociferaciones de las enfermas, algunas de las cuales se habían librado de sus guardianes para arrojarse encima de él e insultarlo. Se apeó en la puerta del templo y entró con dignidad. Bastó esa acción para que el desorden se redoblara, y entonces la escena se tornó verdaderamente infernal.

"Las posesas, cerca de setenta, junto a un solo jovencito, juraban, rugían, saltaban por todas partes. Eso duró varias horas, y cuando el prelado quiso impartir la confirmación, el furor se redobló, como si eso fuera posible. Tuvieron que arrastrarlas hasta el altar. Siete, ocho hombres, varias veces tuvieron que reunir sus fuerzas para vencer la resistencia de algunas; los policías prestaron su ayuda. El Obispo debía partir a las cuatro; a las siete de la tarde seguía en la iglesia, donde no lograban vencer la resistencia de tres enfermas; lograron arrastras a dos de ellas, jadeantes, con espuma en la boca y blasfemias en los labios, hasta los pies del prelado. La última se resistía con todas sus fuerzas; el Obispo, vencido por el cansancio y la emoción, debió renunciar a imponerle las manos; salió de la iglesia, tembloroso y conmovido, con las piernas llenas de moretones causados por las posesas, mientras ellas se retorcían ante su bendición.

"Dejó la aldea con palabras bondadosas para sus habitantes, pero sin ocultarles la profunda impresión de estupor que había experimentado en presencia de una dolencia cuya gravedad no podía imaginarse. Terminó confesando que 'no se sentía bastante fuerte para conjurar la plaga que había ido a curar, con la promesa de volver pronto munido de poderes más amplios'.

”Hoy no haremos ninguna reflexión, limitándonos a relatar estos hechos deplorables. Tal vez, en el próximo número digamos cuán penosos nos han resultado”.

Ch. Lafontaine

Veamos el relato sucinto que el *Courrier des Alpes* [*Correo de los Alpes*] publicó acerca de esos hechos, y que varios periódicos reprodujeron sin comentarios:

“En Annecy se comenta mucho un incidente, tan doloroso como imprevisto, que motivó el viaje de monseñor Maguin, nuestro digno prelado. Todos conocen la triste y singular enfermedad que aflige desde hace varios años a la comuna de Morzine, y a la que no se sabe bien qué nombre darle, pues la ciencia no le encuentra explicación. Cierto público caracterizó esta enfermedad, que recae principalmente sobre las mujeres, denominando a quienes la padecen: las *posesas*. En efecto, muchos habitantes de esa comuna están persuadidos de que son víctimas de un maleficio.

”También recuerdan que, en 1862, cierta cantidad de personas, afectadas por esa extraña enfermedad que produce todos los efectos de la locura furiosa, sin que se comprenda su carácter, fueron trasladadas a diversos hospitales en distintos puntos de Francia, para volver completamente curadas. Este año, la enfermedad afectó a otras personas, y en poco tiempo alcanzó proporciones alarmantes.

”En esas circunstancias, monseñor Maguin, sin otro móvil más que la caridad, realizó su viaje pastoral a Morzine, y en el momento en que administraba el sacramento de la confirmación, una crisis se apoderó de repente de una cantidad de desdichados que asistían a la ceremonia o participaban de ella.

Entonces, en la iglesia tuvo lugar un horrible escándalo. Los detalles de esa escena son demasiado escalofriantes para relatarlos.

"Me limitaré a decir que la administración superior se conmovió ante este triste asunto, y que un destacamento de treinta hombres de infantería ya fue enviado al lugar. También sé de buena fuente que ese destacamento será duplicado y comandado por un oficial superior, a cargo de precisas instrucciones. No hace falta decir que se tomarán otras medidas, como, por ejemplo, el envío de médicos especialistas encargados de estudiar la enfermedad. El ejército tendrá por misión proteger a las personas".

Afirmar que *la ciencia no le encuentra explicación* a esa enfermedad es una confesión de impotencia. En tal caso, ¿qué harán los médicos? ¿Acaso ya no habían enviado otros, muy capaces? Ahora dicen que enviarán especialistas; pero ¿cómo se puede determinar su especialidad en una afección cuya naturaleza no se conoce, y que la ciencia no logra explicar? Se comprende la especialidad de los oculistas para las afecciones de la vista, de los toxicólogos en los casos de envenenamiento; pero en este caso, ¿en qué categoría se los ubicará? ¿Entre los alienistas? Muy bien, siempre que se demuestre que se trata de una afección mental. Pero hasta los propios alienistas fracasaron; no se ponen de acuerdo respecto de la causa ni del tratamiento. Ahora bien, como la ciencia no encuentra una explicación, lo cual es una gran verdad, los alienistas no pueden ser más especialistas que los cirujanos. Es cierto que van a sumar al ejército, pero ya emplearon ese recurso sin éxito, por lo que dudamos mucho de que esta vez lo logren.

Por lo tanto, si la ciencia fracasa, eso se debe a que no está en lo cierto. ¿Qué tiene eso de asombroso? Todo revela

una causa moral, pero envían hombres que solo creen en la materia. Buscan en la materia, pero no encuentran nada, lo cual demuestra de sobra que no buscan donde corresponde. Si quieren médicos más especializados, que los busquen entre los espiritualistas y no entre los materialistas. Aquellos al menos comprenderán que en este caso puede haber algo más allá del organismo.

La religión tampoco ha tenido éxito; usó sus municiones en contra de los diablos, pero sin lograr que entren en razón. Esto significa que los diablos son más fuertes, o que no son diablos. Sus fracasos constantes en casos como este demuestran una de estas dos cosas: que no está en lo cierto o que ha sido derrotada por sus enemigos.

En todo esto, lo más claro es que nada de lo que han hecho tuvo éxito, ni lo tendrá mientras se obstinen en buscar la verdadera causa donde no está. Un estudio atento de los síntomas demuestra con absoluta evidencia que esa causa se encuentra en la acción del mundo invisible sobre el mundo visible, acción que es la fuente de más afecciones de lo que se supone, y contra las cuales la ciencia fracasa debido a que ataca el efecto y no la causa. En una palabra, se trata de lo que el espiritismo denomina *obsesión* en su grado más elevado, es decir, *subyugación* y *posesión*. Las crisis son efectos consecutivos; la causa es el ser obsesor. Por lo tanto, es necesario actuar sobre este ser, así como se actúa sobre los gusanos en las convulsiones ocasionadas por gusanos.

Dirán que se trata de un sistema absurdo; absurdo para los que no admiten nada más allá del mundo tangible, pero muy positivo para los que han comprobado la existencia del mundo espiritual, así como la presencia de seres invisibles alrededor nuestro. Este sistema, por otra parte, se basa en la

experiencia y en la observación, y no en una teoría preconcebida. La acción de un ser invisible malévolo ha sido *constatada* en una infinidad de casos aislados, que tienen una completa analogía con los hechos de Morzine, a partir de lo cual es lógico concluir que la causa es la misma, puesto que los efectos son semejantes. La diferencia solo radica en la cantidad. Todos los síntomas, sin excepción, observados en los enfermos de esa localidad, se encuentran también en los casos particulares a que nos referimos. Ahora bien, dado que se liberó enfermos afectados por el mismo mal sin recurrir a exorcismos, sin medicamentos y sin policías, lo que se hizo en otras partes se podría hacer en Morzine.

De ser así –nos preguntarán–, ¿a qué se debe que los medios espirituales empleados por la Iglesia resulten ineficaces? Esta es la razón:

La Iglesia cree en los demonios, es decir, en una categoría de seres de naturaleza perversa y dedicados eternamente al mal; por consiguiente, no perfectibles. Con esa idea, no hace el intento de mejorarlos. El espiritismo, en cambio, reconoce que el mundo invisible está compuesto por las almas o Espíritus de los hombres que han vivido en la Tierra, y que después de la muerte pueblan el espacio. Entre los Espíritus, los hay buenos y malos, como entre los hombres. Muchos de los que en vida se deleitaron con hacer el mal, lo siguen haciendo después de la muerte. Sin embargo, por el hecho de que pertenecen a la humanidad, se hallan sujetos a la ley del progreso y pueden mejorar. No son, pues, demonios en el sentido de la Iglesia, sino Espíritus imperfectos.

Su acción sobre los hombres se ejerce a la vez en lo físico y en lo moral, de lo que resulta una infinidad de afecciones cuya sede no está en el organismo, de locuras aparentes que

son refractarias a cualquier medicación. Se trata de una nueva rama de la patología, que se puede denominar *patología espiritual*. La experiencia enseña a distinguir entre los casos de esta categoría y los que pertenecen a la patología orgánica.

No nos ocuparemos de describir el tratamiento de las afecciones de ese género, porque ya lo hemos indicado en otra parte, de modo que nos limitaremos a recordar que consiste en una acción triple: la acción fluídica que libera al periespíritu del enfermo de la opresión del periespíritu del Espíritu malo, el ascendiente que sobre este último ejerce la autoridad que resulta de la superioridad moral, y la influencia moralizadora de los consejos que se le brindan. La primera de estas acciones no es más que accesoria respecto de las otras dos; por sí sola es insuficiente, porque si momentáneamente se lograra alejar al Espíritu, nada impediría que vuelva a la carga. Lo que resulta necesario es ocuparse de que renuncie voluntariamente a sus malos deseos, moralizándolo. Se trata de una verdadera educación que exige tacto, paciencia, dedicación y, por sobre todas las cosas, una fe sincera. La experiencia demuestra, por los resultados obtenidos, la eficacia de este medio; pero también demuestra que, en algunos casos, es necesario el concurso simultáneo de varias personas reunidas con la misma intención.

Ahora bien, ¿qué hace la Iglesia en estos casos? Convencida de que trata con demonios incorregibles, no se ocupa en absoluto de mejorarlos. Cree que los espanta y los aleja mediante los signos, las fórmulas y los aparatos del exorcismo. Pero los Espíritus malos se burlan de todo eso, que los incita a redoblar su malicia, como ocurre cada vez que se intenta exorcizar los lugares en los que se producen alborotos y perturbaciones. La experiencia demuestra que los signos y los actos exteriores no ejercen sobre ellos la menor influencia. En cambio, se ha visto

Espíritus, entre los más obstinados y perversos, que ceden ante una presión moral y retoman los buenos sentimientos. En tal caso, se alcanza la doble satisfacción de liberar al obseso y encaminar hacia Dios a un alma extraviada.

Tal vez se nos pregunte por qué los espíritas, dado que están convencidos de la causa de esa afección y de los medios de combatirla, no se dirigieron a Morzine para operar sus milagros. En primer lugar, porque los espíritas no hacen milagros; la acción curativa que se puede ejercer en esos casos no tiene nada de maravilloso ni de sobrenatural; se basa en una ley de la naturaleza: la que rige las relaciones entre el mundo visible y el mundo invisible; ley que, al explicar ciertos fenómenos que no se habían comprendido debidamente por el hecho de que no se la conocía, reduce los límites de lo maravilloso en vez de ampliarlos. En segundo lugar, habría que preguntarse si el concurso de los espíritas hubiera sido aceptado; si no hubieran encontrado una oposición sistemática; si en vez de recibir apoyo no hubieran sido obstaculizados por los mismos que fracasaron; si no hubieran sido objeto de los insultos y el maltrato de una población sobrexcitada por el fanatismo; si no los hubieran acusado de hechicería, como lo hicieron contra los propios enfermos, y de actuar en nombre del diablo, como se ha visto en algunas localidades. En los casos individuales y aislados, los que se dedican al alivio de los afligidos por lo general son secundados por los familiares y por el entorno de los enfermos, y a menudo por estos mismos, sobre cuya moral es preciso actuar con palabras bondadosas y de aliento, que los incite a la plegaria. Ese tipo de curas no se obtienen instantáneamente; quienes las emprenden necesitan calma y un profundo recogimiento. Esas condiciones, en las circunstancias actuales, ¿serían posibles en Morzine? Es muy

dudoso. Cuando llegue el momento de detener la afección, Dios se ocupará.

Por otra parte, los hechos de Morzine y su prolongación tienen una razón de ser, al igual que las manifestaciones del tipo de las de Poitiers. Se multiplicarán, ya sea de manera aislada o colectiva, para convencer respecto de la impotencia de los medios empleados hasta ahora para darles término, así como para forzar a la incredulidad a que reconozca finalmente la existencia de un poder extrahumano.

Para todos los casos de obsesión, de posesión, así como para toda clase de manifestaciones desagradables, llamamos la atención sobre lo dicho al respecto en *El libro de los médiums* (capítulo *Acerca de la obsesión*), en los artículos de la *Revista* citados más arriba acerca de Morzine; en los artículos de los meses de febrero, marzo y junio de 1864, relativos a la joven obsesa de Marmande; por último, en los §§ 325 a 335 de la *Imitación del Evangelio*. Allí se encontrarán las instrucciones necesarias para guiarse en circunstancias análogas.

Suplemento del capítulo de las plegarias en la *Imitación del Evangelio*

Varios de nuestros abonados nos han manifestado su pesar por el hecho de que no encontraron, en nuestro libro *Imitación del Evangelio según el espiritismo*, una oración especial de la mañana y de la noche, para uso habitual.

Señalaremos que las oraciones contenidas en esa obra no constituyen un formulario, que para ser completo debería

contener una cantidad mucho mayor. Forman parte de las comunicaciones impartidas por los Espíritus; y nosotros las hemos reunido en el capítulo dedicado al análisis de la plegaria, de igual modo que agregamos en el resto de los capítulos las comunicaciones que podían ajustarse a cada uno de ellos. Omitimos deliberadamente las oraciones de la mañana y de la noche porque quisimos evitar que nuestra obra tuviera un carácter litúrgico, de modo que nos limitamos a las que se relacionan más directamente con el espiritismo. En cuanto a las otras, cada interesado podrá encontrarlas en su culto particular. Con todo, a fin de satisfacer el deseo que nos han expresado, presentamos aquí la oración que nos parece la mejor respuesta para alcanzar el objetivo propuesto. De todos modos, algunas observaciones previas servirán para que se comprenda mejor su alcance.

En la *Imitación*, § 274, destacamos la necesidad de que las plegarias sean *inteligibles*.[18] La persona que ora sin comprender lo que dice se acostumbra a darles más valor a las palabras que a los pensamientos. Supone que la eficacia está en las palabras, incluso si el corazón no se conmueve en absoluto. De tal modo, muchos consideran que han cumplido por el solo hecho de recitar algunas palabras que los dispensan de reformarse a sí mismos. Una extraña idea de la Divinidad es la que se han formado quienes suponen que a esta se la complace con palabras más que con las acciones que demuestran una mejora moral.

Por otra parte, veamos la opinión de san Pablo al respecto:

"Si yo no entiendo el significado de las palabras, seré un bárbaro para aquel a quien hablo, y el que me habla será un

18. Véase *El Evangelio según el espiritismo*, capítulo XXVII, § 16. (N. del T.)

bárbaro para mí.- Si oro en una lengua que no entiendo, mi corazón ora, pero mi inteligencia queda sin fruto.- Si alabas a Dios sólo con el corazón, ¿de qué modo un hombre entre los que sólo entienden su propia lengua responderá *amén* cuando finalices tu acción de gracias, si no entiende lo que tú dices? No es que tu acción no sea buena, sino que los otros no se edifican con ella." (San Pablo, *Primera Epístola a los Corintios*, 14:11, 14, 16 y 17.)

Es imposible condenar de una manera más formal y lógica el uso de las plegarias ininteligibles. Puede resultar sorprendente el hecho de que se tome en cuenta tan poco la autoridad de san Pablo en este punto, toda vez que en otros esa autoridad se invoca tan a menudo. Otro tanto podría decirse respecto de la mayoría de los escritores sagrados a los que se considera lumbreras de la Iglesia, y cuyos preceptos están lejos de ser puestos en práctica.

Una condición esencial de la oración, según san Pablo, es que sea inteligible, a fin de que pueda hablar a nuestro espíritu. Para conseguirlo no basta con que se diga en un lenguaje comprensible para el que ora. Hay algunas oraciones en lengua vulgar que no le dicen al pensamiento mucho más que si estuviesen en una lengua extraña y que, por ese motivo, no llegan al corazón. Las pocas ideas que contienen suelen quedar sofocadas por la superabundancia de palabras y por el misticismo del lenguaje.

La principal cualidad de la oración es la claridad, la sencillez y la concisión, sin la fraseología inútil ni el derroche de epítetos que apenas son adornos refulgentes. Cada palabra debe tener su sentido, despertar una idea, conmover una fibra. En síntesis, debe hacernos reflexionar. Solamente con esa condición la oración puede lograr su objetivo; de otro modo,

no es más que ruido. Observad, asimismo, con qué aire de distracción y con qué volubilidad son pronunciadas la mayor parte de las veces. Se ve el movimiento de los labios, pero en la expresión de la fisonomía, así como por el sonido de la voz, se identifica un acto mecánico, absolutamente externo, durante el cual el alma permanece indiferente.

En materia de plegarias, el más perfecto modelo de concisión es sin duda la *Oración dominical*, una verdadera obra maestra de sublimidad dentro de su sencillez. Pese a su forma breve, resume todos los deberes del hombre para con Dios, para consigo mismo y para con el prójimo. No obstante, a causa de su brevedad, el profundo sentido encerrado en las escasas palabras que la componen pasa inadvertido para la mayor parte de las personas. Los comentarios que se han hecho al respecto no siempre se recuerdan, o incluso la mayoría no los conoce. Por ese motivo, generalmente se declama sin que el pensamiento se detenga ante las aplicaciones de cada una de sus partes. Se emite como una fórmula cuya eficacia guarda proporción con la cantidad de veces que se repite. Ahora bien, casi siempre la cantidad de repeticiones coincide con alguno de los números cabalísticos: *tres*, *siete* o *nueve*, tomados de la antigua creencia en la virtud de los números, y de su empleo en los procedimientos mágicos. Así, ya sea que penséis o no en lo que decís, basta con repetir la plegaria una cantidad de veces. A pesar de que el espiritismo rechaza expresamente cualquier eficacia atribuida a las palabras, a los signos y a las fórmulas, la Iglesia lo acusa indebidamente de resucitar las viejas creencias supersticiosas.

Todas las religiones antiguas y paganas han tenido su lengua sagrada, lengua misteriosa, solo inteligible para los iniciados, pero cuyo verdadero sentido se mantenía oculto para el

vulgo, que la respetaba aún más por el hecho de que no la comprendía. Eso podía aceptarse en la época de la infancia intelectual de las masas; pero en la actualidad, estas se han emancipado espiritualmente, de modo que las lenguas místicas ya no tienen razón de ser y constituyen un anacronismo. Se desea ver tan claro en las cosas de la religión como en las de la vida civil; ya no basta con pedir que se crea y se ore, pues se desea saber por qué se cree y qué conviene pedir cuando se ora.

El latín, de uso habitual en los primeros tiempos del cristianismo, se convirtió para la Iglesia en una lengua sagrada, y debido a que se mantuvo algo del viejo prestigio atribuido a esas lenguas, la mayoría de los que no saben esto pronuncian la Oración dominical en latín en vez de hacerlo en la lengua que les es propia. Se diría que les parece más virtuosa por el hecho de que no la comprenden. Por cierto, esa no fue la intención de Jesús cuando la enseñó, y tampoco fue la idea de san Pablo, cuando dijo: "Si oro en una lengua que no entiendo, mi corazón ora, pero mi inteligencia queda sin fruto". Incluso si, a falta de inteligencia, el corazón orara siempre, se trataría de un mal menor. Lamentablemente, demasiado a menudo el corazón no ora más que el pensamiento. Si el corazón orara realmente, entre las personas que oran mucho no habría tantas que se benefician tan poco, que no son más bondadosas ni más caritativas, ni menos maledicentes para con el prójimo.

Dicho esto, la mejor plegaria de la mañana y de la noche es sin duda la *Oración dominical* dicha con inteligencia, de corazón y no apenas con los labios. Con todo, para llenar el vacío que su concisión deja en la mente, con la recomendación de los Espíritus buenos y con su asistencia, hemos añadido un comentario a cada una de las proposiciones de esta plegaria.

De tal modo, conforme a las circunstancias y el tiempo disponible, se puede pronunciar la *Oración dominical* simple o con los comentarios. También se le pueden agregar algunas de las plegarias contenidas en la *Imitación del Evangelio*, y que tienen un fin específico, como por ejemplo: la plegaria dirigida a los ángeles de la guarda y a los Espíritus protectores (§ 293); la que sirve para alejar a los Espíritus malos (§ 297); para las personas que amamos (§ 358); para las almas que sufren y piden oraciones (§ 360), etc. Se sobreentiende que esto no va en desmedro de las plegarias especiales del culto al que cada uno pertenezca por convicción, culto al cual el espiritismo no ordena que se renuncie.

A quienes nos piden una línea de conducta para seguir en lo que concierne a las plegarias cotidianas, les aconsejamos que ellos mismos elaboren una compilación adecuada a las circunstancias en que se encuentran, para ellos, para el prójimo o para los que han dejado la Tierra; y que las extiendan o las reduzcan según la oportunidad.

Una vez por semana, el domingo por ejemplo, se les puede dedicar un tiempo más extenso y pronunciarlas en su totalidad, ya sea de modo particular o en común, en caso de que se disponga de lugar, y agregarles la lectura de algunos párrafos de la *Imitación del Evangelio* y de algunas instrucciones dictadas por los Espíritus buenos. Esto se recomienda más específicamente para las personas que son rechazadas por la Iglesia a causa del espiritismo, y que no por eso dejan de sentir la necesidad de unirse a Dios con el pensamiento.

No obstante, salvo en este caso, nada impide que las personas que se consideran en la obligación de asistir, en los días consagrados, a las ceremonias de su culto, pronuncien también algunas de las plegarias que se corresponden con sus

creencias espíritas. Esto no puede más que contribuir a elevar su alma a Dios mediante la unión del pensamiento y de las palabras. El espiritismo es una fe íntima: está en el corazón y no en los actos exteriores, y no prescribe ninguno que sirva para escandalizar a las personas que no comparten esta creencia. Por el contrario, recomienda abstenerse de hacerlo, por espíritu de caridad y de tolerancia.

En consideración y como aplicación de las ideas precedentes, brindamos aquí la *Oración dominical desarrollada*. Si algunas personas llegaran a considerar que este no es el lugar para un documento de esa naturaleza, les recordaremos que nuestra *Revista* no es tan solo una compilación de hechos, y que su campo abarca todo lo que contribuya al desarrollo moral. Hubo una época en la que solamente los hechos de las manifestaciones tenían el privilegio de interesar a los lectores, pero en la actualidad se comprende el objetivo serio y moralizador del espiritismo, de modo que la mayoría de los adeptos buscan en él lo que llega al corazón más que lo que complace a la inteligencia. Por lo tanto, en esta circunstancia nos dirigimos a ellos. Mediante esta publicación, nos consta que agradamos a muchas personas, si no a todas. Solo esto nos habría decidido, si otras consideraciones –acerca de las cuales debemos guardar silencio– no nos hubieran determinado a hacerlo en este momento más que en otro.

Oración dominical desarrollada

I. *¡Padre nuestro que estás en los Cielos, santificado sea tu nombre!*

Creemos en ti, Señor, porque todo revela tu poder y tu bondad. La armonía del universo es el testimonio de una

sabiduría, una prudencia y una previsión que superan todas las facultades humanas. El nombre de un ser soberanamente grande y sabio está inscripto en todas las obras de la creación, desde la brizna de hierba y el más pequeño de los insectos, hasta los astros que giran en el espacio. En todas partes vemos pruebas de un cuidado paternal. Por eso, ciego es el que no te reconoce en tus obras, orgulloso es el que no te alaba, e ingrato es el que no te da las gracias.

II. *¡Venga a nosotros tu reino!*

Señor, has dado a los hombres leyes plenas de sabiduría, que los harían felices si las observaran. Con esas leyes reinarían entre ellos la paz y la justicia, y todos se prestarían ayuda mutuamente, en vez de maltratarse como lo hacen. El fuerte sostendría al débil en lugar de abrumarlo. Evitarían los males que los abusos y los excesos de toda índole engendran. Todas las miserias de este mundo provienen de la violación de tus leyes, porque no hay una sola infracción a ellas que no acarree funestas consecuencias.

Has dado al animal el instinto que le marca el límite de lo necesario, y él automáticamente se conforma. En cambio, al hombre le diste, además de ese instinto, la inteligencia y la razón. También le has dado la libertad de cumplir o de infringir aquellas de tus leyes que le conciernen específicamente, es decir, le has dado la libertad de elegir entre el bien y el mal, para que tenga el mérito y la responsabilidad de sus acciones.

Nadie puede alegar que ignora tus leyes, pues con tu providencia paternal has querido que estuviesen grabadas en la conciencia de cada uno, sin distinción de cultos ni de naciones. Los que las violan te menosprecian.

Llegará un día en que, según tu promesa, todos las practicarán. Entonces la incredulidad habrá desaparecido. Todos te reconocerán como el Soberano Señor de todas las cosas, y el reinado de tus leyes será el de tu reino en la Tierra.

Dígnate, Señor, apresurar su advenimiento, brindando a los hombres la luz necesaria para conducirlos al camino de la verdad.

III. *¡Hágase tu voluntad, así en la Tierra como en el Cielo!*

Si la sumisión es un deber del hijo para con su padre, así como del subalterno para con su superior, ¡cuánto más grande debe ser la de la criatura para con su Creador! Hacer tu voluntad, Señor, consiste en respetar tus leyes y en someterse sin quejas a tus designios divinos. El hombre obrará de ese modo cuando comprenda que eres la fuente de toda la sabiduría, y que sin ti, él nada puede. Entonces respetará tu voluntad en la Tierra, así como los elegidos la respetan en el Cielo.

IV. *El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy.*

Danos el alimento para sustentar las fuerzas del cuerpo. Danos también el alimento espiritual para desarrollar nuestro Espíritu.

El animal encuentra su comida, pero el hombre debe su sustento a su propia actividad y a los recursos de su inteligencia, porque lo creaste libre.

Tú le has dicho: "Extraerás tu alimento de la tierra con el sudor de tu frente". Así, transformaste el trabajo en una obligación, a fin de que los hombres ejercitaran su inteligencia en la búsqueda de los medios para proveer a sus necesidades y a su bienestar, los unos mediante el trabajo material, los otros

mediante el trabajo intelectual. Sin el trabajo el hombre permanecería estacionario y no podría aspirar a la felicidad de los Espíritus superiores.

Ayudas al hombre de buena voluntad que confía en ti para obtener lo necesario, pero no al que se complace en la ociosidad y que quisiera obtener todo sin esfuerzo, como tampoco al que busca lo superfluo.[19]

¡Cuántos hay que sucumben por su propia falta, por su desidia, por su imprevisión o su ambición, y por no haber querido contentarse con lo que les habías dado! Esos son los artífices de su propio infortunio, y no tienen derecho a quejarse, porque son castigados por donde han pecado. No obstante, ni siquiera a esos abandonas, pues eres infinitamente misericordioso. Les tiendes las manos para socorrerlos, a partir del momento en que, como el hijo pródigo, retornan sinceramente a ti.[20]

Antes de quejarnos de nuestra suerte, preguntémonos si no es producto de nuestras propias acciones. Ante cada desgracia que nos afecte, preguntémonos si no ha dependido de nosotros evitarla. Con todo, tengamos presente también que Dios nos ha dado la inteligencia para que salgamos del lodazal, y que de nosotros depende el modo en que la empleemos.

Dado que el hombre está sometido a la ley del trabajo en la Tierra, concédenos el valor y la fuerza para cumplirla. Concédenos además la prudencia, la previsión y la moderación, a fin de que no perdamos sus frutos.

Danos, pues, Señor, el pan nuestro de cada día, es decir, los medios para que adquiramos, mediante el trabajo, las co-

19. Véase *El Evangelio según el espiritismo*, capítulo XXV. (N. del T.)
20. Véase *El Evangelio según el espiritismo*, capítulo V, § 4. (N. del T.)

sas que necesitamos para la vida, puesto que nadie tiene derecho a reclamar lo superfluo.

En caso de que nos veamos impedidos de trabajar, nos confiaremos a tu divina providencia.

Si está entre tus designios ponernos a prueba con las más arduas privaciones, a pesar de nuestros esfuerzos, las aceptamos como la justa expiación de las faltas que hayamos podido cometer en esta vida, o en una vida precedente, porque eres justo. Sabemos que no hay penas inmerecidas, y que nunca castigas sin un motivo.

Presérvanos, Dios mío, de envidiar a los que poseen lo que nosotros no tenemos, o incluso a los que disponen de lo superfluo, cuando a nosotros nos falta hasta lo necesario. Perdónalos, si acaso olvidaron la ley de caridad y de amor al prójimo que les has inculcado.[21]

Aparta también de nuestro espíritu la idea de negar tu justicia, si notamos que el malvado prospera, y que en ciertas ocasiones la desgracia se precipita sobre el hombre de bien. Gracias a las nuevas enseñanzas que tuviste a bien concedernos, sabemos ahora que tu justicia se cumple inexorablemente, sin excluir a nadie; que la prosperidad material del malvado es efímera, como lo es también su existencia corporal, y que padecerá terribles contratiempos, mientras que la alegría reservada al que sufre con resignación será eterna.[22]

21. Véase *El Evangelio según el espiritismo*, capítulo XVI, § 8. (N. del T.)
22. Véase *El Evangelio según el espiritismo*, capítulo V, §§ 7, 9, 12 y 18. (N. del T.)

V. *Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Perdona nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a los que nos han ofendido.*

Cada una de nuestras infracciones a tus leyes, Señor, representa una ofensa que te hacemos y una deuda contraída que, tarde o temprano, tendremos que saldar. Te solicitamos que nos las perdones, por tu infinita misericordia, y te prometemos esforzarnos para no contraer nuevas deudas.

Tú nos has impuesto como ley expresa la caridad. Pero la caridad no sólo consiste en asistir a nuestros semejantes en sus necesidades; consiste también en el olvido y en el perdón de las ofensas. ¿Con qué derecho reclamaríamos tu indulgencia, si nosotros mismos no la aplicáramos en relación con aquellos de quienes nos quejamos?

Danos fuerza, Dios mío, para reprimir en nuestra alma el resentimiento, el odio y el rencor. Haz que la muerte no nos sorprenda con deseos de venganza en el corazón. Si te satisface sacarnos hoy mismo de este mundo, haz que podamos presentarnos ante ti limpios de toda animosidad, a ejemplo de Cristo, cuyas palabras postreras fueron de clemencia para sus verdugos.[23]

Las persecuciones que nos hacen padecer los malos forman parte de nuestras pruebas terrenales. Debemos aceptarlas sin quejarnos, al igual que todas las otras pruebas, y no maldecir a los que con sus maldades nos despejan el camino hacia la felicidad eterna, puesto que nos dijiste por boca de Jesús: "¡Bienaventurados los que sufren por la justicia!" Bendigamos, entonces, la mano que nos hiere y nos humilla, por-

23. Véase *El Evangelio según el espiritismo*, capítulo X. (N. del T.).

que las heridas del cuerpo fortifican nuestra alma, y seremos exaltados a consecuencia de nuestra humildad.[24]

Bendito sea tu nombre, Señor, porque nos has enseñado que nuestra suerte no está inexorablemente determinada después de la muerte; que encontraremos en otras existencias los medios de rescatar y reparar nuestras faltas del pasado, así como de cumplir en una nueva vida lo que no podemos realizar en esta, a los fines de nuestro adelanto.[25]

Con esto se explican, por último, todas las aparentes anomalías de la vida. La luz se proyecta sobre nuestro pasado y nuestro porvenir, señal evidente de tu soberana justicia y de tu infinita bondad.

VI. *No nos dejes caer en la tentación, más líbranos del mal.*

Danos, Señor, la fuerza para resistir las sugestiones de los Espíritus malos, que intentan desviarnos del camino del bien inspirándonos malos pensamientos.

No obstante, nosotros mismos somos Espíritus imperfectos, encarnados en la Tierra para expiar nuestras faltas y mejorar. La causa primera del mal reside en nosotros mismos, y los Espíritus malos no hacen más que aprovecharse de nuestras inclinaciones viciosas, en las que nos mantienen para tentarnos.

Cada imperfección es una puerta abierta a la influencia de esos Espíritus, que por otra parte, son impotentes ante los seres perfectos, y renuncian a toda tentativa contra ellos. Cuanto nos propongamos hacer para apartarlos resultará inútil, si no les oponemos una voluntad inquebrantable en el sentido

24. Véase *El Evangelio según el espiritismo*, capítulo XII, § 4. (N. del T.)
25. Véase *El Evangelio según el espiritismo*, capítulo IV, y el Capítulo V, § 5. (N. del T.)

del bien, y si además no renunciamos por completo al mal. Por consiguiente, es necesario que dirijamos nuestros esfuerzos contra nosotros mismos. Sólo en ese caso los Espíritus malos se apartarán espontáneamente, porque el mal los atrae, mientras que el bien les produce rechazo.

Señor, danos amparo en relación con nuestra debilidad. Inspíranos, a través de la voz de nuestros ángeles de la guarda y de los Espíritus buenos, la voluntad de corregirnos de nuestras imperfecciones, para que cerremos a los Espíritus impuros el acceso a nuestra alma.

El mal no es obra tuya, Señor, porque la fuente de todo bien no puede generar nada malo. Nosotros mismos somos los que creamos el mal, cuando infringimos tus leyes, y por el mal uso que hacemos de la libertad que nos concediste. Cuando los hombres respeten tus leyes, el mal desaparecerá de la Tierra, del mismo modo que ha desaparecido de los mundos más adelantados.

El mal no es una necesidad fatal para nadie, y sólo les parece irresistible a los que se complacen en él. Si tenemos la voluntad de hacer el mal, podemos también tener la de practicar el bien. Por eso, Dios mío, solicitamos tu asistencia y la de los Espíritus buenos, para resistir a la tentación.

VII. *Así sea*.

¡Sea tu voluntad, Señor, que nuestros deseos se cumplan! No obstante, nos inclinamos ante tu sabiduría infinita. Que en todo aquello que no nos es dado comprender, se haga tu santa voluntad y no la nuestra, porque sólo quieres nuestro bien, y sabes mejor que nosotros lo que nos conviene.

Te dirigimos esta plegaria, ¡oh Dios!, por nosotros mismos, y también por todas las almas que sufren, encarnadas o desencarnadas, por nuestros amigos y nuestros enemigos, por todos los que demandan nuestra asistencia.

Para todos suplicamos tu misericordia y tu bendición.

Nota. Aquí se pueden formular los agradecimientos que se quieran dirigir a Dios, así como lo que se desee pedir para sí mismo o para el prójimo.

PREGUNTAS Y PROBLEMAS

Destrucción de los aborígenes de México

Nos escriben desde Burdeos:

"Al leer, en *El civilizador* de Lamartine, las cartas de Cristóbal Colón acerca de la situación de México en la época del descubrimiento, el siguiente pasaje me llamó particularmente la atención:

" 'La naturaleza –dice Colón– es allí tan pródiga, que la propiedad no ha creado el sentimiento de la avaricia o el de la codicia. Esos hombres parecen vivir en una edad de oro, felices y tranquilos en medio de jardines abiertos y sin límites, que no están rodeados de fosos ni divididos con empalizadas, ni defendidos por muros. Obran lealmente unos para con otros, sin leyes, sin libros, sin jueces. Ven como un hombre malo al que se complace en hacer el mal a otro. Ese horror de los buenos hacia los malos parece ser toda su legislación.

" 'Su religión es apenas el sentimiento de inferioridad, de reconocimiento y de amor hacia el Ser invisible que les ha prodigado la vida y la felicidad.

" 'No existe en todo el universo una mejor nación ni un mejor país; aman a sus vecinos como a sí mismos; tienen siempre un lenguaje dulce y gracioso, y la sonrisa de la ternura en los labios. Están desnudos, es cierto, pero vestidos con el candor y la inocencia'.

"Según esta descripción, esos pueblos serían infinitamente superiores, no solo a sus invasores, pues también lo serían actualmente comparados con los de los países más civilizados. Los españoles no han tomado nada de sus virtudes, y les han comunicado sus vicios; a cambio de su acogida, no les dieron otra cosa más que la esclavitud y la muerte. Esos infelices han sido exterminados en gran medida, y los pocos que quedan se pervirtieron en contacto con los conquistadores.

"Ante esos resultados, uno se pregunta:

"¿Dónde está el progreso, y cuál es el bien moral que la humanidad ha extraído de tanta sangre derramada? ¿No era mejor que la vieja Europa ignorara al Nuevo Mundo, tan feliz antes del descubrimiento?

"Ante esta pregunta, mi guía espiritual responde:

" 'Te responderíamos con placer, si tu espíritu se hallara en condiciones de tratar en este momento un tema serio, que necesita algunos desarrollos espirítico-filosóficos. Escríbele a Kardec. Este orden de ideas ya ha sido debatido, pero lo retomarán con una lucidez mayor que la tuya, porque tú siempre tienes el espíritu tenso y el oído atento; es la consecuencia de tu situación actual, y debes aceptarla'."

De aquí se desprende una primera instrucción: no basta con ser médium, incluso formado y desarrollado, para obtener a voluntad comunicaciones acerca del primer tema que a uno se le ocurra. Este médium lo intentó, pero en ese momento su propio Espíritu, intensa y penosamente preocupado con otras cuestiones, no disponía de la calma necesaria. Así, mil circunstancias pueden oponerse al ejercicio de la facultad mediúmnica. Esa facultad no deja de existir, pero no es nada sin el concurso de los Espíritus, quienes lo otorgan o lo niegan según su criterio, y muy a menudo en interés del propio médium.

Respecto de la pregunta principal, esta es la respuesta que se obtuvo en la Sociedad de París:

(8 de julio de 1864. Médium: señor d'Ambel.)

"Con la apariencia de cierta bondad natural y con costumbres más mansas que virtuosas, los Incas vivían perezosamente, sin progresar ni elevarse. Esas razas primitivas carecían de luchas, y si bien las batallas sangrientas no los diezmaban; si bien una ambición individual no ejercía en ellos una presión soberana para que esas tribus se lanzaran a la conquista, no dejaban de verse afectadas por el virus peligroso que conducía a la extinción de su raza. Hacía falta renovar las fuentes vitales de esos Incas bastardeados, entre los cuales los aztecas representaban la decadencia fatal que debía herir a esos pueblos. A esas causas por completo fisiológicas, si les agregamos las causas morales, notaremos que el nivel de las ciencias y de las artes también se había mantenido en una infancia prolongada. Por lo tanto, para esos países mansos resultaba provechoso que se los pusiera al nivel de las razas occidentales. En la actualidad, se la considera una raza desaparecida porque se ha fusionado

con la familia de los conquistadores españoles. De esta raza cruzada surgió una nación joven y perdurable que, por un impulso vigoroso, no tardará en alcanzar a los pueblos del viejo continente. En Burdeos preguntan qué resultó de tanta sangre derramada. En primer lugar, la sangre derramada no fue tan abundante como se podría suponer. Ante las armas de fuego y algunos soldados de Pizarro, toda la región invadida se sometió como ante semidioses salidos de las aguas. Es casi un episodio de la mitología antigua, y esa raza indígena es, en más de un aspecto, semejante a las que defendían el Vellocino de oro".

Agregaremos algunas reflexiones a esta prudente explicación. Desde el punto de vista antropológico, la extinción de las razas es un hecho comprobado. Desde el punto de vista de la filosofía, sigue siendo un problema. Desde el punto de vista de la religión, el hecho es inconciliable con la justicia de Dios, en caso de que se admita para el hombre una sola existencia corporal en la que este determina su porvenir para toda la eternidad. En efecto, dado que las razas que se extinguen siempre son razas inferiores a las que las suceden, ¿pueden alcanzar en la vida futura una posición idéntica a la de las razas más perfeccionadas? El simple buen sentido rechaza esta idea, pues de lo contrario el trabajo que realizamos para mejorarnos sería inútil, y valdría lo mismo mantenernos salvajes. La no preexistencia del alma implica necesariamente, para cada raza, la creación de nuevas almas más perfectas al momento de salir de las manos de Dios, hipótesis inconciliable con el principio de justicia. Si se admite, por el contrario, un mismo punto de partida para todas y una sucesión de existencias progresivas, todo se explica.

Por lo general, en la extinción de las razas solo se toma en cuenta el ser material, que es el único que se destruye, mien-

tras que se olvida al ser espiritual, que es indestructible y no hace más que cambiar de vestimenta, porque la anterior ya no se correspondía con su desarrollo moral e intelectual. Supongamos que la raza negra se extinguiera: solo desaparecería la vestimenta negra; pero el Espíritu, que vive para siempre, se revestiría en primer lugar con un cuerpo intermediario entre el negro y el blanco, y más tarde con un cuerpo blanco. De tal modo, el ser ubicado en el último grado de la humanidad alcanzará, en un tiempo determinado, la suma de las perfecciones compatibles con el estado de nuestro globo.

Así pues, no debemos perder de vista que la extinción de las razas solo afecta al cuerpo y no afecta para nada al Espíritu; este, lejos de sufrir por eso, obtiene un instrumento más perfeccionado, provisto de cuerdas cerebrales que se corresponden con una cantidad mayor de facultades. El Espíritu de un salvaje, encarnado en el cuerpo de un sabio europeo, no sería más sabio por eso, y no sabría qué hacer con su instrumento, cuyas cuerdas inactivas se atrofiarían. El Espíritu de un sabio, encarnado en el cuerpo de un salvaje, sería como un gran pianista ante un piano al que le faltaran cuerdas. Esta tesis ha sido desarrollada en un artículo de la *Revista* del mes de abril de 1862, *acerca de la perfectibilidad de la raza negra*.[26]

26. Reiteramos aquí la nota que incluimos en ese artículo ("Frenología espiritualista y espírita"). Allan Kardec elabora sus conclusiones a partir del material científico disponible en su época, actualmente descartado, y que establecía una conexión genética entre raza e inteligencia (véase: *racismo científico*). Aparte de la obra del Dr. Gall –el fundador de la frenología–, es probable que haya consultado los trabajos del Dr. Castle (*Frenología espiritualista*) y del Dr. Fossati (*Manual práctico de frenología*), citados en el *Catálogo razonado de las obras que pueden utilizarse para formar una biblioteca espírita* (Buenos Aires: CEA, 2022). (N. del T.)

No cabe duda de que la raza blanca caucásica ocupa el primer rango en la Tierra. Sin embargo, ¿alcanzó el apogeo de la perfección? ¿Están representadas en ella todas las facultades del alma? ¿Quién se atrevería a afirmarlo? Supongamos, pues, que los Espíritus de esa raza, progresando continuamente, llegaran a quedar limitados al encarnar en ella: la raza desaparecería para dar lugar a otra, cuya organización estaría más ricamente provista. Así lo dispone la ley del progreso. ¿Acaso no vemos ya, en la propia raza blanca, matices bien definidos en cuanto al desarrollo moral e intelectual? Podemos estar seguros de que los más adelantados absorberán a los otros.

La desaparición de las razas se opera de dos maneras: en algunas, mediante la extinción natural, como consecuencia de condiciones climáticas y de degeneración, cuando quedan aisladas; en otras, mediante las conquistas y la dispersión, que favorecen los cruzamientos. Se sabe que de la raza negra y la raza blanca surgió una raza intermedia muy superior a la primera, y que es como un escalón para los Espíritus que encarnan en ella. Luego, la mezcla de razas favorece una alianza de Espíritus en la que los más avanzados ayudan al progreso de los otros. En este sentido, ¿quién puede prever las consecuencias de la última guerra en la China, las transformaciones que habrán de producirse en ese país, que se mantuvo estacionario durante tanto tiempo, así como los nuevos elementos fisiológicos y psicológicos introducidos en él? En algunos siglos, tal vez no sea más reconocible que el actual México comparado con el de los tiempos de Colón.

En cuanto a los indígenas de México, diremos –como Erasto[27]– que ellos tenían costumbres más mansas que vir-

27. Repárese en el hecho de que la comunicación recibida por el señor

tuosas, y agregaremos que sin duda esa supuesta edad de oro ha sido un tanto poetizada. La historia de la conquista nos enseña que guerreaban entre ellos, lo que no evidencia un gran respeto por los derechos de sus vecinos. Su edad de oro era la de la infancia. En la actualidad, experimentan la fogosidad de la juventud. Más adelante, alcanzarán la edad viril. Si bien todavía no cuentan con la virtud de los sabios, han adquirido la inteligencia que los conducirá a ella cuando la experiencia los madure. Pero hacen falta siglos para la educación de los pueblos, que solo ocurre mediante la transformación de los elementos que los constituyen. En el caso de Francia, ¿sería lo que es hoy, sin la conquista de los romanos? Los bárbaros, ¿se habrían civilizado si no hubieran invadido la Galia? La sabiduría gala y la civilización romana, unidas al vigor de los pueblos del Norte, conformaron el pueblo francés actual.

Sin duda es lamentable pensar que el progreso a veces requiere de la destrucción, pero hace falta destruir las viejas chozas para reemplazarlas por casas nuevas, más bellas y cómodas. Además, hace falta tomar en cuenta el estado atrasado del globo, cuya humanidad todavía se encuentra en la etapa del progreso material e intelectual. Cuando haya ingresado en el período del progreso moral y espiritual, las necesidades morales prevalecerán sobre las necesidades materiales. Los hombres se gobernarán conforme a la justicia, y ya no tendrán que reivindicar su lugar por la fuerza. Entonces, la guerra y la destrucción ya no tendrán razón de ser. Hasta entonces, la lucha será una consecuencia de su inferioridad moral.

---

d'Ambel, transcripta más arriba, no lleva firma, tal vez por un error de imprenta. (N. del T.)

El hombre, al vivir más materialmente que espiritualmente, solo ve las cosas desde el punto de vista actual y material; por consiguiente, limitado. Hasta ahora, ignoró que el papel fundamental es para el Espíritu. Ha visto los efectos, pero no conoció las causas, razón por la cual se ha extraviado durante tanto tiempo en las ciencias, en sus instituciones y en sus religiones. El espiritismo, al mostrarle la participación del elemento espiritual en todas las cosas del mundo, amplía su horizonte y modifica el curso de sus ideas; inaugura la era del progreso moral.

Correspondencia

Respuesta del redactor de LA VÉRITÉ a la reclamación del abad Barricand

Estimado señor Allan Kardec:

¿Seríais tan amable de incluir las siguientes líneas en el próximo número de vuestra *Revista*?

Me he sorprendido mucho al encontrar, en vuestro último número (julio de 1864), una carta firmada por Barricand, en la cual ese teólogo me cuestiona por el artículo que publiqué acerca de uno de sus cursos antiespíritas (*La Vérité* del 10 de abril de 1864).

Por cierto, las muy prudentes observaciones que hicisteis a continuación de esa incalificable y demasiado tardía protestación, me habrían eximido de responderle, si no fuera por mi temor a que algunas personas confundieran mi silencio con una derrota o un error. Declaro bien alto que mi conciencia

no podría asociarse al grave reproche que él me hace, en el sentido de haber parodiado, *falsificado* el referido curso. Afirmo ante Dios que, si bien no siempre reproduje las mismas frases, las mismas palabras pronunciadas por mi contradictor, estoy *convencido* de que transmití su verdadero sentido.

A continuación, que la superior inteligencia del señor abad Barricand juzgue que la mía es demasiado ínfima o enrevesada para captar el verdadero contenido de su discurso a través de los sinuosos pero floridos senderos por los que se paseó; que el señor abad Barricand extraiga de esta premisa la inducción de que en una circunstancia semejante ya no se me permite afirmar ni desmentir; ¡doy fe de que todo esto es posible! En tal caso, y para ser fiel a mis principios de tolerancia, casi consentiría en regañarme por haber defendido a *La Vérité* y al resto de los periódicos espíritas de esas acusaciones ilusorias, salidas de mi cerebro delirante; en golpearme el pecho por haber comprendido que el señor abad Barricand, en vez de tocar las campanas fúnebres sobre nuestras cabezas, al parecer se contentaba con tomarnos el pulso.

Confío en que, de este modo, se apaciguará la ira del señor decano de la Facultad de Teología, y que su persona y sus enseñanzas serán rehabilitadas ante todo el mundo.

Recibid…

E. Edoux
Director de La Vérité

CONVERSACIONES DE ULTRATUMBA

Julienne-Marie, la mendiga[28]

En la comuna de la Villate, cerca de Nozai (Loire Inferior), había una pobre mujer llamada Julienne-Marie, anciana y enferma, que vivía de la caridad pública. Un día se cayó en una laguna, de donde fue extraída por el Sr. Aubert, un vecino de la región, quien habitualmente le prestaba socorro. Trasladada a su domicilio, murió poco después a consecuencia del accidente. Según la opinión general, ella intentó suicidarse. El mismo día de su fallecimiento, el señor Aubert, espírita y médium, percibió algo como si fuera el leve contacto de alguna persona que estuviese próxima, pero no trató de explicarse la causa de ese fenómeno. Cuando supo de la muerte de Julienne-Marie, pensó que tal vez su Espíritu había ido a visitarlo.

Siguió el consejo de uno de sus amigos, el señor Cheminant, miembro de la Sociedad Espírita de París, al cual le había descripto lo ocurrido, y evocó a esa mujer con el objeto de serle útil, no sin antes solicitar el consejo de sus guías protectores, de los cuales recibió la siguiente respuesta:

"En efecto, puedes evocarla, y esto le dará satisfacción, aunque sea inútil el servicio que te propones prestarle. Ella es feliz y está consagrada por completo a quienes fueron compasivos con ella. Tú eres uno de sus buenos amigos. Está casi siempre a tu lado y, aunque no lo percibas, muchas veces conversa contigo. Tarde o temprano, los servicios prestados tienen su recompensa, y cuando esta no llega a través del propio beneficiado, lo hace mediante aquellos que se interesan por él,

28. Véase *El Cielo y el Infierno o la justicia divina según el espiritismo*, 2ª parte, Capítulo VIII. (N. del T.)

sea antes o después de su muerte. Cuando el Espíritu no ha tenido tiempo para reconocerse, otros Espíritus que le tienen simpatía dan testimonio, en nombre de él, de su gratitud. Esto explica lo que sentiste el día de su muerte. Ahora es ella la que te ayuda en el bien que te propones hacer. Acuérdate de lo que dijo Jesús: 'Aquel que se humille será elevado'. Entonces tendrás la dimensión del servicio que ella puede prestarte. Basta con que le pidas asistencia para ser útil a tu prójimo".

Evocación. Bondadosa Julienne-Marie: eres feliz. Eso es todo lo que deseaba saber, pero no impedirá que piense en ti con frecuencia, y que jamás te olvide en mis plegarias.

Respuesta. Ten confianza en Dios. Inspira a tus enfermos una fe sincera, y la mayoría de las veces obtendrás el triunfo. No te preocupes jamás de la recompensa que por ese motivo pudieras recibir, pues superará tus expectativas. Dios sabe siempre recompensar como lo merece a aquel que se dedica al alivio de sus semejantes y que imprime en sus acciones un absoluto desinterés. Si así no fuera, todo no sería más que un engaño, una quimera. En principio, es necesario tener fe, pues de lo contrario nada se logra. Acuérdate de esta máxima, y quedarás sorprendido de los resultados que obtendrás. Los dos enfermos a los que has curado son una prueba de ello. En las circunstancias en que se encontraban, con los medicamentos comunes habrías fracasado.

Cuando pidas a Dios la autorización para que los Espíritus buenos derramen sobre ti sus fluidos benéficos, si el pedido no te hace sentir un estremecimiento involuntario, se debe a que tu oración no ha sido suficientemente fervorosa para que fuera oída. Además, sólo lo será en las condiciones que te indico. Eso es lo que has experimentado cuando dijiste desde el fondo de tu corazón: "Dios todopoderoso, Dios mi-

sericordioso, Dios de bondad sin límites, recibe mi oración y permite que los Espíritus buenos me asistan en la curación de… Ten piedad de él, Dios mío, y devuélvele la salud. Sin Ti nada puedo. Hágase tu voluntad".

Has hecho bien en no despreciar a los humildes. La voz de aquel que sufrió y soportó con resignación las miserias de este mundo siempre es escuchada. Como podrás ver, cada servicio prestado recibe siempre su recompensa.

Ahora, una palabra con respecto a mí, pues eso te confirmará lo que se te ha dicho más arriba.

El espiritismo te explica mi lenguaje como Espíritu. No preciso entrar en detalles en ese sentido. También creo innecesario darte a conocer mi existencia precedente. La posición en que me has conocido en la Tierra te permite comprender y apreciar mis otras existencias, que no siempre han sido irreprochables. Consagrada a una vida de penurias, enferma e impedida de trabajar, mendigué toda la vida. No hice fortuna. En la vejez, mis escasas economías se limitaban a una centena de francos, que reservaba para cuando las piernas ya no pudieran responderme. Dios consideró suficientes mi prueba y mi expiación, y les puso término al liberarme de la vida terrestre, sin sufrimiento, pues no me he suicidado como se pensó en un primer momento. Caí casi muerta al borde de la laguna, precisamente cuando dirigía a Dios mi última plegaria. El declive del terreno fue la causa de que mi cuerpo estuviera dentro del agua.

No he sufrido. Estoy feliz porque he podido cumplir mi misión sin dificultades y con resignación. Me hice útil en la medida de mis fuerzas y posibilidades, y en todo momento evité causar perjuicio alguno a mi prójimo. Ahora recibo mi recompensa y doy gracias a Dios, nuestro divino Señor que, en el castigo que inflige, atenúa esa amargura al hacernos ol-

vidar, durante la vida, nuestras anteriores existencias, y coloca en nuestro camino almas caritativas para que nos ayuden a soportar el fardo de nuestras equivocaciones del pasado.

Persevera tú también, y serás recompensado del mismo modo que yo.

Te agradezco por las gratas plegarias y por el servicio que me has prestado. Nunca lo olvidaré. Algún día nos volveremos a ver, y entonces comprenderás muchas cosas, cosas que en este momento serían superfluas. Basta con que sepas que te estoy sumamente reconocida, y que siempre estaré cerca de ti cuando me necesites para aliviar a los que sufren.

La pobrecita Julienne-Marie

Evocado en la Sociedad de París, el 10 de junio de 1864 (médium: señora Patet), el Espíritu de Julienne-Marie dictó la siguiente comunicación:

"Os estoy agradecida porque me habéis admitido en vuestro medio, querido Presidente. Habéis percibido perfectamente que mis existencias anteriores fueron más elevadas desde el punto de vista social, y si regresé para sufrir la prueba de la pobreza, ha sido para aplicar un castigo a mi vano orgullo, que me hacía rechazar a todo aquel que fuese pobre y miserable. De ese modo sufrí la justa ley del talión, que me convirtió en la más espantosa mendiga de esta comarca. No obstante, como para probarme la bondad de Dios, no todos me rechazaron, pues allí residía mi mayor temor. Por eso soporté mi prueba sin una queja, presintiendo una vida mejor, luego de la cual no precisaría volver otra vez a esta tierra de exilio y calamidades. ¡Qué felicidad el día en que nuestra alma rejuvenecida pueda ingresar en la vida espiritual

para volver a ver a los seres amados! Porque también yo he amado, y me siento feliz de haber encontrado a quienes me precedieron. Gracias a ese buen Aubert, que me ha abierto la puerta del reconocimiento. Sin su mediumnidad no hubiera podido agradecerle ni demostrarle que mi alma no olvida las gratas influencias de su buen corazón, así como recomendarle que propague su divina creencia. Él está llamado a reunir a las almas extraviadas, y debe tener la absoluta certeza de mi apoyo. Así es, yo puedo retribuirle centuplicado lo que ha hecho por mí, instruyéndolo en el camino que recorréis. Agradeced al Señor por haber permitido que los Espíritus puedan daros instrucciones, a fin de que infundáis valor al desheredado en cuanto a sus penas, y frenéis al rico en su orgullo. Tratad de comprender lo humillante que es el rechazo para un desdichado. Que lo que yo viví os sirva de ejemplo, a fin de que os evitéis la obligación de expiar vuestras faltas, como yo lo hice, en esas dolorosas posiciones sociales que os colocan tan bajo, al punto de convertiros en la escoria de la sociedad."

Julienne-Marie

Observación. Este caso aporta muchas enseñanzas para todo aquel que medite las palabras vertidas por este Espíritu en estas dos comunicaciones. Los grandes principios del espiritismo están reunidos en ellas. Desde la primera, el Espíritu revela su superioridad a través del lenguaje. Como un hada bienhechora, viene a proteger a aquél que no la despreció cuando se cubría con los harapos de la miseria. Se trata de una aplicación de estas máximas del Evangelio: "Los grandes serán humillados y los pequeños enaltecidos; bienaventurados los humildes; bienaventurados los afligidos, porque serán conso-

lados; no despreciéis a los pequeños, pues quien es pequeño en este mundo tal vez sea mayor de lo que suponéis." ¡Los que niegan la reencarnación, por considerarla contraria a la justicia de Dios, expliquen la situación de esta mujer, condenada a la desdicha desde el nacimiento por sus enfermedades, de otro modo que no sea a causa de una vida anterior!

Trasmitida esta comunicación al Sr. Aubert, él obtuvo a su vez la siguiente, que confirma la anterior:

Pregunta. Bondadosa Julienne-Marie, ya que queréis ayudarme con vuestros buenos consejos, a fin de que progrese en la senda de nuestra divina doctrina, tened la bondad de comunicaros conmigo. Concentraré todos mis esfuerzos para extraer provecho de vuestras enseñanzas.

Respuesta. Acuérdate de la recomendación que voy a hacerte, y nunca te apartes de ella. Sé siempre caritativo, en la medida de tus posibilidades. Tienes suficiente comprensión acerca de la caridad tal como debe ser practicada en todas las posiciones de la vida terrenal. No es necesario, pues, que venga a darte una enseñanza al respecto. Tú mismo serás el mejor juez, si sigues la voz de tu conciencia, que nunca te engañará en caso de que la escuches sinceramente.

No te equivoques acerca de las misiones que debes cumplir en la Tierra. Tanto los pequeños como los grandes tienen la suya. La mía ha sido sumamente penosa, pero merecía semejante castigo a consecuencia de mis existencias precedentes, según lo confesé al bondadoso presidente de la Sociedad madre de París, en la que todos os congregaréis un día. Ese día no está tan lejano como supones. El espiritismo marcha a pasos agigantados, a pesar de todo lo que se ha hecho para obstaculizarlo. Marchad, pues, con valentía, fervientes adeptos de

la doctrina, pues vuestros esfuerzos han de ser coronados por el éxito. ¡Poco os importe lo que digan de vosotros! Ubicaos por encima de una crítica ridícula, que habrá de recaer sobre los adversarios del espiritismo.

¡Oh, los orgullosos! Se consideran fuertes y suponen que habrán de abatiros fácilmente. Vosotros, mis buenos amigos, conservad la calma y no temáis la confrontación con ellos, pues vencerlos es más sencillo de lo que imagináis. Muchos de ellos tienen miedo y temen que la verdad, finalmente, consiga deslumbrarlos. Aguardad; ellos mismos habrán de venir, a su vez, a fin de prestar su colaboración en el coronamiento del edificio.

Julienne-Marie

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS[29]

L'Avenir

Monitor del espiritismo

Durante mucho tiempo, para defender al espiritismo estuvimos solos en la brecha, pero ahora, en varias partes surgen campeones que entran resueltos en la lid, como para desmentir a los que afirman que el espiritismo desaparece. En primer lugar, *La Vérité* de Lyón; luego, en Burdeos: *La Ruche* [*La Colmena*], *Le Sauveur* [*El Salvador*], *La Lumiére* [*La Luz*]; en Bélgica: la *Revue spirite d'Anvers* [*Revista espírita de Amberes*];

29. Véanse más adelante los anuncios detallados acerca de las *Obras diversas sobre el espiritismo*. (N. de Allan Kardec.)

en Turín: los *Annales du Spiritisme en Italie* [*Anales del espiritismo en Italia*]. Nos alegra decir que todos sostienen con valentía nuestra bandera, demostrando a nuestros adversarios que encontrarán oposición. Si bien elogiamos con justicia la firmeza de estos periódicos, así como sus refutaciones plenas de lógica, también debemos elogiarlos porque no se apartan de la moderación, que es el carácter esencial del espiritismo, a la vez que la prueba de la auténtica fuerza; y porque no siguen a nuestros antagonistas en el terreno del personalismo y de la injuria, señal incontestable de debilidad, pues solo se llega a esos extremos cuando se carece de buenas razones. El que dispone de argumentos serios, los hace valer; no los sustituye ni se abstiene de debilitarlos con un lenguaje indigno de una buena causa.

En París, un nuevo periódico se presenta con el título sin pretensiones de *L'Avenir*, *Moniteur du Spiritisme* [*El porvenir, monitor del espiritismo*]. La mayoría de nuestros lectores ya lo conoce, tanto como a su redactor en jefe, el señor d'Ambel, y ha podido evaluar sus primeros pasos. La mejor propaganda consiste en demostrar lo que se puede hacer; después, el gran jurado de la opinión pública es el que pronuncia su veredicto. Ahora bien, no nos cabe duda de que este será favorable, en vista de la amistosa bienvenida que recibió tras su aparición.

Vaya para él, también, nuestro afecto personal, que brindamos por anticipado a todas las publicaciones que sirvan de manera válida a la causa del espiritismo; porque no podríamos apoyar concienzudamente ni alentar a las que, por la forma o por el fondo, de buen grado o por imprudencia, le resultaran más perjudiciales que útiles, extraviando a la opinión pública respecto del verdadero carácter de la doctrina, o prestándose como blanco de los ataques y las críticas fundadas de nues-

tros enemigos. En tales casos, la intención no puede valorarse como un hecho.

* * *

Cartas sobre el espiritismo

Escritas a los eclesiásticos
por la señora J. B., con el siguiente epígrafe,
que es la señal característica de nuestra época:

> "Todavía tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no podéis con ello. Cuando venga el Espíritu de la verdad, os enseñará toda la verdad; pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga, y os anunciará lo que ha de venir. - Y cuando él venga, convencerá al mundo en lo referente al pecado, en lo referente a la justicia y en lo referente al juicio". (*San Juan*, XVI: 8, 12, 13.)

Las reflexiones que presentamos más arriba, a propósito de *L'Avenir*, no solo se aplican a las publicaciones periódicas, sino a las de toda clase, libros o folletos, cuya cantidad se multiplica sin cesar, y cuyos autores también son paladines que toman parte en la lucha y aportan su piedra al edificio. Vaya nuestro saludo fraternal de bienvenida para todos esos defensores, hombres y mujeres que, sacudiéndose el yugo de los viejos prejuicios, enarbolan la bandera del espiritismo, sin segundas intenciones, sin otro interés más que el del bien general, y hacen que suene el grito liberador y emancipador de la humanidad: *¡Fuera de la caridad no hay salvación!* En cuanto

ese grito fue proferido por primera vez, todos comprendieron que contenía una revolución moral, presentida y deseada desde hacía mucho tiempo, y repercutió con agrado en los cinco continentes. Lo saludaron como la aurora de un porvenir dichoso, y en pocos meses se convirtió en la consigna de los espíritas sinceros. Ocurre que, después de una lucha tan prolongada y cruel contra el egoísmo, por fin lograba que se vislumbre el reino de la fraternidad.

El opúsculo que anunciamos aquí es obra de una dama, miembro de la Sociedad espírita de París, excelente médium, líder de un grupo particular admirablemente dirigido, y al que no se le podría reprochar nada salvo un exceso de modestia, si acaso pudiera haber exceso en el bien. Si apenas firmó su escrito con dos iniciales, es porque pensó que un nombre desconocido no sirve de recomendación, y porque no le interesa en absoluto presentarse como escritora. Sin embargo, no por eso le falta coraje para dar su opinión, que no le oculta a nadie.

La señora J. B. es sinceramente católica, pero católica muy esclarecida, que ya es decir. Su opúsculo está escrito desde ese punto de vista, y por eso mismo se dirige principalmente a los eclesiásticos. Es imposible refutar con más talento, elegancia en la forma, moderación y lógica, los argumentos que una fe exclusiva y ciega opone a las ideas nuevas. Recomendamos a nuestros lectores ese interesante trabajo; pueden divulgarlo sin temor entre las personas que desconfían de la ortodoxia, y presentarlo como respuesta a los ataques dirigidos contra el espiritismo desde el punto de vista religioso.

* * *

Los milagros de nuestros días, por Auguste Bez

Con este título, el señor Auguste Bez, de Burdeos, acaba de publicar el relato de las manifestaciones de Jean Hillaire, notable médium cuyas facultades recuerdan, aunque en otro sentido, las del señor Home, e incluso las superan en algunos aspectos[30].

El señor Home es un hombre de mundo, de maneras suaves y plenas de urbanidad, que solo se muestra ante la más encumbrada aristocracia. Jean Hillaire es un simple campesino de la Charente-Inférieure, casi analfabeto, y que vive de su trabajo. A lo que parece, sus viajes más importantes han sido desde Sonnac, su pueblo, hasta Saint-Jean-d'Angély y hasta Burdeos. Con todo, en la distribución de sus dones, Dios no toma en cuenta las posiciones sociales. Quiere que la luz se haga en todos los grados de la escala, por eso los concede al más pequeño tanto como al más grande.

Al señor Home no le escatimaron la crítica ni la odiosa calumnia. Sin consideración respecto de las grandes personalidades que lo honraron con su estima, que lo recibieron y aún lo reciben en su intimidad a título de invitado y de amigo, la burlona incredulidad, que no respeta a nadie, se regodeó en despreciarlo, en presentarlo como un vil charlatán, un hábil escamoteador, en una palabra, como un saltimbanqui de compañía. Incluso, no se detuvo ante la idea de que esos ataques afectaban la honorabilidad de las personas más respetables, por eso mismo acusadas de connivencia con un supuesto estafador. Al respecto, hemos dicho que basta con haber visto al señor Home para considerar que, de tratarse de

30. Véase la *Revista espírita* de 1865 (Año VIII, n.º 3): "El proceso Hillaire". (N. del T.)

un charlatán, sería el más torpe, porque carece de un carácter punzante y de elocuencia, todo lo cual no se corresponde con su timidez habitual. Además, ¿quién podría decir que alguna vez puso un precio a sus manifestaciones? El motivo que recientemente lo codujo a Roma –de la que fue expulsado–, es decir, perfeccionarse en el arte de la escultura y hacer de ella una fuente de ingresos, constituye el más formal desmentido de sus detractores. Pero ¡qué importa! Estos dijeron que es un charlatán, y no piensan retractarse.

Los que conocen a Hillaire también han podido convencerse de que, en caso de que fuera un charlatán, sería aún más torpe. No podríamos dejar de repetirlo: el móvil del charlatanismo siempre es el interés. Donde no hay nada que ganar, el charlatanismo no tiene sentido; y donde hubiera algo que perder, sería una estupidez. Ahora bien, ¿cuál es el provecho material que Hillaire obtuvo de sus facultades? Mucho cansancio, una gran pérdida de tiempo, problemas, persecuciones, calumnias. Lo que ganó, y que para él no tiene precio, es una fe viva –que no tenía– en Dios y en su bondad, en la inmortalidad del alma y en la protección de los Espíritus buenos. No es este, precisamente, el fruto que busca el charlatanismo. Pero Hillaire también sabe que esa protección solo se obtiene mejorándose, y eso es lo que se esfuerza en hacer, en tanto que no es lo que interesa a los charlatanes. También es lo que le permite soportar con paciencia las vicisitudes y las privaciones.

Así pues, en estos casos, el desinterés absoluto es una garantía de sinceridad. Antes de acusar a un hombre de charlatanismo, es necesario preguntarse cuál es el provecho que obtiene de esos engaños, porque los charlatanes no son tan tontos como para no ganar nada, y mucho menos para perder

en vez de ganar. De tal modo, los médiums disponen de una respuesta perentoria para dar a los detractores: ¿*Cuánto me han pagado* para hacer lo que hago? Una garantía no menos importante, y con miras a causar una viva impresión, radica en la reforma personal. Tan solo una convicción profunda puede lograr que un hombre se venza a sí mismo, se deshaga de lo malo que hay en él, y resista las inclinaciones perniciosas. En ese caso, ya no solo se admira la facultad, sino también se respeta a la persona, que de tal modo se impone al escarnio.

Las manifestaciones que obtiene Hillaire son sagradas para él; las considera como un favor de Dios. Los sentimientos que le inspiran se resumen en las siguientes palabras, extraídas del libro del señor Bez:

"El rumor de estos nuevos fenómenos llega a todas partes con la rapidez del rayo. Todos los que hasta ahora no habían presenciado manifestaciones espíritas, se mueren de ganas de verlas. Más que nunca, Hillaire fue asediado con pedidos e invitaciones de todo tipo. Varias personas le ofrecieron dinero, para que se decidiera a realizar sesiones en su casa; pero Hillaire siempre tuvo la profunda convicción de que recibió sus facultades tan solo con un fin caritativo, para infundir la fe en el alma de los incrédulos, con miras a que se alejen del materialismo que los carcome sin piedad y los sumerge en el egoísmo y el libertinaje. Desde que Dios le concedió la gracia de valerse de él para esclarecer a sus compatriotas; desde que manifestaciones de un orden tan elevado comenzaron a producirse por su intermedio, el sencillo médium de Sonnac considera que su mediumnidad es puro sacerdocio, y está persuadido de que, a partir del día en que acepte la más mínima retribución, sus facultades le serán retiradas o quedarán como juguete de los Espíritus malos o frívolos, que las utilizarán para hacer el mal

o engañar a todos los que mantengan la imprudencia de consultarlo. Sin embargo, la situación pecuniaria de este humilde instrumento es muy precaria. Sin fortuna, debe ganarse el pan con el sudor de su frente, y a menudo el gran cansancio que experimenta cuando se producen algunas manifestaciones importantes, le quita las fuerzas que necesita para usar el pico y la pala, esas dos herramientas que sus manos emplean sin cesar".

En los momentos de aflicción, destinados –como en el caso del pobre Job– a probar su fe y su resignación, Hillaire buscó amparo y asistencia en casa de amigos agradecidos que le debían su propio consuelo a través del espiritismo. ¿Se puede decir que esto equivale a ponerle un precio a las manifestaciones de los Espíritus? Por cierto que no. Se trata de un auxilio que Dios le envió, y que él podía e incluso debía aceptar sin escrúpulos. Su conciencia puede estar tranquila, pues no traficó con los dones que ha recibido gratuitamente; no vendió el consuelo a los afligidos ni la fe a los incrédulos. En cuanto a quienes lo han ayudado, cumplieron un deber de fraternidad por el que serán recompensados.

Las facultades de Hillaire son muy variadas: es médium vidente de primer nivel, auditivo, parlante, extático, y también escribiente. Ha obtenido escritura directa y aportes muy notables. Varias veces se lo ha visto elevarse y atravesar un espacio sin tocar el suelo, lo cual no es más sobrenatural que ver elevarse una mesa. Todas las manifestaciones y las comunicaciones que obtuvo demuestran la asistencia de Espíritus muy buenos, y siempre han ocurrido a la luz del día. A menudo y de manera espontánea, entra en estado de sueño sonambúlico, y casi siempre en ese estado se producen los fenómenos más extraordinarios.

La obra del señor Bez está escrita con sencillez y sin exaltación. El autor no solo refiere lo que ha visto, pues cita nu-

merosos testigos oculares, la mayoría de los cuales se hallaban personalmente interesados en las manifestaciones, y no habrían dejado de protestar contra las inexactitudes, sobre todo si les hubiera hecho desempeñar un papel ajeno a lo ocurrido. El autor, justamente estimado y considerado en Burdeos, no se habría expuesto a recibir esos desmentidos. Por su lenguaje, se reconoce a un hombre concienzudo, que tendría reparos en alterar deliberadamente la verdad. Por otra parte, no hay uno solo de esos fenómenos cuya posibilidad no sea demostrada con las explicaciones que se encuentran en *El libro de los médiums*.

Esta obra difiere de la del señor Home, en el sentido de que, en vez de ser una simple compilación de hechos –a veces demasiado repetidos, sin deducciones ni conclusiones–, contiene, acerca de casi todos los fenómenos que se relatan, apreciaciones morales y consideraciones filosóficas, que la convierten en un libro a la vez interesante e instructivo, en el que se reconoce al espírita, no solo convencido sino también esclarecido.

En cuanto a Hillaire, lo felicitamos por su dedicación y lo exhortamos a que nunca pierda de vista que, lo que constituye el mérito principal de un médium, no es la trascendencia de sus facultades, que se le pueden retirar de un momento a otro, sino el buen uso que haga de ellas. De ese uso depende la continuación de la asistencia de los Espíritus buenos, porque existe una gran diferencia entre un médium bien dotado y uno que está bien asistido. El primero, apenas excita la curiosidad. El segundo, llega al corazón, influye moralmente en los demás gracias a sus cualidades personales. Por nuestra parte, deseamos que, tanto en su propio interés como en el de la causa, los elogios de algunos amigos, a menudo más entusiastas que prudentes, no le quiten nada de su sencillez y su

modestia, ni lo induzcan a caer en la trampa del orgullo, que ya ha perdido a tantos médiums.

* * *

La pluralidad de los mundos habitados

Estudio en el que se exponen las condiciones de habitabilidad de las tierras celestes, discutidas desde el punto de vista de la astronomía, la fisiología y la filosofía natural, por Camille Flammarion, miembro del Observatorio de París. Un gran volumen in-12, con tablas astronómicas. Precio: 4 francos. – Edición de biblioteca, in-8, 7 francos. – Librería académica de Didier y Cia., 35, quai des Augustins.

La falta de espacio nos obliga a posponer para el próximo número la reseña de esta importante obra.

Para las condiciones de las obras anteriores, véase más adelante la lista de las *Obras diversas sobre el espiritismo*.

AVISO

Por excepción, y debido a circunstancias particulares, el receso de la Sociedad espírita de París comenzará este año el 1.º de agosto. La Sociedad retomará sus sesiones el primer viernes de octubre.

Allan Kardec

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año VII Número 9 Septiembre de 1864

Influencia de la música en los criminales, los locos y los idiotas

La *Revista musical* de *Le Siècle* [*El Siglo*], del 21 de junio de 1864, contiene el siguiente artículo:

"Con este título: *Un orfeón encarcelado*, el señor de Pontécoulant acaba de publicar una excelente noticia a favor de una buena causa. Parece que el director de un centro de detención concibió la ingeniosa idea de introducir la música en las celdas de los condenados. Comprendió que su deber no solo era castigar, sino también corregir.

"Para obrar con certeza sobre el carácter del prisionero, dolorido por el castigo, recurrió directamente a la música. Comenzó por crear una escuela de canto. Los detenidos a los que se había distinguido por su buena conducta se consideraban recompensados al formar parte de ese orfeón.

"De tal modo, la penitenciaría se hallaba transformada. Entre unos mil prisioneros, se convocó a cien para que asistieran a los primeros ensayos. El efecto sobre la moral de esos

desdichados fue inmenso. Una infracción a los reglamentos podía excluirlos de la escuela, de modo que se las arreglaron para respetar las obligaciones que hasta entonces habían despreciado.

"A fin de que se comprenda mejor la importancia que le dan a la institución de esos coros, recordaré que habitualmente se les impone hacer silencio. Ellos piensan, no hablan. Podrían olvidar incluso su idioma, del que momentáneamente ya no necesitan valerse. Se comprende que, en esas condiciones, las piezas musicales, habladas y cantadas, les caen como maná del cielo. Es una oportunidad para reunirse, escuchar voces, romper la soledad, conmoverse, existir.

"Reitero que los resultados son excelentes. Entre los setenta cantantes que componían el orfeón de este año, dieciséis fueron indultados. ¿No es un dato concluyente?

"Olvidaba decir que la experiencia se llevó a cabo en Melun. Es una iniciativa para recomendar, un ejemplo a seguir. ¿Quién sabe? Tal vez, el hielo de esos corazones endurecidos se derrita, y sientan amor por algo. Al enseñarles a cantar, se les enseña a dejar de maldecir. Su aislamiento se llena de gente, su cabeza se calma, y el trabajo forzado les parece menos duro. Una vez cumplida la pena, a menudo reducida por buena conducta, ya no saldrán pervertidos por el odio.

"Un día visité la casa de salud del doctor B…, en compañía de un *alienista*. En el camino, este me decía:

"—¡Las duchas! ¡Las duchas…! Solo conozco las duchas y la camisa de fuerza. Son la panacea… El resto de los paliativos resultan insuficientes cuando se está delante de un loco furioso.

”En ese momento, unos alaridos llamaron nuestra atención desde el fondo del jardín.

”—Fijaos –me dijo–. Ahí hay uno que va a sufrir uno de esos dos suplicios, o tal vez ambos. ¿Queréis que lo sigamos? Así veis el efecto.

”El pobre diablo se debatía desesperadamente dominado por sus guardianes. Tenía amenazas en los labios, fuego en los ojos. Hacer el intento de calmarlo parecía imposible sin esos grandes remedios.

”De repente, se escuchó una voz en la otra punta del jardín. Venía de un pabellón aislado, que parecía haber brotado solo, con su parra virgen y sus parásitos cayendo del tejado, en un ramo de espinos en flor. La voz cantaba la romanza del *Sauce*, de Desdémona.

”Me detuve para escuchar. No sé si la impresión que sentí se debe a la influencia de la atmósfera y del lugar, pero puedo afirmar que nunca me había sentido tan profundamente conmovido. Después supe que la cantora era una mujer de mundo, cuyas desventuras le habían hecho perder la razón.

”El loco furioso se detuvo de inmediato, y dejó de forcejear y blasfemar.

”—¡La voz! ¡La voz! –exclamaba–. ¡Haced silencio!

”Y escuchando atentamente, se sentía en éxtasis.

”Se había calmado.

”—¡Bueno! –le dije al *alienista*, que se veía desconcertado– ¿Qué me decíais de vuestro famoso tópico?

”Él habría preferido ser cortado en pedazos antes que retractarse de su brutal afirmación. Las personas sistemáticas son así. Los hechos no les afectan. Tratan lo que los contra-

ría como una excepción. No intentéis refutarlos; tienen una idea fija, y cuando les hayáis presentado todos vuestros argumentos, se reirán en vuestra cara. ¡Ninguna concesión! Se está convencido o no se lo está.

"En varios hospicios de alienados, particularmente en Bicêtre, se comprendió el beneficio que puede extraerse de la música, y se valen de ella con éxito. Las misas son cantadas por los locos; salvo raros incidentes, todo se realiza según el programa, sin que haga falta reprimir la menor discrepancia.

"Existe una enfermedad más horrible que la locura. Me refiero al cretinismo. Los locos tienen momentos de lucidez; incluso a veces les afecta tan solo una manía. Conversan razonablemente acerca de cualquier tema, salvo del que los hace divagar. Alguno de ellos puede suponer que es de vidrio, y os recomienda que lo toquéis con cuidado; otro se os acerca y os dice, señalando a otro paciente: "¿Veis a ese morenito? Afirma que es el hijo de Dios; pero en realidad ese soy yo: el Cristo". Un tercero os invita a una partida de caza en su espléndido parque, y escucha la jauría, los criados que lo acompañan, la fanfarria que le responde, los halcones que chillan. Se lo ve feliz en su sueño; casi siempre es un ambicioso que cayó más o menos lejos de su objetivo. Todos, curables e incurables, tienen un punto de referencia para su imaginación.

"Pero a los otros, a los idiotas y cretinos, ¿qué les queda? Están en cuclillas contra una pared, sobre una piedra, el rostro embrutecido, como horribles pedazos de carne, sin el menor destello de inteligencia, y ni siquiera con el instinto de los animales inferiores. ¿Acaso no están perdidos, de cuerpo y de alma? ¿No están rebajados en su dignidad humana, degradados, tullidos física y moralmente? Tienen oídos para no escuchar, ojos para no ver, sentidos apagados: son muertos vivos.

”En vano se intentaba resucitar algo en ellos, ya sea mediante la rudeza o la ternura. Era desesperante.

”Entonces, en presencia de ellos, se vocalizaron algunas notas hasta que pudieran repetirlas maquinalmente. Luego les hicieron escuchar temas sencillos y cortos, que también reprodujeron. Ahora cantan; para ellos es una fiesta. Con el canto los controlan; es su castigo o su recompensa; ellos obedecen; tienen conciencia de sus actos. Los ocupan en las mismas tareas, en vías de una semirehabilitación intelectual.

”Hay regiones en las que esta cruel enfermedad se reproduce incesantemente. ¿Será que la provocan el aire o el agua?

”Cierta mañana, tras una noche de caza laboriosa en la ladera meridional de los Pirineos, entré en la cabaña de un pastor, para refrescarme. Ahí encontré a un padre enclenque; a su mujer enferma; a tres hijos raquíticos, uno de los cuales estaba acurrucado sobre un montón de paja podrida. Cuando me acerqué para ver a ese pobre tullido, el padre me dijo:

”—¡Oh! Ese nunca vivió; nació así como está. El cretinismo ataca a uno de cada tres por aquí. Pagué mi deuda.

”—¿El niño os reconoce? –le pregunté–.

”—Ni a mí ni a sus hermanos. Se mantiene en la posición en que lo veis; solo se despierta de ese entumecimiento cuando se pone el sol y yo llamo a los rebaños dispersos; entonces se agita, parece contento, como si ocurriera algo bueno.

”—¿Y a qué atribuís ese movimiento?

”—No sé.

”—¿Cuál es la voz que usáis para llamar a los rebaños?

”—El estribillo de todos los pastores.

"—¡Vamos! Decid ese estribillo, como si estuvierais llamando a los animales.

"El hombre se dirigió a la puerta, se paró sobre un pisón, y con las manos en forma de corneta comenzó a cantar su llamado. Entonces ocurrió un hecho extraño: el niño enfermo se levantó de un salto, dando gritos inarticulados. Daba la impresión de que quería hablar. Yo expliqué que la música actuaba poderosamente sobre los nervios. El padre me comprendió, y me dijo con su dialecto acentuado:

"—Yo sé canciones; se las cantaré.

"Dos años más tarde, tuve ocasión de volver a ver a esa pobre gente, cuando les llevé una cabra herida.

"El niño se había vuelto dócil.

"Publiqué la historia antes de que se pensara en recurrir a la música como método curativo en casos semejantes. Consideraron que mi relato era una fábula.

"Ese tratamiento se aplicó después en los cretinos y también en los locos, lo cual no impidió que mi amigo *alienista* sostuviera que no hay nada mejor que la camisa de fuerza y las duchas. Él está convencido de eso".

No sabemos si el autor de este artículo, el señor Chadeuil, es antiespiritualista, pero no cabe duda de que es antiespírita en primera instancia, a juzgar por los sarcasmos que no se ahorró al mencionar la creencia en los Espíritus cuando tuvo oportunidad de hacerlo en su *Revista musical*. ¿Acaso vio, observó y estudió, antes de negar una doctrina que se basa en hechos y es aceptada por millones de personas? ¿Acaso indagó escrupulosamente en todas las fuentes? Sus artículos dan testimonio de la ignorancia que lo caracteriza cuando habla

del tema. Así pues, ¿en qué se apoya para afirmar que se trata de una creencia ridícula? En su opinión personal, que considera ridícula la idea de que los Espíritus se comunican con los hombres, tal como ocurrió con todas las ideas nuevas de alguna importancia y que los hombres consideraron ridículas, incluso las más capaces. De tal modo, también a él se le pueden aplicar estas notables y verídicas palabras de su artículo:

"Las personas sistemáticas son así. Los hechos no les afectan. Tratan lo que los contraría como una excepción. No intentéis refutarlos; tienen una idea fija, y cuando les hayáis presentado todos vuestros argumentos, se reirán en vuestra cara".

¿No vemos aquí la parábola de la viga y la paja en el ojo? Es cierto que no sabemos si esta reflexión pertenece a él o al señor Pontécoulant. Sea como fuere, la cita elogiosamente, de modo que la acepta. Pero hagamos a un lado la opinión del señor Chadeuil, que nos importa poco, y vayamos a su artículo, que comprueba un hecho importante: la influencia de la música en los criminales, los locos y los idiotas.

En todas las épocas se ha reconocido que la música ejerce una influencia saludable en la moderación de las costumbres. Su introducción entre los criminales significaría un progreso indudable, y no haría más que arrojar resultados satisfactorios. La música activa las fibras entumecidas de la sensibilidad, y las predispone para recibir las impresiones morales. Pero ¿es suficiente? No; se trata de un laboreo sobre tierra inculta que es necesario sembrar con ideas adecuadas para causar una profunda impresión en esas naturalezas extraviadas. Hay que hablarle al alma después de haber enternecido el corazón. Lo que les falta es la fe en Dios, en su alma y en el porvenir, pero no una fe difusa, incierta, permanentemente combatida por la duda, sino una fe basada en la certeza: lo único que puede tornarla

inquebrantable. No cabe duda de que la música predispone a esa fe, pero no la otorga; se trata de un auxiliar, pero tampoco se la debe descuidar. Esta y muchas otras tentativas, a las que la humanidad y la civilización no pueden más que aplaudir, dan muestras de una loable solicitud para con la moral de los condenados, si bien todavía falta atacar el mal desde la raíz. Algún día se reconocerá en toda su amplitud el auxilio que se puede encontrar en las ideas espírita, cuya influencia ya quedó demostrada por las numerosas transformaciones que dichas ideas operan en las naturalezas aparentemente más rebeldes. Solo los que han profundizado en esta doctrina, y meditado acerca de sus tendencias y sus consecuencias inevitables, pueden comprender la potencia del freno que opone a las incitaciones perniciosas. Esa potencia radica en el hecho de que se dirige a la causa misma de dichas incitaciones, que es la *imperfección del Espíritu*, mientras que la mayoría del tiempo solo se la busca en la *imperfección de la materia*. El espiritismo, como doctrina moral, ya no se encuentra actualmente en estado de simple teoría; ha ingresado en la práctica, al menos para una gran cantidad de los que admiten su principio. Ahora bien, según lo que ocurre, y en presencia de los resultados obtenidos, podemos afirmar sin temor que la disminución de los crímenes y los delitos será proporcional a la divulgación del espiritismo. Esto es lo que un futuro próximo se encargará de demostrar. En espera de que la experiencia ocurra en una escala mayor, a diario vemos que se produce individualmente. En la *Revista* se han presentado varios ejemplos: nos limitaremos a recordar las cartas de dos prisioneros, publicadas en los números de noviembre de 1863, pág. 350, y febrero de 1864, pág. 44.

Dejamos a nuestros lectores el cuidado de evaluar el hecho referido más arriba acerca de la locura. Se trata de la más

amarga crítica a los alienistas que apenas conocen las duchas y la camisa de fuerza. El espiritismo viene a iluminar con una luz nueva las enfermedades mentales, al demostrar la dualidad del ser humano, así como la posibilidad de obrar aisladamente sobre el ser espiritual y sobre el ser material. El número creciente de médicos que adoptan este nuevo orden de ideas provocará necesariamente grandes modificaciones en el tratamiento de esa clase de afecciones. Sin tomar en cuenta la idea espírita propiamente dicha, la comprobación de los efectos de la música en tales casos es un paso adelante en el camino espiritualista del que los alienistas suelen alejarse hasta ahora, con un gran perjuicio para los enfermos.

El efecto que la música produce en los idiotas y los cretinos es aún más característico. Los locos casi siempre han sido hombres inteligentes; pero no ocurre lo mismo con los idiotas y los cretinos, que parecen condenados por la naturaleza misma a una nulidad moral absoluta. El espiritismo experimental vuelve a poner luz en estos casos, al demostrar, mediante el aislamiento del Espíritu y del cuerpo, que por lo general se trata de Espíritus desarrollados, y no atrasados como podría suponerse, pero unidos a cuerpos imperfectos. Dado el mismo nivel de inteligencia, la diferencia entre el loco y el cretino radica en que el Espíritu del primero, al formarse el cuerpo, resulta provisto de órganos cerebrales constituidos normalmente, pero que se desorganizan más tarde; mientras que el segundo es un Espíritu encarnado en un cuerpo cuyos órganos, atrofiados desde el principio, nunca le han permitido manifestar libremente su pensamiento; se encuentra en la situación de un hombre fuerte y vigoroso al que se le impide la libertad de movimiento. Esa opresión constituye para el Espíritu un verdadero suplicio, porque no ha perdido la facultad

de pensar, de modo que siente, como Espíritu, la abyección en que lo coloca su enfermedad. Supongamos, pues, que en un momento determinado, con algún tratamiento, fuera posible desligar los órganos: el Espíritu recobraría la libertad, y el cretino más grave se convertiría en un hombre inteligente. Sería como un prisionero que sale de la cárcel, o como un buen músico que dispone de un instrumento completo, o incluso como un mudo que recupera el habla.

Por consiguiente, lo que le falta al idiota no son las facultades, sino las cuerdas cerebrales que responden a esas facultades para su manifestación. En el niño normalmente constituido, el ejercicio de las facultades del Espíritu impulsa al desarrollo de los órganos correspondientes, que no ofrecen ninguna resistencia. En el idiota, en cambio, la acción del Espíritu es impotente para provocar un desarrollo que quedó en estado rudimentario, como un fruto abortado. De tal modo, la cura radical del idiota es imposible; lo máximo que puede esperarse es una leve mejoría, para la cual no se conoce ningún tratamiento aplicable a los órganos; hay que dirigirse al Espíritu. Al estudiar las facultades, cuyo germen se descubre, es necesario provocar su ejercicio por parte del Espíritu, y entonces este supera la resistencia y puede manifestarse, si no de manera completa, al menos parcialmente. No cabe duda de que la música es un medio exterior de actuar sobre los órganos, pues logra sacudir esas fibras entumecidas, como un estruendo que llega al oído de un sordo. El Espíritu se conmueve con eso, como ante un recuerdo, y su actividad, provocada, redobla el esfuerzo para vencer los obstáculos.

Para los que ven en el hombre tan solo una máquina organizada, sin tomar en cuenta la inteligencia que preside el funcionamiento de ese organismo, todo es oscuridad y problemas

en las funciones vitales, todo es incertidumbre en el tratamiento de las afecciones. Por eso, muy a menudo no se llega a la raíz del mal. Más aún, todo es tinieblas en las transformaciones de la humanidad, todo es titubeo en las instituciones sociales. Por eso se toma con tanta frecuencia el camino equivocado. Admitid, tan solo a título de hipótesis, la dualidad del hombre, la presencia de un ser inteligente independiente de la materia, preexistente y sobreviviente al cuerpo, que solo es para él una envoltura temporaria, y entonces todo se explica. El espiritismo, a través de experiencias positivas, convierte esa hipótesis en una realidad, pues nos revela la ley que rige las relaciones entre el Espíritu y la materia.

Escépticos, burlaos de la doctrina de los Espíritus, que surgió del vulgar fenómenos de las mesas giratorias, como la telegrafía eléctrica de las ranas danzantes de Galvani; pero considerad que al negar a los Espíritus os negáis a vosotros mismos, y que muchos se han burlado de los más grandes descubrimientos.

El nuevo obispo de Barcelona

Nos escriben desde España, el 1.º de agosto de 1864:

"Querido maestro:

"Me tomo la libertad de remitiros el nuevo edicto que monseñor Pantaleón, obispo de Barcelona, acaba de publicar en el periódico *El diario de Barcelona*, del 31 de julio. Como podréis notarlo, se propuso seguir los pasos de su predecesor. Por mi parte, espírita sincero, le perdono las groseras palabras

que nos dirige, aunque no puedo dejar de pensar que habría podido emplear la ciencia que posee de una manera más provechosa para el bien de la fe y de sus semejantes. Para citar apenas un ejemplo, aquí tenemos a cada rato el espectáculo de esas abominables corridas de toros, en las que esos pobres animales, después de haber dedicado su existencia al servicio del hombre, acaban muriendo en esas lamentables arenas, para regocijo de una población ávida de sangre, y cuyos malos instintos se desarrollan con esos juegos bárbaros.

"Esto es lo que deberíais fulminar, Monseñor, y no al espiritismo, que a diario devuelve al redil las ovejas que habéis perdido; porque yo, que creo sinceramente en Dios, y que reconozco su grandeza en los más pequeños detalles de la naturaleza, antes de ser espírita, yo no podía acercarme a una iglesia, tanta era para mí la disparidad que había entre los que se dicen representantes de Dios en la Tierra, y la grandiosa figura del Cristo, a quien el Evangelio nos lo muestra repleto de amor y abnegación. Así es –yo pensaba–, Jesús se sacrificó por todos; hizo su entrada triunfal en Jerusalén, envuelto en un sayal, montado en un burro; y vosotros, que os llamáis sus representantes, os vestís de seda, con oro y diamantes. ¿En eso consiste el desprecio de las riquezas que el divino Mesías predicaba a sus apóstoles? No; sin embargo, Monseñor, os confieso que desde que soy espírita he podido entrar en vuestras iglesias y orar a Dios con fervor, a pesar de la música mundana que en ellas toca arias de ópera; he podido orar pensando que, entre todas esas personas reunidas, tal vez habría algunas para las cuales esa pompa teatral servía para elevar su alma a Dios. Entonces, logré perdonar vuestro lujo, y comprenderlo de algún modo. Ya veis, Monseñor, que no deberíais tronar contra los espíritas, y si apenas tomáis en cuenta –como no lo

dudo– el bien de vuestro rebaño, reconsiderad vuestra manera de ver el espiritismo, que solo nos pregona el amor a nuestros semejantes, el perdón de las injurias, la ternura, la caridad y el amor, incluso a nuestros enemigos.

"Querido maestro, perdonadme estas líneas, inspiradas por este nuevo edicto. El espiritismo ha llegado para reanimar mi fe, al explicarme todas las miserias de la vida, que hasta ahora mi inteligencia no había comprendido. Sinceramente persuadido de que trabajamos para nuestro adelanto y el de la humanidad, no dejaré de propagar esta doctrina en mi entorno, empleando para eso una convicción profunda y los medios que Dios me ha brindado.

"Tened a bien recibir, querido maestro, etc."

A continuación, presentamos la traducción del edicto del Obispo de Barcelona. Lo transcribimos *in extenso* para no debilitar su alcance. Monseñor es conocido con justa razón por ser un hombre meritorio. Por lo tanto, habrá reunido los argumentos más poderosos contra el espiritismo. Nuestros lectores juzgarán si obtuvo más éxito que sus colegas, y si el golpe de gracia nos será infligido desde el otro lado de los Pirineos. Por nuestra parte, nos limitaremos a realizar algunas observaciones.

"Yo, don Pantaleón Monserrat y Navarro, por la gracia de Dios y de la Santa Sede apostólica, obispo de Barcelona, caballero de la Gran Cruz de la Orden Americana de Isabel la Católica, del Consejo de Su Majestad, etc.

"A nuestros amados y fieles diocesanos:

"El hombre, puesto en la Tierra como en un lugar de tinieblas que le impiden ver las cosas ubicadas en un orden supe-

rior, no puede dar un paso para buscarlas si no está esclarecido por la llama de la fe. Si acaso se separa de esa guía, no hará más que tropezar, cayendo hoy en el extremo de la incredulidad que todo lo niega, y mañana en el de la superstición que todo lo cree. Nuestra época, que pretende conducirse mediante la razón y los sentidos, y que solo admite como verdad aquello que esos falaces testigos le muestran, se ve atravesada por una inmensa corriente de ideas que arrastran tras de sí la negación de lo sobrenatural y una excesiva credulidad. Una y otra son el producto del orgullo de la inteligencia humana que se resiste a prestar una atención razonable a la palabra revelada de Dios. La generación actual se ve obligada a presenciar ese triste espectáculo que nos ofrecen hoy los pueblos más avanzados en ciencia y en civilización. Los Estados Norteamericanos, esa nación considerada modelo, y algunas partes de Francia, incluida la colonia de Argel, se esfuerzan desde hace tiempo en el estudio ridículo y en la aplicación del espiritismo, que con ese nombre viene a resucitar las antiguas prácticas de la necromancia mediante la evocación de los Espíritus invisibles que descansan en el lugar de su destino, ubicado más allá de la tumba, y a los que se consulta para descubrir los secretos ocultos tras el velo tendido por Dios entre el tiempo y la eternidad."

Observación. Si fuera reprensible relacionarse con los Espíritus, haría falta que la Iglesia les impidiera comunicarse sin que nadie los llame. Porque es notorio que existe una infinidad de manifestaciones espontáneas, incluso en personas que nunca oyeron hablar del espiritismo. ¿De qué modo las señoritas Fox, en Estados Unidos, las primeras que en ese país revelaron la presencia de los Espíritus, habrían sido inducidas a realizar evocaciones, si no fuera porque los propios Espíritus se manifestaron, toda vez que ellas no tenían la menor idea de su existencia?

El espiritismo no salió del cerebro de un hombre, como un sistema filosófico creado por la imaginación. *Si los Espíritus no hubieran tomado la iniciativa de manifestarse, el espiritismo no habría existido*. Si no se puede impedir que los Espíritus se manifiesten, tampoco se puede detener al espiritismo, de igual modo que no se puede impedir que un río corra, salvo que se agote su fuente. Pretender que los Espíritus no se manifiesten es una cuestión de hecho y no de opinión; contra la evidencia no hay negación posible.

"Ese deseo exagerado de conocerlo todo a través de medios ridículos y condenados no es más que el fruto de esa necesidad, de ese vacío que el hombre experimenta cuando rechaza lo que se le propone como verdad por parte de su soberana legítima e infalible: la Iglesia."

Observación. Si las observaciones de la ciencia demuestran que lo que esa soberana infalible propone como verdad resulta ser un error, ¿será culpa del hombre si este la rechaza? ¿Era infalible la Iglesia, cuando condenaba a sufrir penas eternas a los que creían en el movimiento de la Tierra y en las antípodas? ¿Es infalible, también en la actualidad, cuando condena a los que creen que la Tierra no se formó en seis veces veinticuatro horas? Para creer en la Iglesia a ciegas, haría falta que esta no enseñara nada que pudiera ser desmentido por los hechos.

"En un momento de entusiasmo por querer conocerlo todo por sus propios medios, el hombre rechazó como superstición esa misma verdad, porque su entendimiento no la comprendía o no se correspondía con las nociones que había recibido al respecto. No obstante, más tarde, consideró necesario lo que había despreciado; quiso rehabilitarse por la fe;

lo examinó de nuevo, y cuando ese examen fue hecho por personas con una viva imaginación, o por otras con un temperamento nervioso e irritable, admitieron en su sistema de creencias todo lo que creyeron ver y escuchar de los Espíritus evocados en un momento de melancólica exaltación."

Observación. Nunca hubiéramos pensado que la fe, es decir, la aceptación o el rechazo de las verdades enseñadas por la Iglesia, después de un examen por parte del que desea sinceramente volver a ella, fuera una cuestión de temperamento. Si para darle preferencia sobre otras creencias, no hay que ser nervioso, ni irritable, ni tener una viva imaginación, entonces hay muchas personas que son fatalmente excluidas de la Iglesia debido a su complexión. Por nuestra parte, consideramos que en este siglo de desarrollo intelectual, la fe es una cuestión de *comprensión*.

"Así es como se llegó a crear una religión que, renovando los extravíos y las aberraciones del paganismo, amenaza con arrastrar a la locura, a la extravagancia y al *cinismo más inmundo*, a una sociedad ávida de maravillas."

Observación. Aquí vemos otro príncipe de la Iglesia proclamando, en un acto oficial, que el espiritismo es una religión que se crea. Debemos reiterar aquí lo que ya hemos dicho al respecto: si el espiritismo llegara a convertirse en una religión, la primera en sugerir esa idea habrá sido la Iglesia. En todo caso, esta religión nueva, en caso de que llegara a serlo, se apartaría del paganismo por el hecho fundamental de que no admite un Infierno localizado, con penas materiales, mientras que el Infierno de la Iglesia, con sus llamas, sus arpones, sus calderos, sus navajas afiladas, sus clavos puntiagudos, que desgarran a los condenados, más sus diablos atizando el fuego, constituye una copia amplificada del Tártaro.

"El gran propagador de esta secta de modernos iluminados, Allan Kardec, lo confiesa él mismo en su *Libro de los Espíritus*, cuando dice que: 'Algunos Espíritus se complacen en responder irónicamente y de una manera equivocada, lo cual desconcierta a los desdichados que los consultan'. Y a pesar de que advierte acerca de la necesidad de distinguir entre los Espíritus serios y los superficiales, no puede brindarnos las reglas necesarias para esa distinción, confesión que revela toda la vanidad y la falsedad del espiritismo, con sus deplorables consecuencias."

Observación. Remitimos al obispo de Barcelona a *El libro de los médium* (capítulo XXIV, página 327).

"Si bien este sistema, que establece un monstruoso comercio entre la luz y las tinieblas, entre la verdad y el error, entre el bien y el mal, en una palabra, entre Dios y Belial, no tiene prosélitos en España, sin duda cuenta con fervientes propagadores, y la metrópoli de nuestra diócesis es el teatro elegido para poner en acción todos los medios que el Espíritu del engaño y la perdición es capaz de sugerir. La prueba de ello está en la introducción fraudulenta que se opera, a pesar del celo desplegado por las autoridades locales, de miles de ejemplares de *El libro de los Espíritus*, escrito por el primer predicador de esos mentiroso, Allan Kardec, y traducido al español."

Observación. Resulta bastante difícil conciliar estas dos afirmaciones, a saber: que el espiritismo *no* tiene prosélitos en España, pero que sin duda cuenta con fervientes propagadores. Tampoco se entiende cómo es posible que en un país donde no hay espíritas, *El libro de los Espíritus* circule de a miles.

"Al leer esta producción original, hemos pensado que cada siglo cuenta con sus preocupaciones, sus errores favoritos, y los de nuestra época radican en la tendencia a negar lo que es invisible y a buscar la certeza tan solo en la materia sensible. Así pues, ¿no es increíble –si no fuera porque lo estamos viendo– que el siglo diecinueve, tan rico en el descubrimiento de leyes de la naturaleza, tan rico en observaciones y en experiencias, haya llegado a adoptar los sueños de la magia y de las apariciones de los Espíritus mediante la sola evocación de un simple mortal? Sin embargo, ¡así es! Y esta nueva herejía, importada –según parece– de los países idólatras por los pueblos del nuevo mundo, ha invadido el viejo, y ha encontrado adeptos y partidarios en este, a pesar de la llama del cristianismo que lo ilumina desde hace dieciocho siglos, y que condena semejantes ridiculeces; a pesar de la luz que ha esparcido por toda su superficie y particularmente en Europa."

Observación. Dado que el obispo de Barcelona se asombra de que el siglo diecinueve acepte tan fácilmente al espiritismo a pesar de las tendencias positivas y de la riqueza de sus descubrimientos respecto de las leyes de la naturaleza, le diremos que esa aceptación se debe precisamente a la aptitud para esos descubrimientos. Las relaciones entre el mundo visible y el mundo invisible son una de las grandes leyes naturales que el siglo diecinueve estaba llamado a revelar en el mundo, así como tantas otras leyes. El espiritismo, fruto de la experiencia y de la observación, fundado en hechos positivos que hasta ahora no se habían comprendido, y que eran mal estudiados y peor explicados, constituye la expresión de esa ley. Por esa misma razón, viene a destruir lo fantástico, lo maravilloso y lo sobrenatural, falsamente atribuido a esos hechos, para que integre la categoría de los fenómenos naturales. El espiritismo

explica lo que era inexplicable, demuestra con razones lo que enseña, no pretende que se crea en él a ciegas, promueve el análisis y desea que se lo acepte tan solo con conocimiento de causa; por ese motivo, responde a las ideas y las tendencias positivas del siglo. Su fácil aceptación, lejos de ser una anomalía, es una consecuencia de su naturaleza, que lo ubica entre las ciencias de observación. Si se hubiera rodeado de misterios y hubiera exigido una fe ciega, lo habrían rechazado como un anacronismo.

Joven aún, el espiritismo encuentra oposición, como todas las ideas nuevas de cierta importancia. Se oponen a él:

1.º Los que solo creen en la materia tangible, y niegan la existencia de una fuerza intelectual fuera del hombre.

2.º Algunos científicos, que creen que la naturaleza ya no tiene secretos para ellos, o que solo ellos pueden descubrir lo que aún se mantiene oculto.

3.º Los que, en todas las épocas, se han esforzado para detener la marcha ascendente del espíritu humano, porque temen que el desarrollo de las ideas, al lograr que se vea más claro, dañe su poder y sus intereses.

4.º Por último, los que, sin prejuicios y sin conocerlo, lo juzgan a partir de la distorsión a que lo someten sus adversarios con miras a desacreditarlo.

La gran mayoría de los opositores integra esta última categoría, pero disminuye a diario, porque a diario aumenta la cantidad de los que estudian. Las prevenciones caen ante un examen serio, y crece la adhesión a aquello respecto de lo cual reconocen que fueron engañados. A juzgar por el camino que ha recorrido el espiritismo en tan poco tiempo, es fácil prever que dentro de poco solo tendrá en su contra a los antagonis-

tas tendenciosos. Pero como estos forman una muy pequeña minoría, su influencia será nula. Ellos mismos sufrirán la influencia de las masas, y se verán forzados a seguir la corriente.

La manifestación de los Espíritus no constituye tan solo una creencia, es un hecho. Ahora bien, ante un hecho, la negación carece de valor, a menos que se demuestre que tal hecho no existe, y eso es lo que nadie ha podido hacer todavía. Como la realidad del hecho se comprueba a diario en todos los puntos del globo, se cree en lo que se ve. Esto explica la impotencia de los negadores para detener el movimiento de la idea. Una creencia solo es ridícula cuando es falsa, y deja de serlo a partir de que se apoya en algo positivo. El ridículo queda para el que se obstina en negar la evidencia.

"Esto debe convenceros, mis queridos hijos y hermanos, de la necesidad que el hombre tiene de creer, y de que cuando desprecia las verdaderas creencias, abraza con entusiasmo incluso las falsas. Por eso el profundo Pascal dice, en uno de sus pensamientos: 'Los incrédulos son los hombres más propensos a creer en todo'. El Espíritu de las tinieblas usa a los hombres como juguete e instrumento de sus malos propósitos, sirviéndose de su vanidad, de su credulidad y su presunción, para hacer de ellos mismos los propagadores y los apóstoles de aquello que despreciaban la víspera, de aquello que calificaban de invención quimérica y de espantajo para las almas débiles.

"No, hermanos míos, la verdadera fe, la doctrina del cristianismo, la enseñanza constante de la Iglesia, siempre han reprobado la práctica de esas evocaciones que inducen a creer que el hombre ejerce sobre los Espíritus un poder que solo pertenece a Dios. 'Ningún mortal tiene poder para que las

almas, separadas del cuerpo después de la muerte, le revelen los secretos ocultos tras el velo del porvenir.' (*Mateo*, 16:4.)"

Observación. El espiritismo también afirma que a los Espíritus no les es dado revelar el porvenir, y condena formalmente el empleo de las comunicaciones de ultratumba como medio de adivinación. Dice que los Espíritus vienen para instruirnos y mejorarnos, y no para decirnos la buenaventura. Dice además que nadie puede obligar a los Espíritus a que se manifiesten cuando no quieren hacerlo. Quienes afirman que el espiritismo hace necromancia desvirtúan su finalidad. (Véase *El libro de los médiums*, capítulo XXVI, página 386.)

"Si la sabiduría divina hubiera considerado que era útil para la dicha y la paz del género humano instruirlo acerca de las relaciones entre el mundo de los Espíritus y el de los seres corporales, nos lo habría revelado de modo tal que ningún mortal pudiera ser engañado con esas comunicaciones. Nos habría enseñado un medio para reconocer cuándo nos dicen la verdad o insinúan el error, y no nos habría abandonado para que realizáramos ese discernimiento tan solo a la luz de la razón, que es una luz muy débil para descubrir esas regiones que se extienden más allá de la muerte."

Observación. Si en la actualidad Dios permite que esas relaciones existan –pues es necesario admitir que nada ocurre sin el permiso de Dios–, es porque lo juzga útil para la dicha de los hombres, a fin de brindarles la prueba de la vida futura, en la que tantos ya no creen, y porque el número creciente de incrédulos demuestra que la Iglesia por sí sola es impotente para mantenerlos en el redil. Los Espíritus que se manifiestan son auxiliares que Dios les envía, de modo que rechazarlos no constituye una muestra de sumisión a su voluntad. Repu-

diarlos significa desconocer su poder; injuriarlos y maltratar a sus intérpretes equivale a obrar como los judíos respecto de los profetas, lo que motivó a Jesús a derramar lágrimas por el destino de Jerusalén.

"Así pues, toda vez que un miserable mortal, extraviado por su imaginación, quiere darnos noticias acerca de la suerte de las almas en el otro mundo; toda vez que hombres miopes tienen la audacia de pretender revelarles a la humanidad y al individuo su destino indefectible en el porvenir, están usurpando un poder que pertenece a Dios, y al cual este no renuncia, salvo para el bien de la humanidad y de los pueblos, cuando los previene o los reprende por intermedio de enviados que, como los profetas, llevan consigo la prueba de su misión, con los milagros que producen y con el cumplimiento constante de lo que han anunciado."

Observación. En tal caso, renegáis de las predicciones de Jesús, pues en lo que ocurre no reconocéis el cumplimiento de lo que él anunció. ¿Qué significan estas palabras: "Derramaré el Espíritu sobre toda carne; vuestras mujeres y vuestras hijas profetizarán, vuestros jóvenes tendrán visiones y los ancianos soñarán"?

"Podemos considerar visionarios a aquellos que, al abandonar la verdad y prestar oídos a las fábulas, pretenden que sus caprichos, sus sueños fantásticos y su imaginación delirante, sean escuchados como si fueran revelaciones. San Pablo escribió a Timoteo que se resguardara de todo eso, él y las generaciones futuras (*I Timoteo* 5:7). El apóstol ya presentía, hace dieciocho siglos, lo que nuestra época de incredulidad

habría de ofrecer para llenar con algo el vacío que deja en el alma la ausencia de la fe."

Observación. En efecto, la incredulidad es la plaga de nuestra época. Deja en el alma un vacío inmenso. Así pues, ¿por qué la Iglesia no lo llena? ¿Por qué no puede retener a los fieles en la fe? No le faltan recursos materiales ni espirituales. ¿Acaso no dispone de inmensas riquezas, de un ejército incontable de predicadores, de la instrucción religiosa de la juventud? Entonces, si sus argumentos no derrotan a la incredulidad, es porque no son suficientemente perentorios. El espiritismo no compite con la Iglesia: *hace lo que ella no hace*. Se dirige a los que ella no puede convencer, y logra infundirles la fe en Dios, en el alma y en la vida futura. ¿Qué diríamos de un médico que, imposibilitado de curar a un enfermo, se opusiera a que este recurriera a los cuidados de otro médico, que podría curarlo?

Es cierto que el espiritismo no promueve un culto a expensas de otro, y que no impone el anatema a ninguno, pues de lo contrario sería bienvenido tan solo por aquel cuya causa abrazara de manera exclusiva. No obstante, precisamente porque es portador de una consigna que todos pueden seguir –"Fuera de la caridad no hay salvación"–, pone fin a los antagonismo religiosos que han provocado más derramamientos de sangre que las guerras de conquista.

"Tras haber hecho el intento con la adivinación, con el sonambulismo a través del magnetismo animal, sin obtener otra cosa más que la reprobación de los hombres sensatos; tras haber visto el descrédito de las mesas giratorias, han desenterrado el cadáver infecto de ese espiritismo con la ridiculez de la transmigración de las almas. Al despreciar los artículos de nuestro símbolo tal como los enseña la Iglesia, pretendie-

ron reemplazarlos con otros que los anulan, admitiendo una inmortalidad del alma, un purgatorio y un infierno muy diferentes de los que nuestra fe católica nos enseña."

Observación. Esto es muy cierto. El espiritismo no admite un Infierno en el que hay llamas, arpones, calderos y láminas afiladas; tampoco admite que para los elegidos constituya una dicha levantar la tapa de los calderos y ver que en ellos hierven los condenados: tal vez un padre, una madre o un hijo. No admite que Dios se complazca escuchando eternamente los gritos desesperados de sus criaturas, sin conmoverse con las lágrimas de los que se arrepienten, y más cruel que ese tirano que mandó construir en su palacio un respiradero desde las mazmorras hasta su dormitorio, para gozar escuchando los gemidos de sus víctimas. No admite, por último, que la suprema felicidad consista en una contemplación perpetua, que sería equivalente a una inutilidad perpetua, ni que Dios haya creado las almas para darles tan solo algunos años o algunos días de existencia activa, y luego someterlas eternamente a torturas o a una inútil beatitud. Si esa es la piedra angular del edificio, la Iglesia tiene motivos para temerle a las ideas nuevas, pues con semejantes creencias no llenará el enorme abismo de la incredulidad.

"Con eso, como señaló muy oportunamente el sabio obispo de Argel, todo lo que los incrédulos pudieron hacer es cambiar de apariencia para atraer a esa porción de creyentes cuya fe simple y poco esclarecida se presta fácilmente a todo lo que sea extraordinario, a la vez que oponer un nuevo obstáculo a la conversión de esas almas sepultadas en la indiferencia religiosa, las cuales, al ver que se pretende reducir el cristianismo a un tejido de supersticiones, acaban por blasfemar contra él y su autor."

Observación. ¡Qué cosa extraña! El espiritismo impide que la Iglesia convierta a las almas sepultadas en la indiferencia religiosa. En tal caso, ¿por qué no las ha convertido antes de que apareciera el espiritismo? ¿Acaso este es más poderoso que la Iglesia? Si los indiferentes prefieren acercarse al espiritismo, es porque aparentemente lo que este ofrece les resulta más conveniente.

"A fin de que los hombres de poca fe no se escandalicen al leer las doctrinas de *El libro de los Espíritus*, y no crean ni un solo instante que esas doctrinas se hallan en armonía con todos los cultos y todas las creencias, incluida la fe católica –como afirma Allan Kardec–, les recordaremos que la sagrada Escritura las condena como una locura, diciendo a través del *Eclesiastés*: 'Las adivinaciones, los augurios y los sueños son cosas vanas, y el corazón padece esas quimeras; toda vez que no sean enviadas por el Altísimo, desconfiad de ellas. Porque los sueños entristecen a los hombres, y los que se apoyan en ellos, caen'. (*Eclesiastés* 36:5 y 7.)

"Jesucristo reprende a sus discípulos por haber creído en la visión de un fantasma al verlo andar sobre las aguas, y él no quiere que se fíen de eso, sino de las señales que él les presenta sobre la realidad de su persona. (*Lucas*, 24:39.)

"La Iglesia y los santos Padres, como intérpretes de la palabra divina, constantemente han rechazado esos medios engañosos por los cuales se cree que los Espíritus se comunican con los hombres, y la razón esclarecida también los rechaza, porque comprende que, por sí sola y sin el auxilio de la fe, no puede abarcar las cosas ni las verdades que se refieren al pasado en el orden sobrenatural. ¿Cómo puede la razón, por sus propios medios, pretender alcanzar en un estado de transpor-

te, o llevada por una imaginación ardiente, lo que solo puede verificarse de una manera, en un lugar, y en circunstancias imprevistas?

"Por lo tanto, si en otras ocasiones hemos levantado la voz contra ese materialismo impío y esa incredulidad sistemática, que niega la inmortalidad del alma separada del cuerpo en los diferentes estados a que la destina la justicia divina para toda la eternidad, ahora nos vemos obligados a protestar contra esta comunicación activa que se atribuye a la evocación de los muertos, y que pretende revelar lo que solo es perceptible para la penetración infinita de Dios.

"No os dejéis arrastrar, hermanos míos, hijos del alma, por esas fábulas vanas, que encubren los errores y las preocupaciones de los pueblos bárbaros e ignorantes, así como todas las invenciones absurdas de gente cuyo espíritu, debilitado por la falta de fe verdadera y por la superstición, abjura de la religión revelada por el Hijo de Dios, degrada a la razón humana y aleja la pureza del alma. ¡Mantened lejos de vosotros, mis amados diocesanos, y sobre todo de esos lectores a los que con justa razón se considera esclarecidos y civilizados, la creencia en esos cuentos de soñadores como Allan Kardec, hombres de imaginación exaltada y delirante! Lejos de vosotros, pues, esa creencia anticristiana que hace salir de las tumbas los fantasmas, los Espíritus errantes; lejos de vosotros esa superstición importada en nuestra región por los paganos convertidos al cristianismo, y que los escritos de sus sabios apologistas pronto expulsarán de ella."

Observación. Los espíritas nunca han hecho que los fantasmas salgan de las tumbas, por la sencilla razón de que en las tumbas solo quedan los despojos mortales, que se destruyen y no resucitan. Los Espíritus están en todas partes, en el es-

pacio, felices de estar libres y desembarazados del cuerpo que los hacía sufrir. Por eso, no se apegan a sus restos, y se alejan de ellos en vez de buscarlos. El espiritismo siempre rechazó la idea de que las evocaciones se realizan más fácilmente cerca de las tumbas, de las que no se puede hacer salir lo que no hay en ellas. Esas cosas solo se ven en el teatro.

"Ocupaos de que vuestros hijos, llevados por la curiosidad de la juventud, no lean ese tipo de producciones, y no se impresionen con esas imágenes que han hecho que una gran cantidad de personas perdieran el sentido común, y que actualmente sollozan en las casas de alienados, víctimas del espiritismo.

"Esforzaos, hijos y hermanos míos, para conservar pura la doctrina que nos enseña el divino Maestro; descansad y apoyaos solamente en su santa palabra en lo que respecta a vuestro porvenir. Sabéis que a la Providencia divina, siempre sabia, le compete conducir al hombre a través de las vicisitudes de esta vida, para probar su fe y avivar su esperanza, de modo que, sin la pretensión de sondear vuestra suerte futura, buscad asegurarla por medio de las buenas obras, pues estas demuestran vuestra vocación de hijos de Dios, llamados a la herencia del Padre celestial."

Observación. Antes de reprimir la curiosidad de los hijos, haría falta no aguijonear la de los padres, cosa que este edicto no puede dejar de hacer. En cuanto a la locura, siempre es la misma historia, que comienza a ser utilizada singularmente, y cuyo resultado no ha sido más exitoso que el de los supuestos fantasmas. Dado que las experiencias se llevan a cabo en todas partes, en la intimidad de las familias aún más que en público, y puesto que los médiums se encuentran por doquier, en

todas las categorías de la sociedad, con todas las edades, cada uno sabe a qué atenerse respecto de la realidad del espiritismo. Por esta razón, los esfuerzos que se hacen para desvirtuarlo no producen efecto. La cantidad de los que llegan a ser engañados con argumentos falsos es ínfima, y entre estos hay muchos que se proponen ver por sí mismos y descubren la verdad. ¿De qué modo se podría persuadir a una infinidad de personas acerca de que es de noche, cuando todas ven que es de día? Esta facultad de control práctico, que el espiritismo brinda a todo el mundo, es uno de sus caracteres especiales y lo que constituye su poder. No ocurre lo mismo con las doctrinas filosóficas puramente teóricas, a las que se puede combatir mediante el razonamiento. En cambio, el espiritismo se basa en hechos y observaciones que cualquiera tiene constantemente a la mano.

Toda la argumentación del obispo de Barcelona se resume de este modo: las manifestaciones de los Espíritus son fábulas imaginadas por los incrédulos con miras a destruir la religión. Solo hay que creer en lo que nosotros decimos, porque solo nosotros somos dueños de la verdad. No examinéis nada fuera de ella, para que no seáis seducidos.

"A fin de prevenir los peligros ante los que podrías sucumbir, y en virtud de la autoridad divina que se nos ha concedido para mostrároslos y apartaros de ellos, según la facultad que se nos reconoce en el artículo 3.º del último concordato, y de acuerdo con lo que ha sido previsto en los sagrados cánones y en las leyes del Reino en cuanto a los errores que hemos señalado y combatido, condenamos a *Le livre des Esprits*, traducido al español con el título de *El libro de los Espíritus*, de Allan Kardec, por hallarse comprendido en los artículos 8.º y

9.º del catálogo promulgado en virtud de la prescripción a tal efecto del concilio de Trento. Prohibimos su lectura a todos nuestros diocesanos sin excepción, y ordenamos a estos que entreguen a sus respectivos curas los ejemplares que lleguen en sus manos, para que nos sean remitidos con la mayor seguridad posible.

"Dictado en nuestra santa visita a Mataró, el 27 de julio de 1864."

Pantaleón, *obispo de Barcelona*
Por orden de S. E. S. Monseñor Obispo.
Don Lázaro Bauluz, secretario.

La prohibición de ocuparse del espiritismo, dictada por el obispo de Barcelona a todos sus diocesanos sin excepción, es un calco de la del obispo de Argel. Dudamos mucho de que haya tenido más éxito que esta, pese a que tuvo lugar en España. Porque en ese país las ideas fermentan como en otras partes, incluso reprimidas, y tal vez a causa de esa misma represión, que las mantiene vivas. El auto de fe de Barcelona apresuró su eclosión. Parece que esa solemnidad no produjo el efecto esperado, dado que no la reiteraron. Sin embargo, la ejecución que ya no se atreven a realizar públicamente, ahora pretenden hacerla en privado. Al invitar a sus administrados a que le remitan todos los libros espíritas que lleguen a sus manos, monseñor Pantaleón sin duda no se propone coleccionarlos. Les prohíbe evocar a los Espíritus, y está en su derecho; pero en su edicto olvidó algo fundamental: prohibir a los Espíritus que se manifiesten en España.

Monseñor se sorprende de que el espiritismo eche raíces tan fácilmente en el siglo diecinueve. Más aún debería sor-

prenderse de ver que en este siglo se resucitan los usos y las costumbres de la Edad Media. Y más sorprendente aún, es que haya personas –instruidas, además– que comprenden tan poco la naturaleza y el poder de la idea, para suponer que pueden detener su avance como se detiene una remesa de mercancía en la frontera.

Os lamentáis, Monseñor, de que los incrédulos y los indiferentes se mantengan sordos a la voz de los pastores de la Iglesia, mientras que sí escuchan la voz del espiritismo. Ocurre que se conmueven más con palabras de caridad, de estímulo y de consuelo, que con anatemas. ¿Suponéis acaso que los atraeréis con imprecaciones como las pronunciadas recientemente por el cura de Villamor de la Ladre contra un pobre maestro de escuela que había cometido el error de contrariarlo? Veamos esta fórmula canónica referida por la *Correspondencia* de Madrid, del mes de junio de 1864, junto a la cual la famosa imprecación de Camille es casi una dulzura, toda vez que el poeta se la atribuye a una pagana, pues no se atrevió a ponerla en boca de una cristiana.

"Maldito sea Augusto Vicente. Malditas sean las ropas con que se cubre, la tierra que recorre, la cama donde duerme y la mesa donde come; malditos sean el pan y el resto de los alimentos que ingiere, la fuente donde bebe, más todos los líquidos que toma.

"Que la tierra se abra y se lo trague en este momento, con Lucifer a su derecha. Que nadie hable con él, so pena de ser excomulgado con solo decirle adiós. Malditos sean también sus campos, sobre los cuales no volverá a llover, para que nadie los cultive. Malditos sean el jumento que monta, la casa en que habita y las propiedades que posee.

”Malditos sean también sus padres, los hijos que tiene y los que tendrá, que serán pocos y miserables; saldrán a mendigar y no habrá quien les dé limosna; y si les dan un mendrugo, que no puedan comerlo. Además, que su mujer se quede viuda en este momento; y sus hijos, huérfanos y sin padre.”

¿Cómo es posible que tan horrendas palabras hayan resonado en un templo cristiano? ¿Cómo es posible que haya sido un ministro del Evangelio, un representante de Jesucristo, quien las ha pronunciado, y que por una injuria personal haya condena a un hombre a la execración de sus semejantes, a la condena eterna y a todas las miserias de la vida, para él, para su padre, su madre, sus hijos presentes y futuros, y para todo lo que le pertenece? Jesús nunca usó un lenguaje semejante; él, que oraba por sus verdugos y que dijo: “Perdonad a vuestros enemigos”; él, que nos hace repetir a diario, en la Oración dominical: “Señor, perdona nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a quienes nos han ofendido”. Cuando Jesús pronuncia la maldición contra los escribas y los fariseos, ¿invoca contra ellos la cólera de Dios? No; sino que les predice las desgracias que les sobrevendrán.

¡Y a vos, Monseñor, os sorprenden los progresos de la incredulidad! Sorprendeos, más bien, de que en el siglo diecinueve la religión del Cristo sea tan mal comprendida por quienes se encargan de enseñarla. No os extrañe, pues, que Dios envíe a sus Espíritus buenos para que se recuerde el verdadero sentido de su ley. No vienen a destruir el cristianismo, sino a despojarlo de las falsas interpretaciones y de los abusos que los hombres introdujeron en él.

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

Los Espíritus en España

(Barcelona, 13 de junio de 1864. Médium: señora J.)

Me dirijo a vos para que tengáis a bien encomendarme a Dios en vuestras oraciones, porque sufro, y deseo que las almas caritativas encarnadas se compadezcan de un pobre Espíritu que le ruega perdón a Dios. Me sumergí en el mal durante mucho tiempo, pero ahora vengo a decir a los Espíritus que lo practican: ¡Deteneos! Almas impuras en vuestras iniquidades, dejad de ser incrédulas y de llevar esa vida errante; dejad de hacer el mal, porque Dios ha dicho a sus Espíritus buenos: "Id y purificad a esas almas perversas que nunca han conocido el bien; es necesario que el mal cese, porque se acercan los tiempos en que la Tierra debe ser mejorada. Para que sea mejor, es necesario que esas almas impuras, que a diario acuden a poblarla, se purifiquen, a fin de que vuelvan a vivir en la Tierra, pero más buenas y caritativas".

Eso es lo que Dios ha dicho a sus Espíritus buenos; y yo, que era uno de los más crueles en las obsesiones, hoy vengo a decir a los que hacen lo que yo hacía: Almas extraviadas, ¡seguidme! Rogad perdón a Dios y a esas almas puras que os tienden las manos; implorad, y Dios os perdonará. Pero perdonad también vosotras, y arrepentíos. ¡Es tan dulce el perdón! ¡Ah! Si lo conocierais, no tardaríais ni un instante en apartaros del fango del mal en que os sumergís; volarías de inmediato en los brazos de los ángeles que están junto a vosotros. ¡Deteneos, deteneos, hermanos! ¡Os lo suplico! Deteneos y seguidme; ¡arrepentíos!

Amigos míos, permitidme que os llame así, aunque no me conozcáis. Soy uno de esos Espíritu que han hecho de todo, menos el bien. No obstante, para cada pecado, misericordia; y puesto que Dios me concede el perdón, y los ángeles tienen a bien llamarme hermano, espero que vosotros, que practicáis la caridad, oréis por mí, porque tengo que sufrir duras pruebas, que son merecidas.

Pregunta. ¿Hace mucho tiempo que tomasteis el camino del bien?

Respuesta. No, amigos míos, hace poco tiempo, porque soy el Espíritu obsesor de la jovencita de Marmande. Soy Julio, y acudo a las almas caritativas para rogarles que oren por mí, y también para decirles a mis antiguos compañeros: ¡Deteneos! Dejad de hacer el mal, porque Dios perdona a los pecadores arrepentidos. Arrepentíos, y seréis absueltos. Vengo a traeros palabras de paz; recibid del ángel que está aquí presente el santo bautismo, como yo mismo lo he recibido.

Queridos amigos, os dejo recomendándoos que no me olvidéis en vuestras plegarias. Adiós.

Julio

Al preguntarle a Julio si el Espíritu de su protectora, Pequeña Caridad, lo estaba acompañando, respondió afirmativamente. Por nuestra parte, le rogamos a ese Espíritu bueno que tuviera a bien decirnos algunas palabras relativas a las obsesiones que combatimos desde hace tanto tiempo. Esto es lo que nos dijo:

"Amigos míos, las obsesiones que constituyen el tormento de estas pobres almas encarnadas son muy dolorosas, sobre todo para los médiums que desean valerse de su facultad para

hacer el bien, pero no pueden porque los Espíritus malévolos se abatieron sobre ellos y no los dejan tranquilos. Pero debemos confiar en que esas obsesiones lleguen a su fin. Orad mucho, rogad a Dios, que es la mismísima bondad, para que abrevie vuestros sufrimientos y vuestras pruebas. Evocad, amigos queridos, a esos Espíritus extraviados. Orad por ellos; moralizadlos. Pedid consejo a los Espíritus buenos. Estáis bien acompañados. ¿Acaso no tenéis junto a vosotros a varias de esas almas etéreas que os cuidan y os protegen, que tratan de haceros progresar, para que lleguéis cerca de Dios? Esa es su tarea; trabajan sin descanso con miras a prepararos el camino que nunca termina. Si vosotros no estáis liberados, amigos queridos, sin duda es porque no estáis bastante purificados para la tarea que os habéis impuesto. Habéis elegido vuestra prueba libremente, y debéis esforzaros por llevarla a buen término, porque los Espíritus os guían y os sostienen para ayudaros a terminar la vida terrenal santamente, purificándoos mediante la expiación del sufrimiento y mediante la caridad.

"Adiós, queridos amigos. Os dejo rogando a Dios por vosotros y por esos pobres obsesos, y le pido que siempre os protejan los Espíritus purificados de vuestro grupo". (Véase la *Revista* de febrero, marzo y junio de 1864: "Curación de la joven obsesa de Marmande.)

Pequeña Caridad

Aquí tenemos dos Espíritus que han violado la prohibición y cruzaron los Pirineos sin permiso, sin haber tomado en cuenta el edicto de monseñor Pantaleón y, más aún, sin que se los llamara ni se los evocara. Es cierto que el edicto todavía no se había publicado, por lo que veremos si ahora son menos

atrevidos. Se podría decir que, a pesar de que no se los había llamado, en esa reunión tenían la costumbre de llamar a otros, y que, al encontrar la puerta abierta, aprovecharon a entrar. Con todo, no tardará en verse –si acaso ya no ocurrió– que se introducen, tanto allí como en otras partes –como en Poitiers, por ejemplo–, en la casa de personas que nunca habían oído hablar del espiritismo, e incluso entre aquellas que, escrupulosas observadoras del edicto, les cerrarán el acceso a sus casas, y a pesar de los alguaciles.

Puesto que los referidos Espíritus se atrevieron a cometer semejante locura, le preguntaremos a Monseñor qué tiene de ridículo ese hecho, y dónde está el *cinismo inmundo* que, según él, es fruto del espiritismo. Una jovencita de Marmande, que no pensaba en los Espíritus –ni ella ni sus padres, y que tal vez incluso no creían en ellos–, es afectada durante casi un año por una enfermedad terrible, rara, ante la cual la ciencia fracasa. Algunos espíritas creen reconocer en ella la acción de un Espíritu malo; emprenden su curación sin medicamentos, mediante la plegaria y la evocación del Espíritu, y en cinco días no solo le devuelven la salud a la jovencita, sino que también logran que el Espíritu se arrepienta. ¿Dónde está el mal? ¿Dónde está el absurdo? Luego, ese mismo Espíritu se comunica en Barcelona, sin que lo llamen, y solicita las plegarias que le hacen falta para completar su purificación; se presenta como ejemplo e invita a sus antiguos compañeros a que renuncien al mal; el Espíritu bueno que lo acompaña predica una moral evangélica. Una vez más: ¿qué tiene de ridículo e inmundo todo eso? Lo ridículo –decís– es creer en la manifestación de los Espíritus. Pero ¿qué son esos dos seres que acaban de comunicarse? ¿Son un efecto de la imaginación? No, puesto que no se pensaba en ellos, ni se conocía el hecho

referido. Cuando hayáis muerto, Monseñor, veréis las cosas de otro modo, y nosotros rogaremos a Dios que os esclarezca como lo hizo con vuestro predecesor, que actualmente es uno de los protectores del espiritismo en Barcelona.

Entre las comunicaciones que él impartió en la Sociedad espírita de París, esta es la primera, que ya se ha publicado en esta *Revista*. Con todo, volvemos a transcribirla para edificar a los que no la conocían. (Véase la *Revista* de agosto de 1862, página 231: "Muerte del obispo de Barcelona"; y para los detalles del auto de fe, los números de noviembre y diciembre de 1861.)

"Con el auxilio de vuestro jefe espiritual (san Luis), he podido venir a enseñaros con mi ejemplo, y deciros que no rechacéis ninguna de las ideas anunciadas, pues un día, un día que durará y pesará como un siglo, esas ideas acumuladas exclamarán como la voz del ángel: 'Caín, ¿qué has hecho de tu hermano? ¿Qué has hecho de nuestro poder, que debía consolar y elevar a la humanidad?' El hombre que voluntariamente vive ciego y sordo de espíritu, como otros lo son de cuerpo, sufrirá, expiará y renacerá para volver a empezar la labor intelectual que su pereza y su orgullo hicieron que evite; y esa terrible voz me ha dicho: 'Has quemado las ideas, y las ideas te quemarán'. Orad por mí; orad, pues a Dios le agrada la oración que el perseguido realiza por el perseguidor.

"Aquel que fue obispo, y que ahora no es más que un penitente".

Los Espíritus no se detienen en Barcelona. Madrid, Cádiz, Sevilla, Murcia, y muchas otras ciudades reciben sus comunicaciones, a las que el auto de fe ha dado un nuevo impulso, aumentando la cantidad de adeptos. Sin tener el don de pro-

fecía, podemos decir con certeza que no pasará medio siglo sin que toda España sea espírita.

(Murcia, España. 28 de junio de 1864.)

Pregunta a un Espíritu protector. ¿Podríais hablarnos del estado de las almas encarnadas en los mundos superiores al nuestro?

Respuesta. Tomaré, como punto de comparación con el vuestro, un mundo sensiblemente más adelantado, en el que la creencia en Dios, en la inmortalidad del alma, en la sucesión de las existencias para llegar a la perfección, son verdades reconocidas y comprendidas por todos; un mundo en el que la comunicación de los seres corporales con el mundo oculto es, por eso mismo, muy fácil. Los seres son en él menos materiales que en vuestra Tierra, y no se encuentran sujetos a las necesidades que os pesan; constituyen la transición de los corporales a los incorporales. No existen barreras que separan a los pueblos, ni guerras. Todos viven en paz, y practican la caridad y la verdadera fraternidad entre todos. Las leyes humanas son innecesarias: cada uno lleva consigo la conciencia, que es su tribunal. El mal es raro, e incluso ese mal sería casi el bien para vosotros. En relación con vosotros, esos seres serían perfectos, aunque todavía se encuentran muy lejos de la perfección de Dios: les falta más de una encarnación en diversas tierras para completar su purificación. Aquel que para vosotros es perfecto en la Tierra, sería considerado un rebelde y un criminal en el mundo del que os hablo. Vuestros más grandes sabios serían los últimos ignorantes.

En los mundos superiores, las producciones de la naturaleza no tienen nada en común con las de vuestro globo,

pues todo es adecuado a la organización menos material de los habitantes. No obtienen el alimento con el sudor de la frente y el trabajo manual; el sol produce naturalmente lo que necesitan. Sin embargo, no se mantienen inactivos; pero sus ocupaciones son diferentes a las vuestras: como no tienen que proveer a las necesidades del cuerpo, proveen a las del espíritu. Dado que todos comprenden por qué han sido creados, están positivamente convencidos de su porvenir, y trabajan sin descanso en su propio mejoramiento y en la purificación de su alma.

En esos mundos, la muerte se considera un beneficio. El día en que un alma deja su envoltura es un día feliz. Saben a dónde van. Pasan primero, para más tarde esperar a sus familiares, a sus amigos y a los Espíritus queridos que dejaron detrás de sí.

Tierra de paz, morada feliz, donde las vicisitudes de la vida material no se conocen, donde la tranquilidad del alma no se ve perturbada por la ambición ni por la sed de riquezas, ¡dichosos son quienes habitan en ella! Alcanzan la meta que se propusieron durante tantos siglos; ven, saben, comprenden; se regocijan pensando en el porvenir que les espera, y trabajan con más entusiasmo para llegar prontamente.

Un Espíritu Protector

Esta comunicación no ofrece nada que no se haya dicho ya respecto de los mundos adelantados. Sin embargo, no deja de ser interesante notar la concordancia que se establece en la enseñanza de los Espíritus en los diferentes puntos el globo. Con estos elementos, ¿de qué modo no se alcanzaría la unidad de la doctrina?

Hasta ahora, dado que los puntos fundamentales de la doctrina se hallan constituidos, los Espíritus tienen pocas cosas nuevas para decir. No pueden más que reiterarlas con otros términos, desarrollar y comentar los mismos temas, lo cual establece una especie de uniformidad en su enseñanza. Antes de abordar nuevas cuestiones, dan tiempo para que las que están resueltas se identifiquen con el pensamiento. No obstante, a medida que el momento resulta propicio para dar un paso adelante, vemos que abordan nuevos temas, que antes habrían sido prematuros.

CONVERSACIONES DE ULTRATUMBA

Un Espíritu que se considera médium

La señora Gaspard, amiga de la señora Delanne, era una espírita ferviente. Su pesar consistía en que no era médium; sobre todo, le hubiera gustado ser médium vidente. Hacía mucho tiempo que sufría de un aneurisma; la noche del 2 de julio, la rotura de ese aneurisma provocó la muerte súbita de dicha dama. La mañana siguiente, la señora Delanne, que aún no se había enterado de ese acontecimiento, escuchó golpes en diferentes partes de su casa. Al principio, no les prestó demasiada atención, pero la persistencia de esos golpes le hizo pensar que algún Espíritu deseaba comunicarse. Como ella es muy buena médium, tomó el lápiz y escribió lo siguiente:

"¡Oh! ¡Mi querida señora Delanne! ¡Cuánto me habéis hecho esperar! He venido a contaros acerca de mi nueva facultad: soy médium vidente. He visto a mi querido Emilio, a

mis pequeños hijos, a todos, a mi madre, a la madre del señor Gaspard. ¡Oh! ¡Qué feliz se va a poner él cuando lo sepa! ¡Gracias, Dios mío, por este gran favor!"

Pregunta. ¿Sois vos, señora Gaspard, quien me habla en este momento?

Respuesta. ¡Cómo! ¿Acaso no me veis? Estoy junto a vos hace ya bastante tiempo. Estaba inquieta porque no me respondíais. ¡Vamos! ¿Vais a venir, verdad? Es vuestro turno ahora. Además, os hará muy bien. Iremos de paseo, ahora que veo bien. ¡Oh! ¡Cuánta felicidad produce volver a ver a los que se ama! Eso me ha curado. ¡Qué bueno es Dios! ¡Cumple sus promesas cuando se es fiel a sus mandamientos! - ¡Ah! ¡Emilio! ¡Pensar que mi pobre padre me dirá que estoy loca! No importa, se lo diré de todos modos. - ¿Vamos? Debemos llevar a vuestra madre, pues eso le hará bien. ¡Pobre mujer! Parece tan buena…

P. Vamos, querida señora Gaspard; partamos, os acompaño. ¿Iremos a vuestra casa, en Châtillon? Decidme lo que veis, o mejor aún, lo que ocurre allí en este momento.

R. ¡Cosas extraordinarias!

Tras estas palabras, el Espíritu se retira, y la señora Delanne no puede obtener nada más.

Para que se comprenda esta última parte de la comunicación, diremos que tiempo atrás ambas señoras habían planeado una excursión al campo, en Châtillon. La señora Gaspard, sorprendida por su propia muerte imprevista, no se da cuenta de la situación, y piensa que sigue con vida. Como puede ver a los Espíritus de sus seres queridos, supone que se tornó médium vidente. Se trata de una notable particularidad de la transición de la vida corporal a la vida espiritual. Además,

dado que la señora Gaspard se ha liberado de sus dolores, piensa que está curada, y acude a reiterar su invitación a la señora Delanne. No obstante, sus ideas son confusas, porque la busca dando golpes alrededor suyo, sin comprender que, en caso de estar viva, no tendría que recurrir a eso.

La señora Delanne comprende enseguida la particularidad de la situación, pero como no quiere desilusionar a la señora Gaspard, la invita a que vea lo que ocurre en Châtillon. No cabe duda de que el Espíritu se traslada a ese lugar y descubre la realidad debido a alguna circunstancia inesperada, pues escribe: "¡Cosas extraordinarias!", e interrumpe la comunicación.

Por otra parte, la ilusión no duró demasiado. El día siguiente, la señora Gaspard estaba completamente desprendida, y dictó una excelente comunicación dirigida a su marido y a sus amigos, dichosa de haber conocido el espiritismo, que le había proporcionado una muerte libre de las angustias de la separación.

ESTUDIOS MORALES

Una familia de monstruos

Escriben desde Brunswick al *Pays* [*El País*]:

"Una campesina de los alrededores de Lutter acaba de dar a luz a un niño que tiene el aspecto de un mono, pues casi todo su cuerpo está cubierto de pelo negro y tupido, y ni siquiera el rostro se halla exento de esa extraña vegetación.

"Casada desde hace doce años, y a pesar de encontrarse admirablemente sana, esta desdichada mujer aún no pudo dar

a luz un solo niño que no haya sufrido enfermedades más o menos horrorosas.

"Su hija mayor, de diez años, es completamente jorobada, y sus rasgos parecen una copia de los de Polichinela. Su segundo hijo, un niño de siete años, es tullido. El tercero, que va a cumplir cinco años, es sordomudo e idiota. La cuarta, una niñita de dos años y medio, es completamente ciega.

"¿Cuál puede ser la causa de ese extraño fenómeno? Se trata de un punto que la ciencia debe esclarecer.

"El padre es un hombre perfectamente constituido y que presenta todo el aspecto de la más robusta salud. Nadie puede explicar esa especie de fatalidad que recae sobre su raza". (*Le Moniteur*, 29 de julio de 1864.)

"Se trata de un punto –dice el periódico– que la ciencia debe esclarecer." Existen otros hechos ante los cuales la ciencia se mantiene impotente, sin contar los de Morzine y los de Poitiers. La razón es muy simple: se obstina en buscar las causas tan solo en la materia, y apenas toma en cuenta las leyes que conoce. Respecto de algunos fenómenos, se mantiene en la posición en que se encontraría si no hubiera abandonado la física de Aristóteles, si hubiera ignorado la ley de la gravitación o la de la electricidad. ¿Dónde se encontraba la religión mientras desconocía la ley del movimiento de los astros? ¿Dónde están, aún hoy, los que desconocen la ley geológica de la formación del globo?

Dos fuerzas se reparten el mundo: el espíritu y la materia. El espíritu tiene sus leyes, como la materia tiene las suyas. Ahora bien, dado que esas dos fuerzas reaccionan incesantemente una sobre otra, de ahí resulta que la causa de algunos fenómenos materiales radica en la acción del espíritu, y que unas no pueden ser perfectamente comprendidas si no se to-

man en cuenta las otras. Aparte de las leyes tangibles existe, pues, otra ley que desempeña un papel fundamental en el mundo: la que rige las relaciones entre el mundo visible y el mundo invisible. Cuando la ciencia reconozca la existencia de esa ley, encontrará la solución de una infinidad de problemas con los que se enfrenta inútilmente.

Las monstruosidades, como todas las enfermedades congénitas, sin duda tienen una causa fisiológica, que compete a la ciencia material; no obstante, en el supuesto de que esta llegue a descubrir el secreto de esos desvíos de la naturaleza, siempre quedará el problema de la causa primera, y la conciliación del hecho con la justicia de Dios. Si bien la ciencia afirma que eso no le incumbe, la religión no puede decir lo mismo. Cuando la ciencia demuestra la existencia de un hecho, la religión tiene el deber de buscar en ese hecho la prueba de la soberana Sabiduría. ¿Ha sondeado alguna vez, desde el punto de vista de la divina Equidad, el misterio de esas existencias anómalas, de esas fatalidades que parecen perseguir a algunas familias, sin causas actuales conocidas? No, porque siente su impotencia y se asusta ante esas cuestiones temibles para sus dogmas absolutos. Hasta ahora, el hecho se aceptaba sin ir más lejos; pero en la actualidad se piensa, se reflexiona, se quiere saber; se interroga a la ciencia, que busca en las fibras y hace silencio; se interroga a la religión, que responde: ¡Misterio impenetrable!

¡Pues bien! El espiritismo viene a revelar ese misterio y a poner en evidencia la resplandeciente justicia de Dios. Demuestra que esas almas, desheredadas desde que nacieron en este mundo, ya han vivido, y que expían en cuerpos deformes sus faltas del pasado. La observación así lo demuestra, y la razón lo afirma, porque no se podría admitir que sean castigadas al salir de las manos del Creador, sin haber hecho nada.

Esto puede aceptarse –nos dirán– en el caso del ser que ha nacido así; pero ¿qué ocurre con los padres, con esa madre que solo da a luz seres desgraciados, que es privada de la alegría de tener al menos un hijo que la honre, y que ella pueda mostrar con orgullo? El espiritismo responde: justicia de Dios, expiación, prueba para su ternura maternal, porque es una prueba inmensa ver alrededor suyo pequeños monstruos en vez de niños adorables. Y agrega: no existe una sola infracción a las leyes de Dios de la que tarde o temprano no resulten funestas consecuencias, en la Tierra o en el mundo de los Espíritus, en esta vida o en una vida futura. Por esa misma razón, no existe una sola vicisitud de la vida que no sea la consecuencia y el castigo de una falta pasada, y así será mientras el culpable no se arrepienta, expíe y repare el mal que haya hecho; regresa a la Tierra para expiar y reparar; de él depende mejorar bastante aquí para no volver más como *condenado*. A menudo, para castigar a otros, Dios se vale del que es castigado. Así, los Espíritus de esos niños, que por castigo debieron encarnar en cuerpos deformes, sin que lo sepan son instrumentos de expiación para la madre que les ha dado la vida. Esta justicia distributiva, que se corresponde con la duración del mal, es mejor que la de las penas eternas, irremisibles, que obstruyen para siempre el camino del arrepentimiento y la reparación.

Una vez leído este caso en la Sociedad espírita de París, como tema de estudio filosófico, un Espíritu brindó la siguiente explicación:

(Sociedad de París, 29 de julio de 1864.)

Si pudierais ver los resortes ocultos que mueven vuestro mundo, comprenderíais de qué modo todo se encadena, des-

de las cosas más pequeñas hasta las más grandes; comprenderíais sobre todo el vínculo íntimo que existe entre el mundo físico y el mundo moral, esa gran ley de la naturaleza; veríais la multitud de inteligencias que presiden todos los hechos y los utilizan para que sirvan al cumplimiento de los designios de Dios. Imaginaos por un momento frente a una colmena cuyas abejas fueran invisibles: os asombraría ver el trabajo que en ella se realiza a diario, y tal vez exclamaríais: "¡Singular efecto del azar!" ¡Pues bien! En realidad, estaríais en presencia de un inmenso taller conducido por innumerables legiones de obreros, invisibles para vosotros, algunos de los cuales no son sino peones que obedecen y ejecutan, mientras que otros comandan y dirigen, cada uno en su campo de actividad, proporcional a su desarrollo y a su adelanto, y así gradualmente hasta la voluntad suprema que lo impulsa todo.

De ese modo se explica la acción de la Divinidad hasta en los detalles más ínfimos. Al igual que los soberanos temporarios, Dios tiene sus ministros, y estos tienen agentes subalternos, mecanismos secundarios del gran gobierno del universo. Si, en un país bien administrado, hasta el último caserío siente los efectos de la sabiduría y la solicitud del jefe de Estado, ¡cuánto más habrá de extenderse la sabiduría infinita del Altísimo hasta los más pequeños detalles de la Creación!

Por lo tanto, no supongáis que esa mujer que acabáis de mencionar sea víctima del azar o de una ciega fatalidad. No, lo que le ocurre tiene una razón de ser, no os quepa duda. Es castigada en su orgullo; ha despreciado a los débiles y a los enfermos; ha sido dura para con los seres desgraciados, de los que apartaba la vista con asco, en vez de prodigarles una mirada de conmiseración; se envaneció con la belleza física de sus hijos, a expensas de madres menos favorecidas; los mostraba

con orgullo, porque la belleza del cuerpo tenía para ella más valor que la belleza del alma; de tal modo, desarrolló en ellos vicios que retrasaron su adelanto, en vez de desarrollar las cualidades del corazón. Por eso Dios permitió que, en su actual existencia, solo tenga hijos deformes, para que la ternura maternal la ayude a vencer su repugnancia hacia los desdichados. Así pues, para ella se trata de un castigo y un medio de adelanto. No obstante, en ese castigo resplandecen a la vez la justicia y la bondad de Dios, que castiga con una mano, y con la otra brinda sin cesar al culpable los medios de redimirse.

Un Espíritu Protector

VARIEDADES

Un suicidio falsamente atribuido al espiritismo

Le Moniteur [*El Monitor*] del 6 de agosto contiene el siguiente artículo, que *El Siglo* [*El Siglo*] reprodujo al día siguiente:

"Ayer jueves, a las dos de la tarde, un hombre joven, de apenas diecinueve años, hijo de un médico, se suicidó de un tiro en la boca en su domicilio de la calle des Martyrs.

"La bala le atravesó la cabeza, pero la muerte no fue inmediata. El joven se mantuvo lúcido durante unos instantes y, ante las preguntas que le formularon, aparte del disgusto que iba a darle a su padre, no sintió ningún pesar por lo que

había hecho. Luego, el delirio se apoderó de él y, a pesar de los cuidados que le dispensaron, murió esa misma tarde, tras cinco horas de agonía.

"Se dice que desde hacía algún tiempo el desdichado joven alimentaba pensamientos suicidas, y se presume *con o sin razón* que *el estudio del espiritismo*, al que se entregaba con fervor, no fue ajeno a su fatal resolución".

No cabe duda de que esta noticia será la comidilla de la prensa, como antaño lo fue la de los cuatro supuestos locos de Lyón, que se replicó cada vez con el agregado de un cero, tal es la avidez con que nuestros adversarios buscan las ocasiones de atacar al espiritismo. La verdad no tarda en conocerse, pero ¡qué importa eso, toda vez que de la difusión de una pequeña calumnia siempre se espera que quede algo! Así es, siempre queda algo: una mancha en los calumniadores. En cuanto a la doctrina espírita, no parece que haya sufrido por eso, dado que no ha dejado de seguir su camino ascendente.

Felicitamos al director de *L'Avenir* [*El Porvenir*], señor d'Ambel, por su premura en informar acerca de la verdadera causa del acontecimiento. Esto es lo que dice al respecto en el número del 11 de agosto de 1864:

"Confesamos que la lectura de este suceso nos ha sumergido en la más profunda estupefacción. Nos resulta imposible no protestar contra la ligereza con que el órgano oficial ha publicado una acusación semejante. El *espiritismo* es completamente ajeno a la acción cometida por el desdichado joven. Nosotros somos vecinos del lugar de la tragedia, y sabemos perfectamente que esa no ha sido la causa del espantoso suicidio. Con la mayor de las reservas nos vemos obligados a señalar la verdadera causa de la catástrofe. Al fin y al cabo, la

verdad es la verdad, y nuestra doctrina no debe sufrir semejante imputación.

"Desde hacía tiempo, este joven, al que presentan como dedicado fervorosamente al estudio de nuestra doctrina, venía fracasando en sus exámenes de la licenciatura. El estudio le desagradaba, tanto como la profesión paterna. Pronto debía rendir otro examen, y al cabo de una fuerte discusión con el padre, temeroso de un nuevo fracaso, decidió y ejecutó la fatal resolución.

"Agreguemos que, si realmente hubiera conocido el *espiritismo*, nuestra doctrina lo habría rescatado de la pendiente fatal, al mostrarle el horror que nos inspira el suicidio, así como las consecuencias terribles que ese crimen acarrea (véase *El libro de los Espíritus*, § 943 y siguientes).

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

La pluralidad de los mundos habitados

Por el señor Camille Flammarion

Nuestros lectores recordarán un opúsculo, publicado con el mismo título por el señor Flammarion, cuya reseña dimos con merecidos elogios en la *Revista espírita* de enero de 1863. El éxito de ese opúsculo impulsó al autor a presentar esa misma tesis en una obra más completa, donde el tema se desarrolla plenamente desde el punto de vista de la astronomía, la fisiología y la filosofía natural.

En esta obra, omite referirse al espiritismo, y por eso mismo se dirige a los incrédulos tanto como a los creyentes; pero como la teoría de la pluralidad de los mundos habitados se halla íntimamente vinculada a la doctrina espírita, es muy importante ver que la ciencia y la filosofía la consagran. En ese sentido, esta obra notable y erudita cuenta con un lugar en la biblioteca de los espíritas.

También desde ese punto de vista, es decir, fuera de la revelación de los Espíritus, se tratará la importante cuestión de la *pluralidad de las existencias*, en una obra que en este momento se encuentra en prensa, editada por los señores Didier y Cia. El nombre de su autor, conocido en el ambiente científico, es una garantía de que su libro estará a la altura del tema.

* * *

La voz de ultratumba

Periódico de espiritismo, publicado en Burdeos
bajo la dirección del señor Auguste Bez.

Se trata de la cuarta publicación periódica espírita que aparece en Burdeos, y que nos complace incluir entre las reflexiones que hicimos en nuestro último número acerca de las publicaciones de ese mismo tipo. Desde hace mucho tiempo, conocemos al señor Bez como uno de los firmes sostenedores de la causa. Su bandera es la misma que la nuestra, y confiamos en su prudencia y su moderación. Por lo tanto, este periódico se suma con su voz a los que defienden los verdaderos principios de la doctrina. ¡Bienvenido sea!

Nos anuncian que Marsella pronto tendrá también su periódico espírita.

La multiplicación de estos periódicos especializados dio lugar en nosotros a importantes reflexiones para su propio interés, pero la falta de espacio nos obliga a postergar su publicación para un próximo número.

Allan Kardec



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año VII Número 10 Octubre de 1864

El sexto sentido y la vista espiritual

Ensayo teórico acerca de los espejos mágico

Se denomina *espejos mágicos* a los objetos, por lo general con una superficie brillante, como cristales, placas metálicas, jarras, copas, etc., en los cuales algunas personas ven imágenes de hechos distantes, ocurridos en el pasado, en el presente, e incluso en el futuro, y que les permiten dar respuesta a las preguntas que se les formulan. Este fenómeno no es extremadamente raro: los escépticos lo consideran una creencia supersticiosa, efecto de la imaginación, o prestidigitación, como todo lo que no pueden explicar a través de las leyes naturales conocidas. Lo mismo opinan respecto de los efectos sonambúlicos y mediúmnicos. No obstante, si el hecho existe, esa opinión no podría vencer a la realidad, de modo que es necesario admitir la existencia de una nueva ley, aún desconocida.

Por nuestra parte, no nos ocupamos de este tema hasta ahora –a pesar de los numerosos hechos que nos han referido– porque hemos adoptado como principio afirmar tan

solo aquello que podemos comprender, brindando siempre, en la medida de lo posible, el porqué y el cómo de las cosas, es decir, acompañar el relato con una explicación racional. Habíamos mencionado el hecho a partir del testimonio de personas serias y honorables; no obstante, si bien admitimos la posibilidad del fenómeno, e incluso su realidad, todavía no habíamos visto con suficiente claridad a qué ley podía vincularse para que estuviéramos en condiciones de brindar una solución, razón por la cual nos abstuvimos. Aparte de que los relatos a nuestra disposición podían ser exagerados, en especial les faltaban algunos detalles de observación, sin los cuales era imposible fijar las ideas. En la actualidad, nosotros mismos hemos visto, observado y estudiado, de modo que podemos hablar con conocimiento de causa.

En primer lugar, relataremos sumariamente los hechos que hemos presenciado. No pretendemos convencer a los incrédulos; apenas trataremos de aclarar un punto aún oscuro de la ciencia espírita.

Durante la excursión espírita que realizamos este año, pasamos algunos días en casa del señor de W…, miembro de la Sociedad espírita de París, en el cantón de Berna, en Suiza. El señor W… nos habló acerca de un campesino de los alrededores, tornero de profesión, que poseía la facultad de descubrir manantiales, así como de ver en una copa las respuestas a las preguntas que se le formulaban. Para descubrir los manantiales, a veces recorre los terrenos, empleando la varilla usual en tales casos. Otras veces, sin trasladarse, se vale de su copa e imparte las indicaciones necesarias. Veamos un notable ejemplo de su lucidez.

En la propiedad del señor de W… había un canal muy largo; no obstante, debido a ciertas causas locales, era prefe-

rible que la toma de agua estuviera más cerca. A fin de ahorrarse, si fuera posible, excavaciones inútiles, el señor de W… recurrió al descubridor de manantiales. Este, sin salir de su casa, y con solo mirar en su copa, le dijo: "En el recorrido de las tuberías hay otro manantial; se encuentra a tantos pies de profundidad, debajo de la decimocuarta tubería, a partir de tal punto". La fuente se encontró según lo indicado.

La oportunidad era demasiado favorable para no aprovecharla en interés de nuestra instrucción. Nos dirigimos al hogar de este hombre, con el señor y la señora de W…, y dos personas más. Algunas informaciones acerca de él serán de utilidad. Es un hombre de sesenta y cuatro años, bastante alto, delgado, de buena salud, aunque lisiado, por lo que no se puede movilizar sin hacer un gran esfuerzo. Es protestante, muy religioso, y lee habitualmente la Biblia y libros de oraciones. Su parálisis se debe a una enfermedad que sufrió cuando tenía treinta años. En esa época se despertó en él aquella facultad; y dice que Dios quiso dársela como compensación. Su rostro es expresivo y alegre; su mirada, vivaz, inteligente y penetrante. Solo habla el dialecto alemán de la región, y no entiende una palabra de francés. Está casado y tiene hijos. Vive del producto de la tierra y de su trabajo personal, de modo que, si bien no se encuentra en una posición holgada, tampoco pasa necesidad.

Cuando personas a las que no conoce lo visitan para consultarlo, su primera reacción es la desconfianza. De algún modo, olfatea sus intenciones, y por más que la impresión sea apenas desfavorable, les responde que solo se ocupa de los manantiales, negándose a realizar cualquier experiencia con su copa. Se niega, sobre todo, a responder preguntas cuyo objetivo sea la codicia, como la búsqueda de tesoros, las inversiones riesgosas,

o el cumplimiento de algún propósito perjudicial; en una palabra, a todo lo que pudiera faltar a la honradez y a la cortesía. Él dice que, si se ocupara de esas cosas, Dios le retiraría la facultad. Cuando personas de su confianza le presentan a alguien, y este le resulta agradable, su fisonomía se torna apacible y benévola. Si el motivo de la consulta es serio y útil, se interesa y accede de buen grado a realizar la búsqueda. En cambio, si las preguntas son fútiles y por simple curiosidad, y se dirigen a él como si fuera un decidor de la buenaventura, no responde.

Gracias a la presencia y a la recomendación del señor de W…, tuvimos la satisfacción de estar en condiciones de que nos diera la bienvenida, y no podemos más que alegrarnos por su recibimiento cordial y su buena voluntad.

Este hombre es completamente ignorante en lo que se refiere al espiritismo: no tiene la menor idea de los médiums, ni de las evocaciones, ni de la intervención de los Espíritus, ni de la acción fluídica. Para él, su facultad radica en los nervios, en una fuerza que él no se puede explicar y que nunca intentó explicarse, porque cuando nosotros le pedimos que nos dijera de qué modo veía en su copa, nos pareció que era la primera vez que le prestaba atención a ese punto. Ahora bien, para nosotros, esa cuestión era esencial. Solo después de una sucesión de preguntas, llegamos a comprender su pensamiento, o mejor dicho, a desembrollarlo.

Su copa es un recipiente común, para beber agua, vacío. No obstante, siempre es la misma, y solo la emplea con esa finalidad; no podría usar otra. Ante la posibilidad de que ocurriera un accidente con esa copa, se le indicó dónde podía encontrar otra para reemplazarla. Él la obtuvo y la guarda como repuesto. Cuando hace la pregunta, sostiene la copa en la concavidad de la palma de la mano, y mira en su interior.

Si la copa está apoyada en la mesa, no ve nada. Cuando fija la mirada en el fondo, sus ojos parecen quedar velados por un instante, pero de inmediato recuperan su brillo habitual. Entonces, mirando alternadamente la copa y a sus interlocutores, habla como de costumbre: dice lo que ve, y responde las preguntas, de una manera simple, natural y sin énfasis. En sus experiencias no hace ninguna invocación, no emplea ningún signo cabalístico, no pronuncia fórmulas ni palabras sacramentales. Cuando le hacen una pregunta, concentra –dice él– su atención y su voluntad en el asunto propuesto, mientras mira en el fondo de la copa, donde se forman de inmediato las imágenes de las personas y de las cosas relativas al objeto que lo ocupa. En cuanto a las personas, las describe física y moralmente, como lo haría un sonámbulo lúcido, para que no quede ninguna duda respecto de su identidad. También describe, con mayor o menor precisión, lugares que no conoce. Esto refuta la idea según la cual lo que ve es fruto de su imaginación. Cuando le dijo al señor de W… que el manantial se encontraba a tantos pies debajo de la decimocuarta tubería, sin duda no pudo haber extraído esa información de su propio cerebro. Para que se lo comprenda mejor, de ser necesario, se vale de un pedazo de tiza, con la que traza en la mesa puntos, círculos, líneas de distinto tamaño, para representar a las personas y los lugares a que se refiere, su posición relativa, etc., de modo tal que no necesite volver a describirlos cada vez que los nombra, diciendo: "Este hace tal cosa, o en este lugar ocurre tal otra".

Cierto día, una señora le preguntó acerca de la suerte de una jovencita que había sido raptada por bohemios quince años atrás, sin que se supiera nada de ella desde entonces. A la manera de los sonámbulos, a partir del lugar donde había

ocurrido el hecho, siguió el rastro de la niña a la que decía ver en su copa, y que según él había recorrido los bordes de una gran masa de agua, es decir, el mar. Afirmó que ella vivía, y describió su situación, aunque no pudo precisar el lugar de su residencia, porque –según dijo– todavía no había llegado el momento de que regresara con su madre. Antes hacía falta que ocurrieran determinadas cosas, que él especificó, y entonces una circunstancia fortuita haría que la madre reconociera a su hija. A fin de que pudiera precisar mejor la dirección que se debía seguir para encontrarla, pidió que la próxima vez le llevaran una carta geográfica. Le mostraron esa carta en nuestra presencia, el día que lo visitamos. Sin embargo, como no tiene ninguna noción de geografía, fue preciso explicarle cómo estaban representados el mar, los ríos, las ciudades, las rutas y las montañas. Entonces, puso el dedo en el punto de partida y recorrió el camino que llevaba al lugar en cuestión. A pesar de que había transcurrido algún tiempo desde la primera consulta, recordaba perfectamente todo lo que había dicho, y fue el primero en hablar de la niña antes de que le preguntaran.

Dado que este asunto todavía no se ha esclarecido, no podemos abrir juicio acerca del resultado de sus previsiones. Apenas diremos que, respecto de circunstancias pasadas y conocidas, había visto con absoluta precisión. Solo referimos este hecho como una muestra de su manera de ver.

En lo concerniente a nuestra persona, también pudimos constatar su lucidez. Sin consultarlo con anticipación, e incluso sin que pensáramos en eso, nos habló espontáneamente de una afección que padecemos desde hace algún tiempo, cuyo nombre señaló. Lo notable es que ese nombre es precisamente el que había indicado la sonámbula, señor Roger, a la que habíamos consultado con ese fin seis meses antes.

Este señor no nos conocía, ni de vista ni de nombre, y aunque en su ignorancia le resultaba difícil comprender la naturaleza de nuestros trabajos, mediante perífrasis, imágenes y expresiones propias, logró indicar sin equivocarse el objetivo de estos, su rumbo y su resultado inevitable. Este último punto parecía interesarle muchísimo, porque repetía sin cesar que el hecho debía concretarse, que nosotros estábamos destinados a eso desde el nacimiento, y que nadie podía impedirlo. Por sí solo habló de la persona llamada a continuar la obra después de nuestra muerte, de los obstáculos que algunos individuos tratarían de ponernos en el camino, de las rivalidades celosas y de las ambiciones personales. Designó de una manera inequívoca a los que podían cooperar con nosotros útilmente, y a aquellos de los que debíamos desconfiar, sin dejar de referirse a unos y a otros con una especie de obstinación. Por último, entró en detalles circunstanciados muy precisos, tanto más notables por el hecho de que la mayoría de ellos no habían sido sugeridos por ninguna pregunta, y porque coincidían totalmente con las revelaciones que en varias oportunidades nuestros guías espirituales nos hicieron para nuestro gobierno.

Ese tipo de consultas se apartaba por completo de los hábitos y los conocimientos de este hombre, conforme él mismo lo reconocía. Varias veces repitió: "He dicho aquí muchas cosas que no diría a otros, porque no me comprenderían; pero *él* (refiriéndose a mí) me comprende perfectamente". En efecto, había cosas dichas entre líneas a propósito, y que solo nosotros entendíamos. En eso notamos una señal específica de la benevolencia de los Espíritus buenos que, por ese medio nuevo e inesperado, quisieron confirmarnos las instrucciones que nos habían impartido en otras circunstancias, a la vez que constituía para nosotros un tema de observación y de estudio.

Por consiguiente, hemos comprobado que este hombre se halla dotado de una facultad especial, y que ve realmente. ¿Ve siempre con exactitud? Esa no es la cuestión; basta con que haya visto lo suficiente para comprobar la existencia del fenómeno. La infalibilidad no es dada a nadie en la Tierra, porque nadie goza en ella de la perfección absoluta. ¿De qué modo ve? Ahí radica el punto esencial, que solo se puede deducir de la observación.

Debido a su falta de instrucción y a los prejuicios del medio en el que siempre ha vivido, este hombre posee algunas ideas supersticiosas, que introduce en sus relatos. Así, por ejemplo, cree de buena fe en la influencia que los planetas ejercen en el destino de los individuos, así como en la de los días felices o desdichados. Conforme a lo que había visto de nosotros, seguramente habíamos nacido bajo no sabemos cuál signo; así como debíamos abstenernos de emprender proyectos importantes en determinado día de cierta fase de la luna. Por nuestra parte, no intentamos disuadirlo, pues es probable que no hubiésemos tenido éxito, y solo habría servido para perturbarlo. No obstante, si bien posee algunas ideas falsas, ese no es un motivo para negar su facultad. Por el hecho de que en un costal de trigo haya algunos granos dañados, eso no quiere decir que no los haya buenos; y aunque un hombre no siempre vea con exactitud, de ahí no se sigue que no vea nada.

Cuando comprendió un poco el objetivo y los resultados de nuestros trabajos, preguntó al oído del señor de W…, muy seriamente y con una especie de ansiedad, si por acaso nosotros habíamos encontrado el sexto libro de Moisés. Ahora bien, según la tradición popular de algunas localidades, Moisés habría escrito un sexto libro, que contendría nuevas revelaciones y la explicación de todo lo que resulta confuso en

los cinco primeros. Según esa misma tradición, dicho libro se descubrirá algún día. Si puede haber algo que brinde la clave de las alegorías contenidas en las *Escrituras*, sin duda es el espiritismo, que de ese modo concretaría la idea atribuida al supuesto sexto libro de Moisés. Llama bastante la atención que este hombre haya concebido esa idea.

Un estudio atento de los hechos antes referidos demuestra una completa analogía entre esa facultad y el fenómeno denominado *segunda vista*, *doble vista* o *sonambulismo despierto*, que se describe en *El libro de los Espíritus* (capítulo VIII: "Emancipación del alma"), y en *El libro de los médiums* (capítulo XIV). Su principio radica, pues, en la propiedad radiante del fluido periespiritual, lo cual permite que el alma, en algunos casos, perciba las cosas a distancia, o dicho de otro modo, radica en la *emancipación del alma*, que es una ley de la naturaleza. No son los ojos los que ven, sino el alma, que mediante sus rayos, al alcanzar un punto determinado, ejerce su acción fuera de los órganos corporales y sin el auxilio de estos. Esa facultad, mucho más común de lo que se supone, se presenta con grados de intensidad y con aspectos muy diversos según los individuos: en algunos, se manifiesta como percepción permanente o accidental, más o menos clara, de cosas distantes; en otros, como simple intuición de esas mismas cosas; en otro, por último, como transmisión del pensamiento. Vale señalar que muchos la poseen sin sospecharlo, y sobre todo sin darse cuenta de ello. Es inherente a su ser, y les parece tan natural como la facultad de ver con los ojos. Incluso a menudo confunden esas dos percepciones. Si se les pregunta de qué modo ven, la mayoría de las veces no saben explicarlo de otro modo que como explicarían el mecanismo de la visión ordinaria.

Dado que la cantidad de personas que gozan espontáneamente de esta facultad es la más considerable, de ahí resulta que es independiente de cualquier objeto. La copa de que este hombre se vale es un accesorio que él solamente emplea por hábito, pues nosotros hemos comprobado que en varias circunstancias describía las cosas sin mirar en ella. En nuestro caso, particularmente al referirse a individuos, los indicaba con la tiza, mediante los signos característicos de sus cualidades y su posición. Hablaba acerca de esos signos, mirando la mesa, en la que parecía ver tanto como en la copa, a la que apenas miraba. Sin embargo, para él, es necesaria, lo cual puede explicarse del siguiente modo.

La imagen que él observa se forma en los rayos del fluido periespiritual, que le transmiten su sensación. Dado que su atención se concentra en el fondo de la copa, él dirige hacia ese punto los rayos fluídicos, donde la imagen se concentra naturalmente, como lo haría en cualquier otro objeto: un vaso de agua, una jarra, una hoja de papel, un mapa, o un punto vacío del espacio. Es una manera de fijar el pensamiento y circunscribirlo, y nosotros estamos convencidos de que toda persona que ejerza esa facultad con la ayuda de algún objeto material, con un poco de ejercitación, y si cuenta con la firme voluntad de prescindir de dicho objeto, también vería bien.

De todos modos, aun cuando se admitiera –aunque todavía no se ha demostrado– que el objeto actúa sobre determinadas organizaciones, a la manera de los excitantes, para provocar el desprendimiento fluídico y, por consiguiente, el aislamiento del Espíritu, la experiencia demuestra el hecho fundamental de que no existe ninguna sustancia específica que en tal sentido goce de una propiedad exclusiva. El hombre en cuestión solamente ve en una copa vacía, sostenida con

la palma de su mano, y no puede ver en cualquier otra copa, ni en esa misma copa ubicada en otro lugar. Si la propiedad es inherente a la sustancia y a la forma del objeto, ¿por qué razón dos objetos de la misma naturaleza y forma no poseen esa propiedad para el mismo sujeto? ¿Por qué lo que produce efecto en uno no lo produce en otro? Por último, ¿por qué hay tantas personas que poseen esa facultad sin el auxilio de ningún objeto? Como hemos dicho, ocurre que la facultad es inherente al individuo y no a la copa. La imagen se forma en el propio individuo, o mejor dicho, en los rayos fluídicos que emanan de él. La copa solo aporta, por decirlo de algún modo, el reflejo de esa imagen: es un efecto y no la causa. Tal es la razón por la que no todos ven en lo que se convino en denominar *espejos mágicos*. Para ver no basta con la vista *corporal*, hace falta estar dotado de la facultad denominada *doble vista*, que más exactamente se denominaría *vista espiritual*. Esto es tan cierto, que algunas personas ven perfectamente con los ojos cerrados.

La *vista espiritual* es en realidad el *sexto sentido* o *sentido espiritual* del que tanto se ha hablado, y que, así como los otros sentidos, puede ser más o menos grosero o sutil. Su agente es el fluido periespiritual, del mismo modo que el fluido luminoso es el agente de la vista corporal. Así como la irradiación del fluido luminoso conduce la imagen de los objetos a la retina, la irradiación del fluido periespiritual conduce al alma ciertas imágenes e impresiones. Ese fluido, como todos los otros, tiene sus propios efectos, sus propiedades sui géneris.

Dado que el hombre está compuesto por el Espíritu, el periespíritu y el cuerpo, durante la vida las percepciones y las sensaciones se producen a la vez mediante los sentidos orgánicos y el *sentido espiritual*. Después de la muerte, los sentidos orgá-

nicos se destruyen, pero el periespíritu se conserva, de modo que el Espíritu continúa percibiendo mediante el sentido espiritual, cuya sutileza se incrementa debido al desprendimiento respecto de la materia. De tal modo, el hombre en el que ese sentido está desarrollado, goza con anticipación de una parte de las sensaciones del Espíritu libre. Aunque amortiguado por el predominio de la materia, no por eso el sentido espiritual deja de producir en todos los hombres una infinidad de efectos considerados maravillosos, debido a que no se conoce su principio.

Dado que esa facultad está en la naturaleza, pues depende de la constitución del Espíritu, ha existido desde siempre. Sin embargo, como ocurre con todos los efectos cuya causa es desconocida, la ignorancia la atribuía a causas sobrenaturales. En cuanto a quienes la poseían en un grado eminente, ya que podían decir, saber y hacer cosas que se encontraban más allá del alcance del vulgo, algunos fueron acusados de pactar con el diablo, calificados de hechiceros y quemados vivos; en tanto que otros fueron beatificados como si poseyeran el don de hacer milagros, mientras que en realidad todo se reducía a la aplicación de una ley natural.

Volvamos a los *espejos mágicos*. La palabra *magia*, que antaño significaba *ciencia de los sabios*, ha perdido su significado primitivo debido al abuso que han hecho de ella la superstición y el charlatanismo. En la actualidad, está desacreditada, con razón, y nos parece difícil que se la pueda rehabilitar, por su vínculo con la idea de las operaciones cabalísticas, de los libros de hechicería, de los talismanes y de una infinidad de prácticas supersticiosas, que la sana razón condena. El espiritismo, puesto que rechaza su adhesión a esas pseudociencias, debe evitar apropiarse de términos que podrían falsear la opinión respecto de aquello que le concierne. En el caso que nos

ocupa, la calificación de *mágico* es tan inapropiada como lo sería la de *hechiceros* atribuida a los médiums. La designación de aquellos objetos con el nombre de *espejos espirituales* nos parece más precisa, porque remite al principio en virtud del cual se producen los efectos. Así pues, en la nomenclatura espírita se pueden agregar las expresiones: *vista espiritual*, *sentido espiritual* y *espejos espirituales*.

Puesto que la naturaleza, la forma y la sustancia de esos objetos resultan indiferentes, se comprende que los individuos dotados de la *vista espiritual* vean en la borra del café, en la clara de huevo, en las líneas de las manos o en las cartas, lo que otros ven en una copa, y a veces digan cosas que son ciertas. Esos objetos y sus combinaciones no tienen de por sí ningún significado. No son más que un medio de fijar la atención, un pretexto para hablar, un soporte, por decirlo de algún modo, porque vale señalar que en ese caso el individuo apenas los mira. Con todo, si no estuvieran delante de él, creería que le falta algo; estaría desorientado, como en el caso de nuestro hombre si no tuviera su copa en la mano. Tendría dificultades para hablar, como algunos oradores que no pueden decir nada si no se encuentran en su lugar habitual, o si no tienen sus apuntes a mano, aunque no los lean.

No obstante, si bien hay algunas personas en las que esos objetos producen el efecto de *espejos espirituales*, también existe una inmensa cantidad de individuos que, sin otra facultad más que la de ver con los ojos y poseer el lenguaje convencional destinado a esos signos, engañan a los otros o se engañan a sí mismos, y también hay muchísimos charlatanes que explotan la credulidad. Tan solo la superstición ha podido consagrar el uso de esos procedimientos como medios de adivinación, así como de una cantidad de otros que tampoco

tienen valor, al atribuir una virtud a determinadas palabras, un significado a signos materiales, a combinaciones fortuitas, que no tienen ninguna relación necesaria con el objeto de la consulta o del pensamiento.

Al afirmar que, con la ayuda de tales procedimientos, algunas personas a veces pueden decir cosas que son ciertas, no lo hacemos para rehabilitarlos ante la opinión pública, sino para mostrar que las ideas supersticiosas a veces se originan en un principio auténtico, desnaturalizado por el abuso y la ignorancia. El espiritismo, al dar a conocer la ley que rige las relaciones entre el mundo visible y el mundo invisible, destruye por eso mismo las ideas falsas que se han formado respecto de esas relaciones, como la ley de la electricidad destruyó, no al rayo, sino a las supersticiones engendradas por la ignorancia respecto de las verdaderas causas del rayo.

En resumen, la vista espiritual es uno de los atributos del Espíritu, y constituye una de las percepciones del sentido espiritual. Por consiguiente, es una ley de la naturaleza.

Dado que el hombre es un Espíritu encarnado, posee los atributos del Espíritu y, por consiguiente, las percepciones del sentido espiritual.

En el estado de vigilia, esas percepciones generalmente son vagas, difusas, a veces incluso resultan insensibles e inapreciables, porque se ven amortiguadas por la actividad preponderante de los sentidos materiales. No obstante, podemos decir que cualquier percepción extracorporal se debe a la acción del sentido espiritual que, en ese caso, supera la resistencia de la material.

En el estado de sonambulismo, ya sea natural o magnético, de hipnotismo, de catalepsia, de letargia, de éxtasis, e

incluso durante el sueño ordinario, dado que los sentido corporales se encuentran momentáneamente adormecidos, el sentido espiritual se desenvuelve con más libertad.

Cualquier causa exterior que tienda a embotar los sentidos corporales, provoca por eso mismo la expansión y la actividad del sentido espiritual.

Las percepciones a través del sentido espiritual no están exentas de errores, debido a que el Espíritu encarnado puede hallarse más o menos adelantado y, por consiguiente, más o menos apto para juzgar sanamente las cosas y comprenderlas, y porque todavía se encuentra bajo la influencia de la materia.

Una comparación permitirá que se comprenda mejor lo que ocurre en esa circunstancia. En la Tierra, hasta la persona que tiene la mejor vista puede ser engañada por las apariencias. Durante mucho tiempo, el hombre creyó que el Sol se movía alrededor de la Tierra. Le hicieron falta la experiencia y las luces de la ciencia para darse cuenta de que era juguete de una ilusión. Lo mismo ocurre en el caso de los Espíritus poco adelantados, tanto encarnados como desencarnados: ignoran muchas cosas del mundo invisible, al igual que, por otra parte, algunos hombres inteligentes ignoran muchas cosas de la Tierra. La vista espiritual solo les muestra lo que saben, y no basta para brindarles el conocimiento que les falta. A esto se deben las aberraciones y las excentricidades que tan a menudo se observan en los *videntes* y en los extáticos. Sin contar con el hecho de que su ignorancia los deja, más que a otros, a merced de los Espíritus embusteros que explotan su credulidad, y más aún su orgullo. Por eso sería imprudente aceptar sin control sus revelaciones. No debemos perder de vista que estamos en la Tierra, en un mundo de expiación, en el que abundan los Espíritus inferiores, y en el que los Espíritus realmente supe-

riores son excepcionales. En los mundos adelantados ocurre lo contrario.

¿Se puede considerar que las personas dotadas de vista espiritual sean médiums? Sí y no, según las circunstancias. La mediumnidad consiste en la intervención de los Espíritus. Lo que una persona percibe por sí misma no es un acto mediúmnico. La que posee vista espiritual ve con su propio Espíritu, y nada implica la necesidad de que intervenga otro Espíritu. No es médium porque ve, sino por el hecho de su relación con otros Espíritus. De acuerdo con su naturaleza, buena o mala, los Espíritus que lo asisten pueden facilitar u obstruir su lucidez, y hacer que vea cosas verdaderas o falsas, lo cual depende también del objetivo propuesto, así como de la utilidad que puedan presentar determinadas revelaciones. Aquí, como en los otros géneros de mediumnidad, las preguntas fútiles e indiscretas, las intenciones banales, la codicia y el interés, atraen a los Espíritus frívolos, que se divierten a expensas de las personas demasiado crédulas y se complacen en engañarlas. Los Espíritus serios no intervienen sino en cuestiones serias, y *el vidente mejor dotado no podrá ver nada si no se le permite responder una consulta, o bien puede ser perturbado por visiones ilusorias con el fin de castigar a los curiosos indiscretos*. Aunque posea la facultad, y por más trascendente que esta sea, no siempre es libre de usarla como le plazca. Muchas veces, los Espíritus dirigen su empleo, y si el médium abusa de ella, resulta ser el primer castigado mediante la intromisión de los Espíritus malos.

Resta aclarar un punto importante: la previsión de los acontecimientos futuros. Se comprende la vista de las cosas presentes, así como la vista retrospectiva del pasado, pero ¿de qué modo la vista espiritual puede brindar a ciertos individuos

el conocimiento de lo que aún no existe? Para no ser redundantes, nos remitimos al artículo del mes de mayo de 1864, página 129, acerca de *La teoría de la presciencia*, en el que tratamos las cuestión de una manera completa. Apenas agregaremos algunas palabras. En principio, el futuro se halla oculto para el hombre por motivos que se han explicado varias veces. Solo excepcionalmente se le revela, e incluso puede *presentirlo* más que *predecirlo.* Para que el hombre lo conozca, Dios no le ha brindado ningún medio seguro. Por lo tanto, es en vano que para eso se valga de la infinidad de procedimientos inventados por la superstición, y que el charlatanismo explota en su provecho. Si bien entre los decidores de la buenaventura, profesionales o no, a veces hay algunos que se hallan dotados de la vista espiritual, vale señalar que ven con mucha más frecuencia en el pasado y en el presente que en futuro. Por eso sería imprudente confiar de una manera absoluta en sus predicciones, así como ajustar la conducta en función de ellas.

Transmisión del pensamiento

Lo fantástico en mí

Con este último título, leemos en *La Presse Littéraire* [*La prensa literaria*] del 15 de marzo de 1854, el siguiente artículo, firmado por *Émile Deschamps*:

"Si el hombre solo creyera en lo que comprende, no creería en Dios, ni en sí mismo, ni en los astros que ruedan sobre su cabeza, ni en la hierba que crece bajo sus pies.

"Milagros, profecías, visiones, fantasmas, pronósticos, presentimientos, coincidencias sobrenaturales, etc., ¿qué pensar de todo eso? Los espíritus fuertes[31] responden con dos palabras: *mentiras* o *acaso*; es lo más cómodo. Las almas supersticiosas responden o no. Por mi parte, prefiero a estas almas más que a esos espíritus. En efecto, para tener una imaginación enferma, primero hay que tenerla; mientras que basta con ser elector y abonado de dos o tres periódicos industriales para saber tanto y creer en tan poco como Voltaire. Entonces, me gusta más la locura que la estupidez, la superstición que la incredulidad. Con todo, lo que más prefiero es la verdad, la luz, la razón. Las busco con una fe intensa y un corazón sincero. Analizo todas las cosas y tomo partido por no prejuzgar nada.

"Veamos. Si el mundo material y visible está repleto de impenetrables misterios, de fenómenos inexplicables, ¿por qué se pretende que el mundo intelectual, que *la vida del alma*, que ya tiene algo de milagroso, no tenga también sus fenómenos y sus misterios? ¿Por qué razón un buen pensamiento, una ferviente plegaria, un deseo, no tendrían el poder de generar o de atraer ciertos acontecimientos, bendiciones o catástrofes? ¿Por qué no existirían causas morales, así como existen causas físicas, que no llegamos a comprender? ¿Por qué *los gérmenes de todas las cosas* no serían depositados y fecundados en *la tierra del corazón y del alma*, para brotar más tarde con la forma palpable de los hechos? Ahora bien, cuando Dios, en raras circunstancias y a través de algunos de sus hijos, se digna levantar una punta del velo eterno para colocar en nuestra frente un rayo fugitivo de la antorcha de la pres-

31. *Esprit fort*: incrédulo; persona que se jacta de no adherir a las ideas aceptadas por la mayoría, especialmente en materia de religión. (N. del T.)

ciencia, evitemos gritar que es absurdo, y no blasfememos de tal modo contra la luz y la verdad misma.

"A menudo suelo reflexionar acerca de que a las aves y a otros animales se les ha dado la capacidad de prever y anunciar las tormentas, las inundaciones, los terremotos. A diario los barómetros nos adelantan el clima que habrá mañana. ¿Por qué, entonces, el hombre no podría, a través de un sueño, una visión, alguna señal de la Providencia, ser advertido a veces respecto de algún acontecimiento futuro que fuera de interés para su alma, su vida, su eternidad? ¿Acaso el espíritu no tiene también su atmósfera, cuyas variaciones puede sentir? Por último, sea cual fuere la miseria de lo maravilloso en este siglo demasiado positivo, su encanto y su utilidad se mantendrían si todos los que reflejaran sus débiles luces dirigieran hacia un foco común esos rayos divergentes; si cada uno, después de haber interrogado concienzudamente sus recuerdos, redactara de buena fe y guardara en algunos archivos las actas circunstanciadas de lo que ha experimentado, de las cosas sobrenaturales y milagrosas que le ocurrieron. Tal vez alguien, algún día, analizando los síntomas y los acontecimientos, lograría recomponer en parte una *ciencia perdida*. En tal caso, escribiría un libro que valdría por muchos otros.

"En cuanto a mí, al parecer soy lo que se denomina un *sujeto*, porque he tenido de todo eso en mi vida, tan oscura por otra parte. De modo que soy el primero en depositar aquí mi contribución, persuadido de que esa vista interior siempre tiene algún tipo de interés. Todo lo maravilloso que os brindo, lectores, se ha verificado en mi vida real. Desde que sé leer, todo lo sobrenatural que me ocurre, lo consigno en el papel. Son memorias de un género particular. (…)

"En el mes de febrero de 1846, yo viajaba por Francia. De visita en una gran ciudad, muy rica, fui a dar un paseo por las lujosas tiendas que abundan en ella. Comenzó a llover. Me protegí en el interior de una elegante galería. De repente, quedé inmóvil; mis ojos no podían apartarse de la figura de una joven, que estaba sola detrás de un exhibidor de pequeñas joyas. Era muy bella, pero no era su belleza lo que me paralizaba. No sé qué interés misterioso, qué lazo inexplicable dominaba y retenía todo mi ser. Era una simpatía súbita y profunda, ajena a cualquier tipo de connotación sensual, pero de una fuerza irresistible, como lo *desconocido* en todas las cosas. Un poder sobrenatural me impulsó hacia esa tienda como una máquina. Elegí algunas piezas y las pagué, diciendo: '—Gracias, señorita *Sara*'. La joven me miró un tanto sorprendida. Le dije: '—Os llama la atención que un extraño sepa vuestro nombre, uno de vuestros nombres; pero si *pensáis atentamente en todos ellos*, os los mencionaré sin dudarlo. ¿Lo haréis?' '—Sí, señor –me respondió, sonriendo y temblando a la vez–.' '—¡Muy bien! –le dije, *mirándola fijamente*–. Tus nombres son *Sara*, *Adela*, *Benjamina N*…' '—¡Es cierto! –respondió–.' Y tras algunos segundos de estupor, se puso a reír. Entonces, *vi* que ella pensaba que yo había obtenido esa información en las cercanías, lo que me causó gracia. Pero yo, consciente de mi ignorancia al respecto, quedé impresionado por esa adivinación instantánea.

"El día siguiente, y otros días también, volví corriendo a la preciosa tienda. Mi adivinación se activaba en todo momento. Le pedía a la joven que pensara en algo sin decírmelo, y casi siempre leía de inmediato en su semblante un pensamiento no enunciado. Le pedía que escribiera algunas palabras sueltas con un lápiz y me las ocultara, y después de haberla mirado un minuto, yo escribía las mismas palabras y en el mismo orden.

Leía en su pensamiento como en un libro abierto, pero ella no leía nada en el mío, tal era mi superioridad. Con todo, ella me imponía sus ideas y sus emociones. Si pensara seriamente en un objeto; si repitiera mentalmente las palabras de este escrito, yo adivinaría todo de inmediato. El misterio radicaba entre su cerebro y el mío, no entre mis facultades intuitivas y las cosas materiales. Sea como fuere, entre nosotros se había establecido un vínculo tanto más íntimo por el hecho de que era muy puro.

"Una noche, escuché al oído un voz fuerte que me decía: '¡Sara está enferma; muy enferma!' Corrí a su casa. Había un médico atendiéndola. La noche anterior, Sara había regresado con una fiebre ardiente, y el delirio se había extendido toda la noche. El médico me llamó aparte y me dijo que estaba muy preocupado. Desde mi lugar, yo veía por completo el rostro de Sara; mi intuición se sobrepuso a la inquietud, y en voz baja dije al doctor: '—¿Quisierais saber cuáles son las imágenes de que se ocupa su afiebrado sueño? En este momento, ella cree que está en la Ópera de París, adonde nunca fue; una bailarina corta una rama de cicuta y se la arroja exclamando: ¡Es para ti!' El médico pensó que yo también deliraba. Pocos minutos después, la enferma se despertó torpemente, y sus primeras palabras fueron: '¡Oh! ¡Qué hermosa, la Ópera! Pero ¿por qué esa bella ninfa me arroja esa cicuta?' El médico quedó estupefacto. Entonces, le administró una dosis de cicuta, y Sara se curó en pocos días".

Los ejemplos de transmisión del pensamiento son muy frecuentes, aunque tal vez no de una manera tan característica como en este caso, si bien con formas diferentes. ¡Cuántos fenómenos de este tipo ocurren a diario delante de nosotros,

y que son como los hilos conductores de la vida espiritual, a pesar de lo cual la ciencia no se digna prestarles la menor atención! Por cierto, no todos quienes los rechazan son materialistas; muchos admiten una vida espiritual, pero sin que esta mantenga relaciones directas con la vida orgánica. El día que esas relaciones sean reconocidas como una ley fisiológica, se cumplirá un inmenso progreso, porque entonces solo la ciencia tendrá la clave de una infinidad de efectos misteriosos en apariencia, y que prefiere negar porque no puede explicarlos a su manera y con sus medios, limitados a las leyes de la materia bruta.

Vínculo íntimo de la vida espiritual con la vida orgánica durante la existencia terrenal; destrucción de la vida orgánica y persistencia de la vida espiritual después de la muerte; acción del fluido periespiritual en el organismo; reacción incesante del mundo invisible sobre el mundo visible, y viceversa: tal es la ley que el espiritismo viene a demostrar y que abre horizontes completamente nuevos para la ciencia y para el hombre moral.

¿Cuál es la ley de la fisiología puramente material con la cual se podrían explicar los fenómenos que se corresponden con lo relatado más arriba? Para que el señor Deschamps pudiera leer tan nítidamente el pensamiento de la joven, hacía falta que entre ambos hubiera un intermediario, algún lazo. Si se medita respecto del artículo precedente, se reconocerá que ese lazo no es otro más que la irradiación fluídica que hace posible la vista espiritual, vista que no es obstruida por los cuerpos materiales.

Sabemos que los Espíritus no tienen necesidad del lenguaje articulado: se comprenden sin el auxilio de la palabra, tan solo mediante la transmisión del pensamiento, que es el len-

guaje universal. Lo mismo ocurre a veces entre los hombres, porque los hombres son Espíritus encarnados, y por esa razón gozan en un grado más o menos importante de los atributos y las facultades del Espíritu.

Pero entonces, ¿por qué la joven no leía a su vez el pensamiento del señor Deschamps? Porque en él la vista espiritual se encontraba desarrollada, pero no en ella. ¿Se sigue de ahí que él podía verlo todo, leer en los espejos espirituales, por ejemplo, o ver a distancia a la manera de los sonámbulos? No, porque su facultad solo podía estar desarrollada en un sentido específico, y parcialmente. ¿Podía leer con la misma facilidad el pensamiento de todos? Él no dice nada al respecto, pero es probable que no, porque entre un individuo y otro pueden existir relaciones fluídicas que facilitan esa transmisión, mientras que no existen entre ese mismo individuo y otra persona. Todavía no conocemos sino imperfectamente las propiedades de ese fluido universal, agente poderoso y que desempeña un papel tan importante en los fenómenos de la naturaleza. Conocemos el principio, lo cual ya es bastante para que comprendamos muchas cosas. Los detalles vendrán en su momento.

Tras comunicar el hecho precedente en la Sociedad de París, un Espíritu impartió al respecto la siguiente instrucción:

(Sociedad espírita de París, 8 de julio de 1864.
Médium: señor A. Didier.)

Los ignorantes, y los hay muchos, se llenan de dudas e inquietudes cuando escuchan hablar de los fenómenos espíritas. Según ellos, la Tierra está perturbada, la intimidad del corazón, de los sentimientos, la virginidad del pensamiento, son arrojados a través del mundo para quedar a merced de

cualquiera. El mundo, en efecto, se habría transformado singularmente, y la vida privada ya no tendría cobijo tras la personalidad de cada uno, si todos los hombres pudieran leerse la mente unos a otro.

Un ignorante nos dice con mucha ingenuidad: "Pero la justicia, las persecuciones de la policía, las transacciones comerciales, gubernamentales, podrían ser considerablemente revisadas, corregidas, esclarecidas, etc., con la ayuda de esos procedimientos". Los errores están muy extendidos. La ignorancia tiene la particularidad de que hace olvidar por completo el objetivo de las cosas para impulsar al espíritu inculto a una serie de incoherencias.

Tenía razón Jesús cuando decía: "Mi reino no es de este mundo". Esto significaba también que en este mundo las cosas no suceden como en el reino de Jesús. El espiritismo, que en todo y por todas partes es el espiritualismo del cristianismo, también puede decir a las ambiciosas y a las terroristas ignorancias, que su gran objetivo no es entregar montones de oro a unos, someter la conciencia de un ser débil a la voluntad de otros más fuertes, y reunir la fuerza y la debilidad en un duelo eternamente inevitable e inminente; no. Si el espiritismo proporciona goces, estos son los de la calma, la esperanza y la fe. Si a veces advierte a través de presentimientos, o de la visión adormecida o despierta, lo hace porque los Espíritus saben perfectamente que una acción caritativa y particular no alterará la superficie del globo. Por otra parte, si se observa la marcha de los fenómenos, el mal ocupa allí una parte ínfima. La ciencia funesta parece relegada a los manuales de los viejos alquimistas; y si Cagliostro volviera, por cierto no lo haría provisto de la varita mágica o el frasco encantado, sino con su potencia eléctrica, comunicativa, espiritualista y sonambú-

lica, potencia que todo ser superior posee en sí mismo, y que toca a la vez el corazón y el cerebro.

La adivinación era el don más grande de Jesús, como he dicho recientemente (el Espíritu se refiere a otra comunicación). Destinados a ser superiores, como Espíritus, pidamos a Dios una parte de los rayos que ha concedido a ciertos seres privilegiados, como lo hizo conmigo, y que yo habría podido esparcir más santamente.

Mesmer

Observación. No existe una sola de las facultades concedidas al hombre, de las que este no pueda abusar en virtud de su libre albedrío. La facultad no es mala en sí misma, sino que es malo el uso que se hace de ella. Si los hombres fueran buenos, ninguna de esas facultades sería temible, porque nadie se valdría de ellas para el mal. En el estado de inferioridad en el que los hombres aún se encuentran en la Tierra, no cabe duda de que la penetración del pensamiento –en caso de que fuera general– sería una de las facultades más peligrosas, porque hay mucho que ocultar, y muchos se aprovecharían de ella. No obstante, sean cuales fueren los inconvenientes, si dicha facultad existe, se trata de un hecho que debemos aceptar queramos o no, porque no es posible suprimir un efecto natural. Con todo, Dios, que es soberanamente bueno, ajusta la amplitud de esa facultad a nuestra debilidad; nos la muestra de vez en cuando, para que comprendamos mejor nuestra esencia espiritual, y como advertencia para que trabajemos en nuestra purificación, sin que tengamos necesidad de temerle.

El espiritismo en Bélgica

Ante las reiteradas invitaciones de nuestros hermanos espíritas de Bruselas y de Amberes, consentimos en hacerles una breve visita este año, y tenemos la satisfacción de manifestar que hemos traído la más favorable impresión acerca del desarrollo de la doctrina espírita en ese país. Allí encontramos una mayor cantidad de adeptos de la que esperábamos, sinceros, devotos e instruidos. El afectuoso recibimiento que nos dispensaron en ambas ciudades nos ha dejado un recuerdo imborrable, y los momentos que allí pasamos se cuentan entre los más satisfactorios para nosotros. Dado que no podemos enviar nuestros agradecimientos a cada uno en particular, les rogamos que tengan a bien recibirlos aquí de modo colectivo.

Al retornar a París, hallamos una carta de los miembros de la Sociedad Espírita de Bruselas, la cual nos emocionó profundamente. La conservamos como un precioso testimonio de su simpatía, pero ellos comprenderán fácilmente los motivos que nos impiden publicarla en nuestra *Revista*. No obstante, hay en esa carta una frase que nos impone el deber de ponerla en conocimiento de nuestros lectores, porque el hecho expuesto en ella dice más que extensos párrafos acerca de la manera mediante la cual ciertas personas comprenden el objetivo del espiritismo. Está redactada de la siguiente manera:

"En conmemoración de vuestro viaje a Bélgica, nuestro grupo ha decidido fundar una sala para niños expósitos en la guardería infantil de Saint-Josse-Ten-Noode".

Para nosotros, nada podía ser más halagador que semejante testimonio. La fundación de una obra de beneficencia, en conmemoración de nuestra visita, es una prueba de gran estima, que nos honra mucho más que las más brillantes re-

cepciones que pudiesen halagar el amor propio de su destinatario, pero que no son provechosas para nadie, ni dejan tampoco algún ejemplo que resulte útil.

Amberes se distingue por una mayor cantidad de adeptos y de grupos. Pero allí, al igual que en Bruselas y, además, en todas partes, quienes participan de reuniones en cierto modo oficiales y regularmente constituidas, son una minoría. Las relaciones sociales y las opiniones emitidas en las conversaciones prueban que las simpatías por la doctrina espírita se extienden mucho más allá de los grupos propiamente dichos. Si bien no todos los habitantes son espíritas, allí la idea no encuentra una oposición sistemática; de ella se habla como de algo completamente natural, y no se burlan. Dado que los adeptos, en general, pertenecen a la clase de los grandes comerciantes, nuestra llegada fue una novedad en la Bolsa y monopolizó la conversación, con la misma importancia de la que se atribuye a la llegada de un cargamento.

Varios grupos están compuestos por una cantidad limitada de miembros, y se designan con un título especial y característico: uno de ellos se denomina *La Fraternidad*, otro *Amor y Caridad*, etc. Agreguemos que esos títulos no son para ellos insignias banales, sino divisas que se esfuerzan por justificar.

El grupo *Amor y Caridad*, por ejemplo, tiene como objetivo específico la caridad material, sin perjuicio de las instrucciones de los Espíritus, que en cierto modo constituyen una parte accesoria. Su organización es muy simple y da excelentes resultados. Uno de los miembros tiene el título de *limosnero*, denominación que se corresponde perfectamente con sus funciones de distribuir ayuda a domicilio; en varias ocasiones los Espíritus han indicado los nombres y las direcciones de las personas necesitadas. El nombre *limosnero* ha recuperado

así su significado primitivo, del cual se había singularmente desviado.

Ese grupo cuenta con un médium tiptólogo excepcional, de modo que escribiremos acerca de él un artículo especial.

Aquí no hacemos más que reconocer los muy buenos elementos que constituyen un buen presagio del espiritismo en ese país, donde echó raíces hace poco, lo que no quiere decir que ciertos grupos de allí no hayan tenido, como en otros lugares, desavenencias y decepciones inevitables, pues se trata de la instalación de una idea nueva. En el comienzo de una doctrina, sobre todo tan importante como el espiritismo, es imposible que todos aquellos que se declaran sus partidarios comprendan el alcance, la seriedad y las consecuencias de la misma. Habrá que esperar, pues, el surgimiento de obstáculos puestos en el camino por personas que solo ven la superficie de la doctrina, así como sus ambiciones personales, y para las cuales el espiritismo es más un medio que una sincera convicción, sin aludir a la gente que adopta todas las máscaras para insinuarse con miras a servir a los intereses de los adversarios; porque así como el hábito no hace al monje, el nombre de espírita no hace al verdadero espírita. Más temprano o más tarde, esos espíritas fracasados, cuyo orgullo quedó activo, causan en los grupos roces lamentables y suscitan obstáculos, que siempre son superados con perseverancia y firmeza. Se trata de pruebas para la fe de los espíritas sinceros.

La homogeneidad, la comunión de pensamientos y de sentimientos son, para los grupos espíritas, como para cualquier otro tipo de reuniones, la condición *sine qua non* de estabilidad y de vitalidad. Hacia dicho objetivo deben tender todos los esfuerzos, y se comprende que será tanto más fácil alcanzarlo cuanto menos numerosas sean las reuniones. En

las grandes reuniones es casi imposible evitar la intromisión de elementos heterogéneos que, más temprano o más tarde, siembran allí la cizaña. En las reuniones reducidas, donde todos se conocen y se estiman, donde se está como en familia, el recogimiento es mayor, y la intrusión de los malintencionados es más difícil. La diversidad de los elementos que componen las grandes reuniones hace que estas se vuelvan, por eso mismo, más vulnerables a la intriga subrepticia de los adversarios.

Es preferible, pues, que haya en una ciudad cien grupos de entre diez y veinte adeptos, entre los cuales ninguno se atribuya la supremacía sobre los otros, a una sola sociedad que los reúna a todos. Ese fraccionamiento en nada perjudicará la unidad de los principios, puesto que la bandera es una sola y todos marchan hacia el mismo objetivo. Eso es lo que han comprendido perfectamente nuestros hermanos de Amberes y de Bruselas.

En síntesis, nuestro viaje a Bélgica fue fértil en enseñanzas para el interés del espiritismo; y los documentos que recogimos serán aprovechados oportunamente.

No olvidemos una de las más honrosas menciones para el grupo espírita de Douai, al que visitamos de paso, y un particular testimonio de gratitud por el recibimiento que allí nos dispensaron. Se trata de un grupo familiar, donde la doctrina espírita evangélica es practicada en toda su pureza. En él reinan la más perfecta armonía, la benevolencia recíproca, la caridad en los pensamientos, en las palabras y en las acciones; y se respira una atmósfera de fraternidad patriarcal, exenta de efluvios dañinos, donde los Espíritus buenos se complacen tanto como los hombres; por eso, las comunicaciones reflejan la influencia de ese ambiente ameno. Gracias a la homogeneidad, así como a los escrupulosos cuidados en las admisiones, ese grupo jamás

ha sido perturbado por disensiones ni desavenencias, que otros han padecido. Eso se debe a que todos los que forman parte de él son espíritas de corazón, y nadie procura hacer que prevalezca su personalidad. Los médiums son allí relativamente muy numerosos; todos se consideran simples instrumentos de la Providencia, exentos de orgullo, sin pretensiones personales, de modo que se someten, humildemente y sin ofenderse. al juicio emitido acerca de las comunicaciones que reciben, dispuestos a descartarlas en caso de que se las considere perjudiciales.

Un poema encantador se obtuvo en nuestra intención y con posterioridad a nuestra partida. Agradecemos al Espíritu que lo dictó y a su intérprete. Lo conservaremos como un valioso recuerdo, aunque se trata de esos documentos que no podemos dar a publicidad, y que solo aceptamos a modo de estímulo.

Tenemos la satisfacción de decir que ese grupo no es el único en tales condiciones favorables, y de haber podido constatar que las reuniones verdaderamente serias –aquellas en las que cada uno procura ser mejor, de donde la curiosidad ha sido eliminada–, las únicas que merecen la calificación de *espíritas*, se multiplican a diario. Ofrecen en pequeña escala lo que podrá llegar a ser la sociedad cuando el espiritismo, bien comprendido y universalizado, constituya la base de las relaciones mutuas. Entonces, los hombres ya no tendrán nada que temer unos de otros; la caridad hará que reine entre ellos la paz y la justicia. Tal será el resultado de la transformación que se está produciendo, cuyos efectos la generación futura comenzará a sentir.

* * *

Tiptología rápida e invertida

Hemos dicho que uno de los grupos espíritas de Amberes posee un médium tiptólogo dotado de una facultad especial. Veamos en qué consiste:

Las letras son indicadas por medio de golpes que se ejecutan con uno de los pies de un velador[32], pero con una rapidez casi semejante a la de la escritura, de tal modo que quienes se ocupan de escribirlas a veces tienen dificultad en seguirle el ritmo. Los golpes se suceden como los del telégrafo eléctrico en acción. Nosotros presenciamos un dictado de veinte líneas en menos de quince minutos. No obstante, la mayor particularidad radica en que el Espíritu dicta casi siempre al revés, comenzando por la última letra. El médium obtiene de esa misma manera respuestas a preguntas mentales, y en lenguas que ignora. Asimismo, este médium es psicógrafo, en cuyo caso también escribe al revés y con la misma facilidad. La primera vez que el fenómeno se produjo, los asistentes no le encontraban sentido alguno a las letras dictadas, por lo que supusieron que se trataba de una mistificación. Solo después de una atenta observación, descubrieron el sistema que el Espíritu empleaba. No cabe duda de que se trata de un capricho de este último, pero como todas sus comunicaciones son muy serias, debemos concluir de ahí que en ese hecho hay una intención seria.

Independientemente de la rapidez con la cual los golpes se suceden, la manera de proceder abrevia más aún la operación. Se emplea un velador de tres pies; el alfabeto está dividido en tres series: la primera, de la *a* a la *h*; la segunda, de la *i* a la *p*;

32. En el original: *guéridon*. Mesita redonda con pie central único, apoyado en tres o cuatro pies curvos. (N. del T.)

y la tercera, de la *q* a la *z*. Cada pie del velador corresponde a una de las series, y da la cantidad de golpes necesarios para designar la letra elegida, comenzando por la primera de la serie. De ese modo, para indicar la letra *t*, por ejemplo, en vez de dar veinte golpes, el pie correspondiente a la tercera serie da tan solo cuatro. Aparte del médium, tres personas se ubican ante el velador, una por cada pie, para enunciar la letra indicada en su serie, que constituye para cada persona un pequeño alfabeto, sin que necesite ocuparse de los otros dos. Varias personas escriben las letras a medida que estas se dictan, a fin de que haya un control en caso de error. El hábito de leer al revés les permite a menudo adivinar cómo termina la palabra o la frase que se comenzó a escribir, conforme ocurre con el procedimiento ordinario. En ese caso, el Espíritu confirma o no la deducción, y sigue adelante.

Esta división de las letras, junto con la cooperación de tres personas que en modo alguno pueden ponerse de acuerdo, más la rapidez del movimiento y la indicación de las letras en sentido inverso, hacen que el fraude se torne materialmente imposible, al igual que la reproducción del pensamiento individual. Así pues, la palabra *reproducción*, por ejemplo, se escribirá de esta manera: NOICCUDORPER, y habrá sido deletreada por tres personas diferentes en pocos segundos, a saber: *noi* por la 2.ª, *cc* por la 1.ª, *u* por la 3.ª, *d* por la 1.ª, *o* por la 2.ª, *r* por la 3.ª, *p* por la 2.ª, *e* por la 1.ª, *r* por la 3.ª.

Entre todos los aparatos imaginados para comprobar la independencia respecto del pensamiento del médium, ninguno supera este procedimiento. Es cierto que para eso se requiere la influencia de un médium especial, porque las tres personas que lo asisten no intervienen para nada en la rapidez del movimiento.

En definitiva, este procedimiento solo es realmente útil para convencer a determinadas personas, así como para constatar un fenómeno mediúmnico notable, porque nada puede suplir la facilidad de las comunicaciones escritas.[33]

Un criminal arrepentido[34]

Durante la visita que acabamos de hacer a los espíritas de Bruselas, el siguiente hecho tuvo lugar el 13 de septiembre, en una reunión íntima, de siete u ocho personas, y en la que estuvimos presentes.

Se solicitó a una médium que tomara el lápiz para escribir, y sin que se hubiera hecho ninguna evocación especial, ella comenzó a trazar, con una agitación extraordinaria, en caracteres muy grandes y rasgando violentamente el papel, las siguientes palabras:

"¡Me arrepiento! ¡Me arrepiento! Latour."

Sorprendidos por esta inesperada comunicación, que no había sido provocada, puesto que nadie había pensado en ese desdichado, cuya muerte hasta entonces era ignorada por buena parte de los presentes, dirigimos al Espíritu palabras de aliento y compasión, y luego le hicimos esta pregunta:

"¿Qué motivo os llevó a manifestaros aquí, y no en otro lugar, ya que no os hemos evocado?"

---

33. Véase la sección "Variedades" en el número de diciembre de 1864. (N. del T.)
34. Véase *El Cielo y el Infierno o la justicia divina según el espiritismo*, Segunda parte, Cap. VI. (N. del T.)

La intermediaria, que también era una excelente médium parlante, respondió a viva voz lo que le transmitía el Espíritu:

"Vi que sois almas compasivas y que tendríais piedad de mí, mientras que otros me evocaban más por curiosidad que por verdadera caridad, o bien se apartaban de mí horrorizados."

A continuación comenzó una escena indescriptible que no duró menos de media hora. La médium asoció a la palabra los gestos y la expresión de la fisonomía, de modo que se hizo patente la identificación del Espíritu con su persona. En algunos momentos, los acentos de desesperación eran tan desgarradores que expresaban con gran intensidad su angustia y sus padecimientos. El tono de la voz era tan compungido, y sus súplicas tan vehementes, que todos los presentes quedamos profundamente conmovidos.

Incluso hubo quienes se aterrorizaron por la sobreexcitación de la médium, pero nosotros sabíamos que un Espíritu arrepentido, que implora piedad, no podría ofrecer ningún peligro. Si él se valió de los órganos de la médium, fue porque deseaba describir con más claridad su situación, a fin de que nos interesáramos más por su suerte, y no como los Espíritus obsesores y posesores, que tienden a apoderarse de los médiums para dominarlos. No cabe duda de que esa manifestación le fue permitida para su propio bien, y probablemente también para instrucción de los presentes.

El Espíritu exclamaba: "¡Oh, sí, piedad! ¡Necesito mucho de ella, pues no sabéis cuánto sufro…! No, no lo sabéis, y no podréis comprenderlo… ¡Es horrible…! ¡La guillotina! ¿Qué vale la guillotina comparada con este sufrimiento actual? ¡Nada! Es un instante. Pero este fuego que me devora es peor, es una muerte continua. Es un sufrimiento sin treguas ni reposo… ¡No tiene fin!

"Y mis víctimas están ahí, alrededor mío… para mostrarme sus heridas… ¡Me persiguen con sus miradas…! Están ahí, y las veo a todas… ¡Sí, a todas…! ¡Las veo a todas y no puedo escaparme…! ¡Y este mar de sangre…! ¡Y este oro manchado de sangre…! Todo está ahí… todo… siempre ante mis ojos. ¿No sentís el olor de la sangre…? ¡Sangre, siempre sangre…! Y las pobres víctimas que me imploran…, y yo las hiero… las hiero una y otra vez, siempre… ¡despiadadamente…! ¡La sangre me embriaga!

"Creía que después de la muerte todo habría terminado; por eso afronté el suplicio y al propio Dios, ¡y renegué de Él…! Con todo, cuando me consideraba aniquilado para siempre, qué terrible despertar… ¡Oh, sí, terrible…! Me veía rodeado de cadáveres, de espectros amenazadores… Caminaba con los pies en la sangre… ¡Creía que había muerto, pero estoy vivo…! ¡Vivo para que se repita todo eso! ¡Para verlo incesantemente…! ¡Es horrendo! ¡Es horrible! ¡Más horrible que todos los suplicios de la Tierra!

"¡Oh! ¡Si todos los hombres pudieran saber lo que hay más allá de la vida, sabrían también cuánto cuestan las consecuencias del mal! ¡Por cierto, no habría más asesinos, ni criminales, ni malhechores! Quisiera que todos los asesinos pudieran ver lo que yo veo, y lo que sufro… ¡Oh! ¡Entonces dejarían de serlo, porque este sufrimiento es demasiado horrible!

"Sé perfectamente que lo he merecido, ¡oh, Dios mío!, porque tampoco tuve compasión de mis víctimas. Rechazaba sus manos suplicantes cuando imploraban que fuera indulgente. ¡Sí, he sido cruel, las he matado cobardemente para robarles su oro…! ¡He sido impío y además he blasfemado, renegando de Vuestro sagrado nombre…! *He tratado de engañarme; quería convencerme de que no existíais*… ¡Oh, Dios

mío, soy un terrible criminal! Ahora lo comprendo. Pero… ¿tendréis piedad de mí…? ¡Sois Dios, es decir, la bondad, la misericordia! ¡Sois todopoderoso!

"¡Piedad, Señor! ¡Oh! ¡Piedad! ¡Piedad! Os lo suplico, no seáis inexorable; liberadme de estas miradas odiosas, de estos espectros horribles… de esta sangre… de mis víctimas, *cuyas miradas, como puñaladas, me atraviesan el corazón*.

"Vosotros que estáis aquí, que me escucháis, vosotros sois bondadosos, sois almas caritativas. Así es, lo veo, sé que tenéis piedad de mí, ¿no es verdad? Rogaréis por mí… ¡Oh! ¡Os lo suplico, no me rechacéis! Pediréis a Dios que quite de mi vista este horrible espectáculo. Él os escuchará, porque sois buenos… Os lo imploro, no me rechacéis como yo he rechazado a los otros... ¡Rogad por mí!"

Los presentes, sensibilizados por tanto dolor, le dirigieron palabras de aliento y consuelo. "Dios –le dijeron– no es inflexible, y exige del culpable un arrepentimiento sincero, junto con el deseo de reparar el mal que ha cometido. Puesto que vuestro corazón no está petrificado, y que le pedís el perdón de vuestros crímenes, su misericordia habrá de descender sobre vos, toda vez que perseveréis en la buena resolución de reparar el mal que habéis hecho. Por cierto, no podéis restituir a vuestras víctimas la vida que les habéis arrancado. No obstante, si lo imploráis con fervor, Dios habrá de permitir que os encontréis en una nueva existencia, en la que podréis demostrarles tanta devoción como la crueldad del mal que les habéis hecho. Y cuando Él juzgue que la reparación ha sido suficiente, entraréis en Su gracia. De ese modo, la duración de vuestro castigo está en vuestras manos, y depende de vos abreviarla. Nos comprometemos a ayudaros con nuestras plegarias, y a invocar para vos la asistencia de los Espíritus buenos.

Vamos a pronunciar en vuestro favor la plegaria contenida en *La imitación del Evangelio*[35], destinada a los Espíritus sufridores y arrepentidos. No pronunciaremos la que se refiere a los Espíritus malos, porque desde que os habéis arrepentido, desde que imploráis a Dios y habéis renunciado al mal, sois para nosotros un Espíritu desdichado, pero no malo".

Realizada esa plegaria, y luego de algunos instantes de calma, el Espíritu continuó:

"¡Gracias, Dios mío…! ¡Oh, gracias! Habéis tenido piedad de mí… Los horribles espectros se alejan… No me abandonéis… Enviadme vuestros Espíritus buenos para que me sostengan… Gracias."

Después de esta escena, la médium quedó extenuada durante algunos minutos. Se la veía abatida, y sus miembros estaban doloridos. Al principio apenas tuvo una vaga idea de lo ocurrido, pero poco a poco fue recordando algunas de las palabras que pronunció sin habérselo propuesto. Entonces comprendió que no era ella quien se había expresado.

Al día siguiente, en una nueva reunión, el Espíritu volvió a manifestarse, y reanudó apenas por algunos minutos la escena del día anterior, con la misma gesticulación y la misma expresividad, aunque con menos violencia. Después, a través de la misma médium, escribió con agitación febril las siguientes palabras:

"Gracias por vuestras plegarias. Ahora experimento una mejoría notable. He orado con tanto fervor que Dios me ha concedido un alivio momentáneo. No obstante, aún tendré que ver a mis víctimas… ¡Aquí están! ¡Aquí están…! ¿Veis esta sangre…?"

35. Véase *El Evangelio según el espiritismo*, Capítulo XXVIII. (N. del T.)

(Entonces se repitió la plegaria de la víspera. El Espíritu continuó, dirigiéndose a la médium:)

"Perdonadme, porque me he apoderado de vos. Gracias por el alivio que proporcionáis a mis padecimientos. Perdonad el mal que os he ocasionado, pero tengo necesidad de comunicarme, y sólo vos podéis…

"¡Gracias! ¡Gracias! Ya siento algo de alivio, si bien no he llegado al final de mis pruebas. Pronto volverán mis víctimas. Soy merecedor de ese castigo; pero, Dios mío, sed indulgente.

"Todos vosotros, orad por mí, por piedad."

Latour

Observación. Si bien no contamos con la prueba material de la identidad del Espíritu que se manifestó, tampoco tenemos motivos para dudar de él. En cualquier caso, es evidentemente un Espíritu muy culpable, pero arrepentido, terriblemente infeliz y torturado por el remordimiento. En tal sentido, la comunicación es muy instructiva, porque es imposible ignorar la profundidad y la elevada significación de algunas de las frases que esta comunicación contiene. Además, muestra uno de los aspectos del mundo de los Espíritus castigados, y sobre el cual, no obstante, se extiende la misericordia divina. La alegoría mitológica de las Euménides no es tan ridícula como pareciera, y los demonios, verdugos oficiales del mundo invisible, que las sustituyen en las creencias modernas con sus cuernos y tridentes, son menos racionales que esas víctimas que sirven ellas mismas para castigo del culpable.

Si se admite la identidad de este Espíritu, tal vez cause sorpresa el cambio tan abrupto de su estado moral. Es el caso de lo que ya hemos señalado en otra oportunidad, en cuanto a que

muchas veces un Espíritu brutalmente malo puede tener mejores aptitudes que el que está dominado por el orgullo y que por eso oculta sus vicios bajo el velo de la hipocresía. Ese retorno veloz a mejores sentimientos indica una naturaleza más salvaje que perversa, a la cual sólo le faltaba una buena orientación. Si comparamos su lenguaje con el de otro criminal, al que nos referiremos en la *Revista* de julio de 1864, bajo el epígrafe *Un castigo mediante la luz*, es fácil descubrir cuál de los dos está más adelantado moralmente, a pesar de sus diferencias en cuanto a su instrucción y su posición social. El uno obedece al natural instinto de ferocidad, a una especie de sobreexcitación; mientras que el otro plasma, al perpetrar sus crímenes, la calma y la sangre fría características de las paulatinas y obstinadas maquinaciones, afrontando incluso, después de su muerte, el castigo por orgullo. Este sufre, pero no lo confiesa; en tanto que aquel se somete de inmediato. Con el mismo criterio, también podemos prever cuál de ellos sufrirá durante más tiempo.

ESTUDIOS MORALES

Un golpe de suerte

Leemos en *Le Siècle* [*El Siglo*], del 5 de junio de 1864:

"Un berlinés, el señor X…, poseía una fortuna bastante considerable. Su padre, por el contrario, como consecuencia de varios reveses, había caído en una pobreza absoluta, de modo que se vio obligado a recurrir a la generosidad de su hijo. Este rechazó con dureza la súplica del anciano, que para no morirse de hambre debió solicitar la intervención de

la justicia. El señor X… fue condenado a entregar a su padre una pensión alimentaria. Con todo, el señor X… ya había tomado sus precauciones. Como sabía que, si se negaba a pagar, le confiscarían sus ganancias, tomó la decisión de cederle su fortuna a su tío paterno.

"De tal modo, el desdichado padre se vio privado de su última esperanza. Planteó que la cesión era ficticia, y que su hijo había recurrido a ella tan solo para evitar la ejecución del juicio. Con todo, tenía que demostrarlo, pero no se hallaba en condiciones de iniciar un proceso costoso, pues le faltaba hasta lo indispensable para vivir.

"Un suceso imprevisto lo cambió todo. El tío murió súbitamente, sin dejar un testamento. Como no tenía esposa ni hijos, la fortuna quedó por derecho en poder de su pariente más próximo, es decir, de su hermano.

"Se comprende el resto. En la actualidad, los papeles están invertidos. El padre es rico, y su hijo es pobre. Más que nada, lo que aumenta la exasperación de este último es que no puede invocar el hecho de una cesión ficticia, dado que la ley prohíbe formalmente ese tipo de transacciones".

Podría decirse que si siempre ocurriera esto en relación con el mal, se comprendería mejor la justicia del castigo, pues el culpable, al saber por qué es castigado, también sabría qué es lo que debe corregir en sí mismo.

Los ejemplos de castigos inmediatos son menos raros de lo que se supone. Si nos remontáramos al origen de todas las vicisitudes de la vida, casi siempre veríamos en ellas la consecuencia natural de alguna falta cometida. El hombre recibe en todo momento terribles lecciones, de las que lamentablemente saca poco aprovecho. Enceguecido por la pasión, no ve que

lo hiere la mano de Dios. Lejos de asumir la responsabilidad de sus propios infortunios, acusa a la fatalidad, a la mala suerte. Muy a menudo se irrita más de lo que se arrepiente, por lo que no nos sorprende que el hijo mencionado más arriba, en vez de reconocer su equivocación, cultivando mejores sentimientos respecto del padre, haya incrementado la animosidad en contra de este. Ahora bien, ¿qué le pide Dios al culpable? El arrepentimiento y la reparación *voluntaria*.

Para inducirlo a eso, Dios multiplica alrededor suyo, durante su vida, toda clase de advertencias: desgracias, decepciones, peligros inminentes, en una palabra, todo lo que resulte adecuado para que reflexione. Si a pesar de eso su orgullo resiste, ¿no es justo que sea castigado más tarde? Es un grave error suponer que el mal a veces quede completamente impune en la vida actual. Si supiéramos todo lo que le ocurre al malo más próspero en apariencia, nos convenceríamos de esta verdad: no existe una sola falta en esta vida, una sola mala inclinación, y más aún, un solo pensamiento malo, que no tenga su contrapartida. De ahí se sigue esta consecuencia: si el hombre sacara provecho de las advertencias que recibe, si se arrepintiera y reparara ya en esta vida, satisfaría la justicia de Dios, y ya no tendría que expiar ni reparar, sea en el mundo de los Espíritus, sea en una nueva existencia. Por lo tanto, si en esta vida hay quienes padecen las consecuencias de su existencia precedente, es porque tienen que pagar una deuda que aún no han saldado. Si el hijo en cuestión llegara a morir en la impenitencia, comenzará por sufrir en el mundo de los Espíritus el castigo del remordimiento; será un Espíritu infeliz, porque habrá violado la ley que le decía: "Honra a tu padre y a tu madre". Con todo, Dios, que es soberanamente bueno a la vez que soberanamente justo, le permitirá que

reencarne para reparar; le brindará tal vez el mismo padre y, en su bondad, le ahorrará el humillante recuerdo del pasado. No obstante, el culpable llevará consigo la intuición de las decisiones que haya tomado, la voluntad de hacer el bien en vez del mal, y la voz de la conciencia le dictará su conducta. Luego, cuando regrese al mundo de los Espíritus, Dios le dirá: "Ven a mí, hijo mío; tus faltas han sido borradas". En cambio, si fracasa en esa nueva prueba, tendrá que volver a comenzar, hasta que se haya despojado por completo del hombre viejo.

Por consiguiente, dejemos de ver un misterio inexplicable en las miserias que sufrimos a causa de las faltas cometidas en una existencia anterior, y consideremos que de nosotros depende evitarlas mediante la obtención del perdón ya en esta vida. Dios no hará que paguemos una segunda vez las deudas que hemos saldado. Pero si nos mantenemos sordos a sus advertencias, entonces Él nos exigirá hasta el último óbolo, aunque hayan pasado varios siglos o varios miles de años. En tal sentido, no exige vanos simulacros, sino la reforma radical del corazón. La morada de los elegidos solo está abierta para los Espíritus purificados; cualquier mancha impide el acceso. Todos pueden entrar, pero cada uno debe hacer lo necesario para lograrlo, tarde o temprano, conforme a sus esfuerzos y su voluntad; porque Dios no le dice a nadie: "¡No te purificarás!"

* * *

Una venganza

Nos escriben desde Marsella:

"El señor X…, uno de los comerciantes más distinguidos de nuestra ciudad, estimado por todos, acaba de pegarle un

tiro al vicario de Saint-Barnabé. El pasado lunes, el señor X… se enteró por una carta anónima de que su mujer mantenía relaciones íntimas con dicho sacerdote. Los detalles circunstanciados no dejaban lugar a duda respecto de la magnitud de su desgracia. Llegó a su casa y averiguó entre el personal doméstico. Mucama, criados, jardinero, cochero, etc., le confesaron todo lo que sabían. El romance llevaba quince meses. El señor X… era el hazmerreír de todo el barrio, y el único que no sospechaba nada. Tras esa averiguación, le disparó al vicario". (*Le Siècle* del 7 de junio de 1864.)

¿Quién es más culpable en este triste caso: la mujer, el marido o el sacerdote? ¿Acaso será la mujer, que, engañada con piadosos sofismas, probablemente se consideró sin culpa, por la condición de su amante cómplice, y tranquila ante la expectativa de una absolución fácil? ¿Será el marido, que, cediendo a un impulso de indignación, no pudo dominar su cólera? ¿O será el sacerdote, que, con sangre fría y premeditación, faltó a sus votos, abusó de su posición, traicionó la confianza para sembrar el desorden, la desesperación y la desunión en una familia honorable? La conciencia pública pronunció su veredicto. No obstante, más allá del hecho material, hay consideraciones de mayor gravedad.

Una filosofía de conciencia elástica tal vez encuentre una excusa en los impulsos de las pasiones, y se limite a reprobar las promesas imprudentes del sacerdote. Admitamos eso, si se quiere, ya no como una excusa, sino como una circunstancia atenuante desde el punto de vista de los hombres carnales; pero no deja de existir un abuso de confianza y del ascendiente que el culpable ejercía por su condición; la fascinación que causaba en su víctima, al abrigo de su hábito sagrado. Ahí

radica la falta, el crimen, que si no es castigado por la justicia de los hombres, lo será sin duda por la justicia de Dios.

Ahora bien, quince meses eran tiempo más que suficiente para que pudiera reflexionar y recuperara el sentimiento de sus deberes. ¿Qué hacía en ese lapso? Enseñaba a la juventud las verdades de la religión; predicaba las virtudes del Cristo, la castidad de María, la eternidad de las penas contra los pecadores; alivianaba o agravaba las faltas ajenas según su propio juicio. ¡Él, el refractario a los mandamientos divinos que condenan lo que hacía, era el dispensador infalible de la inflexible severidad o de la misericordia de Dios! ¿Se trata de un caso aislado? ¡Ah! Lamentablemente, la historia de todos los tiempos está ahí para demostrar lo contrario. Aquí no tomamos en cuenta al individuo, y nos detenemos tan solo en el principio que da lugar a la incredulidad y que mina sordamente el elemento religioso. Se dice que el poder absolutorio del sacerdote es independiente de su conducta personal. De acuerdo, no discutiremos ese punto, aunque resulta extraño que un hombre –que por sus infamias es merecedor del Infierno– pueda abrir o cerrar las puertas del Paraíso según le plazca, toda vez que los excesos suelen privarlo por completo de la lucidez de sus ideas. Si el temor a las penas eternas no impide que quienes pregonan los mandamientos de Dios falten a esos mandamientos y sigan el camino del mal, es porque ellos mismos no creen en tales penas. La primera condición para inspirar confianza sería predicar con el ejemplo.

VARIEDADES

Sociedad alemana de buscadores de tesoros

En varios periódicos franceses y del extranjero hemos leído el siguiente artículo:

"Los espíritas acaban de reclutar nuevos adeptos en Alemania. Un médico de Zittau, un tal Berthelen, autor de un opúsculo sobre las *mesas giratorias*, organizó una sociedad cuyo nombre es *Asociación de buscadores de tesoros*, y que tiene por finalidad explorar el suelo de las localidades que supuestamente contienen tesoros enterrados. Las operaciones de la empresa son conducidas por una de las sonámbulas más lúcidas, la señora Louise Ebermann, y comenzaron con excavaciones que se realizan diariamente a una hora determinada en una plantación de tabaco, en la que estaría oculta una suma de 400.000 táleros (1.500.000 francos). La Sociedad cuenta apenas con siete u ocho miembros que forman parte de los trabajos, y hasta ahora sus tareas se limitan a formular plegarias en común y a revisar, con un determinado ceremonial, la tierra removida del suelo en el que se espera descubrir el bendito tesoro".

Es realmente curioso ver la premura con que algunos periódicos reproducen todo lo que según ellos puede contribuir al descrédito del espiritismo. El más ínfimo suceso desgraciado o ridículo, al cual con o sin razón se le asocia la palabra *espírita*, de inmediato se replica en todas partes, con variantes más o menos ingeniosas, sin la menor preocupación por la verdad. Hasta los bulos más inverosímiles son aceptados con una seriedad realmente cómica. Con la aparición de los espectros en los teatros, todos repitieron a porfía que el espiritis-

mo había tocado fondo y que sus artilugios más importantes por fin se habían descubierto. Toda vez que un charlatán, un saltimbanqui, un decidor de la buenaventura, se define a sí mismo como espírita, de inmediato los adversarios del espiritismo lo señalan como un representante de dicha doctrina. ¿Qué resultó de todo eso? La repercusión de esa palabra y, de ahí, el deseo de conocer su contenido. También, el ridículo para los burlones que hablan livianamente de lo que no saben; el odio hacia los calumniadores; y como consecuencia, el incremento de la cantidad de adeptos serios: los únicos que cuentan entre los espíritas.

El artículo en cuestión pertenece a la categoría que acabamos de mencionar. El autor se desmiente a sí mismo cuando afirma que las exploraciones se realizan con la ayuda de una de las sonámbulas más lúcidas; por lo tanto, sin el auxilio de los Espíritus. ¿En qué se basa para decir que se trata de una asociación de espíritas? En lo que el fundador de esa sociedad escribió en un opúsculo acerca de las mesas giratorias. ¿Se sigue de ahí que ese señor sea espírita? De ninguna manera, porque en la época de las mesas giratorias apenas se conocían los rudimentos de la ciencia espírita. Además, si conociera el espiritismo, sabría que los Espíritus no pueden favorecer ninguna búsqueda de esa naturaleza.

Desde que se lo conoce, el sonambulismo ha sido empleado en el descubrimiento de tesoros, pero hasta ahora nadie logró otra cosa más que gastar dinero en excavaciones inútiles, como hicieron antaño los buscadores de la piedra filosofal. Nosotros le auguramos la misma suerte a esta nueva empresa. Cuando se supo que los Espíritus podían comunicarse, una de las primeras ideas que surgieron, muy lógica por cierto, fue que se los podría utilizar para todo tipo de especulacio-

nes; pero no se tardó en reconocer que, con ese fin, solo se obtenían mistificaciones. Para eso había una razón, que los propios Espíritus señalaron. De tal modo, en la actualidad no hay un solo espírita esclarecido que pierda su tiempo en perseguir tales quimeras, porque todos saben que Dios no brinda a los hombres esa clase de medios para enriquecerse, y que esa es la razón por la cual no permite que los Espíritus hagan revelaciones de ese tipo.

Así pues, el autor del artículo procedió abusivamente al colocar a la Asociación alemana de buscadores de tesoros bajo el patrocinio del espiritismo. La doctrina espírita no recluta sus adeptos entre los que ven a los Espíritus apenas como servidores de la ambición, de la codicia y de los intereses materiales, sino entre quienes la consideran una causa de mejoramiento moral.

Para una instrucción más amplia al respecto, remitimos a *El libro de los médiums*, capítulo XXVI: "Preguntas que se pueden formular a los Espíritus" (§ 291: "Preguntas sobre intereses morales y materiales"; § 294: "Preguntas sobre invenciones y descubrimientos", y § 295: "Preguntas sobre tesoros ocultos").

* * *

Un cuadro espírita en la exposición de Amberes

Durante nuestra estadía en Amberes, visitamos la exposición de pintura de esa ciudad, en la que hemos admirado obras realmente notables de pintores nacionales. Con inmenso placer, vimos exhibidos con honores dos cuadros de nuestro colega de la Sociedad de París, el señor Wintz (63, rue de Clichy): *El regreso de las vacas* y un *Claro de luna*. Pero

lo que nos llamó particularmente la atención fue un cuadro que figuraba en el catálogo con este nombre: *Escena de interior de campesinos espíritas*. Dentro de un establo, tres individuos con atuendo flamenco están sentados alrededor de un enorme tajo, sobre el que apoyan las manos con la actitud de quienes hacen mover las mesas. En sus rostros, atentos y concentrados, se advierte que toman en serio su actividad. Otros personajes, hombres, mujeres y niños, forman diversos grupos: algunos observan con ansiedad el movimiento inicial del enorme mueble, en tanto que otros sonríen con aire de escepticismo. Esta pintura, que no deja de ser meritoria en cuanto a su ejecución, resulta original y auténtica. Si exceptuamos el cuadro *mediúmnico* que figuraba como tal en la exposición de las artes de Constantinopla (véase la *Revista* de julio de 1863, pág. 209), esta es la primera vez que el espiritismo aparece tan claramente expuesto en una obra de arte, lo cual ya es un comienzo.

* * *

Allan Kardec

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año VII Número 11 Noviembre de 1864

El espiritismo es una ciencia positiva

Discurso del señor Allan Kardec
a los espíritas de Bruselas y de Amberes, en 1864.

Publicamos este discurso a pedido de una gran cantidad de personas que nos manifestaron el deseo de conservarlo, y porque tiende a hacer que el espiritismo sea considerado desde un aspecto en cierto modo nuevo. La *Revista Espírita* de Amberes lo reprodujo integralmente.

Señores y queridos hermanos espíritas:

Me complace daros este título porque, si bien no tengo el privilegio de conocer a todas las personas que se han hecho presentes en esta reunión, quiero creer que aquí estamos en familia, en comunión de pensamientos y de sentimientos. Y aunque admitiera que no todos los presentes fuesen simpatizantes de nuestras ideas, no dejaría de integrarlos en el sentimiento fraternal que debe animar a los verdaderos espíritas para con todos los hombres, sin distinción de opiniones.

No obstante, me dirijo más especialmente a nuestros hermanos de creencia, para expresaros la satisfacción que siento de encontrarme entre vosotros, así como para ofrecerles, en nombre de la Sociedad de París, un saludo de confraternidad espírita.

Ya había obtenido la prueba de que el espiritismo cuenta, en esta ciudad, con numerosos adeptos serios, devotos e instruidos, que comprenden perfectamente el objetivo moral y filosófico de la doctrina espírita; sabía que aquí encontraría corazones simpáticos, y este ha sido un motivo determinante para que yo correspondiese a la insistente y gentil invitación que se me hizo a través de varios de vosotros, a fin de que realizara una breve visita este año. La recepción tan amable y cordial que recibí hará que me lleve de mi estadía el más agradable recuerdo.

Por cierto, tendría el derecho de vanagloriarme por la recepción que se me dispensa en los diferentes centros que visito, si no supiese que esos testimonios están dirigidos mucho menos al hombre que a la doctrina espírita, de la cual soy apenas un humilde representante, y deben ser considerados como una profesión de fe, una adhesión a nuestros principios. Así los recibo, en lo que me concierne personalmente.

Por lo demás, si los viajes que hago de tanto en tanto a los centros espíritas, solo debiesen tener como resultado una satisfacción personal, los consideraría inútiles y me abstendría de ellos. Con todo, además de que contribuyen a estrechar los lazos de fraternidad entre los adeptos, también tienen la ventaja de proporcionarme elementos de observación y de estudio, siempre valiosos para la doctrina espírita. Independientemente de los hechos que pudieran servir para el progreso de esa ciencia, ahí reúno los materiales de la historia futura del

espiritismo, los documentos auténticos sobre el movimiento de la idea espírita, los elementos más o menos favorables o contrarios que esta encuentra según las localidades, la fuerza o la debilidad y las maniobras de sus adversarios, los medios de combatir a estos últimos, el esmero y la dedicación de sus auténticos defensores.

Entre estos últimos, deben colocarse en posición destacada todos los que militan por la causa espírita con coraje, perseverancia, abnegación y desinterés, sin una segunda intención personal, pues buscan el triunfo de la doctrina por la doctrina misma, y no por la satisfacción de su amor propio; así como todos aquellos que, mediante su ejemplo, demuestran que la moral espírita no es una palabra vana, y se esfuerzan por justificar esta notable afirmación de un incrédulo: *Con una doctrina así, no se puede ser espírita si no se es hombre de bien.*

No hay un centro espírita donde yo no haya encontrado una cantidad más o menos considerable de esos pioneros de la obra, de esos roturadores de terreno, de esos luchadores infatigables que, sustentados por una fe sincera y esclarecida, así como por la conciencia de cumplir un deber, no se desaniman ante ninguna dificultad y consideran su dedicación como una deuda de reconocimiento por los beneficios morales que han recibido del espiritismo. ¿Es justo que queden perdidos para nuestros descendientes los nombres de aquellos con los cuales la doctrina se honra, y que un día no puedan ser inscriptos en el monumento a los espíritas?

Lamentablemente, al lado de estos, en algunas ocasiones se encuentran los rebeldes de la causa, los impacientes, que, por no calcular el alcance de sus palabras y de sus actos, pueden comprometerla; los que, incitados por un celo irreflexivo, por ideas intempestivas y prematuras, sin proponérselo dan armas

a nuestros adversarios. Después vienen aquellos que, como no consideran al espiritismo más que por la superficie, *sin que sean tocados en el corazón*, con su propio ejemplo dan una falsa opinión acerca de sus resultados y de sus tendencias morales.

Ese es, indiscutiblemente, el mayor escollo con que se encuentran los sinceros propagadores de la doctrina espírita, pues muchas veces ven la obra, que con tanto esfuerzo iniciaron, destrozada por aquellos mismos que deberían secundarlos. Está demostrado que al espiritismo le ponen más obstáculos aquellos que lo comprenden mal que quienes no lo comprenden en absoluto, e incluso más que sus enemigos declarados. Y es de destacar que aquellos que lo comprenden mal tienen, por lo general, la pretensión de comprenderlo mejor que los otros; de modo que no es raro ver a neófitos que, al cabo de algunos meses, pretenden dar lecciones a quienes han adquirido experiencia mediante estudios serios. Tal pretensión, que revela orgullo, es de por sí una prueba evidente de su ignorancia acerca de los verdaderos principios de la doctrina espírita.

No obstante, los espíritas sinceros no deben desanimarse, pues estamos ante las consecuencias de una etapa de transición. Las ideas nuevas no pueden instalarse de repente y sin dificultades. Como necesitan arrasar las ideas antiguas, forzosamente encuentran adversarios que las combaten y las rechazan, sin contar a las personas que las adoptan en sentido contrario, que las exageran o pretenden adaptarlas a sus gustos y opiniones personales. Con todo, llega un momento en que las ideas contradictorias caen por sí mismas, cuando los verdaderos principios son conocidos y comprendidos por la mayoría. Ya veis lo que ha sucedido con los sistemas aislados que surgieron en el origen del espiritismo: todos cayeron ante la observación más rigurosa de los fenómenos, o ape-

nas encuentran a algunos de esos partidarios tenaces, que en todo se aferran a sus ideas primitivas, sin dar un paso hacia adelante. La unidad se consolidó en la creencia espírita con mucha mayor rapidez de la que se esperaba. Eso se debe a que los Espíritus, en todos los puntos, han venido a confirmar los principios verdaderos; de modo que hoy, entre los adeptos del mundo, existe una opinión predominante que, si bien no goza aún de unanimidad absoluta, es sin dudas la de la inmensa mayoría. De ahí se deduce que aquel que pretenda marchar en sentido contrario a esta opinión, al encontrar escaso o ningún eco, se condenará al aislamiento. Ahí está la experiencia para demostrarlo.

A fin de remediar el inconveniente que acabo de mencionar, es decir, para prevenir las consecuencias de la ignorancia y de las falsas interpretaciones, es preciso un mayor empeño en la divulgación de las ideas correctas, así como en la formación de adeptos instruidos, cuya cantidad creciente neutralizará la influencia de las ideas erróneas.

El objetivo principal de mis visitas a los centros espíritas es, naturalmente, auxiliar en sus tareas a nuestros hermanos en creencia. De ese modo, aprovecho para trasmitirles, tanto como me es posible hacerlo, las instrucciones que pudieran necesitar en lo que respecta al desarrollo teórico y a la aplicación práctica de la doctrina espírita. Dado que la finalidad de esas visitas es seria, y exclusivamente en función del espiritismo, no voy en busca de ovaciones, que no son de mi gusto ni se corresponden con mi carácter. Mi mayor satisfacción es encontrarme con amigos sinceros, devotos, con los cuales podemos conversar sin coacciones, e instruirnos mutuamente a través de una discusión amistosa, a la que cada uno contribuye con sus propias observaciones.

En esos viajes no voy a predicar a los incrédulos; nunca convoco al público para catequizarlo; en una palabra, no voy a hacer propaganda. Solo concurro a las reuniones de adeptos en las cuales mis consejos son apreciados y pueden resultar de utilidad; los doy de buen grado a quienes creen que los necesitan, y me abstengo ante los que se juzgan suficientemente instruidos para prescindir de ellos. Solo me dirijo a los hombres de buena voluntad.

Si en esas reuniones se introdujeran, excepcionalmente, personas atraídas apenas por la curiosidad, quedarían decepcionadas, porque allí no encontrarían nada que pudiera satisfacerlas; y en caso de que estuviesen animadas de algún sentimiento hostil o denigrativo, el carácter eminentemente serio, sincero y moral de la asamblea, así como de los asuntos tratados en ella, les quitaría todo pretexto admisible para su malevolencia. Tales son los pensamientos que expreso en las diversas reuniones a las cuales soy invitado a concurrir, a fin de que nadie se equivoque acerca de mis intenciones.

Manifesté, al comienzo, que yo no era más que el representante de la doctrina espírita. Algunas de las explicaciones acerca de su verdadero carácter, naturalmente llamarán vuestra atención en torno a un punto esencial, que hasta ahora no ha sido considerado suficientemente. En verdad, al ver la rapidez de los progresos de esta doctrina, habría más gloria para mí si me declarara su creador; mi amor propio encontraría allí su remuneración. Pero no debo hacer que mi parte sea más importante de lo que es; lejos de lamentarlo, me felicito, porque de lo contrario el espiritismo sería solamente una concepción individual, que podría ser más o menos correcta, más o menos ingeniosa, pero que por eso mismo perdería su autoridad. Podría tener partidarios, tal vez hiciese escuela, como muchas

otras, pero con toda seguridad no habría adquirido en unos pocos años el carácter de universalidad que lo distingue.

Ese es un hecho fundamental, señores, que debe ser proclamado bien alto. No, el espiritismo no es una concepción individual, un producto de la imaginación; no es una teoría, un sistema inventado para la necesidad de una causa. Su fuente se halla en los fenómenos de la propia naturaleza, en hechos positivos, que se producen a cada instante ante nuestros ojos, pero cuyo origen no se sospechaba. Es, pues, el resultado de la observación. En una palabra, el espiritismo es una ciencia: la ciencia de las relaciones entre el mundo visible y el mundo invisible; ciencia aún imperfecta, pero que se completa todos los día mediante nuevos estudios y que, tened la certeza, ocupará su lugar al lado de las ciencias *positivas*. Digo *positivas*, porque toda ciencia que se basa en fenómenos es una ciencia positiva, y no puramente especulativa.

El espiritismo no ha inventado nada, porque no es posible inventar lo que está en la naturaleza. Newton no inventó la ley de la gravitación: esa ley universal existía antes de él. Cada uno la aplicaba y sentía sus efectos, aunque no se la conociera.

El espiritismo, por su parte, viene a mostrar una nueva ley, una nueva fuerza de la naturaleza: la que reside en la acción del Espíritu sobre la materia; una ley tan universal como la de la gravitación o la de la electricidad, pese a que todavía es ignorada y negada por ciertas personas, como lo han sido las otras leyes en la época en que fueron descubiertas. Sucede que los hombres tienen generalmente dificultad para renunciar a sus ideas preconcebidas y, por amor propio, les cuesta reconocer que estaban equivocados, o que otros hayan podido encontrar lo que ellos mismos no habían encontrado.

Pero como, en definitiva, esta ley se basa en hechos, y contra los hechos no hay negación que pueda prevalecer, deberán rendirse ante la evidencia, así como los más recalcitrantes lo hicieron en cuanto al movimiento de la Tierra, a la formación del planeta y a los efectos del vapor. Por más que acusen de ridículos a los fenómenos, no pueden impedir la existencia de aquello que es.

Así pues, el espiritismo buscó la explicación de los fenómenos de un cierto orden que, en todas las épocas, se han producido de modo espontáneo. Pero, sobre todo, lo que lo favoreció en esas investigaciones es que le ha sido dado, hasta cierto punto, el poder de producirlos y de provocarlos. Encontró en los médiums instrumentos adecuados a tal efecto, como el físico encontró en la pila y en la máquina eléctrica los medios para reproducir los efectos del rayo. Se comprende que esto es apenas una comparación; no pretendo establecer una analogía.

No obstante, cabe aquí una consideración de suma importancia: en sus investigaciones, el espiritismo no procedió por medio de hipótesis, conforme se lo acusa. No supuso la existencia del mundo espiritual para explicar los fenómenos que tenía ante su vista, sino que procedió por medio del análisis y de la observación: *de los hechos se remontó hasta la causa, y el elemento espiritual se le presentó como una fuerza activa; solo lo proclamó después de haberlo constatado.*

De ese modo, la acción del elemento espiritual, como potencia y como ley de la naturaleza, abre nuevos horizontes a la ciencia, proporcionándole la clave de una infinidad de problemas que no eran comprendidos. Con todo, si bien el descubrimiento de leyes puramente materiales produjo en el mundo revoluciones materiales, el descubrimiento del elemento espi-

ritual prepara en el mundo una revolución moral, pues cambia completamente el curso de las ideas y de las creencias más arraigadas; muestra la vida desde otro aspecto; acaba con la superstición y el fanatismo; engrandece el pensamiento. Así, el hombre, en vez de arrastrarse en la materia y de circunscribir su vida entre el nacimiento y la muerte, se eleva a lo infinito; sabe de dónde viene y hacia dónde va; ve un objetivo para su trabajo, para sus esfuerzos, así como una razón de ser para el bien; sabe que no perderá nada de lo que adquiera en la Tierra, en cuanto a saber y moralidad, y que su progreso continúa indefinidamente más allá de la tumba; sabe que hay siempre un porvenir para él, sean cuales fueren la insuficiencia y la brevedad de la existencia presente, mientras que la idea materialista, al circunscribir la vida a la existencia actual, le da como perspectiva la nada, que no es compensada siquiera por la duración, que nadie puede aumentar a voluntad, ya que podemos caer mañana, dentro de una hora, y entonces el fruto de nuestras labores, de nuestras vigilias, de los conocimientos adquiridos, estará perdido para nosotros de modo definitivo, muchas veces sin que hayamos tenido tiempo de disfrutarlo.

El espiritismo –reitero–, al demostrar, no mediante hipótesis, sino con hechos, la existencia del mundo invisible y el porvenir que nos aguarda, modifica por completo el curso de las ideas; confiere al hombre la fuerza moral, el coraje y la resignación, porque este ya no trabaja solo por el presente sino para el porvenir, y sabe que si no goza hoy, lo hará mañana. Asimismo, al demostrar la acción del elemento espiritual sobre el mundo material, el espiritismo amplía el dominio de la ciencia y, por eso mismo, abre una nueva vía para el progreso material. Entonces, el hombre tendrá una base sólida para la instalación del orden moral en la Tierra; comprenderá mejor

la solidaridad que existe entre los seres de este mundo, ya que esa solidaridad se perpetúa indefinidamente. La fraternidad deja de ser una palabra vana; aniquila al egoísmo en vez de ser aniquilada por él. Así, de manera completamente natural, el hombre imbuido de estas ideas adaptará a ellas sus leyes y sus instituciones sociales.

El espiritismo conduce inevitablemente a esta reforma. De tal modo, por la fuerza de las circunstancias, se realizará la revolución moral que debe transformar a la humanidad y cambiar la faz del mundo, y eso simplemente por el conocimiento de una nueva ley de la naturaleza, que da otro curso a las ideas, una finalidad a esta vida, un objetivo a las aspiraciones del porvenir, y hace que las cosas sean consideradas desde otro punto de vista.

Si los detractores del espiritismo –me refiero a los que militan por el progreso social, a los escritores que predican la emancipación de los pueblos, la libertad, la fraternidad y la reforma de los abusos– conociesen las verdaderas tendencias del espiritismo, su alcance y sus resultados inevitables, en vez de ridiculizarlo como lo hacen, de poner sin cesar obstáculos en su camino, verían en él la más poderosa palanca para llegar a la destrucción de los abusos que combaten, y en vez de serle hostiles, lo aclamarían como un socorro providencial. Lamentablemente, la mayoría de ellos confían más en sí mismos que en la Providencia. Pero esa palanca actúa sin ellos y a pesar de ellos, y la fuerza irresistible del espiritismo será tanto mejor constatada cuanto más tenga él que combatir. Un día se dirá de esos detractores –y no será para su gloria– lo que ellos mismos dicen de los que han combatido el movimiento de la Tierra, o de los que negaron la potencia del vapor. Todas las negaciones, todas las persecuciones, no han impedido que

estas leyes naturales siguieran su curso. De igual modo, todos los sarcasmos de la incredulidad no impedirán la acción del elemento espiritual, que también es una ley de la naturaleza.

Considerado de esta manera, el espiritismo pierde el carácter de misticismo que le reprochan sus detractores, por lo menos aquellos que no lo conocen. Ya no es la ciencia de lo maravilloso y de lo sobrenatural resucitada, sino el dominio de la naturaleza enriquecida con una ley nueva y fecunda, una prueba más del poder y la sabiduría del Creador. El espiritismo constituye, pues, la superación de los límites del conocimiento humano.

Tal es, señores, en resumen, el punto de vista desde el cual se debe considerar el espiritismo. En esta circunstancia, ¿cuál ha sido mi rol? Ni el de inventor ni el de creador. Vi, observé, estudié los fenómenos con cuidado y perseverancia; los coordiné y deduje sus consecuencias: esa es toda la parte que me cabe. Aquello que hice, otro podría haberlo hecho en mi lugar. En todo esto he sido un simple instrumento de los designios de la Providencia, y doy gracias a Dios y a los Espíritus buenos porque se dignaron servirse de mí. Se trata de una tarea que acepté con alegría, y de la cual me esforcé por hacerme digno, rogándole a Dios que me diese las fuerzas necesarias para llevarla a cabo según su sagrada voluntad. No obstante, la tarea es pesada, más pesada de lo que puedan imaginarse; y si hay para mí algún mérito, es que tengo la conciencia de no haber retrocedido ante ningún obstáculo ni ningún sacrificio. Será la obra de mi vida hasta el último día, porque en presencia de un objetivo tan importante, todos los intereses materiales y personales se diluyen como puntos ante lo infinito.

Concluyo esta breve conferencia, señores, dirigiendo sinceras felicitaciones a nuestros hermanos de Bélgica, presen-

tes o ausentes, cuyo esmero, abnegación y perseverancia han contribuido a la implantación del espiritismo en este país. Estoy convencido de que las semillas que han depositado en los grandes centros de población, como Bruselas, Amberes, etc., no han sido arrojadas en un suelo estéril.

Un recuerdo de existencias pasadas

En un artículo biográfico acerca de *Méry*,[36] publicado por el *Journal littéraire* [*Diario literario*] del 25 de septiembre de 1864, se encuentra el siguiente párrafo:

"Hay teorías singulares, que para él son convicciones.

"Así, cree firmemente que ha vivido varias veces. Recuerda hasta las menores circunstancias de sus existencias precedentes, y las describe con un brío de certeza que impone como una autoridad.

"Ha sido uno de los amigos de Virgilio y de Horacio; conoció a Augusto Germánico; hizo la guerra en las Galias y en Germania. Era general y comandaba las líneas romanas cuando atravesaron el Rin. En las montañas, reconocía lugares en los que había acampado; y en los valles, campos de batalla en los que combatió. Recuerda conversaciones en casa de Mecenas, que son el objeto eterno de sus pesares. Se llamaba Minius.

"Un día, en su vida presente, estaba en Roma y visitaba la biblioteca del Vaticano. Allí fue recibido por unos jóvenes novicios, con largas túnicas marrones, quienes comenzaron

36. Véase Joseph Méry (1797-1866). (N. del T.)

a hablarle en el más puro latín. Méry era un buen latinista, en todo lo relacionado con la teoría y la escritura, pero todavía no había intentado conversar familiarmente en la lengua de Juvenal. Al escuchar a esos romanos de la actualidad, admirando ese magnífico idioma, tan bien armonizado con los monumentos, con las costumbres de la época en que se usaba, le pareció que un velo caía de sus ojos; le pareció que él mismo había conversado, en otros tiempos, con amigos que se valían de ese lenguaje divino. Frases completas e impecables salían de sus labios; de inmediato encontró la elegancia y la corrección. En fin, habló el latín como habla el francés, y con el mismo ingenio. Nada de eso podía lograrse sin un aprendizaje, y si él no hubiera sido un súbdito de Augusto, si no hubiera atravesado ese siglo de todos los esplendores, no habría podido improvisar una ciencia imposible de adquirir en pocas horas.

"Su otro paso por la Tierra tuvo lugar en la India. Por eso la conoce tan bien; por eso, cuando publicó *La guerra del Nizam*, no hubo uno solo de sus lectores que dudara de que él había vivido mucho tiempo en Asia. Sus descripciones son tan vívidas, y sus escenas tan originales, que hace tocar con los dedos hasta los menores detalles, por lo que resulta imposible que no haya visto lo que cuenta; en todo está el sello de la verdad.

"Afirma que llegó a ese país con la expedición musulmana, en 1035. Vivió allí cincuenta años; pasó hermosas jornadas, y se quedó para nunca más salir. También en la India fue poeta, aunque menos erudito que en Roma y en París. Guerrero al principio, soñador después, guardó en su alma las imágenes sobrecogedoras de las márgenes del rio sagrado y de los rituales hindúes. Tenía varias moradas, en la ciudad y en el campo; rezó en los templos de los elefantes; conoció

la civilización avanzada de Java; vio erguidas las espléndidas ruinas que describe y que aún se conocen tan poco.

"Hay que escucharlo recitar esos poemas, porque esos recuerdos son verdaderos poemas a la manera de Swedenborg. Es muy serio, no os quepa duda. No es una mistificación arreglada a expensas de sus auditores, sino una realidad de la que logra convenceros.

"¡Y sus doctrinas acerca de la historia, que posee admirablemente! ¡Y sus bromas tan finas, que ponen nueva luz en todo lo que tocan! ¡Y sus relatos, que son novelas, con las que lloraríamos en caso de atrevernos, después de reírnos sin haber podido evitarlo! Todo eso convierte a Méry en uno de los hombres más maravillosos de la época en que vivió, e incluso de los tiempos en que su alma errante aguardaba su turno para entrar en un cuerpo y hacer que las generaciones sucesivas volvieran a hablar de ella".

Pierre Dangeau

El autor del artículo no incluye en su relato ninguna reflexión. Después de haber exaltado los méritos y la gran inteligencia de Méry, habría sido inconsecuente si lo trataba de loco. Por lo tanto, si Méry es un hombre con sentido común, de un valor intelectual superior; si la creencia de que ya vivió en otras épocas es una convicción en él; si esa convicción no es el producto de un sistema propio, sino el resultado de un recuerdo retrospectivo y de un hecho material, ¿no hay en todo lo dicho motivos para llamar la atención de cualquier persona seria? Veamos las incalculables consecuencias a que nos conduce este simple hecho.

Si Méry ya vivió en otras épocas, él no debe ser la excepción, porque las leyes de la naturaleza son las mismas para todos, de modo que todos los hombres ya han vivido también. Si ya hemos vivido, sin duda no es nuestro cuerpo lo que renace, sino el principio inteligente, el alma, el Espíritu. Tenemos, pues, un alma. Si Méry conserva el recuerdo de varias existencias, toda vez que los lugares le recuerdan lo que ha visto antaño, entonces con la muerte del cuerpo el alma no se pierde en el todo universal; conserva su individualidad, la conciencia de su *yo*.

Si Méry recuerda lo que ha sido hace dos mil años, ¿qué ocurrió con su alma en el intervalo? ¿Se abismó en el océano de lo infinito o se perdió en las profundidades del espacio? No, pues en tal caso no habría podido recuperar su individualidad de antaño. Así pues, debió permanecer en el ámbito de actividad terrestre, viviendo la vida espiritual, entre nosotros o en el espacio que nos rodea, hasta que tomó un nuevo cuerpo. Dado que Méry no está solo en el mundo, entonces alrededor nuestro hay una población inteligente invisible.

El alma, al renacer en una vida corporal después de un intervalo más o menos prolongado, ¿lo hace en el estado primitivo, en el estado de alma nueva, o aprovecha las ideas que adquirió en sus existencias anteriores? El recuerdo retrospectivo resuelve la cuestión con un hecho: si Méry hubiera perdido las ideas que adquirió, no habría recordado la lengua que hablaba antaño, y la vista de los lugares no le habría recordado nada.

Pero si ya hemos vivido en otras épocas, ¿por qué no volveríamos a vivir en el futuro? ¿Por qué esta existencia debería ser la última? Si renacemos con el desarrollo intelectual realizado, la intuición que traemos de las ideas adquiridas constituye un

trasfondo que sirve para la adquisición de ideas nuevas, y que torna más fácil el estudio. Si un hombre es un matemático mediocre en una existencia, en una nueva le costará menos llegar a ser un matemático sobresaliente; es una consecuencia lógica. Si es relativamente bueno, si ya se ha corregido de algunos defectos, tendrá que esforzarse menos para llegar a ser mejor aún, y así sucesivamente.

Así pues, nada de lo que hemos adquirido en materia de inteligencia, de saber y de moralidad, se ha perdido. Ya sea que muramos jóvenes o viejos, que tengamos o no tiempo para aprovecharlo en la existencia presente, recogeremos los frutos en las existencias subsecuentes. De tal modo, las almas que animan a los franceses civilizados de la actualidad, pueden ser las mismas que animaron a los bárbaros francos, ostrogodos, visigodos, a los salvajes galos, a los conquistadores romanos, a los fanáticos de la Edad Media, pero que en cada nueva existencia han dado un paso adelante, apoyándose en los pasos precedentes, y que seguirán avanzado más aún.

Aquí, pues, tenemos resuelto el gran problema del progreso de la humanidad, ese problema con el que se han tropezado tantos filósofos. Queda resuelto con el simple hecho de la pluralidad de las existencias. Con todo, ¡cuántos problemas más habrán de resolverse con la solución de este! ¡Cuántos horizontes nuevos se abren de tal modo! Se trata de una revolución en las creencias y en las ideas.

Así razonará el pensador serio, el hombre reflexivo. Un hecho constituye un punto de partida del que se deducen consecuencias. Ahora bien, ¿cuáles son las ideas que el hecho de Méry despierta en el autor del artículo? Él mismo las resume con estas palabras: "Hay teorías singulares, que para él son convicciones".

Pero si este autor solo ve en esas teorías algo extraño, poco digno de su atención, no le ocurre lo mismo a todo el mundo. Aquel encuentra en su camino un diamante en bruto, pero no se atreve a recogerlo porque desconoce su valor, en tanto que otro sabrá valorarlo y sacarle provecho.

Las ideas espíritas se producen actualmente de muchas maneras; están a la orden del día, y la prensa, aunque no quiera confesarlo, las registra y las siembra en abundancia, suponiendo que apenas enriquece sus columnas con bufonadas. ¿No es notable el hecho de que todos los adversarios de la idea espírita, sin excepción, trabajen a destajo en su propagación? Les gustaría callar lo que la fuerza de los acontecimientos les obliga a reconocer. Así lo quiere la Providencia, para los que creen en ella.

Podrían objetarnos que razonamos a partir de un hecho aislado, que no puede convertirse en ley; puesto que, si la pluralidad de las existencias es una condición inherente a la humanidad, ¿por qué motivo no todos los hombres recuerdan sus vidas pasadas, como lo hace Méry? A lo que responderemos: haced el esfuerzo de estudiar el espiritismo, y lo sabréis. No vamos a repetir, pues, lo que se ha demostrado cien veces acerca de la inutilidad del recuerdo para sacar provecho de la experiencia adquirida en las existencias precedentes, así como del peligro que ese recuerdo implica para las relaciones sociales.

Con todo, para ese olvido existe otra causa, que es, por decirlo de algún modo, fisiológica, y que radica a la vez en la materialidad de nuestra envoltura y en la identificación con la materia por parte de nuestro Espíritu poco adelantado. A medida que el Espíritu se purifica, los lazos materiales son menos tenaces, el velo que oscurece el pasado es menos opaco; la facultad del recuerdo retrospectivo sigue, pues, al desarrollo del

Espíritu. Ese hecho es raro en nuestra Tierra, porque en ella la humanidad todavía es demasiado material; pero sería un error pensar que Méry sea el único ejemplo de ello. Dios permite de vez en cuando que ese recuerdo se produzca, para inducir a los hombres al conocimiento de la gran ley de la pluralidad de las existencias, la única que explica el origen de sus cualidades buenas o malas, les muestra la justicia de las miserias que sufre en el mundo, y le señala el camino del porvenir.

La inutilidad del recuerdo para sacar provecho del pasado es lo más difícil de comprender por parte de los que no han estudiado el espiritismo. Para los espíritas, en cambio, es una cuestión elemental. Sin repetir lo que hemos dicho al respecto, la siguiente comparación permitirá que se lo comprenda.

El escolar recorre la serie de clases desde el primer grado hasta la universidad. Lo que aprendió en los grados anteriores le servirá para comprender lo que se enseña en el grado siguiente. Supongamos ahora que al finalizar un grado pierda el recuerdo de las circunstancias que lo acompañaron: no por eso su alma estará menos desarrollada ni menos dotada de los conocimientos adquiridos; apenas no recordará dónde ni cómo los adquirió. Dado que su progreso se llevó a cabo, estará apto para aprovechar las lecciones del grado siguiente. Supongamos además que en el grado anterior haya sido perezoso, colérico e indócil, pero que, como fue castigado y moralizado, su carácter se corrigió y se tornó laborioso, dócil y obediente: llegará con esas cualidades al nuevo grado, aunque él crea que es el primero. ¿Pará qué le serviría saber que fue fustigado por su pereza, si ahora ya no es perezoso? Lo esencial es que ha llegado al nuevo grado mejor y más capaz de lo que era en el anterior. Lo mismo le ocurrirá al pasar de un grado a otro.

Pues bien, este olvido, que no tiene lugar en el escolar ni en el hombre en los diferentes períodos de la vida, ocurre en él de una existencia a otra; esa es toda la diferencia, pues el resultado es exactamente el mismo, aunque en una escala mucho mayor.

(Véase otro ejemplo de recuerdo del pasado, relatado en la *Revista* de julio de 1860, página 205.)

Un criminal arrepentido[37]

(Continuación.)

(Passy, 4 de octubre de 1864.
Médium: señor Rul.)

Nota. El médium había tenido la intención de evocar a Latour desde el momento del suplicio, por lo que preguntó a su guía espiritual si podía hacerlo. Este le respondió que se le indicaría el momento adecuado. La autorización llegó el 3 de octubre, luego de que se leyera el artículo de la *Revista* que trata sobre el asunto.

Pregunta. ¿Habéis escuchado mis plegarias?

Respuesta. Sí, a pesar de mi turbación, las he escuchado y os lo agradezco.

Fui evocado casi inmediatamente después de mi muerte, aunque no he podido manifestarme tan pronto, de modo

37. Véase *El Cielo y el Infierno o la justicia divina según el espiritismo*, Segunda parte, Cap. VI. (N. del T.)

que algunos Espíritus livianos tomaron mi nombre y aprovecharon la oportunidad. Durante la estadía en Bruselas del presidente de la Sociedad de París, y con el permiso de los Espíritus superiores, pude comunicarme.

Volveré a manifestarme en aquella Sociedad, a fin de hacer revelaciones que serán el comienzo de la reparación de mis faltas, y podrán también servir de enseñanza a todos los criminales que las lean y reflexionen sobre la exposición de mis padecimientos.

Las narraciones de las penas infernales hacen poco efecto en los Espíritus culpables. Solamente los niños y los hombres débiles se asustan con esas imágenes espeluznantes. Ahora bien, un malhechor avezado no es un Espíritu pusilánime, de modo que el temor que inspira un policía es para él más real que la descripción de los tormentos del Infierno. Esa es la razón por la cual todos aquellos que lean mis dictados se conmoverán con mis palabras y mis padecimientos, que no son ficciones. No existe un solo sacerdote que pueda decir: "He visto lo que vos experimentáis. He presenciado las torturas de los condenados". En cambio, yo sí puedo deciros: "Esto es lo que sucedió después de la muerte de mi cuerpo. ¡Tuve una enorme decepción al reconocer que no había muerto, como yo suponía, y que eso que había considerado como el final de mis suplicios, era el comienzo de otras indescriptibles torturas!" Entonces, más de un hombre se detendrá al borde del abismo en el que iba a precipitarse, y cada uno de los desdichados a los que yo haya desviado de la senda del crimen contribuirá al rescate de mis faltas. Así es como del mal surge el bien, y como la bondad de Dios se pone de manifiesto en todas partes, tanto en la Tierra como en el espacio.

Se me ha permitido liberarme de la vista de mis víctimas, transformadas en mis verdugos, para comunicarme con vosotros. No obstante, cuando me retire, volveré a verlas, y esa sola idea me causa tal sufrimiento que no sabría cómo describirlo. Soy feliz cuando me evocan, porque de ese modo dejo mi infierno por algunos instantes. Orad siempre por mí. Orad al Señor para que consiga liberarme de la visión de mis víctimas.

¡Sí, oremos juntos, la plegaria hace tanto bien…! Estoy más aliviado; no siento tanto el peso del fardo que me agobia. Veo un rayo de esperanza que brilla delante de mis ojos, y lleno de arrepentimiento, exclamo: ¡Bendita sea la mano de Dios, y que se cumpla su voluntad!

J. Latour

El guía espiritual del médium dicta lo siguiente:

"No vayáis a creer que los primeros lamentos del Espíritu que se arrepiente constituyan la señal infalible de sus buenos propósitos. Sus promesas pueden ser sinceras, porque la primera impresión que le causa el hecho de verse en el mundo de los Espíritus es tan rotunda que, ante la menor muestra de caridad que recibe de un Espíritu encarnado, se entrega de lleno a la efusión de la gratitud y el arrepentimiento. No obstante, a veces la reacción es igual a la acción, y a menudo ese Espíritu culpable, que ha dictado a un médium tan conmovedoras palabras, puede retornar a su naturaleza perversa, a sus tendencias criminales. Como un niño que da sus primeros pasos, necesita que lo ayuden para no caerse".

Al día siguiente, el Espíritu de Latour fue evocado de nuevo.

El médium. En lugar de pedir a Dios que os libere de la vista de vuestras víctimas, os invito a orar conmigo para que

os dé la fuerza necesaria, a fin de que soportéis esa tortura expiatoria.

Latour. Preferiría quedar liberado de esas miradas. ¡Si supieseis cuánto sufro! El hombre más insensible terminaría por conmoverse si pudiera ver impresos en mi rostro, como a fuego, los padecimientos de mi alma. No obstante, haré lo que me aconsejáis. Comprendo que ese es un medio para que expíe más rápidamente mis faltas. Es como una operación dolorosa que debe curar el cuerpo gravemente enfermo.

¡Ah, si los culpables de la Tierra pudiesen verme! ¡Quedarían aterrados por las consecuencias de sus crímenes! ¡Esos crímenes que, ignorados por los hombres, son vistos por los Espíritus! ¡Qué fatal es la ignorancia para tantas personas!

¡Qué responsabilidad asumen aquellos que niegan la instrucción a las clases pobres de la sociedad! Creen que con la policía y los soldados se previenen los crímenes. ¡Qué gran error cometen! Por más que duplicaran o cuadruplicaran la cantidad de agentes de la autoridad, se cometerían los mismos crímenes, porque es necesario que los Espíritus malos encarnados cometan crímenes.

Me encomiendo a vuestra caridad.

Observación. Sin duda, se debe a un resquicio de prejuicios terrenales el hecho de que Latour diga que "es necesario que los Espíritus malos encarnados cometan crímenes". Eso sería la fatalidad en las acciones de los hombres: una doctrina que los excusaría a todos. Además, es muy natural que, al salir de una existencia como esa, el Espíritu no comprenda todavía el concepto de libertad moral, sin el cual el hombre se encontraría al nivel del bruto. Debería asombrarnos que no diga cosas peores.

La comunicación que sigue, del mismo Espíritu, fue obtenida espontáneamente en Bruselas por la señora C…, la misma médium que había servido de instrumento para la manifestación referida en el número de octubre.

"No temáis por mí. Estoy más tranquilo, aunque todavía sufro. Al ver mi arrepentimiento, Dios se ha compadecido de mí. Ahora *sufro a causa de ese arrepentimiento, que me ha revelado la atrocidad de mis crímenes*.

"Si en la vida hubiera sido guiado correctamente, jamás habría practicado el mal que hice. En cambio, sin ningún freno que los reprimiera, obedecí a mis instintos. Si todos los hombres pensaran más en Dios, o si al menos creyeran en Él, no cometerían faltas semejantes.

"Pero la justicia de los hombres es deficiente. Por una falta, a veces leve, se encierra al hombre en la cárcel, que siempre es un lugar de perdición y perversidad. De ahí sale completamente corrompido por los malos ejemplos y los consejos perjudiciales que recibió. Y en caso de que su naturaleza sea buena y fuerte para resistir, cuando salga de la prisión encontrará puertas cerradas, manos que esquivan las suyas, corazones honrados que lo rechazan. ¿Qué le queda entonces? El desprecio y la miseria, el abandono y la desesperación, pese a que dispone de buenas resoluciones en el sentido de corregirse. Entonces la miseria lo conduce a situaciones extremas, y también él comienza a despreciar a sus semejantes, a odiarlos. Pierde la conciencia del bien y del mal, porque se ve repudiado a pesar de que ha tomado la decisión de ser un hombre honesto. Roba para procurarse lo necesario. A veces mata, y después… ¡la guillotina!

"Dios mío, en el momento en que voy a ser presa de mis alucinaciones, siento que tu mano se extiende sobre mí; siento que tu bondad me envuelve y me protege. ¡Gracias, Dios

mío! En mi próxima existencia emplearé toda mi inteligencia para socorrer a los desdichados que han sucumbido, a fin de preservarlos de la ruina.

"Gracias a ti, que no te rehúsas a comunicarte conmigo. No temas, pues ya ves que no soy malo. Cuando pienses en mí, no me imagines conforme al retrato que has visto, sino como a una pobre alma afligida que agradece tu indulgencia.

"Adiós; evócame nuevamente y pídele a Dios por mí."

Latour

Observación. El Espíritu se refiere al temor que su presencia inspiraba en la médium.

"Sufro –afirma este Espíritu– a causa de ese arrepentimiento, que me ha revelado la atrocidad de mis crímenes". Esta frase contiene un pensamiento profundo. E1 Espíritu sólo comprende la gravedad de sus faltas cuando se arrepiente. El arrepentimiento acarrea la aflicción, el remordimiento, ese sentimiento doloroso que constituyen la transición del mal al bien, de la enfermedad moral a la salud moral. Para evadir ese proceso los Espíritus perversos se rebelan contra la voz de la conciencia, como esos enfermos que rechazan el medicamento que habrá de curarlos. De ese modo procuran engañarse, aturdirse y persistir en el mal. Latour llegó a ese período en que la obstinación termina por ceder. El remordimiento ha penetrado en su corazón; el arrepentimiento lo asedia. Él comprende la dimensión del mal que ha hecho; ve su degradación y sufre a causa de ella. Por eso expresa: "Sufro a causa de ese arrepentimiento". En su precedente existencia debe de haber sido peor que en la última, porque si se hubiera arrepentido como lo ha hecho ahora, su vida habría sido mejor. Las resoluciones que

ahora adopta influirán en su próxima existencia terrenal. La encarnación que acaba de dejar, por más criminal que haya sido, ha señalado para él una etapa de progreso. Es más que probable que antes de comenzarla él haya sido, en la erraticidad, uno de esos numerosos Espíritus malvados y rebeldes, obstinados en el mal.

Muchas personas nos han preguntado cuál es el beneficio que se puede extraer de las existencias pasadas, visto que no nos acordamos de lo que en ellas hemos sido ni de lo que hemos hecho.

Esta cuestión ha quedado completamente resuelta, por el hecho de que, si el mal que cometimos está superado, a tal punto que no nos queda ningún vestigio de él en el corazón, recordarlo sería inútil, pues ya no necesitaríamos preocuparnos por eso. En cuanto a los males de los que no nos hemos despojado por completo, los reconocemos a través de nuestras tendencias actuales, y hacia ellas debemos dirigir toda nuestra atención. Basta con saber lo que somos, sin que sea necesario saber lo que hemos sido.

Si consideramos cuántas dificultades para rehabilitarse encuentra durante la vida el culpable más arrepentido, así como las reprobaciones de que se vuelve objeto, debemos loar a Dios por haber arrojado un velo sobre el pasado. Si Latour hubiera sido condenado por un tiempo limitado, e incluso si hubiese sido absuelto, sus antecedentes habrían provocado el rechazo de la sociedad. ¿Quién lo hubiese admitido en su vida privada, a pesar de su arrepentimiento? En la actualidad, los sentimientos que manifiesta como Espíritu nos proporcionan la esperanza de que, en la próxima existencia terrenal, llegue a ser un hombre honrado, estimado y reconocido. Ahora bien, supongamos que en esa existencia se sepa que ese hombre ho-

nesto ha sido Latour: la reprobación todavía lo perseguiría. Por consiguiente, el velo colocado sobre su pasado le abre las puertas de la rehabilitación, porque podrá sin temor y sin recato codearse con las personas más honestas. ¡Cuántos hay que desearían poder borrar a cualquier precio de la memoria de los hombres ciertas épocas de su propia vida!

¡Buscad una doctrina que se concilie mejor que esta con la bondad y la justicia de Dios! Además, esta doctrina no es una teoría, sino el resultado de observaciones. Los espíritas no la imaginaron, sino que han visto y observado las diferentes situaciones en que se presentan los Espíritus; luego procuraron explicarlas, y de esa explicación surgió la doctrina espírita. Si ellos la han aceptado, eso se debe a que es el resultado de los hechos, además de que les ha parecido más racional que todas las enunciadas hasta la fecha sobre el porvenir del alma.

Latour fue evocado varias veces, lo cual era muy natural. No obstante, como suele ocurrir en estos casos, hubo comunicaciones apócrifas, y los Espíritus frívolos no perdieron la oportunidad de intervenir. La propia situación de Latour impedía que él pudiera manifestarse simultáneamente en tantos lugares a la vez, pues esa ubicuidad tan solo pertenece a los Espíritus superiores.

Las comunicaciones que hemos analizado, ¿son auténticas? Creemos que sí, y deseamos que así sea para bien de este Espíritu. En ausencia de esas pruebas materiales con las que se constata la identidad de una manera absoluta, como las que se obtienen a menudo, al menos disponemos de las pruebas morales que resultan, ya sea de las circunstancias en las que esas manifestaciones tuvieron lugar, o de la concordancia. Acerca de las comunicaciones que conocemos, y que proceden de diversas fuentes, las tres cuartas partes concuerdan en el fondo.

En cuanto al resto, las hay que no resisten el menor análisis, pues lo errado de la situación resulta evidente, así como en flagrante contradicción con lo que la experiencia nos enseña acerca del estado de los Espíritus en el mundo espiritual.

Sea como fuere, no se puede negar en estas comunicaciones una elevada enseñanza moral. El Espíritu podría haber sido ayudado, e incluso debió ser ayudado, en esas reflexiones, y sobre todo en la elección de sus expresiones, por otros Espíritus más adelantados. No obstante, en estos casos, esos Espíritus sólo influyen en la forma pero no en el contenido, y nunca hacen que el Espíritu inferior se ponga en contradicción consigo mismo. Así pues, es probable que hayan poetizado en Latour la forma de expresar su arrepentimiento, pero no que hayan hecho que exprese el arrepentimiento contra su voluntad, porque el Espíritu tiene su libre albedrío. En Latour vieron el germen de los buenos sentimientos, y por esa razón lo ayudaron a expresarse, de modo tal que contribuyeron a que se desarrollen, a la vez que imploraron conmiseración a su favor.

¿Hay algo más sorprendente, más moralizador y capaz de impresionar más vivamente, que el espectáculo de este terrible criminal arrepentido, desahogando su desesperación y sus remordimientos? ¿Hay algo más sobrecogedor que verlo en medio de sus torturas, perseguido constantemente por la mirada de sus víctimas, mientras eleva su pensamiento a Dios y le implora misericordia? ¿No es ese un ejemplo edificante para los culpables? Todo es sensato en sus palabras; todo es natural en su situación, mientras que lo que se le atribuye en algunas comunicaciones es ridículo. Se comprende la naturaleza de sus aflicciones: son racionales, terribles, aunque resultan simples y desprovistas de escenas fantasmagóricas. ¿Por qué habría de ser inaccesible al arrepentimiento? ¿Por qué no habría de existir

también en él una cuerda sensible? Allí, precisamente, aparece el aspecto moral de sus comunicaciones: la conciencia que tiene de su situación, sus pesares, sus proyectos de reparación, que son eminentemente instructivos. ¿Qué habría de extraordinario en el hecho de que Latour se arrepintiera sinceramente antes de morir, y que dijera antes de su muerte lo que dijo después?

A juicio de los de su misma condición, la regeneración de Latour previa a la muerte habría pasado por debilidad. En cambio, esa voz que proviene de ultratumba es la revelación de aquello que les reserva el porvenir. Latour está compenetrado de la verdad absoluta cuando manifiesta que su ejemplo es más eficaz, para guiar a los culpables hacia el camino del bien, que la perspectiva de las llamas del Infierno, o incluso de la guillotina. Así pues, ¿por qué no se les imparten esas ideas en las cárceles? Eso conduciría a que más de un criminal reflexionara, según nos consta por los muchos ejemplos que tenemos de ello. Pero ¿cómo se puede creer en la eficacia de las palabras de un muerto, si se considera que todo acaba con la muerte? No obstante, habrá de llegar el día en que se reconozca esta verdad: los muertos pueden venir a instruir a los vivos.

CONVERSACIONES FAMILIARES DE ULTRATUMBA

Pierre Legay, alias "Grand-Pierrot"

(París, 16 de agosto de 1864.
Médium: señora Delanne.)

Pierre Legay era un rico agricultor, un tanto interesado, fallecido hace dos años y pariente de la señora Delanne. En sus pagos, era conocido con el sobrenombre de *Grand-Pierrot*.

La siguiente conversación nos muestra uno de los aspectos más interesantes del mundo invisible: el de los Espíritus que creen que siguen vivos. Fue obtenida por la señora Delanne, quien la comunicó a la Sociedad de París. El Espíritu se expresa exactamente como lo hacía en vida. Incluso la trivialidad de su lenguaje es una prueba de identidad. Hemos tenido que suprimir algunas expresiones que le eran familiares, debido a su crudeza.

"Desde hacía algún tiempo –dice la señora Delanne–, escuchábamos golpes alrededor nuestro. Como presumíamos que se trataba de un Espíritu, le solicitamos que se diera a conocer. Escribió de inmediato: 'Pierre Legay, alias Grand-Pierrot'.

Pregunta: Entonces, Grand-Pierrot, ¿por fin estáis en París, vos que tanto lo deseabais?

Respuesta: Aquí estoy, querido amigo[38]. He venido solo, porque *ella* vino sin mí; aunque yo le había pedido que me avisara. En fin, aquí estoy… Estaba molesto porque no me prestabais atención.

Observación. El Espíritu alude a la madre de la señora Delanne, que desde hacía algún tiempo se había mudado a casa de su hija, en París. Él la menciona con un epíteto, que usaba habitualmente, y que hemos reemplazado por *ella*.

P. ¿Fuisteis vos quien golpeaba anoche?

R. ¿A dónde queríais que fuera? No podía dormir en el umbral.

P. Entonces, ¿habéis pasado la noche con nosotros?

38. El Espíritu conversa, a través de la señora Delanne, con el esposo de esta. (N. del T.)

R. Sin duda. Ayer fui de paseo con vosotros (a ver las iluminaciones). He visto todo. ¡Oh! ¡Cuánta belleza, aquí y allá! ¡Enhorabuena! Se puede decir que han hecho cosas hermosas. Os aseguro que estoy muy contento. No me lamento por mi dinero.

P. ¿Cómo vinisteis a París? ¿Pudisteis salir de vuestros pagos?

R. ¡Diablos! No puedo cavar y luego estar aquí. Me alegro de haber llegado. Me preguntáis cómo vine. Vine en el ferrocarril.

P. ¿Con quién vinisteis?

R. ¡Oh! Os aseguro que no los conozco.

P. ¿Quién os dio mi dirección? Decidme también a qué se debe vuestra simpatía hacia mí.

R. Cuando fui a la casa de *ella* (la madre de la señora Delanne) y no la encontré, le pregunté al casero dónde podía estar. Él me dijo que estaba aquí; entonces vine. Pues bien, amigo mío, os estimo porque sois un buen muchacho; me agradáis, sois franco, y también me agradan estos niños. Cuando se ama a los padres, se ama a sus hijos[39].

P. Dinos el nombre de la persona que cuida la casa de mi suegra; pues las llaves de la casa están aquí, en su bolso.

R. ¿Quién estaba allí? Estaba el padre Colbert, que me dijo que ella le había pedido ese favor.

P. ¿Veis aquí a mi suegro, papá Didelot?

R. ¿Cómo queréis que lo vea, si él no está aquí? Sabéis muy bien que ha muerto.

39. El matrimonio Delanne tenía dos hijos: Gabriel y Ernesto. (N. del T.)

(2.ª conversación, el 18 de agosto de 1864.)

En Châtillon, adonde el señor y la señora Delanne había ido a pasar el día, evocaron a Pierre Legay.

Pregunta. Entonces, ¿vinisteis a Châtillon?

Respuesta. Os sigo a todas partes.

P. ¿Cómo viajasteis hasta aquí?

R. ¡Sois gracioso! Vine en el coche.

P. No os he visto pagar vuestro pasaje.

R. Subí con Marianne, y luego subió vuestra señora. Pensé que vos lo habías pagado. Estaba en el piso superior; no me pidieron nada. ¿Vos no lo pagasteis? ¿Por qué no me lo pidió el conductor?

P. ¿Cuánto habéis pagado el viaje en ferrocarril de Ligny a París?

R. En el ferrocarril no es lo mismo. Fui a pie desde Tréveray hasta Ligny, y después tomé el ómnibus, que pagué al conductor.

P. ¿Realmente le pagasteis al conductor?

R. ¿A quién queréis que le pague? Primo, ¡acaso suponéis que no tengo dinero? Hacía mucho que tenía dinero guardado para este viaje. Que no haya pagado mi pasaje no significa que no tenga dinero. De lo contrario, no habría venido.

P. Pero no me respondisteis cuánto habéis pagado el ferrocarril de Nançois-le-Petit a París.

R. Pero b…, yo pagué como los demás. Pagué con 20 francos y me devolvieron 3 francos y 60 centavos. Podéis fijaros.

Observación. La suma de 16 francos y 40 centavos es en efecto la que figura en el *Indicador*, dato que el señor y la señora Delanne ignoraban.

P. ¿Cuánto tiempo os tomó el viaje en el ferrocarril de Nançois-le-Petit a París?

R. Tanto tiempo como a los demás. Nadie hizo que la locomotora fuera más rápido para mí que para el resto. Por otra parte, el tiempo no podía parecerme demasiado. Nunca viajé en ferrocarril, y suponía que París estaba mucho más lejos. Lo que me sorprende más es que esta vieja pícara (la suegra del señor D…) venga tan a menudo. Os aseguro que me alegra poder acompañaros. Pero ocurre que a veces no me respondéis. Os comprendo, pues estáis muy ocupado. Ayer a la mañana no me atreví a entrar con vos (al comercio donde trabaja el señor D…) y volví a visitar el cementerio de Montmartre, creo. ¿Así es como lo llamáis? Tenéis que decirme los nombres para que pueda usarlos en mi relato cuando regrese. (En efecto, el señor y la señora Delanne habían ido por la mañana al cementerio de Montmartre.)

P. Dado que nada os retiene aquí, ¿pensáis volver pronto a vuestros pagos?

R. Cuando haya visto todo, ya que estoy aquí. Y después, os doy mi palabra de que ellos podrán molestarse un poco (sus hijos). Harán lo que quieran. *Cuando yo no esté más aquí*, tendrán que pasarla sin mí. ¿Qué os parece, primo?

P. ¿Qué opináis del vino de París? ¿Y la comida?

R. No es como el que os hice probar (el Espíritu alude a una circunstancia en la que convidó al señor D… un vino añejado veinticinco años), pero no es malo. La comida me da igual. A menudo tomo pan y como con vosotros. No me

gusta ensuciar un plato; no vale la pena cuando uno no está habituado. ¿Para qué andarse con ceremonias?

P. ¿Dónde dormís? No he visto vuestra cama.

R. Cuando llegué, Marianne fue a una habitación oscura; yo pensé que era para mí, y ahí me acosté. Os hablé varias veces a todos.

P. ¿No os preocupa, a vuestra edad, ser atropellado en las calles de París?

R. Primo, ¡eso es lo que más temo! ¡Esos coches endemoniados! Siempre voy por la acera.

P. ¿Cuánto hace que estáis en París?

R. ¡Oh! ¡Cómo es posible! Sabéis que llegué el jueves último; hace ocho días, creo.

P. Como no os he visto vuestra maleta, si os hace falta ropa blanca, no dudéis en pedirla.

R. Tomé dos camisas; es suficiente. Cuando estén sucias me iré; no deseo incomodaros.

P. ¿Queréis contarnos lo que el padre Colbert os dijo antes de que vinierais a París?

R. Él está allá, en la casa de Marianne, desde hace mucho tiempo. Cuando la vendieron, se quiso quedar. Dice que no molesta, pues la cuida.

P. Nos habéis dicho ayer que no veíais a mi suegro, Didelot, porque ha muerto. En tal caso, ¿cómo se explica que veáis al padre Colbert, que también ha muerto hace por lo menos treinta años?

R. ¡Oh! Os aseguro que no sé de qué me habláis, no había pensado en eso. De lo que estoy seguro, es de que está allá, muy tranquilo. No sabría deciros más.

Observación. El padre Colbert era el anterior propietario de la casa de la madre de la señora Delanne. Al parecer, después de su muerte permaneció en dicha casa, como cuidador, y también él piensa que sigue vivo. De tal modo, ambos Espíritus, Colbert y Pierre Legay, se ven y se hablan como si aún estuvieran en este mundo, sin que ninguno de los dos se dé cuenta de su situación.

(3.ª conversación, el 18 de agosto de 1864.)

Pregunta. (al guía espiritual de la médium). ¿Podrías impartirnos algunas instrucciones acerca del Espíritu Legay, y decirnos si ha llegado el momento de hacerle comprender su verdadera situación?

Respuesta. Sí, hijos míos, vuestras preguntas de ayer lo perturbaron: no sabe lo que es. Para él, todo resulta confuso cuando se propone saberlo, pues todavía no pide la asistencia de su ángel de la guarda.

P. (a Legay). ¿Estáis ahí?

R. Sí, primo, pero me siento muy extraño; no sé qué significa esto. No te vayas sin mí, Marianne.

P. ¿Habéis reflexionado acerca de lo que ayer nos dijisteis respecto del padre Colbert, al que visteis con vida, a pesar de que ya había muerto?

R. Pero no puedo deciros cómo ocurre eso. Apenas escuché decir que había aparecidos. Os aseguro que pienso que él es uno de ellos. Digan lo que quieran, porque yo lo he visto. Pero estoy cansado, os lo aseguro. Necesito estar un poco tranquilo.

P. ¿Creéis en Dios? ¿Hacéis vuestras plegarias a diario?

R. ¡Por supuesto que sí! Si eso no hace bien, tampoco puede hacer mal.

P. ¿Creéis en la inmortalidad del alma?

R. ¡Oh! Eso es diferente. No puedo pronunciarme. Dudo.

P. Si os doy una prueba de la inmortalidad del alma, ¿creeríais?

R. ¡Oh! ¡Los parisinos lo saben todo! ¡Miradlos! No les pido nada más. ¿Cómo lo haréis?

P. (al guía de la médium). ¿Podemos evocar al padre Colbert, para demostrarle que ha muerto?

R. No hace falta ir tan deprisa. Orientadlo suavemente. Además, ese otro Espíritu os fatigaría demasiado esta noche.

P. (a Legay). ¿Dónde estáis? No puedo veros.

R. ¿No me veis? ¡Ah! ¡Cómo es posible! Esto es muy fuerte... ¿Os volvisteis ciego?

P. Daos cuenta de la manera como habláis con nosotros, haciendo escribir a mi mujer.

R. ¿Yo? ¡Para nada! ¡No es así!

(Se le hacen varias preguntas más, que no responde. Se evoca a su ángel de la guarda, y uno de los guías de la médium responde lo siguiente:)

"Amigos míos, soy yo quien os responde, porque el ángel de la guarda de este pobre Espíritu no está con él. Solo acudirá cuando él mismo lo llame y ruegue al Señor que le conceda la luz. Todavía se halla bajo el dominio de la materia, y no ha querido escuchar la voz de su ángel de la guarda, que se alejó de él porque se obstina en mantenerse estacionario. En efecto, no era él quien te hacía escribir; él hablaba como de costumbre, persuadido de que lo escuchabais. Pero su Espíri-

tu familiar era el que dirigía tu mano. Él suponía que conversaba con tu marido; tú escribías, y todo le parecía normal. No obstante, vuestras últimas preguntas y vuestro pensamiento lo condujeron a Tréveray. Está perturbado; orad por él. Más adelante lo evocaréis, y se presentará enseguida. Orad por él; nosotros oraremos con vosotros".

Ya hemos visto más de un ejemplo de Espíritus que piensan que siguen con vida. Pierre Legay nos muestra esa etapa de la existencia de los Espíritus de una manera más caracterizada. Al parecer, los que se encuentran en esa situación son más numerosos de lo que se supone. En vez de constituir la excepción, y ser una de las variedades del castigo, esa situación sería casi una regla, un estado normal de los Espíritus de cierta categoría. Así pues, alrededor nuestro no solo habría Espíritus que tienen conciencia de la vida espiritual, sino una infinidad de otros que viven, por decirlo de algún modo, una vida semimaterial, que suponen que aún pertenecen a este mundo, por lo que se dedican, o creen que se dedican, a sus ocupaciones terrenales. No obstante, sería un error que se los equipare por completo con los encarnados, porque en sus actitudes y en sus ideas se nota algo vago e incierto, que no es propio de la vida corporal. Se trata de un estado intermedio, que nos permite explicar algunos efectos de las manifestaciones espontáneas, así como de algunas creencias antiguas y modernas.

Un fenómeno que puede resultar más extraño, y que no deja de hacer reír a los incrédulos, es el de los objetos materiales que el Espíritu cree que posee. Se comprende que Pierre Legay esté seguro de que se subió al ferrocarril, porque el ferrocarril es un objeto real, que existe. Pero no se comprende tanto que crea que tiene dinero para pagar su pasaje.

La solución de ese fenómeno se encuentra en las propiedades del fluido periespiritual, así como en la teoría de las creaciones fluídicas: principio importante que brinda la clave de muchos misterios del mundo invisible.

El Espíritu, mediante la voluntad o con solo pensar en un objeto, opera en el fluido periespiritual, que no es otra cosa más que una concentración del fluido cósmico o elemento universal, una transformación parcial que produce el objeto deseado. Para nosotros, ese objeto es apenas una apariencia; pero para el Espíritu, es una realidad. De tal modo, un Espíritu, muerto recientemente, cierto día se presentó en una reunión espírita, ante un médium vidente, con una pipa en la boca y fumando. Al señalarle que eso no era conveniente, respondió: "¡Qué queréis! Estoy tan acostumbrado a fumar, que no puedo dejar mi pipa". Lo más extraordinario era que la pipa estaba encendida y humeaba; para el médium vidente, desde luego, y no para los asistentes.

Todo debe estar en armonía, tanto en el mundo espiritual como en el mundo material. Los hombres corporales necesitan objetos materiales; los Espíritus, cuyos cuerpos son fluídicos, necesitan objetos fluídicos; los objetos materiales no les servirían, del mismo modo que los objetos fluídicos no les servirían a los hombres corporales. El Espíritu fumador, al querer fumar, había creado una pipa, que para él era tan real como una pipa de la Tierra. Legay quería dinero para pagar su pasaje, de modo que su pensamiento creó la suma necesaria. Para él, el dinero era real, pero los hombres no podrían contentarse con la moneda de los Espíritus. Así se explica la ropa con la que se visten a voluntad, las insignias que llevan, las diversas apariencias que pueden adoptar, etc.

Las propiedades curativas que la voluntad transmite al fluido se explican también mediante esta transformación. El fluido modificado obra sobre el periespíritu que es similar a él, y ese periespíritu, intermediario entre el principio material y el principio espiritual, reacciona sobre el organismo, en el cual desempeña un papel importante, aunque la ciencia todavía no lo conozca.

Por consiguiente, existe el mundo corporal visible, con sus objetos materiales, y el mundo fluídico, invisible para nosotros, con sus objetos fluídicos. Vale señalar que los Espíritus de un orden inferior y poco esclarecidos realizan esas creaciones sin darse cuenta de la manera como ese efecto se produce en ellos. No pueden explicarlo, así como un ignorante de la Tierra no puede explicar el mecanismo de la visión, ni un campesino decir cómo crece el trigo.

Las formaciones fluídicas se vinculan a un principio general que más tarde será objeto de un desarrollo completo, cuando haya sido suficientemente elaborado.

El estado de los Espíritus en la situación de Pierre Legay genera varias preguntas. ¿A qué categoría pertenecen precisamente los Espíritus que creen que siguen con vida? ¿A qué se debe esa particularidad? ¿Será una falta de desarrollo intelectual y moral? Sabemos de Espíritus muy inferiores que comprenden perfectamente su estado, en tanto que la mayoría de los que hemos visto en esa situación no son de los más atrasados. ¿Será un castigo? Sin duda puede serlo para algunos, como en el caso de Simon Louvet, de El Havre, el suicida de la torre Francisco 1.º, que desde hacía cinco años sufría el vértigo de su caída (véase la *Revista espírita* del mes de marzo de 1863, página 87). En cambio, muchos otros no son

desdichados y no sufren, como Pierre Legay.[40] (Véase para la respuesta la disertación que sigue.)

DISERTACIONES ESPÍRITAS

Acerca de los Espíritus que creen que siguen vivos

(Sociedad de París, 21 de julio de 1864.
Médium: señor Vézy.)

Ya os hemos hablado con mucha frecuencia acerca de las diversas pruebas y expiaciones, pero ¿acaso no descubrís nuevas a diario? Son infinitas como los vicios de la humanidad. ¿Cómo podríais establecer su nomenclatura? Sin embargo, venís a consultarnos por un hecho puntual, de modo que haré el intento de instruiros.

No todo es prueba en la existencia. La vida del Espíritu se extiende –como ya se os ha dicho– desde su nacimiento hasta lo infinito. Para algunos, la muerte no es más que un simple accidente, que no influye en nada sobre el destino del que ha muerto. Una teja que se cayó, un ataque de apoplejía, una muerte violenta, la mayoría de las veces no hacen más que separar al Espíritu de su envoltura material. Pero la envoltura periespiritual conserva, al menos en parte, las propiedades del cuerpo que acaba de abandonar. Si yo pudiera algún día, ante una batalla, abriros los ojos que poseéis, pero que no podéis usar, veríais que luchas continúan de este lado, soldados que siguen a la ofensiva, que defienden o atacan los

40. Véase la continuación de este caso en *Revista Espírita* de abril de 1865. (N. del T.)

reductos; incluso escucharíais que emiten sus hurras y sus gritos de guerra, en medio del silencio y bajo el velo lúgubre que sigue a una jornada de matanzas. Finalizado el combate, regresan a sus hogares y abrazan a sus ancianos padres, a sus madres, que los esperaban... Para algunos, ese estado a veces dura mucho tiempo; es una continuidad de la vida terrenal, un estado mixto entre la vida corporal y la vida espiritual. ¿Por qué, si fueron humildes y prudentes, deberían sentir el frío de la tumba? ¿Por qué deberían pasar bruscamente de la vida a la muerte, de la claridad del día a la noche? Dios no es injusto, y concede a los pobres de espíritu ese gozo, a la espera de que descubran su nuevo estado mediante el desarrollo de sus propias facultades, y puedan pasar con calma de la vida material a la vida real del Espíritu.

Consolaos, pues, vosotros, que tenéis padres, madres, hermanos o hijos, que se han apagado sin lucha. Tal vez se les permita seguir creyendo que sus labios pueden besar vuestras frentes. Enjugad vuestras lágrimas: vuestro llanto es doloroso, y ellos se sorprenden al veros tristes. Ellos os abrazan y os suplican una sonrisa. Sonreídles, pues, a esos invisibles, y orad para que cambien su papel de compañeros por el de guías; para que desplieguen sus alas espirituales y puedan volar hacia lo infinito a fin de traeros sus dulces emanaciones.

No os digo –notadlo bien– que todos los que mueren de improviso caen en ese estado. No, pero no hay uno solo cuya materia no tenga que luchar con el Espíritu que se reencuentra. El combate tuvo lugar, la carne se rasgó, el Espíritu se oscureció en el instante de la separación, y en la erraticidad el Espíritu reconoció la verdadera vida.

Ahora voy a deciros algunas palabras acerca de aquellos para los cuales ese estado constituye una prueba. ¡Oh! ¡Qué

penosa es! Creen que siguen vivos, muy vivos, con un cuerpo capaz de sentir y de saborear las delicias de la Tierra, pero cuando quieren tocarlas, sus manos se desintegran. Cuando quieren apoyar sus labios en una copa o en un fruto, sus labios se deshacen. Ven, quieren tocar, pero no pueden sentir ni tocar. El paganismo ofrece una bella imagen de ese suplicio en la figura de Tántalo, que tenía hambre y sed pero nunca lograba tocar con sus labios la fuente de agua que le murmuraba al oído, o el fruto que parecía madurar para él. ¡Hay maldiciones y anatemas en los alaridos de esos desdichados! ¿Qué han hecho para merecer esos padecimientos? Preguntadle a Dios: es la ley. La ley está escrita por Él. El que mata a espada, a espada perecerá. El que haya profanado al prójimo, será profanado a su vez. La gran ley del talión estaba escrita en el libro de Moisés, y todavía lo está en el gran libro de la expiación.

Así pues, orad sin cesar por aquellos a quienes les ha llegado la hora; sus ojos se cerrarán, y ellos se dormirán en el espacio, como se dormían en la Tierra, pero al despertar encontrarán, ya no un juez severo, sino un padre compasivo, que les asignará nuevas obras y nuevos destinos.

San Agustín

VARIEDADES

Un suicidio falsamente atribuido al espiritismo

Varios periódicos, detrás de *Le Sémaphore de Marseille* [*El Semáforo de Marsella*] del 29 de septiembre, se apresuraron a reproducir el siguiente hecho:

"Una casa de la calle Paradis se convirtió, anteayer por la noche, en el teatro de un doloroso acontecimiento. Un industrial, que tiene una tienda de lámparas en esa calle, puso fin a su vida. Para concretar la fatal resolución, ingirió una importante dosis de uno de los venenos más letales.

"Estas son las circunstancias del suicidio:

"Desde hacía algún tiempo, ese industrial daba señales de padecer algún disturbio cerebral, producto tal vez y en particular del abuso de licores fuertes, pero sobre todo debido a la práctica del espiritismo, ese flagelo moderno que ya dejó numerosas víctimas en las grandes ciudades, y que en la actualidad amenaza con ejercer su devastación incluso en las campiñas. A pesar de la buena clientela, que le garantizaba un trabajo fructífero, a X… no le iba demasiado bien en sus negocios y a veces tenía dificultades para realizar los pagos. De tal modo, por lo general su carácter era sombrío y huraño".

El artículo señala que el individuo abusaba de licores fuertes y que no tenía éxito en los negocios, circunstancias que muchas veces ocasionan accidentes cerebrales e inducen al suicidio. No obstante, el autor del artículo solo reconoce esas causas como posibles o accesorias en la circunstancia de que se trata, mientras que atribuye el suceso *sobre todo a la práctica del espiritismo*.

La siguiente carta, procedente de Marsella, zanja la cuestión y destaca la buena fe del remitente:

"Estimado maestro:

"*La Gazette du Midi* y *Le Sémaphore de Marseille*, del 29 de septiembre, publicaron un artículo sobre el envenenamiento al que se sometió un industrial, y que fue atribuido a la prác-

tica del espiritismo. Conocí personalmente a ese desdichado, que formó parte de la misma logia masónica que yo, de modo que tengo la certeza de que *nunca se ocupó del espiritismo ni leyó ninguna publicación sobre dicha materia*. Os autorizo a que os sirváis de mi nombre, porque estoy a punto de demostrar la verdad de lo que afirmo. De ser necesario, mis hermanos y los mejores amigos del difunto están dispuestos a certificarlo. Ojalá él hubiera conocido y comprendido el espiritismo, porque en tal caso habría encontrado la fuerza necesaria para resistir a las funestas inclinaciones que lo llevaron a cometer ese acto insensato.

"Tened a bien…, etc."

Chavaux
Doctor en Medicina, 24,
rue du Petit-Saint-Jean.

* * *

Un suicidio impedido por el espiritismo

Nos escriben desde Lyón, el 3 de octubre de 1864:

"Conocéis la reputación del capitán B… Es un hombre de fe ardiente, con una convicción a toda prueba. Ya os referisteis a él en la *Revista espírita*. Hace algún tiempo, se hallaba de paseo a orillas del Saona, en compañía de un abogado, espírita como él. Estos señores se dirigieron a un restaurante, para almorzar, y una vez allí vieron que otro paseante ingresaba al establecimiento. El recién llegado hablaba a los gritos, ordenaba bruscamente, y parecía querer apropiarse de todo el personal del restaurante. Al ver el desparpajo de ese indivi-

duo, el capitán le dirigió en voz alta algunas palabras un tanto severas. De inmediato, sintió que lo invadía una extraña tristeza. El capitán B… es médium auditivo. Entonces, escuchó claramente la voz de su hijo, de quien recibe comunicaciones con frecuencia, y que le decía al oído: 'Ese hombre tan brusco se va a suicidar; vino aquí a comer por última vez'.

"El Capitán se levantó precipitadamente, se dirigió al molesto comensal y le pidió perdón por haber expresado su pensamiento con tanta crudeza. Luego, lo llevó fuera del establecimiento, y le dijo: 'Señor, vais a suicidaros'. Muy sorprendido, el individuo, un anciano de setenta y seis años, preguntó: '¿Quién os ha dicho semejante cosa?'. El Capitán respondió: 'Dios'. Luego, comenzó a hablarle con ternura y bondad acerca de la inmortalidad del alma. Ya en el viaje de regreso a Lyón, conversaron acerca del espiritismo y de cuánto puede Dios inspirar a las personas en su situación para infundirles valor y consuelo.

"El anciano le contó su historia. Ex ortopedista, había quedado en la ruina, estafado por un socio traidor. Luego cayó enfermo, y debió permanecer hospitalizado durante mucho tiempo. Una vez curado, su salud lo dejó en la calle, sin el menor recurso. Fue rescatado por una pobre obrera, criatura sublime, que durante meses enteros alimentó al anciano sin otra obligación más que la del vínculo de la piedad. Con todo, el miedo a convertirse en una carga había hecho que el anciano pensara en el suicidio.

"El Capitán fue a ver a la digna mujer, le dio ánimo y la ayudó; pero cuando hay que vivir, el dinero se va rápido. Ayer, las míseras pertenencias de la obrera habrían sido vendidas, si no fuera porque algunos espíritas rescataron los pocos muebles de su único cuarto: el montepío ya se había llevado,

desde que ella alimentaba al viejo, el colchón, las mantas, etc. Aquello se recuperó gracias a los buenos corazones que fueron tocados por esa generosa abnegación. Pero no alcanza: hay que seguir hasta que el anciano consiga refugio junto a las Hermanitas de los Pobres. Al respecto, Cárita me hizo escribir esta comunicación, que os remito con la expresión de nuestro reconocimiento hacia vos, querido señor, que nos habéis tornado espíritas. En cuanto a mí, no olvido que me comprometisteis a visitaros cuando volváis por aquí".

Esta es la comunicación:

Llamado a los buenos corazones

"El espiritismo, esa estrella de Oriente, no solo viene a abriros las puertas de la ciencia. Hace más que eso: es un amigo que os conduce unos hacia otros, para enseñaros el amor al prójimo y, en especial, la caridad. Pero no esa limosna degradante, que busca en el bolsillo la pieza más pequeña para arrojarla en las manos de un pobre, sino la dulce mansedumbre del Cristo, que conocía el camino donde se encuentra el infortunio oculto.

"Mis buenos amigos, en mi trayecto encontré una de esas miserias que la historia no registra, pero que el corazón recuerda cuando ha sido testigo de tan rudas pruebas. Se trata de una pobre mujer. Es madre, y su hijo está desocupado desde hace varios meses. Además, alimenta a una desdichada obrera como ella; y para colmo de males, un anciano acude a verla todos los días a la hora de comer, en caso de que haya sobrado algo. Pero el día que falta lo necesario, las dos pobres mujeres, criaturas admirables de caridad, dan su ración a los dos hombres: el anciano y el muchacho, diciéndoles que, como ellas

tenían hambre, comieron antes. He visto que eso se reitera con mucha frecuencia. He visto al anciano vendiendo su ropa en un momento de desesperación, y con la idea de decirle a la vida el último adiós, en un acto evidente de locura, antes de partir hacia el mundo invisible donde Dios os juzga a todos.

"He visto al hambre dejando sus marcas en esos desheredados del bienestar social. Pero las mujeres rogaron a Dios con fervor, y Dios las escuchó. Ya colocó hermanos, espíritas, en su camino, y cuando la caridad llama, los corazones abnegados responden. Ya se enjugan las lágrimas de la desesperación; solo queda la ansiedad del mañana, el fantasma amenazador del invierno con su cortejo de escarcha, de hielo y nieve. Yo os tiendo la mano a favor de ese infortunio. Los pobres, amigos nuestros, son los enviados de Dios. Ellos vienen a deciros: 'Sufrimos; Dios así lo quiere. Es nuestro castigo y, al mismo tiempo, un ejemplo para nuestro mejoramiento. Al vernos tan desdichados, vuestro corazón se enternece, vuestros sentimientos se expanden, aprendéis a amar y a compadeceros del infeliz. Socorrednos, a fin de que no murmuremos, y también para que Dios os sonría desde lo alto de su bello paraíso'.

"He aquí lo que dice el pobre andrajoso; he aquí lo que repite el ángel de la guarda que vela por vosotros, y lo que yo os reitero, simple mensajera de caridad, intermediaria entre el Cielo y vosotros.

"Sonreíd al infortunio, ¡oh! vosotros, que os halláis tan ricamente provistos de las cualidades del corazón. Ayudadme en mi tarea. No dejéis que se cierre el santuario de vuestra alma, en el que se ha sumergido la mirada de Dios. Y un día, cuando regreséis a vuestra madre patria, cuando con la mirada incierta y el paso aún inseguro busquéis vuestro camino a través de la inmensidad, yo os abriré de par en par las puertas del

templo en el que todo es amor y caridad, y os diré: ¡Entrad, amados míos; yo os conozco!"

Cárita

¿A quién se le podría hacer creer que este es el lenguaje del diablo? ¿Era la voz del diablo la que se hizo escuchar al oído del Capitán, invocando el nombre de su hijo, para advertirle que aquel anciano iba a suicidarse, a la vez que le causaba pesar por haberle dicho palabras hirientes? Según la doctrina que una facción pretende imponer, afirmando que solamente el diablo se comunica, ese Capitán tendría que haber rechazado por satánica la voz que le hablaba. En tal caso, el anciano se habría suicidado, y las pertenencias de esas pobres obreras se habrían vendido, y tal vez ellas hubieran muerto de hambre.

Entre las donaciones que hemos recibido para ellos, hay una que consideramos apropiado mencionar, aunque sin nombrar al benefactor. Llegó acompañada de la siguiente carta:

"Señor Allan Kardec:

"He sabido a través de un pariente, quien a su vez lo recibió de vos, el relato de la bella acción, verdaderamente cristiana, llevada a cabo por una pobre obrera de Lyón en beneficio de un anciano desdichado. Mi pariente también me mostró un llamado muy elocuente a favor de ellos, dictado por un Espíritu que lleva el dulce nombre de Cárita. Me preguntó si yo reconocía en ese mensaje el lenguaje del demonio. Le respondí que nuestros mejores santos no habrían podido expresarse mejor. Esa es mi opinión, por lo cual me tomé la libertad de pedirle una copia. Señor, no soy más que un pobre sacerdote, por lo que os envío el óbolo de la viuda, en nombre de Jesucristo, para esa valiente y digna mujer. Encontraréis

aquí la módica suma de cinco francos, junto con mi pena por no poder hacer más. Os ruego el favor de callar mi nombre.

"Tened a bien recibir, etc."

El padre X…

Periodicidad de la *REVISTA ESPÍRITA*

Su relación con otros periódicos especializados

A menudo nos han expresado el deseo de que la *Revista* aparezca dos veces al mes o todas las semanas, incluso a costa de un aumento de la suscripción. Ese testimonio de afecto nos conmueve mucho, pero nos resulta imposible cambiar la frecuencia de nuestra publicación, al menos hasta nuevo aviso. El primer motivo radica en la multiplicidad de tareas que son la consecuencia de nuestra posición, y cuya magnitud es difícil de imaginar. Decimos rigurosamente la verdad cuando afirmamos que no podemos tomarnos ni un solo día de descanso y que, a pesar de toda esa actividad, nos resulta materialmente imposible cumplir con todo. En caso de que duplicáramos o cuadruplicáramos la frecuencia de nuestra publicación, entendemos que la mayoría de nuestros suscriptores tendría tiempo para leerla, pero eso ocurriría en desmedro de las tareas más importantes que nos quedan por hacer.

El segundo motivo radica en la propia naturaleza de nuestra *Revista*, pues más que un periódico, constituye el complemento y el desarrollo de nuestras obras doctrinarias. La modalidad periódica nos permite introducir más variedad que en un libro, y aprovechar las novedades. Conforme a las

circunstancias y a la oportunidad, en ella se agrupan los hechos más interesantes, las refutaciones, las instrucciones de los Espíritus; se diseñan las diversas etapas del progreso de la ciencia espírita; por último, se ensayan a modo de hipótesis las teorías nuevas que solo pueden ser aceptadas después de haber recibido la sanción del control universal.

En una palabra, la *Revista* es una obra personal, cuya responsabilidad tan solo nosotros asumimos, y respecto de la cual no debemos ni queremos ser obstaculizados por ninguna voluntad ajena. Ha sido concebida según un plan determinado, para alcanzar el objetivo que nos hemos propuesto. Transformada en un boletín semanal, perdería su carácter esencial. La propia naturaleza de nuestros trabajos se opone a que entremos en detalles acerca de las preocupaciones y las vicisitudes del periodismo. Por eso la *Revista espírita* debe continuar siendo lo que es, mientras se nos demuestre la necesidad de su existencia con esa modalidad. Por otra parte, en caso de introducir cambios, daríamos la impresión de que pretendemos competir con los nuevos periódicos que se publican sobre la materia, lo cual no forma parte de nuestros planes.

Esos periódicos, debido a su mayor frecuencia, cubren la carencia señalada. Por la diversidad de temas que pueden tratar y que forman parte de su modalidad; con la cantidad de espíritas esclarecidos y de talento que pueden hacer oír su voz a través de ellos; y por último, mediante la difusión de la idea con diversos estilos, brindan un gran servicio a la causa. Son otros tantos paladines que militan por la doctrina, cuyos órganos nos complace ver que se multiplican. Siempre apoyaremos a los que avancen francamente por un camino útil, sin convertirse en instrumentos de bandos ni de ambiciones personales; a los que, en una palabra, se conduzcan según los grandes principios de la

moral espírita. Para nosotros será un gusto infundirles ánimo y ayudarlos con nuestros consejos, en caso de que lo consideren necesario. Con todo, hasta ahí llega nuestra cooperación. No nos solidarizamos materialmente con ninguno de esos periódico, sin excepción. Ninguno de ellos, por lo tanto, es publicado por nosotros, ni con nuestro patrocinio efectivo. Dejamos a cada uno la responsabilidad de sus artículos. Toda vez que la dirección de esta *Revista* recibe pedidos de suscripción para alguno de esos periódicos, se los remitimos a título de buenos colegas, sin ningún interés de nuestra parte, sin reclamar siquiera el descuento habitual para los intermediarios, descuento que no aceptaríamos incluso si nos lo ofrecieran.

Consideramos que era necesario explicar la situación real de las cosas, para conocimiento de los que creen que algunos periódicos espíritas se hallan vinculados a nuestra *Revista* por interés. No cabe duda de que todos tienen un interés común, porque tienden al mismo objetivo que nosotros. En tal sentido, todos se deben benevolencia recíproca, pues de lo contrario desmentirían su calificación de periódicos espíritas. No obstante, cada uno se maneja en su ámbito de acción y con sus recursos, bajo su propia responsabilidad. La doctrina no puede más que ganar en dignidad y en credibilidad con esa independencia, mientras que la conjunción de fines y de principios que existe entre esos periódicos y la *Revista*, no debería sorprender a los que abrevan en la misma fuente. Si alguna vez otra publicación periódica apareciera por nuestra iniciativa y con nuestra colaboración efectiva, lo diríamos abiertamente.

Allan Kardec

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año VII Número 12 Diciembre de 1864

Aviso. Este número contiene un suplemento; cuenta con 52 páginas en vez de 32, incluido el índice general.

La comunión de pensamientos[41]

Con motivo de la sesión
conmemorativa del Día de los Muertos.

La Sociedad espírita de París se ha reunido especialmente, por primera vez, el 2 de noviembre de 1864, para brindar un piadoso recuerdo a sus colegas y a sus hermanos espíritas fallecidos. En la ocasión, el señor Allan Kardec desarrolló el principio de la *comunión de pensamientos*, en el siguiente discurso:

Queridos hermanos y queridas hermanas espíritas:

Estamos reunidos, en este día consagrado por la costumbre a la conmemoración de los Muertos, con el propósito de ofre-

41. Véase el artículo "El espiritismo, ¿es una religión?", en la *Revista espírita* de diciembre de 1868. (N. del T.)

cer a nuestros hermanos que han dejado la Tierra una muestra especial de simpatía; para dar continuidad a las relaciones de afecto y fraternidad que mantuvimos con ellos en esta vida, así como para rogar que desciendan sobre ellos las bondades del Todopoderoso. Pero ¿por qué nos reunimos? ¿No podríamos realizar cada uno en particular lo que nos hemos propuesto hacer en común? ¿Qué utilidad puede haber en el hecho de reunirnos de este modo, en un día determinado? Acerca de esto, señores, me propongo presentaros algunas consideraciones.

El agrado con que se ha recibido la idea de realizar esta reunión, constituye una primera respuesta a estas preguntas, así como el indicio de la necesidad que experimentamos de reunirnos en comunión de pensamientos.

¡Comunión de pensamientos! ¿Se comprende adecuadamente el alcance de esta expresión? Lo dudamos, al menos para la mayoría. El espiritismo, que nos enseña tantas cosas a través de las leyes que revela, viene también a explicarnos la causa, los efectos y el poder de esta situación del espíritu.

Comunión de pensamientos quiere decir pensamiento en común, unidad de intención, de voluntad, de deseo, de aspiración. Nadie puede ignorar que el pensamiento es una fuerza; pero ¿se trata de una fuerza meramente moral, abstracta? No; de lo contrario no podríamos explicar ciertos efectos del pensamiento y, mucho menos, de la comunión de pensamientos. Para comprenderlo necesitamos conocer las propiedades y la acción de los elementos que constituyen nuestra esencia espiritual, y eso nos lo enseña el espiritismo.

El pensamiento es el atributo característico del ser espiritual; es el que distingue al espíritu de la materia. Si le faltara el pensamiento, el espíritu no sería tal. La voluntad no es un atributo especial del espíritu: es el pensamiento devenido en

un cierto grado de energía; es el pensamiento convertido en fuerza motriz. Mediante la voluntad, el espíritu imprime a las extremidades y al cuerpo movimientos en un determinado sentido. Ahora bien, si la voluntad tiene el poder de actuar sobre los órganos materiales, ¡cuánto mayor ha de ser su poder sobre los elementos fluídicos que nos rodean! El pensamiento actúa sobre los fluidos ambientes como el sonido sobre el aire; esos fluidos son portadores del pensamiento al igual que el aire lo es del sonido. Así pues, podemos decir, en verdad, que en esos fluidos hay ondas y rayos de pensamiento que se entrecruzan sin confundirse, del mismo modo que en el aire hay ondas y rayos sonoros.

Una asamblea es un foco que irradia pensamientos diversos; es similar a una orquesta o un coro de pensamientos, donde cada uno emite su propia nota. De ahí resulta una multiplicidad de corrientes y de emanaciones fluídicas, cuya impresión es recibida por el sentido espiritual, igual que la impresión de los sonidos de un coro de voces es captada por el sentido del oído.

Existen ondas sonoras armoniosas o disonantes, como también pensamientos armoniosos o disonantes. Si el conjunto es armonioso, la impresión es agradable; de lo contrario, es penosa. Ahora bien, para que esto suceda no hay necesidad de que el pensamiento sea formulado en palabras. La irradiación fluídica no existe menos porque no haya sido puesta de manifiesto. Si las irradiaciones son benévolas, la concurrencia experimenta un auténtico bienestar y se siente cómoda; mientras que la interposición de pensamientos malignos produce el efecto de una corriente de aire frío en un medio templado.

Tal es la causa del sentimiento de satisfacción que experimentamos en una reunión simpática, donde reina una especie

de atmósfera moral salubre y podemos respirar a gusto. De allí salimos reconfortados, porque quedamos impregnados de emanaciones fluídicas saludables. Así se explican, también, la ansiedad, el malestar indefinible que nos produce un medio antipático, en el cual los pensamientos malévolos provocan, por así decirlo, corrientes fluídicas nocivas.

La comunión de pensamientos genera, pues, una suerte de efecto físico que repercute sobre lo moral. Sólo el espiritismo podía hacernos comprender esto. El hombre lo siente instintivamente, porque procura las reuniones donde sabe que habrá de encontrar dicha comunión. En las reuniones homogéneas y simpáticas adquiere nuevas fuerzas morales; podríamos decir que allí recupera los fluidos que pierde a diario debido a la irradiación del pensamiento, del mismo modo que se recupera del desgaste del cuerpo material mediante la alimentación.

Podría suponerse, señores y queridos hermanos, que estas consideraciones nos apartan del objetivo principal de nuestra reunión; sin embargo, nos conducen directamente a él. Las reuniones cuyo objeto consiste en la conmemoración de los muertos se basan en la comunión de pensamientos. Para que se comprendiera su utilidad, hacía falta definir adecuadamente la naturaleza y los efectos de esa comunión.

A fin de explicar las cuestiones espirituales, a veces me valgo de comparaciones bastante materiales, y tal vez incluso un tanto forzadas, que no siempre habría que tomar al pie de la letra. No obstante, al proceder por analogía de lo conocido a lo desconocido, se llega a comprender al menos aproximadamente lo que escapa a nuestros sentidos. La doctrina espírita debe en gran medida a esas comparaciones el hecho de que se la comprenda fácilmente, incluso por parte de las inteligencias más comunes, mientras que si yo me hubiera mantenido en

el nivel de las abstracciones de la filosofía metafísica, hasta el día de hoy sería compartida tan solo por algunas inteligencias de élite. Ahora bien, era importante que desde el principio fuera aceptada por las masas, porque la opinión de las masas ejerce una presión que acaba por convertirse en ley, a la vez que vence las más tenaces oposiciones. Por eso me esforcé en simplificarla y tornarla clara, a fin de que estuviera al alcance de todo el mundo, con el riesgo de que algunas personas le cuestionaran el carácter de filosofía con el argumento de que no es suficientemente abstracta y se aparta de las sutilezas de la metafísica clásica.

A los efectos generados por la comunión de pensamientos que hemos mencionado, se suma otro, que es su consecuencia natural y que importa no perder de vista: el poder que el pensamiento o la voluntad adquiere mediante el conjunto de los pensamientos o las voluntades reunidos. Dado que la voluntad es una fuerza activa, dicha fuerza se multiplica por el número de voluntades idénticas, así como la fuerza muscular se multiplica por la cantidad de brazos.

Una vez sentado este punto, podemos comprender por qué en las relaciones que se establecen entre los hombres y los Espíritus, en una reunión donde reina una absoluta comunión de pensamientos, existe una fuerza de atracción o de repulsión que no siempre posee un individuo aislado. Si las reuniones muy numerosas son hasta hoy menos favorables, esto se debe a que resulta dificultoso obtener la máxima homogeneidad de pensamientos, lo cual es propio de la naturaleza humana en este mundo. Cuanto más numerosas son las reuniones, más se mezclan en ellas elementos heterogéneos que paralizan la acción de los elementos buenos, y que actúan como granos de arena en un engranaje. No sucede lo mismo en los mundos

más adelantados, y este estado de cosas cambiará en la Tierra a medida que los hombres se tornen mejores.

Para los espíritas, la comunión de pensamientos tiene un resultado más especial aún. Hemos visto el efecto de esa comunión entre los hombres; el espiritismo nos prueba que ella no es menos importante entre los hombres y los Espíritus. En efecto, si el pensamiento colectivo adquiere fuerza mediante el número de pensamientos o voluntades reunidos, un conjunto de pensamientos idénticos, cuyo objetivo sea el bien, tendrá más poder para neutralizar la acción de los Espíritus malos; por eso vemos que la táctica de estos últimos consiste en promover la división y el aislamiento. A solas, un hombre puede sucumbir, mientras que si su voluntad es secundada por otras voluntades habrá de resistir, conforme al axioma: *La unión hace la fuerza*, verdadero tanto en el aspecto moral como en el físico.

Por otra parte, si la acción de los Espíritus malévolos puede ser neutralizada por un pensamiento en común, es evidente que la de los Espíritus buenos será potenciada. Su influencia saludable no encontrará obstáculos. Sus emanaciones fluídicas no hallarán resistencia en corrientes opuestas, y se esparcirán entre todos los concurrentes, precisamente porque cada uno las habrá atraído con el pensamiento, no en provecho propio sino para beneficio de todos, conforme a la ley de la caridad. Esas emanaciones descenderán sobre ellos cual lenguas de fuego, para recurrir a una admirable imagen del Evangelio[42].

Así, mediante la comunión de pensamientos, los hombres se prestan asistencia recíprocamente, al mismo tiempo que asisten a los Espíritus y por éstos son asistidos. Las relaciones

42. Véase: *Hechos de los Apóstoles* 2:3. (N. del T.)

entre el mundo visible y el mundo invisible ya no tienen carácter individual sino colectivo; por eso mismo resultan más poderosas tanto para provecho de las masas como de los individuos. En pocas palabras, la comunión de pensamientos establece la solidaridad, que es la base de la fraternidad. Nadie trabaja sólo para sí, sino para todos, y de ese modo cada cual encuentra allí su parte. Esto es lo que el egoísmo no entiende.

Cualquiera sea el culto al que pertenezcan, las reuniones religiosas están fundadas en la comunión de pensamientos. Es precisamente allí donde dicha comunión debe y puede ejercer todo su poder, porque su objetivo es liberar al pensamiento de las garras de la materia. Lamentablemente, la mayoría de los hombres se ha apartado de ese principio a medida que la religión se convirtió en una cuestión de forma. Por consiguiente, como cada cual pretendió que su deber sólo consistía en el cumplimiento de las formalidades, se consideró liberado de responsabilidades para con Dios y los hombres, cuando en realidad no hacía más que aplicar una fórmula. De ahí también resultó que cada uno concurre, a los lugares donde se hacen las reuniones religiosas, con un pensamiento personal, por su propia cuenta y, muchas veces, sin ningún sentimiento de confraternidad para con los demás presentes; se encuentra aislado en medio de la multitud, y no piensa en el Cielo más que para sí mismo.

Por cierto, no era éste el modo como Jesús entendía la cuestión cuando dijo: "Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos". "Congregados en mi nombre" quiere decir *reunidos con un pensamiento en común*; pero no podemos estar reunidos en nombre de Jesús sin comprender los principios de su doctrina. Ahora bien, ¿cuál es el principio fundamental de la doctrina de Jesús? La

caridad en los pensamientos, en las palabras y en las acciones. Los egoístas y los orgullosos faltan a la verdad cuando afirman que se reúnen en nombre de Jesús, pues Jesús no los reconoce como sus discípulos.

Afectadas por estos abusos y desvíos, algunas personas no admiten la utilidad de las asambleas religiosas y, en consecuencia, de los edificios destinados a ellas. En su radicalismo, piensan que mejor sería construir hospicios en vez de templos, puesto que el templo de Dios está en todas partes y Él puede ser adorado dondequiera que sea, así como que cada uno puede orar en su propia casa, a toda hora, mientras que los pobres, los minusválidos y enfermos, no tienen dónde refugiarse.

No obstante, por el hecho de que se cometan abusos y que haya quienes se desvíen del camino recto, ¿debemos inferir que ese camino no existe y que todo aquello de lo cual se abusa es malo? Por cierto que no. Hablar en estos términos significaría ignorar el origen y los beneficios de la comunión de pensamientos, que debe ser la esencia de las asambleas religiosas, así como ignorar las causas que dan lugar a su existencia. Podemos aceptar que los materialistas profesen ideas de ese tipo, pues en todas las cosas ellos hacen abstracción de la vida espiritual; pero que esto ocurriera entre los espiritualistas y, más aún, entre los espíritas, sería absurdo. El aislamiento religioso, al igual que el aislamiento social, conduce al egoísmo. Es posible que ciertos hombres se consideren a sí mismos suficientemente fuertes y dotados por el corazón, para que ni su fe ni su caridad tengan necesidad de mantenerse vivas al calor de un foco común, pero esto no sucede entre las masas, que requieren un estímulo sin el cual podrían dejarse vencer por la indiferencia. Por otra parte, ¿qué hombre puede considerarse tan esclarecido para prescindir de las enseñanzas

relacionadas con sus intereses futuros, y en tal grado perfecto para no necesitar consejos en su vida presente? ¿Acaso es capaz de instruirse por sí mismo? No; a la mayoría le hace falta enseñanzas directas, tanto en materia de religión y de moral como de ciencia. Indiscutiblemente, esta enseñanza puede ser suministrada en todas partes, ya bajo la bóveda del cielo como bajo la de un templo; pero ¿por qué causa los hombres no habrán de contar con lugares especiales para las cuestiones del Cielo, del mismo modo que los tienen para los negocios de la Tierra? ¿Por qué no habrán de tener asambleas religiosas, así como tienen reuniones políticas, científicas o empresariales? Esto no impide la creación de fundaciones a favor de los desgraciados; y decimos más: cuanto mejor comprendan los hombres lo relativo a sus intereses del Cielo, menos personas habrá en los hospicios.

Si las asambleas religiosas –hablo en general, sin hacer alusión a ningún culto en particular– se alejan con frecuencia de su finalidad originaria y principal, que consiste en la comunión fraterna del pensamiento; si la enseñanza que es impartida en ellas no siempre acompaña el movimiento progresivo de la humanidad, es porque los hombres no progresan todos a la vez. Lo que no han podido hacer en un período, lo harán en otro. A medida que se esclarecen, descubren las deficiencias que existen en sus instituciones y las remedian; comprenden que lo que fue bueno en una época, de acuerdo al grado de civilización alcanzado, resulta insuficiente en un estado de mayor adelanto, y restablecen el nivel. Sabemos que el espiritismo es el gran impulsor del progreso en todas las cosas, y que señala una era de renovación. Por lo tanto, sepamos esperar y no pidamos a una época más de lo que puede darnos. Como sucede con las plantas, es preciso que las

ideas maduren para que podamos cosechar sus frutos. Sepamos, además, hacer las concesiones necesarias en las épocas de transición, porque nada en la naturaleza se opera de manera brusca ni de inmediato.

Dado el motivo que nos ha reunido hoy, señores y queridos hermanos, consideré oportuno aprovechar esta circunstancia para desarrollar el principio de la comunión de pensamientos desde el punto de vista del espiritismo. Como nuestro objetivo era unirnos con la intención de ofrecer en común un testimonio particular de afecto a nuestros hermanos fallecidos, podía ser útil llamar nuestra atención hacia las ventajas que implica reunirnos. Gracias al espiritismo, comprendemos el poder y los efectos del pensamiento colectivo; obtenemos una explicación más satisfactoria acerca del sentimiento de bienestar que nos embarga en un medio homogéneo y simpático; y sabemos también que lo mismo sucede con los Espíritus, pues estos reciben los efluvios de los pensamientos benévolos que se elevan hacia ellos como una nube fragante. A ese concierto armonioso se debe que los dichosos experimenten una alegría todavía mayor, y que los que sufren sientan un gran alivio. Cada uno de nosotros, en particular, ore de preferencia por aquellos que le interesan o que más quieren. Hagamos que todos reciban aquí su parte de las plegarias que dirigimos a Dios.

* * *

Sesión conmemorativa en la Sociedad de París

Al comienzo de la sesión, la invocación general, que sirve de introducción para las sesiones ordinarias, fue reemplazada por una plegaria especial para la circunstancia, que dice así:

¡Gloria a Dios, soberano Señor de todas las cosas!

Señor, te rogamos que extiendas tu sagrada bendición sobre esta asamblea.

Te glorificamos y te agradecemos porque has tenido a bien iluminar nuestro camino con la divina luz del espiritismo.

Gracias a esa luz, la duda y la incredulidad desaparecieron de nuestro espíritu, así como desaparecerán de este mundo. La vida futura es una realidad, y nosotros avanzamos sin incertidumbre hacia el porvenir que nos aguarda.

Sabemos de dónde venimos y a dónde vamos, y por qué estamos en la Tierra.

Conocemos la causa de nuestras miserias, y comprendemos que todo es sabiduría y justicia en tus obras.

Sabemos que la muerte del cuerpo no interrumpe la vida del espíritu, sino que le da acceso a la vida verdadera, y que no destruye ningún afecto sincero. Sabemos que no hemos perdido a nuestros seres queridos, y que los volveremos a ver en el mundo de los Espíritus. Sabemos que, hasta que llegue ese momento, ellos están a nuestro lado; que nos ven y nos escuchan, y que pueden continuar su vínculo con nosotros.

Ayúdanos, Señor, a distribuir entre nuestros hermanos de la Tierra, que aún se mantienen en la ignorancia, los beneficios de esta sagrada creencia, porque ella calma todos los dolores, consuela a los afligidos, y les infunde valor, resignación y esperanza, en medio de las grandes amarguras de la vida.

Dígnate extender tu misericordia sobre nuestros hermanos fallecidos, y sobre todos los Espíritus que se amparan en nuestras plegarias, sea cual fuere la creencia que hayan abrazado en la Tierra.

Haz que nuestro pensamiento benevolente lleve alivio, consuelo y esperanza a los que sufren.

A continuación, el Presidente dirige la siguiente alocución a los Espíritus:

Queridos Espíritus de nuestros excolegas: *Jobard*, *Sanson*, *Costeau*, *Hobach* y *Poudra*:

Al invitaros a esta reunión conmemorativa, nuestra intención no es tan solo brindaros la certeza de nuestro recuerdo, pues sabéis que siempre os llevamos con cariño en la memoria. Ante todo, venimos para felicitaros por la posición que ocupáis en el mundo de los Espíritus, así como para agradeceros las excelentes instrucciones que de cuando en cuando nos impartís desde que habéis partido.

La Sociedad se alegra de saber que sois dichosos, a la vez que tiene la honra de haberos contado entre sus miembros, y ahora entre sus consejeros del mundo invisible.

Hemos apreciado la sabiduría de vuestras comunicaciones, y nos complacerá recibiros toda vez que deseéis visitarnos para formar parte de nuestros trabajos.

En este testimonio de gratitud incluimos a todos los Espíritus buenos que asisten habitualmente o de manera eventual para obsequiarnos con sus luces: *Juan Evangelista*, *Erasto*, *Lamennais*, *Georges*, *François-Nicolas-Madelaine*, *san Agustín*, *Sonnet*, *Baluze*, *Viannet* cura de Ars, *Jean Raynaud*, *Delphine de Girardin*, *Mesmer* y cuantos adoptan la calificación de *Espíritu*.

Debemos rendir un tributo especial de gratitud a nuestro Guía y Presidente espiritual, que en la Tierra fue san Luis. Le agradecemos porque tuvo a bien patrocinar a nuestra So-

ciedad, y por las señales evidentes de protección que nos ha brindado. Le rogamos que también nos asista en esta circunstancia.

Nuestro pensamiento se hace extensivo a todos los adeptos y apóstoles de la nueva doctrina, que han dejado la Tierra, y por su nombre a los que hemos conocido personalmente, a saber: N., N…

A todos aquellos a quienes Dios les permite venir a escucharnos, les decimos:

Queridos hermanos en creencia, que nos habéis precedido en el mundo de los Espíritus, nosotros nos unimos con el pensamiento para ofreceros un testimonio de afecto, y para invocar sobre vosotros las bendiciones del Todopoderoso.

Le agradecemos el favor de haber permitido que os iluminara la luz de la verdad antes de que dejarais la Tierra, porque esa luz ha guiado vuestro ingreso en la vida espiritual. La fe y la confianza en Dios, que esa luz os ha infundido, os preservó de la turbación y de las angustias que suceden a la separación en los afligidos por la duda y la incredulidad.

Esa luz os ha brindado el valor y la resignación ante las pruebas de la vida terrenal; os ha mostrado el objetivo y la necesidad del bien, así como las consecuencias inevitables del mal, y ahora recogéis los frutos.

Habéis partido de la Tierra sin pesar, sabiendo que ibais a encontrar bienes infinitamente más preciados que los que dejabais; habéis partido con la firme convicción de que encontraríais los objetos de vuestro afecto, y de que podríais volver en Espíritu para sostener y consolar a los que quedaron aquí. Por último, estáis en el mundo de los Espíritus como en un país que conocíais por anticipado.

Nos complace ver que nuestras creencias han sido confirmadas por todos aquellos que, como vosotros, acudieron aquí para comunicarse. Ninguno ha dicho que sus expectativas se habían frustrado, ni que nosotros estábamos equivocados respecto del porvenir. Por el contrario, todos dijeron que el mundo invisible tenía esplendores indescriptibles, y que sus expectativas se habían realizado con creces.

Vosotros, que ahora contáis con la dicha de haber tenido fe, y que recibís la recompensa de vuestra sumisión a la ley de Dios, venid en auxilio de vuestros hermanos de la Tierra que todavía permanecen en las tinieblas. Sed los misioneros del Espíritu de Verdad para el progreso de la humanidad y para el cumplimiento de los designios del Altísimo.

Nuestro pensamiento no se detiene en nuestros hermanos en espiritismo, pues todos los hombres son hermanos sea cual fuere su creencia.

Si fuéramos excluyentes, no seríamos ni espíritas ni cristianos. Por eso, incluimos en nuestras plegarias, en nuestras exhortaciones o en nuestras felicitaciones, según el estado en que se encuentren, a todos los Espíritus a quienes nuestra asistencia pueda ser de utilidad, hayan compartido o no nuestras creencias cuando vivían en la Tierra.

El conocimiento del espiritismo no es indispensable para la dicha futura, porque no tiene el privilegio de formar elegidos. Es un medio de alcanzar más fácilmente y con mayor certeza el objetivo, a través de la fe razonada que brinda y de la caridad que inspira. Ilumina el camino, y el hombre, dado que ya no anda a ciegas, avanza con más seguridad. El conocimiento del espiritismo permite que se comprendan mejor el bien y el mal, e infunde más fuerza para practicar uno y evitar el otro. Para ser grato a Dios, basta con observar sus leyes, es

decir, con practicar la caridad que las resume a todas. Ahora bien, la caridad puede ser practicada por todo el mundo. Despojarse de todos los vicios y de todas las inclinaciones contrarias a la caridad es, pues, la condición esencial de la salvación.

Luego de esta alocución, se dijeron plegarias específicas –extraídas en parte de la *Imitación del Evangelio* (§§ 355 y siguientes)– destinadas a cada categoría de Espíritus, mencionando el nombre de aquellos para los cuales la oración iba dirigida especialmente. La serie de plegarias finalizó con la *Oración dominical desarrollada* (véase la *Revista* de agosto de 1864, página 232.)

A continuación, los médiums se pusieron a la disposición de los Espíritus que desearan manifestarse. No se realizó ninguna evocación particular.

Estas son las principales comunicaciones obtenidas:

I. Hijos míos, entre los vivos y los muertos existe una estrecha comunión. La muerte continúa la obra esbozada, y no rompe los lazos del corazón. Esta certeza enriquece el tesoro de amor esparcido en la Creación.

Los progresos humanos, obtenidos a costa de sacrificios dolorosos y de hecatombes sangrientas, han hecho que el hombre se acerque al Verbo divino, y que deletree la palabra sagrada que, surgida de los labios de Jesús, reanimó a la humanidad desfalleciente. El amor es la ley del espiritismo. Dilata el corazón y logra que se ame activamente a los que desaparecieron en la vaga penumbra de la tumba.

El espiritismo no es un sonido vacío, salido de labios mortales y al que un soplo puede apagar. Es la ley fuerte y severa que Moisés ha proclamado en el monte Sinaí; la ley que los

Mártires afirmaron, embriagados de esperanza; la ley que los filósofos inquietos han discutido, y que finalmente los Espíritus vienen a proclamar.

¡Espíritas! El grandioso nombre de Jesús debe elevarse como una bandera sobre vuestras enseñanzas. Antes de que vosotros llegarais, el Salvador guardaba consigo la revelación, y su palabra, prudentemente mesurada, señalaba cada una de las etapas que ahora recorréis. Los misterios se derrumbarán, como antaño las murallas de Jericó, ante el soplo profético que conmueve vuestras inteligencias.

Unid vuestros propósitos, como lo hacéis en esta bendita reunión. La cálida electricidad, que el corazón irradia, salva la distancia que nos separa, y disipa los vapores de la duda, de la personalidad, de la indiferencia, que demasiado a menudo oscurecen la facultad espiritual.

Amad y orad por vuestras obras.

Juan Evangelista
(*Médium*: señora Costel.)

II. Mis queridos hermanos, vuestras plegarias y vuestro recogimiento han atraído a numerosos Espíritus a los que habéis hecho mucho bien. Una reunión como la vuestra tiene una fuerza de atracción tan eficaz, que las vibraciones de vuestro pensamiento han conmovido todos los puntos del espacio. Una multitud de hermanos vuestros, poco adelantados o en sufrimiento, ha seguido a los Espíritus superiores. Antes de escucharos, no tenían fe, pero ahora se ilusionan y creen. Sus voces, unidas a la mía, os bendecirán de ahora en más. Saben que sois fuertes ante las pruebas; como vosotros, querrán merecer la vida eterna, la vida de Dios.

No habéis olvidado a nadie, querido Presidente. En lo que a mí respecta, estoy orgulloso de la buena acogida que mi nombre genera en mis ex condiscípulos. Siempre oí decir que un curioso, con la oreja detrás de la puerta, nunca escuchó que lo elogiaran. Pero nosotros somos testigos invisibles. Nuestra cantidad es infinita. Lo que escuchamos, a contramano de la moda terrestre, es el perdón, la plegaria, la benevolencia; es la práctica de la caridad: la más noble de las divisas.

¡Que vuestro ejemplo pueda expandirse como un eco amado, para que todos los Espíritus en sufrimiento, en todas partes, escuchen las palabras que los guiarán hacia las verdades eternas!

Dicen que París es una ciudad de ruido y olvido. Los místicos afirman que es una Babilonia moderna. Me opongo abiertamente, porque París es la ciudad de los pensamientos laboriosos, de las ideas fecundas y de los nobles sentimientos. Es la ciudad que irradia sobre el universo; siempre será la que enseñe los grandes principios, las grandes abnegaciones y las sólidas virtudes.

Ved más bien, a la gran ciudad, ese día en que se derrama una lágrima por los ausentes. Ha hecho a un lado su vida múltiple para recogerse en la necrópolis, y esa corriente humana, silenciosa, reflexiva, allí acude para orar sobre los restos de sus seres queridos. Ante ese piadoso cortejo, hasta el incrédulo se llena de respeto.

Dicen que París no es espírita. Buscad en el universo una ciudad en la que hasta la tumba más modesta sea tan venerada y esté repleta de flores como en París. Ocurre que la ciudad de los grandes nacimientos siente mejor las pérdidas dolorosas. Llora lágrimas auténticas, y no deja nada librado a la apariencia. No hay duda de que París es para algunos una

ciudad de placeres, pero también es la ciudad del trabajo y del pensamiento para la gran mayoría. No es esencialmente materialista. Es la que irradia la luz espírita hacia el universo, y esa luz volverá a ella más intensa y depurada. Todos los pueblos vendrán a buscar entre vosotros las verdades del espiritismo, más preferible que los fútiles y vanos goces, o que los desfiles que no dejan nada para el espíritu.

Hay en el aire una idea racional que los partidarios del progreso aprueban: la de que todo el mundo debería saber leer. Nuestra doctrina, tan bella como es, encuentra un obstáculo en la ignorancia. Por eso, nuestro deber, el de todos los espíritas, consiste en disminuir la cantidad de nuestros hermanos ignorantes, para que *El libro de los Espíritus* no sea una letra muerta para tantos parias. Trabajar con miras a instruir a las masas es abrirle camino al espiritismo, a la vez que se destruye el elemento del fanatismo; es disminuir otro tanto la incitación de la ignorancia; es formar hombres que vivirán y morirán bien.

Una vez realizado ese gran acto de caridad, ya no tendré que sufrir, en este día de los Muertos, al ver que tantos Espíritus atrasados regresan pidiendo reencarnar para saber y para cumplir la misión prometida a sus nuevas facultades. Y esos Espíritus, cuando se hayan vuelto inteligentes, podrán a su vez acudir a otros mundos para enseñar y brindar el pan de vida, el saber que torna digno de Dios.

Alrededor de vosotros, legiones de ignorantes os imploran: son vuestros muertos. No olvidéis lo que piden. Vuestras plegarias les servirán, pero vuestras acciones están llamadas a prestarles un servicio más esencial.

Adiós, hermanos. Soy vuestro dedicado condiscípulo.

Sanson (*Médium*: señor Leymarie.)

III. ¡Día de regocijo para los Espíritus del Señor que se reúnen con miras a dirigir sus plegarias a Dios, y en favor de otros Espíritus, porque esta sagrada comunión de pensamientos se reproduce también en las regiones superiores! ¡Oh, sí! ¡Dichosos los pobres desheredados que comprendan la finalidad de nuestras plegarias, formuladas para acelerar su progreso! Gracias al espiritismo, muchos recorren ya el camino de la reparación, y pudieron mejorar. Esta gracia, que ha descendido a la Tierra, abrió su corazón al arrepentimiento y les infundió la esperanza de llegar a estar junto a nosotros algún día. Gracias a todos vosotros, espíritas cristianos, porque habéis rogado a Dios que nos permitiera venir, para deciros: ¡Valor! Los Espíritus os agradecen estos buenos pensamientos y, como los han aprovechado, hoy se sienten muy dichosos.

Diré, en particular, a mi querido amigo Canu: Alegraos de saber que vuestro amigo Hobach se encuentra aquí, rodeado de Espíritus amigos y protectores que, atraídos por el afecto, llegaron para elevar sus almas al Creador, porque todo procede de Él y debe retornar a Él. Así pues, busquemos siempre las reuniones sinceras, a fin de aprovechar las enseñanzas que en ellas se imparten, y para que los invisibles y los encarnados puedan progresar hacia lo infinito, es decir, hacia el Ser supremo que nos creó con miras al bien y a la marcha progresiva de sus obras. Así es, mil veces gracias, porque en todos los corazones leo los sentimientos de aquellos que nos han amado especialmente. Pero también, sequen sus lágrimas los que lloran, porque volverán a vernos en un mundo mejor, en el que la justicia reina soberana, pues emana de Dios.

Hobach (*Médium*: señora Patet.)

IV. Amigos y hermanos en el espiritismo, os habéis reunido en este día para dirigir al Señor votos y plegarias a favor de los Espíritus que amáis y que han cumplido su misión en la Tierra. Muchos de ellos, queridos amigos, realizaron esa tarea dignamente, y han recibido la recompensa por su trabajo en esa vida de expiación y de miseria. ¡Oh! Son ellos, queridos amigos, los que velan por vosotros. Os protegen, y en este día se suman a los votos y las súplicas que dirigís a nuestro Padre a favor de todos. La mayoría de ellos se encuentra junto a vosotros, dichosos de ver vuestro recogimiento en este momento solemne.

Pero, sobre todo, vuestros pensamientos y vuestras plegarias deben elevarse para los Espíritus que no han comprendido su misión en ese mundo de tránsito. ¡Oh! ¡Ellos necesitan que corazones amigos, que almas compasivas, les dediquen un recuerdo, una plegaria, pero una plegaria sincera, una plegaria que se eleve hasta el trono del Eterno! ¡Ah! ¡Cuántos de esos Espíritus se encuentran abandonados, olvidados, incluso por los que más deberían pensar en ellos! ¡Por sus parientes, a veces muy cercanos! Ocurre que estos, amigos míos, no son espíritas. Ocurre que no conocen el efecto que puede producir en el Espíritu la acción de las plegarias. No, no conocen la caridad; no creen en una existencia después de esta; creen que la muerte no deja nada detrás de ella.

En estos días de luto, ¡cuántos acuden, con el corazón frio y seco, a la tumba de los que han conocido! Acuden, pero por hábito, por conveniencia, o para cumplir con un deber; porque sus almas no guardan ninguna esperanza. No se imaginan siquiera que esos Espíritus están ahí, junto a ellos, a la espera de una plegaria que brote del corazón.

¡Oh! Amigos míos, suplid con vuestras plegarias lo que vuestros hermanos no hacen. En la muerte, solo ven despojos. Ven el cuerpo, pero olvidan que el alma vive para siempre. Orad, porque vuestras plegarias serán escuchadas por el Altísimo.

Un Espíritu que también ruega vuestras plegarias:
Lalouze (*Médium*: señora Lampérière.)

V. Queridos amigos, ¡cuántas expresiones de gratitud os debemos a cambio de vuestras buenas y generosas plegarias!

¡Oh! Sí, agradecemos tanta devoción, tanta caridad. Nunca se han escuchado plegarias tan cálidas y fervorosas, llevadas en las blancas alas de los Espíritus puros hacia el trono divino. Nunca los hombres han comprendido mejor la utilidad de la plegaria en común, cuya fuerza moral pesa en los Espíritus imperfectos que, cada vez que os reunís, buscan amparo en vuestro hogar generoso y fraternal. Porque en él no hay miramientos para nadie: los pequeños, los desheredados de la Tierra, son recibidos por vosotros de igual modo que los príncipes. Vuestras plegarias son para el pobre tanto como para el rico. ¡Oh! ¡Fraternidad divina, creced, creced siempre, hasta alcanzar al divino regenerador, que os envía para que los hombres retomen el camino recto del que se apartaron hace tantos siglos!

Llamad y se os abrirá, decía Jesús. Pedid y se os dará. Así es, llamad desde el fondo de vuestras pasiones, y la luz de la caridad divina inundará vuestra alma. Pedid la fe, y la obtendréis. Pedid la paciencia, y os será concedida. Pedid, en fin, todas las virtudes necesarias para despojaros del hombre viejo,

que debe desaparecer para siempre y ceder su lugar al hombre de bien.

Soy un Espíritu desconocido para vosotros, y me valgo de esta mano gracias a la caridad de san José.

(*Médium*: señor Lampérière.)

VI. ¡Mi muy querida esposa: he visto tus suspiros; he visto tus lágrimas! ¡Siempre llanto! He visto también tus plegarias, y te ruego que me dejes agradecértelas. ¡Ánimo, querida amiga! ¡Consuélate! Fíjate… perturbas mi dicha. Consuélate, pues, porque tú eres más dichosa que muchos otros: tienes hermanos que te aman y que se alegran de verte junto a ellos. ¡Fíjate, hija mía, cuán bendita eres!

No tengo más que elogiar, hermanos míos, la hospitalidad que brindasteis a mi esposa. Os agradezco todo lo que hacéis por ella… ¡y además me obsequiáis con vuestro llamado el día de hoy…! He sido de los primeros en sostener y propagar con todas mis fuerzas esta sagrada doctrina. ¡Ah! ¡Si hubiera sabido lo que ahora sé y veo! Creed, creed: es todo lo que puedo deciros. Haced todo para enseñarla y para atraer los corazones hacia vosotros. Nada es más bello ni verdadero que lo que os enseñan vuestros libros.

Costeau (Médium: señorita Béguet.)

VII. Gracias a todos vosotros, amados hermanos, por vuestro cariñoso recuerdo y vuestras bellas plegarias. Gracias a vos, querido Presidente, por la feliz iniciativa que tomasteis al hacer que se ore por nosotros en una misma comunión de ideas y de pensamientos. Así es, todos estamos aquí. Es-

cuchamos con alegría vuestras plegarias sinceras, dirigidas al Padre de misericordia a favor de cada uno de nosotros. Así es, estamos felices, porque la plegaria formulada con sinceridad se eleva hacia Dios, y recibimos de Él la fuerza necesaria para combatir las influencias perjudiciales que los Espíritus frívolos intentan ejercer sobre los que trabajan con energía en la obra sagrada. Esas plegarias han sido como un llamado solemne, de modo que nos encontramos reunidos aquí con vosotros. Desde lejos o de cerca, hemos acudido en respuesta a vuestro llamado. Es de desear que todos los centros serios sigan vuestro ejemplo, porque esas plegarias, formuladas con tanta sinceridad y desinterés, se elevan hacia Dios como sagrados efluvios, y se derraman sobre cada uno de nosotros. Gracias, una vez más, queridos amigos, y aunque mi nombre no haya sido pronunciado, ya veis que estoy aquí. Eso debe demostraros que somos muchos y dichosos.

Soy la madre de un miembro honorario de vuestra Sociedad.

Aimée Brédard, de Burdeos.
(*Médium*: señora Delanne.)

VIII. Queridos amigos, yo hubiera preferido, a continuación de estas plegarias a las que os habéis asociado de todo corazón, hubiera preferido, digo, ver que cada uno de vosotros se refugiaba en el silencio piadoso que la oración os deja en el alma. Habéis elevado vuestras almas a Dios a favor de todos los que han partido de la Tierra. Habéis recordado con ternura el pasado; y en el presente, ¿no os sentís más fuertes? ¿No habéis sentido en ese momento, mientras vuestras almas se elevaban al Cielo en un común impulso, el cálido aliento

de otras almas que sumaban sus plegarias a las vuestras? ¿No os sentisteis impregnados por ellas? ¿Por qué no os recogéis en ese perfume silencioso de ultratumba, en vez de evocar nuestras voces? ¿No es dicha suficiente vivir con esos tiernos pensamientos que brotan de los efluvios sagrados de la plegaria?

Comprendo que ese lenguaje mudo no os basta. Los cálidos céfiros no satisfacen el corazón amoroso que ruega a los ecos una voz que responda a su voz. Os perdono ese deseo, porque es justo. ¿Por qué cada uno de vosotros no podría disfrutar un segundo el beneficio que le otorga su nueva fe, al comunicarse con los que ama, a través de nuestros médiums?

¡Cuán numerosa es vuestra asamblea, y cuán pequeña es la cantidad de manos que pueden escribir! ¿Cuáles de vuestros amigos podrán decir quiénes entre vosotros seréis los afortunados que escucharán sus voces? Veo una cantidad de Espíritus mucho más considerable que la de los encarnados presentes aquí. Junto a cada uno de nuestros intermediarios, están Georges, Sanson, Costeau, Jobard, Dauban, Paul, Émile, y otros cien cuyos nombres no puedo decir, y que quisieran hablaros. Detengo su impulso, y a todos les digo que seré el intermediario entre ellos y vosotros. Ellos están de acuerdo; y vosotros, amigos míos, ¿lo estáis también? Trataré de ser, para algunos, sus padres; para otros, sus madres; para estos, un hijo, una hija, un esposo, una esposa; y para todos, un amigo, un hermano que os ama y que quisiera que vuestros corazones, reunidos en un solo corazón, no formen más que un solo pensamiento, una sola alma que responde a esa comunión de espíritu concentrada en mi pensamiento y en mi alma.

¡Ah! Vuestros muertos queridos no esperaron que llegara este día para acercarse a cada uno de vosotros. ¿Acaso no sentís a toda hora su presencia, y que, mediante esa voz a la que

denomináis conciencia, os revelan esos secretos castos y divinos del deber? ¿No sentís que están a vuestro lado en las horas de angustia y debilidad? Ellos os dicen: ¡Valor! En especial a vosotros, espíritas, os muestran el azul del cielo y las innumerables estrellas que giran en él como símbolo de la alianza entre el Señor y vosotros.

No, queridos amigos, ellos no os abandonan con el pensamiento. A ti te digo, madre: tu hija viene a decirte: "He partido primero, como se desprende del vigoroso tronco la rama que la tempestad quiebra, pero sigo viva con tu savia y tu amor en la inmensidad; y en esta sarta de perlas que mi alma lleva, ¿no hay algunas esmeraldas que recibí de ti?"

A ti te digo, padre: escucho a tu hijo que te dice: "Me fui para volver y ayudarte, en tu plegaria, a fin de que ames mejor a Dios. Me fui, porque tu frente no se inclinaba ante el gran dispensador de todas las cosas, de modo que Él quiso acercarse a ti para que escucharas los acentos de ultratumba de la voz de tu hijo".

A ti te digo, hermano: escucho a tu hermano, que te recuerda los juegos de la niñez, vuestras alegrías y vuestros pesares. "Me adelanté –te dice–, pero no estoy muerto. Te preparé el camino donde se encuentra más gloria que en la Tierra. Para emprender el viaje, quítate el manto de púrpura y ponte el sayal. El Señor ama la pobreza más que la riqueza."

Escucho tiernos suspiros en respuesta a vuestros suspiros: los del enamorado a la enamorada, los del esposo a la esposa. ¡Bella armonía!

¡Regocijaos, pues! ¡Lágrimas dichosas! ¡Conmovedores impulsos! Esposas: sentid vuestras manos acariciadas por las manos invisibles de vuestros esposos, que vienen a renovar su

juramento de amor eterno. Vienen a deciros lo que yo mismo os he dicho: que la muerte no rompe los lazos del corazón, y que las uniones continúan más allá de la tumba.

Me agradaría nombrar a todos esos queridos muertos, pero no puedo. Escuchad vosotros mismos sus voces. Cada uno de vosotros las reconocerá en el concierto sagrado que se eleva al Cielo. Cantan juntas un cántico de acción de gracias al Señor.

San Agustín (*Médium*: señor Vézy.)

IX. Mi médium no puede prestar su concurso a cualquier Espíritu, de modo que vengo en lugar de un Espíritu que tal vez habría deseado comunicarse. Pero dado que esta reunión, dedicada en especial a los ausentes, no se mantiene ajena a la instrucción, quiero daros algunos consejos acerca de la manera de proceder para que se obtengan respuestas emanadas realmente de los Espíritus evocados.

Aquí hay muchos médiums, y muchos Espíritus deseosos de comunicarse. Sin embargo, pocos podrán hacerlo, porque no tendrán tiempo para establecer la comunicación fluídica con aquellos. La identidad de las comunicaciones es algo difícil de establecer, y raramente podéis estar absolutamente seguros de esa identidad. No obstante, si quisierais prestar un poco de ayuda a los Espíritus, mediante vuestra preparación previa a las evocaciones, habría identidad real con mayor frecuencia. Los fluidos siempre deben ser similares: sin esa similitud, no hay comunicación posible. Con todo, vosotros, los médiums, poseéis muchos fluidos diversos, y algunos de ellos podrían ser utilizados por los Espíritus, en caso de que tuvieran tiempo para influenciarlos.

Por lo general, se evoca a este o aquel Espíritu a quemarropa, sin haberlo llamado antes con el pensamiento, sin ofrecerle el aparato fluídico del médium, y sin darle tiempo para que haga resonar al unísono sus propios pensamientos con los de este. ¿Consideráis que es correcto obrar de ese modo? No, porque esos Espíritus se ven obligados a tomar prestado el intermediario de vuestros Espíritus familiares, y naturalmente no podéis reconocerlos de una manera tan positiva, por lo que sois reducidos a constatar apenas pensamientos que suelen ser muy diferentes de los que ellos cultivaban en vida, sin ninguna particularidad que os revele su identidad. Creedme, cuando os propongáis evocar, pensad primero, durante algún tiempo, en los Espíritus a los que deseáis llamar, y de ese modo les brindaréis más recursos para que se comuniquen personalmente.

Hablo en nombre de todos los Espíritus que son familiares y amigos de mi médium, y vengo a agradecer al Presidente las palabras llenas de afecto que ha pronunciado para todos. Sin duda, soy muy feliz al sumarme a tantos deseos y voluntades benevolentes. Nosotros, Espíritus dispuestos al bien y Espíritus instructores, nos comprometemos a cumplir las misiones que él y todos los corazones espíritas nos confían. (Véase, más adelante, la comunicación espírita a propósito de la *Imitación del Evangelio*.)

Un Espíritu (*Médium*: señorita A. C.)

El señor Jobard y los médiums mercenarios

Notable ejemplo de concordancia

Una sonámbula médium, que afirma haberse dormido bajo la influencia del Espíritu del señor Jobard, nos dijo que había recibido de él una comunicación dirigida a otro médium, con el consejo de que cobrara sus consultas a los ricos, y que atendiera gratuitamente a los pobres y a los obreros. El Espíritu le indicaba el trabajo de la jornada, sin escatimar elogios a sus eminentes facultades y a su elevada misión. Dado que una persona sospechó de la autenticidad de esa comunicación, y como sabía que el Espíritu del señor Jobard se manifiesta frecuentemente en la Sociedad, nos pidió que la hiciéramos controlar.

Para mayor seguridad, dirigimos inmediatamente a seis médiums estas simples palabras: "Tened a bien preguntar al Espíritu del señor Jobard si ha dictado a la señora X…, en estado de sonambulismo magnético, una comunicación para otro médium, al que le recomienda explotar su facultad. Necesitaría la respuesta para mañana". Nos ocupamos de que ninguno de ellos estuviera al tanto de esta especie de colaboración, de modo que cada uno supuso que era el único convocado para responder la consulta.

Contábamos con la elevación del Espíritu del señor Jobard, para que accediera a esta circunstancia sin incomodarse o impacientarse ante una pregunta que le llegaría casi simultáneamente desde seis lugares distintos.

Al día siguiente, recibimos estas respuestas, que acompañamos con algunas reflexiones:

(20 de octubre de 1864.
Médium: señor Leymarie.)

¡Bueno! Queridos amigos, ¡veo que mi nombre sirve de escudo para todo tipo de gente! Hace tiempo estoy acostumbrado a esos plagiadores desvergonzados que cada tanto me hacen cambiar de color como si fuera un camaleón. Se piensan que soy ingenuo[43]. No obstante, mi última vida, mis trabajos y las numerosas pruebas de identidad ofrecidas a la Sociedad espírita de París, impiden que haya equívocos respecto de mis sentimientos. Soy siempre el mismo, como simple encarnado o en estado de Espíritu libre, y mi misión junto a vosotros, amigos míos, consiste en la dedicación y, sobre todo, en la abnegación.

El espiritismo es una ciencia positiva; los hechos en que se basa todavía no están completos. Pero tened paciencia, vosotros que sabéis esperar, pues esta ciencia, que no fue inventada por nadie, porque constituye una fuerza de la naturaleza, demostrará a los menos clarividentes que su objetivo, por completo moral, es la regeneración de la humanidad, y que, al margen de las ciencias especulativas, su enseñanza es lo contrario del materialismo, que procede por hipótesis. Proceder con análisis, establecer hechos para remontarse a las causas, proclamar el elemento espiritual después de haberlo constatado, tal es su método claro y sin ambages. Es la línea recta, la que debe ser la guía de todo espírita convencido.

Rechazo, pues, la cizaña del trigo, los intereses mezquinos, las falsas devociones, los compromisos malsanos, que son la plaga de nuestra fe.

Desde el día en que os llamáis espíritas, tengo derecho a preguntaros qué sois, qué queréis ser. ¡Bien! Si tenéis fe, ante

43. En francés: *jobard*. (N. del T.)

todo sois caritativos. Para vosotros, todos los encarnados sufren una prueba; asistís como espectadores a muchas falencias, y en ese rudo combate de la vida, en el que vuestros hermanos buscan la luz, vuestro deber, como privilegiados que habéis visto y sabéis, consiste en brindar generosamente lo que Dios os ha distribuido también generosamente.

Médiums, no debéis enorgulleceros, *porque la mano que dispensa puede apartarse de vosotros*. Cuando por intermedio de vosotros un Espíritu viene a consolar, animar, enseñar, debéis ser dichosos y agradecer a Dios, que os permite ser la fuente generosa en la que se sacian los que tienen sed. Pero esa agua no os pertenece: es para todos, y no podéis venderla ni cederla, porque ese dominio no es de este mundo. ¿Quisierais que os castigaran como a los vendedores del templo?

Ricos o pobres, llamad y pedid: cada uno de vosotros lleva consigo un sufrimiento secreto; en otra vida, los harapos de estos se convertirán en la púrpura de aquellos, y por eso la mediumnidad no es para ejercer la usura: todos los encarnados son iguales ante ella.

Observad alrededor vuestro: ¿son ricos, son pobres, los que lucran con ese don providencial? Venden la ciencia de los Espíritus, y el óbolo que recogen es la gangrena de su espiritualismo. Hicieron bien al decir *espiritualismo*, porque los espíritas reprueban –sabedlo bien– toda venta moral; la venalidad no es lo suyo. Nosotros expulsamos de nuestro seno esas escorias vergonzosas que hacen reír a los que asisten a sus tiendas.

En cuanto a mí, querido maestro, responded a los o a las que pretenden comerciar con mi nombre, que por más ingenuo [*jobard*] que yo pueda ser, nunca lo seré bastante para

colocar mi firma en mensajes falsificados, atribuidos a vuestro servidor.

Jobard

(Médium: señora Costel.)

Vengo a reclamar y protestar en contra del abuso que se hace de mi nombre. Los pobres de espíritu –y los hay muchos entre los Espíritus– tienen la mala costumbre de atribuirse nombres que les sirvan de pasaporte ante los médiums orgullosos y crédulos.

Por cierto, no sería de mi agrado tener que defender la nobleza de mi nombre, sinónimo de ingenuo. Sin embargo, confío en haberlo dejado suficientemente alto en el juicio de cuantos me conocieron, para no temer que se me considere solidario respecto de esas miserias atribuidas a mensajes con mi firma. Así pues, tan solo por amor a la verdad, denuncio que no he dormido a ninguna sonámbula, ni exaltado a ningún médium. Me comunico muy raramente, pues tengo demasiadas cosas que aprender para servir de guía instructor de otros.

Repruebo en principio la explotación de la mediumnidad, por la sencilla razón de que el médium, dado que solo goza de su facultad de una manera *intermitente e incierta, nunca puede planificar ni establecer nada a partir de ella*. Así pues, las personas pobres se equivocan al abandonar su profesión para ejercer la mediumnidad en el sentido lucrativo de la palabra. Sé que muchas de ellas justifican con el título de *misión* el abandono de su hogar, del que huyen por orgullosa satisfacción y por la importancia efímera que les atribuye la curiosidad mundana. Espero que esos médiums se equivoquen de buena fe, pero al cabo se equivocan. La mediumnidad es un don sa-

grado e íntimo, para el cual no se puede abrir una oficina. *Los médiums que debido a su pobreza no puedan dedicarse de lleno al ejercicio de su facultad, deberán subordinarla al trabajo que les permite mantenerse.* El espiritismo no perderá nada por eso; al contrario, ganará mucho en dignidad.

No pretendo desanimar a nadie, ni frustrar ninguna buena voluntad, pero es importante que nuestra querida doctrina se mantenga libre de cualquier acusación perjudicial. "La mujer del César no solo debe serlo, sino parecerlo", y los espíritas también.

Dicho esto, espero que no quede la menor duda respecto de las palabras de vuestro viejo amigo.

Jobard

(Médium: señor Rul.)

¿Cómo podéis suponer que aquel que en todas sus comunicaciones ha recomendado la caridad y la abnegación, ahora llegara a contradecirse?

Es una prueba para la sonámbula, y yo la invito a que no se deje seducir por los Espíritus malos, que con esa mínima especulación de ultratumba pretenden desprestigiar a los médiums en general, así como al médium de que se trata en particular. Creo que no necesito volver a presentar mi profesión de fe. Esas comunicaciones no se le pueden atribuir a aquel que, encarnado, tan a menudo engañado, siempre mantuvo como regla de conducta la rectitud y la lealtad. Sería óptimo que, al igual que ocurre con algunas mercaderías de la Tierra, se pudiera colocar en las comunicaciones de ultratumba una estampilla que demostrara la identidad del autor.

Todavía no estáis bastante adelantados, pero a falta de estampillas, utilizad vuestra razón, que no puede engañaros; y yo desafío a todos los Espíritus, por muy numerosos que sean, a que me hagan pasar ante mis excolegas por más ingenuo [*jobard*] de lo que soy. Adiós.

Jobard

(Médium: señor Vézy.)

¿A qué se deben tantos disparates entre los que creen de buena fe? ¡Pensar que, si se los coloca delante de los verdaderos principios de las cosas, cambian de golpe y se tornan más incrédulos que santo Tomás!

Decidle a esa estimada señora que yo nunca me comuniqué con ella. Ella os dirá: "Es posible". Y ante vosotros parecerá compartir vuestra afirmación; pero en su fuero interior pensará que sois insensatos. Se dice que prohibirle a un loco que haga locuras, equivale a ser más loco aún. No obstante, haría falta encontrar un remedio para curar a tantos pobres Espíritus que se extravían solos, convencidos de que son seres guiados por maravillas.

¿En verdad, querido presidente, me consideráis capaz de escribir las incoherencias que os han leído? En tal caso, realmente deberíais aplicarme ese nombre que yo llevaba, por atreverme a escribir semejantes ingenuidades [*jobardises*]. El espiritismo no se enseña a tanto la lección o el caché. *Aquel que solo a costa de su propio salario pueda llevar nuestras palabras a sus hermanos, quédese en su casa y pídale a su herramienta o a su aguja que continúe proveyéndole el pan de cada día.* Porque asemejarse a un profesional del espectáculo equivale a invadir el terreno del explotador o del charlatán. Aquel que es

pobre y se considera con valor para convertirse en apóstol de nuestra doctrina, invístase de fe y coraje, pues la Providencia llegará en el momento oportuno para darle el pan que le falta; pero que no extienda la mano a cambio de su esfuerzo, porque nosotros seríamos los primeros en decirle: "¡Vete de aquí, mendigo, y deja tu lugar a los que pueden hacer el trabajo!" *Siempre encontraremos suficientes hombres de buena voluntad para llevar a cabo la tarea que les encomendamos*.

Mujeres u hombres, que dejáis la rueca o el martillo para ser predicadores o médiums a cambio de un salario: no os guía otra cosa más que el orgullo. Buscáis un poco de gloria en torno a vuestro nombre, pero el metal apenas da pálidos reflejos, que el tiempo oxida, mientras que la verdadera gloria brilla más en la abnegación. Prefiero a Malfilatre, Gilbert y Moreau, cantando su agonía en el lecho de un hospital, antes que al poeta mendicante que entrega su corazón para conservar algunos frisos dorados en torno a su lecho de muerte. Los altruistas serán los mejor recompensados: les aguarda una felicidad duradera, y sus nombres serán tanto más poderosos cuanto mayor sea el volumen de lágrimas que hayan derramado, y cuanto más sudor y polvo hayan cubierto sus rostros.

Esto es todo cuanto puedo deciros al respecto, querido presidente, y aprovecho la oportunidad para estrechar vuestra mano y reiteraros mis buenos deseos y mis sinceras felicitaciones. Manteneos siempre valeroso y fuerte en la tarea que os habéis impuesto. Tapad la boca a los envidiosos y los parlanchines que os rodean, con esa firmeza y esa sencillez que os sienta tan bien. Ahora es necesario ser positivo: no os dejéis arrastrar en busca de la luna, toda vez que vuestros pies están en la Tierra y tenéis que completar vuestro trabajo en ella. Todos los materiales abundan alrededor vuestro. De-

mostrad vuestras teorías con hechos, y que vuestros ejemplos no se apoyen en teoremas algebraicos que no todos podrían comprender, sino en axiomas matemáticos. Un niño sabe que dos más dos es cuatro. *Dejad que corran adelante los que tienen piernas demasiado largas: se romperán el cuello, y es inútil que los sigáis en su caída.* Apresurémonos mansamente: el mundo es joven aún, y los hombres disponen de tiempo para instruirse.

El sol se oculta en la noche porque hace falta la oscuridad para que se comprenda su luz. La verdad se cubre a veces con tinieblas para no enceguecer a quienes la miran demasiado de cerca.

Pregunta. Entonces, ¿nunca os habéis comunicado con esa señora? Porque ella dice haber sido magnetizada por vos.

Respuesta. ¡Pobre mujer! Atribuye a seres inteligentes lo que solamente la necedad puede dictar, o bien a grandes oráculos algunas palabras buenas y simples. Se trata de una enfermedad que no se debe contrariar: tiene origen en los nervios, y se cura con la prudencia y las duchas frías.

Jobard

(Médium: señor Delanne.)

Saludos fraternales para todos, queridos amigos, que trabajáis con fervor para perfeccionar a la humanidad. Debéis redoblar la atención, porque en este momento una increíble revolución se opera entre los desencarnados. Entre ellos también tenéis adversarios que os ponen obstáculos, pero Dios protege su obra. Colocó a la cabeza de vosotros un jefe alerta que posee la sangre fría, la perspicacia y una voluntad enérgica para que superéis las barreras que vuestros enemigos visibles e

invisibles presentan a cada instante ante vosotros. Por lo tanto, él no se dejó engañar al leer esa comunicación: comprendió que Jobard no podía hablar de ese modo ni aprobar un lenguaje semejante. No, amigos míos, el espiritismo no debe ser explotado por los espíritas sinceros y de buena fe. *Predicáis en contra de los abusos de esa naturaleza que desacreditan a la religión, de modo que no podéis practicar lo que condenáis*, porque alejaríais a aquellos a quienes vuestra devoción podría atraer.

¿Reflexionasteis alguna vez, seriamente, acerca de las funestas consecuencias de las reuniones pagadas? Comprended que, si Allan Kardec autorizara esas ideas con su silencio o su aprobación tácita, en menos de dos años el espiritismo sería presa de una infinidad de explotadores, y esa cosa santa y sagrada sería desacreditada por el charlatanismo. Esta es mi opinión. Rechazo, pues, ahora y como siempre, cualquier idea de especulación, sea cual fuere su pretexto, que perjudicara a la doctrina en vez de ayudarla.

Dedicaos, de momento y ante todo, a reformar a los hombres con vuestras enseñanzas y vuestro ejemplo. Que vuestra abnegación y vuestra moderación hablen tan alto que ninguno de vuestros adversarios pueda reprocharos nada. Dado que cada uno de vosotros se encuentra en una posición diferente, debéis trabajar según vuestras fuerzas: Dios no pide imposibles. Confiad en Él, y dejad que cada cosa llegue en el momento oportuno. Si hubiera querido que el espiritismo avanzara más rápido aún, habría enviado antes a los grandes Espíritus que están encarnados y que surgirán casi al mismo tiempo en todos los puntos del globo cuando corresponda. Entretanto, preparad el camino con prudencia y sabiduría.

Valor, querido presidente, pues cada día las riendas se tornan más difíciles. Pero nosotros estamos ahí para sosteneros, y Dios os protege.

Jobard

(Médium: señor d'Ambel.)

¡Así es! ¡Esto os sorprende! Pero hay tantos ingenuos [*jobards*] en el mundo de los Espíritus, como los hay entre vosotros –sin ánimo de ofenderos–, para que un ingenuo [*jobard*] haya podido brindar a otro la comunicación sonambúlica en cuestión.

En cuanto al médium, ¿hace falta preocuparse más de lo necesario? Dejad que el tiempo se ocupe, pues es un gran reformador. Los que ponen precio a su mediumnidad hacen como esas personas que dicen a sus consultantes, mientras barajan un mazo de cartas ante ellos: "Se trata de un hombre de ciudad o un hombre de campo; hay una carta en camino, es el as de diamantes". ¿Quién sabe si, en algunos casos, no se trata de un regreso al pasado, un resto de viejos hábitos? Así pues, ¡tanto peor para los que caen en la misma trampa! No obtendrán ganancias, y algún día se lamentarán de haber seguido el camino equivocado.

Todo cuanto puedo deciros es que no tengo nada que ver con ese ínfimo comercio –vosotros los sabéis bien– y me lavo las manos respecto de todo eso, lamentando que la pobre humanimalidad recurra todavía a semejantes negocios.

Adiós.

Jobard

Observaciones

En la actualidad, la necesidad del altruismo en los médiums es a tal punto aceptada como un principio, que hubiera sido superfluo publicar el hecho en cuestión, si no fuera porque ofrece –más allá del asunto principal– un notable ejemplo de coincidencia y una prueba manifiesta de identidad, por la similitud de las ideas y la originalidad que en general poseen las comunicaciones de nuestro excolega Jobard. Esto es así a tal punto que, cuando él se manifiesta espontáneamente en la Sociedad, es raro que, ya desde las primeras líneas, no se adivine al autor. De tal modo, no surgió duda alguna respecto de la autenticidad de las comunicaciones que acabamos de transcribir, mientras que, en la que se nos había pedido que hiciéramos controlar, la superchería era evidente para cualquiera que conozca el lenguaje y el carácter del señor Jobard, así como los principios que él había profesado constantemente como hombre y luego como Espíritu. Habría sido irracional admitir que hubiera cambiado súbitamente a favor de los intereses materiales de un individuo. La superchería era grosera.

En cuanto al hecho de la abnegación, sería inútil reiterar todo lo que se ha dicho al respecto, y que se encuentra admirablemente resumido en las respuestas del señor Jobard. Solo agregaremos una consideración que no carece de importancia.

Algunos médiums explotadores consideran que guardan las apariencias por el hecho de que solo cobran a los ricos, o apenas aceptan una retribución voluntaria. En primer lugar, hacer eso no deja de ser una profesión, la explotación de una cosa sagrada, un lucro obtenido a partir de algo que se recibe gratuitamente. Cuando Jesús y sus apóstoles enseñaban y curaban, no ponían precio a sus palabras ni a sus cuidados, a pesar de que no tenían una fuente de ingresos para vivir.

Por otra parte, esa manera de proceder no es una garantía de sinceridad, y no resguarda de la sospecha de charlatanismo. Sabemos a qué atenernos en cuanto a la filantropía de algunos médicos que brindan gratuitamente sus consultas, así como a los beneficios que extraen algunos comerciantes al ofrecer productos al costo o incluso a cambio de nada. La gratuidad, en algunas ocasiones, es una manera de atraer a la clientela productiva.

Con todo, existe otra consideración aún más importante. ¿De qué modo se puede reconocer al que no está en condiciones de pagar? El aspecto a veces es engañoso, y a menudo una vestimenta elegante oculta una necesidad mayor que la prenda de un obrero. ¿Hará falta, pues, que exhiba su pobreza, su merecimiento para la caridad, o que presente un certificado de indigencia? Además, ¿quién dice que el médium, aunque se admita una absoluta sinceridad de su parte, tendrá la misma solicitud para el que no paga o paga menos, que para el que paga generosamente, y que no dará a cada uno según el dinero que posea? ¿Quién dice que, si un rico y un pobre se dirigen a él al mismo tiempo, no hará pasar primero al rico, que solo busca satisfacer una vana curiosidad, mientras que el pobre, que tal vez espera una suprema consolación, será postergado? Involuntariamente, su conciencia se enfrentará con la tentación de la preferencia; será inducido a inclinarse a favor del que paga, incluso si este le arroja con desdén una moneda de oro, como a un mercenario, mientras que verá con indiferencia los pocos centavos que le entrega tímidamente un pobre avergonzado. Estos sentimientos, ¿son compatibles con el espiritismo? ¿No implican mantener entre el rico y el pobre esa demarcación humillante que ya ha hecho tanto daño, y que el espiritismo debe borrar demostrando la igualdad del rico y el

pobre ante Dios, que no mide los rayos del sol según la fortuna, y que no subordina a esta los consuelos del corazón que Él se ocupa de que los hombres brinden a través de los Espíritus buenos, sus mensajeros?

Después de todo, si hubiera que elegir, preferiríamos al médium que cobra en la totalidad de los casos, porque al menos no sería hipócrita. De inmediato sabríamos a qué atenernos respecto de él.

Además, la multiplicidad siempre creciente de médiums –que se registra en todas las clases de la sociedad y en el seno de la mayoría de las familias– impide que la mediumnidad retribuida cuente con alguna utilidad o razón de ser. Esa multiplicidad aniquilará la explotación, aunque más no sea por el sentimiento de repulsión que esta genera.

Nos informan que, en una ciudad de provincia, se produjo el cierre de un antiguo y numeroso grupo que se había organizado con fines de lucro. El jefe de ese grupo, al igual que su familia, había renunciado a su trabajo con el pretexto de su devoción a la causa, a la que pretendía dedicar todo su tiempo. Confiaba en subsistir con los recursos que extraería del espiritismo. Lamentablemente, la explotación de la mediumnidad se halla tan desacreditada fuera de la capital que, en la mayoría de las ciudades, quienes pretendieran dedicarse a eso, aunque poseyeran las facultades más trascendentes, no inspirarían la menor confianza. Serían muy mal vistos, y los grupos serios les cerrarían las puertas. Al parecer, la especulación de aquel grupo no se correspondió con sus expectativas, de modo que el jefe se quejó de su precariedad ante sus frecuentadores, con un pedido de ayuda. Le respondieron que si le iba mal era por su culpa, pues había cometido el error de cerrar sus talleres para vivir del espiritismo, cobrando por las

instrucciones que los Espíritus le impartían a cambio de nada. Ante esto, el jefe propuso que se consultara a los Espíritus. De un total de nueve médiums, a los que se planteó la cuestión, ocho transmitieron comunicaciones en las que se censuraba el proceder del jefe, en tanto que solo contaron con el apoyo de una: la que había recibido su esposa. Así las cosas, el jefe del grupo se sometió de buen grado a la advertencia de los Espíritus, y anunció que a partir de ese momento el grupo quedaría cerrado. No cabe duda de que habría sido más prudente haber escuchado los consejos que desde hacía mucho tiempo le brindaban los amigos sinceros del espiritismo.

Otro grupo, en condiciones casi idénticas a las del anterior, poco a poco sufrió el abandono de sus frecuentadores, hasta que se vio obligado a disolverse.

Vemos aquí, pues, dos grupos que sucumbieron bajo la presión de la opinión pública. Nos han escrito refiriendo al hecho de que los parágrafos 392 y siguientes de la *Imitación del Evangelio* no son ajenos a ese resultado. Por otra parte, es imposible que cualquier espírita sincero, que comprenda la esencia y los verdaderos intereses de la doctrina, se convierta en defensor y sostén de un abuso que tendería inevitablemente a desacreditarla. Los invitamos a que no se descuiden ante las trampas que los enemigos del espiritismo intentarán tenderles con ese fin. Sabemos que, a falta de buenas razones para combatirlo, una de las tácticas consiste en hacer el intento de que se arruine a sí mismo. De tal modo, vemos con cuánto ardor aprovechan la ocasión de descubrirlo en falta o en contradicción consigo mismo. Por eso, los Espíritus nos dicen sin cesar que vigilemos y nos pongamos en guardia.

En cuanto a nosotros, no ignoramos que, con nuestra insistencia en combatir el abuso al que nos referimos, nos he-

mos ganado la enemistad de los que vieron en el espiritismo un elemento explotable, así como de quienes los apoyan. Con todo, ¡qué nos importa la oposición de algunos individuos! Defendemos un principio verdadero, y ninguna consideración personal nos hará retroceder ante el cumplimiento de un deber. Nuestros esfuerzos tienden siempre a preservar al espiritismo de la invasión de la venalidad. El momento presente es el más difícil, pero a medida que la doctrina se comprenda mejor, esa invasión será menos temible: la opinión de las masas le opondrá una barrera infranqueable. El principio de la abnegación, que satisface a la vez al corazón y a la razón, siempre tendrá la mayor cantidad de simpatizantes, y se impondrá forzosamente sobre el principio de la especulación.

Louis-Henri, el trapero

Estudio moral

Leemos en *Le Siécle* [*El Siglo*] del 12 de octubre de 1864:

"En una miserable buhardilla del pasaje Saint-Pierre, en Clichy, vivía un hombre llamado Louis-Henri, de sesenta y cuatro años, aunque parecía de noventa. Había descendido hasta el nivel más bajo de la vida social. Se decía que antaño había sido un apuesto vividor; que muchas mujeres habían perdido la cabeza por él, y que llevaba una vida de excesos.

"En efecto, por momentos se le escapaban maneras de hablar propias de una sociedad refinada, y en su casa guardaba dos deliciosas miniaturas que representaban encantadoras mujeres. Los marcos de esos medallones se habían vendido

hacía mucho tiempo, y las pinturas se habían vuelto demasiado burdas para que se pudiera ganar algo con ellas.

"Louis-Henri ejercía el oficio de trapero, pero era tan débil, tan flojo y enclenque, que no recogía casi nada. Se acostaba, sin quitarse los harapos, sobre la basura que le servía de cama. Otros traperos, casi tan pobres como él, colaboraban para darle algunos alimentos, como corteza de pan y otras sobras que guardaban en sus cestas. Su cuerpo estaba cubierto de llagas y agusanado. Ya en varias oportunidades –se lee en *L'Opinion nationale* [*La Opinión nacional*]– los policías de la brigada de Clichy habían hecho una colecta entre ellos a fin de pagarle al desdichado unos baños sulfurosos. No conocía el paradero de su familia, y había olvidado hasta su propio apellido. Solo le quedaba como recuerdo el nombre de pila: Louis-Henri.

"Desde hacía algunos días, nadie veía al *leproso* –así lo llamaban–. Un olor infecto, procedente de su vivienda, llamó la atención de los vecinos, de modo que estos advirtieron al comisario de policía, quien se presentó en el lugar en compañía del doctor Massart y un cerrajero, que abrió la puerta. En medio de la basura, encontraron, en estado de descomposición y comido por las ratas, los restos del trapero, que había fallecido producto de sus enfermedades".

Tenemos aquí un lamentable golpe de fortuna y una prueba de que la justicia de Dios no siempre espera a que el culpable ingrese en la vida futura para recaer sobre él. Decimos *el culpable* hipotéticamente, porque una degradación como esa no puede ser más que producto del vicio en su máxima expresión. El hombre más rico y de más alto rango puede caer hasta lo más bajo de la escala social, pero si el honor no se ha

visto sofocado en él, conservará su dignidad incluso en la más profunda miseria.

Visto que la vida de ese hombre podía ofrecer una enseñanza, la Sociedad de París consideró oportuno evocarlo, también con la esperanza de serle útil.

(Sociedad de París, 28 de julio de 1864.
Médium: señor Vézy.)

Pregunta. Los detalles que hemos leído acerca de vuestra vida y vuestra muerte nos han interesado, por vos en primer lugar, porque todos los que sufren tienen derecho a nuestro afecto, y luego para nuestra instrucción. Sería útil, desde el punto de vista moral, que conozcamos cuáles fueron las causas y de qué modo caísteis, a partir de una existencia que parece haber sido brillante, en una abyección como la descripta, y cuál es vuestra situación actual. Rogamos que un Espíritu bueno tenga a bien asistiros en la comunicación que vais a darnos.

I. *Respuesta*. ¿Acaso no he pagado bastante mi deuda de padecimientos en la Tierra, para que se me concedan algunas horas de lucidez más allá de la muerte? ¿Será que mi Espíritu está perturbado porque los gusanos devoran mi cuerpo infecto? Dejad que me reconozca un poco.

Vosotros conocéis las leyes divinas de la inmigración de las almas, de modo que no necesito explicaros el porqué de ese estado abyecto en el que terminé. Sin embargo, dado que me lo *ordenan*, voy a contaros mi historia… Por otra parte, una anécdota en medio de vuestras serias discusiones y vuestros sabios argumentos os divertirá. Aquí tenéis cierto público que se distraerá más con esto que con vuestra moral y vuestra filosofía. Comenzaré, pues.

(*Observación*. Ese día, la Sociedad realizaba una sesión general, es decir, una reunión en la que se admite una determinada cantidad de oyentes foráneos. El Espíritu hace referencia a eso.)

¿Por qué razón os ocultaría el nombre que tuve, y que los últimos años, sobre todo, yo mismo parecía haber olvidado completamente? ¿No advertisteis que el fango en que me sumergía era la única causa de mi silencio al respecto? Fingía el olvido. Me llamo… ¡no! No quiero ensuciar los fracs y los vestidos de seda y terciopelo de quienes fueron mis parientes y amigos, con los cuales viví durante la juventud, y que siguen vivos. Tampoco quiero que algunas viejas damas, que cambiaron de residencia, pasando del tocador al oratorio, vean en el medallón, que aún conservan colgado del friso de sus alcobas, vestido con el traje galante del gentilhombre, al infeliz abandonado. Para algunos, morí en América, durante las guerras que siguieron al despertar de sus pueblos; para otros, fui de los últimos en morir durante las escaramuzas sangrientas de la Vendée, gritando: ¡Viva el Rey!

¡No toquemos esos laureles, sobre los que yo duermo en sus corazones…! ¡Hace mucho tiempo que estoy muerto para todos…! ¡También estoy muerto para ella…! ¡Ah! ¡No hurguemos ahí…! Así es, para ti estoy muerto… ¡Muerto para siempre! Sin embargo, ¡cuántas horas de éxtasis y embriaguez hemos pasado en la Tierra! Sigues viva tan solo para mostrarme tus arrugas y tus cabellos blancos. Pero cuando llegue el momento de que la muerte te toque, ¡ya no te veré…! ¡No! ¡Maldición! Escucho voces que me gritan: ¡Maldito…! No, no; ya no la veré. Para ella será la luz y el esplendor; para mí, ¡la noche y las tinieblas! Arranqué las alas del ángel en la Tie-

rra, pero su llanto le devolverá su pureza, y el perdón de Dios reservará para ella blancas alas de serafín.

¡Ah! ¿Por qué los jóvenes juegan así con su corazón? ¿Por qué quieren recoger todas las flores a su paso, para deshojarlas de inmediato a sus pies? Con todo, cuando sus corazones hablan el lenguaje de un alma a otra alma, no mienten. ¿Por qué haría falta que el soplo de las pasiones impuras los empañe y arroje sus cuerpos al estercolero…? Dejadme derramar también algunas lágrimas: ¡son un alivio para los que sufren!

¡Cuánto quisiera poder revivir mi vida de otrora, para emplear mejor mis horas de juventud! ¡Oh! ¡Cuánto quisiera tener un corazón de veinte años! Se lo entregaría por completo a un corazón hermano del mío; le daría mi alma entera a un alma hermana de la mía, y en mis aspiraciones le pediría a Dios que nos permitiera disfrutar todas las alegrías del Cielo… Pero ya está hecho. ¿Por qué mi llanto y mis lamentos? Hombre degradado, ¿qué sueñas? ¡Todo está perdido para aquel que no supo aprovechar el tiempo que se le concedió! ¡Todo está perdido para el miserable que no supo aprovechar las cualidades que poseía!

¡Oh! Vosotros, los que me escucháis… Sabed, en efecto, que aquel que os habla poseía bellas facultades. ¿Para qué le sirvieron? Para engañar con astucia y conocimiento de causa! ¡Para cometer crímenes! Más tarde, asfixié mis remordimiento en orgías, para no escuchar los gritos de mi conciencia. Era un gentilhombre. Manejaba la palabra y la espada con audacia; y si bien las mujeres me llamaban el refinado, y acariciaban mi frente y mis cabellos en su alcoba, los hombres me llamaban el invencible y el valiente… ¡Orgullo! ¿A qué vienen esos recuerdos de otros tiempos…? ¡Desgracia…! ¡Maldición…! ¡Veo sangre alrededor mío! ¿Por qué no se volvió contra mi pecho

esa espada con la que maté…? ¿Veis ese cadáver entre aquellos muertos? ¡Es mi hijo…! ¡Qué ironía…! ¡El resultado de las costumbres de una sociedad en la que se ríen de todo…! ¿Soy yo el culpable? ¿Sabía yo que ese era mi hijo? ¿Sabía que la amante abandonada veinte años atrás pondría en mi camino un fruto bastardo al que no reconocí, y que llegó para disputarle una presa al nuevo don Juan…? ¡Cómo queríais que no olvidara mi nombre después de esos crímenes! ¡Ah! ¡Mía es la copa de la vergüenza y la infamia! Yo debía morir como lo hice: en la basura. ¡Siento el frío de la tumba! ¡Siento que los gusanos me devoran! ¡Siento que la inmundicia me cubre! ¡Siento las úlceras en mi cuerpo! Pero nada de todo eso me hace sufrir tanto como la vista de la herida que abrió mi espada… Hijo mío: ¡piedad…! Tu padre no te ha dado su nombre, pero ha borrado el suyo del mundo; te ha dado la muerte, pero está muerto también, en el lodo. ¡Ah! Tiéndeme los brazos; enséñale a tu padre, con el perdón, el camino hacia Dios.

¡Qué lúgubre historia! Yo, que al tomar esta mano para escribir, pensé que habría de reencontrar mis sonrisas de antaño! ¡Don Juan! ¿Es este medio en el que me encuentro lo que me impresiona y me transforma? ¿Por qué me habéis evocado? ¿Por qué me sacasteis de la noche, para mostrarme un poco del día y arrojarme de vuelta a las tinieblas? Ahora soy yo quien os interroga. ¡Respondedme!

Pregunta. Os hemos llamado para seros de utilidad, y porque nos compadecemos de vuestros padecimientos. ¿Qué podemos hacer por vos?

Respuesta. ¡No lo sé! Debéis instruirme. No me arrojéis a la oscuridad… Vosotros despertasteis a los muertos; los veo en medio de la noche. ¡Tengo miedo!

Pregunta. Oraremos por vos.

Respuesta. ¡Ah! Orad. ¡Dicen que la plegaria hace tanto bien a los que sufren!

Pregunta. ¿Tendríais a bien escribir vuestro nombre?

Respuesta. ¡No! ¡No! Orad por mí.

Algunos días después, otro médium, el señor Rul, de Passy, evocó en privado al mismo Espíritu, y obtuvo las siguientes tres comunicaciones. Nos parece superfluo reproducir los consejos que el médium impartió al Espíritu, pues son los de un espírita sincero, animado de una auténtica caridad para con sus hermanos sufridores.

II. Sí, orad por mí, porque las plegarias de vuestros hermanos ya me han hecho bien. ¡Si supierais lo que significa el sufrimiento de un desencarnado! ¡Si pudierais leer en mi rostro espiritual los surcos que las pasiones dejaron en él, os apiadaríais, y vuestra mano fraternal estrecharía la mía y sentiría la fiebre que me agita. ¡Cuánto sufro desde que fui evocado por vuestro Presidente! Reconozco la justicia divina. Solo, errante entre los difuntos, yo pensaba que era el único que conocía mis pesares, ¡pero resultó que a la luz de las noticias fui llamado para que confiese mis faltas! ¡Oh! ¡Cuántas faltas me ha hecho cometer la pasión! No le he dicho todo a vuestro hermano. Me retenían el pudor, la vergüenza. Hubiera preferido retener las confesiones que hacía, y borrar esos caracteres indelebles que me ponían en la picota de vuestras conciencias. Pero oraron por mí, y ahora reconozco cuánto bien me han hecho vuestros corazones caritativos. Y para merecer aún más vuestra compasión, porque sois espíritas, es decir, indulgentes y compasivos, confieso que no he retrocedido ante ninguna falta para satisfacer mis pasiones. No cometí ninguno de los crímenes que la

ley de los hombres castiga, pero los vicios que vuestra sociedad tolera y justifica, sobre todo cuando se tiene un nombre y fortuna, son condenados por Dios, que nunca los deja impunes. Los expié cruelmente en la Tierra; caí hasta el escalón más bajo de la miseria, del envilecimiento y del desprecio; yo, que otrora brillaba y producía envidiosos y celosos; y el castigo me persigue más allá de la tumba. No maté como un vil asesino; no robé, porque mi orgullo de gentilhombre se habría rebelado de solo pensar en ser confundido con los criminales; y sin embargo, maté, pero en salvaguarda del honor según el mundo. ¡Llevé la ruina, la vergüenza y la desesperación a las familias, pero me llamaban el dichoso, el hombre afortunado! ¡Cuántas víctimas clamaron venganza! ¡Oh! ¡cuánto tiempo habré de cargar el fardo de mis crímenes! ¡Orad por mí, porque sufro a punto tal que siento que mi alma se quiebra!

Gracias, gracias, querido amigo. Quiero darte el nombre que me das. Agradezco tus lágrimas, porque me han aliviado. Agradezco tu plegaria, porque hizo que se acercaran a mí Espíritus llenos de gloria, que me dicen: "Ten esperanza, tú que fuiste tan culpable; ten esperanza en la misericordia de Dios, que perdona a todos sus hijos arrepentidos. Persevera en tus buenas resoluciones, y serás más fuerte para soportar tus padecimientos".

¡Gracias a ti, que me sacaste de la bruma que me envolvía! ¡Ojalá un día pueda demostrarte que la gratitud de tu hermano es para siempre!

III. El remordimiento me persigue. Sufro mucho, pero comprendo la necesidad de sufrir. Comprendo que la impureza solo puede volverse pura después de transformarse en contacto con el fuego.

Los Espíritus buenos me dicen que tenga esperanza, y la tengo; me piden que ore, y lo hago. Pero necesito un amigo que me tienda la mano para sostenerme e impedir que sucumba bajo este fardo que es muy pesado. Sé tú, para mí, ese hermano caritativo, ese amigo dedicado. Yo escucharía tus consejos; oraría contigo; me inclinaría contigo a los pies del Eterno.

¡Cuántas veces he visto mi espada teñida con la sangre de uno de mis hermanos! He sido implacable en mis venganzas; y cuando el aguijón de la carne, la vanidad y el deseo de vencer a mis rivales me exaltaban, me hacía falta la victoria a cualquier precio. ¡Triste victoria, manchada con las más bajas pasiones! He sido cruel cuando mi orgullo era excitado. Así es, he sido un gran culpable, pero deseo convertirme en un hijo del Señor, y por eso he venido a decirte: sé mi hermano para que me ayudes a purificarme. ¡Hermano! ¡Oremos juntos!

IV. Gracias, gracias, hermano. Me encuentro bajo el efecto de las palabras que acabas de pronunciar. Estoy más fortalecido. Veo la meta, y sin que pretenda calcular la distancia que me separa de ella, pienso que la alcanzaré, porque lo deseo y confío en los Espíritus buenos que me brindan esperanza. En la Tierra, nunca dudé del éxito cuando hacía el mal. ¿Cómo podría dudar ahora de que deseo hacer el bien?

Gracias, gracias, por tu caridad, por tus bondadosas plegarias y tus enseñanzas, porque de ellas extraigo la fuerza, y siento que crece mi arrepentimiento. Si bien el arrepentimiento duplica el dolor, sé que ese dolor durará poco tiempo, y que la felicidad me aguarda después de la purificación. Por lo tanto, deseo sufrir, sufrir mucho, para llegar más rápido a la felicidad de esos Espíritus resplandecientes, a los que veo cerca de ti.

Hasta pronto, amigo, porque veo que debes consolar a otro Espíritu sufridor, y fortalecer su arrepentimiento. Piensa en mí, y durante tu plegaria de la noche estaré contigo.

Consideraciones generales

Es evidente que este Espíritu transita el camino del bien. En él hay un combate de buen augurio, porque no pide otra cosa más que ser esclarecido.

No obstante, sus ideas aún reflejan algunos prejuicios. Al igual que muchas personas, busca una justificación en las costumbres de la sociedad. Pero ¿qué es lo que torna mala a la sociedad, sino las personas viciosas? No cabe duda de que la sociedad deja mucho que desear en cuanto a sus instituciones. Sin embargo, dado que en ella hay personas honestas y que cumplen con su deber, todos podrían hacer eso mismo, pues la sociedad no obliga a nadie a que haga el mal. ¿Acaso fue la sociedad la que obligó a Louis-Henri a que abandonara a esa mujer? ¿Por qué no quiso reconocer a su hijo, y lo perdió de vista sin preocuparse por su existencia? ¿Son los prejuicios sociales los que le impidieron darle su nombre a esa mujer? No, porque su único móvil eran las pasiones. ¿Le faltaba instrucción? No, porque pertenecía a la clase alta. Por lo tanto, la sociedad no fue la culpable de sus actos. No le negó nada, porque él era un privilegiado en todo. Él fue culpable ante la sociedad, porque obró libremente, de manera voluntaria, y con conocimiento de causa. ¿Qué es lo que puso a ese hijo en su camino de desenfrenos? ¿Fue el azar? No, fue la Providencia, para que el remordimiento que llegaría después le sirviera para su adelanto.

La verdadera llaga de la sociedad, la causa primera de todos los desórdenes, es la incredulidad. La negación del princi-

pio espiritual, la creencia en la nada después de la muerte, en una palabra, las ideas materialistas, preconizadas por hombres influyentes, se infiltran en la juventud, que las absorbe con la leche, por decirlo de algún modo. El hombre que solo cree en el presente, desea gozar a cualquier precio, y es consecuente consigo mismo porque no espera nada más allá de la tumba. No espera nada, de modo que no cree en nada. Si Louis-Henry hubiera tenido fe en su alma y en el porvenir, habría comprendido que la vida corporal es fugitiva y precaria. Así pues, no la habría convertido en su único objetivo. Si hubiera sabido que nada de lo que aquí se adquiere está perdido, se habría preocupado por su suerte futura; en cambio, obró como alguien que consume su capital y se juega el todo por el todo.

¡Cuántas miserias, cuántos desórdenes y crímenes tuvieron origen en esta manera de considerar la vida! ¿Quiénes son los principales culpables? Los que la convierten en un dogma, en una creencia, y se burlan y tratan de locos a los que creen que no todo se encuentra en la materia y en el mundo visible. Louis-Henry no fue bastante fuerte para resistirse a esa corriente de ideas; sucumbió víctima de sus pasiones, que veían una justificación en la materia, mientras que una fe sólida y razonada les habría puesto un freno más poderoso que todas las leyes represivas, que no pueden contemplar la totalidad de las faltas. El espiritismo presenta esa ley, razón por la cual opera una infinidad de transformaciones morales.

Las últimas tres comunicaciones confirman la primera, obtenida a través de otro médium. Evidentemente, el fondo del pensamiento es el mismo. Se destaca el progreso que tuvo lugar en ese Espíritu, y de ellas podemos extraer más de una enseñanza.

En la primera, si bien confiesa sus faltas, todavía no se observa un arrepentimiento serio, como tampoco alguna resolución de su parte. E incluso casi llega a quejarse porque lo evocaron.

En la segunda, dice: "¡Cuánto sufro desde que fui evocado por vuestro Presidente!" Estas palabras, ¿justificarían la afirmación de algunas personas, en el sentido de que se perturba el descanso de los muertos cuando se los evoca? Por cierto que no. En primer lugar, los Espíritus solo responden si eso les conviene. En segundo lugar, la mayoría expresa su satisfacción por haber sido llamados, toda vez que eso ocurra con un sentimiento de afecto y benevolencia hacia ellos. Algunos culpables solo se presentan con repugnancia, y en ese caso no lo hacen obligados por el evocador, sino por los Espíritus superiores, y con miras a su adelanto. Esa repugnancia es la del delincuente al que se conduce ante el tribunal. Dado que la evocación de los Espíritus culpables tiene por objeto y como resultado su mejoramiento, la contrariedad momentánea que pueda causarles los beneficia, porque al inducirlos al arrepentimiento abrevia los dolores que sufren en el mundo de los Espíritus. ¿Acaso sería más caritativo dejar que se pudran en la abyección en que se encuentran, en vez de sacarlos de ahí? El sufrimiento que resulta de evocarlos equivale a la medicina desagradable que se aplica en un enfermo para curarlo. Sacad del fango a un hombre embrutecido, y se quejará. Lo mismo ocurre con los Espíritus.

En las comunicaciones de este Espíritu encontramos un pensamiento semejante al que expresaba Latour acerca de la aflicción que causa el arrepentimiento. Ya hemos explicado la causa de ese sentimiento (véase el número de noviembre de 1864, página 336). Es la misma que lleva a este Espíritu a decir: "Sufro desde que fui evocado…" y "El remordimiento

me persigue; sufro mucho…". El remordimiento, pues, es la causa de ese dolor, pero ese remordimiento es también lo que habrá de salvarlo, junto con la evocación que lo motivó. Pero también agrega estas palabras: "Comprendo la necesidad de sufrir. Comprendo que la impureza solo puede volverse pura después de transformarse en contacto con el fuego". Y más adelante, dice: "Si bien el arrepentimiento duplica el dolor, sé que ese dolor durará poco tiempo, y que la felicidad me aguarda después de la purificación". Esa certeza lo lleva a afirmar: "Deseo sufrir, sufrir mucho, para llegar más rápido a la felicidad". Después de saber esto, ¿debería extrañarnos que un Espíritu elija terribles pruebas en una nueva existencia? ¿No es el mismo caso de un enfermo que se somete a una operación dolorosa para curarse, o el de un hombre que se expone a todos los peligros y que padece toda clase de miserias y privaciones a fin de obtener una fortuna o la gloria? Por consiguiente, el principio de la libre elección de las pruebas de la vida no tiene nada de irracional. La condición, para sacarle provecho a esas pruebas, es no retroceder. Ahora bien, retroceder significa no soportarlas con valor y resignación.

¿Cuál será la suerte de Louis-Henri en una nueva existencia? Dado que en su última vida expió cruelmente sus faltas, y que en estado de Espíritu su arrepentimiento es sincero y sus resoluciones son buenas y serias, es probable que se encuentre en condiciones de reparar sus errores haciendo el bien. Pero como pagó su deuda con sufrimientos corporales, ya no tendrá que pasar por las mismas vicisitudes.

Deseamos que así sea, y con esa finalidad oramos por él.

NECROLOGÍA

Muerte del señor Bruneau

La Sociedad espírita de París acaba de perder a uno de sus miembros en la persona del señor Bruneau, fallecido el 13 de noviembre de 1864, a los setenta años, y cuya muerte *L'Opinion nationale* [*La Opinión Nacional*] anuncia en estos términos:

"La muerte redobla sus golpes sobre los miembros sobrevivientes de la misión sansimoniana en Egipto. Tras hacerlo respecto de Enfantin y Lambert Bey, tenemos ahora que lamentar la pérdida del señor Bruneau, excoronel de artillería, quien fundó en Egipto la escuela de caballería, mientras que Lambert Bey, su yerno, organizaba una escuela politécnica. El señor Bruneau murió como un hombre libre, lleno de esperanza en el progreso físico, intelectual y moral, lleno de fe en las doctrinas religiosas y sociales de la juventud".

El señor Bruneau, exalumno de la Escuela Politécnica, era miembro de la Sociedad espírita de París hacía varios años. Ignoramos cuál era su fe acerca del porvenir de las doctrinas religiosas y sociales de la juventud, pero nos consta su confianza absoluta en el porvenir del espiritismo, del cual era un adepto fervoroso y esclarecido. Había adquirido una fe inquebrantable en la vida futura y en las reformas humanitarias que serán la consecuencia de aquella. Añadiremos que sus colegas habían podido apreciar sus excelentes cualidades, su extrema modestia, su ternura, su benevolencia y su caridad. Se comunicó en la Sociedad pocos días después de su muerte, y dio muestras de la elevación de su Espíritu por la exactitud y la profundidad de sus apreciaciones. El mundo invisible no contenía para él ninguna sorpresa, pues lo comprendía por

anticipado. De tal modo, vino a confirmarnos todo lo que la doctrina espírita nos enseña al respecto. Tuvo la dicha de reencontrase con sus familiares, sus amigos y sus colegas que lo habían precedido y que aguardaban su llegada.

La Sociedad espírita de París estuvo representada en el funeral del señor Bruneau por una delegación de veinte miembros. Para nosotros habría sido un honor expresar en esa circunstancia los sentimientos de la Sociedad, pero sabíamos que la familia no simpatiza con nuestras ideas, de modo que preferimos abstenernos de cualquier clase de manifestación. El espiritismo no se impone; pretende que se lo acepte libremente, razón por la cual respeta todas las creencias y, por espíritu de tolerancia y caridad, evita todo lo que pudiera ofender las opiniones contrarias a las suyas.

Por otra parte, el justo tributo de elogios y condolencias que no se le pudo ofrecer ostensiblemente, ante un público indiferente u hostil, tuvo lugar con mayor recogimiento en la Sociedad. En la sesión posterior a su funeral, se pronunció un discurso, y todos sus colegas se unieron de corazón a las plegarias que se formularon a su favor.

En la sesión de la Sociedad dedicada a la memoria del señor Bruneau, el señor Allan Kardec pronunció el siguiente discurso:

Señores y estimados hermanos espíritas:

Uno de nuestros colegas acaba de dejar la Tierra para ingresar en el mundo de los Espíritus. Al dedicarle especialmente esta sesión, cumplimos para con él un deber de confraternidad, al que sin duda cada uno de nosotros se sumará de corazón y con una sagrada comunión de pensamientos.

El señor Bruneau formaba parte de la Sociedad desde el 1.º de abril de 1862. Miembro del comité, como sabéis, él concurría asiduamente a nuestras sesiones. Todos pudimos apreciar la ternura de su carácter, su extrema benevolencia, su simplicidad y su caridad. No existe infortunio alguno, referido en la Sociedad, a favor del cual él no haya hecho su aporte. Su muerte nos ha revelado otra de sus cualidades eminentes: la modestia. Nunca se jactó de sus títulos, que reflejaban su condición de hombre culto. Una circunstancia fortuita me había permitido descubrir que había estudiado en la Escuela Politécnica, pero todos ignorábamos que había sido coronel de artillería y que había cumplido una misión superior en Egipto, donde fundó una escuela de caballería, a la vez que su yerno, Lambert Bey, fundaba una escuela politécnica. Lo conocíamos como un espírita sincero, dedicado y esclarecido; y si bien mantenía silencio respecto de sus títulos, no ocultaba sus opiniones.

Esas circunstancias, señores, hacen que su memoria sea aún más querida por nosotros, y no tenemos duda de que en el mundo de los Espíritus ha encontrado una posición digna de su mérito.

El señor Bruneau había sido uno de los miembros activos de la escuela sansimoniana, hecho que los periódicos que anunciaron su muerte se ocuparon de resaltar, aunque se cuidaron bien de decir que al morir abrazaba la creencia espírita.

No vamos a discutir aquí los principios de la escuela sansimoniana. De todos modos, el comienzo del artículo de *L'Opinion national* nos lleva involuntariamente a realizar una comparación. Leemos: "La muerte redobla sus golpes sobre los miembros sobrevivientes de la misión sansimoniana en Egipto. Tras hacerlo respecto de Enfantin y Lambert Bey, tenemos ahora que lamentar la pérdida del señor Bruneau,

etc." El sansimonismo brilló intensamente durante algunos años, tanto por la originalidad de algunas de sus doctrinas como por los hombres eminentes que las compartían. ¿A qué se debe, pues, que haya tenido una existencia tan efímera, si se hallaba en posesión de la verdad filosófica?

A veces, la verdad tarda en difundirse. No obstante, a partir del momento en que comienza a despuntar, crece incesantemente y no muere, porque la verdad es eterna, y es eterna porque emana de Dios. Solo el error es perecedero, porque surge de los hombres. El progreso es la ley de la humanidad; ahora bien, la humanidad no puede progresar sino a medida que descubre la verdad; una vez que el descubrimiento tiene lugar, resulta permanente e inquebrantable. ¿Cuál teoría podría imponerse actualmente ante la ley del movimiento de los astros, de la formación de la Tierra, y tantas otras? La filosofía es cambiante porque constituye el producto de sistemas creados por los hombres, y solo tendrá estabilidad cuando haya adquirido la precisión de la verdad matemática. Por lo tanto, el hecho de que un sistema, una teoría, una doctrina, sea cual fuere, filosófica, religiosa o social, entre en decadencia, es la prueba indudable de que no refleja la verdad absoluta. En todas las religiones, sin exceptuar al cristianismo, el elemento divino es imperecedero; por su parte, el elemento humano cae si no se encuentra en armonía con la ley del progreso. Pero como el progreso es incesante, de ahí resulta que, en las religiones, el elemento humano debe modificarse; en caso contrario, perecerá. Solo el elemento divino es invariable. Ved eso en la ley mosaica: las tablas del Sinaí siguen en pie, convertidas cada vez más en el código de la humanidad, mientras que el resto ha pasado de moda.

Dado que la verdad absoluta solo puede establecerse sobre las ruinas del error, forzosamente encuentra antagonistas entre aquellos que, como viven del error, tienen interés en combatir la verdad, y por eso mismo le declaran una guerra encarnizada. No obstante, la verdad conquista rápidamente el afecto de las masas desinteresadas. ¿Ocurrió esto en el caso de la doctrina sansimoniana? No; vivió como práctica, pero solo sobrevivió en estado de teoría agradable y de creencia individual en el pensamiento de algunos de sus antiguos adeptos. Conforme lo señala *L'Opinion national*, puesto que a diario esa doctrina se lleva alguno de sus representantes, no está lejos la época en que todos habrán desaparecido, y entonces solo vivirá en la historia. De ahí debemos concluir que el sansimonismo no poseía toda la verdad ni respondía a todas las aspiraciones.

¿Acaso esto quiere decir que todas las sectas y escuelas que desaparecieron eran completamente falsas? No; la mayoría, por el contrario, entrevieron una parte de la verdad; pero como la suma de verdades que poseían no fue bastante importante para repeler los ataques contra el progreso, no se encontraron a la altura de las necesidades de la humanidad. Además, por lo general las sectas son bastante excluyentes y, por eso mismo, estacionarias. De ahí resulta que, las que han logrado señalar una etapa del progreso en determinada época, llegaron a distanciarse y extinguirse inevitablemente. No obstante, sean cuales fueren los errores ante los que sucumbieron, su existencia no fue en vano: agitaron las ideas, sacaron al hombre del estancamiento, generaron nuevas preguntas, que más tarde, mejor elaboradas y libres del espíritu de sistema y de la exageración, recibieron una respuesta. Entre las ideas que esas sectas siembran, solo las buenas fructifican y renacen

con otra forma; mientras que el tiempo, la experiencia y la razón, condenan a las otras.

El error de casi todas las doctrinas sociales que se presentan como la panacea de los males de la humanidad, radica en que se apoyan exclusivamente en los intereses materiales. De ahí resulta que la solidaridad que intentan establecer entre los hombres es frágil como la vida corporal; dado que los vínculos de confraternidad no tienen raíces en el corazón y en la fe en el porvenir, se quiebran ante el menor impacto del egoísmo.

El espiritismo se presenta en condiciones absolutamente distintas. ¿Está en lo cierto? Consideramos que sí. Pero ¿se encuentra mejor fundado que las otras doctrinas? Los motivos que nos llevan a afirmarlo son muy simples: se deducen a la vez de la causa y de los efectos. Como causa, tiene a favor el hecho de que no es fruto de una concepción humana, de un sistema personal, lo cual es fundamental. Ni uno solo de sus principios –cuando digo *ni uno solo*, no hago ninguna excepción– deja de apoyarse en la observación de los hechos. *Si uno solo de los principios del espiritismo fuera el resultado de una opinión personal, ese sería su lado vulnerable*. Pero habida cuenta de que no afirma nada que no sea sancionado por la experiencia de los hechos, y dado que los hechos responden a las leyes de la naturaleza, entonces el espiritismo debe ser inmutable como esas leyes, por lo que en todas partes y en todas las épocas recibirá su sanción y su confirmación. Tarde o temprano, todas las creencias deberán inclinarse ante los hechos.

En efecto, el espiritismo responde a todas las aspiraciones del alma; satisface a la vez al espíritu, a la razón y al corazón; llena el vacío que la duda genera; ofrece un fundamento y una razón de ser a la solidaridad, mediante el vínculo que establece entre el presente y el porvenir; por último, afirma en una base

sólida el principio de igualdad, libertad y fraternidad. De tal modo, el espiritismo constituye el pivote que sostendrá todas las reformas sociales serias. Debido a que él mismo se apoya en los hechos y en las leyes de la naturaleza, sin confundirse con teorías humanas, no corre el riesgo de apartarse del elemento divino. Asimismo, presenta el espectáculo –único en la historia– de una doctrina que en pocos años se implantó en todos los puntos del globo y crece sin cesar; que reúne a todas las creencias religiosas, mientras que las otras son excluyentes y se mantienen encerradas en un ámbito circunscripto de adeptos.

Tales son, en pocas palabras, las razones en que se apoya nuestra fe en la verdad y en la estabilidad del espiritismo. Confiamos en que nuestro excolega y siempre hermano Bruneau, tenga a bien decirnos de qué modo considera esta cuestión, ahora que puede hacerlo desde un punto más elevado.

Nota. La comunicación del señor Bruneau satisfizo plenamente nuestras expectativas. Se relacionó, como el resto de las obtenidas en esta sesión, con un conjunto de cuestiones que serán tratadas posteriormente, motivo por el cual aplazamos su publicación.

VARIEDADES

Comunicación al revés

(Amberes, 1.º de noviembre de 1864.)

(Fin) .ellerutan iol al ed erdro'l snad recalp el ruop lerutanrus te euqit satnaf erètcarac tuot emsitiripS ua zetô iou-

qruop tse'c ;noitcefrep al :tub emêm el snoviusruop suon ,strom suon te stnaviv suov euq tnemelanif ,eguj niarevous ua etpmoc udner àjed snova suon tnod noissim enu erviusruop ed ueiD rap ségrahc te sproc el emmon no'uq ertserret eppolevne ertov snad sénnosirpme erid-à-tse'c ,sénracni stirpsE ,suoV .stirpsE suot semmos suon euq elpmis trof noisulcnoc al à ehcuot no ,emâ'l ed étilatrommi'l ed étatsnoc tiaf el rap ,ro; enirtcod ettec reruotne à tîalp es no tnod erbmos siofrap te xuellievrem egitserp el eriurted à tnemennosiar elpmis el rap evirra no ,ertua'l snas nu'l retejer uo erttemda tiaruas en no'uq ,sepicnirp xued sec ed tnatrap nE .emâ'l ed étilatrommi'l te ueiD nu'd ecnetsixe'l :sétirév sednarg xued dnerppa suov emsitiripS eL (Comienzo).

(Fin) .étirahc ed etca nu'd eéngapmocca erèirp ennob enu (trépassés) idercrem ruop te ,port sap zeugitaf suov en :noitadnammocer erèinred enu ,ritrap ed tnavA (Comienzo).

.riover uA

Presentamos aquí una curiosa muestra de la escritura tiptológica invertida a la que nos hemos referido en el número de octubre último, página 309. Podrá notarse que no solo las palabras fueron dictadas al revés, sino también los párrafos. De tal modo, se debe comenzar por la última letra de cada párrafo. Dejamos que nuestros lectores se ocupen de la traducción.

Nota del traductor al castellano: A continuación, presentamos la transcripción ordenada del texto francés y su traducción:

"Le Spiritisme vous apprend deux grandes vérites: l'existence d'un Dieu et l'immortalité de l'âme. En partant de ces deux principes, qu'on ne saurait admettre ou rejeter l'un sans l'autre, on arrive par simple raisonnement à detruir le prestige

merveilleux et parfois sombre dont on se plaît à entourer cette doctrine; or, par le fait constaté de l'immortalité de l'âme, on touche à la conclusion fort simple que nous sommes tous Esprits. Vous, Esprits incarnés, c'est-à-dire emprisonnés dans votre enveloppe terrestre qu'on nomme le corps et chargés par Dieu de poursuivre une mission dont nous avons dejà rendu compte au souverain juge, finalement que vous vivants et nous morts, nous poursuivons le même but: la perfection; c'est pourquoi ôtez au Spiritisme tout caractère fantastique et surnaturel pour le placer dans l'ordre de la loi naturelle.

"Avant de partir, une dernière recommandation: ne vous fatiguez pas trop, et pour mercredi (trépassés) une bonne prière accompagnée d'un acte de charité.

"Au revoir."

"El espiritismo os enseña dos grandes verdades: la existencia de un Dios y la inmortalidad del alma. A partir de esos dos principios, que no se podrían admitir o rechazar uno sin el otro, se llega por simple razonamiento a destruir el prodigio maravilloso y a veces sombrío con el que se complacen en cercar a esta doctrina. Ahora bien, por el hecho comprobado de la inmortalidad del alma, llegamos a la muy simple conclusión de que todos nosotros somos Espíritus. Vosotros, Espíritus encarnados, encerrados en vuestra envoltura terrestre que se denomina el cuerpo, y encargados por Dios de cumplir una misión de la que nosotros ya hemos rendido cuentas al soberano juez; finalmente, que vosotros vivos y nosotros muertos, persigamos el mismo objetivo: la perfección; por eso despojáis al espiritismo de todo carácter fantástico y sobrenatural para colocarlo en el orden de la ley natural.

"Antes de partir, una última recomendación: no os canséis demasiado, y para el miércoles (día de los Muertos) una buena plegaria acompañada de un acto de caridad.

"Adiós."

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

Cómo y por qué llegué a ser espírita

Por J. B. Borreau, de Niort.[44]

El autor cuenta de qué modo fue llevado a creer en la existencia de los Espíritus, en sus manifestaciones y su intervención en las cosas de este mundo, y todo eso mucho tiempo antes de que se hiciera referencia al espiritismo. Todo comenzó a partir de una serie de acontecimientos, cuando él no se lo imaginaba en modo alguno. Durante las experiencias que realizaba con una finalidad por completo diferente, el mundo de los Espíritus se presentó ante él, es cierto que en su peor aspecto, pero en definitiva se presentó, como parte activa. El señor Borreau lo descubrió sin proponérselo, de igual modo que los buscadores de la piedra filosofal descubrieron en el fondo de sus retortas nuevos cuerpos que no buscaban, y que enriquecieron la ciencia, aunque ellos mismos no se hayan enriquecido.

El relato preciso y circunstanciado del señor Borreau resulta a la vez interesante, porque es verdadero, y muy instruc-

44. Opúsculo in-8º. Precio: 2 francos.- Niort: en todas las librerías; París: Didier y Cia. 35, quai des Augustins, Palais Royal. (N. de Allan Kardec.)

tivo por las enseñanzas que se desprenden de él. Sin detenerse en la superficie de las cosas, busca las deducciones y las consecuencias que se pueden extraer de los hechos.

El señor Borreau es un gran magnetizador. Había constatado por sí mismo la fuerza del agente magnético, así como la asombrosa lucidez de algunos sonámbulos, que ven a distancia con la misma precisión que con los ojos, y cuya vista no se encuentra limitada por la oscuridad ni por los cuerpos opacos. Esos fenómenos habían sido para él la prueba palpable de la existencia, en el hombre, de un principio inteligente independiente de la materia. Su deseo fervoroso era propagar esta ciencia nueva. No obstante, desesperado por vencer la incredulidad, tuvo la idea de impresionar las imaginaciones con un hecho rotundo, ante el cual habrían de caer todas las negaciones y las dudas más obstinadas.

Pensó que, como la vista de los sonámbulos penetra todo, también podría penetrar las capas terrestres. El descubrimiento ostensible de algún tesoro enterrado sería un hecho patente que no podría dejar de causar un gran impacto, y cerraría la boca de los burlones, porque nadie se burla ante un tesoro.

En su opúsculo, el señor Borreau narra la historia de sus tentativas, penosas, peligrosas, que muchas veces lo llevaron a suponer que había triunfado, pero que durante veinte años no dieron otro resultado más que decepciones y engaños. Uno de los episodios más conmovedores es el de la terrible escena que tuvo lugar cuando se hacían excavaciones en un campo de la Vendée, una noche oscura, al pie de unas piedras druídicas y en medio de sombrías retamas. En el momento en que Borreau creyó haber alcanzado el objetivo, la sonámbula, en el paroxismo del éxtasis y la sobrexcitación, se desplomó inanimada, como alcanzada por un rayo, sin ningún signo vital y

con rigidez cadavérica. Pensaron que estaba muerta, y debieron trasladarla con mucha dificultad a través de hondonadas y riscos, en medio de la oscuridad. Solo después de varias leguas, la mujer comenzó a volver en sí, sin la menor conciencia de lo que le había ocurrido. Ese fracaso no desanimó al perseverante buscador, a pesar de una infinidad de otros incidentes, no menos dramáticos, que se le presentaron sin cesar, como para advertirle acerca de lo inútil y peligroso de sus tentativas.

En el transcurso de esas experiencias, se le reveló la existencia de los Espíritus, de una manera patente, tanto a través de la sonámbula, que los veía y conversaba con ellos, como de más de cincuenta fenómenos de *escritura directa*, cuyo origen era indudable. Esos Espíritus se presentaban en algunos casos con un aspecto horroroso, provocando en la sonámbula terribles crisis que toda la fuerza magnética del señor Borreau no lograba calmar, o bien con la apariencia de Espíritus benévolos que lo animaban a continuar sus búsquedas, siempre con promesas de éxito, pero cuya concreción siempre aplazaban. Debemos decir que persistir en esas condiciones significaba prestarse a un juego muy peligroso e incurrir en una grave responsabilidad. Agreguemos que los Espíritus prescribían el rezo periódico de novenas, que el señor Borreau acabó por abandonar, pues le resultaban muy caras. Esto lo llevó a reflexionar acerca de que las plegarias dichas por él mismo también podrían ser igualmente eficaces y no le costarían nada.

En la actualidad, dado que el espiritismo explica todas estas cuestiones, cada uno de los párrafos de ese opúsculo daría lugar a un instructivo comentario, pero dos números enteros de nuestra *Revista* apenas alcanzarían para hacerlo. Algún día, tal vez, emprenderemos ese trabajo. Entretanto, toda persona versada en el conocimiento de los principios del espiritismo

podrá extraer sus propias conclusiones. A tal efecto, remitimos al capítulo XXVI de *El libro de los médiums*, y especialmente a los §§ 294 y 295, así como a las reflexiones que acompañan el artículo sobre la Sociedad alemana de buscadores de tesoros, publicado en la *Revista* de octubre de 1864.

El señor Borreau dice que su único objetivo era vencer la incredulidad respecto del magnetismo. No obstante, aunque él no haya tenido éxito, el magnetismo y el sonambulismo no dejaron de hacer su camino. A pesar de la oposición sistemática de algunos científicos, los fenómenos pasaron actualmente al estado de hechos, y son aceptados por las masas y por una gran cantidad de médicos. Las curas magnéticas son admitidas incluso en el ámbito oficial. Algunas personas todavía las rechazan, por espíritu de oposición, pero ya no se burlan, porque lo que es verdadero habrá de triunfar tarde o temprano.

Así pues, el éxito de las tentativas del señor Borreau no era necesario. Incluso no habría alcanzado el objetivo propuesto, porque un hecho aislado no puede convertirse en ley, y a los incrédulos no les habrían faltado razones para atribuirle cualquier otra causa menos la verdadera. Decimos más, el éxito habría sido deplorable para el magnetismo.

Un principio nuevo solo se acredita mediante la multiplicidad de los hechos de que da cuenta. Ahora bien, la posibilidad de que una persona descubriera un tesoro de tal modo implicaba esa misma posibilidad para todas. A fin de convencerse mejor, cada una habría querido hacer la prueba; ¡y nada era más lógico, porque se enriquecería rápida y fácilmente! Los perezosos habrían tenido su parte, y los ladrones también, pues ¿por qué razón la lucidez habría de detenerse ante el derecho de propiedad? La codicia, que ya alcanzó el estado de flagelo, no necesitaba ese nuevo estimulante. La Providencia no lo quiso.

A pesar de todo, como el magnetismo es una ley de la naturaleza, triunfó inevitablemente. Su propagación se debe más que nada a su poder curativo. De tal modo, su fin es humanitario, y no egoísta, como lo es necesariamente el afán de lucro. Los innumerables fenómenos de curación, que se repiten en todos los puntos del globo, han hecho más para acreditar el magnetismo que el descubrimiento de un inmenso tesoro, o incluso más que las experiencias más curiosas, dado que todo el mundo puede experimentar sus beneficios. En cambio, no existen tesoros para todos, y la propia curiosidad se cansa. Jesús ha hecho más prosélitos curando enfermos que con el milagro de las bodas de Caná. Lo mismo ocurre con el espiritismo: la proporción de los que se acercan a él por el consuelo que brinda, en relación con los que atrae por curiosidad, es de cien a uno.

Las tentativas del señor Borreau, por más infructuosas que hayan sido desde el punto de vista material, ¿no fueron provechosas para él? Esto nos dice al respecto:

"Todas esas reflexiones habían abrumado tanto mi espíritu, por lo general muy alegre, que durante el resto del viaje me sentí triste, pensativo e imparcial, al extremo de arrepentirme por cultivar esa idea fija que me había hecho padecer todas las tribulaciones de esos caminos desconocidos. '¿Qué gané con eso?' –me preguntaba con amargura–. Por cierto, gané el conocimiento de un mundo que yo ignoraba, así como la posibilidad de ponerse en relación con los seres que lo integran. Pero después de todo, ese mundo, como el nuestro, debe de tener sus Espíritus buenos y sus Espíritus malos. ¿Quién puede asegurarme que, a pesar del interés que parecía manifestar y de todas sus bellas y bondadosas palabras, aquel Espíritu que pareció imponerse a nosotros no tenía más que buenas intenciones y el poder –como dijo– de conducirnos al rotun-

do éxito que yo soñaba, y que no me inspiró para seducirme y llevarme al fracaso?

¿Acaso no vale nada la comprobación del mundo invisible, de ese mundo que es de máximo interés para el porvenir de la humanidad entera, dado que toda ella se dirige hacia él? ¿No es un inmenso resultado el descubrimiento de esa clave de todos los problemas que la filosofía enfrenta hasta hoy? ¿No constituye un insigne favor haber sido uno de los primeros en ser llamado para adquirir ese conocimiento? ¿No se trata de un gran servicio prestado a la causa del magnetismo, involuntariamente por cierto, el hecho de haber proporcionado por cuenta propia una nueva prueba, entre otras miles, de la imposibilidad de tener éxito en esos casos, así como de desanimar a los que se verían tentados a realizar esos mismos ensayos, engañándose con esperanzas quiméricas? Tal es el resultado que arrojaron las laboriosas investigaciones del señor Borreau. Si bien no encontró tesoros para esta vida, los encontró mil veces más valiosos para la otra; porque el tesoro que hubiera encontrado en la Tierra, habría tenido que dejarlo aquí forzosamente al partir, mientras que se llevará consigo un tesoro imperecedero. ¿Esto lo satisface? Lo ignoramos.

Sea como fuere, no podemos dejar de establecer una relación entre este hecho y una fábula: la del anciano que dijo a sus tres hijos que había un tesoro escondido en el campo que les dejaba como herencia. Dos de ellos se pusieron a cavar cada uno su parte, pero no encontraron nada. El tercero, más sabio, trabajó su heredad con cuidado, tan bien que al cabo de un año había producido mucho. De ahí, esta máxima: "Trabajad, esforzaos, la tierra es lo que menos falta"[45]. Aquel

45. Véase la fábula de La Fontaine: "El labrador y sus hijos". (N. del T.)

Espíritu obró como el anciano y, en nuestra opinión, el señor Borreau encontró el verdadero tesoro.

Nuestra crítica no afecta en nada a la persona del señor Borreau, al que conocemos desde hace mucho y consideramos digno de estima en todo sentido. Apenas quisimos destacar la moraleja que resulta de sus experiencias, en beneficio de la ciencia y de cada uno en particular. Desde ese punto de vista, su opúsculo es sumamente instructivo, a la vez que interesante por los fenómenos notables que registra, razón por la cual lo recomendamos a nuestros lectores.

* * *

El mundo musical

Periódico popular e internacional de
las bellas artes y la literatura.

Tal es el título de un nuevo periódico que se publica en Bruselas, con el formato de los grandes periódicos, bajo la dirección de los señores Malibran y Roselli, nombres que constituyen a la vez un programa y una recomendación para la especialidad de esa hoja. No lo apreciaremos como órgano de las artes, pues en ese punto nos remitimos a las personas más competentes que nosotros y que lo juzgan a la altura de su título. En efecto, no se lo podría confundir con esos folletos frívolos que, con la insignia de la literatura, presentan a sus lectores más chistes que contenido, y a menudo más blancos que texto. *Le Monde musical* es un periódico serio, en el que todos los temas de su programa son tratados de manera sus-

tancial y por manos hábiles. Esta consideración no deja de ser importante para nosotros.

Este periódico constituye un primer paso por parte de la prensa independiente en el sentido del espiritismo. Sin que llegue a presentarse como un órgano propagador de la doctrina, leemos en él este juicioso razonamiento:

"Verdadero o falso, el espiritismo ha ocupado un lugar entre los hechos de actualidad que preocupan a la opinión pública. Las tempestades que desencadena en determinados ámbitos demuestran que no carece de importancia. Su propagación, a pesar de los ataques del clero, prueba que no es algo pasajero. Por la cantidad de sus adherentes, ya se ha convertido en una fuerza que tarde o temprano habrá que considerar. Si se trata de un error, caerá de por sí. Si es una verdad, constituye inevitablemente una revolución en las ideas, y nada podría oponerse a él. En cualquiera de esas dos alternativas, a título informativo, debemos mantener a nuestros lectores al corriente de este asunto. Pensamos que hablar de esto, como de otras cosas, vale más que alimentar la crónica escandalosa de los salones o entre bastidores.

"A fin de que nuestros lectores puedan juzgar con conocimiento de causa, tomaremos la mayoría de nuestras citas de los escritos respaldados por los adeptos de esta doctrina; pero como no debemos ni queremos forzar la opinión de nadie, ni a favor ni en contra, admitiremos la controversia toda vez que no traspase los límites de una discusión conveniente y honesta. Al mantenernos en el terreno de la imparcialidad, todos conservan la libertad respecto de sus convicciones. Las opiniones favorables o contrarias, que se podrían formular en algunos artículos, deben considerarse como opiniones perso-

nales de los autores de dichos artículos, y no comprometen en absoluto la responsabilidad del periódico".

Tal es el resumen del programa que nos han presentado, y que no podemos más que aplaudir. Sería de desear que este ejemplo tuviera imitadores en la prensa. A esta no le reprochamos la discusión de nuestros principios, sino la crítica ciega y sistemáticamente maliciosa, que habla del espiritismo sin conocerlo y lo desnaturaliza de manera poco leal. Los periódicos que sigan francamente ese ejemplo, lejos de perder, no podrán más que ganar materialmente, porque los espíritas forman en la actualidad una masa de lectores cada vez más preponderante, y cuya estima se orientará naturalmente hacia ellos.

En este sentido, *Le Monde musical* merece que se lo fomente.

Nota. *Le Monde musical* aparece todos los domingos, desde el 1.º de octubre de 1864. Precio del abono: 4 francos anuales para Bélgica; 10 francos para Francia. Se puede abonar a partir del 1.º de cada mes; en *Bruselas*: oficina del periódico, rue de l'Ècuyer, n.º 18; en *París*: agencia del periódico, rue de Buffaut, 9.

Se ha formado una Sociedad para la comercialización de este periódico, con un capital de 60.000 francos, dividido en 2.400 acciones de 25 francos cada una.

* * *

Auto de fe de Barcelona

Fotografía de un dibujo realizado en el lugar de los hechos, en el que se representa la ceremonia del auto de fe de los

libros espíritas, ocurrido en Barcelona, con una transcripción del señor Allan Kardec del acta escrita de puño y letra.

Precio: 1 franco, 25 centavos; *franco* para Francia y Argelia; transporte y embalaje: 1 franco, 50 centavos.

En la oficina de la *Revista espírita*.

[*Nota del traductor*. Presentamos a continuación la traducción del acta mencionada, e incluimos las imágenes de la estampa original, frente y dorso.

"**Auto de fe de Barcelona**. Este día, nueve de octubre de mil ochocientos sesenta y uno, a las diez y media de la mañana, en la explanada de la ciudad de Barcelona, en el lugar donde son ejecutados los criminales condenados al último suplicio, y por orden del obispo de esa ciudad, fueron quemados trescientos volúmenes y opúsculos acerca del espiritismo, a saber:

"*Revista Espírita*, director: Allan Kardec;

"*Revista Espiritualista*, director: Piérard;

"*El libro de los Espíritus*, por Allan Kardec;

"*El libro de los médiums*, por el mismo;

"*¿Qué es el espiritismo?*, por el mismo;

"*Fragmento de sonata dictado por el Espíritu de Mozart*;

"*Carta de un católico sobre el espiritismo*, por el doctor Grand;

"*Historia de Juana de Arco*, dictada por ella misma a la Sta. Ermance Dufaux.

"*La realidad de los Espíritus demostrada por la escritura directa*, por el barón de Guldenstubbé.

"Asistieron al auto de fe:

"Un cura con los hábitos sacerdotales, llevando una cruz en una mano y una antorcha en la otra;

"Un notario encargado de redactar el acta del auto de fe;

"El secretario del notario;

"Un empleado superior de la administración de aduanas;

"Tres mozos (muchachos) de la aduana, encargados de alimentar el fuego;

"Un agente de la aduana en representación del propietario de las obras condenadas por el obispo.

"Una gran multitud obstruía los paseos y cubría la inmensa explanada donde se había levantado la hoguera.

"Luego de que el fuego consumiera los trescientos volúmenes y opúsculos espíritas, el sacerdote y sus ayudantes se retiraron en medio de los abucheos y las maldiciones que procedían de los numerosos asistentes, quienes gritaban: ¡Abajo la inquisición!

"A continuación, varias personas se aproximaron a la hoguera y recogieron cenizas." Allan Kardec

Para más información, véase: Barrera, Florentino – *El auto de fe de Barcelona*, Buenos Aires: Ediciones Vida Infinita, 2008.]

Auto de fe de Barcelona



Auto-da-fé de Barcelone

« Ce jour, neuf octobre mil huit cent soixante-un, à dix heures et demie du matin, sur l'esplanade de la ville de Barcelone, au lieu où sont exécutés les criminels condamnés au dernier supplice, et par ordre de l'évêque de cette ville, ont été brûlés trois cents volumes et brochures sur le Spiritisme, savoir :

« La *Revue Spirite*, directeur Allan Kardec ;

« La *Revue Spiritualiste*, directeur Piérard ;

« Le *Livre des Esprits*, par Allan Kardec ;

« Le *Livre des Médiums*, par le même ;

« *Qu'est-ce que le Spiritisme*, par le même ;

« *Fragment de sonate dicté par l'Esprit de Mozart ;*

« *Lettre d'un catholique sur le Spiritisme*, par le docteur Grand ;

« *L'Histoire de Jeanne d'Arc*, dictée par elle-même à Mlle Ermance Dufau ;

« *La réalité des Esprits démontrée par l'écriture directe*, par le baron de Guldenstubbé.

« Ont assisté à l'auto-da-fé :

« Un prêtre revêtu des habits sacerdotaux, portant la croix d'une main et une torche de l'autre main ;

« Un notaire chargé de rédiger le procès-verbal de l'auto-da-fé ;

« Le clerc du notaire ;

« Un employé supérieur de l'administration des douanes ;

« Trois mozos (garçons) de la douane, chargés d'entretenir le feu ;

« Un agent de la douane représentant le propriétaire des ouvrages condamnés par l'évêque.

« Une foule innombrable encombrait les promenades et couvrait l'immense esplanade où se dressait le bûcher.

« Quand le feu a eu consumé les trois cents volumes ou brochures Spirites, le prêtre et ses aides se sont retirés couverts par les huées et les malédictions des nombreux assistants qui criaient : A bas l'inquisition !

« Plusieurs personnes se sont ensuite approchées du bûcher et en ont recueilli des cendres. » Allan Kardec

1864

PARIS

Bureau de la REVUE SPIRITE

59, rue et passage Sainte-Anne

Comunicación espírita
a propósito de la *Imitación del Evangelio*

(Burdeos, mayo de 1864. Grupo de Saint-Jean.
Médium: señor Rul.)

Un nuevo libro acaba de aparecer. Es una luz más brillante que viene a iluminar vuestro camino. Vine hace dieciocho siglos, por orden de mi Padre, para traer la palabra de Dios a los hombres de buena voluntad. Esa palabra ha sido olvidada por la mayoría, y la incredulidad, el materialismo, ahogaron la buena simiente que yo había depositado en vuestra tierra. En la actualidad, por orden del *Eterno*, los Espíritus buenos, sus mensajeros, acuden a todos los puntos del globo para hacer que se escuche la trompeta resonante. Escuchad sus voces: están destinadas a mostraros el camino que conduce a los pies del Padre celestial. Sed dóciles a sus enseñanzas; los tiempos predichos han llegado; todos las profecías se cumplirán.

Por los frutos se reconoce al árbol. Ved cuáles son los frutos del espiritismo: hogares en los que la discordia había reemplazado a la armonía recuperaron la paz y la felicidad; hombres que sucumbían bajo el peso de sus aflicciones, advertidos por los acentos melodiosos de las voces de ultratumba, comprendieron que avanzaban en la dirección equivocada y, avergonzados de sus debilidades, se arrepintieron y rogaron al Señor la fuerza para soportar sus pruebas.

Pruebas y expiaciones, tal es la condición del hombre en la Tierra. Expiación del pasado, pruebas para fortalecerlo contra la tentación, para desarrollar el Espíritu mediante la actividad de la lucha, habituarlo a dominar la materia, y prepararlo para los goces puros que le aguardan en el mundo de los Espíritus.

Hace dieciocho siglos he dicho que hay varias moradas en la casa de mi Padre. El espiritismo llegó para hacer que esas palabras se comprendan. Y vosotros, mis bienamados, trabajadores que soportáis el ardor del día, que os creéis con motivos para quejaros de la injusticia de la suerte, bendecid vuestros padecimientos; agradeced a Dios, que os brinda los medios para saldar las deudas del pasado; orad, no con los labios, sino con vuestro corazón perfeccionado, para que vengáis a ocupar la mejor morada en la casa de mi Padre; porque los grandes serán rebajados; pero vosotros sabéis que los pequeños y los humildes serán enaltecidos.

El Espíritu de Verdad

Observación. Se sabe que no asumimos la responsabilidad respecto de los nombres con que se firman las comunicaciones, y mucho menos cuando estos pertenecen a seres elevados. Tampoco avalamos esta firma más que otras, y nos limitamos a permitir que esta comunicación sea evaluada por los espíritas esclarecidos. Con todo, diremos que no es posible desconocer la elevación de las ideas, la nobleza y la simplicidad de las expresiones, la sobriedad del lenguaje y la ausencia de frivolidad. Si se la compara con las que se publicaron en la *Imitación del Evangelio* (véase el *Prefacio* y el capítulo III: *El Cristo consolador*), y que llevan la misma firma, si bien fueron obtenidas por médiums diferentes y en distintas épocas, se nota entre ellas una notable analogía en el tono, el estilo y las ideas, todo lo cual revela una fuente única. Por nuestra parte, decimos que *puede ser* del *Espíritu de Verdad*, porque es digna de él; en tanto que hemos visto muchísimas otras firmadas con ese nombre venerado o con el de *Jesús*, y cuya extensión, palabrería y vulgaridad, y a veces también la trivialidad de las

ideas, delatan su origen apócrifo incluso ante los menos clarividentes. Tan solo una *fascinación* completa puede explicar la ceguera de los que se dejan engañar con esas comunicaciones, en caso de que no sea el orgullo de creerse infalibles e intérpretes privilegiados de los Espíritus puros, orgullo que siempre es penalizado, tarde o temprano, con decepciones, mistificaciones ridículas y desgracias reales en esta vida. En presencia de estos nombres venerados, la primera actitud del médium modesto es la duda, porque no se considera digno de un favor como ese.

Recaudación a favor de los damnificados de Limoges

Esta recaudación se cerró el 1.º de diciembre, conforme lo anunciamos en el último número de la *Revista*. El importe alcanzó la suma de 255 francos.

Comunicamos que, debido a que la Sociedad se hallaba en receso al momento del desastre, la recaudación no se pudo iniciar sino hasta la reapertura, y fue publicada en la *Revista* de octubre. En ese momento, casi todos ya se habían apresurado a realizar su aporte en los demás centros de recaudación, lo que explica la modestia de la suma aquí recaudada, que en el caso de la abierta a favor de Ruán había llegado a 2833 francos. Debido a que casi todos los aportantes mantuvieron el anonimato, no publicaremos la lista con sus nombres. De todos modos, mencionaremos un aporte de 50 francos, registrado como *Producto de la jornada de un fotógrafo de pro-*

vincia, con la recomendación de omitir incluso el nombre de la ciudad. Ese aporte será entregado a nombre de la *Sociedad espírita de París*.

* * *

Allan Kardec



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

VOLUMEN 7 - AÑO 1864

Índice general

ENERO

A los abonados de la *Revista espírita* 7
Estado del espiritismo en 1863 8
Médiums curadores 14
Un caso de posesión. La Srta. Julia (segunda parte) 23
Conversaciones de ultratumba
Fredegunda 33
Inauguración de varios grupos y sociedades espíritas 39
Preguntas y problemas
Progreso en las primeras encarnaciones 46
Variedades
Fontenelle y los Espíritus golpeadores 49
San Anastasio, espírita sin saberlo 52
Párrafo de *L'Opinion nationale* 54
Un Espíritu golpeador en el siglo XVI 55

FEBRERO

El señor Home en Roma 57
Primeras lecciones de moral a la niñez 64
Un drama íntimo 69
El espiritismo en las cárceles 74
Variedades
Cura de una obsesión en Marmande 77
Manifestaciones de Poitiers 78
Disertaciones espíritas
Necesidad de la encarnación 80
Estudios sobre la reencarnación 83
Noticias bibliográficas
Revista Espírita de Amberes 94
En el Cielo nos reconocemos 96
La leyenda del hombre eterno 100

MARZO

Acerca de la perfección de los seres creados 107
Una médium pintora ciega 118
Variedades
Una tentación 123
Manifestaciones de Poitiers (continuación) 126
La joven obsesa de Marmande (continuación) 131
Extracto de la pastoral del obispo de Estrasburgo 135
Una reina médium 138
Esquela espírita 143
El señor Home en Roma (conclusión) 143

Instrucciones de los Espíritus
Jacquard y Vaucanson 145
Objetivo final del hombre en la Tierra 150
Noticias bibliográficas
Anales del espiritismo en Italia 153
El Salvador de los Pueblos 155
Necrología
El señor P. F. Matthieu 156

ABRIL

Bibliografía
Imitación del Evangelio, según el espiritismo 159
Autoridad de la doctrina espírita 163
Resumen de la ley de los fenómenos espíritas 173
Correspondencia
Sociedades de Amberes y de Marsella 184
Instrucciones de los Espíritus
Progresión del globo terrestre 187
La imprenta 192
Acerca de la arquitectura y la imprenta..... 197
El espiritismo y la francmasonería 199
A los obreros 207

MAYO

Teoría de la presciencia 209
Vida de Jesús, por el Sr. Renan 218
Sociedad espírita de París 226

La escuela espírita americana 235
Noticia sobre el espiritismo 239
Cursos públicos de espiritismo en Lyón y en Burdeos 243
Variedades
Manifestaciones de Poitiers 249
Instrucciones de Ciro a sus hijos en el momento de su muerte 254
Noticias bibliográficas 256

JUNIO

Vida de Jesús, por el Sr. Renan (segundo artículo) 259
Relato completo de la cura de la joven obsesa de Marmande 269
Algunas refutaciones
Conspiraciones contra la fe 286
Una instrucción de catecismo 289
El Espíritu golpeador de la hermana María 297
Variedades
El *Index* de la corte de Roma 306
Persecuciones militares 307
Un acto de justicia 308

JULIO

Reclamación del señor abad Barricand 311
La religión y el progreso 320
El espiritismo en Constantinopla 328

Extraído del *Jornal do Comércio* 338
Extraído del *Progrès Colonial* 342
Extraído de la *Revista Espírita de Amberes* 345
Instrucciones de los Espíritus
El castigo mediante la luz 348
Noticias bibliográficas
La educación materna 356
El espiritismo en su más simple expresión (en ruso) 358

AGOSTO

Nuevos detalles sobre los posesos de Morzine 361
Suplemento del capítulo de las plegarias en la *Imitación del Evangelio* 371
Preguntas y problemas
Destrucción de los aborígenes de México 385
Correspondencia
Respuesta a la reclamación del abad Barricand 392
Conversaciones de ultratumba
Julienne-Marie, la mendiga 394
Noticias bibliográficas
L'Avenir – Monitor del espiritismo 400
Cartas sobre el espiritismo 402
Los milagros de nuestros días, por Aug. Bez 404
La pluralidad de los mundos habitados 409

SEPTIEMBRE

Influencia de la música en los criminales, los locos y los idiotas 411

El nuevo obispo de Barcelona 421
Instrucciones de los Espíritus
Los Espíritus en España 442
Conversaciones de ultratumba
Un Espíritu que se considera médium 449
Estudios morales
Una familia de monstruos 451
Variedades
Un suicidio falsamente atribuido al espiritismo 456
Noticias bibliográficas
La pluralidad de los mundos habitados 458
La voz de ultratumba 459

OCTUBRE

El sexto sentido y la vista espiritual 461
Transmisión del pensamiento 477
El espiritismo en Bélgica 486
Tiptología rápida e invertida 491
Un criminal arrepentido 493
Estudios morales
Un golpe de suerte 499
Una venganza 502
Variedades
Sociedad alemana de buscadores de tesoros 505
Un cuadro espírita en la exposición de Amberes 507

NOVIEMBRE

El espiritismo es una ciencia positiva 509
Un recuerdo de existencias pasadas 520
Un criminal arrepentido (continuación) 527
Conversaciones familiares de ultratumba
Pierre Legay, alias Grand-Pierrot 536
Disertaciones espíritas
Acerca de los Espíritus que creen que siguen vivos 547
Variedades
Un suicidio falsamente atribuido al espiritismo 549
Un suicidio impedido por el espiritismo 551
Periodicidad de la *Revista espírita* 556

DICIEMBRE

La comunión de pensamientos 559
El señor Jobard y los médiums mercenarios 586
Louis-Henri, el trapero 600
Necrología
Muerte del señor Bruneau 613
Variedades
Comunicación al revés 619
Noticias bibliográficas
Cómo y por qué me torné espírita 622
El mundo musical 628
Auto de fe Barcelona 630
Comunicación espírita 635
Recaudación a favor de los damnificados de Limoges 637